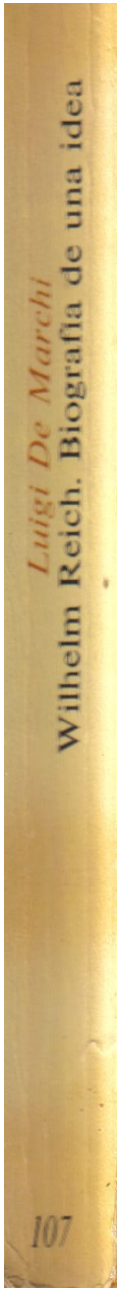
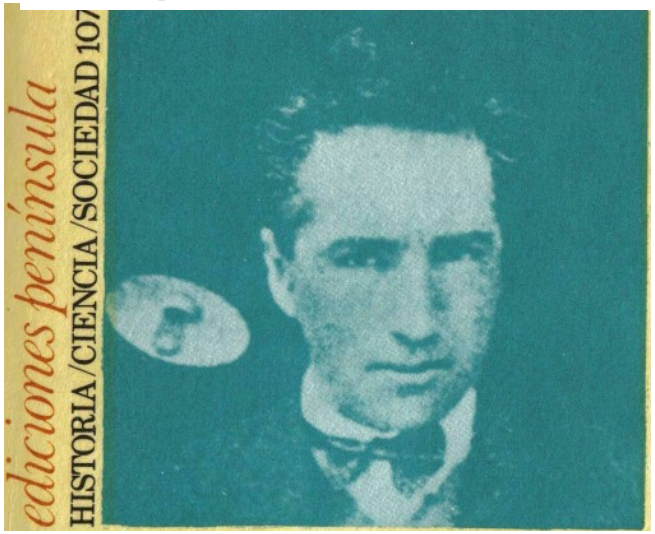
E
dici
one
s
Pen
ínsula
®

Luigi De Marehi es un conocido investigador italiano sobre temas sexológicos. Sus obras principales son: Sesso e civiltá (**1959**), Sociología del Sesso (**1963**), Repressione sessuale e oppressione sociale (**1965**), **y la que ahora publicamos en castellano** Wilhelm Reich, biografia di una idea **(1970). De Marehi es el secretario de la AIED (la organización italiana para el control de nacimientos) y fundador del primer Centro de consulta anticonceptiva existente en Italia. Sus revolucionarias opiniones sobre la conducta sexual y sobre la anticoncepción le han valido denuncias e incluso condenas judiciales. Ha sido también el principal introductor del pensamiento de Reich en Italia, de quien publicó en 1960 un primer libro de ensayos:** Teoría dell'orgasmo.

«Ignorado durante un cuarto de siglo, y después de haber estado de gran moda durante algunos años en los salones de vanguardia y entre los jóvenes del movimiento estudiantil, Wilhelm Reich es considerado por muchos como "irremisiblemente superado" —escribe De Marchi en su prólogo para proseguir más adelante —: [Es] el ingenio más revolucionario de nuestro tiempo.» En efecto, en la psicología social contemporánea pocos nombres han sido tan ensalzados y vituperados como el de Reich, el gran investigador alemán cuyo pensamiento, formado en el psicoanálisis y más tarde enriquecido con el marxismo, ha revolucionado no sólo las bases de la psicología sino incluso aspectos importantes de otras disciplinas como la antropología, la pedagogía, la medicina, la biología o la filosofía. La obra de De Marehi es el primer intento de envergadura para dar a conocer el conjunto de las ideas de Reich.



luigi de marchi



WILHELM REICH

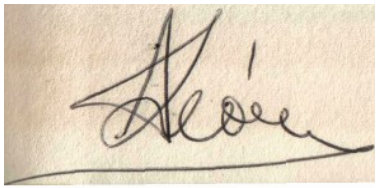
biografía de una idea

Luigi De Marchi

WILHELM REICH,
BIOGRAFÍA DE UNA IDEA

WILHELM REICH, BIOGRAFÍA DE UNA IDEA
historia, ciencia, sociedad, 107

ediciones península ®



La edición original italiana fue publicada por Sugar Editore, de Milán, con el título *Wilhelm Reich, biografía di un'idea.* © Sugar Editore, 1970.

Traducción de SECUNDÍ SAÑÉ

Cubierta de Jordi Fornas
Impresa en Lito Fisán, s. 1., J. Piquet 7, Barcelona

Primera edición: marzo de 1974
Propiedad de esta edición (incluyendo la traducción y el diseño de la cubierta): Edicions 62 s|a., Provenza 278, Barcelona-8

Impreso en RIGSA, Estruch 5, Barcelona
Depósito Legal: B. 13.349 - 1974
ISBN: 84-297-0979-7

Ignorado durante un cuarto de siglo, y después de haber estado de gran moda durante algunos años en los salones de vanguardia y entre los jóvenes del movimiento estudiantil, Wilhelm Reich es considerado actualmente por muchos como irremisiblemente «superado» y debe dejar otra vez camino libre a la fama mucho más extendida y duradera de los exponentes afirmados de la psicología social contemporánea y sobre todo de los dos más aclamados «integradores» del pensamiento freudiano y marxista: Erich Fromm y Herbert Marcuse.

Por mi parte, como aparecerá claramente en este volumen, no he modificado en lo más mínimo el juicio con el que, hace nueve años, al presentar al público italiano la primera antología de escritos reichianos, definía a Wilhelm Reich como «el genio más profundo y revolucionario de nuestro tiempo». Al contrario, el profundizar en el conocimiento de su obra ha reforzado mi convicción entonces expresada y me ha salvado de los apresurados abandonos una vez más intentados a su costa. Antes bien, he podido comprender mejor la dinámica psicológica y la política secreta de tales abandonos a favor de otros autores aparentemente más «revolucionarios».

En este libro, destinado a exponer en sus grandes líneas la obra de Reich, no había el espacio material para argüir en detalle contra la usurpación tácita y la sistemática domesticación de las ideas de Reich por parte de estos autores más afortunados. Sin embargo, aquí, sumariamente y a modo de prólogo, me parece obligado indicar algunas de las apropiaciones más macroscópicas, tanto más indebidas por estar siempre seguidas de aminoraciones que, de un modo u otro, alteraban el concepto original transformándolo en más aceptable a la mentalidad conformista (o «anticonformista») dominante. Se tratará, por descontado, de indicaciones meramente ejemplificativas, que podrían ser multiplicadas cuanto se quisiera.

En Karen Horney sorprende en particular la adopción de la concepción clínica reichiana de la neurosis como esencialmente un conglomerado de síntomas. Horney (en New Ways in Psycho-analysis, pp. 152 -153; Our Inner Conflicts, pp. 11-13 y en What is a neurosis, p. 427) más aún, llega a declarar lo que Reich había ya afirmado quince o veinte años antes, es decir, que los síntomas pueden estar totalmente ausentes en la neurosis, precisamente en cuanto es «fundamentalmente una perturbación caracterial». Es

más, en *Our Inner Conflicts* (p. 189), Horney vuelve a tomar el concepto reichiano de salud y bienestar («salida de sí, hacia el mundo») y de angustia («huida del mundo, en sí mismo»), aplicándolo sólo más restrictivamente a las relaciones interpersona-les. Pero en ambos casos, ni una palabra para indicar al creador de estos dos conceptos básicos en psicopatología.

De Franz Alexander, fundador de la escuela americana de psi-copatología, se puede mencionar el concepto fundamental de enraízamiento neurovegetativo de las neurosis más allá de sus orí-genes psíquicos, calcado de un modo tan obvio sobre observaciones y conclusiones expuestas por Reich desde 1926 en *Die Funk-tion des Orgasmus*. Como también se puede recordar, la insistencia acerca de la necesidad de concebir el tratamiento no como una simple interpretación del material reprimido, sino como una reorganización de la entera personalidad (véase en particular, *Psychoanalysis of the Total Personality)*. Y también él logra ignorar casi sistemáticamente las tan anteriores indicaciones de Reich.

En Abram Kardiner, una lectura aún sumaria revela inmediatamente la coincidencia substancial entre su concepto de «personalidad de base» *(basic personality:* «el conjunto de los rasgos caracteriales comunes a los individuos de un grupo»), con el reichiano de «estructura caracterial media», elaborado por lo menos quince años antes de que apareciera en América la obra «innovadora» de Kardiner *The Individual and His Society* {1946). No menos puntual es la coincidencia entre la tesis reichiana, en cuanto a la relación entre estructura social y caracterial y el esfuerzo crucial en Kardiner, para demostrar la influencia consciente o inconsciente que tienen las instituciones sociales en la formación de dicha «personalidad de base»: una influencia de tal modo determinante que, según Kardiner, la estructura caracterial es «una función directa de las instituciones sociales que la modelan». Y, de la misma forma que Reich había escrito en 1931 que «la familia es la fragua de la reacción», Kardiner escribirá en 1946 y en 1953 que «la familia es el instrumento más potente para la transmisión de los valores constituidos».

Por lo que se refiere a Harry Stack Sullivan, bastará leer sus páginas acerca del origen siempre interpersonal, es decir ambiental, de la neurosis, para darse cuenta de la deuda general que ha contraído con Reich y con su polémica primordial contra la tendencia de los freudianos ortodoxos a «biologizar» las causas de la neurosis. Pero existen otras deudas más específicas, como por ejemplo su insistencia (en *Conceptions of Modern Psychiatry,* 1947, p. 48) sobre «el empuje hacia adelante» que caracteriza cualquier organismo viviente y sobre la sustancial identidad entre «vida» y «crecimiento»: vuelven inmediatamente a la mente los conceptos reichianos, que veremos en este volumen, de la vida como «expansión» y del mismo crecimiento del organismo como

manifestación somática del fundamental y continuo «empuje hacia adelante» de la energía vital.

Pero el personaje que más maravilla bajo este concepto es sin duda alguna Erich Fromm, sobre todo porque sus relaciones personales con Reich, como se verá en este libro, fueron bastante profundas y continuas, y quedan documentadas.

El mismo Fromm reconoce varias veces en sus obras que la integración entre marxismo y psicoanálisis ha sido el centro de gravitación de su entero pensamiento, que el concepto de «carácter social» es la base de sus concepciones políticas, que la familia es el instrumento básico para la transmisión de este «carácter social», dependiente en su origen de la estructura económica pero posteriormente independizado de ella, que la vida es primariamente un «impulso expansivo» susceptible de transformarse en destructivo, cuando sea cortado. Ahora bien, quien lea este mi trabajo podrá fácilmente constatar que *todas* estas orientaciones y conceptos críticos han sido originariamente elaborados por Wilheim Reich.

Cuando Fromm, en 1931, publicó su primer artículo, muy genérico, de coordinación entre marxismo y freudismo *(Política y psicoanálisis),* Reich había ya publicado, además de innumerables artículos, tres obras enteramente dedicadas a esta problemática, *(Materialismo dialéctico y psicoanálisis,* 1929; *Adolescencia, cas-tidad y moral matrimonial,* 1930 y *La irrupción de la moral sexual,* 1931), la última de las cuales constituía ya un esfuerzo sistemático para dar una interpretación marxista de la degeneración de la sociedad humana en sentido autoritario y sexofóbico. Y sin embargo, ni entonces ni posteriormente, Fromm jamás se sintió obligado a reconocer la prioridad de las investigaciones reichianas.

El concepto frommiano de «carácter social» como el de «per-sonalidad de base» de Abram Kardiner, repite claramente el concepto reichiano de «estructura caracterial», ya detalladamente expuesto en los escritos técnicos que Reich publicó en las revistas psicoanalíticas entre los años 1928 y 1932, enunciado orgánicamente en Charakteranalyse (1933) y aplicado sistemáticamente a la realidad socio-política en *Psicología de masa del fascismo* (1933), que Fromm conoció y discutió con Reich.

Es también una reproducción de Reich el concepto de autonomía de la estructura caracterial respecto a la social; expuesto por Fromm como suyo personal y original en *Escape from freedom* (pp. 280-284), casi diez años más tarde que Reich lo hubiera elaborado y demostrado, en relación con el avance de la reacción en Alemania entre los últimos años 20 y los primeros 30.

La articulación de estos conceptos básicos, está también demasiado frecuentemente tomada de Reich. Así, en la obra citada *Escape from Freedom,* la primera obra de Fromm publicada como libro aparecida en América en 1942, se puede leer una detallada discusión acerca de los modos cómo la energía expansiva de la

vida, coartada en su expresión, se pervierte en destructividad y da origen al carácter sado-masoquista y autoritario. Y análogas filípicas anti-autoritarias pueden leerse en obras sucesivas de Fromm *(The Sane Society,* 1955; *Man for Himself,* 1947; *Sigmund Freud's Mission,* 1959; etc.). Pero en ninguna parte puede leerse una frase de agradecimiento hacia el primero, solitario y maltratado descubridor de estos fundamentales procesos psicodinámicos.

La misma clamorosa «conversión» de Fromm del relativismo moral de los primeros años 30 (en los que con Kardiner sostuvo la no existencia de una «naturaleza humana» originaria y positiva y luego negativizada y pervertida por la represión de su vitalidad natural), al naturalismo ético con el que el *Escape from Freedom* (pp. 141444), negó radicalmente la existencia de una destructividad primaria en el hombre y afirmó la existencia de un núcleo insuprimible, biológico, de la naturaleza humana y, con él, la de una verdadera y propia «moralidad natural» también esta clamorosa conversión, que puso Fromm al lado de las posiciones mantenidas por Reich ya desde 1931, tuvo lugar sin que hubiera una palabra de recuerdo o de aprecio hacia Wilheim Reich.

Incluso en los detalles las coincidencias son evidentes: a la famosa terna de Amor-Trabajo-Conocimiento, como fuentes primarias de la actividad y de la realización humanas, Fromm yuxtapone la terna Amor-Trabajo-Verdad. Y cuando Fromm declara que el significado de la vida alrededor del que tantos se acongojan, reside pura y simplemente «en el acto de vivir», repite casi lite-raímente la fórmula de Reich: «El significado de la vida reside en la función misma de vivir.» Y Fromm, como hemos visto, mencionando a Reich una sola vez, utilizó en la segunda edición, que quizás sea su obra de mayor importancia, *Escape from Freedom,* el título *Fear from freedom* («Miedo de la libertad»), es decir, una fórmula y un concepto calcados directamente de Reich y, precisamente, de *Psicología de masa del -fascismo* (véase cap. IX de este volumen). Fromm repite a Reich incluso en los errores, como por ejemplo, en el momento en que indica a la familia como «el factor crucial de la transmisión del carácter social», pero aún en la exposición de esta tesis reichiana (que más adelante me esfuerzo en rebatir), Reich es obstinadamente ignorado.

Esta conjuración sistemática de silencio en torno a Reich, ha tenido probablemente como veremos, motivos mucho más profundos de los del simple interés personal. Ha tenido, sin embargo, sus beneficiosos efectos personales para el entero grupo neofreu-diano y para Erich Fromm en particular. Tal como escribía un diligente investigador de la escuela neofreudiana, Martin Birnbach, «las tiradas perennemente altas de la literatura neofreudiana pueden indicarse como una prueba evidente del éxito del pensamiento neofreudiano». En cuanto a Fromm en particular, gracias a sus hábiles silencios, ha podido ser reconocido también por su máximo comentarista y divulgador italiano, Armando Ca-

temario, como «el fundador de la psicología social contemporánea y el integrador más eficaz del psicoanálisis con el materialismo histórico».

Pero si esta silenciosa apropiación de las conquistas críticas y teóricas reichianas, hubiera servido para divulgarlas, podría aún ser considerada positiva en el plano histórico, aunque reprobable en el plano moral. Al contrario, la apropiación sistemática de las formas conceptuales (negación de la agresividad primaria, denuncia del carácter socialmente determinado del sado-masoquis-mo y del gregarismo, afirmación de la naturaleza expansiva de la vida, reivindicación de la importancia de las estructuras psicológicas respecto a las económicas, ideológicas o políticas, etc.), ha ido acompañada en los neofreudianos de una sistemática desnaturalización de sus contenidos científicos y revolucionarios

El predominio de los factores y de los condicionamientos socio-culturales en la formación (y deformación) de las estructuras caracteriales, en vez de llevar a una negación radical de las estructuras patógenas de la sociedad existente, se queda en un esfuerzo de una más armónica *adaptación* del individuo a las mismas estructuras. Es característico de esta postura conformista un pasaje de Sullivan en *Conceptions of Modern Psychiatry:*

«La persona que cree haberse liberado conscientemente de sus viejos arraigos y haber aceptado libremente nuevos dogmas... es casi ciertamente una persona que sufre de una gran inseguridad. Frecuentemente es también un individuo con la personalidad llena de odio y de desprecio. El nuevo movimiento le proporciona un apoyo para expresar antiguas hostilidades personales ahora dirigidas contra el grupo del que proviene. La nueva ideología racionaliza las actividades destructivas hasta hacerlas aparecer como casi, o del todo, constructivas. La nueva ideología es sedante de los conflictos interiores, con su promesa luminosa de un mundo mejor destinado a nacer sobre las ruinas en que debe quedar previamente reducido el mundo actual. En esta utopía, él y sus compañeros de lucha serán buenos y simpáticos, etcétera... Si el individuo pertenece a uno de los grupos más radicales, las fantasías futurísticas y los ensueños serán rígidamente encuadrados en los esquemas teóricos...»

Nadie niega sin duda que entre los anticonformistas y progresistas existan este género de individuos: es más, toda la psicología de masa de orientación reichiana se ha esforzado precisamente en señalar las realidades psicológicas reaccionarias que se pueden esconder detrás de las máscaras ideológicas más revolucionarias. Pero generalizar, tal como hace Sullivan, significa golpear en su raíz el espíritu anticonformista, crítico y auténticamente revolucionario que ha sido siempre, en la historia, el protagonista de la emancipación humana; significa llevar agua al molino del conservadurismo y del paternalismo, significa insistir en aquella ecuación anticonformismo y locura, entre anticonfor-

mismo y antisocialidad, entre anticonformismo y maldad, que ha sido siempre y continúa siendo el argumento predilecto de los autoritarios y de los opresores de todo tipo.

Igualmente desnaturalizados han sido los demás conceptos centrales de la psicosociología reichiana: en primer lugar, la dinámica del condicionamiento y del psiquismo individual ha sido vaciada de su básico contenido sexual. Al rechazo de la teoría freudiana del instinto de muerte, se ha asociado rápidamente un simétrico rechazo de la teoría de la libido: la denuncia de las devastaciones determinadas por el sofoco del desarrollo y de la vida sexual natural ha sido sustituida por la exhortación a la defensa del desarrollo de la «personalidad global». La misma degeneración sado-masoquista del carácter, aunque continúe siendo llamada así, ha sido vaciada de sus contenidos originales y presentada como una reacción de la «personalidad global» contra la angustia (existencial o inducida socialmente, según los casos) de la soledad y del abandono: a este propósito es característica la desexualización del concepto reichiano de «miedo de la libertad» llevada a cabo por Fromm en su obra homónima.

De un modo anólogo, la terna reichiana Amor-Trabajo-Conocimiento, válida precisamente por su contenido sexual en primer término, por su contenido creativo-revolucionario en segundo y por el cósmico-humanístico en tercero, ha sido reducida a terna puramente verbal, perfectamente conciliable con el sistema vigente: de hecho, de las maravillas del amor desexualizado, del trabajo socialmente adaptado y del conocimiento religiosa e ideológicamente condicionado hablan desde hace siglos todos los poderes constituidos con los bellos resultados de todos conocidos.

Contra este espíritu profundamente conformista o, a lo más, reformista en el peor sentido de la palabra, inherente al movimiento neofreudiano en América ha justamente reaccionado Her-bert Marcuse, desde los primeros años 50.

En un conocido capítulo de *Eros y civilización* ha escrito entre otras cosas:

«Freud reconoció la labor de la represión en los supremos valores de la civilización occidental que presuponen la perpetuación del sufrimiento y de la falta de libertad. Las escuelas neofreu-dianas promueven paradójicamente estos mismos valores como tratamiento de los sufrimientos y de la falta de libertad, es decir como victoria sobre la represión. Este maravilloso trabajo intelectual se logra expurgando la dinámica del instinto de sus elementos escabrosos y reduciendo su influencia a la vida mental. Purificada de esta forma la psique puede de nuevo ser redimida con los instrumentos de la ética idealista y de la religión institucional... En este proceso, algunos de los conceptos más revolucionarios de Freud (la relación entre el Yo y el Ello, la función del inconsciente, la importancia y la extensión de la sexualidad) han sido redefinidos eliminando sus elementos explosivos... Fromm

y los demás revisionistas definen de esta forma el objetivo más ambicioso del tratamiento: "Un desarrollo óptimo de la potencialidad de cada uno y la realización de su individualidad." Pero éste es precisamente el objetivo irrealizable, no por las limitaciones de la técnica psicoanalítica sino porque la civilización constituida con su misma estructura, lo impide... En esta sociedad, la autorrealización de la personalidad puede proceder solamente de una doble represión: en primer lugar, la "purificación" del principo del placer; en segundo lugar, la restricción de la libertad y de la felicidad hasta hacerlos compatibles con la falta de libertad y de felicidad imperantes. La creatividad, el trabajo y la responsabilidad, se transforman en "valores" sólo en la medida en que contienen la debida, razonable resignación y son practicados en el ámbito de las actividades socialmente útiles (es decir después de una oportuna sublimación supresiva).»

Son juicios que pueden ser integralmente suscritos: lástima sin embargo que, en el momento en que son confrontados con la evolución o mejor dicho con la involución del pensamiento mar-cusiano, instintivamente uno diga: «De acuerdo, de acuerdo, pero... ¡de qué pulpito viene el sermón!»

Cuando escribía los juicios citados acerca de los neofreudia-nos, Marcuse tenía quizá los papeles en regla. En *Eros y civilización* (1955) sostiene e intenta demostrar sistemáticamente que no puede haber revolución social sin revolución sexual, que la liberación del desarrollo y de la vida sexual son la base de la felicidad humana, que tal liberación no contradice sino que al contrario promueve el florecimiento y el refinamiento de la civilización: aunque, como tantos otros, lo haga sin mencionar jamás su primer enunciador, reafirma pues algunas tesis centrales de Reich.

Quede claro que, desde *Eros y civilización,* Marcuse se separa de Reich en algunos aspectos esenciales.

En el plano teórico se separa de Reich en cuanto acepta (y más adelante veremos el motivo de ello) la no demostrada y más bien desmentida hipótesis freudiana del masoquismo primario.

En el plano metodológico, se separa de él por su proclamado historicismo. La represión —dice en substancia en *Eros y civilización* y en sus obras sucesivas— era necesaria hasta hoy (y aquí se alinea a las tesis clásicas de Freud acerca de la función económica y cultural de la represión) en los siglos de escasez que la civilización humana ha atravesado: para llegar a la prosperidad actual de las sociedades industrialmente avanzadas, era necesario hacer confluir a toda costa las energías sexuales en la producción (o simplemente en la renuncia ascética), para asegurar de esta forma el máximo nivel posible de expansión económica y de acumulación de capital.

Esta «justificación histórica», me parece extremamente discutible ya que existen sociedades (las polinesias y la de Muría de Balstar, por ejemplo) que viven en condiciones de gran escasez

(para utilizar la palabra marcusiana) y sin embargo son infinitamente menos represivas que la nuestra, y otras sociedades, también primitivas y pobrísimas, que tienen una moralidad aún más sexofóbica que la nuestra, sin que ello les haya ayudado en lo más mínimo en cuanto a evolución y a expansión económica.

De todas formas, en una época de fetichismo histórico, la teoría marcusiana tenía la ventaja de contribuir a dirigir hacia la liberación de la vida amorosa a todos los intelectuales (y por desgracia son muchos) que miran a Su Majestad la Historia como en otro tiempo se miraba al Padre Eterno y están dispuestos a moverse (o por lo menos a no sabotear) sólo cuando se les asegura que la Historia está con ellos y les bendice.

Pero, a parte de estas diferencias importantes (de las que intentaré dentro de poco buscar el significado profundo), permanece el hecho de que con *Eros y Civilización* Marcuse había proclamado claramente la importancia primaria de las represiones del Eros en la perpetuación del autoritarismo y, de un modo simétrico, la primaria importancia de la liberación del Eros en el proceso revolucionario.

Sin embargo, en las obras sucesivas, Marcuse deja cada vez más en la sombra (cuando no olvida totalmente) esta su denuncia inicial del valor determinante del régimen sexual en relación con la totalidad del régimen social. *El hombre unidimensional* (1964), *El -final de la utopía* (1966), el *Ensayo acerca de la liberación* (1969), para citar tan sólo las obras más conocidas posteriores a *Eros y Civilización,* están dedicadas en su mayor parte, por no decir en su totalidad, a aburridas, reiterativas y unilaterales filípicas contra los delitos del capitalismo, en particular del más avanzado, y a unos no menos aburridos, reiterativos y unilaterales panegíricos de los movimientos «revolucionarios» juveniles y del Tercer Mundo. En estas obras el problema sexual ha prácticamente desaparecido, la culpa de toda nuestra tragedia social es siempre y solamente dada a la estructura económica capitalista, y la perspectiva de la liberación es confiada a los movimientos estudiantiles y a las fuerzas «antiimperialistas» del Tercer Mundo.

Esta actitud ha llegado a su límite extremo en dos últimos escritos de Marcuse: el ya citado *Ensayo sobre la liberación,* y una relación, desgraciadamente aún no publicada, en un reciente simposio de la UNESCO, acerca del tema «Para un reexamen del concepto de revolución». En ambos escritos Marcuse señala, en los movimientos juveniles, en los movimientos americanos del «poder negro» y en los países del Tercer Mundo, las únicas auténticas fuerzas revolucionarias de nuestro tiempo. Cuan gratuita es esta conclusión, aparece a mi juicio claramente del modo como los grupos estudiantiles se han dejado en gran medida dominar por los grupos maoístas, es decir, por los portavoces de una de las tiranías más maniáticas, obtusas y sexofóbicas que la historia recuerde; y del histerismo racista y frecuentemente san-

guinario en el que el movimiento del «poder negro» se ha enraizado («Es hora de que esta ciudad explote, debe quedar reducida a cenizas, palomitas mías. Destruid al hombre blanco. Heridle de muerte. Tomad los fusiles... Empezaremos pronto, muchachos, a incendiar y a destruir. He aquí nuestra declaración de independencia, y la firmamos con botellas Molotov y disparos de fusil»: así ha dicho recientemente Rap Brown a los negros de Cambridge, uno de los dirigentes del «poder negro». Y LeRoi Jones, otro ídolo del movimiento, a la vigilia de los disturbios de Newark: «Hiroshima y Nagasaki parecerán picnics dominicales en comparación con lo que será Newark cuando nos ocupemos de él»; que no se trató de una macabra fanfarronada apareció claro cuando, durante los choques y los saqueos, fue arrestado mientras disparaba desde la ventanilla de un coche y cuando en el teatro, administrado por él con la modesta subvención gubernativa de 115.000 dólares —unos 70 millones de libras anuales— fueron hallados depósitos de municiones y armas automáticas).

En cuanto a su revalorización del Tercer Mundo, Marcuse (mientras omite o ignora el hecho de que fue intentada por el mismo Reich hace treinta y cinco años, en *Psicología de masa del fascismo,* como recuerdo en el capítulo IX de este mismo volumen) cree poderla justificar con el argumento según el cual, mientras el bienestar empujaría al proletariado de Occidente y de la órbita soviética a la resignación y al quietismo, el hambre y la desesperación empujaría a los pueblos de los países afroasiáticos y latinoamericanos hacia posiciones revolucionarias. Pero es un argumento de una deprimente tosquedad. La experiencia histórica pasada y presente lo desmiente de un modo sistemático. Precisamente en los países en que Marcuse cifra sus esperanzas, podemos de hecho asistir a un florecimiento de regímenes totalitarios fanáticamente nacionalistas y misticizantes que tienen muchas características del fascismo y sólo el nombre y la fraseología del socialismo. Y es lógico, puesto que la entera aportación de la psicología realmente revolucionaria a las ciencias políticas y a la auténtica izquierda, se resume en la revaloración de la importancia de los condicionamientos psicológicos por encima de la de los condicionamientos económicos. A la luz de la psicología política, nadie puede extrañarse de que una estructura autoritario-grega-rista y sexualmente frustrada, como normalmente es (a causa de las culturas fuertemente patricéntricas que la producen) la de las masas y los dirigentes del Tercer Mundo, no se transforme en revolucionaria por la única razón de estar enraizada en un organismo más o menos hambriento, más o menos desnutrido, más o menos analfabeto, más o menos cargado de odio clasista o racial.

Pero es precisamente esta fidelidad al concepto-clave de estructura caracterial y a sus determinantes sexuales que Marcuse ha abandonado de un modo progresivo, aun a costa de regresiones

a formas críticas prepsicológicas. Puede ser considerado un ejemplo característico de esta regresión la actitud de Marcuse hacia la tecnología. En *El hombre unidimensional* (p. 65), Marcuse había indicado la tecnología como el instrumento homicida con el que el sistema «opresivo» actual (que él identifica casi siempre con el neocapitalismo) logra doblegar o reabsorber cualquier tipo de oposición: «Nuestra sociedad —había dicho— se distingue de las precedentes en que logra domar las fuerzas centrífugas más bien mediante la tecnología que mediante el terror, con la doble base de una eficacia aplastante y de un nivel de vida más elevado.»
Pero en *El -final de la utopía* hace una diagnosis contraria:

«Hoy —escribe— es obvio que subsisten *todas las fuerzas materiales e* intelectuales para realizar una sociedad libre... La no realización de tal sociedad depende pues no de la tecnología en cuanto tal (que al contrario contiene un inmenso potencial de liberación), sino del modo en que la tecnología es puesta en acto en la sociedad contemporánea.»

Llegado aquí Marcuse afirma que dicho modo es a su vez debido al hecho que «el sistema capitalista se defiende de su misma potencial negación que esconde en sus propias visceras».

Pero en mi opinión, se trata de una tesis toscamente demonológica. El sistema capitalista es concebido de acuerdo con las formulitas rancias del socialismo ochocentista, como una especie de metafísico Satanás que con demoníaca inteligencia localiza y golpea las fuerzas que de alguna manera son capaces de amenazar su perpetuación. Pero las cosas no son tan sencillas. En primer lugar es preciso preguntarse por qué —como dice Marcuse— la tecnología ha tomado en la sociedad contemporánea una determinada forma, opresora y represiva. En segundo lugar, falta explicar el hecho de que esta determinada aplicación de la tecnología opresora y represiva no sea en modo alguno exclusiva del sistema capitalista, sino que al contrario se reproduzca incluso de una manera más fuerte y repugnante en la economía nacionalizada de los países socialistas, donde el mito de la productividad está vigente de una forma tan obsesiva como entre nosotros, y donde si algo falta es el goce de los frutos de la productividad (dado que se concentran los esfuerzos en la industria pesada que notoriamente no es comestible).

Admitiendo pues que sea un demonio el sistema capitalista, debe tener hermanos aún más diabólicos en los países «socialistas». De hecho la explicación de estas analogías en sociedades económicamente antitéticas no se puede ya buscar, como se obstina en hacer Marcuse, en el mundo de la economía, sino en el de la psicología que emparenta más allá de las diferencias económicas e ideológicas, a los países capitalistas con los «socialistas». La forma como se aplica la tecnología en el mundo moderno no depende por consiguiente (como sostiene Marcuse) del sistema

capitalista, sino de la *estructura caracterial* que Reich puso por primera vez en evidencia y que indicó coherentemente como *factor político primario.*

Este creciente olvido de las estructuras psicológicas, y la siempre mayor importancia concedida a las estructuras económicas, no han sido ciertamente elecciones hechas al azar ni siquiera en Marcuse.

Cambiando el acento de la sexualidad a la economía, de la dinámica psicológica a la capitalista, Marcuse ha logrado y está logrando asegurarse el apoyo de vastos grupos de intelectuales y sobre todo de jóvenes que, a pesar de sus actitudes rebeldes, tienen una estructura caracterial gregario-autoritaria y que, por lo tanto, reaccionan negativamente a los análisis susceptibles de poner en evidencia esta su íntima estructura. Bajo este punto de vista, los escritos de Marcuse (desde *Eros y Civilización* a *Reexamen del concepto de revolución)* muestran un creciente ceder a las modas culturales de nuestro tiempo, época en que las esperanzas izquierdistas desde decenios basadas en la socialdemocracia o en el comunismo de tipo soviético, están en plena decadencia y en el que, al contrario, siempre dentro del marco de una de-monología anticapitalista incluso más exasperada que la populista tradicional, buscan una confirmación en los movimientos estudiantiles y del Tercer Mundo.

Si, dejando aparte sus ásperas polémicas, damos una mirada panorámica al pensamiento de Marcuse, al de Fromm y al de los demás neofreudianos, veremos que —por encima de divergencias teóricas e ideológicas importantes— todos ellos tienen en común un dato esencial: la previa o progresiva marginación de los factores sexuales en la dinámica de la patología individual y social.

El empuje oportunista y divístico que está debajo de esta marginación es evidente. Una reivindicación coherente de la importancia central de la sexualidad en los procesos sociales es algo que se paga caro, muy caro. Lo pagó caro Freud, que de hecho logró afirmarse en el mundo cultural y científico sólo cuando, a partir de 1920, sancionó la necesidad de la represión como «un instrumento de la civilización». Lo pagó carísimo Reich, que nunca renunció a tal reivindicación, y que debido a ella (no como veremos por los pretextos aducidos según las circunstancias) fue expulsado primero del movimiento psicoanalítico y posteriormente del comunista y fue perseguido, hasta su última trágica visicitud americana, por las policías de seis países (Austria, Alemania, Dinamarca, Suecia, Noruega y Estados Unidos).

E incluso en mi limitada experiencia personal, he podido y debido vérmelas con los procesos discriminatorios, obstruccionistas, frecuentemente de linchaje que se desencadenan contra los que coherentemente reafirman la importancia decisiva de la represión o de la liberalización amorosa en la dinámica social o en la felicidad individual, como he podido igualmente constatar la

simpatía con que se acogen las contestaciones o dulcificaciones de dicha importancia, formuladas por investigadores más amantes del éxito que de la verdad. Por otra parte, ya en 1913 Jung había escrito a Freud en una carta famosa: «El camino del éxito está abierto al psicoanálisis apenas empiece a silenciarse esta cuestión de la sexualidad.»

Hay varios medios para silenciar «esta cuestión de la sexualidad» y presentarse como candidato a fáciles divismos culturales. Uno característico, es el de Fromm y de los neofreudianos: dejar de lado la sexualidad a favor de algún reformismo más o menos profundo de orden económico o político. En definitiva, sacrificar la sexualidad para obtener el apoyo del orden constituido o de sus cautos retocadores. Otro, el de Marcuse: dejar de lado la sexualidad para obtener el apoyo de la «revolución constituida», o sea, de todos los movimientos de subversión violenta y cruenta del orden tradicional que han desembocado siempre y continúan desembocando en la instauración de nuevos poderes constituidos, incluso más autoritarios y opresivos que los capitalistas.

En ambas actitudes hay sin duda un elemento oportunista, hay la incapacidad (característica del intelectual sin auténtica pasión ideal) de permanecer fiel a las verdades impopulares; pero sería injusto y poco elegante reducirlo todo a las dimensiones de un mero cálculo oportunista. En realidad, en ambas actitudes es probable que jueguen elementos estructurados profundamente en las personalidades de los varios autores. En el caso de Marcuse, por ejemplo, si examinamos de cerca Eros y civilización nos maravillará su visceral apología de las perversiones sexuales. Marcuse sostiene en resumen que una verdadera liberación sexual implicaría rechazar el llamado «primado de lo genital», es decir de la sexualidad natural, y viceversa una revaloración de la sexualidad pregenital: homosexual, parcialista, fetichista, etc. Si hubiera espacio merecerían ser reproducidas aquí las expresiones ditirám-bicas de entusiasmo dedicadas por Marcuse a las perversiones sexuales. Pero aquí es necesario sobre todo hacer notar un hecho: la importancia sintomática que esta devaluación de la sexualidad genital y esta revalorización de la sexualidad parcialista asume para la comprensión de los empujes profundos inherentes a las «elecciones» ideológicas y políticas de Marcuse. Es lógico que una personalidad sensible a las solicitaciones del parcialismo oral y anal tenga luego la tendencia a sobrevalorar los problemas de la propiedad y del consumo y a ser fascinado por la violencia y la sangre, y a inclinarse por lo tanto hacia una interpretación económica de los problemas sociales y hacia los movimientos políticos dinamiteros.

Es evidente que las interpretaciones economísticas y las soluciones cruentas son tanto más fácilmente aceptadas cuanto más «pregenital», es decir, inmadura, es la estructura emocional del individuo. (Ello explica por otra parte la refractariedad de los dirigentes totalitarios a los temas sexuales y su aceptación fideísta de las concepciones paneconómicas y/o fanatizantes.)

Más allá de un análisis de las intenciones de mayor o menor prudencia, miedo y oportunismo, en la actitud de Marcuse es preciso tener presente también la posible influencia de esta particular estructura de carácter, de esta particular fijación en la sexualidad pregenital, y la consiguiente sobrevaloración que ello lleva consigo en realción con los hechos económicos y con los factores sado-masoquistas, es decir, agresivos.

Por otra parte, el que Marcuse sea incapaz de captar el significado profundo de la sexualidad genital, o sea adulta, creo que emerge también de las frases en que dice que el «primado de lo genital» en realidad humillaría la sexualidad, mientras que una revaloración de la sexualidad pregenital, es decir pervertida, «extendería a todo el cuerpo» el goce de la sexualidad, tal como sucede en el organismo del niño.

Con estas expresiones, Marcuse demuestra no haber jamás experimentado la emoción auténtica de la sexualidad genital ya que, si existe un tipo de sexualidad que asegure, precisamente mediante la convulsión orgástica, la total participación del organismo al placer, es la sexualidad adulta, la sexualidad genital. La idea de que el pleno goce pueda solamente obtenerse a través de la estimulación de determinadas zonas no sexuales del cuerpo denota, por el contrario, fijar la capacidad de goce en las zonas extragenitales, y por lo tanto una experiencia incompleta de la sexualidad. Creo que es preciso atribuir, por lo menos en parte, a esta incompleta maduración emocional, la exaltación marcusia-na por los mitos y los movimientos de violencia, y las interpretaciones consumístico-proletarias de la realidad social.

Testigo de situaciones y dinámicas sociales (las de Alemania de los años 30 y las de los Estados Unidos de los últimos 30 años) en las que la condición del individuo ha sido frecuentemente arrollada y siempre amenazada por la violencia, la inseguridad, la competencia, la soledad, la alienación, Fromm parece haber reaccionado con resonancias afectivas muy profundas a los dramas derivados de la intoxicación de nuestra vida emotiva personal e interpersonal. Marcuse, siguiendo a Freud, frente a la brutalidad del mundo contemporáneo, biologiza el sado-masoquismo; Fromm, de la misma forma absolutiza la angustia y la inseguridad, llegando a sostener que la fuente primaria (y en cierta medida ineliminable) de la condición neurótica es la inseguridad del niño en su desarrollo, la soledad esencial del hombre: incluso el sado-masoquismo no sería otra cosa, como hemos visto, que una reacción destructiva del individuo frente a esta soledad. Una vez más, en definitiva, una respuesta oportunista, o sea desexualizada, a los grandes problemas de la regeneración humana ha hallado su humus en la estructura emocional de su autor.
Sea cual sea el conjunto de motivaciones profundas de las

soluciones propuestas por Fromm y Marcuse al gran problema de la irrupción de la psicología en las ciencias sociales contemporáneas y en particular en la metodología crítica de las izquierdas, permanece el hecho sintomático que ambas soluciones, en su diversidad, están caracterizadas por un común intento de minimizar la función de la sexualidad. Ha sido una minimización gradual pero constante que, mientras en Fromm ha ido acompañada de una reivindicación de la preeminencia del marxismo clásico y de una «apertura» hacia las izquierdas institucionales moderadas, en Marcuse ha ido acompañada de una reivindicación de la preeminencia de un radicalismo ético vagamente soreliano y de una «apertura» hacia la izquierda comunista y hacia los grupos herejes relacionados con ella.

Ambas evoluciones han procurado de todas formas una gran popularidad y una gran autoridad académica moderadamente discutida: la fidelidad al núcleo psicosexual de la dinámica individual y social ha proporcionado a Reich amargor y soledad. Pero yo pienso que, precisamente por ello, todo intelectual auténtico debe mirar a Fromm y a Marcuse con profunda sospecha y a Wilhelm Reich con profundo respeto.

L. DE M.

ABREVIATURAS

FO: The Function of the Orgasm.
PT: People in Trouble.
MDP: Dialektische Materialismus una Psychoanalyse.
MPF: Massenpsychologie des Faschismus.
GEE: Geschlechtsreife, Enthalsamke.it, Ehemoral.
SKJ: Der Sexuelle Kampf der Jugend.
ESM: Der Einbruch der Sexualmoraí.
CA: Characteranalysis.
CB: The Cáncer Biopathy.
LLM: Listen, Little Man!
SR: The Sexual Revolution.
TO: Teoría deü'Orgasmo *(Selected Writings).*
MC: The Murder of Christ.
CS: Cosmic Superimposition.
EGD: Ether God and Devil.
COS: Contact with Space.
IZP: «Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse.»
ZSW: «Zeitschrift für Sexualwissenschaft.»
ZPPS: «Zeitschrift für Politische Psychologie und Sexual-Oekonomie.»
IJSEOR: «International Journal of Sex Economy and Orgone Research.»
OEB: «Orgone Energy Bulletin.»

Primera parte:

EL PERÍODO PSICOANALÍTICO (1919-1927)

I

Introducción

En el prólogo he declarado que considero aún hoy a Wilhelm Reich, igual como lo consideraba hace nueve años cuando presenté sus primeros escritos al público italiano, como el ingenio más revolucionario de nuestro tiempo. Con ello, claro está, no quería ni quiero decir que Reich haya llegado inesperadamente a la historia del pensamiento humano como un cometa proveniente de lo desconocido y dirigido a lo desconocido. Una idea semejante sería obviamente antihistórica.

El hecho mismo de que en esta obra distingo dos períodos formativos fundamentales en el desarrollo de su pensamiento —que para mayor claridad en la exposición llamo respectivamente período psicoanalítico (o «freudiano») y socio-político (o «marxista»)— indica que, en mi opinión, la deuda de Reich a la obra de Freud y Marx fue grande, como por otra parte el mismo Reich no tuvo dificultad en admitir.

En el plano de las ciencias sociales, la exigencia de una inte-j gración entre marxismo y freudianismo, y más genéricamente entre psicología y sociología, estaba indudablemente en el ambiente, ¡en los años 20, ya que aquellos años eran testimonio de la victo-Jria política de un partido, el bolchevique, de confesada observan-¡cia marxista, y de la victoria cultural de una escuela psicológica, lia analítica, de confesada observancia freudiana y dado que, en «particular, a esta conjunta presencia cronológica de dos grandes concepciones del hombre, se asociaba en Austria, donde Reich vivió durante los años de su formación cultural, una doble presencia espacial, es decir: la existencia en la misma ciudad, Viena, de la Sociedad Vienesa de Psicoanálisis y de dos partidos de inspiración marxista (el social-demócrata y el comunista) políticamente activos y prestigiosos. No es por casualidad, pues, como cuenta Ernest Jones en su biografía de Freud,[1] que los discípulos le Freud tenían largas y animadas discusiones, en aquellos años, acerca de los reflejos sociales de las doctrinas psicoanalíticas. Por algo, algunos psicoanalistas, empezando por el mismo Freud [2] y

1. E. JONES, *Sigmund Freud, His Ufe and Work,* volumen 3, Londres, 1958, pp. (153-154.

2. S. FREUD, artículo sobre el carácter y el erotismo anal, en «Psychiatrisch-Neurologische Wochenschrift», Viena, 1908. Y otros escritos.

posteriormente Abraham[3] habían empezado a investigar los reflejos del desarrollo sexual en la formación de la estructura caracterial. Por algo, simultáneamente a las primeras obras psico-políticas de Reich también otros investigadores, como Khon y Lasswell* buscaban las relaciones entre la estructura caracterial y la «vocación política» de ciertas personalidades además de su postura ideológica. Por algo, simultánea e independientemente de Reich, en los primeros años 30, surgía y operaba en Frankfurt, donde Weber y Sombart habían dado origen a una fecunda polémica con ciertos exclusivismos paneconómicos del marxismo, el Instituto de Investigaciones Sociales dirigido por Marx Horkhei-mer que, mediante la colaboración de Adorno, Marcuse, Lowen-thal y Fromm, se proponía abiertamente una integración del pensamiento freudiano con el marxista. En el preámbulo[5] hemos mencionado la relación entre algunos de estos investigadores y Wilhelm Reich (intentando demostrar cómo dicha relación no se sustrajo a la regla general de «linchamiento» científico y cultural característicos de casi todas las relaciones entre Reich y los demás ambientes y exponentes de la cultura de su tiempo). Baste notar aquí el hecho objetivo que la actividad de aquellos autores, no muy posterior a la del período «marxista» de Reich, da testimonio de una potente, aunque embrionaria, instancia de integración entre la psicología freudiana y postfreudiana y las ciencias sociales.

El mismo «hilo rojo» que une idealmente los tres grandes momentos —el psicológico, el sociológico y el biológico-físico— de la investigación reichiana, es decir la visión de todos los fenómenos individuales, sociales y naturales como un *proceso energético,* había tenido sus precursores. La intuición de la existencia de una fuerza o energía esencialmente idéntica que actúa al mismo tiempo en el hombre y en el mundo, a nivel psíquico, a nivel biológico y a nivel biofísico, es muy anterior a Wilheim Reich. Basta pensar en el animismo, y en su concepción de la entera realidad como «animada», o en la filosofía presocrática, desde Anaxi-mandro a Heráclito o Demócrito, y en su concepción de una materia originaria intrínsecamente dotada de una propia *energía vital,* o en los estoicos, que consideraban la misma vida espiritual de la persona humana sólo como la efímera manifestación individual del «soplo vital» *(pneuma),* destinada a disolverse con la muerte y a ser reabsorbida en el *pneuma* cósmico. Y en época moderna,

3. K. ABRAHAM, «Contributions to the Theory of the Anal Character», o «The Influence of Oral Erotism on Character Formation», en *Selected Papers,* Londres, 1927.

4. H. LASSWELL, *The Study of the III as a Method of Research into Potitical Personalities.* «American Political Science Review., XXIII, 1929, pp. 996-1001; y varias palabras de la *Encyclopedia of the Social Sciences* (New York, 1930), entre ellas «Chauvinismo.

5. Véase el prólogo, pp. 5 y ss.

ya Kepler había hipotizado que el movimiento de los planetas no fuera debido a las leyes del movimiento de inercia y de la gravitación, como sostendrá Galileo, sino a una *vis animalis* intrínseca a los mismos planetas, mientras que desde el siglo xvn el médico, químico y físico alemán Georg Ernst Stahl (1660-1734), uno de los que formularon la teoría flogística, argumentando contra la concepción cartesiana del organismo como «máquina», sostuvo que nada en el organismo humano puede ser explicado en términos mecanicistas y que todo puede serlo, al contrario, siempre y sólo en términos de «fuerza vital»: hasta las enfermedades psíquicas— afirmaba Sthal, anticipando sorprendentemente la concepción psicopatológica reichiana— «aparecen cuando la libertad de la •*fuerza vital* es imnedida en su funcionalidad natural».

Es necesario recordar la valerosa, aunque desafortunada batalla llevada a cabo por nuestro Luigi Galvani, en el siglo xvm, para sostener la existencia de una «Fuerza Vital» activa en el interior de los organismos vivos e inicialmente bautizada por él como «electricidad animal». Las sorprendentes anticipaciones de las teorías reichianas que se pueden encontrar en Galvani han sido puestas en evidencia recientemente por un investigador italiano, Bruno Bizzi, en un escrito publicado en *Minerva Medica,* vol. 59, núm. 79.

Por otra parte, el mismo Reich reconoció repetidamente* su propia deuda ideal con algunos pensadores y científicos: desde Giordano Bruno al que dedicó un bello ensayo en sus últimos años,[7] hasta Bergson, el filósofo del «impulso vital» en desacuerdo con el positivismo mecanicista de la ciencia ochocentista, a Paul Schilder, profesor de psiquiatría en la Universidad de Viena que ya en los años 20 había demostrado en sus escritos que la angustia tiene unos síntomas muy parecidos o los de ciertos estados de erotismo neurovegetativo y había ofrecido a Reich, «interno» en su clínica, algunos preciosos puntos de partida para la concepción de la identidad funcional entre angustia y simpaticotonía, placer y parasimpaticotonía que será posteriormente el centro de toda la teoría patológica y biológica reichiana.

Pero lo que caracterizó inconfundiblemente a Reich, como veremos, lo que le colocó y lo mantiene en una posición verdaderamente única en la historia del pensamiento occidental (y, más en general, humano) fueron, además de la extraordinaria versatilidad de ingenio que le permitió extenderse en los más diversos campos de la ciencia (desde la medicina a la sociología, desde la psicología a la biología, de la biofísica a la astrofísica), una conciencia extremamente precoz de las tremendas responsabilidades sociales y morales que le imponían los descubrimientos freudianos y marxistas además de las intuiciones de sus investigaciones

6. FO, pp. 5-8.

7. «Mocenigo» en *The Murder of Christ,* pp. 104 y ss.

propias; una valentía excepcional (especialmente para un hebreo de la Europa de los años 20 y un científico destinado a un éxito seguro en lo académico y en lo profesional) en asumir tales responsabilidades, y una poderosa voluntad y capacidad de sintetizar los dos grandes filones de la investigación (el de las ciencias sociales y el de las ciencias naturales) en una única y fundamental concepción vitalista, que hallase en el estudio de los procesos energéticos una solución unitaria de innumerables problemas médicos, biológicos^ biofísicos, físicos, o psicológicos, sociológicos, políticos. Es natural que precisamente este inmenso esfuerzo de síntesis científica y crítica llevara frecuentemente a Reich a avanzar hipótesis que no han aún hallado y que quizás nunca hallen una confirmación experimental adecuada. Pero, como veremos, el mismo Reich, tomó casi siempre la precaución de subrayar el carácter hipotético de muchas de sus interpretaciones y la exigencia de una verificación sistemática de ellas, mientras que casi la totalidad de detractores de aver y de hoy, descartando sumariamente como «extraño», «fantástico» o «anticientífico» el pensamiento reichiano, sin haber iamás intentado ni la más mínima verificación experimental, y, frecuentemente, sin ni haberse tomado la molestia de leerlo y conocerlo de primera mano, demuestran ser, ellos sí, verdaderamente anticientíficos y revelan con esta su rápida condenación una hostilidad preconcebida e irracional que confirma irónicamente las agudas tesis reichianas acerca de la preocupante difusión de la «peste emocional» en los ambientes científicos, e intelectuales en general, de nuestro tiempo.

Debido a exigencias de exposición, he subdividido este estudio en tres partes —el período «psicoanalítico», el período «sociopolí-tico» v el período «oreronómico»— pero querría que quedara claro que se trata tan sólo de una esquematización muy aproximativa, no sólo porque no faltan intuiciones y referencias a las ciencias sociales y naturales también durante el período «psicoanalítico» (y viceversa, para cada uno de los tres períodos) sino sobre todo porque, como apuntaba, es posible observar en Reich una tendencia a la interpretación de cada uno de los problemas en clave energética en las fases más diversas de su multiforme actividad de investigador: simbólica, en cierto sentido, de la fundamental unidad de planteo crítico del pensamiento reichiano, puede ser considerada la obra Die Funktion des Oreasmus* publicada en 1927, que indicaba la base de la enfermedad mental, y por lo tanto de las tensiones y de los conflictos sociales, en Tina perturbación del sano y libre desarrollo de una función biológica básica, precisamente la del oreasmo relacionando y enraizando de esta forma los equilibrios individuales y sociales con los eouilibrios orgánicos y celulares en el cuadro de un proceso energético.

1. *Die Funktion des Orgastnus*, Intern. Psychoan. Verlag, Viena, 1927.

La versatilidad, la curiosidad insaciable del intelecto son las características con las que se encuentra quien intenta una primera investigación acerca de la formación científica y cultural de Wilheim Reich. Reich se matriculó en la facultad de medicina de la Universidad de Viena9 ganándose la vida y pagándose los estudios universitarios con clases particulares de diversas materias preparatorias. Autorizado como ex combatiente (había sido enviado al frente italiano desde 1915 a 1918) a realizar en cuatro años la carrera de medicina, logró superar brillantemente todos los exámenes y obtuvo la licenciatura con las máximas notas en 1922, es decir a los 24 años. Durante el último año de Universidad ejerció la medicina interna en las clínicas universitarias de Viena. Después, en los dos años sucesivos a la carrera, se especializó en neuropsiquiatría en la Clínica de Psiquiatría y Neurología de la Universidad de Viena, dirigida entonces por Wagner-Jauregg, y trabaió un año en la sección de agitados bajo la dirección de Paul Schilder (maestro que, como hemos dicho, dejó una profunda huella en su pensamiento). Simultáneamente, asistía a cursos universitarios de hipnosis, de tratamiento por sugestión y de biología y, a partir de 1920, se inscribió en la Sociedad Vienesa de Psicoanálisis. En 1922 inició su ejercicio privado de psicoanalista, fue nombrado Primer Ayudante Clínico, y luego (1924) vicedirec-tor del Seminario de Técnica Analítica del Poliambulatorio de Psicoanálisis fundado por Freud en Viena (bajo la dirección de Edward Hitschmann) .10

Es suficiente enumerar todas estas actividades para darse cuenta del compromiso ya en extremo grave que de por sí hubieran constituido para cualquier hombre, aunque estuviera dotado de una gran capacidad de trabajo. No impidieron sin embargo a Reich desarrollar su cultura en las direcciones más diversas, con un prodigioso poder de asimilación que permanecerá como una «constante» de su personalidad hasta los últimos años de su vida. Ya antes de adherirse a la Sociedad Vienesa de Psicoanálisis, en 1920, el joven Reich había adquirido —como luego escribiría—" un conocimiento de la sexología, de la psicología, de las ciencias naturales y de la filosofía. Los cuatro años de ocio forzoso impuestos por la vida de trinchera, junto a la constante, simultánea reflexión acerca de lo absurdo de la tragedia humana, de la que él mismo era víctima y actor, le habían metido en el cuerpo una especie de insaciable afán de saber, de comprender, acentuando sus ya grandes dotes naturales de comprensión. Se lanzaba ávidamente sobre todas las obras que encontraba, robando minutos al sueño, a las conversaciones, a las reuniones mundanas.

9. FO, p. 41.
10. *Op. cit.,* pp. 42-43.
11. FO, p. 3.

En particular, fue impresionado por algunas obras sexológicas que entonces salían (La vida sexual de nuestro tiempo de Iwan Bloch, La cuestión sexual de Gustav Forel, Alteraciones sexuales de Back, Hermafroditismo y errores de la naturaleza de Taruffi, el Manual de sexología de Molí) y no menos por las obras de Semon y de los demás biólogos y filósofos vitalistas y antime-canicistas: desde Hans A. Driesch (Filosofía de los órganos y El orden de los órdenes), a Paul Kammerer (La heredabilidad de los caracteres adquiridos), a Eugen Steinach, precursor de las experiencias de rejuvenecimiento, a Émile Bergson (Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia, La evolución creadora, Materia y memoria). Durante un cierto tiempo Reich fue calificado por los colegas de facultad con el título despreciativo de «bergsonia-no loco».12

Lo que desde el principio Reich sintió que congeniaba profundamente con su sensibilidad, en todos estos pensadores y científicos vitalistas, fue la recusación de aplicar a los organismos vivos las leyes y las nociones derivadas de la física y de la mecánica tradicional, como por el contrario pretendía hacer la ciencia oficial de inspiración positivista. Al mismo tiempo, había en la mayor parte de estos científicos y pensadores «herejes» un fina-lismo esencialmente metafísico, que tendía a atribuir a la naturaleza «intenciones» o «programas» contra lo que no podía dejar de reaccionar la entera formación materialista de Reich. (Como veremos, Reich buscará una solución de este conflicto, entre la recusación de cualquier metafísica y la recusación de una concepción puramente mecanicista de la realidad, en la concepción, •funcionalista, según la cual la función, entendida como una pura y simple actividad de la materia viva sin ninguna recóndita «intención» o «entelequia», y como la matriz de toda conformación y transformación de la materia misma.)

Al psicoanálisis mismo Reich se acercó en el cuadro de esta ávida e infatigable búsqueda. En enero de 1919, mientras escuchaba una clase en la Facultad de Medicina, de mano en mano empezó a circular una especie de rudimentaria moción que pedía la creación de un seminario de sexología. Reich la suscribió y participó a la reunión convocada para organizar el seminario. Sólo estaban presentes en la reunión una decena de estudiantes: todos estuvieron de acuerdo en constatar que la Universidad descuidaba el importante tema de la sexología y que tocaba a los estudiantes mismos el remediar mediante relaciones y debates. Reich participó regularmente en el seminario pero al principio no tomó parte en las discusiones, ni cuando un experto psicoanalista fue invitado a pronunciar algunas lecciones. Había en él, como más tarde confesará,13 un profundo sentimiento de desconfianza y de disentimiento. En un nota del diario, con fecha 1 de marzo de 1919, escribió: «Quizás mi sentido moral rechaza estas charlas: y sin embargo, basándome en mi experiencia y en la observación de mí mismo y de los demás, he llegado a persuadirme de que la sexualidad es el centro de gravitación alrededor del que gira no sólo la vida íntima del individuo, sino que también la vida social.»

Si indudablemente algún residuo del moralismo tradicional podía haber contribuido a crear en él estas resistencias a la sexología de aquella época y al psicoanálisis, su principal razón estaba ya entonces, como seguirá estando posteriormente, en la recusación del planteamiento patologista .de toda la ciencia sexo-lógica y psicoanalítica. En las relaciones y en las lecciones de los psicoanalistas y de los sexólogos de aquellos años, como, por otra parte, de los nuestros, la sexualidad parecía existir solamente en sus aspectos morbosos y perversos. Y este interés prevaleciente o exclusivo por la sexualidad patológica iba acompañado de una implícita o explícita sanción de la moralidad sexofóbica tradicional: era un corolario bastante lógico, ya que si realmente la sexualidad era tan sólo aquella pútrida marea de impulsos destructores, perversos, antisociales sobre los que disertaban los especialistas, era un imperativo ineludible para cualquier grupo civilizado el frenarla, el reprimirla.

Y a pesar de todo, el contacto con las obras de Freud marcó un cambio de rumbo decisivo en el pensamiento y en la vida de Reich. ¿Por qué? Una primera respuesta se puede hallar en el ensayo acerca del Concepto de libido desde Forel a Jung14 que Reich se decidió finalmente a leer para el seminario de sexología, a finales del verano de 1919 y a publicar en la «Revista de Sexología» dirigida por Magnus Hirschfeld, en 1921. Lo que llamó su atención, en Freud, fue en primer lugar su oposición a la identificación entre el impulso sexual y el procreativo, hecha anteriormente por todos los mayores sexólogos: desde Forel a Bloch y a Molí. Según éstos, la sexualidad se abatía como un rayo en la vida del adolescente «con la finalidad de» perpetuar la especie. Y este instinto procreativo era solamente uno de los «instintos» (el de comer, el de egoísmo, el de altruismo, el gregario, el social y naturalmente, el moral) que se iban atribuyendo al organismo humano: para cada manifestación humana existía el instinto correspondiente, desde el de la limpieza al del amamantamiento. Era un proceder bastante cómodo, incluso porque, si se daba con impulsos antisociales o en contraste con la mor'aí tradicional, se les podía fácilmente presentar como «degeneraciones del instinto moral».

Con su concepción unitaria de la vida instintiva, con su abierta reivindicación de la sexualidad infantil, es decir, de una sensi-

12. *Op. cit., pp. 4-6.*
13. *Op. cit., pp. 3-4.*
14. *Zeitschtift Jiir Sexualwissenschaff, 1921.*

bilidad independiente de la procreación, Freud barría dicha confusión. Además, su concepto de *libido* estaba destinado a interesar al joven Reich, de tal forma apasionado por las ciencias naturales y biológicas, precisamente porque recusaba la identificación con el deseo sexual consciente o con una realidad puramente psíquica. Freud proclamaba de hecho que la *libido* era solamente la manifestación psíquica, una derivación consciente (o inconsciente) del instinto, que quedaba por su misma naturaleza, relegado en los abismos biológicos del organismo.

En el ensayo citado, Reich llegaba a intentar una comparación entre la concepción freudiana de la *libido* con la electricidad. La ciencia, ni entonces ni ahora, no sabe decirnos lo que *es* la electricidad. Sin embargo el hombre puede darse cuenta de algunas de sus manifestaciones, como la luz o una descarga. Análogamente, mientras la esencia biológica del instinto permanece desconocida, el hombre puede darse cuenta de sus manifestaciones emotivas. Esta singular analogía con la electricidad fue utilizada por Reich casualmente, pero, como él mismo observará veinticinco años después,[15] aquella idea iba a permanecer durante mucho tiempo en él: sus primeras investigaciones acerca del organismo, en 1935, estuvieron precisamente orientadas a individuar las relaciones entre energía sexual y bioelectricidad.

Obtuvo un gran éxito con su ensayo porque los estudiantes del seminario, sumergidos hasta entonces en las complicadas interpretaciones psicoanalíticas de las manifestaciones psíquicas, habían logrado finalmente entrever una posibilidad de coordinación entre el pensamiento y los descubrimientos freudianos con las bases biológicas de todos sus estudios de medicina. Reich fue elegido «director» del seminario durante el otoño de 1919 y empezó inmediatamente a organizar el trabajo. Se constituyeron grupos para el estudio de las varias ramas de la sexología: endocrinología, biología, fisiología y psicología del sexo (con una particular atención al psicoanálisis).

Por su función de director del seminario estudiantil, el joven Reich estuvo obligado a entrar en contacto con los autores cuyas obías había estudiado o estaba estudiando: Kammerer, Steinach, Stekel, el biólogo Bucura, Adler y el mismo Freud. El encuentro personal con Freud confirmó en Reich el interés cada vez más protundo por el psicoanálisis. Le impresionaron la simplicidad e inmediatez del comportamiento de Freud, que contrastaba incisivamente con los aires de «gran profesor» o de «genio incomprendido» que encontró en las demás lumbreras de la época.

«Kammerer —escribirá más tarde Reich— era inteligente y amable pero no demostró un particular interés por nuestros esfuerzos. Steinach se limitó a exponerme las dificultades que él mismo encontraba. Stekel intentaba mostrarse simpático. Adler

15. FO, p. 11.

fue una desilusión. Continuaba atacando a Frfeud. Únicamente él, Adler, estaba realmente en lo justo. El complejo de Edipo era una locura: el complejo de castración una fantasía absurda y, por otra parte, estaba expresado de una forma mucho más adecuada en la teoría adleriana de la protesta viril. Por algo la "psicología finalista" de Adler se transformó al poco tiempo en una congregación de reformistas de la pequeña-busguesía...

»La personalidad de Freud me causó una impresión más fuerte y duradera.

»Freud hablaba como un ser humano normal. Tenía ojos penetrantes e inteligentes, pero no intentaba con ellos magnetizar la mirada del interlocutor, con pose profética. Eran ojos rectos y honestos que miraban el mundo. Me preguntó acerca del trabajo de nuestro seminario y lo encontró bien planteado. Teníamos razón —me dijo—. Desgraciadamente, la sexualidad no interesaba y si lo hacía el interés que despertaba era morboso. Estaba encantado en ayudarnos con alguna publicación. Se inclinó frente a su librería y sacó algunos de sus libros y opúsculos... Tenía un modo de hablar fácil, preciso y ágil. Movía las manos con naturalidad. Todo cuanto decía o hacía tenía un tinte señorial de ironía. Había llegado a su casa en un estado de trepidación y me fui envuelto en una atmósfera agradable y amistosa. Aquello fue el inicio de catorce años de trabajo en el psicoanálisis y para el psicoanálisis.»[16]

Pero entonces, Reich, aún no lo sabía. Su trabajo de asimilación continuaba: y también aquel trabajo que iba mucho más allá del campo de la psicología le proporcionará posteriormente gran parte de su prodigiosa capacidad de síntesis interdisciplinar.

Peer Gynt o sobre el anticonformismo

Astronomía, electrónica, la teoría cuántica de Plank, la física atómica de Bohr y Heigenberg, la teoría einsteiniana de la relatividad, todo era absorbido durante aquellos mismos años por la mente de Reich, en una especie de febril, infatigable búsqueda. Era un estado de ánimo que él mismo en una sucesiva confesión autobiográfica,[17] considerará haber hallado si no hasta copiado de Peer Gynt, el protagonista del drama homónimo de Ibsen. Aquel drama le produjo una impresión enorme, hasta tal punto que lo leyó y releyó muchas veces, junto con varias interpretaciones críticas, como si estuviera buscando un mensaje que le parecía que Peer Gynt quisiera transmitirle sin acabarlo de lograr.[18]

16. *Op. cit.,* pp. 14-15.
17. *Op. cit.,* p. 19.
18. *Op. cit.,* pp. 21-23.

Esta identificación con Peer Gynt es muy interesante, según mi opinión, para comprender1 algunos rasgos característicos de la personalidad de Reich.

«Como Peer Gynt —escribirá Reich— me sentía un *outsider*. El destino de Peer Gynt me aparecía como el resultado casi inevitable de cualquier tentativa de desviarse de la ciencia oficial y de la tradición... Mucho tiempo después^ caí en la cuenta que Ibsen había simplemente descrito el sufrimiento del individuo anticonformista. Al principio, está lleno de fantasía y de un sentimiento de fuerza. En la vida cotidiana es una personalidad excepcional, un soñador, un vagabundo. Los demás van a la escuela o trabajan como buenos chicos, y se ríen del soñador. Son los negativos de Peer Gynt. Peer Gynt siente la vida palpitar dentro de sí en su forma vigorosa e indisciplinada. De una parte hay la fantasía de Peer Gynt, de la otra el mundo real. El hombre práctico, por miedo del infinito, se aisla en un territorio limitado y busca una garantía de seguridad. El científico trabaja toda su vida sobre un problema *modesto,* el mercero dirige una tienda *modesta.* Es preciso no reflexionar acerca de la vida: se va a la oficina, a los campos, a la escuela, a visitar a los propios pacientes. Se hace el propio trabajo y se tiene la boca cerrada. Desde hace tiempo el Peer Gynt presente en cada uno de nosotros ha sido liquidado. De otra forma, la vida sería demasiado difícil y demasiado peligrosa. Los Peer Gynt son una amenaza para la paz del espíritu: viviendo de aquella forma, habría demasiadas tentaciones. Es cierto que de esta otra forma el hombre se esteriliza, pero puede también desarrollar una inteligencia tan «crítica» como improductiva, una gran abundancia de ideologías es quizás una arrogancia fascista. Peer Gynt acabará sin duda alguna rompiéndose la cabeza con aquella su insaciable curiosidad: "Te lo habíamos dicho." Y el mundo obrará de tal manera para que efectivamente se rompa la cabeza... Roto y deshecho vuelve, ya viejo, a su cabana de campesino, a Solveig, que para él ha tomado el lugar de la madre. Está ya curado de su ilusión: ha aprendido qué es lo que el mundo reserva a quien osa sentir, tocar la vida. Su destino es el de todos los que no quieren estar callados y tranquilos. Los demás ni corren el riesgo de quedar reducidos a la categoría de víctimas: son inteligentes y superiores.

»Esto era lo significado por Ibsen en su Peer Gynt: un drama que no será superado hasta que no se demuestre que en definitiva los Peer Gynt tienen razón. Hasta entonces, los "listos" y los "sensatos" tendrán la última palabra.»[19]

En esta interpretación de Peer Gynt se nota claramente el eco del entusiasmo juvenil de Reich por el personaje ibseniano: un entusiasmo que revela la vocación profundamente anticonformista e individualista de Reich, pero, al mismo tiempo, también una

19. *Op. cu.,* pp. 21-23

notable falta de discernimiento de ciertos aspectos toscamente sexofóbicos de Peer Gynt: por ejemplo, su aceptación pasiva, en medio de los rugidos de leones de circo, de la subdivisión tradicional de las mujeres en mujeres angelizadas (madres, esposas, hermanas) y mujerzuelas (las demás) para ser tomadas y secretamente despreciadas.

Pero sobre todo, en la identificación con Peer Gynt, se nota el eco del tremendo esfuerzo emocional e intelectual que atormentó a Reich a lo largo de su existencia de pensador y de hombre libre.

«El mundo —escribirá Reich—estaba en un estado de transición y de incertidumbre, cuando leí y comprendí Peer Gynt y encontré a Freud, captando su significación... Si la teoría freudiana del inconsciente era justa —de lo que no tenía la menor duda— entonces era posible comprender la infinitud interior. Los hombres se transformaban en gusanos que nadaban en la corriente de las propias sensaciones. Sentía todo esto de una manera muy vaga, sin duda no de una manera "científica". La teoría científica, vista desde el punto de vista de la vida tal como se vive, ofrece sólo algo artificial donde agarrarse en el caos empírico de los fenómenos. Es pues, ésta también, una defensa psicológica. El peligro de quedar sumergidos en aquel caos disminuye cuando se han subdividido, registrado y descrito nítidamente sus manifestaciones y se cree haberlas entendido. De esta forma se logra, hasta cierto punto, dominar el caos...

»En la perspectiva de cada particular trabajo mío ha habido siempre esta sensación de no ser otra cosa que un gusano flotante en el universo. Cuando desde un avión, a mil o dos mil metros de altura, se sobrevuela una autopista, parece que los coches estén arrastrándose, allá abajo...

»La analogía entre las leyes que rigen el mundo de los electrones con las que rigen el sistema planetario acababa asumiendo un significado mayor que el meramente teórico...

»Pero, por cuanto todo esto pueda ser científico, no se puede uno sustraer ni por un solo instante de la sensación de inmensidad del universo: la fantasía de estar suspendido totalmente sólo en el universo es algo más que una fantasía regresiva del seno materno... Entonces los coches arrastrándose abajo y los grandes tratados sobre los electrones aparecen realmente insignificantes.

«Comprendí que la experiencia de los locos era esencialmente una experiencia del mismo tipo. La teoría psicoanalítica sostenía que en el loco el inconsciente irrumpía en la conciencia. El paciente pierde así la barrera que lo defendía del caos de su mismo inconsciente, y hasta la capacidad de experimentar la realidad en el mundo circunstante. En el esquizofrénico el desmoronamiento mental va acompañado de la fantasía del fin del mundo...»[20]

20. *Op. cit.,* pp. 18-19

Por algo Reich compara su estado de ánimo al del enfermo mental: en esta comparación, se nota un eco de la sensación de enloquecer, de estar al borde de una catástrofe, que asalta periódicamente a la mente viva y libre frente al absurdo, a la crueldad y a la mezquindad del mundo social en el que se ve obligada a vivir, frente a la inmensidad de las incógnitas científicas y filosóficas en que está perdida, frente a la trágica limitación de la posición esencial del hombre, espectador confuso *e* impotente de un proceso cósmico que no puede influenciar en lo más mínimo.

Es necesario tener presente este drama social y existencial del hombre libre y vivo si se quiere entender, en sus luces y en sus sombras, ya sea el pensamiento de Reich, ya sea su destino en el mundo contemporáneo. De la tensión de este drama, además, obviamente, de la prodigiosa creatividad de su mente, ha surgido de hecho su grandioso esfuerzo de síntesis teórica (con todas las simplificaciones y precipitaciones que el mismo admitió), su maravillosa aventura intelectual que ha dado a la humanidad la primera teoría unitaria de la realidad desde el tiempo de Aristóteles. Y también de la tensión de dicho drama (que tiende a hacerse cada vez más angustiosa a medida que se acentúa el caos social contemporáneo) ha surgido y surge la reacción de tal modo especial que su pensamiento ha encontrado y encuentra en el mundo actual: una reacción caracterizada sobre todo por el linchamiento explícito o tácito consumado en contra de él por los grandes de cada ambiente (los cuales ven en sus concepciones una peligrosa amenaza a sus propios huertecillos de tranquilidad económica, social, ideológica, emocional) y más raramente una reacción de adhesión que en las personalidades libres ha tomado siempre un carácter de profundo entusiasmo pero no carente de espíritu crítico, mientras que en las neuróticas ha tomado un tono fideísticó y dogmático, claro sustituto de las antiguas creencias religiosas.

Primeros escritos psicológicos

Pero esta íntima, casi inconfesada interpretación de Peer Gynt no había aún madurado en el ánimo de Reich: al lado de la simpatía instintiva por el personaje, existía una tendencia, conforme a la moda de la época, a interpretar cualquier comportamiento o gesto en clave psicoanalítica. Por ello Reich escribió «un laígo y docto ensayo» como dirá más tarde irónicamente, *El conflicto libidico y el delirio de grandeza en Peer Gynt,* y durante el verano de 1920, a sólo 22 años, llegó a ser miembro-huésped de la Sociedad Vienesa de Psicoanálisis.

Poco después tuvo lugar en La Haya el Congreso Internacional de Psicoanálisis, bajo la presidencia de Freud. Reich describirá con una nota de nostalgia aquellos primeros años de colaboración con el ambiente psicoanalítico.

«Las relaciones trataban sobre todo problemas clínicos y la discusión era objetiva y de un buen nivel. Como siempre, Freud, hacía un breve y puntual resumen de cada relación dando después, en pocas palabras, su juicio personal. Oírle hablar era una gran experiencia. Era un excelente orador: frío, pero brillante y a menudo mordazmente irónico. Después de tantos años malos empezaba finalmente a gozar del propio éxito. En aquella época no formaba parte aún de la Sociedad de Psicoanálisis ningún psiquiatra. El único psiquiatra en activo, Tausk, hombre de gran talento, se había suicidado poco tiempo antes. Su relación *Ueber den Beeinflusseungsapparatus bei der Schozophrenie (Acerca de los aparatos de influencia en la esquizofrenia)* me pareció de una importancia extrema. Demostraba cómo "el conjunto de influencias" (notadas por el esquizofrénico) era una proyección del cuerpo del paciente, y en particular de sus órganos genitales... Tausk tenía razón: lo que el esquizofrénico experimenta como un perseguidor es en realidad su persona misma...»[21]

El clima en que el psicoanálisis se hallaba durante aquellos años era un clima de asedio. El movimiento era obstaculizado desde todas partes, por lo menos en el campo científico, y sus componentes estaban obligados a callar sus discrepancias internas para hacer frente común contra los adversarios. Este clima de persecución contribuyó probablemente — y sobre todo la evidencia de sus orígenes sexofóbicos — a radicar profundamente en Reich un aprecio de Freud destinado a durar muchos años, aun cuando las divergencias ideológicas y científicas habían llegado a ser patentes.

El 13 de octubre de 1920 «debutó» en la Sociedad Vienesa de Psicoanálisis leyendo su «largo y docto ensayo» sobre Peer Gynt. Fue un debut penoso como pocos, previsible por otra parte en alguien que no había obtenido aún la licencia en medicina, de apenas veintidós años, sentado entre veteranos de la medicina y del psicoanálisis, muy poco benévolos aun entre ellos mismos (imaginemos su actitud frente a los novatos seguros de sí mismos). Dado que a Freud no le gustaba que los relatores leyeran sus propios trabajos (decía que el pobre oyente tenía la impresión de deber arrancar detrás de un interlocutor cómodamente sentado en un coche en marcha), Reich intentó aprender de memoria el manuscrito recitándolo como un papel de teatro. Pero ya a la tercera frase había perdido completamente el hilo: afortunadamente había traído consigo el manuscrito y logró fácilmente hallar el punto para continuar. Esta primera experiencia traumática no desanimó a Reich: al contrario, puede considerarse característico de su temperamento de luchador el hecho que, seguidamente, renunció por completo a llevar consigo los manuscritos, cuando debía tomar la palabra, precisamente para obligarse a

21. *Op. cit.,* pp. 23-24.

arreglárselas, a «nadar»: logró un tal éxito que llegó a ser con-el tiempo un orador de categoría.[22]

Empezó así, de todas formas, el período que hemos convenido en llamar aquí «psicoanalítico» o «freudiano» del pensamiento de Reich. No es un azar el que también este período, desde el comienzo, y quizás más en los primerísimos años (es decir, antes que Reich se encontrara mezclado en las redes de las cada vez más complicadas interpretaciones psicoanalíticas de cualquier perturbación nerviosa), esté caracterizado por escritos que gravitan alrededor de problemas del instinto o de la sexualidad: es decir, sobre temas que estaban destinados a conducirle a una misión *energética* de todos los fenómenos psíquicos. Y no es tampoco un azar el que varios de estos sus primeros escritos aparezcan no en la revista del movimiento psicoanalítico *(Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse),* sino en la *Revista de Sexología (Zeitschrift für Sexualwissenschaft),* dirigida por Magnus Hirsch,-feld. Como hemos podido ya constatar y como él mismo subraya en un recuerdo autobiográfico,[23] Reich no llegó a la sexualidad a través del psicoanálisis, sino al psicoanálisis a través de la sexualidad.

Ya en 1912, es decir un año antes que Reich fuera ascendido de «huésped» a miembro efectivo de la Sociedad Vienesa de Psicoanálisis, precisamente la *Zeitschrift für Sexualwissenchaft* publicaba (como indicado) un breve escrito en el que Reich discutía la concepción del impulso en Forel y Jung, seguido de otro titulado *El coito y los dos sexos.*[24] Como por otra parte el mismo Reich notará posteriormente en un escrito de los primeros años 50,[25] ya en 1923, la revista de Hirschfeld publicó un ensayo suyo que en el mismo título enunciaba lo que habría sido el *leit-motiv* básico (aunque frecuentemente sumergido y casi borrado por las investigaciones y por las luchas contingentes) de la totalidad del desarrollo sucesivo de su pensamiento: *Hacia una teoría energética del impulso (Zur Triebenergetik).*

Otro aspecto fundamental del pensamiento reichiano en el primer período, esencialmente psicológico, de su desarrollo es el interés precoz y continuo por los problemas del *carácter.* Es un interés doblemente significativo: en el plano técnico, ya que llevará a Reich, en pocos años, a la elaboración de la teoría y técnica del análisis caracterial que encontró una primera expresión primero en el ensayo *Ueber Charakteranalyse*[26] y posteriormente en la primera y en la tercera (ampliada) edición de la obra titulada precisamente *El análisis caracterial (Charakteranalyse,* I ed. Sexpolverlag, Oslo, 1933 y *Character Analyse,* III enlarged ed., Or-

22. *Op. cit.,* p. 24.
23. *Op. cit.,* p. 4.
24. ZSW, 1921, citado en BO, p. 18.
25. Véase la nota de introducción a BO, p. 1.
26. IZP, XIII, 1927.

gone Institute Press, 1949) que aún hoy es considerada por el mismo psicoanálisis ortodoxo como una preciosa contribución de Reich al tratamiento analítico; en el plano ideológico, ya que este precoz interés por las expresiones caracteriales de la psicopato-logía me parece que ha sido al mismo tiempo un síntoma de la recusación reichiana de aceptar lo neurótico (aunque caracterial-mente integrado y racionalizado) que había en las resistencias individuales y colectivas a las teorías freudianas (y en general a las interpretaciones sexo-céntricas de la enfermedad mental y del malestar social), y una eficaz «técnica de ataque» para destruir dichas resistencias tanto en el tratamiento individual como en el mejoramiento social. Esta sensibilidad a los problemas del carácter, en definitiva, en mi opinión estaba relacionada con la vocación reformadora de Reich. No podía aceptar «como buenas» las resistencias opuestas por el sistema a la revolución socio-sexual ni en sus expresiones individuales (caracteriales). Sucesivamente, a través de la observación de las resistencias caracteriales individuales Reich elaborará el concepto de estructura y de coraza caracterial, como producto estándar de las deformaciones impuestas por las instituciones sociales represivas a la persona humana, y, por lo tanto, desarrollará una crítica y una acción en vistas a la demolición de dichas instituciones a través de un trabajo de educación y de agitación revolucionaria.

En la constante insistencia (de acuerdo con el resto de la tradición freudiana clásica) acerca de la importancia central de los factores sexuales en la psicogénesis de las neurosis, es posible encuadrar varios escritos menores de este período: desde *Ueber einen Fall von Durchbruch der Inzestschranke (Un caso de ruptura del tabú del incesto),*[21] al ya citado *Der Koitus una die Gesch-lechter (El coito y los dos sexos),*[2]* a *Ueber Spezifitaet der Ona-niefarmen (Especialidad de las formas onanísticas),*[29] donde se discute la función pregenital, que, en ciertos neuróticos, llega a asumir el uso masturbatorio de los genitales, a *Ueber Genitalitat (La genialidad),*[30] en que se subraya la importancia de la maduración y de la función genital en el equilibrio mental, a *Weiíere Bemerkungen ueber die therapeutische Bedeutiung der Genitalli-bido (Nuevas observaciones acerca de la importancia de la libido genital),*[31] en que se denuncian los daños ruinosos impuestos al desarrollo y al equilibrio psíquico por la represión de la masturbación y se subraya el significado neurótico que la posición represiva tiene siempre en la persona que la asume, a *Ueber die chronische hypocondrische Neurasthenie mit genitaler Asthenie,*[32]

27. ZSW, 1920, VIL
28. ZSW, 1921, VIII.
29. IZP, VIII, 1922.
30. IZP, 1923, IX.
31. IZP, 1925, IX.
32. IZP, 1926, XII.

donde, como dice el título, se ponen a la luz las relaciones entre ciertos casos de neurastenia hipocondríaca y su claia astenia sexual. Naturalmente, a este respecto, la obra más significativa del período es *Die Funktion des Orgasmus,* que enuncia lo que quedará como punto principal de la teoría reichiana, es decir la imposibilidad de desarrollarse, de vivir, de expresarse, de amar plenamente en quien haya sido bloqueada la función del orgasmo y la evolución hacia el «primado de los genitales». Pero de esta obra ya hablaremos detalladamente más adelante.

En cambio algunos escritos de este período pueden ser considerados bajo el aspecto de los intereses caracteriológicos de Reich: *Zwei narzisistiche Typen (Dos tipos narcisísticos)*,[33] la «primera obra» (en volumen) de Reich *Der triebhafte Charakter (El carácter impulsivo)?* Zur Technik der Deutung und der Wi-derstandanalyse (Problemas técnicos de la interpretación y del análisis de las resistencias),[35] Ueber Crarakteranalyse* citado anteriormente, el extenso *Der genitale und der neurotische Charakter,*[36] igualmente citado, y un par de escritos *Die charakterologis-che Ueberwindung des Oedipuscomplexes (La superación caracte-riológica de los complejos edípicos),*[37] y *Des masochietische Charakter (El carácter masoquista)* [M] a pesar de que en el plano cronológico pertenecen ya al período prevalentemente socio-político del pensamiento de Reich, y señalan incluso en el plano teórico una ruptura sustancial con el psicoanálisis.

Unas palabras de comentario más amplio merece a este propósito *Der Triebhafte Charakter (El carácter impulsivo)*. Se trata de una monografía dedicada a este tipo de personalidad neurótica, dominada precisamente por impulsos irrefrenables. Las neurosis impulsivas habían sido estudiadas en la literatura analítica sobre todo en base a ciertos cuadros sintomáticos: el impulso a huir,[39] la cleptomanía,'[10] la piromanía[41] y la manía del juego de azar.[42] Pero, de acuerdo con su tendencia característica, Reich examina en su obra juvenil la *versión caracterial* de la neurosis impulsiva, es decir, precisamente el carácter dominado por una

33. IZP, VIII, 1925.
34. Int. Psych. Verlag, Viena, 1925.
35. IZP, XIII, 1927.
36. IZP, XV, 1929.
37. IZP, XIII, 1931.
38. IZP, XVIII, 1932.
39. Karl ABRAHAM, *Klinische Beitrage zar Psychoanalyse,* Int. Psych. Verlag, Viena, 1921.
40. Mary Chadwisk, *A Case of Cleptomanía in a Girí of Ten Years,* en «International Journal of Psychoanalysis», VI, 1925. William HEALY, *The Individual Delinquen!,* Little, Brown & Co., Boston, 1915. Arthur KIELHOLZ, *Symbolische Diebstahle,* en «Zeitschrift für die gesamte Neurologie und Psychiatrie», LV, 1920.
41. Osear PFISTER, *Its die Brandstiftung ein archaischer Sublimierungsversuch,* en IZP, III, 1915, Gustav BYCHOWSKY, *Zur Psychopathologie der Brandstiftung,* en «Shweizer Archiv für Neurologie und Psychiatrie», V, 1922.
42. Ernst SIMMEL, *Zur Psychoanalyse des Spielers,* en ZSP, X, 1924.

irrefrenabilidad *genérica* de los impulsos, que no se manifiesta en relación con una única acción u operación (siempre la misma) sino en relación con una gama relativamente variable de acciones.

En su obra Reich observa que el análisis no confirma la hipótesis, teóricamente legítima que los caracteres impulsivos no son otra cosa que una personalidad privada de Super-Yo, y por lo tanto capaces de satisfacer todos los propios deseos sin consideración alguna ni preocupación por las reacciones de los demás. Sin duda que una carencia de relaciones objetuales duraderas durante la primera infancia o experiencias traumáticas pueden impedir la formación completa y definida de su Super-Yo. Pero el Super-Yo no está jamás totalmente ausente. Es sólo incompleto y patológico y refleja las contradicciones que los sujetos encontraron en relación con los primeros objetos. El análisis ha revelado que tales distorsiones de relación con el Super-Yo están en la base de las varias formas de delincuencia juvenil. En los casos de menor gravedad se observa un estado crónico de insatisfacción. Se trata de individuos hipersensibles y a veces «hi-persexuales» que deben esta su condición precisamente al constante estado de embotellamiento de los instintos. En otros casos, más graves, se observan manías orales o cutáneas, extrema ambivalencia frente a los objetos de amor, identificación entre las necesidades eróticas y narcicistas, conflictos entre rebelión e insatisfacción.

A veces, las anomalías de estos sujetos son fácilmente comprensibles si se conocen con una cierta precisión sus vicisitudes infantiles: y entonces frecuentemente se descubre que el paciente en los primeros años de vida ha vivido en ambientes brutales o fríos, en todo caso en ambientes sin amor, o que ha cambiado repetidamente la situación o las personas con las que había establecido su unión afectiva, o por último que ha sido sometido a influencias ambientales muy diversas o contradictorias. El resultado ha sido una insatisfacción o una no solución del complejo edípico y la incapacidad de establecer relaciones de amor objetuales.

Reich describe en su obra un mecanismo general a través del cual los impulsos logran evadir la vigilancia y las intimaciones del Super-Yo y a abandonarse a sus acciones socialmente desaprobadas. Mientras que normalmente el Yo intenta cumplir las pretensiones del Super-Yo o en todo caso oponérsele con argumentos o racionalizaciones, en el impulsivo se manifiesta un fenómeno del momentáneo «secuestro y aislamiento» del Super-Yo mediante el cual el Yo logra excluir decididamente y radicalmente al Super-Yo de la esfera de la conciencia. Debido a la discontinuidad o a la contradicción de las experiencias habidas con las personas cuya incorporación está en la base de la creación del Super-Yo, el Yo tiene la facultad de «sentir» los mandatos del Super-Yo sólo de un modo *saltuario* y deformado, quedando en

cambio provisionalmente libre de cualquier influencia que en otros casos sería inhibitoria, y en particular cuando se vea asaltado por un deseo particularmente intenso de satisfacción instintiva o, por motivos de defensa contra la angustia, intente librarse de los tormentos del autorreproche o del remordimiento. Este último surge sólo mucho tiempo después de haberse realizado el abandono del Yo al impulso y de la satisfacción del instinto.

Este singular proceso de «secuestro y aislamiento del Super-Yo» es tanto más fácil si el paciente ha experimentado en su infancia momentos de intenso placer improvisamente alternados con intensas desilusiones o duros castigos. Frecuentemente se desarrolla entonces una tendencia a «aferrar», a «robar» fulminantemente la ocasión de satisfacción de los instintos apenas se presente y antes de que el Super-Yo (o las personas y las circunstancias que lo representan) puedan negar la satisfacción codiciada. Algunos padres lunáticos que tienen la costumbre de alterar la generosidad y la indulgencia más extrema con los castigos más drásticos, pueden crear fácilmente en los hijos este estado de ansia y esta degeneración impulsiva del carácter.

Al instintivo interés de Reich por los fenómenos energéticos intrínsecos a todas las manifestaciones psíquicas, por último, pueden ser considerados, como apuntábamos, un tercer grupo de escritos de este período.

Podemos recordar a este propósito, además del ya citado Zur Triebenergetik *de 1923,* Der Tic ais Onanieequivalent,^ donde se apunta a la utilización terapéutica de las energías libidínicas obstruidas, y sobre todo Ueber die Quellen der neurotischen Angst^ donde se anuncia ya claramente un concepto clínico que permanecerá como básico en toda la diagnosis y el tratamiento reichiano: el concepto de «angustia de estagnación», que atribuye precisamente a la acumulación de los impulsos sexuales provocada por la represión, la fuente energética de la angustia y por lo tanto, en substancia, del denominador común de toda enfermedad mental. Este concepto, hallará luego su expresión completa en Die Funktion des Orgasmus al que es imprescindible reservar una discusión más detallada.

En conflicto con Freud

Como hemos dicho*,* Die Funktion des Orgasmus es la obra más importante y en cierto sentido conclusiva, del período que hemos definido «psicoanalítico» en el desarrollo del pensamiento de Reich. Se trata de un trabajo esencialmente clínico que no debe en modo alguno confundirse, como aún se hace actualmente, con

43. ZSW, 1925, XI.
44. IZP, 1924, X.

la áurea «suma» del pensamiento reichiano que apareció en los Estados Unidos en 1945 con el título The Function of the Orgasm.[4413»3] Aunque sea una obra puramente médica Die Funktion des Orgasmus tiene un extraordinario interés «ideobiográfico» ya que contiene claramente in nuce no sólo las razones del conflicto con las teorías protogenéticas y clínicas del psicoanálisis ortodoxo, sino que también el sucesivo desarrollo del pensamiento reichiano en el plano socio-político, biológico y físico.

Como lo demuestra la publicación hecha por la editorial oficial del movimiento psicoanalítico, cuando esta obra fue preparada y aceptada no apareció inmediatamente evidente su intrínseca inconciabilidad con las orientaciones que iban a afirmarse en la constatación de la existencia de una relación precisa entre la «genitalidad» (es decir, la posibilidad del paciente de tener una vida sexual sana y satisfactoria) y su reacción positiva al trabajo terapéutico. Desde las primeras monografías de 1922, y repetidamente posteriormente,[45] Reich había subrayado la importancia decisiva de la genitalidad para la prognosis y el tratamiento.

Era una insistencia extremamente peligrosa, que había originado la violenta oposición encontrada por Freud en la primera parte de su vida. Pero era también extremamente necesaria ya que empezaba ya a perfilarse la domesticación del psicoanálisis destinado a desarrollarse, con los años, hasta llegar a nuestras parodias primero, y americanas después, de molde jesuítico, y a las que el mismo Freud no parecía decidido a oponerse resueltamente. El profesor Karl Friedjung, pediatra y asesor comunal vienes, había lanzado una vivaz propagmda del psicoanálisis entres los médicos de la Oficina de Higiene de la capital, llegando a subrayar la importancia del descubrimiento freudiano de la sexualidad infantil. Pero todas estas revolucionarias «concesiones» al freudismo se hacían con una finalidad paradójica: para organizar mejor la represión de la sexualidad. Como Friedjung y sus colaboradores no se cansaban de advertir, gracias a los «históricos descubrimientos del profesor Freud» —proclamado no «ciudadano honorario» de Viena (dignidad reservada a personajes de mayor estatura... como por ejemplo el cónsul del Canadá), pero sí por lo menos «ciudadano» a todos los efectos— se podía ahora combatir más científicamente y con mayor éxito la explosión incontrolada de la sexualidad a través de una «sana educación sexual» que previniera y denunciara los daños de la vida sexual prematrimonial.[46]

La insistencia de Reich acerca de la importancia de la vida

44 bis. Edición italiana: *La funzione dell'orgasmo*, Sugar, Milán, 1969.
45. Véanse en particular *Ueber ein Fall von Durchbruch der Inzestschranke* en ZSW, 1920, VII; *Der Koitus una die Geschlechter* en ZSW, 1921, VIII; y sobretodo *Ueber Gelitalitat* en IZP, 1923, IX y *Weitere über die therapeutische Bedeutung der Genitaltibido,* en IZP, 1926, XII.
46. PT, p. 5.

sexual real o «actual» del paciente estaba relacionada con un elemento central de la primera sistematización teórica del psicoanálisis: la teoría freudiana de las «neurosis actuales», y de la angustia, también «actual», que, según Freud, acompañaban infaliblemente tales neurosis. Como es conocido, Freud había bautizado con el término de «neurosis actuales» todos los disturbios psíquicos que habían mostrado estar en relación directa con los disturbios de la vida sexual de los pacientes, más que con sus conflictos y complejos infantiles. Estos disturbios de la vida sexual adulta, según Freud, determinaban una acumulación de «angustia actual» que constituía la base de la sintomatología neurótica.

Con el pasar de los años aunque sin abandonar explícita y totalmente su tesis que por lo menos un cierto tipo de neurosis pudiera derivar de este tipo de dificultades «actuales», Freud había orientado su investigación cada vez más exclusivamente hacia los orígenes infantiles y «endógenos» de las neurosis y de las psico-neurosis, y subrayaron cada vez más la importancia del reconocimiento y de la solución de estos conflictos originarios para un tratamiento eficaz. Reich, al contrario, había desarrollado todos sus esfuerzos clínicos y teóricos según las indicaciones implícitas en el concepto de «neurosis y angustia actuales», tendiendo a dilatar su validez a todas las formas neuróticas.

Durante el otoño de J926, cuando las pruebas del *Die Funktion des Orgasmus* estaban ya dispuestas para la imprenta, Sigmund Freud publicaba *Inhibición, síntoma y angustia* y daba un cambio de dirección muy preciso a su pensamiento teórico, modificando más o menos explícitamente muchas de sus anteriores formulaciones acerca de la fuñe: Jn de la angustia en el proceso neurótico. En la «explicación» del mecanismo de las neurosis actuales, había dicho que la angustia era el resultado de la represión o de la frustración de determinados impulsos sexuales. Con su nueva obra, conforme a su más reciente tendencia a considerar la neurosis como un hecho «endógeno», concluía: «Es la angustia la que produce la represión y no, como he creído anteriormente, la represión la que produce la angustia.»

Dando a la imprenta *Die Funktion des Orgasmus*, Reich intentó como veremos, minimizar esta confirmación de un motivo básico de conflicto entre su pensamiento y el freudiano y, dado lo reciente de la sistemación teórica de *Inhibición, síntoma y angustia*, la obra pudo pasar sin anatemas ni excomunicaciones. Pero, pasando el tiempo, el conflicto tenía que acentuarse, no sólo porque la influencia del pensamiento freudiano en todo el movimiento psicoanalítico era obviamente decisiva y no habría sido fácil ni cómodo para nadie encontrarse en desacuerdo con el maestro en temas tan cruciales, sino sobre todo porque, detrás de las dos «elecciones» clínicas y teóricas, la reichiana y la freudiana, estaban dos fundamentales orientaciones ideológicas y personales. La elección freudiana estaba relacionada con otra, aún más cru-

cial, expresada algunos años antes en *Más allá del principio del placer*, en la que se hipotetizaba un «masoquismo primario» del hombre y, por lo tanto, la naturaleza biológica e insuprimible de la destructividad y de la autodestructividad en la vida individual y social. Obviamente, esta orientación teórica hacía prácticamente ilusoria toda esperanza de mejorar la condición humana eliminando las represiones sexuales, y fútil toda acción social dirigida precisamente hacia la liberación del desarrollo y de la vida emocional individual y colectiva. Evidentemente Reich, debido a la misma estructura de su personalidad —optimista, revolucionaria, libertaria — no podía aceptar este planteo precisamente en la medida en que estaba en función de la personalidad pesimista, conservadora y fundamentalmente autoritaria de Freud.

Pero todos estos problemas ideológicos y de personalidad no son aún perceptibles, ni quizás conscientes, en *Die Funktion des Orgasmus*. Aquí nos encontramos en apariencia frente sólo a una teoría de la neurosis aún conciliable con el psicoanálisis oficial.

La obra lleva esta dedicatoria del autor: «A mi maestro Sigmund Freud, con grande aprecio.» Pero una «lápida» en la página siguiente aunque transcribiendo aún un pensamiento de Freud, parece casi una advertencia y un presagio de la inflexibilidad con la que Reich llevará a cabo su polémica contra los detractores de su obra e incluso contra su maestro. «Pero nosotros respondemos: Quien ha asimilado la educación a la verdad contra sí mismo con éxito está siempre protegido contra el peligro de la inmoralidad, incluso si su medida de la moralidad diverge de la que prevalece en la sociedad»: en la evidencia dada a estas palabras de Freud se nota que Reich quiere homenajear aquí la valentía demostrada entonces por Freud al afirmar la etiología sexual de las neurosis no obstante las difamaciones y las discriminaciones académicas y sociales, y, al mismo tiempo, presagiar que aún mayores difamaciones y discriminaciones le esperaran a él, Wilhelm Reich, por haber indicado el centro del foco patógeno no sólo genéricamente en la sexualidad (y por lo tanto también en la sexualidad infantil) sino específicamente en la estructura y en la moral social que hacen imposible un desarrollo y una actividad sexual libres y naturales. Él también, Reich, será acusado de inmoralidad como Freud, pero, habiendo asimilado con éxito «la educación a la verdad aun contra sí mismo», es decir, habiendo aprendido a soportar la humillación a causa y en nombre de la claridad, no pasará frente a ningún ostracismo social.

En un breve preámbulo, Reich subraya que la teoría de las neurosis bosquejada en su obra es fruto de la experiencia clínica recogida por él como asistente del Instituto vienes de Psicoanálisis. En el curso de tal experiencia —continúa Reich— «he notado algunas precisas relaciones terapéuticas positivas o negativas de los pacientes- con su genitalidad... Desarrollando ulteriormente el estudio de los problemas técnicos, he podido observar una rela-

ción de causa a efecto entre los procesos neuróticos y las perturbaciones de la funcionalidad genital, que explican las reacciones terapéuticas y nos hacen comprender por qué la impotencia o la frigidez van siempre regularmente acompañadas de neurosis».[47] Ya en estas palabras, se encierra lo que será uno de los fundamentales motivos de conflicto con el psicoanálisis ortodoxo. Reich, como hemos visto, sostiene que la neurosis determina *siempre* una perturbación de la funcionalidad genital y, en particular, que la impotencia y la frigidez son el resultado *infalible* de cualquier disturbio neurótico. Y para tal afirmación se remite a la «experiencia clínica». Pero a la misma «experiencia clínica» se remitían y se remiten cada vez más enérgicamente los colegas para discutir la afirmación de Reich: no sólo —objetarán— no es sostenible basándose en la experiencia clínica que *todos* los neuróticos son impotentes (y *todas* las neuróticas frígidas) sino que, al contrario, la casuística clínica ofrece, especialmente entre los pacientes de sexo masculino, numerosos ejemplos de neuróticos que tienen una potencia y una actividad sexual normal o más que normal. Y, viceversa, existe una cantidad no despreciable de personas psíquicamente sanas bajo los demás aspectos que sufren fenómenos de impotencia y frigidez parcial o total.

La impotencia orgástica

A esta objeción, sin embargo, Reich podía fácilmente oponer que con ello se comprendía mal y se deformaba su teoría. Él, en realidad, no había jamás negado que determinados individuos pudieran presentar *algunas manifestaciones* de potencia sexual (por ejemplo la erección y la eyaculación) sufriendo formas neuróticas incluso graves, sino exclusivamente que tuvieran la que él definía «potencia orgástica», es decir la capacidad de abandono total a la experiencia emocional y energética del orgasmo sexual: en estos individuos, el orgasmo poseía sólo algunas de sus manifestaciones «mecánicas». Y la prueba de ello estaba en que, interrogados acerca de sus propias reacciones, dichos individuos daban de la experiencia orgástica, indudablemente la más profunda y transtojnante que el organismo humano pueda atravesar, una descripción sin relieve y llena de suficiencia. Todos ellos —concluía Reich— eran sólo aparentemente potentes sexualmente. En realidad, la *potencia orgástica* les faltaba como faltaba a los sujetos impotentes en el sentido tradicional y técnico de la palabra, es decir, afectados de disturbios de erección o de eyaculación.

En todo caso, Reich, muestra aquí no querer apreciar, o de no querer apreciar adecuadamente los profundos motivos de conflicto ahora ya en acto con el psicoanálisis oficial.

47. *Die Funktion des Orgasmus,* p. VIII.

«Aunque —escribe— en este trabajo me basé enteramente en la teoría sexual de Freud y en su doctrina de la etiología sexual de las neurosis, no puedo pretender afirmar" que las conclusiones aquí expresadas sean ya compartidas por la escuela freudiana... De todas formas, estoy convencido que desarrollan en línea recta las teorías psicoanalíticas fundamentales.»

De estas líneas, parece poder deducirse que, aún a finales de 1926, confiaba en que su dirección de investigación, aunque no fuera compartida por la mayor parte de la escuela freudiana, habría acabado siéndolo en un futuro no lejano. Probablemente no se trataba exclusivamente de una tenaz ingenuidad, sino más bien de un recurso táctico para evitar admitir él mismo la posición herética que sus adversarios, cada vez más numerosos, tendían a hacerle asumir.

Reich es consciente, claro está, de algunas divergencias de fondo planteadas desde entonces con «los desarrollos más recientes» del psicoanálisis.

«A causa —escribe— de los rápidos progresos llevados a cabo por el psicoanálisis en la investigación de las causas psíquicas de la neurosis, ha palidecido el interés por el problema de la acumulación de la libido que en un principio había sido concebida como un fenómeno somático. En la definición freudiana, "libido" significaba una acumulación de substancias fisioquímicas que causaban tensiones psíquicas y que se expresaba en tendencias instintivas hacia la satisfacción sexual (véase a este propósito los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad)...»*[48]

Y aún:

«Al término "libido" se le ha dado siempre más el significado de energía psíquica, y de ello ha sufrido injustamente el interés por el núcleo actual-neurótico (somático) de la neurosis, y en los últimos diez años, casi no se ha hablado de este núcleo. Y sin embargo, Freud continúa defendiendo su teoría de las neurosis actuales como producto de la insatisfacción sexual, aunque no haya vuelto a ocuparse específicamente del problema de la naturaleza de la "libido".»

Reich concluía su breve preámbulo reivindicando las grandes promesas que la doctrina freudiana de las neurosis actuales conftlnuaba encerrando, como «perspectiva de trabajo» para toda la nvestigación teórica y clínica.

Como se ve con estas citas, Reich insistía ya entonces en una oncepción «energética» de las neurosis corno resultado de la acuImulación de determinadas cargas de naturaleza física (puede apreciarse aquí un presagio de la futura teoría orgónica) y se daba cuenta que tales concepciones eran mucho más conciliables an la doctrina freudiana de las neurosis actuales (atribuidas precisamente a una «acumulación» o, como Reich propuso llamar,

48. *Op. cit.,* p. 32.

a una «estasis» de energía sexual obstruida por las dificultades de la actividad sexual adulta) que con una doctrina que indicara en esta o aquella «manía» infantil o incluso en una intrínseca conflictividad de la dinámica humana de los instintos, la causa fundamental de la perturbación neurótica.

Como hemos apuntado, esta controversia con el psicoanálisis oficial no era simplemente teórica: al contrario, desembocaba en el (o más probablemente nacía del) problema de la postura a tomar hacia las instituciones sociales represivas de la sexualidad concebidas o no como fuente primaria del conflicto neurótico. Pero en este preámbulo, y en todo el *Die Funktion des Orgasmus,* Reich parece que quiera evitar aun el afrontar las implicaciones socio-políticas de sus varios planteos patogenéticos y se limita a exponer sus propias tesis en un plano meramente técnico.

Así, en las páginas del *Die Funktion des Orgasmus,* se hallan mencionados casi exclusivamente temas y problemas de carácter médico y psicoanalítico: el conflicto neurótico; la potencia orgástica; los disturbios psíquicos del orgasmo; la disminución de la potencia orgástica (el coito onanístico y el onanismo propiamente dicho); la escisión del orgasmo (neurastenia aguda); la impotencia orgástica absoluta (hiperestesia, anestesia); la excitación sexual y la ninfomanía; la estasis somática de la libido y la angustia impulsiva; observaciones generales sobre el significado, la tendencia y la fuente de los síntomas neuróticos, la angustia y el sistema vasovegetativo; la excitación sexual y el sistema nervioso autónomo; la etiología psíquica de las neurosis actuales; análisis de un caso de histeria con angustia hipocondríaca; el bloqueo psiconeurótico de la libido genital; síntoma de conversión e impotencia histérica; la impotencia obsesiva; la astenia genital en la neurastenia hipocondríaca crónica; análisis de un caso de neurastenia hipocondríaca; la astenia genital (dos casos de eyacula-ción precoz); para una teoría genital del psicoanálisis, etc.

Primeras referencias a las implicaciones sociales

Sólo hacia el final del volumen empiezan a surgir los temas realmente candentes a causa de sus implicaciones sociales: dependencia de los impulsos destructivos de la estasis libídica; importancia social de las tendencias genitales; ruptura de las tendencias genitales en la sociedad; consecuencias de la ruptura de la sexualidad en la vida conyugal; el problema del agotamiento de la genitalidad en el matrimonio monogámico; el sentido de la realidad erótica y social.

La explicación sobre la «dependencia de los impulsos destructivos de la estasis libídica» comienza en tono aparentemente sólo clínico. Reich recuerda una narración de Paul Bourget *(El discípulo)* que cuenta la historia de dos enamorados con muchas dificultades en su amor. Después de haber conservado por mucho tiempo este amor en un plano estrictamente platónico, los dos deciden muy románticamente, tener una primera y última relación sexual y luego matarse. Pero el hombre, que en el coito ha encontrado una plena satisfacción sexual, ya no tiene ningún deseo de suicidarse. Al contrario ella, que ha permanecido fría durante la relación, lleva puntualmente a cabo el «plan» suicida y, cuando su amante va hacia ella para gritarle su deseo de vivir para ella y con ella, la encuentra ya muerta.

¿Estamos delante una fantasía poética? No, en absoluto, responde Reich. Y cita numerosos casos clínicos en los que él y otros analistas habían podido observar una exacta correspondencia entre agresividad y desasosiego motor por una parte, y poca o nula satisfacción sexual por el otro.

«El desasosiego motor —continúa Reich— surge porque la excitación sexual no satisfecha repercute sobre el aparato muscular, en donde no se manifiesta como fenómeno sexual sino como empuje a la destrucción. Es necesario por lo tanto concluir que la excitación sexual reprimida o frustrada se traduce en destructividad, cuando no es expresada con algún síntoma neurótico o en angustia de estasis.»[49]

En apoyo de su tesis, Reich cita una cantidad de observaciones difícilmente discutibles: la mayor peligrosidad de los sádicos abstenidos por largo tiempo, el hecho que el lactante empiece a morder el seno precisamente en coincidencia con el destete, es decir, precisamente cuando empieza a verse privado de su objeto de amor, el hecho que el niño presente manifestaciones de crueldad en coincidencia con la desaparición del complejo de Edipo (es decir, alrededor de los cinco años), el hecho que la agresividad se acentúe durante la adolescencia, es decir, en coincidencia con la explosión del impulso sexual y de su más acentuada represión social, el hecho que los animales castrados, es decir, privados de la fuente energética de la agresividad de conversión no sean nunca agresivos, el hecho que el toro después de la monta sea notoriamente inofensivo, el hecho que los perros se vuelvan realmente peligrosos sólo cuando están atados (es decir, coartados en sus impulsos motores), y alejados de las perras (es decir, coartados en sus impulsos sexuales). Y termina con algunas frases que ponen las bases de todo el futuro planteamiento reichiano del problema de la agresividad:

«Si el instinto sexual no es satisfecho, el impulso destructor aumenta... el odio depende de la intensidad de la negación de amor y la destructividad de la intensidad de la estasis libídica...

»Si, pues, la remoción de la genitalidad, y en particular la falta de satisfacción genital, aumenta los impulsos sádicos, es necesario concluir que la general negación social de la sexualidad y la ten-

49. *Op. cit.,* p. 35.

dencia a suprimirla y dividirla tienen una función decisiva en la aparición del sadismo humano... por lo que me resulta, todavía no se ha apreciado adecuadamente el concepto según el cual ha sido la represión de las tendencias genitales lo que ha producido en la Historia la brutalidad. De aquí nació un sadismo que se convirtió en masoquismo religioso. Las orgías masoquistas de la Edad Media, la increíble brutalidad de la Inquisición, fueron expresión y desfogue de energías libídicas reprimidas...»[50]

Sadismo y nacionalismo en la Alemania de Weimar

Llegado aquí, Reich examina los hechos sociales menos lejanos, destinados a tener dentro de pocos años, en la Alemania de Weimar, siniestros desarrollos: el sadismo y el nacionalismo enloquecidos de algunas asociaciones estudiantiles que dieron al nacismo una no despreciable contribución.

«Es necesario también preguntarnos —escribe— en qué relaciones están las costumbres de algunas asociaciones estudiantiles con la vida sexual de sus adeptos. Y aquí emergen dos hechos evidentes:

1. La homosexualidad inhibida, que se manifiesta en el principio del asociacionismo exclusivamente masculino.
2. El menos inhibido sadismo imperante en tales organizaciones.

»Es un gran mérito de Blüher *(La -función del erotismo en las asociaciones masculinas,* Jena, 1919), el haber demostrado la importancia de la homosexualidad en la institución de las asociaciones masculinas, aunque no sean aceptables algunas de sus conclusiones ideológicas. El mismo Boehm *(Contribución a la psicología de la homosexualidad,* en *Int. Zeitschr. /. Psychoan.,* VIII, 1922) ha demostrado que la relación con prostitutas puede ser la expresión de la homosexualidad reprimida; a través de la prostituta, de hecho, se tienen idealmente relaciones con los demás hombres con los que ella se ha relacionado. Efectivamente, es conocido que, bajo el empuje de la propia homosexualidad insatisfecha, los componentes de las colectividades masculinas (desde los militares a los adeptos de estas asociaciones estudiantiles) suelen frecuentar en grupo los burdeles. A esta categoría psicológica pertenece también la amistad muy íntima que une al "novel" con el "antiguo".»[51]

Después de haber examinado las manifestaciones más aparentes del sadismo estudiantil alemán —los célebres duelos con la finalidad de desfigurar permanentemente al adversario— Reich continúa así:

50. *Op. cit.,* p. 36.
51. *Op. cit.,* p. 37.

«Debemos concluir que no sólo en el individuo sino también en las masas la represión, la desviación del impulso amoroso tienen una función básica en el desarrollo de la crueldad. La brutalidad de la reciente guerra mundial, y quizás la guerra misma, habrían sido imposibles si la sed de poder de algunos jefes no hubiera encontrado apoyo o respuesta en la crueldad latente de las masas. En uno de sus escritos *Observaciones de actualidad sobre la guerra y sobre la muerte,* desgraciadamente muy poco conocido donde más debiera haber sido apreciado, Freud ha podido explicar el entusiasmo por la guerra demostrado por las masas populares al comienzo y durante el conflicto: la guerra —explica— significa abolición colectiva de la represión, y en particular de los impulsos de crueldad con el permiso de un padre idealizado y liberador. Finalmente se puede matar sin sentimiento de culpa. Durante la guerra he podido observar que los que tenían fuertes relaciones heterosexuales o sublimaciones válidas rechazaban la guerra y sus horrores, mientras que los que consideraban a la mujer como una especie de cloaca y eran claramente o latentemente homosexuales eran los más brutales, los más pendencieros y los más fanáticos. Todos los que han hecho la guerra, saben qué función tenían los dos atributos típicos de la genitalidad desviada (el chiste y la palabra soez anal), en el burdel, en la taberna, en el cuartel.»[52]

Ilusiones obrerísticas

Son observaciones extraordinariamente agudas que, no obstante, permanecen aún privadas de la sólida estructuración y concatenación conceptual que, en el plan socio-político, se desarrollará solamente en los años sucesivos. La prueba de esta maduración aún incompleta del pensamiento reichiano se halla unas líneas más adelante, cuando el autor intenta explicar por qué las masas, sometidas a una tan dura opresión social por parte de las clases dominantes, han encontrado sólo muy esporádicamente la fuerza para rebelarse y aún más raramente la fuerza para persistir en su actitud revolucionaria.

La explicación es buscada, bastante curiosamente, por Reich en un mito de característico cuño socialista y comunidad: el de la mayor «salud moral y psíquica» del proletariado respecto a la burguesía.

«La genitalidad del proletariado —escribe Reich— no es agravada por las restricciones de los intereses económicos y de propiedad. Y dado que la genitalidad es tanto menos inhibida cuanto peor es la condición económica, en el proletariado las neurosis son relativamente más raras...

52. *Op. cit.,* p. 38

»La sociología no ha sabido hasta hoy explicar por qué las masas se dejan dominar por los individuos. Dadas las condiciones en que han sido obligadas a vivir hasta ahora, si los individuos de las clases sometidas hubieran sido reprimidos como los de las clases dominantes, se habría debido verificar una serie ininterrumpida de revoluciones caóticas e irresistibles: lo que no ha ocurrido. La relativa docilidad de las masas, que es probablemente incomprensible para el capitalista reflexivo, quizás esté relacionada —concluye Reich— con su genitalidad relativamente libre.»[53]

Es una conclusión realmente extraña que por otra parte contradice las agudas observaciones citadas poco antes acerca del efecto masoquizante de la represión sexual sobre las masas de la Edad Media.

Sobre todo, es una tesis que revela cómo Reich no hubiera aún llegado a la formulación del concepto clave de su psicología social que él apropiadamente bautizó «estructura autoritario-gre-garista». Aquí él, haciendo referencia a los mitos socializantes y obrerísticos sobre la fundamental «salud moral» del proletariado, intenta explicarse la trágica pasividad de las masas populares con su mayor actividad, libertad y salud sexual, sin aparentemente sospechar que es necesario buscar la explicación en el sentido contrario: es decir, en la general gregarización (formada ya por pasividad indiferente, ya por fanatismo devorador) que la misma dureza de la represión y brutalización sexual desencadena en las masas populares.

Sin embargo en el transcurso de pocos años, la experiencia traumatizante de los «consultorios de higiene sexual», creados y dirigidos por él en Viena y en Berlín, pondrá a Reich directamente en contacto con la espantosa difusión de la represión y de su fruto infalible, la neurosis, también entre las masas populares, que el prejuicio de unos líderes socialistas de extracción preva-lentemente burguesa había ingenuamente soñado e idealizado como «sanas». Y entonces él no dejará de sacar de la realidad los datos para una necesaria revisión crítica y para nuevas conquistas conceptuales.

Primeras críticas al matrimonio monogámico

Consideraciones no menos imperfectas, añade Reich en *Die Fonktion des Orgasmus* a propósito de otro gran problema psicosocial: el del «embotamiento del deseo y de la actividad genital en el matrimonio monogámico».

«La moral sexual dominante —escribe— pide monogamia en el matrimonio: no es nuestra tarea decidir si ello es justo o no.

53. *Op. cít.,* p. 39.

Las exigencias éticas no se pueden demostrar ni refutar, ya que se basan en valoraciones inaccesibles a las ciencias... la ciencia puede solamente considerarlo objeto de investigación y controlar los resultados obtenidos cuando determinadas normas morales son o no son observadas.»[54]

Es, como se ve, una posición aún bastante anodina respecto a la más valiente y coherente, que Reich tomará frente a toda la «sexología burguesa» sólo pocos años después (véase como ejemplo *Psicoanálisis y materialismo dialéctico,* 1929, *Castidad y moral matrimonial,* 1930, *Psicología de masa del -fascismo,* 1933, *La sexualidad en la lucha social,* 1935, etc.). No se nota aquí todavía aquella fundamental refutación hecha por Reich a la «apoliti-cidad» de la ciencia burguesa: con su silencio, con sus mentiras, la sexología oficial era y es en realidad un instrumento dócil del vigente sistema de opresión sexual y social. Una sexología realmente científica —como dirá en el preámbulo a *La revolución sexual—,* por ser tal, debe ser forzosamente revolucionaria. Y lo será en un doble sentido: porque de la investigación y de la observación objetiva de los hechos sexuales en nuestra sociedad, emerge claramente la gravedad de las devastaciones sociales provocadas por la represión; y porque, una vez tomada conciencia de estas devastaciones, el científico digno de este nombre no puede dejar de sentir el deber de contribuir con su acción a las necesarias mejoras sociales.

Pero frente a estos «hechos» Reich no parece aún preparado a dar una respuesta clara:

«Se ha discutido mucho acerca de si el hombre es monógamo o polígamo: y se ha optado por una u otra solución según los intereses y las inclinaciones ideológicas personales... El análisis del desarrollo sexual demuestra que las dos tendencias —la monogá-mica y la poligámica— coexisten en igual medida. La tendencia monogámica deriva del hecho que se desea siempre y sólo a la madre o al padre. El tabú del incesto, igualmente universal, refuerza sin embargo la tendencia poligámica dado que cada uno busca el objeto sexual prohibido sin encontrarlo nunca o bien, lo que es lo mismo, intenta continuamente huir de él.

»La medida en que el hombre domina las tendencias poligánicas en el matrimonio depende de la medida en que ha logrado liberarse del complejo edípico... y lo mismo vale para la mujer... análogamente, los deseos poligámicos se manifiestan tanto menos agudamente cuanto más los cónyuges logran comprender y satisfacer las tendencias eróticas recíprocas...»[55]

Como se ve, es una explicación bastante ambigua que tiende más o menos explícitamente, de acuerdo con una tendencia reaccionaria característica de la sexología burguesa y del psicoanálisis

54. *Op. cít.,* p. 41.
55. *Op. cít.,* p. 43.

ortodoxo que Reich tan justamente atacará dentro de poco, a interpretar como un producto de imperfecta emancipación de los vínculos edípicos, en definitiva de «inmadurez», la natural tendencia del hombre y de la mujer a desear más de un único objeto de amor en el transcurso de su propia vida y, no raramente, incluso en un mismo momento.

Cómo sea posible «explicar» el embotamiento del deseo en el matrimonio con motivaciones de este tipo, aparece incomprensible apenas se piensa en el hecho de que tal embotamiento se manifiesta notoriamente incluso a nivel animal: el gallo se empareja con un mayor número de gallinas si éstas le son cambiadas, y lo mismo se ha observado con todos los animales domésticos y con los salvajes en cautividad ¿Se querrá pues atribuir este hecho a los «complejos» edípicos de los gallos?

Reich, de todas formas, debió plantearse este problema, ya que poco más allá, después de haber dado a los cónyuges una serie de consejos «del tipo Van de Welde», acerca de «las variaciones coitivas» que pueden «evitar» el embotamiento del deseo (por ejemplo, del «coito invertido» para las esposas con protesta viril o para los esposos con tendencias femeninas, o el «coito a retro», para los hombres y las mujeres con impulsos «anales»), así continúa:

«Otra razón de embotamiento no puede ser eliminado. "La libido —dice Freud— es tan lábil cuanto viscosa. En la satisfacción misma radica el embotamiento." Puede ser sólo retardado, no eliminado. Este embotamiento fisiológico se diferencia del neurótico, porque es sentido menos angustiosamente, dado que no se basa en la represión del instinto sino en su saciedad.»

Pero de nuevo aflora la preocupación de «salvar» el matrimonio monogámico. Después de haber recordado que, a través de las «variaciones técnicas» de tipo Van de Welde es posible prolongar el interés sexual de los cónyuges, Reich añade:

«Cuanto más se logre retardar las manifestaciones de la saciedad fisiológica, tanto más fácilmente coincidirá con el declinar de las capacidades sexuales somáticas. Será de esta forma posible evitar las peligrosas éxtasis libídicas... Es preciso que los cónyuges sean bien conscientes de los riesgos inherentes a una excesiva frecuencia de relaciones sexuales, para que puedan ejercitar también en el matrimonio una abstinencia temporal... La vecindad física demasiado íntima que se da en la convivencia conyugal, hace más difícil la puesta en práctica de la necesaria abstinencia y por lo tanto más fácil y frecuente el embotamiento del deseo.»[56]

A cualquiera aparecerá evidente cuan lejos está esta normativa de cuño matrimonialista de la vibrante denuncia que, pocos años más tarde, Reich hará del matrimonio mismo como foco de la neurotización individual y de la opresión social.

Y sin embargo, ya entonces iban madurando las concepciones

56. *Op. cit.,* p. 44.

sexológicas que llevarían a Reich a las coherentes posiciones revolucionarias de los años 30. Discutiendo indirectamente la concepción freudiana según la que socialidad y sexualidad se encontrarían fatalmente en oposición y la socialidad exigiría por lo tanto una drástica represión de la sexualidad, escribe:

«...El verdadero sentido de la participación social está perfectamente de acuerdo con una postura positiva hacia la sexualidad y con una vida sexual activa y sana... Esto es fácilmente demostrable. En el plano psicológico, porque el hombre impotente tiene un marcado sentido de inferioridad también en el campo extra-sexual y frecuentemente es incapaz de ser socialmente útil, ya que la satisfacción sexual garantiza la solución orgástica de la tensión somática de la libido y por ello es una de las condiciones básicas del mantenimiento del equilibrio psíquico. En el plano social, ya que la genitalidad como la entendemos exige un *partner* sexual y es la base de una convivencia por lo menos de dos... En el plano biológico, ya que entre todos los instintos sólo la genitalidad sirve para la continuación de la especie. Además, el ser humano capaz de amar genitalmente dirige su genitalidad hacia fines sexuales y sus impulsos agresivos y pregenitales hacia fines sociales y culturales. En el enfermo, en cambio, sucede lo contrario.»[57]

Desmitificación de la sublimación

Igualmente valiente, para un joven psicoanalista como Reich, aparece la polémica dirigida por él contra la sublimación, tal como Freud la había presentado: una especie de panacea psicote-rapéutica además de un resultado positivo de la represión sexual.

«Sublimación y satisfacción sexual —escribe Reich— no son de ningún modo incompatibles. Son en cambio incompatibles la sublimación y una actividad sexual no satisfactoria... ¿Puede pues la satisfacción sexual poner en peligro la sublimación? ...A esta pregunta hay que responder negativamente, ya sea en base al hecho fácilmente comprobable que las personas genitalmente satisfechas son las más duramente capaces de trabajo creativo...

»Y por otra parte no se puede esconder que, como solución de la neurosis, la sublimación no tiene en la mayoría de pacientes la importancia que se le suele atribuir. La abrasión es sólo una solución momentánea y no general. Además, la sublimación puede ser utilizada sólo en un pequeño número de histerismos traumáticos como un factor de curación. Incluso la concienciación de los conflictos inconscientes es sólo un preámbulo de la curación y la solución intelectual de tales conflictos, por completa que se,a, no es suficiente para realizar una reorganización satisfactoria de los instintos. Para llegar a este último fin, es indispensable eliminar

57. *Op. cit.,* p. 45.

la base de reacción caracterial en que se funda la neurosis. Ahora bien, una parte es quizás la más importante de esta forma de reacción, y es precisamente la naturaleza neurótica...»[58]

De estas observaciones realistas acerca de la sublimación y de sus virtudes «terapéuticas», Reich pasaba a otras, no menos realistas, consideraciones acerca de los resultados que habían sido logrados por el psicoanálisis o que se podían esperar en cuanto a mejora psico-social:

«Retrospectivamente, debemos admitir que los resultados prácticos efectivos son pocos y están circunscritos en relación al sufrimiento social de nuestro tiempo. Puesto que la satisfacción sexual y la sublimación —es decir, las dos únicas vías de salida de la neurosis— dependen también del ambiente socio-económico, el campo de trabajo terapéutico queda *a priori* muy limitado.

»La capacidad de resistir a los conflictos sin recidiva, segunda parte de la tarea psicoanalítica... es dada sólo embrionariamente mediante la mejoría analítica de las inhibiciones genitales y por medio de la liberación de los instintos... En la mayor parte de los casos —continúa Reich— se llega indudablemente a desarrollar una resistencia mayor a las frustraciones de la vida. Pero el trabajo restante de inmunización debería estar asegurado por el ambiente a través de una efectiva satisfacción sexual...»[59]

Bastaba enunciar estas concepciones de la curación y de la salud psíquica como resultado de una vida sexual satisfactoria para plantear el problema de la irreconciabilidad entre una vida sexual semejante y el ambiente social tradicional y para colocar el psicoanálisis tradicional oficial frente a sus responsabilidades sociales. Pero en esta obra Reich no parece aún preparado o dispuesto ni a una cosa ni a otra.

Es análoga, por otra parte, su posición frente a otro problema destinado a evidenciar otros conflictos con el psiconálisis oficial: el de las implicaciones somáticas y biológicas de la función del orgasmo.

«Mientras hemos considerado la función del orgasmo en su relación con la neurosis —escribe Reich— hemos dejado en penumbra otro gran problema que estaba, sin embargo, implícito en el estudio de tal función. Es decir: si el núcleo de la neurosis es un hecho somático, si la fuente energética del síntoma y del carácter neurótico es un proceso patológico de excitación física —es precisamente la éxtasis de la libido— y si la curación psicoanalítica de la neurosis se basa en definitiva en la abolición de esta base somática, ¿no sería entonces mejor empezar inmediatamente, en el tratamiento, un intento de curación por vía orgánica de lo que tiene claramente una base orgánica, en vez de empezar el proceso complejo y largo, dado que es profundo, del psicoanálisis? ¿No tienen pues razón los que tachan de unilateralidad al psicoanálisis...?» *

58. *Op. cít.,* p. 46

59. *Op. cit.,* p. 47.

A esta pregunta, Reich responde negativamente en 1926. Y en la medida en que esta pregunta se refiere a los detractores vulgares del psicoanálisis, es decir, a los médicos organicistas que pretenden curar las neurosis con el aire de montaña o con «reconstituyentes», la respuesta está destinada a permanecer negativa, en el pensamiento de Reich. Como está destinada a permanecer negativa, en la medida en que algún tosco intérprete del tratamiento reichiano pretenderá más tarde «curar» las neurosis empujando a los pacientes o a las pacientes a una más frecuente actividad sexual sin haber antes quitado los bloqueos musculares y caracteriales que impiden una satisfactoria fricción de la sexualidad.

Pero, en dicha pregunta, creemos captar también una duda del mismo Reich, que tendrá posteriormente fecundos desarrollos en el campo de la técnica diagnóstica y terapéutica. Creemos, en particular, captar una alusión a la exigencia de afrontar unitariamente la neurosis (al igual que toda «biopatía», como dirá más tarde Reich con un feliz neologismo) como *un hecho energético al mismo tiempo somático y- psíquico* y de intentar el tratamiento no ya con la técnica tradicional freudiana o de cualquier escuela psicoterapéutica sino, como en el transcurso de pocos años Reich propondrá y experimentará con éxito, mediante un tratamiento somático y psíquico (que será primeramente llamado «vegeto-terapéutico carácter-analítico» y más tarde, después del descubrimiento de la energía orgónica, «orgonoterapéutica»).

Como se ve, *Die Funktion des Orgasmus* cierra verdaderamente, de un modo ideal, el período «freudiano» del pensamiento de Reich en cuanto que, mientras aún intenta reivindicar la ortodoxia de su autor y mientras confirma aún la plena validez de la terapéutica analítica, se refiere a dos *tipos de problemas* que estarán en la base no sólo de la ruptura con el psicoanálisis y con todas las escuelas psicoterapéuticas derivadas de él, sino que también de los dos «períodos «sucesivos del pensamiento «reichiano»: *a)* los problemas *sociológicos* (y por lo tanto políticos) planteados por el descubrimiento freudiano de Ja relación entre represión y neurosis; &) los problemas *energéticos* planteados por la confirmación clínica de la hipótesis freudiana de una relación entre obstrucción (o, como dice Reich, «éxtasis») de la libido y manifestaciones patológicas.

La valiente profundización de los problemas sociolósicos llevará a Reich a reivindicar teóricamente y a intentar prácticamente una acción *política* que ponga los fundamentos para una real y definitiva mejora de las estructuras caracteriales y, por lo tanto, sociales. Y este trabajo teórico y práctico caracterizará lo que

60. Op. *cit,,* p. 48

podremos llamar, aunque sea a mero título indicativo, el «período marxista» de Reich, y que, más o menos, ocupa el decenio 1927-1938. La investigación de las hipótesis energéticas más o menos explícitamente apuntadas en estas páginas conclusivas de *Die Funk-tion des Orgasmus,* absorverá a Reich en los últimos años 30, y durante el resto de su vida le llevará a las observaciones, experimentos y a las teorías del tercer período que, sintetizando y superando las precedentes influencias y desarrollándolas según líneas absolutamente originales, merece ser definido como propiamente reichiano orgonómico.

Segunda parte:

EL PERÍODO MARXISTA (1927-1938)

II

Introducción

Evidentemente, la colaboración con el movimiento psicoanalítico continuó durante varios años después de la publicación del *Die Funktion des Orgasmus:* la ruptura formal, como veremos, no tuvo lugar hasta 1934. Y viceversa, los motivos de conflicto eran anteriores a la publicación misma: como haremos notar cuando hablemos de la expulsión de Reich de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis,[1] ya algunos años antes de la publicación del *Die Funktion des Orgasmus* (1927) Reich había sentido la dificultad de condividir las directrices técnicas y teóricas que entonces (como ahora) prevalecían en el psicoanálisis freudiano e incluso en las escuelas heréticas que se habían separado de ellas.

¿Por qué, pues, he colocado aunque sea sólo esquemáticamente en 1927, el momento en que me parece delinearse más claramente el paso del pensamiento reichiano de su período freudiano (o psicoanalítico) a su período marxista (o socio-político)? En cierto modo esta censura podría parecer arbitraria, ya que más de una vez el mismo Reich declara haber estado convencido durante largo tiempo (y mucho más allá de 1927) que trabajaba en el psicoanálisis y para el psicoanálisis y aún en 1934, como veremos, fue *víctima* de la expulsión decretada contra él por el estado mayor freudiano, esforzándose hasta el último momento para evitarla.

Me ha parecido sin embargo que debía proceder a esta anticipación de la efectiva separación ideológica del psicoanálisis, en desacuerdo con las declaraciones del mismo Reich e incluso con los datos de la bibliografía (que registra durante varios años aún la publicación de obras reichianas en las ediciones del movimiento psicoanalítico), ya eme precisamente hacia el año 1927 existe una experiencia biográfica fundamental para Reich: la irrupción del drama político austríaco en su esfera de observación directa.

«Había apenas hecho algún paso orientador en el estudio de la literatura etnológica y sociológica (Cunow, Mehring, Kautsky, Engels, etc.) —escribirá Reich—[2] cuando los acontecimientos me dieron un curso acelerado de sociología práctica que no me esperaba y para el que estaba "no preparado teóricamente".»

1. Véase el último apartado del cap. VIII de este volumen,
2. PT, p. 7

Los sucesos de Schattendorf

El 30 de enero de 1927, a las 4 de la tarde, tuvo lugar en Schattendorf una asamblea socialista. En Schattendorf, una pequeña ciudad de la provincia austríaca de Burgenland, el partido socialdemócrata ostentaba una mayoría absoluta (más de dos tercios de los votos). Poco antes de empezar la asamblea, un grupo de ex combatientes nostálgicos del Kaiser dispararon a sangre fría sobre la gente reunida en una fonda vecina, matando a un niño de ocho años, hiriendo gravemente a otro de seis años y a un ex combatiente socialista, e hiriendo levemente a cuatro soldados de la organización paramilitar socialdemócrata *(Schutzbund).* A pesar de la crueldad del crimen, a pesar de hallarse en una ciudad con una mayoría socialista aplastante, los asaltantes lograron huir y la población dejó en manos de la autoridad judicial el arreglo del sangriento incidente.

—¿Por qué —se dijo Reich— la multitud provocada de un modo tan feroz no había reaccionado capturando a los asaltantes y reduciéndoles a la impotencia? ¿Cómo había sido posible que un puñado de asesinos hubieran podido huir sin ser castigados, de una ciudad casi enteramente socialista?

Los obreros de algunas grandes fábricas protestaron, al día siguiente, haciendo huelga. Sólo entonces el Ejecutivo del Partido Socialista y la Dirección de la Federación Sindical proclamaron una huelga de protesta de 15 minutos que obtuvo una adhesión total. Pero el partido socialista no organizó ninguna manifestación pública, a pesar de que disponía de todos los medios necesarios para responder con un despliegue de masas a la provocación del peoueño grupo monárquico. La inercia del vértice socialista fue explicada oficialmente con el deseo de «evitar provocaciones antiburguesas y de no excitar el ánimo de los obreros». (Fue esta línea de capitulación —comentará retrospectivamente Reich— la que desembocó, el 14 de febrero de 1934, en el derrumbamiento de la socialdemocracia austríaca por obra de estos mismos grupos monárquicos y filofascistas que en 1927 habían llevado a cabo impunemente su primera provocación.)[3]

En el debate parlamentario abierto el 3 de febrero de 1927 acerca del incidente, los socialistas se limitaron a pedir muy sumisamente al gobierno dirigido por los católicos, si estaba dispuesto a perseguir con energía a los responsables de la matanza de Schattendorf y a disolver las organizaciones combatientes reaccionarias. Pero estas modestas peticiones no obtuvieron respuesta satisfactoria y el debate se cerró sin haber llegado a nada concreto. El 14 de julio del mismo año, un pequeño grupo de magistrados reaccionarios absolvía a los asesinos después de un proceso vergonzosamente parcial.

3. *Ibidem.*

Este hecho provocó una comprensible indignación en las masas obreras. El 15 de julio, un paciente, que había ido para una sesión analítica, informó a Reich de la huelga declarada por la mayor parte de los obreros vieneses. Había habido choques entre manifestantes y policía: ésta había ya disparado matando a varios manifestanes. Las autoridades estaban haciendo llegar refuerzos armados mientras los obreros habían ya ocupado el centro de la ciudad.

Reich se precipitó al Schottenring, donde, en una calle lateral, estaba situada la sede de mando de la policía. Frente a la dirección había grandes contingentes de policías a los que se iban entregando fusiles y mosquetones que habían sido traídos en camiones. En el Schottenring, grandes masas de obreros avanzaban decididamente marcando el paso, pero desarmados, hacia la Universidad. «Me impresionó —escribirá Reich— la calma de sus rostros, la absoluta seriedad de su porte.»[4]

Cerca de la Universidad, avanzando en dirección contraria, llegaron columnas enteras de *Schutzbund,* es decir, de militantes de la organización socialista de seguridad. Los presentes preguntaron a los *Schutzbund* hacia donde se dirigían, «¡Al cuartel!», fue la respuesta. El hecho apareció a Reich con todo su absurdo. ¿Cómo era posible? ¿Se estaba preparando claramente minuto a minuto, un choque sangriento entre policía y obreros y las fuerzas socialistas de seguridad, creadas el año anterior para defender a los obreros de los abusos de la policía, eran acuarteladas? «Una semana más tarde — comentará Reich— todos o casi todos reconocieron que si los hombres del *Schutzbund* se hubieran interpuesto entre la policía y los obreros habría sido posible evitar cualquier derramamiento de sangre»; pero entonces, los jefes del *Schutzbund* pensaron sólo en una cosa: evitar las «provocaciones», o, simplemente, evitar crearse problemas, demostrar que no pensaban en lo más mínimo desafiar a las autoridades «legítimas».

Con su administración socialdemócrata, Viena disponía por lo menos de 50.000 hombres del *Schutzbund* militarmente adiestrados, que habrían podido fácilmente imponerse a las fuerzas de la policía gubernamental. Pero aun en el caso de querer evitar un choaue abierto —pensó Reich— los dirigentes socialistas estaban por lo menos obligados a proteger a los obreros de las violencias de la policía. No se hizo nada; ¡las tropas socialistas de seguridad fueron acuarteladas, mientras la policía hacía estragos entre los obreros v los ciudadanos indefensos!

Aquello fue un profundo *shock* para Reich: un *shock* que sin duda alguna contribuyó a acercarlo al partido comunista. El espectáculo del miedo y de la ineptitud socialdemócrata no podía dejar de turbar a un hombre de su temple. Aquellas jornadas fueron un *shock* también bajo otro aspecto: destruyeron en Reich

4. PT, p. 8.

la confianza que había depositado en un punto central de la psicología freudiana: la existencia de un sadismo innato que dirige el comportamiento del individuo y de las masas.

Yendo al Schottenring, encontró por el camino una compañía de policías armados que se dirigían cabizbajos hacia el Palacio de Justicia. Éste estaba ardiendo. Los policías, entre los que (como en todas partes en la población vienesa) había muchos socialdemócratas, caminaban moviéndose penosamente, como si se avergonzaran. En todas partes la población (hombres, mujeres, viejos, jóvenes de todas las condiciones) apostrofaban a los policías gritándoles ásperamente: «¡No disparéis! ¡No seáis imbéciles! ¿Por qué disparáis? ¿Por qué?» Un grupo de empleados del Consorcio Bancario gritó a los agentes: «¡Asesinos de los obreros!», y otro: «¿Por qué disparáis? ¡También vosotros sois obreros!» Los policías seguían avanzando con la frente cada vez más baja. Varios ciudadanos habían sido ya asesinados. La muchedumbre estaba muy excitada y sin embargo la mayoría se limitaba a observar pasivamente. No se lograba llegar junto al Palacio de Justicia debido a la gran cantidad de gente reunida: la misma policía se abría camino con dificultad. A algunos policías les quitaron el uniforme y tuvieron que irse en calzoncillos mientras los uniformes eran enarbolados como trofeos de guerra. «Me maravilló — escribirá Reich—[5] la mansedumbre de la población. La multitud era tan fuerte que habría podido literalmente despedazar a los pocos policías. Pero había una atmósfera tranquila y casi alegre. Y la policía podía circular desarmada en medio de la multitud aunque cerca de allí los ciudadanos estuvieran siendo asesinados como conejos. Me parecía incomprensible. ¿Por qué la multitud miraba sin hacer nada, absolutamente nada, para parar la matanza? ¿Dónde estaba *el sadismo de las masas?* El incendio del Palacio de Justicia era comentado por todos con entusiasmo: ¡era hora de acabar con aquella justicia, decían, hecha sólo para los ricos y para los señores!»

El Palacio de Justicia había sido ocupado por jóvenes obreros que tiraban por la ventana el papeleo con un sacro furor. Los hombres del *Schutzbund* habían desaparecido y entretanto, un poco en todas partes, la policía continuaba matando al azar. De vez en cuando, un policía o un grupo de policías disparaba ciegamente frente a sí, a la multitud.

Reich corrió a casa a explicar a su esposa Annie lo que había sucedido y juntos volvieron a la zona de la Universidad. Se pararon entre el edificio de la Universidad y el Café Arcaden y, desde allí, junto a varios centenares de personas, contemplaron el incendio del Palacio de Justicia. Todos lo consideraban como la respuesta adecuada a la absolución de los dos asesinos monárquico-fascistas que habían participado en la matanza de Schattendorf.

5. *Op. cit.,* p. 10

En Rathaus, a unos doscientos metros de distancia, un cordón de policías permanecía inmóvil con las armas en la mano. De pronto, empezaron a moverse, a acercarse muy lentamente. Cuando llegaron a unos cincuenta pasos del grupo de curiosos, el comandante se apartó y dio orden de hacer fuego. Algunos policías levantaron los fusiles al aire, pero sólo unos pocos: la mayor parte dispararon contra la multitud, a ciegas. La gente huyó alocadamente. Pero docenas de personas quedaron en el suelo: y no se sabía si estaban muertos o heridos, o si simplemente intentaban de esta manera escapar a los disparos de la policía.

«Tomé a mi esposa por un brazo —cuenta Reich—[6] y nos refugiamos detrás de un árbol. Poco después el cordón de policía se retiró al Schottenring, donde se encontraba antes de la matanza, a doscientos metros de distancia. Habían dejado de disparar. "¡Máquinas insensatas!", pensé de nuevo: máquinas idiotas, estúpidas, sin conciencia ni finalidad, movidas por impulsos mecánicos que a veces funcionan, a veces no. *[Robots**. Este pensamiento me saltó de improviso y no logré ahuyentarlo: desde entonces no me ha abandonado. También yo había sido, durante la guerra, una rueda del engranaje. También yo había disparado tan ciegamente, sin pensar... En su ensayo *Psicología del grupo y análisis del Yo,* Freud había intentado demostrar que en la organización de masa, el individuo abdica su personalidad individual y se identifica con el jefe o con la idea. Deja en definitiva de ser él mismo y retrocede a las fases infantiles de desarrollo para efectuar dicha identificación... Las afirmaciones de Freud eran acertadas. La identificación con el jefe era observable directamente. La pérdida del yo individual era igualmente obvia... Y sin embargo, sin embargo... el conjunto no acababa de satisfacer: eternizaba este fenómeno y lo radicaba en una ley biológica.»

La adhesión al Partido Comunista Austríaco

La gravedad y la urgencia de la tragedia social y política y, al mismo tiempo, la ineficacia de los métodos oportunistas y de renuncia de la socialdemocracia; la importancia revolucionaria de algunas intuiciones freudianas y, al mismo tiempo, la falta de fundamento científico y el espíritu reaccionario de otros postulados del psicoanálisis: he aquí las enseñanzas fulminantes, aunque algo confusas de los acontecimientos traumatizantes del 15 y 16 de julio de 1927, para el ánimo de Reich. Frente a esa experiencia no es de extrañar que una personalidad como la suya, tan íntimamente necesitada de acción comprometida, tan constitucional-mente incapaz de mirar fríamente y desde lejos cualquier hecho humano, al día siguiente de la matanza se adhiriera, por media-

6. *Op. cit.,* p. 11

ción de un médico comunista, a la sección sanitaria de la organización de socorro obrero *(Arbeiterhilfe)* del Partido Comunista Austríaco.[7] Reviste aún mayor importancia que este acercamiento al movimiento comunista, destinado como veremos a terminar en menos de diez años, una obscura intuición que tiene su origen en las trágicas jornadas de julio de 1927: la intuición del profundo absurdo de la organización sindical. Hasta entonces, a pesar de ser un espíritu inquieto, curioso y anticonformista, Reich había considerado, juntamente con Freud, el consorcio civil como algo defectuoso pero esencialmente lógico. «Antes de 1927 —escribirá— si alguien hubiera dicho que las instituciones sociales existentes desde miles de años eran esencialmente irracionales y biopáticas [sobre el concepto de biopatía ver más adelante, cap. XVI], habría estado entre sus más firmes oponentes.»[8]

No rompió inmediatamente sus relaciones con el Partido Socialista del que había sido miembro y simpatizante, pero era inevitable que tales relaciones desembocaran en una abierta polémica, a medida que se acumulaban las capitulaciones social-demócratas. El mismo Reich cuenta que durante aquellos días cruciales de 1927 se extrañó de la total ineficacia de la presencia socialdemócrata, a pesar de tener tanta preponderancia no sólo en el *Schutzbund,* sino en la población en general, en la clase obrera, en la misma policía. La absurda recusación del compromiso y de la lucha, que caracterizó la política socialdemócrata alemana y austríaca durante aquellos años, encontró en aquellos días una expresión casi simbólica en el gesto de Otto Bauer, el líder socialista austríaco: en medio de los obreros vieneses que discutían a su alrededor acerca de cómo reaccionar a las vejaciones de la policía del mes de julio, Bauer se había levantado las solapas del abrigo, y se había ido alzando desanimado los hombros y diciendo: «¡Hacer como queráis!»[9]

El desarrollo de los acontecimientos austríacos no hicieron otra cosa que confirmarle en la voluntad de compromiso revolucionario que había nacido en su corazón durante aquellos cruentos días de julio. Al final de aquellos días, cuando «el orden fue restablecido», cerca de mil personas gravemente heridas por los ciegos disparos de la policía se encontraban en los hospitales. «Los choques —comentará Reich— habían costado un centenar de muertos y aquellos heridos, sólo porque los hombres del *Schutzbund* habían sido mandados a casa o mantenidos en los cuarteles. Nadie podía prever en 1927 que en 1934 iba a suceder exactamente lo contrario: los hombres del *Schutzbund* caerían a centenares en las barricadas mientras la población, habiendo abandonado la confianza en aquella organización, se desinteresaría de la lucha.»

7. *Op. cit.,* p. 13.
8. *Op. cit.* Introducción, p. XV.
9. Op. cit., p. 13.

Mientras aún continuaban los choques en las barriadas extremas y la policía patrullaba por las calles disparando a lo loco, fue con su esposa a visitar a un amigo cuyo padre y cuyo hermano eran dos altos dirigentes socialdemócratas. «Entramos —cuenta Reich—[10] y quedamos como de piedra. La mesa estaba puesta y decorada con un bello ramo de flores. Todo estaba a punto para una buena comida. Yo estaba sin americana y sin corbata. Pero parecía que los hechos sangrientos de aquellos días no hubieran llegado hasta la serenidad de aquella casa. Tan excitado y transtornado por aquellos hechos me sentí ridículo y fuera de tono en la atmósfera acompañada y fría de aquel comedor. Habría querido irme pero me hicieron quedar. Luego llegaron los invitados y todos empezaron de una manera muy refinada y vienesa una conversación muy "inteligente" acerca de los acontecimientos. Me di cuenta que nadie tenía la menor idea de lo que había ocurrido. Hablaban de las matanzas como habrían podido hablar de Goethe. Nos despedimos y nos fuimos. Nos habíamos quedado con los demás hasta el final. Habría querido por lo menos derribar la mesa sobre su cabeza. Pero era suficientemente bien educado para comportarme "como se debe": por mi función de primer ayudante del Policlínico Psicoanalítico era un "superior" de mi colega socialdemócrata...»

Como se ve, el joven Reich no podía dejar de indignarse por el comportamieno aristocrático y alejado de los dirigentes social-demócratas. «En 1927 —escribirá— los comunistas eran una especie de conciencia premonitoria...» cuando proclamaban con razón que «la política de compromiso de los socialdemócratas era una "traición" a la causa de la libertad, que los socialdemócratas reforzaban de hecho la reacción y que su postura llevaría a la postre a un desastre general para el movimiento obrero».[11]

El acercamiento de Reich al comunismo no se quedó naturalmente en una reacción meramente emotiva. Inmediatamente después de los días cruciales de julio del 1927, profundizó la lectura de los clásicos del marxismo: Marx, Engels, Kautsky, Lenin. Como era previsible en un psicoanalista su mayor interés se orientó a *El origen de la -familia* de Friedrich Engels y de allí a *Matriarcado* de Bachofen y *La sociedad primitiva* de Morgan. Nacía así el filón de investigación psico-antropológica reichiana que, después de cuatro años en que Reich devoró las más importantes obras antropológicas de la época y «se encontró sumergido en el caos de la etnología»,[12] debía desembocar en su original y genial contribución a la antropología, analizada más adelante: *Der Einbruch der Sexualmoral.*

Y al mismo tiempo, el acercamiento al comunismo no quedó

10. *Op. cit.* p. 16.
11. Op. *cit.* p. 21.
12. *Op. cit.* p. 76.

en un hecho meramente pasivo aunque frecuentemente, como veremos, el temperamento entusiasta de Reich le llevara a aceptar muy ingenuamente algunos teóricos y algunos puntos de vista políticos que encuadraban mal con el núcleo más profundo de su personalidad. Pero desde el principio su adhesión se caracterizó por dos hechos fundamentales: la participación concreta a la acción social del movimiento obrero y el esfuerzo de contribuir creativamente a la integración del marxismo con los instrumentos críticos ofrecidos por el psicoanálisis, y por la psicología en general.

La Asociación Socialista de Consulta e Investigación Sexual

En un plano práctico, la colaboración de Reich con el movimiento obrero se concretó lógicamente en el sector que Reich más apreciaba y en el que podía dar una contribución efectiva y competente. En 1928, con otros pocos médicos progresistas de Viena, fundó la Asociación Socialista de Consulta e Investigación Sexual, que organizó en Viena, en colaboración con el Partido Comunista Austríaco, los primeros centros de consulta psicológica «sobre una base sexo-económica», destinados a los obreros y a los empleados y no a los ricos como había sucedido hasta entonces en la organización freudiana. Reich invirtió mucho dinero y muchos meses de trabajo en esta empresa social pero al final, gracias también al apoyo de cuatro colegas psicoanalistas y de tres ginecólogos, la asociación pudo ser fundada. Era una iniciativa basada en la «democracia del trabajo», es decir en la colaboración *activa* de personas animadas por un intento común, que permanecerá como uno de los puntos adquiridos en su filosofía social. Algunos profesionales se habían unido para dar asistencia e información sexológica gratuita en varios barrios de Viena a los ciudadanos que la pedían. Cada mes se organizaba un debate en un barrio de la capital para discutir las causas de los conflictos emocionales y los medios para resolverlos.[13]

Los promotores de la iniciativa no se hacían excesivas ilusiones acerca de la posibilidad de resolver dichos conflictos, pero éste pesimismo no nacía del pesimismo teorético de los freudianos ortodoxos, según los cuales los conflictos neuróticos inseparables de cualquier tipo de convivencia civil, al contrario, eran su condición previa inevitable. Contrariamente —y encontramos ya aquí el signo del nuevo centro de gravedad, precisamente socio-político, hacia el que se había dirigido el pensamiento de Reich después de los años sobre todo técnicos del período «psicoanalítico»— ellos afirmaban explícitamente, en una especie de declaración hecha en el momento de la apertura de los nuevos consultorios,

que las neurosis y los demás disturbios mentales eran el producto de un determinado orden social —el capitalista y autoritario— y que sólo mediante la eliminación de este orden y la instauración de una sociedad socialista sería posible desenraizarlos. Los nuevos centros, de todas formas, podían contribuir a aliviar la difusión y la gravedad de la enfermedad neurótica mediante un trabajo de consulta y de asistencia individual.

El mismo Reich se hizo cargo de la dirección científica de los consultorios: hasta seis, abiertos simultáneamente en distintos barrios vieneses, y cada uno dirigido por un médico. En pocas semanas los consultorios estuvieron de tal forma llenos de pacientes que Reich y los demás no pudieron tener ni sombra de duda, si jamás la hubieran tenido, acerca de la importancia crucial del problema y de los propios esfuerzos sociales para aliviarlo. Ini-cialmente Reich había decidido dedicar una hora al día a este trabajo de consulta psico-sexológica, pero la masa de pacientes fue tal que tuvo que dedicar dos horas al consultorio: y otro tanto sucedió a los demás médicos. La situación se hizo dramática cuando fue necesario empezar las conferencias y los debates prometidos en el momento de la apertura de los consultorios con el anuncio publicado en enero de 1929 por los más importantes periódicos de Viena.

Cada consulta absorbía por lo menos media hora. ¿Cómo hacer pasar por el ojo de aguja de las dos horas de consulta a aquella masa

13. *Op. cit.,* p. 77.

en aumento de personas necesitadas de ayuda?

Pronto, además, se presentó otro grave problema: el de los embarazos no deseados. Cantidad de muchachas y mujeres se presentaban al consultorio llorando a causa de un embarazo habido por negligencia o por ignorancia. Pero nada se podía hacer por ellas dadas las leyes vigentes sobre el aborto. Reich escribiría más tarde:[14] «Los reformadores radicales invocaban el "Derecho de la mujer a disponer del propio cuerpo" y al mismo tiempo defendían su propia tesis asegurando que las mujeres de esta forma procrearían con alegría, que la población aumentaría igualmente y que las mujeres continuarían *deseando* hijos, con tal de que se las librara de preocupaciones económicas. Ello era sin duda alguna verdadero, pero era tan sólo un *aspecto* menor del problema. El aspecto más importante dio de golpe una nueva orientación a las finalidades de mi trabajo de consulta. Aun en el caso que las circunstancias económicas hubieran sido las deseables —como lo eran para una parte de mis asistidas— permanecía el hecho que aquellas mujeres tan gravemente neuróticas que entrevistaba no habrían debido en modo alguno tener hijos, por lo menos en las condiciones en que se hallaban en aquellos momentos. El problema se me presentó bajo un nuevo aspecto —la *estructura caracteriológica* de la embarazada— que se añadió a

14. *Ibídem.*

las demás consideraciones, médicas y económicas. Muy raramente existían motivos válidos para reconocer una indicación médica en el sentido corriente de la palabra. Servirse de ella, esconderse detrás de ella, cerrar los ojos frente a lo principal era simplemente estúpido, además de criminal hacia las madres y los futuros hijos... *Aquellas mujeres y aquellas muchachas eran de hecho totalmente incapaces de amar a un niño, de cuidarlo, de comprenderlo, de criarlo, de no destruirlo.* Todas aquellas mujeres, sin excepción, estaban gravemente enfermas desde el punto de vista emocional. Todas, sin excepción, tenían una relación equivocada (o no tenían ninguna) con el hombre que las había embarazado. Eran frígidas, estaban deshechas por el cansancio, íntimamente sádicas o abiertamente masoquistas; esquizofrénicas latentes o melancólico-depresivas, muñecas vanidosas o exhaustas bestias de carga... que tenían ya tres o seis hijos o criaban los hijos de los demás. Odiaban al niño antes de que naciera. Frecuentemente eran golpeadas por maridos alcoholizados. Detestaban a los hijos que tenían ya a su alrededor, ya que les habían proporcionado solamente problemas y cansancio. Hablar del "santo amor materno" frente a tanto sufrimiento criminal me parecía un delito. Casi todas ellas eran histéricas u obsesivas. Sus hijos eran juguetes o cachorros maltratados. ¡Mujeres así no debían tener hijos!»[15]

He citado largamente el recuerdo de aquella experiencia de consultorio ya que, a mi parecer, estuvo en la raíz de dos fundamentales «puntos fijos» de todo el pensamiento y el trabajo ulterior de Reich: en primer lugar, si Reich tenía alguna duda acerca de lo absurdo de un trabajo puramente clínico, que no atacara simultáneamente a la raíz las *causas sociales* de la enfermedad mental (o de la enfermedad en general), se la disipó aquella experiencia de consultorio, con su testimonio cotidiano de la espantosa difusión de la neurosis y de las distorsiones caracteriales; en segundo lugar, su precoz e intransigente defensa del núcleo *sexual* de la enfermedad mental y su naciente intuición de los lazos profundos y determinantes entre los desequilibrios de la vida sexual y los demás desequilibrios y conflictos individuales y sociales, encontraron en la experiencia de consultorio una confirmación dramática.

Reich debió esta experiencia tan crucial no sólo a su natural vocación por la linealidad, la coherencia, la valentía intelectual y práctica, sino también a la influencia bienhechora que ejerció sobre él un obrero amigo. Era un tornero llamado Zadniker, que Reich había conocido cuando frecuentaba los círculos obreros del distrito 20 de Viena. De él, Reich escribirá que era «el más apre-ciable de los seres humanos» y que con él aprendió a conocer y a apreciar las dotes particulares de ciertos obreros. Zadniker

15. *Op. cit.,* pp. 72-73

«era sencillo, inmediato, incapaz de amabilidad fingida o de doblez. Cuando decía algo, lo pensaba verdaderamente. Cuando estaba enfadado lo daba a entender claramente: y poco después se volvía a ser buenos amigos. Tenía una dignidad natural, sin artificio alguno.»

Por algo, aquel hombre sabía hablar con calma, con objetividad, sin rasgo de cinismo y sin sonrisas odiosas, de los problemas sexuales de cualquier ser humano y no solamente de los de los obreros. No había jamás leído a Freud, no había jamás oído hablar de él, pero sabía muy bien que los niños son capaces de deseos sexuales y de impulsos de odio. «No existió ningún problema entre los que fueron a confluir más tarde en mis teorías sexo-económicas que Zadniker no entendiera espontáneamente, intuitivamente, "con el corazón". A través de él entré en contacto cada vez más estrecho con grupos cada vez más numerosos de gente sencilla que me mostró cómo el conocimiento de las leyes y de los procesos sexo-económicos está extensa y espontáneamente presente en los estrados silenciosos, laboriosos de la sociedad.»[16]

Las conversaciones con Zadniker eran un placer para Reich. Existía una comprensión fácil e inmediata entre el tornero y el científico: el primero, agradablemente sorprendido de que un profesor universitario fuera tan concreto e inmediato en su modo de hacer, tan rápido en ir al nudo de todas las cuestiones, tan sinceramente interesado en los problemas cotidianos de los obreros; el segundo, admirado por la facilidad con que el obrero entendía «lo que decenios de discusiones y miles y miles de ensayos no habían podido enseñar a los psiquíatras y a los "depositarios de la cultura"».

Amistades como ésta son objeto de la ironía de estos «depositarios de la cultura» que frecuentemente intentan desacreditarlas presentándolas como una versión moderna de la híbrida relación que une la «dama de San Vicente» a sus «asistidas». Pero, si la ironía en ciertos casos es justificada, en otros no es más que la expresión de la incapacidad constitucional de los «depositarios de la cultura» de establecer una relación humana directa con quien sea y de su necesidad de recurrir precisamente a las cortinas de humo del intelectualismo para esconder a sí mismos y a los demás dicha incapacidad constitucional. Muy frecuentemente, entre nosotros, la ironía sobre estas relaciones interclasistas nace de la rápida identificación del proletariado de cualquier país con un cierto proletariado y subproletariado centro-meridional, aún sumergido en el pantano del clericalismo y de la despersonificación más obtusos, y del poco conocimiento del proletariado anticonformista y extroverso de las regiones europeas con una fuerte tradición socialista.
Debido al contacto con Zadniker, Reich empezó a frecuentar

16. *Op. cit.,* p. 74

más asiduamente las organizaciones comunistas. Pronto fue invitado a dar conferencias y dirigir debates acerca de los problemas de la enfermedad mental y, de allí, pasó a discutir los temas de la sexualidad y de su expresión y represión. Pero fue precisamente discutiendo estos temas que, por una parte, se dio cuenta de lo abstracto del lenguaje psicológico y psicoanalítico ortodoxo y, por otra parte, del absurdo de ciertas teorías freudianas. ¿Qué le importaba a un público de hombres y mujeres deshechos de cansancio y deseosos de resolver algunos de sus problemas íntimos, sentirse decir que «la familia es una institución sólo parcialmente biológica», o que «el complejo de Edipo es una constelación psíquica universal» o que «la civilización se funda en la represión de la sexualidad»? (En aquella época, Reich se esforzaba aún desesperadamente en atenerse a las tesis psicoanalíticas ortodoxas.) «Me parecía estúpido a mí mismo mientras me oía decir a un robusto fresador o albañil que debía aprender a "sublimar su sexualidad" si quería convertirse en "una persona civilizada". Si aquel hombre era sano, abrazaba a su mujer con amor y sin complicaciones. Si estaba enfermo, se comportaba tal como lo habría hecho cualquier otro neurótico en condiciones análogas.»[n]

Además, el trabajo mecánico del obrero era, por su misma naturaleza, particularmente refractario a cualquier tipo de sublimación. «Muy pronto —escribe Reich— me di cuenta de que la teoría freudiana de la sublimación podía quizá ser aplicada hasta cierto punto al médico o al ingeniero, pero ya funcionaba mal para el empleado y el técnico y no funcionaba en modo alguno para millones y millones de trabajadores manuales.» [18]

El contacto con el mundo obrero, con su sinceridad, con su brutalidad, con su sufrimiento, llevó a Reich a un ulterior desarrollo del empuje revolucionario que había nacido en él durante las jornadas de julio de 1927. Como sucede frecuentemente a los intelectuales de origen burgués, Reich corrió el riesgo durante un cierto tiempo de quedar totalmente absorbido por el mundo abstracto de la política como fin, como juego táctico, como academia ideológica, como profesión. Pero una vez más la influencia de Zadniker fue salvadora, ya que Zadniker le hizo comprender que la mejor contribución que podía dar a la causa de la revolución no estaba en el ámbito de la política pura (que de puro tiene siempre tan poco) sino en el ámbito concreto de la medicina social: su deber primario era el de ayudar a los jóvenes, a los hombres, a las mujeres a resolver sus tremendos problemas personales y de clarificar las relaciones profundas y decisivas existentes entre la dinámica psicológica y la socio-política. De los consejos de Zadniker —confiesa Reich—[19] nació la resuelta voluntad de fundar una red de consultorios sexuales con base verdaderamente científica, y por lo tanto revolucionaria. Con su generosidad característica, Reich —como hemos dicho— comprometió su dinero y sus energías en la realización de esta iniciativa sin precedentes (y desgraciadamente, sin serias emulaciones hasta el presente).

17. *Ibidem.*
18. *Op. cit.,* p. 76.
19. *Op. cit.,* p. 80.

Militante comunista

La adhesión al movimiento comunista no fue, como Reich sostuvo posteriormente, un hecho puramente instrumental con el deseo de ejercer el trabajo concreto de mejora social y psicológica que Zadniker le había indicado como su más preciosa contribución a la acción revolucionaria. Como todos los actos de la vida de Reich fue una decisión que llevó consigo un profundo compromiso moral y práctico y, por las características del movimiento comunista, por una parte implicó una verdadera y propia milicia política y, por otra, impuso límites a veces severos a la autonomía crítica de Reich.

En la práctica, Reich no dudó en participar personalmente y corriendo riesgos, a veces graves, a las manifestaciones políticas promovidas por el Partido durante aquellos años.

En julio de 1927, durante los motines, había sido un espectador y un curioso; en 1928 ya era un agitador militante. Un día el profesor Ralph Kauffmann, un psiquíatra de Nueva York que llegaría a ser más tarde el presidente de la Sociedad Americana de Psicoanálisis, y que había ido a Viena para efectuar con Reich, considerado ya un experto en técnica analítica, su propio análisis didáctico, vio a su analista y maestro en una manifestación de desocupados efectuando el servicio de orden. Evidentemente, este activismo político no podía dejar de exponerle a graves riesgos: ya sea porque entonces, aún más que ahora, la represión policíaca era sangrieta e imprevisible, ya sea porque la «gente bien», los «ambientes científicos» dentro de los que Reich se había formado y vivía, la misma Sociedad de Psicoanálisis que constituía ya una vanguardia «hereje» en el mundo científico, miraban sin excepción con desaprobación explícita o tácita cualquier posición revolucionaria que saliera del ámbito de las conversaciones de salón.

Como siempre había sucedido y debía continuar sucediendo a los militantes del movimiento obrero, se encontró comprometido en el conflicto entre las «dos almas» del socialismo: la reformista y la revolucionaria, entonces como hoy representadas por la socialdemocracia y por el comunismo. Reich había escogido emocionalmente, aun antes que teóricamente, la vía comunista desde los días terribles de julio de 1927. A partir de 1928, fue cada vez más absorbido por su esfuerzo de persuadir a las fuerzas socialdemó-

cratas, a abandonar su línea de miedo suicida o, peor, de tácita complicidad con las fuerzas conservadoras.

El gobierno cristiano-social austríaco, con el apoyo de la derecha militarista, había iniciado la promulgación de las «leyes excepcionales» destinadas a destruir la organización y la capacidad defensiva de los movimientos obreros, y en particular de la tocialdemocracia, cuyos jefes permanecían tozudamente pasivos e inertes. En Viena varios grupos del *Schutzbund* empezaban a agitarse. Reich fue puesto en contacto, por dos jóvenes amigos socialdemócratas, con el jefe del *Schutzbund* del barrio de Otta-kring y lo encontró muy bien dispuesto a reconocer el acierto de las críticas comunistas a los dirigentes socialdemócratas: y sin embargo, también él le advirtió que los obreros no simpatizaban con los activistas comunistas, al contrario, o se apartaban o se burlaban de ellos abiertamente. Era gente —le dijo el jefe de distrito del *Schuntzbund* — que gritaba demasiado, llegaba a muy pocos resultados concretos y era eficiente tan sólo en la difamación de los demás exponentes obreros.

Reich no se desanimó. Corriendo con los gastos alquiló una gran sala cinematográfica en el barrio de Hernals y, a pesar de que el local podía albergar más de 2.000 personas, estaba lleno hasta los topes al iniciar la reunión. A Reich se le había encomendado el discurso crucial del acto. El público estaba formado en su mayor parte por hombres del *Schutzbund* y por obreros socialdemócratas no desocupados. Reich puso en evidencia el entero séquito desolador de las capitulaciones de los dirigentes socialdemócratas durante aquellos años y advirtió a los oyentes que aquella política estaba destinada a la catástrofe: una profecía que pocos años más tarde debía confirmarse trágicamente. El auditorio escuchó y aprobó las palabras de Reich pero —como él mismo confesará más tarde—[2C] el malestar crecía a medida que a la crítica de la línea socialdemócrata seguía el enunciado de la línea comunista de acción violenta e inmediata.

En un determinado momento, o mejor, en el momento adecuado, un activista socialdemócrata enviado a la reunión evidentemente con aquella misión, empezó a gritar que ya «era hora de acabar con las provocaciones comunistas. Los comunistas quieren solamente dividir las filas del movimiento obrero. Quieren sembrar la discordia entre nosotros. ¡Todos los socialdemócratas debemos marcharnos!»

A este grito, a esta consigna, la mayor parte de los oyentes, a pesar de haber seguido con simpatía hasta aquel momento las palabras de Reich, abandonaron la sala en masa: había funcionado en ellos el conocido mecanismo del «patriotismo de partido» que esconde en realidad el profundo miedo de cualquier abierta discrepancia con la autoridad (en este caso con el Partido) dispensadora de verdad y protección a mentes temerosas de pensar y de actuar independientemente, de una manera —como diríamos hoy— autodirigida.

20. *Op. cit.,* pp. 55 y *S3*

Otra experiencia amarga de lucha política debía producirse en la vida de Reich a finales de 1928. Después de la sangrienta y lograda provocación de julio de 1927, los círculos nacionalistas y filofascistas austríacos habían empezado a organizar sus propias fuerzas. Steinel había fundado en el Tirol la *Heimwehr,* una organización de tipo militar de orientación claramente fascista. Como de costumbre, los dirigentes socialdemócratas habían minimizado el peligro. Los soldados de la *Heimwehr,* durante el verano y el otoño de 1927, no podían ni dejarse ver en los barrios obreros de Viena ya que eran sistemáticamente atropellados por la población, furiosa al solo pensamiento de una organización militar claramente intencionada a renovar los estragos y las provocaciones antipopulares. Pero frente a la inercia socialdemócrata, los hombres de la *Heimwehr* multiplicaron su osadía y el 7 de octubre de 1928 las tropas fascistas eran ya tan potentes que podían anunciar oficialmente un desfile nacional en Wiener-Neustadt. Frente a aquella manifestación provocadora, los dirigentes socialdemócratas se decidieron finalmente a actuar, organizando una contramanifestación socialista, para el mismo día y en el mismo lugar. Ello facilitó el juego a los democristianos para presentarse como los tutores del orden público y para ordenar a la gente de su partido y a la parte disponible del ejército y de la policía a confluir también en Viener-Neustadt.

Como era de prever, también los dirigentes comunistas quisieron demostrar su «presencia» y ordenaron la movilización de los miembros de la organización de tipo militar comunista y los enviaron a Wiener-Neustadt. Esta orden tenía sin embargo, en su caso, algo de grotesco. El 21 de diciembre de 1927 el Partido Comunista Austríaco había fundado su propia organización de tipo militar, la «Liga de combatientes del Frente Rojo», modelada según los esquemas de la análoga organización alemana. Pero el 27 de abril de 1928 la Liga había sido declarada fuera de ley por el gobierno democristiano y había podido subsistir sólo bajo la etiqueta de «Organización de Defensa Obrera»: pero era una organización que existía sobre todo en el papel. El partido comunista, en aquella época, disponía solamente de 3.000 inscritos en toda Austria y su «Organización de Defensa Obrera», en el otoño de 1928, contaba en total con 250 componentes, de los cuales 130 estaban concentrados en Viena. A este mísero grupo, el *politburó* comunista austríaco le ordenó dirigirse a Wierner-Neustadt para «perturbar la marcha y las manifestaciones de las tres concentraciones adversarias: fascistas, socialistas y democristianos», que en total eran unos 40.000 hombres.

Los «comandantes supremos» comunistas elaboraron incluso la táctica a seguir en esta insensata operación: los hombres de la «Organización de Defensa Obrera» debían afluir en pequeños grupos hacia Wiener-Neustadt «para no llamar la atención»: llegados «al teatro de las operaciones» debían iniciar su acción de estorbo y sustraer a los 15.000 hombres del *Schutzbund* del dominio de sus jefes socialdemócratas. Reich, que constituía con otros dos colegas el entero «cuerpo sanitario» de la Organización, recibió la orden de prestar a los militantes todo tipo de asistencia. Así pues, con la seriedad y la valentía que le eran tan características, llenó su mochila de vendas, desinfectantes y hemostáticos, dijo adiós a su mujer y a las niñas y, vestido de alpinista «para no llamar la atención», se dirigió a la estación con una colega vestida también de alpinista «para pasar desapercibida».

«Estábamos tan furiosos por la "provocación fascista" —escribirá más tarde Reich[21] en una narración toda ella llena de auto-ironía— y por la inminente, nueva traición de los dirigentes socialdemócratas, que no nos fue difícil evitar la planificación concreta de lo que habríamos debido *hacer.* Sabíamos sólo que "los comunistas debían demostrar con el ejemplo que estaban a la vanguardia de la lucha de clase" y que por lo tanto debían "ponerse a la cabeza del proletariado en las situaciones de guerra civil". Y en Wiener-Neustadt, aquel domingo, habrían habido alrededor de 15.000 "combatientes de la clase obrera": los hombres del *Schutzbund.* Si nos preguntásemos cómo habríamos podido llegar a ser su "vanguardia": si hubiéramos tenido suficiente valentía todo habría ido del mejor de los modos... El otro médico de la Organización, que se estaba sometiendo a un análisis didáctico mío, habría debido "conquistar" Wiener-Neustadt con otro grupo.

»Yo y mi colega teníamos un aspecto muy inofensivo en la sala de espera de la estación Sur de Viena. Las mochilas no llamaban la atención en lo más mínimo. La gran sala de espera parecía un campamento militar. Centenares de *Schutzbund* iban de una parte a otra en espera de que la policía controlara si llevaban armas. Muchos agentes de paisano..., con sus caras típicas, daban vueltas por la estación y observaban (también ellos sin llamar la atención) a "los elementos subversivos". Les reconocimos a la primera mirada, como ellos nos reconocieron a nosotros. No podíamos vernos: ¡llamábamos tan poco la atención! Unos cincuenta hombres "inocuos" de la «Organización de Defensa Obrera» estaban a nuestro alrededor y, puesto que evitábamos mirarnos, cada uno de los agentes secretos se dio cuenta inmediatamente que pertenecíamos al mismo grupo. Los primeros en mar-

21. *Op. cit.,* pp. 57-58.

char, a centenares, fueron los policías y los carabineros... Les siguieron luego los hombres del *Schutzbund.*

»En cuanto a nosotros "jefes revolucionarios del proletariado", seguros sin la menor duda que al día siguiente habríamos arrastrado los 15.000 hombres del *Schutzbund,* adquirimos sin llamar la atención un billete de tercera para Pottendorff, una pequeña estación inmediatamente antes de Wiener-Neustadt. Desde allí, habríamos llegado a pie a Wiener-Neustadt, sin llamar la atención... Estábamos de muy buen humor mientras tomábamos sitio en los coches junto a una docena de camaradas. Nadie pronunció una palabra sospechosa.»

En Pottendorff, un funcionario comunista, disfrazado de obrero para no llamar la atención, les condujo a una amplia sala de baile donde debían pasar la noche. Fue una noche de insomnio, pero una bella noche, ya que «todos estábamos convencidos que al día siguiente cada comunista habría capitaneado miles de hombres» contra las fuerzas de la reacción, limpiando definitivamente la tierra de Austria de sus opresores.

«Todos esperábamos el gran día: y éste surgió. Hacia las siete, alguien miró por la ventana: el edificio estaba rodeado de policía con las bayonetas caladas. "¿Qué hacemos?" "Les damos una buena paliza", respondió uno. "Veamos antes qué es lo que quieren", dijo otro. Poco después entró un oficial de la policía con dos hombres y dijo tranquilamente en dialecto vienes: "Muchachos, recoged los bártulos que el tren para Viena os está esperando." "Vamos a donde nos da la gana", gritaron muchos, indignados. El oficial dijo que él no tenía nada que ver: había recibido una orden y debía cumplirla... Me encargaron las negociaciones. Dije al oficial que antes queríamos hablar de ello entre nosotros. Salí y tuvimos un pequeño conciliábulo. Algunos eran partidarios de ceder: otros protestaban diciendo que dejarnos arrestar era de cobardes. Era mejor combatir: "¿Pero con qué?" Decidimos que cada uno de los dos puntos de vista fuera sostenido por un orador. Después, votaríamos. El exponente de los "razonables" dijo que era totalmente insensato intentar algo en aquel momento. Habíamos caído en una trampa, eso era todo. Era preciso volver a casa e intentar luego llegar a Wiener-Neustadt de alguna manera. El otro dijo que hacer esto no era "revolucionario"... ¿Qué habría dicho la gente? Se habrían reído, ¡y con razón! Nadie tenía la menor idea acerca de lo que habría dado la votación. Me estremecí al pensar en un estrago inminente. Sentía aún en los huesos el 15 de julio. ¡Luchar así, sin armas, a pecho descubierto, rodeado de policías armados hasta los dientes! Sentía crecer en mí el furor por el engaño que se nos había preparado. No voté. La mayoría votó por la capitulación. Efectivamente, cualquier otra decisión habría sido insensata... Cerramos nuestras mochilas y bajamos al patio. Nos pusieron en filas de a cuatro. "¡Cantemos por lo menos!", dijo alguien. Cantamos a voz en cuello la *Interna-*

cional. Algunas caras soñolientas e indiferentes se asomaron por las ventanas del suburbio obrero. "Se están llevando a unos comunistas", oímos decir.»[22]

Estas duras experiencias, si probablemente contribuyeron, como veremos, a inducir a Reich a trasladarse a Alemania, donde el movimiento comunista era bastante mejor organizado, no eran por otra parte interpretadas del modo corrosivamente autoirónico y autocrítico que esta narración postuma deja tan claramente aparecer. Al contrario, redoblaban su voluntad de lucha revolucionaria y reafirmaban su fe en la doctrina inspiradora del movimiento comunista y su intención de contribuir al enriquecimiento de dicha doctrina, integrando en ella algunos descubrimientos psicoanalíticos. Una vez más, esta su contribución teórica de militante comunista no tomó una forma abstracta o escolástica sino que partió de la realidad y de la experiencia concreta del trabajo en los Consultorios de higiene sexual.

A principios de 1928, en la primera conferencia que dio invitado por la Federación de Universitarios Vieneses, centró el tema no en las complicaciones 'del psiquismo individual (es decir, el tema predilecto del psicoanálisis) sino en los grandes problemas sociales relacionados con el régimen sexual tradicional. Tituló la conferencia: *El sufrimiento sexual de las masas.* Fue un éxito clamoroso. En una segunda conferencia con la sala abarrotada la gente frente a los estudiantes de la Universidad, aún en 1928, hizo un primer intento de relación entre las experiencias de sus centros populares de consulta y algunos descubrimientos del psicoanálisis sobre la represión sexual, por una parte, y algunos descubrimientos del pensamiento marxista acerca de la opresión sexual, por otra: y tituló la conferencia *La relación entre el psicoanálisis y la sociología de Marx.* Pero esta vez las cosas fueron menos bien, ya que los organizadores de la conferencia —en gran parte comunistas ortodoxos-[1]- habían hecho venir de Moscú un psiquíatra, con la clara intención de recibir de las autoridades soviéticas (consideradas entonces «infalibles» en el movimiento comunista) el «justo juicio» sobre el psicoanálisis y los intentos rei-chianos de integración freudiano-marxista.

Fue el primer contacto que Reich tuvo con el espíritu dogmático y sexofóbico de un cierto tipo de comunismo que con Lenin había prevalecido en el marxismo y que Stalin estaba imponiendo con intransigencia cada vez mayor. El «profesor de Moscú» demolió con dureza la entera teoría psicoanalítica, sosteniendo que «el complejo de Edipo» era una fantasía «antimarxista» y que la psicología no tenía ni podía tener ningún lugar en la lucha revolucionaria.[23]

22. *Op. cit.,* p. 71.
23. *Ueberblicke über Fornschungsgeblet der Sexualokonomie,* en ZPPS, vol. 2, núm. 1, 1935, pp. 5-13.

Es fácil imaginar la consternación de Reich, que entonces estaba lanzado con todo su entusiasmo en el activismo político, frente a esta sumaria demolición de los descubrimientos freudia-nos que él conocía como tan ricos en elementos revolucionarios. Reich sintió la urgencia de refutar la drástica afirmación de su interlocutor, según el cual la psicología podía en el mejor de los casos ayudar a comprender algunas neurosis individuales, pero no servía en modo alguno, para comprender los grandes procesos sociales, dirigidos por las leyes económicas «definitivamente puestas en claro» por Marx y Engels, y mucho menos para dirigir la acción revolucionaria necesaria para influenciar dichos procesos y para acelerar la llegada del socialismo y del comunismo en todo el mundo. Con ello, a pesar de haber notado la simpatía de la masa estudiantil por su valiente reivindicación de la importancia de la sexualidad, a pesar de haber notado la explosiva carga revolucionaria de ciertas conquistas del psicoanálisis, Reich se dio cuenta de que él mismo no disponía todavía de una teoría ni siquiera esquemática capaz de unir freudismo y marxismo, psicología y sociología, dinámica individual y dinámica social.

Es probable que la amarga experiencia de aquel encuentro o choque con el psiquiatra moscovita, así como las experiencias dramáticas de los «Centros socialistas de Consulta sexual» sean el origen de la primera obra importante del período «marxista» de Reich, *Materialismo dialéctico y psicoanálisis,* que ahora examinaremos en sus puntos esenciales.

III

Materialismo dialéctico y psicoanálisis

El libro *Materialismo dialéctico y psicoanálisis* [1] es sin duda una obra fundamental para la historia del desarrollo del pensamiento de Reich ya que es el primer trabajo en que él afronta de una forma sistemática los problemas socio-políticos de su tiempo y, en particular, intenta definir la contribución que, a su solución, podía y puede dar la psicología de lo profundo de *inspiración* freudiana. En esta obra muy sucinta pero ya extraordinariamente rica en elementos críticos y puntos creativos, Reich toma además por primera vez la postura destinada a permanecer en él durante casi un decenio: la de un marxista convencido y ortodoxo que quiere encuadrar el psicoanálisis en la concepción económica de Marx acerca del desarrollo histórico y social y en el método crítico marxista del materialismo dialéctico. *Materialismo dialéctico y psicoanálisis,* escrito inmediatamente después de la ruptura de Reich con el Partido Socialdemócrata Austríaco y después del comienzo de la actividad de consulta sexual en los barrios populares de Viena, puede pues considerarse, a un nivel histórico bibliográfico, como la primera obra de lo que hemos llamado, por razones prácticas de individuación, el «período marxista» del pensamiento de Reich.

La finalidad teórica, pero ya implícitamente política, de toda la obra es claramente enunciada ya desde las primeras líneas:

«¿Existe una cierta relación —escribe Reich— entre el psicoanálisis de Freud y el materialismo dialéctico de Marx y Engels? Responder a esta pregunta, descubrir las posibles relaciones, es la finalidad que nos proponemos en estas páginas. Nuestra respuesta nos autorizará también a decir si se puede iniciar una discusión acerca de las relaciones del psicoanálisis con la revolución proletaria y la lucha de clases.»

Frente a estas palabras tan explícitas, es realmente extraño que unos años después, Reich se maravillara de que sus opiniones científicas «hayan sido conocidas como un intento de síntesis entre Marx y Freud, sin que de hecho lo sean ni pretendan serlo».[1 bis] Es evidente, que Reich tendrá razón en lo sustancial cuan-

1. *Materialismo dialéctico y psicoanálisis,* Moscú, 1929. Las citas están sacadas de la edición francesa *(La crise sexuelle,* París, 1936).

1 bis. *Ueberblik über das Forschungsgebiet der Sexualoekonomie,* en ZPPS, vol. II, núm. 1, 1935, pp. 5-13.

do negará que sus opiniones científicas fueran, o hubieran jamás sido en su esencia, una mediación, una mezcla o una amalgama de Freud y Marx; y asimismo tendrá razón cuando reivindicará, como veremos, la naturaleza esencialmente diversa de su enfoque personal de la realidad del hombre y de la sociedad, del enfoque de Freud y Marx. Pero no tendrá razón de extrañarse que su pensamiento haya sido interpretado en un sentido a la vez neo-freudiano o neomarxista, ya que él mismo fue quien promovió esta interpretación durante muchos años con sus escritos.

Lo que vamos a examinar es, como veremos, sólo el primero de una rica serie de escritos sociológicos con una tendencia en todos ellos a inserir el autor entre los publicistas y los hombres de acción de los partidos marxistas (de hecho fue publicado por el editor oficial del Partido Comunista Alemán), así como, hasta 1927 y más adelante, Reich que se había esforzado en inserir su pensamiento en la gran corriente de las concepciones teóricas y terapéuticas de Sigmund Freud.

Convencido de haber finalmente encontrado en el marxismo y en el movimiento comunista el campo de fuerza ideológico y político dentro del que desarrollar su investigación científica y su trabajo social, Reich mira ya con desprecio típicamente marxista las veleidades sociologísticas del psicoanálisis.

«Cuando se abandona el campo peculiar del psicoanálisis —escribe— y especialmente cuando se intenta aplicarlo a los problemas sociales, se transforma inmediatamente en una *weltanschau-ung,* una concepción del mundo, una especie de filosofía... El psicoanálisis, según la definición de su mismo fundador, es al contrario sólo un método psicológico que, sirviéndose de procedimientos científicos, trata de explicar la vida psíquica considerada como esfera particular de la naturaleza. Dado que no es un sistema filosófico, dado que ni siquiera es capaz de generar uno de ellos, el psicoanálisis no podría pues sustituir ni completar la concepción materialista de la historia... No puede por lo tanto suplantar a la sociología a pesar de que, respecto a la sociología, pueda jugar el papel de una ciencia auxiliar, bajo la forma de psicología social, por ejemplo.»

Como se ve, el enfoque de Reich es extremamente cauto: pide para la psicología derivada de Freud sólo «una función auxiliar», un lugar subordinado con respecto a la «grande y única doctrina» del movimiento revolucionario. Y por otra parte, convencido como estaba entonces y como lo estará durante unos años, de que la revolución económica había realizado en Rusia una revolución social, no podía poner en duda el valor preeminente de la doctrina marxista.

Reich discute luego, y destruye, las dos principales objeciones que la cultura marxista hacía, y hace, al psicoanálisis. La primera de ellas es que el psicoanálisis es sólo un fenómeno de descomposición de la burguesía decadente: «un capricho de moda» de

los salones burgueses, como la había definido el mismo Lenin, anunciando incautamente su rápida desaparición.

«Esta objeción muestra una insuficiente comprensión del origen dialéctico del psicoanálisis. La doctrina social marxista, ¿no ha sido ella también un "fenómeno de descomposición" de la burguesía? Ha sido "un fenómeno de descomposición" ya que no habría nunca podido surgir sin la contradicción entre las fuerzas productivas y la relaciones de producción del capitalismo; pero ha sido también el reconocimiento, y, al mismo tiempo, la semilla ideológica del nuevo orden económico que se desarrollaba dentro del antiguo.

«Volveremos más adelante al punto de vista sociológico del psicoanálisis; por el momento utilizamos las palabras del marxista Wittfogel que analiza esta objeción mejor de lo que lo haríamos nosotros. Dice:

«"Algunos críticos marxistas —los iconoclastas— no muestran ningún reparo al juzgar la ciencia actual. Con voz y gestos cortantes afirman: ¡ciencia burguesa! y para ellos estas dos palabras resuelven todo el problema.

»"Este método (si así lo podemos llamar) trabaja con el instrumento de los bárbaros. De Marx y de su pensamiento dialéctico no ha tomado, por desgracia, más que el nombre. El dialéctico sabe que la cultura no es una masa uniforme. Sabe que todo orden social tiene sus contradicciones y que dentro de él crecen las semillas de las nuevas épocas sociales; por consiguiente el dialéctico no considera como valores inferiores y no separa como inutilizables en la futura sociedad lo que las manos burguesas han creado en la época de la burguesía."»[2]

La segunda prevalente objeción consiste en decir que el psicoanálisis es una ciencia idealista. A esta objeción Reich reacciona previamente haciendo notar que «en la formación de una teoría, apenas uno se aleja, aunque poco, del empirismo, concibe una desviación idealista sin que por ello la verdadera naturaleza de la ciencia pueda quedar perjudicada» y que el verdadero significado del psicoanálisis ha sido deformado por las utilizaciones oportunistas que han hecho de él algunas corrientes socialistas reformistas: pero del mismo modo se podría entonces descartar el marxismo por doctrina idealista ya que ha sido deformado en sentido idealista por las interpretaciones de los reformistas.

Pero Reich piensa refutar más sistemáticamente dicha acusación de idealismo hecho al psicoanálisis y se propone hacerlo demostrando: *a)* que la teoría psicoanalítica tiene bases estrictamente materialistas; *b)* que su concepción de la dinámica psíquica es al mismo tiempo dialéctica y materialista y puede por lo tanto encuadrarse perfectamente en los principios del *materialismo dialéctico* marxista; y *c)* que el psicoanálisis puede integrarse per-

2. MDP, p. 15.

fectamente en la *sociología* marxista y cooperar útilmente en su desarrollo.

El psicoanálisis no es una ciencia idealista

Antes de mostrar el gran progreso que el psicoanálisis representa en sentido materialista en relación con la psicología sobre todo idealista y formalista que lo ha precedido —escribe Reich— es conveniente olvidar, una vez para siempre, una concepción «materialista» equivocada de la vida psíquica, concepción todavía muy difundida hasta en los círculos marxistas. Es el materialismo mecanicista tal como fue preconizado por los materialistas franceses del siglo xvm y como sobrevive en la concepción vul-gal del materialismo.

Según esta concepción los procesos psíquicos no tienen ninguna realidad en sí mismos; el materialista consecuente no debe encontrar en el mundo material más que fenómenos exclusivamente físicos. Para algunos materialistas la sola concepción de «espíritu» es una equivocación idealista, lo cual representa, ciertamente, una reacción extremada contra el idealismo platónico heredado por la filosofía burguesa.

No es el espíritu el que es real o material —afirman— sino los datos físicos que le corresponden, es decir, los no subjetivos, sino los objetivos, medibles y ponderables. «La *equivocación mecanicista está en el hecho de identificar con la materia lo que es medible y ponderable, o sea, tangible.»*[3]

Esta última frase, que he citado en letra bastardilla, ya lleva implícita la discusión que, varios años más tarde, Reich sostendrá con los impugnadores de la energía orgónica sólo por no ser medible de un modo satisfactorio con los instrumentos tradicionales de la física. Pero aquí su atención se centra aún entera y exclusivamente en la demostración de la completa compatibilidad entre el materialismo marxista y el psicoanálisis o por lo menos con alguna de sus interpretaciones.

En ningún lugar —continúa Reich— Marx intenta refutar la realidad material de la actividad mental. Si se reconocen como concretamente materiales los fenómenos de la psicología humana, se está obligado a admitir *ipso* fació la posibilidad teórica de una psicología materialista, aunque no explique dicha actividad mental por medio de los procesos orgánicos. No admitir este punto de vista significa cerrarse el camino a una discusión de tipo marxista de un método puramente psicológico. Pero para ser lógicos, será necesario no volver a hablar de conciencia de clase, de voluntad revolucionaria, de ideología religiosa, etc.; será necesario contentarse simplemente en esperar que la química haya estable-

3. *Op. cu.,* p. 18

cido en fórmulas todos los fenómenos correspondientes, o que la reflejología haya descubierto dichos reflejos.

Una psicología de este tipo, debiendo estar necesariamente fijada dentro de un formalismo causal sin dar cabida al contenido práctico de las ideas y de los sentimientos, no llegará a una mejor comprensión del placer y del sufrimiento, o de la conciencia de clase. Estas consideraciones resuelven el problema: en el sistema marxista es indispensable una psicología que analice los fenómenos psíquicos por medio de un método psicológico y no organicista.

Ciertamente no será suficiente, para definir como materialista, una psicología que se ocupe de los datos materiales de la vida mental. Será sobre todo necesario que nos diga claramente si considera la actividad psíquica como un dato metafísico, es decir, más allá de la vida orgánica, o como una función secundaria que se injerta en el organismo físico y está unida a su existencia. Según Engels, el idealismo y el materialismo se diferencian esencialmente en cuanto el primero da preferencia al «espíritu», el segundo a la materia (orgánica), a la naturaleza y Engels subraya que no utiliza estas dos nociones en otro sentido.

En *Materialismo y empiriocriticismo,* Lenin ha tomado como objeto de sus estudios críticos otra diferencia: la actitud hacia la teoría del conocimiento. ¿Es real el mundo, existe fuera e independientemente de nuestro pensamiento (materialismo), o no existe más que en nuestro espíritu, como representación, sensación y percepción (idealismo)?

Una tercera diferencia relacionada con las precedentes, radica en la siguiente pregunta: ¿es lo orgánico que produce lo mental o viceversa?

Todas estas preguntas deben ser planteadas al psicoanálisis. En vez de responder genéricamente, Reich empieza exponiendo las teorías fundamentales del psicoanálisis.[4]

Es ésta una exposición que merece ser citada sólo en la medida en que presenta puntos particulares de interés para el desarrollo ulterior del pensamiento reichiano y para la postura socio-política que va desarrollando en este escrito.

Introduciendo la descripción de la teoría freudiana de los instintos, que él justamente defíne «el armazón de las doctrinas psicoanalíticas», Reich reafirma su fidelidad a la concepción materialista de la libido que fue característica de la primera época de Freud y que el fundador del psicoanálisis pareció abandonar en su edad tardía a favor de la hipótesis metafísica del dualismo entre Eros y Muerte.

Freud —escribe Reich— entiende por libido, la energía del instinto sexual. Según él, la formación de la libido es «un proceso poco conocido que se desarrolla en el organismo y en particular

4. *Op. cit.,* p. 19

en el aparato sexual» y en las zonas llamadas «erógenas»; es decir, en las partes del organismo particularmente sensibles a la excitación sexual, donde ésta se concentra.[5] Sobre esta base se edifica la poderosa sobreestructura de las funciones psíquicas de la libido: esta estructura está, sin embargo, unida a la base, se modifica con ella, ya cuantitativamente ya cualitativamente —en la pubertad, por ejemplo — y empieza a extinguirse con ella, como después de la menopausia. La libido se refleja en la conciencia como una tendencia física y psíquica dirigida a la satisfacción sexual.

Freud expresó la esperanza de ver un día el psicoanálisis estructurado sobre un fundamento orgánico y la idea del quimismo sexual representa, como noción auxiliar, una parte importante en su teoría de la libido.[6] Sea como sea, el psicoanálisis no puede abordar metódicamente los fenómenos orgánicos concretos: este estudio permanece reservado a la fisiología.

El efectivo significado material del concepto freudiano de libido, según Reich, surge claramente del hecho que su teoría de la sexualidad infantil ha sido, desde entonces, completamente confirmada por los fisiólogos al descubrir procesos evolutivos incluso en el aparato genital del recién nacido.

Una vez más se tiene la impresión de sentir en estas observaciones reichianas una anticipación inconsciente de las futuras teorías orgonómicas. El «proceso mal conocido que se desarrolla en el organismo, en particular en el aparato sexual» hallará de hecho su clarificación y sistematización satisfactoria en la fórmula orgonómica de *tensión-carga-descarga-distensión.*

Junto a la fidelidad a las formulaciones originarias freudianas, en esta obra, Reich desarrolla ya abiertamente su pugna contra las teorías del instinto de Muerte y en general contra todas las hipótesis teóricas de Freud que tienen su origen con el ensayo *Más allá del principio del placer;* Reich había preferido evitar en *Die Funktion des Orgasmus,* como hemos visto, esta discusión aislando sus reservas en una nota.

Más tarde —continúa Reich— Freud ha contrapuesto el instinto sexual al instinto de destrucción y relacionado el instinto de nutrición con el Eros en cuanto función de amor del Yo (narcisismo de conservación del Yo).

Las relaciones entre la nueva teoría de los instintos y la antigua no están aún claramente determinadas. Las nuevas nociones de la teoría de los instintos: instinto del Eros e instinto de Muerte (instinto sexual

e instinto de destrucción), han sido definidas como las funciones fundamentales de la sustancia orgánica: asimilación (construcción) y desasimilación (destrucción); el Eros reúne todas las tendencias del organismo psíquico que construyen, acumulan, estimulan; el instinto de destrucción reúne al contrario las tendencias que destruyen, dispersan, llevan al estado originario. El desarrollo psíquico sería así el resultado de una lucha entre estas dos tendencias antagónicas; he aquí pues, una concepción esencialmente dialéctica del desarrollo.

5. *Op. cit.,* pp. 24-25.
6. *Op. cit.,* p. 30.

La polémica contra el instinto de Muerte

Pero la dificultad —observa Reich— no está aquí. Mientras la base física del instinto sexual y del instinto de nutrición es evidente, *-falta a la noción de instinto de Muerte un fundamento material que tenga la misma claridad:* la referencia al proceso orgánico de desasimilación representa en este caso, más una analogía formal que una afinidad de contenido efectivo:

«El "instinto de Muerte" es materialista solamente si una relación real lo une a los procesos de autodestrucción del organismo, pero no se podría negar que su contenido impreciso y la imposibilidad de considerarlo bajo este punto de vista —como se hace con la libido, por ejemplo— lo convierten fácilmente en el refugio de especulaciones idealistas y metafísicas sobre la vida psíquica. Ha suscitado ya en psicología más de un malentendido, llevando hacia teorías finalistas y a exageraciones de las funciones morales, lo que consideramos como una desviación idealista del psicoanálisis.

«Según el mismo Freud, el "instinto de Muerte" es una hipótesis extraclínica, pero no es un azar el que se juegue tan fácilmente con él y que haya abierto en psicoanálisis, la puerta a especulaciones inútiles. Para reaccionar contra la corriente idealista que se ha desarrollado en el psicoanálisis con la nueva hipótesis de los instintos —escribe Reich— he intentado concebir el instinto de destrucción como dependiente de la libido, colocarlo pues dentro de la teoría materialista de la libido.

»Este intento se apoya en la observación clínica que demuestra como las disposiciones hostiles de un individuo y sus sentimientos de culpa dependen, por lo menos en lo que concierne a su intensidad, del estado de la libido; la insatisfacción sexual aumenta la agresividad, la satisfacción la disminuye.

»Segúii esta concepción el instinto de destrucción es psicológicamente una reacción a la falta de satisfacción sexual, y su base material es el cambio de lugar de la excitación de la libido, dirigida hacia el sistema muscular.

«Pero es innegable que el instinto agresivo es también un instrumento del instinto de nutrición y que aumenta de un modo particular cuando la necesidad nutritiva no es suficientemente satisfecha. Según nuestra opinión el instinto de destrucción es una formación secundaria y tardía del organismo, determinado por

las condiciones en que se satisfacen el instinto de nutrición o la sexualidad.»[7]

Estas observaciones me parecen del máximo interés ya en el plano histórico (es decir, para la historia de la discusión de Reich de la teoría freudiana del instinto de Muerte y de su interpretación del masoquismo como formación secundaria de la «hipertensión energética» del organismo), ya en el plano estrictamente teórico. En el plano histórico, son afirmaciones que señalan a Reich como precursor indiscutible de todas las escuelas psicológicas y sociológicas que han negado la existencia de una destructividad primaria y muestran con qué rapidez y sensibilidad reaccionó contra las «revisiones» del freudismo con tendencia a disminuir la importancia de la sexualidad y a preparar una postura de resignación frente a la educación y a la sociedad represivas como únicas formas de existencia civil. En el plano teórico, parecen abrir un camino a la explicación del viejo problema, no puesto completamente en claro ni por el mismo Reich, de la naturaleza primaria o secundaria del impulso agresivo o de la agresividad sexual en particular. La formulación «el instinto de destrucción es una formación secundaria y tardía del organismo, determinada por las condiciones en que el instinto de nutrición y la sexualidad son satisfechos» consiente concebir la destructividad como factor intrínseco al instinto de nutrición, dado que éste, por su naturaleza, puede satisfacerse sólo a través de la destrucción de un organismo por parte de otro que se nutre; y viceversa, en el campo sexual, la destructividad aparece bajo este aspecto como un factor obviamente secundario, que deriva de las condiciones de frustración en que el instinto sexual puede encontrarse, *pero no de las condiciones naturales de la actividad sexual en que la satisfacción es la norma, y el instinto de los dos protagonistas del acto sexual es complementario,* en vez de antagonista, como sucede en los instintos de conservación de dos protagonistas del acto de nutrición. *En definitiva, mientras que el encuentro entre dos antagonistas del acto de nutrición es siempre el encuentro de un de-vorador y un devorado, y está pues lleno por naturaleza de agresividad destructiva, el encuentro entre protagonistas del acto sexual, cuando no intervenga la frustración o la inhibición, es un proceso de atracción entre dos polos, en el que la destructividad no tiene ninguna función biológica.*

Reich pasa luego a discutir otro punto básico de la teoría freudiana, el llamado «principio de realidad», y a criticarlo no en su sustancia, sino en la aplicación reaccionaria que Freud había dado y que el psicoanálisis ortodoxo sigue dando.

«Regulador de la vida instintiva, según Freud, es el principio del placer. El instinto busca el placer y tiende a evitar el dolor... Todo lo que provoca placer atrae, todo lo que provoca dolor re-

7. ***Op. cit.*****, p. 54.**

trae: así el principio del placer determina el movimiento, la transformación del estado de cosas existente... Pero el funcionamiento de las necesidades humanas fundamentales encuentra su forma precisa en la existencia social del individuo: esta última, de hecho, limita la satisfacción de los instintos. Al anunciar el principio de la realidad, Freud ha compendiado en él todas las limitaciones y todos los contrastes sociales que tienden a limitar las necesidades o a retrasar sus satisfacciones...

«Pero la definición del principio de realidad como exigencia de la sociedad, es sólo formal si no precisa que *el principio de realidad, bajo la forma que reviste ahora para nosotros, es el principio de la sociedad actual.* Son numerosas las desviaciones del psicoanálisis en lo que se refiere al modo de entender el principio de realidad. Y así, es frecuentemente presentado como un dato absoluto. Por adaptación a la realidad se entiende simplemente adaptación a la sociedad, lo que en pedagogía y en la terapéutica de la neurosis, constituve sin duda una formulación reaccionaria. En concreto: el principio de realidad en una época capitalista impone al proletariado una extrema limitación de sus necesidades, sin dejar incluso de invocar para este fin las obligaciones religiosas de humildad y modestia. Impone también la forma sexual monogámica v muchas otras cosas aún. *La totalidad está basada en las condiciones económicas:* la clase dominante posee un principo de realidad que sirve a la conservación de su dominio. Inculcar este principio al proletariado, hacérselo admitir como absolutamente válido en nombre de la cultura, eauivale a hacerle suscribir su explotación, a hacerle aceptar la sociedad capitalista. Es necesario ver claramente que el principio de realidad, tal y como está concebido actualmente por numerosos psicoanalistas, corresponde a una actitud conservadora (aunque quizás inconsciente) y está por lo tanto en contradicción con el carácter objetivamente revolucionario del psicoanálisis. El principio de realidad tenía en su origen otro contenido. Se modificará en la medida en que sea modificado el orden social.» *

Nada a objetar, mejor dicho todo a suscribir, en esta penetrante diagnosis y valiente denuncia de la amenaza reaccionaria intrínseca, a la tendencia del psicoanálisis ortodoxo a universalizar un «principio de realidad» que es al contrario típico de la sociedad opresiva y represiva tradicional, y a inducir a los pacientes a «adaptarse» pasivamente a la sociedad y a sus deformaciones, y en general a la opinión pública influenciada por el psicoanálisis en nombre de este mal entendido realismo. Mucho a objetar, al contrario, y nada a suscribir en cuanto a la pretensión de Reich, como por otra parte de todo marxista ortodoxo, de identificar con la «sociedad capitalista» el sistema social aue impone a las masas una «limitación extrema de sus necesidades», «el régimen

8. ***Of. át., f. 56.***

sexual monogámico» y el mismo «principio de realidad». La experiencia soviética ya entonces, y luego la de todos los países con economía colectivizada, han demostrado cuan arbitraria fue esta apresurada identificación.

No obstante, incluso dentro de estos estrechos límites paneconómicos, el párrafo de Reich está lleno de puntos sugestivos: por ejemplo, donde pocas líneas más adelante subraya cómo la regulación *rígida y precoz* de las funciones excretorias y, en general, la insistencia obsesiva en la limpieza, que constituyen una característica típica de la educación burguesa, pueden explicar también unos caracteres típicos del burgués, y en particular su veneración de la propiedad y del dinero, símbolos precisamente de la «manía» anal determinada en él por la educación. Y es suficiente plantearse este problema para que inmediatamente surja la pregunta de si la generalización moderna de este tipo de educación, en otro tiempo limitado a la burguesía, pueda *en parte* explicar el aburguesamiento psicológico del proletariado, por muchos lamentado.

Reich pasa luego a ilustrar la teoría freudiana del inconsciente y de la remoción, subrayando constantemente su carácter relativista y socialmente determinado.

El motor de la remoción —escribe— es el instinto de conservación del Yo. Domina el instinto sexual; de su conflicto deriva el desarrollo psíquico. Haciendo abstracción de su mecanismo y de sus efectos, la remoción es un problema social porque sus contenidos y sus modos dependen de la vida social del individuo. Está ideológicamente concentrada en una suma de fórmulas, de prescripciones y de prohibiciones en el Super-Yo. Unas grandes porciones son, por otra parte, inconscientes.

El psicoanálisis reduce toda la ética humana a las influencias de la educación y rechaza así la atribución de características metafísicas a la moral, algo por ejemplo, como el concepto moral (imperativo categórico) de Kant. El psicoanálisis analiza la moral con espíritu materialista, poniéndolo en relación con la experiencia y con el instinto de conservación, e incluso con el miedo del castigo. En el niño la moral aparece o como miedo del castigo o como amor hacia los educadores. Cuando finalmente Freud habla de una «moral inconsciente» y de los «sentimientos inconscientes de culpabilidad», quiere solamente decir con ello, que junto a los deseos prohibidos se remueven también algunos elementos del sentido de culpa: lo que sucede, por ejemplo, con la prohibición del incesto. «Jurinetz —hace notar Reich— no ha entendido nada de la noción del sentimiento inconsciente de culpa cuando piensa que, con él, se admite indirectamente una esencia moral originaria del Yo, una especie de pecado metafísico. Ciertos analistas, a pesar del psicoanálisis que aplican, pueden creer, no sabemos por qué, en la moral y en la divinidad originaria del hombre, pero ciertamente no deducen esta fe del psicoanálisis.

Al contrario, el psicoanálisis destruye radical y científicamente una tal creencia negando a la filosofía el derecho de discutir sobre la moral. Dejamos que cada psicoanalista resuelva a su modo el conflicto entre su creencia en una moral metafísica y en un Dios y sus convicciones psicoanalíticas. No es justificado irritarse con el psicoanálisis hasta que no empieza a perderse en especulaciones metafísicas. La teoría del sentido inconsciente de culpa por lo tanto no destruye la teoría del inconsciente como teme Jurinelz, ya que al contrario, reduce a bases materiales la aparición de la moral.

»Hemos mostrado —concluye Reich— que el Ello y el Super-Yo están muy lejos de ser construcciones metafísicas y de que su contenido puede ser completamente reducido a necesidades y actividades reales del mundo exterior.»[9]

No menos materialista y determinada socialmente que la del Ello y la del Super-Yo, es la naturaleza del Yo, en la doctrina psicoanalítica aún incontaminada por las posteriores degeneraciones reaccionarias.

Reich recuerda que la naturaleza material del Yo freudiano, no puede ser puesta en duda por el hecho de estar unida a todo el sistema perceptivo de los órganos sensoriales. Además, el Yo deriva, según Freud, de la influencia de las excitaciones materiales sobre el aparato de los instintos. No es más, según él, que una porción particularmente diferenciada del Ello, un parachoques, una especie de órgano protector entre el Ello y el mundo real. El Yo no es libre, en su modo propio de actuar; depende del Ello y del Super-Yo, es decir de lo biológico y de lo social. El psicoanálisis combate pues el libre arbitrio y su concepción coincide completamente con la de Engels: «El libre arbitrio no es otra cosa que la aptitud a poder decidir con conocimiento de causa.» La correspondencia es tan perfecta que llega a expresarse hasta en la concepción fundamental de la terapéutica analítica de las neurosis: tomando consciencia de lo que se aparta, llevando a la consciencia su inconsciente, el enfermo adquiere la posibilidad de escoger «con mejor conocimiento de causa» respecto a cuando sus tendencias esenciales permanecían inconscientes. Evidentemente esto no es aún el libre arbitrio en el sentido en que lo entienden los metafísicos; queda siempre limitado por las exigencias de las necesidades naturales. Cuando los deseos sexuales, por ejemplo, han pasado a ser conscientes, el enfermo no puede decidir apartarlos de nuevo; le continúa siendo igualmente imposible someterse a la continencia duradera, pero puede proponerse abstenerse por un cierto período. Después de un análisis realizado con éxito el Yo no ha roto en modo alguno las ataduras que lo subordinan al Ello y a la sociedad, ha solamente aprendido a resolver mejor los conflictos.

9. *Op. cit.,* p. 62.

«Por las condiciones vigentes en el momento de su aparición, el Yo (en parte) y el Super-Yo (por entero), comprenden en su contenido concreto elementos sacados de la vida social. Las prescripciones religiosas y éticas cambian con el orden social. En la énoca de Platón el Super-Yo femenino era esencialmente diverso de lo que es en la sociedad capitalista, y los contenidos del Super-Yo se modifican naturalmente en la medida en que, en una determinada sociedad, está ideológicamente en preparación la sociedad sucesiva. Este proceso es tan válido para la moral sexual como para la ideología de la sacrosanta propiedad. Varía también en relación con el lugar que ocupa el individuo en el proceso de producción.»[10]

Llegado aauí casi como si quisiera separar las grandes perspectivas de crítica sociológica que derivan de esta interpretación, determinista y psicológica a un tiempo, de toda ética, de toda ideología, Reich señala desde ahora la familia como el canal y la estructura económica como la *ions c,t orino* de las ideologías.

¿En oué modo —se presunta Reich— la ideología social actúa sobre el individuo? La sociología marxista ha debido descartar esta presunta por extraña a su competencia. En cambio, el psicoanálisis puede responder a ella: «La familia embebida de ideología social, v que, además, constituye la célula ideológica básica de la sociedad, representa a la misma sociedad a los oíos del niño hasta eme no entra a formar parte del proceso de producción. La relación edípica no trae consigo solamente comportamientos instintivos; la manera como el niño reacciona al compleio de Edipo y lo supera, está condicionada indirectamenee tanto por la ideología social como por el lugar ocupado por los padres en la producción, *de modo aue el destino del comvlejo de Edivo, como todo lo demás, denende en último término de la estructura económica de la sociedad.* Es más: el mismo hecho que un complejo de Edipo pueda manifestarse, es imputable a la estructura particular de la familia determinada por la sociedad» (letra cursiva añadida)."

Es evidentemente una conclusión apresurada, que habría podido evitar, observando las comunidades religiosas (incluso más autoritarias y sexofóbicas que la familia tradicional, teniendo en cambio una estructura muy diversa y siendo inmunes de cualquier tipo de propiedad privada), y observando los resultados desalentadores de la ya realizada revolución económica soviética en la totalidad de relaciones sociales, políticas e interpersonales de la población y de los dirigentes de aquel país.

10. *Op. cit.,* pp. 71 y ss.
11. *Op. cit.,* pp. 83-86.

Carácter dialéctico del psicoanálisis

Bastante más convincentes que estas «declaraciones de ortodoxia paneconómica» son las páginas sucesivas de la obra, en las que Reich se esfuerza, creo que con éxito, en demostrar el carácter dialéctico-materialista de toda la dinámica psíquica, tal como es descrita por el psicoanálisis. Para tal fin, Reich resume en primer lugar de la forma siguiente las líneas esenciales del método dialéctico, tal como fue elaborado por Marx y Engels, y aplicado por sus discípulos.

1. La dialéctica no es sólo una forma de pensamiento sino que existe en la materia independientemente del pensamiento.
2. El desarrollo, no sólo en la sociedad, sino de todos los demás fenómenos, incluso los fenómenos naturales, no deriva de un «principio de desarrollo» o de una «tendencia al desarrollo» inherente a todas las cosas, sino de las contradicciones internas de la realidad y de la muerte.
3. Objetivamente, lo que genera el desarrollo dialéctico no es ni bueno ni malo, pero inevitable y necesario.
4. El desarrollo dialéctico que deriva de las contradicciones, implica que nada sea duradero: todo lo que existe lleva en sí el germen de su propia extención.
5. Todo desarrollo es la expresión y la consecuencia de una doble negación: negación de la negación.
6. Las contradicciones no son absolutas sino que se compenetran unas con otras. Toda causa de un determinado efecto es al mismo tiempo efecto de este último que actúa también como causa.
7. El desarrollo dialéctico es progresivo, pero en ciertos casos avanza a saltos: lo cual no significa que un cambio brusco haya surgido de un modo imprevisto, sino tan sólo que se ha desarrollado poco a poco, dialécticamente, hasta «precipitar». La dialéctica resuelve de esta forma, sin suprimirla, la contradicción evo-lución-revolución.

Hecha esta exposición esquemática de algunos elementos esenciales del materialismo dialéctico, empiezan las páeinas —quizás las más brillantes de esta obra— en las que Reich se propone demostrar la aplicabilidad de tales principios a la dinámica de la vida mental puesta en evidencia por el psicoanálisis.

Véase en primer lugar —escribe— la *-formación dialéctica del síntoma* en la neurosis, descrita por primera vez por Freud. Según Freud el síntoma neurótico tiene su origen en el hecho que el Yo, socialmente subyugado, se defiende en primer lugar contra un impulso instintivo y luego lo aparta. Pero la remoción de un impulso instintivo no constituye por sí sola un síntoma; es necesario aue el instinto apartado intente volver a surgir bajo un disfraz, pasando a ser así un síntoma. Según Freud, el síntoma contiene al mismo tiempo el impulso contra el que el sujeto se de-

fiende y la misma defensa; el síntoma presenta ambas tendencias.

¿Dónde reside, pues, la dialéctica en el modo de formación del síntoma? El Yo del individuo está sometido a la presión de un «conflicto psíquico». La situación contradictoria creada, por una parte, por el impulso instintivo y, por la otra, por la realidad que rechaza y castiga la satisfacción, exige una solución. El Yo es demasiado débil para desafiar la realidad, pero demasiado débil también para dominar el instinto.

Esta debilidad, consecuencia a su vez de una evolución anterior de la que la formación del síntoma representa solamente una fase, es por lo tanto el terreno en el que se desarrolla el conflicto. Este último se resuelve de la siguiente manera: obedeciendo a las exigencias sociales, en realidad para no desaparecer o para no ser castigado, es decir, por instinto de conservación, el Yo aparta el instinto encausado *(primera fase).* La remoción es, pues, la consecuencia de una contradicción insoluble para la consciencia. Puesto que el instinto ha pasado a ser inconsciente, el conñicto ha hallado una solución provisional, que, en realidad, es patológica. *Segunda •fase:* después de la remoción del deseo, negado y afirmado al mismo tiempo por el Yo, el mismo Yo ha sufrido una modificación: su consciencia se ha empobrecido de un elemento (el instinto) y enriquecido de otro (la pacificación pasajera). Pero, sea apartado o consciente, el instinto no puede renunciar a la propia satisfacción; puede mucho menos hacerlo en cuanto apartado, puesto que va no se halla sometido al control de la consciencia. La remoción evoluciona hacia su desaparición: de hecho ocasiona una fuerte acumulación de energía instintiva que termina desahogándose rompiendo la remoción. Este nuevo proceso es el resultado de la contradicción entre la remoción y la acumulación de enereía; de la misma manera que la misma remoción era la consecuencia de la contradicción entre el deseo instintivo y la nrohibición del mundo exterior (en condiciones de debilidad del Yo). «No existe pues —observa Reich— una "tendencia" a la formación del síntoma: como hemos podido ver, el desarrollo es el resultado de las contradicciones del conflicto psíquico. Junto a la remoción tenemos la condición previa a su ruptura: la acumulación de enersía que deriva del instinto insatisfecho. ¿La ruptura de la remoción en la sesunda fase nos devuelve al estado primitivo? Sí y no. Sí, en cuanto que el instinto domina de nuevo al Yo: no, en cuanto se halla en la consciencia baio una forma modificada, disimulada, baio forma de síntoma. Dicho síntoma contiene el elemento anterior, el instinto, y al mismo tiempo su contrario, la resistencia del Yo. En la *tercera -fase* (síntoma), los elementos antagónicos iniciales se hallan pues reunidos baio un mismo fenómeno. Este último es la negación (ruptura) de la negación (remoción).»[12]

12. *Op. cit.,* p. 91.

Llegado aquí, Reich ilustra con un ejemplo concreto esta naturaleza dialéctica de la formación del síntoma. Cita el caso de una paciente que sufría un síntoma neurótico preciso: el terror de ser agredida por criminales armados con navaja apenas se quedaba sola en una habitación.

Habiéndose enamorado de un hombre, no se había entregado a él porque, de acuerdo con la moral corriente, consideraba pecaminoso y culpable el amor pre y extraconyugal, y se había casado con otro hombre. Habiendo hallado de nuevo al hombre de sus sueños después del matrimonio, había resistido de nuevo y de una forma desesperada a la tentación de entregarse a él, logrando con gran dificultad olvidarle: no se trataba en realidad de una superación, sino tan sólo de una remoción de su deseo.

Habiéndose dado cuenta de la infidelidad del marido, reaccionó sin darse cuenta pensando en el hombre amado y rechazado y diciéndose que, dada la infidelidad del marido, también ella habría tenido ahora el derecho de tener un amor extraconyugal. Una vez más rechazó la idea por considerarla moralmente inaceptable. Pero aquella misma noche la mujer tuvo la angustiosa sensación que un desconocido entraba en su cama para violentarla. El impulso —observa Reich— había vuelto a la consciencia bajo el aspecto de su directo contrario: no era ya el hombre amado sino una persona peligrosa y temida. Este disfraz era la base de la formación del síntoma: el violentador desconocido se transformó luego en una banda de navajeros. Si analizamos el síntoma en sí mismo —concluye Reich— vemos en la fantasía de violencia carnal la realización de un deseo apartado; pero el síntoma contiene además la resistencia: el miedo del impulso aparece como miedo del hombre. Por último, dado el contenido aún demasiado transparente de la fantasía de violencia carnal, fue sustituida por un miedo a ser asesinada.

Este ejemplo —escribe Reich— nos muestra, no solamente la fusión en un solo fenómeno de dos contradicciones separadas al principio, sino además la transformación de un fenómeno en su contrario; del deseo en angustia. Esta transformación de la energía sexual en angustia, uno de los principales y fundamentales descubrimientos de Freud, supone que, en determinadas condiciones, la misma energía pueda producir un resultado contrario al que produciría en otras condiciones.

En este ejemplo se expresa además otro principio de experiencia dialéctica. Lo nuevo (el síntoma) contiene lo antiguo (la libido); sin embargo lo antiguo ya no es idéntico a sí mismo; ha pasado a ser al mismo tiempo algo completamente nuevo, es decir la angustia. Pero la contradicción dialéctica entre libido y angustia se resuelve también de un modo diverso partiendo de la contradicción entre el Yo y el ambiente.[13]

13. *Op. cit.,* p. 92.

Antes de abordar este tema, Reich cita algunos pequeños ejem-

plos incluso para ilustrar mejor la dialéctica del psiquismo. Recuerda en particular el paso de la cantidad a la cualidad: la remoción o el simple sofocamiento de un impulso instintivo y hasta un cierto punto, agradable al Yo, ya que suprime el conflicto; pero a partir de un cierto momento, el placer se transforma en dolor. La lisera excitación de una zona erógena incapaz de producir la satisfacción final y agradable; pero si la excitación se prolonga, el placer se transforma en dolor.

La tensión y la distensión constituyen fenómenos y nociones dialécticas. Nada evidencia mejor este punto que el instinto sexual. La tensión de una excitación sexual aumenta el deseo, pero la satisfacción, lograda precisamente durante la excitación, disminuye dicha tensión, que es por lo tanto, a la vez, distensión. La tensión de un esfuerzo prepara su distensión.

Inversamente, la distensión se produce al unísono con la tensión —por ejemplo en el acto sexual, o en el teatro en las escenas que preparan el desenlace— aun siendo también el punto de partida de una nueva tensión.

El principio de identidad de los contrarios aparece también en la noción de libido narcicista y de libido objetual. Según Freud, el amor de sí mismo y el amor al objeto no son más que contrarios: el amor al objeto proviene de la libido narcicista y en cualquier momento puede volver a su punto de partida; pero en la medida en que ambos representan tendencias amorosas son idénticos; frecuentemente derivan de una fuente común: el aparato sexual somático v el «narcicismo primitivo». Reich examina luego las nociones de «consciente» e «inconsciente». Son contrarios, pero, en la neurosis coacta, se demuestra que pueden ser al mismo tiempo contrarios e idénticos.

Los enfermos afectados por un *shock* apartan algunas representaciones del modo sieuiente: se limitan a apartar de ellas su atención, a despojarlas de sus atributos afectivos; la representación «apartada» es al mismo tiempo consciente e inconsciente, es decir, que el enfermo puede ocasionarla pero ignora su significado. Las nociones de Yo y de Ello expresan también contrarios idénticos: el Yo no es más que una fracción particularmente diferenciada del Ello: pero en ciertas condiciones especiales se transforma en su adversario, en su antagonista funcional.

El concento de identificación corresponde no solamente a un fenómeno dialéctico sino también a una identidad de contrarios! Para Freud la identificación coexiste en el hecho que el sujeto «se adueña» de su educador (o se «identifica» con él); dicho educador es amado y odiado al mismo tiempo y el sujeto hace suyos sus principios y sus cualidades. En general la relación objetual desaparece en este momento. La identificación pone fín al estado de relación objetual. Es por lo tanto su contrario, su negación; no obstante mantiene esta relación objetual bajo una forma

distinta y constituye por consiguiente también una afirmación.

Reich subraya cómo en la base de esta situación se puede observar el conflicto siguiente: «Yo amo a mi educador; él me prohibe muchas cosas y por esto le odio y quisiera destruirle, suprimirle; pero yo le amo, y es por ello que también quisiera conservarle.» Esta situación contradictoria, que no podría subsistir como tal a partir del momento en que los impulsos antagonistas alcanzan cierta intensidad, se puede resolver de la manera siguiente: «Yo le absorbo, me identifico con él, le destruyo (es decir, destruyo mis relaciones con él) en el ambiente, pero le guardo en mí, modificado; le he destruido y conservado al mismo tiempo.»

En la noción psicoanalítica de ambivalencia, en la de concomitancia y no concomitancia, se encuentra igualmente una cantidad de fenómenos dialécticos de los cuales Reich recuerda los más notables: la transformación del amor en odio y viceversa.

Odio puede significar en realidad amor, y viceversa. Estas dos tendencias son idénticas en la medida en que permiten, ambas, relaciones intensas con otra persona. La transformación en el contrario es una propiedad que Freud atribuye a los instintos en general. No obstante, en esta transformación lo anterior no desaparece: queda integralmente conservado en su opuesto.

Del mismo modo la perversión y la neurosis —que Freud ha definido «una como el negativo de la otra»— se resuelven dialécticamente en cuanto toda neurosis es una perversión o viceversa.

La remoción sexual tradicional muestra un bello ejemplo de desarrollo dialéctico. Entre los primitivos existe un violento antagonismo entre el tabú del incesto referido a la hermana (y a la madre) y la licencia sexual con respecto a las otras mujeres. Pero la limitación se extiende cada vez más: en primer lugar a las primas, luego a todas las mujeres del mismo clan, después, irá extendiéndose aún más; acaba por transformarse cualitativamente, originando una nueva actitud hacia la sexualidad en general: esto es lo que sucedió por ejemplo con el patriarcado y en particular con la institución del cristianismo. Análogamente, la remoción acentuada de la sexualidad en general provoca su contrario, cuando el tabú original de las relaciones infantiles entre hermanos y hermanas es efectivamente roto. A causa de la remoción sexual demasiado acentuada, los adultos acaban no sabiendo nada de la sexualidad infantil, y los juegos sexuales entre hermanos y hermanas ya no son considerados sexuales y son admitidos como cosas muy naturales en las familias más «distinguidas».

El primitivo ni siquiera tiene el derecho de mirar a su hermana; por lo demás es totalmente libre bajo el punto de vista sexual; en cambio el civilizado agota su sexualidad infantil con la hermana; por lo demás, topa con rígidos principios morales.[14]

14. *Op. cit.,* p. 95.

Después de esta ejemplificación «sencilla» de la naturaleza dialéctica de una serie de procesos psíquicos, Reich pasa, como se había propuesto, al intento de demostrar que el materialismo dialéctico marxista domina también las relaciones entre el Yo y el ambiente. Aquí, sin embargo, ya que obviamente está implicada mucho más directamente la exigencia de demostrar su fidelidad a la ideología comunista y a la concepción marxista de las relaciones sociales, la explicación de Reich se hace mucho menos persuasiva.

Después de haberse referido a la concepción freudiana según la cual, psíquicamente, el individuo nace como un conjunto de necesidades y de instintos correspondientes a estas necesidades, y de haber subrayado cómo, sin embargo, se integra «a través de las necesidades económicas de la existencia familiar» en la sociedad en sentido amplio, Reich continúa:

«Reducida a su expresión más simple, la estructura económica de la sociedad... influye sobre el instinto del Yo recién nacido. Si modifica el ambiente, el ambiente reacciona a su vez sobre él. La armonía reina y los instintos son satisfechos parcialmente, pero en la mayoría surge una contradicción entre las necesidades instintivas y el orden social de los que, como hemos dicho, la familia, y más tarde la escuela, son sus representantes. Esta contradicción inicia un conflicto, punto de origen de las modificaciones; y dado que el individuo es el adversario más débil, estas modificaciones sobrevienen en su estructura psíquica.»[15]

Junto a esta tendencia, ya criticada en otra parte, a identificar el mundo de la represión con el capitalista y familiar, aflora en este momento otra tara que la concepción marxista de la realidad ha infligido al pensamiento reichiano durante largos años: la tendencia —que no dudaría en relacionar con la estructura sádico-autoritaria, ya exhaustivamente demostrada,[16] de la personalidad de Carlos Marx y anteriormente de Hegel— a considerar la lucha, la contradicción, y por lo tanto, en último análisis, la opresión y la represión como el «motor de la historia». En una tendencia que desde un punto de vista histórico-psicoanalítico no nos causa asombro que haya florecido en la Alemania ochocentista, tan empapada de autoritarismo y de sadismo, y que haya encontrado en Hegel y Marx, dos personalidades indudablemente enfermas de autoritarismo, sus máximos teorizadores. Pero es también una tendencia que es extraño ver tan pasivamente aceptada por Reich, sobre todo porque contradice profundamente

15. *Ibidem.*

16. En cuanto a Hegel baste recordar los escritos nacionalistas y pedagógicos de la madurez. Sobre Carlos Marx véanse sobre todo los impresionantes datos expuestos por el historiador suizo Arnold KÚNZLI en *Karl Marx, Bine Psychographie,* Europa Verlag, Viena, 1967.

la visión armoniosa de la realidad que hallará expresión no sólo en su concepción liberal de la educación y de la «sociedad ideal», sino incluso en la concepción de los procesos biológicos, bioíísi-cos y físicos, considerados como procesos fundamentalmente «armónicos», turbados sólo por la interferencia de una rebelión patológica del hombre reprimido.

«Se habla en psicología —escribe Reich— de "disposición", de "tendencia al desarrollo", etc. pero los hechos revelados hasta el presente por la observación de la primera infancia abogan únicamente en favor del desarrollo dialéctico descrito anteriormente, es decir en favor del desarrollo por contradicciones de etapa en etapa. Se distinguen unas fases en el desarrollo de la libido, se dice que la libido atraviesa dichas fases: pero la observación demuestra que sin la denegación de la satisfacción del instinto ninguna fase podría realmente suceder a la anterior. *Así la denegación de la satisfacción del instinto, a causa del conflicto que origina en el niño, llega a ser el motor de su desarrollo.»* [17]

Y es más:

«Precisamente bajo la influencia del mundo exterior empieza a desarrollarse en el aparato psíquico un elemento moderador, el Super-Yo. Lo que ya era temor del castigo se transforma en prohibición moral. El conflicto entre el instinto y el mundo exterior pasa a ser de esta forma conflicto interior entre Yo y Super-Yo... El instinto de conservación (narcicismo) limita el instinto sexual y la agresividad. Así dos necesidades fundamentales que en un principio —en el lactante y, más tarde, en numerosas situaciones— eran una sola, entran en oposición y *de conflicto en conflicto incitan al desarrollo:* y no por casualidad sino precisamente a causa de las imposiciones sociales.»[18]

La gravedad y la gratuidad de estas afirmaciones me parece evidente. Aceptarlas significa abrir la puerta a la sanción de toda educación autoritaria, y de la misma represión sexual, como «motores de desarrollo» del individuo y, a través del individuo, de la sociedad. Aceptarlas significa además, cerrar los ojos frente a la realidad indiscutible de la autonomía «endógena» del desarrollo biológico que, como se ha demostrado en genética y como todos pueden observar en cualquier campo, sigue leyes esencialmente uniformes incluso cuando las condiciones ambientales son radicalmente transformadas. Cuando escribía que «sin la denegación de la satisfacción del instinto, ninguna fase (del desarrollo libí-dico) podía suceder realmente a la anterior», Reich, por amor de las arbitrarias y patológicas concepciones antagonistas del desarrollo tomadas del marxismo, ni siquiera se preguntaba el porqué los animales o los pueblos matrilineales, cuyas fases libídicas encontraban siempre total o amplísima satisfacción, podían tener

17. MDP, p. 97.
18. *Ibidem.*

un desarrollo sexual tanto más sano y armónico de lo realizado por nosotros, hombres y mujeres de las sociedades sexofóbicas, a quienes las «ventajas» de la denegación de la satisfacción son tan generosamente otorgadas en cada una de las fases del desarrollo libídico.

La explicación de Reich, al contrario, vuelve a ser brillante y persuasiva cuando, habiendo abandonado el terreno traidor de los contenidos económicos y de las concepciones obsesivamente antagonistas de la realidad tan típicas de la ideología marxista, analiza de nuevo las equivalencias dialécticas de los procesos psíquicos.

La dialéctica psíquica

La dialéctica del desarrollo psíquico —escribe— no aparece solamente por el hecho que un conflicto pueda, según las relaciones de fuerza de las contradicciones presentes, dar lugar a resultados opuestos, sino también, del siguiente hecho conocido clínicamente: que los rasgos caracteriales pueden, en un conflicto dado, transformarse en su opuesto, presente ya en germen en la primera solución del conflicto. Un niño cruel puede transformarse en el adulto más sensible, con tal que un análisis penetrante sea capaz de descubrir la antigua crueldad en su sensibilidad. El niño más sucio, llegado a mayor, puede ser un maniático de la limpieza; el curioso se transformará en el más escrupulosamente discreto. La sensualidad se transforma fácilmente en ascetismo. Cuanto más intensamente se manifiesta una cualidad, tanto más fácilmente se transforma en su contrario, en determinadas circunstancias.

Pero con el desarrollo y la transformación lo antiguo no desaparece totalmente. Mientras que una parte de la cualidad cambia para dar lugar a la cualidad contraria, otra parte permanece intacta, aunque con el tiempo sufra variaciones morfológicas, debidas al cambio de la personalidad en conjunto. La noción freu-diana de *repetición,* representa una parte importante en la psicología del desarrollo mental y aparece como perfectamente dialéctica cuando es examinada profundamente. En lo que ha sido reproducido encontramos la parte antigua y la que es completamente nueva, lo antiguo envuelto en paños nuevos, con una nueva función. Lo hemos ya visto en el síntoma. Y sucede exactamente lo mismo con la *sublimación.*

«Tomemos —escribe Reich— un niño que jugaba con los excrementos; más tarde, se divertía en edificar castillos con arena humedecida y que, llegado a adulto, termina mostrando una cierta inclinación por la arquitectura; en las tres fases encontramos la primera, pero con una forma y una función diversa. Otro ejemplo lo podemos tomar de la psico-biografía del cirujano y del ginecólogo: el primero sublima su sadismo (cortar), el segundo su placer infantil visual y táctil.»[19]

Reich se defiende, y bien, de las acusaciones de psicologismo que los profanos, y los ultras del marxismo, habrían podido oponer a esta interpretación psicoanalítica de la «elección de la profesión». Se guarda muy bien de negar, como hacen ciertos psicoanalistas burgueses, la importancia de los determinismos sociales.

Desde un punto de vista metodológico —escribe— se pueden formular serias objeciones: por ejemplo, que la actividad humana depende de las condiciones económicas de existencia. Ahora bien, el psicoanálisis sostiene sólo que se puede notar una determinada pulsión sublimada en la actividad profesional. Al lado de este impulso subjetivo, la forma de sublimación es, no es necesario decirlo, totalmente determinada por las condiciones económicas; de hecho es sobre todo la posición económica de un individuo la que le llevará a sublimar su sadismo como carnicero, como cirujano o como policía. Tal sublimación puede llegar a ser imposible por razones sociales: de aquí nace el descontento frente a la posición impuesta por las condiciones sociales. Desde un punto de vista metodológico es también necesario preguntarse cómo se concillan, el carácter innegablemente racional de la actividad, con su también innegable carácter irracional. Es para ganarse la vida, por lo tanto por razones económicas racionales, que el pintor pinta, que el ingeniero construye, que el cirujano opera y que el ginecólogo asiste. El trabajo además es un factor social y por ello perfectamente racional. ¿Cómo es posible conciliar este hecho con la explicación psicoanalítica según la cual, el individuo, en su propio trabajo, sublima un instinto, que satisface por este camino indirecto?

A este propósito Reich revela cómo en los ambientes psicoanalíticos está muy difundida la tendencia a desvalorizar la importancia racional de la actividad humana y a considerarla sólo como la proyección y la satisfacción, más o menos simbólica, de alguna pulsión del instinto.

El problema de las relaciones entre lo racional y lo irracional —continúa Reich— se plantea también en otra categoría de hechos. El trabajo de la tierra, ya sea arado o siembra para la sociedad como para el individuo, aparece como producción de alimentos. Pero estos actos tienen también el significado simbólico de un incesto con la madre («la tierra, madre y nodriza»). Lo racional atrae lo simbólico, se carga de significado simbólico. La relación entre la actividad racional y el significado irracional, simbólico, que posee, aparece en el ritmo de dos funciones: penetración de un instrumento de una materia cualquiera; colocación de germen y producción de un fruto por parte de la materia tra-

19. MDP, p. 105.

bajada de este modo. Así el simbolismo es justificado. El hecho que la madre deba, como la tierra, llevar sus frutos después de haber sido trabajada con un instrumento (símbolo del pene) muestra cómo lo que parecía sin sentido lo posee, que todo el simbolismo se apoya en un hecho real. Muchas poblaciones primitivas erigen falos —símbolos de fecundidad— en los campos que han sembrado, y este acto mágico objetivamente inútil, aclara un cierto aspecto de las relaciones entre lo racional y lo irracional; se trata de un intento mágico hecho para lograr mejor una determinada finalidad, poniendo en acción medios irracionales. El acto racional, en este caso arado y siembra, no es descuidado.

Pero Reich no se limita a subrayar y demostrar cómo en las mismas manifestaciones irracionales existen componentes racionales; intenta, creo que con éxito, demostrar también un hecho teóricamente muy importante para el desarrollo ulterior de su pensamiento y para cualquiera que vea en el orden natural una fundamental armonía e inteligibilidad; es el siguiente: *Que la componente originaria de las mismas manifestaciones irracionales de la psique y del comportamiento, es una componente «racional», es decir, un tentativo de la vida, fundamentalmente «justo» y «lógico», de expresarse o de defenderse, a pesar de las amenazas o de los asaltos del ambiente.*

«El hecho dialéctico que en lo racional se encuentre algo de irracional, y viceversa —observa— debe ser considerado más de cerca. La experiencia psicoanalítica permite dar una respuesta a esta cuestión. Nos enseña que las actividades humanas socialmen-te útiles pueden adquirir un significado simbólico, pero que no lo adquieren forzosamente. Sucede así en el sueño, por ejemplo, cuando surge la imagen de un cuchillo o de un árbol: puede ser el símbolo del pene, pero no lo es necesariamente, ya que el sujeto puede haber pensado en un cuchillo o en un árbol real, Y cuando el símbolo aparece en el sueño, el sentido racional no queda de ninguna manera excluido: de hecho, si se intenta saber a través del análisis el porqué el pene ha sido representado precisamente bajo la forma de un cuchillo o de un árbol en vez de un bastón u otro objeto, se encuentra, en la mayoría de los casos, una explicación racional. Una ninfómana se masturbaba con un cuchillo que sin duda, representaba un pene. Pero la elección del cuchillo había sido determinada por el hecho de, que su madre le había lanzado un día un cuchillo que la había herido. En su masturbación predominaba la idea que con ella debía destruir su organismo. Este modo de obrar, transformado más tarde en irracional, había sido antes totalmente racional y servía para la satisfacción racional.

»A la luz de estos ejemplos que podríamos multiplicar al infinito, se ve que todos los actos que parecen irracionales en el momento del examen han tenido, en un determinado momento, un significado racional. Todo síntoma, irracional en sí mismo, tiene un sentido cuando el análisis sabe relacionarlo con su origen. El resultado de esta concepción es que la totalidad de la acción infantil-instintiva que corresponde a la tendencia racional hacia el placer, *se transforma en acción irracional cuando ha sufrido una remoción o una suerte análoga. El elemento primitivo es pues irracional.»* [19bis]

Llegado aquí Reich, para ilustrar su tesis, cita el ejemplo de las visicitudes de los impulsos libidinales del niño que más tarde en la vida adulta estudia y practica la profesión médica. En una *primera fase,* el instinto racional de conocimiento está orientado racionalmente hacia la observación del cuerpo y de los órganos genitales propios y ajenos. En una *segunda fase,* la satisfacción directa del instinto es impedida por las presiones, castigos e intimidaciones del ambiente social y el instinto es apartado al inconsciente, donde precisamente toma unas características irracionales. En una *tercera fase,* el impulso originario encuentra una forma de expresión que presenta analogías de contenido con la primera fase. El sujeto estudia medicina y puede de nuevo examinar los cuerpos y los órganos genitales, como de niño había deseado. En la medida en que su actividad deriva de la manía infantil es inútil e irracional; y viceversa es sensata en la medida en que desarrolla una función social útil.

Lo que significa, por lo tanto —continúa Reich—, que la función social decide acerca del carácter irracional o racional de una actividad, de la misma manera que la transformación del carácter de una actividad, que pasa de lo racional a lo irracional o viceversa, depende de la posición social del individuo en aquel momento determinado. El mismo modo de actuar del médico, que puede no tener sentido en su gabinete de consulta, pasa a ser sensato en su vida privada, por ejemplo en el acto sexual: y lo que era sensato en su gabinete pierde este carácter en la misma situación privada.

. «Pero estas consideraciones autorizan a afirmar que el psicoanálisis, gracias a su método —que le permite descubrir las raíces instintivas de la actividad humana del individuo— y gracias a su teoría dialéctica de los instintos, está destín: do a iluminar en detalle las repercusiones psíquicas de las relaciones sociales de producción, es decir, a explicar la formación de las ideologías "en la cabeza humana".

»Entre estos dos extremos: la estructura económica de la sociedad y la superestructura ideológica, de las que la concepción materialista de la historia ha definido las relaciones causales, la concepción psicoanalítica de la psicología del hombre social, insiere una serie de anillos intermedios.

«Puede demostrar cómo la estructura económica de la sociedad no se transforma directamente en ideologías "en la cabeza huma-

19 bis. *Op. cit.,* p. 108.

na". La necesidad de nutrición —cuyas formas de expresión dependen de las condiciones económicas— actúa, modificándolas, sobre las funciones de la energía sexual, mucho más maleable, y esta reacción social a las necesidades sexuales, que ella limita en sus fines directos, da lugar continuamente, bajo forma de libido sublimada, a nuevas fuerzas productivas en el proceso del trabajo social, en parte directamente, bajo forma de fuerza de trabajo, en parte indirectamente, bajo forma de resultados altamente desarrollados de la sublimación sexual, como la religión, la moral en general, la moral sexual en particular, la ciencia, etc. De esta forma el psicoanálisis se insiere racionalmente en la concepción materialista de la historia en un punto preciso y determinado: *en el punto en que empiezan ios problemas psicológicos, los problemas evocados por Marx en la frase en que dice que el modo de vida material se transforma en ideas en el cerebro humano. El proceso de la libido en el desarrollo social es, por consiguiente, secundario;* depende de este desarrollo social, aunque intervenga en él de un modo decisivo, ya que la libido sublimada se transforma en fuerza de trabajo productiva.»[20]

Una vez más, ante los fragmentos citados, uno queda perplejo por la facilidad con que Reich cede al paneconomismo marxista la palma de la interpretación y, por lo tanto, de la transformación de la sociedad. Para la psicología pide solamente el derecho de «inserir una serie de eslabones intermedios» entre los elementos extremos de la estructura económica y de la superestructura ideológica, cuyas «relaciones causales» el marxismo habría «definido» (dando, como queda ya claro, una importancia desproporcionada a la estructura económica). Y reivindica una importancia puramente «secundaria», dentro del marco del desarrollo social, para los procesos de la libido, es decir, en substancia, para los procesos psicológicos.

El impulso para las primeras escaramuzas de una «histórica» discusión de Reich proviene de este ingenuo obsequio a los mitos paneconómicos: la polémica contra la pretensión freudiana de «biologizar» y generalizar el complejo de Edipo. Expone las posiciones contrarias de Jones y c's Malinowski sobre este punto,* y toma luego claramente posición en favor de Malinowski. Una vez más, sin embargo, termina insinuando una interpretación estrictamente ecoiiomística del complejo de Edipo («un hecho condicionado socialmente, y en último análisis, económicamente») y profetizando gratuitamente que en una sociedad socialista en la que haya desaparecido la familia tradicional y los muchachos sean educados colectivamente, no tendrá razón de ser y desaparecerá la moral represiva.

20. *Op. cit.,* p. 128. La cursiva es mía (L. De M.)

* Ver una exposición más amplia al principio del capítulo V de este volumen.

Manifiesta aún una cierta cautela al considerar como de orden económico los mismos orígenes de la remoción sexual, cuando escribe que «dadas las divergencias de los etnólogos, actualmente es aún imposible resolver el problema del origen de la remoción sexual». Pero un par de años más tarde, con su máxima obra antropológica *(Der Einbruch der Sexuálmorál,* comentada en el cap. V), abandonará incluso esta última cautela y aceptará la marxificación de su propia *Weltanschauung.*

En la última parte de *Materialismo dialéctico y psicoanálisis,* Reich afronta la discusión de la posición sociológica, o sea, en definitiva, política del psicoanálisis (o mejor, de la versión reichiana del psicoanálisis). Reich declara querer responder a estas tres preguntas fundamentales: a) ¿Cuáles son los orígenes sociológicos y el significado social del psicoanálisis? *b)* ¿Cuál es su lugar en la sociedad actual? c) ¿Cuál es su función en el socialismo?

Como los demás fenómenos sociales —escribe— el psicoanálisis está unido a una determinada etapa del desarrollo social; también él aparece en un determinado estadio de las relaciones de producción. Como el marxismo, es un producto de la era capitalista, pero no está estrechamente unido, como el marxismo, a la estructura económica de la sociedad.

Sin embargo los lazos indirectos que lo unen al marxismo pueden ser puestos claramente en evidencia: como él, es una reacción a la superestructura ideológica, a las condiciones culturales v morales que crean la atmósfera del hombre social. Se trata de las condiciones sexuales tal como derivan de las ideologías religiosas de las que estamos tratando. La revolución burguesa del sislo xix hizo desaparecer gran parte del modo de producción feudal y opuso sus propias ideas liberales a la religión y a sus leyes morales. Pero se estaba ya preparando la ruptura con la moral relígiosa (en Francia por ejemplo) desde la época de la revolución francesa: *la burguesía parecía llevar en sí el germen de una moral, y en particular de una moral sexual, opuesta a lo. de la Iglesia.*

Pero, cuando hubo consolidado el propio poder y la economía capitalista, la burguesía se reconcilió con la religión y volvió incluso a tomar, bajo una forma algo modificada pero en el fondo intacta, la moral sexual de la Iglesia.

Pero la remoción, la degradación sexual constante, se transformó dialécticamente en un elemento destructor de la institución conyugal y de la ideología sexual.

Se empieza con la primera etapa de la destrucción de la moral burguesa: las enfermedades mentales se multiplican. La ciencia burguesa, también empapada de prejuicios, desprecia la sexualidad como objeto de investigación y mira desdeñosamente a los autores aue se dedican a estos candentes problemas cada vez con mayor intensidad. Considera las enfermedades mentales, la

histeria y el nerviosismo general en continuo aumento, pura y simplemente como el resultado de un exceso de trabajo. Reich continúa así:

«A finales del siglo xix toma cuerpo una rebelión contra la ciencia inmovilizada por prejuicios moralistas, y ello constituye la segunda fase, la fase científica del ocaso de la moral burguesa. Del mismo seno de la moral burguesa surgió un científico que afirmaba que el nerviosismo es la consecuencia de la moral sexual social y que las neurosis en general son, por su carácter específico, enfermedades sexuales que tienen su origen en una excesiva represión sexual. Este científico, Freud, fue despreciado, proscrito de la ciencia, tratado como un charlatán.

»Pero defendió sus posiciones y durante docenas de años, permaneció solo. En esta época nace el psicoanálisis, objeto de repugnancia y de horror no solamente por parte de la ciencia, sino por parte de todo el mundo burgués, porque amenaza las raíces de la remoción sexual que constituye una de las columnas de numerosas ideologías conservadoras (religión, moral, etc.). Aparece en la vida social en el momento en que, en el mismo campo burgués, empiezan a revelarse los indicies de un movimiento revolucionario contra dichas ideologías. La juventud burguesa protesta contra la casa paterna y crea su propio movimiento, "movimiento de la juventud", cuyo sentido escondido es la tendencia a la libertad s' tual. *Pero, por no haberse acercado al proletariado, este movimiento se volvió insignificante y desapareció* después de haber alcanzado parcialmente sus objetivos. Los periódicos burgueses liberales habían atacado cada vez más violentamente los prejuicios religiosos. La literatura burguesa empezaba a adoptar puntos de vista cada vez más amplios sobre cuestiones morales. Todos estos fenómenos que precedieron o acompañaron la aparición del psicoanálisis, llegaron a una atenuación. *De hecho, cuando las cosas empiezan a volverse serias, nadie se atreve a llegar al núcleo del problema y a sacar las conclusiones que se imponen. El interés económico prevalece y llega incluso a lograr una alianza entre el liberalismo burgués y la Iglesia*[21] (bastardilla añadida).

«Sociológicamente —observa Reich con agudeza— el marxismo significaba que el hombre empezaba a tomar conciencia de las leyes económicas, de la explotación de una mayoría por parte de una minoría; y también el psicoanálisis significaba que se empezaba a tomar conciencia de la remoción sexual. Y éste es, desde el punto de vista social, el sentido fundamental del psicoanálisis freu-diano. Existe, sin embargo, una diferencia esencial. Mientras una clase explota y la otra es explotada, la remoción al contrario, es fenómeno común a ambas clases.

21. Op. *cu.,* p. 138.

»La forma sexual del proletariado estaba caracterizada e influenciada solamente por su lamentable situación social (lo mismo se puede decir aún hoy, por otra parte, del subproletariado). Pero durante el desarrollo capitalista, cuando la clase dominante, en la medida en que lo exigían sus propios intereses, se decidió a tomar disposiciones sociales, empezó un continuo aburguesamiento del proletariado. La remoción sexual puso en acto su destrucción en la clase obrera, sin llegar a tomar las considerables proporciones que había tomado en la pequeña burguesía: siempre más papista que el papa, observa el ideal moral de su modelo (la burguesía), más escrupulosamente que el proletariado que, en su conciencia interior, ha rechazado dicha moral desde hace tiempo.» [22]

Una vez más, en estas páginas, nos encontramos frente a las acostumbradas luces y sombras de la obra: las sombras vienen impuestas por el esfuerzo de ortodoxia marxista, que conduce a una irrazonable esquematización y distorsión del proceso histórico. ¿Por qué la burguesía habría debido volverse reaccionaria una vez alcanzado el poder, si antes era realmente progresista en el campo sexual? Al contrario, las investigaciones sobre la conducta durante el siglo xvm y xix han puesto en evidencia concordemente que la represión sexual y la moral puritana eran mucho más acentuadas en las clases burguesas y que precisamente la subida al poder de dicha clase va unida a la involución sexofó-bica que se registra en la moral sexual del siglo xix. Y de nuevo, es escolásticamente marxista pensar que la burguesía se retraiga «por razones económicas» de un desarro'lo coherente de la reforma sexual, o que el psicoanálisis haya degenerado porque *«no se ha acercado al proletariado».* En realidad, se podría decir a lo sumo que la burguesía se retrae por razones estrictamente psicológicas de un desarrollo coherente de la reforma sexual, en cuanto precisamente muchas veces, habría podido sacar ventajas mercantiles de un tal desarrollo (piénsese en la mejor funcionalidad económica de individuos o de grupos no dominados por la represión, al inmenso mercado potencial del erotismo). Y se puede incluso decir, sin miedo a ser desmentidos, que el haber permanecido «cerca del proletariado», hasta el punto de discriminar y a veces eliminar físicamente a los propios dirigentes de origen no proletario, no ha evitado al movimiento comunista internacional involuciones puritanas y reacciones aún peores que las de la clase burguesa.

Las luces de la exposición, una vez más, están en las intuiciones genuinamente reichianas: como por ejemplo, la distinción básica entre opresión económica, que toca solamente una clase en beneficio de la otra, y represión sexual, que toca sin distinción, o casi, todas las clases y que por lo tanto —querría notar— *no pue-*

22. *Op. cit.,* p. 145.

de dejar de tener un peso infinitamente mayor que el de la opresión económica como -freno de la revolución social.

Pasando a la discusión de su segunda pregunta («¿cuál es el lugar del psicoanálisis en la sociedad actual?»), Reich muestra el habitual apreciable realismo en cuanto al destino de esta ciencia en la sociedad burguesa, pero al mismo tiempo, el habitual error de valoración de los riesgos que estaba destinado a correr en la «patria del socialismo» y en los demás países de economía colectivizada.

El problema que se impone —escribe— es el siguiente: ¿puede la burguesía soportar el psicoanálisis sin a la larga sufrir daños con tal que, claro está, las nociones y las fórmulas psicoanalíticas no se licúen y no pierdan poco a poco todo su significado?

Denuncia de la involución psicoanalitica

«El mismo creador del psicoanálisis no ha predicho nada bueno para el futuro de este último. Dijo que el mundo, no pudiéndolo soportar, habría disminuido de alguna manera sus descubrimientos. Es evidente que aludía solamente a una parte de la sociedad, a la clase burguesa; el proletariado no conoce aún nada del psicoanálisis; no ha aprendido aún a conocerlo. Si no podemos aún saber cual será su actitud hacia el psicoanálisis, una suficiente cantidad de indicios nos permiten ya estudiar el del mundo burgués.

»E1 significado social de la remoción sexual explica por qué el psicoanálisis no es admitido. ¿Cómo utiliza, el mundo burgués, el psicoanálisis en la medida en que no lo condena?

»Es preciso considerar dos sectores: por una parte la ciencia, sobre todo la psicología y la psiquiatría; por la otra, el público profano. La duda que un día expresó Freud en forma irónica es válida para unos y otros: si el psicoanálisis será aceptado —decía— será para maninularlo o para destruirlo.

«Cuando se estudia el psicoanálisis manipulado por los que no lo conocen realmente, no se encuentra ya la obra de Freud: "En cuanto a la sexualidad —dicen— podemos incluso hacer la vista gorda, pero cuidado con las exageraciones... Y ¿qué hacéis con la ética humana? ¿El análisis? Perfecto, pero... la síntesis no es menos necesaria." Y cuando Freud se puso a elaborar su doctrina del Yo sobre su teoría sexual, el mundo científico respiró aliviado: por fin Freud empezaba a poner un freno a sus absurdos; por fin se volvía a hablar de lo que es "superior" en el hombre, y en particular de la moral... Y no pasó mucho tiempo sin que no se oyera hablar de otra cosa que del Yo ideal, mientras la sexualidad era "naturalmente sobreentendida". Se habló de una nueva era del análisis, de un Renacimiento... En una palabra, el psicoanálisis vino a ser socialmente admisible.

»No menos desoladora, y más repugnante, es la situación del gran público Bajo la presión de la moral sexual burguesa se ha apropiado del psicoanálisis como de una moda que le permite satisfacer su lubricidad. La gente se analiza mutuamente los propios complejos; en los salones, a la hora del té, se habla del simbolismo del sueño. Se discute, sin la mínima competencia. Se está a favor o en contra del análisis. Y uno se entusiasma por la grandiosa "hipótesis", mientras el otro, no menos ignorante, está convencido de que Freud es un charlatán y su teoría una burbuja de jabón. "Por otra parte —pregunta el crítico— ¿qué significa esta hipertrofia de la sexualidad como si no hubiera nada más elevado?"

«También él no sabe ya hablar de otra cosa que de sexualidad.

»En América se forman asociaciones y clubs para discusiones psicoanalíticas: es un momento favorable que es necesario aprovechar; el psicoanálisis se ha transformado en un buen negocio.»[M]

Son palabras de una impresionante actualidad. Pero es sólo el comienzo.

Llegado aquí, Reich pasa a examinar la situación *interna* del movimiento psicoanalítico y escribe algunas páginas que a pesar de la constante ingenuidad de ciertos fideísmos paneconómicos, son a mi parecer un impresionante testimonio de su grandeza moral y de su clarividencia profética:

«Hemos visto —escribe— la situación fuera del psicoanálisis. Pero, ¿cuál es la situación dentro del movimiento psicoanalítico? Una deserción detrás de otra. Los investigadores no resisten a la presión de la remoción sexual. Jung revuelve toda la teoría psicoanalitica, aunque siempre sólidamente establecida en sus bases, para transformarla en una religión en la que deja de hablarse de sexualidad.

»Y la remoción sexual lleva a Adler a la tesis que la sexualidad no es más que una manifestación del instinto de potencia, y con tal afirmación se separa del psicoanálisis. Rank, que había sido uno de los alumnos más dotados de Freud, diluye el concepto de libido en la psicología del Yo, y llega a su teoría del cuerpo materno y del trauma del nacimiento, acabando con renegar de las nociones fundamentales del psicoanálisis. Y el trabajo de dulcificación y atenuación, por compromiso, llevado a cabo por los mismos psicoanalistas, muestra hasta qué punto están social y económicamente esclavizados. Después de la aparición de la obra de Freud titulada *El Yo y el Ello,* apenas se habla de la libido, y se intenta reducir al Yo toda la teoría de la neurosis; se proclama que el descubrimiento del sentimiento de culpa constituye la primera auténtica gloria de Freud y que solamente entonces se llega al fondo de las cosas.»[24]

23. *Op. cit.,* pp. 151-152.
24. *Op. cit.,* p. 160.

Basta pensar un momento en la desexualización de las teorías freudianas por parte de las así llamadas escuelas neofreudianas de América, para darse cuenta de que la involución denunciada por Reich en 1929 no ha hecho más que extenderse y acentuarse no sólo en los discípulos declaradamente herejes, sino también en los epígonos que se proclaman continuadores de Freud.

«La tendencia al compromiso y a la capitulación frente a la moral sexual burguesa —prosigue Reich— aparece del modo más claro en la terapéutica de las neurosis, donde se trata de aplicar prácticamente al individuo, en la sociedad capitalista, una teoría altamente revolucionaria. La situación social del psicoanalista le impide explicar francamente que la moral sexual de hoy, el matrimonio, la familia burguesa, la educación burguesa, no pueden concillarse con el tratamiento psicoanalítico radical de las neurosis. Se admite perfectamente que las condiciones familiares son desoladoras, que el ambiente del enfermo es frecuentemente el mayor obstáculo para su curación: se duda —por razones fácilmente comprensibles— en sacar las conclusiones necesarias de dichas constataciones. Se llega incluso a desnaturalizar el sentido del principo de realidad y de la adaptación a la realidad, interpretándolo como la total sumisión a las exigencias sociales que han generado la neurosis.

»E1 modo actual, netamente capitalista, de sobrevivencia del psicoanálisis, lo sofoca pues, desde dentro y desde fuera.

»Freud tiene razón: su ciencia declina. Pero nosotros añadimos: en la sociedad burguesa.

»Si no se adapta a tal sociedad, el psicoanálisis no sufrirá daños; pero si se adapta a ella, le espera la suerte del marxismo en manos de los socialistas reformistas, es decir la muerte por lenta degeneración, especialmente a causa del abandono de la teoría de la libido. La ciencia oficial, ni antes ni después de su adaptación, no querrá jamás oír hablar de ella, porque su esclavitud social le impide adoptarla. *Los psicoanalistas, a los que la difusión del psicoanálisis vuelve optimistas, se equivocan groseramente: esta difusión señala precisamente el principio de su declinar.*

»Dado que el psicoanálisis aplicado sin atenuaciones socava la ideología burguesa; dado que además, la economía socialista constituye la base de un libre desarrollo del intelecto y de la sexualidad, el psicoanálisis puede solamente tener un futuro en el socialismo.»[25]

Que el psicoanálisis pueda tener un futuro solamente en el socialismo puede sin duda alguna ser admitido, en principio, si por «psicoanálisis» se entiende, como Reich hace, una aplicación profiláctica y terapéutica, sobre una base individual y sobre todo social, de los principios de liberación sexual intrínsecos a los descubrimientos originales de Freud. Pero es necesario entendernos

25. *Op. cit.,* p. 162.

acerca del término «socialismo», que Reich en ésta, como en todas las obras de su «período marxista», apresuradamente identifica con las sociedades con economía colectivizada.

Tenemos un ejemplo siniestro del «futuro» del psicoanálisis en estas sociedades, con la sistemática persecución del pensamiento freudiano y de todas sus derivaciones en la URSS y en los demás países del mundo comunista.

«F,l psicoanálisis —dice— no puede producir una concepción del mundo, un sistema filosófico y por consiguiente, no puede reemplazar ninguno de los sistemas filosóficos existentes; pero lleva consigo una revisión de los valores; aplicado prácticamente al individuo, destruye la religión, la ideología sexual burguesa y libera la sexualidad. Pues bien, éstas son precisamente las funciones ideológicas del marxismo. También él derriba los antiguos valores con la revolución económica y su filosofía materialista; el psicoanálisis hace, o podría hacer lo mismo, en el campo psicológico. *Pero, condenada a permanecer socialmente ineficaz en la sociedad burguesa, sólo puede llegar a ser eficiente después del éxito de la revolución social.* Muchos analistas creen que puede transformar el mundo por un camino de evolución y llegar a sustituir la revolución social. Es una utopía, fundada en la absoluta ignorancia de los hechos económicos y políticos (e incluso de la influencia social en la vida instintiva).

»La importancia social futura del psicoanálisis parece concentrarse en tres campos de estudio:

»1. En la exploración de la historia de la humanidad primitiva, como ciencia auxiliar en el cuadro del materialismo histórico. La historia primitiva, condensada en los mitos, en los hábitos y las costumbres de las poblaciones primitivas actuales no es accesible, desde el punto de vista metodológico, a la doctrina social de Marx. Este trabajo puede llegar a ser fecundo, solamente si los analistas reciben una solidísima formación social y económica y renuncian a las concepciones individualistas e idealistas del desarrollo histórico.

»2. En el campo de la higiene mental, que puede solamente desarrollarse sobre la base de una economía socialista. En una economía ordenada se puede realizar una economía libidinal ordenada, cosa totalmente imposible en régimen burgués, o accesible a lo sumo, a algún individuo aislado. Solamente en el socialismo la terapéutica individual de las neurosis puede hallar un campo de acción digno de ella.

»3. En el campo de la educación, como base psicológica de la educación socialista. Dado su conocimiento del desarrollo mental del niño, el psicoanálisis debe ser considerado indispensable. En la sociedad burguesa está, como ciencia auxiliar de la pedagogía, condenado a la esterilidad, o a cosas peores. En esta sociedad se puede solamente educar al niño según el espíritu burgués; cambiar un sistema educativo por otro es dedicarse a una modifica-

ción ilusoria mientras subsista el régimen; *así, antes de la revolución la pedagogía psicoanalítica puede ser aplicada solamente en el sentido de la sociedad burguesa.* Y los pedagogos que se empeñan en modificar esta sociedad corren el riesgo de que les ocurra lo que ocurrió a aquel sacerdote que, habiendo visitado un agente de seguros ateo que estaba muriéndose, le dejó sin haberle convertido, pero no sin haber firmado él una póliza de seguros. La sociedad es más fuerte que las aspiraciones de uno de sus miembros aislados.»[26]

Así termina *Materialismo dialéctico y Psicoanálisis,* una obra de la que querría subrayar aún una vez la gran importancia tanto en la historia del pensamiento de Reich como en la de las ciencias sociales y de una visión moderna de los hechos políticos. *En la historia del pensamiento de Reich,* como he dicho, esta obra breve pero articulada, es la primera de un período que he llamado «período socio-político» o «marxista» (y que a grandes líneas coincide con el decenio 1927-1938), y de un compromiso agitador y político destinado a tener influencia aún más allá de aquel decenio. *En la historia de las ciencias humanas,* representa el primer intento orgánico de integrar la psicología del profundo con una teoría sociológica (en concreto, la marxista). *En la historia del pensamiento político,* por último, está destinada a marcar un hito como primer intento de utilizar la psicología del profundo como instrumento de interpretación y de modificación de la realidad política de una sociedad dada.

Frente a este escrito de 1929 y a los que inmediatamente le siguieron, ninguno de los «pioneros» de la psicología contemporánea —desde Horkheimer, a Adorno, a Fromm, a Horney, a Las-swell, a Kardiner, a Marcuse—, aparece como el innovador que frecuentemente ha pretendido ser o como ha sido considerado. Esto, probablemente, explica en gran parte las razones por las que sobre el nombre y sobre la obra de Wilheim Reich, ha sido tan tácitamente y comúnmente puesto un velo impenetrable de cortés o descortés silencio.

La impresionante precocidad, por otra parte, ha dejado en esta obra sus huellas positivas y negativas. Como positivo, es preciso señalar el hecho que ciertos poco cautos entusiasmos por la sociedad soviética (fruto en gran parte de un viaje precipitado a la URSS hecho el año siguiente), no se habían aún desarrollado y que de todas formas, la aprobación del sistema soviético no se había aún transformado en paradójico por la total degeneración staliniana, como sucederá en los primeros años 30.

Como negativo, es preciso señalar la extrema precipitación con que la obra excluye que de la psicología freudiana y postfreudia-na pueda ser extraída una concepción sociológica, política y filosófica. A esta exclusión debieron contribuir ya el temor de ser

26. *Op. cit.,* p. 164.

acusado de «psicologismo burgués» por la cultura y por los partidos marxistas ya sobre todo, la insuficiente maduración de algunas reflexiones básicas sobre la dinámica psicológica de los grandes procesos sociales.

Característico de esta inmadurez crítica considero el pasaje del *Preámbulo* en el que, después de haber proclamado que el psicoanálisis no es un sistema filosófico, «es incapaz de generar uno, y no podría por lo tanto sustituir jamás ni completar la concepción materialista de la historia», Reich escribe que el «verdadero objeto» del psicoanálisis es la vida psíquica del individuo; en cuanto a las masas, puede al máximo explicar «manifestaciones como el miedo, el pánico, la obediencia, etc.», mientras que los fenómenos de la conciencia de clase de los movimientos revolucionarios, de la huelga, de la actividad política, le son inaccesibles y quedan como competencia de la sociología.

Parece que Reich no se dé cuenta, en estas líneas, del hecho que si la psicología del profundo., y en particular la psicología de masa como la que él mismo posteriormente elaboró, puede explicar fenómenos como el miedo, el pánico y sobre todo *la obediencia* de las masas, tiene un acceso a los fenómenos políticos mucho más profundo y exhaustivo que el marxismo y que cualquier sociología prepsicológica y posee por lo tanto los títulos necesarios para desarrollar una propia concepción sociológica y (¿por qué no?) filosófica (naturalmente no según la acepción escolástica e idealista, sino en la acepción concreta y moderna del término). Explicarse por qué las masas obedecen a normas y órdenes tan obviamente contrarias a sus exigencias de vida y de felicidad significa de hecho explicarse también cómo tales normas y órdenes pueden persistir en cualquier ambiente económico y político y cómo tal *obediencia irracional (no una determinada organización social, política o económica), sea el núcleo de la explotación y de la opresión del hombre por el hombre;* significa, en definitiva, comprender que la razón del fracaso de todos los intentos de revolución social llevados a cabo hasta el presente, hay que buscarla en el hecho que siempre han pretendido una transformación de las estructuras organizativas (sobre todo económicas) de la sociedad, en vez de concentrarse en la transformación de las estructuras caracteriales medias de la masa.

En la edición americana de *Psicología de masa del fascismo?* Reich declara que ya en 1929 había llegado sustancialmente a darse cuenta de la fatal involución totalitaria del sistema soviético bajo la dictadura staliniana y que, de todas formas, había preferido callar esta su conclusión en cuanto que, en los partidos comunistas europeos de aquellos años, una desaprobación explícita de la experiencia soviética habría traído consigo la expulsión del movimiento i'evolucionario, y por tanto, la pérdida de todo

27. MPF, edición americana, pp. 184-186.

contacto con las masas populares. Por mi parte, sin embargo, me inclino a pensar que esta declaración de Reich sea más bien una racionalización *a posteriori* de su actitud de aquellos años. En primer lugar, un tactismo de este tipo es absolutamente irreconciliable con su personalidad: la vida entera de Reich, por el contrario, está caracterizada por una incontenible (y admirable) necesidad de comunicar a la humanidad sus propias conquistas y convicciones críticas, sin reparo alguno en cuanto a la posibilidad de penetración que habría tenido en los ambientes a que iban destinadas. A esta actitud Reich fue siempre empujado por una justa conciencia de la trágica urgencia de los problemas socio-políticos que le incumbían y por una fe indestructible en la fuerza intrínseca de la libertad y de la vida.

Además, leyendo los escritos del período marxista, se tropieza demasiado frecuentemente con elogios ditirámbicos de la Unión Soviética para poder creer que se tratara de «expedientes tácticos»: el tactismo puede empujar a un hombre intelectualmente honrado como Reich a callar determinados defectos del movimiento en cuyo ámbito está operando, pero nunca a tejer panegíricos artificiales precisamente en los puntos más dolientes del movimiento y del sistema social que ha generado. En conjunto, pues, tengo propensión a permanecer con la idea que, por lo menos, en la primera mitad del «período socio-político», es decir, hasta hacia 1934, las carencias críticas presentadas por las obras de este período sean debidas por una parte a una insuficiente elaboración de los límites de las teorías marxistas y, por otra parte, de las potencialidades socio-políticas de los descubrimientos del psicoanálisis, precisamente en su versión reichiana.

A esta inhibición del espíritu crítico reichiano contribuyó probablemente un viaje que Reich hizo a la Unión Soviética, precisamente a finales de verano de 1929, para observar al mismo tiempo las condiciones de los estudios psicoanalíticos en aquel país, y del que hizo una relación bastante detallada en el número de noviembre-diciembre 1929, del bimestral vienes «Die Psychoanalytische Bewegung» («El movimiento psicoanalítico»).[28]

28. «Die Psychoanalytische Bewegung», año I, núm. 4, nov.-dic., 1919, p. 358.

IV

El traslado a Berlín

Sea el que sea el elemento o el conjunto de elementos catalizadores, lo cierto es que después de 1929 se acentúa ulteriormente el compromiso político e ideológico de Reich en el ámbito del movimiento comunista. En el plano político, por una parte las amargas experiencias de la incertidumbre y de la debilidad catastrófica del comunismo austríaco (¡3.000 inscritos en todo el país!), por otra parte la resonancia de la publicación de *Materialismo dialéctico y psicoanálisis* en el marco de las publicaciones oficiales del movimiento comunista alemán e internacional, además de la creciente frialdad de los ambientes freudianos, concurrieron en persuadir a Reich a trasladarse a Berlín. En la capital alemana encontró un ambiente mucho más receptivo a sus ideas, ya sea porque el partido comunista tenía una base popular y organizativa mucho más amplia, ya sea porque ya existía en Alemania una extensa red de consultorios y de asociaciones de higiene sexual, surgidos durante los últimos años gracias al trabajo científico y de divulgación de Hellen Stocker, Magnus Hirschfeld y otros pioneros de la reforma sexual.

Al principio, durante varios meses, Reich se limitó a visitar varios grupos del movimiento juvenil comunista de Berlín, negándose a dar conferencias: quería antes «olfatear» la atmósfera. Inmediatamente se dio cuenta del extraordinario interés que sus tesis sobre las relaciones profundas entre sexualidad y política, entre régimen sexual y régimen social suscitaban entre los jóvenes, a pesar de no haber hasta entonces nunca oído hablar aquel raro lenguaje. Durante aquellos meses, Reich concibió el plan de intentar incluso en la práctica un trabajo de integración entre la liberación sexual implícita en los descubrimientos freudianos y la liberación socio-económica perseguida por el movimiento comunista: intentar en definitiva, una unión orgánica entre la acción revolucionaria a nivel económico y acción revolucionaria a nivel psico-sexual. Este programa, que algunos años más tarde debía concretarse en un verdadero movimiento ideológico, el Sex-Pol, gravitando alrededor de la Editorial de Política Sexual (Sex-Pol Verlag) y de la «Revista de Psicología Política y Economía Sexual» («Zeitschrift für Politische Psychologie und Sexual-Oekonomie», publicada por ella trimestralmente hasta 1938), se tradujo teóricamente en la composición y rápida publicación de una serie de

escritos inspirados en criterios de abierta agitación política y de colaboración orgánica con el aparato organizativo del Partido Comunista Alemán y con sus directrices políticas.

Los principales entre dichos escritos merecen que se hable de ellos con una cierta amplitud ya sea por el interés intrínseco que presentan, ya sea porque permiten valorar mejor la sucesiva autonomía de Reich en relación con los grupos embarazados por el dogmatismo y el fideísmo filosoviético.

Entre las principales obras de estos años, dos —*Geschlechts-reife, Enthalsamkeit, Ehemoral*[1] *y Der Sexuelle Kampf der Ju-gend—*[2] están dedicadas al análisis del régimen sexual en la sociedad europea contemporánea; la tercera, *Der Einbruch der Se-xualmoral*[3] al análisis del régimen sexual de los primitivos matri-lineales hechos famosos por las investigaciones antropológicas de Malinowski: los trobriandeses. Obviamente, la intención de los dos primeros libros es más directamente política y agitadora, mientras que la obra antropológica tiene un carácter más teórico. Sin embargo, estas tres obras tienen un fundamental denominador común y se integran mutuamente ya que, partiendo respectivamente de las observaciones clínicas llevadas a cabo por Reich en los consultorios sexuales vieneses y berlineses, y de las observaciones antropológicas llevadas a cabo por Malinowski en las islas Tro-briand, contribuyen todas ellas a demostrar que la función social esencial de la represión sexual consiste siempre y en todas partes en hacer que los jóvenes sean dóciles y temerosos del orden constituido, aunque si en Europa tal represión es ejercida sin discriminación y sistemáticamente, entre los trobriandeses sólo es en algunos casos particulares.

Adolescencia, castidad y moral matrimonial

Alterando ligeramente el criterio cronológico seguido hasta el presente, discutiremos pues previamente *y* juntamente las dos obras más declaramente socio-políticas, publicadas respectivamente en 1930 y en 1932, y sucesivamente la obra antropológica *La irrupción de la moral sexual* (1931).

Como dice su subtítulo, *Adolescencia, castidad y moral matrimonial* es esencialmente una crítica del movimiento de reforma sexual tal como se había ido configurando en Europa durante los años 20, según las fórmulas edificantes y evasivas del oportunismo reformista que aún hoy domina plenamente en el campo de la llamada «educación sexual». Esta crítica nacía, además del descubrimiento de una realidad muy diversa, de una educación

1. *Adolescencia, castidad y moral matrimonial.* GEE, Münsterverlag, Viena, 1930.
2. *La lucha sexual de la juventud.* SKJ, Verlag tur Sexualpolitik, Berlín, 1932.
3. *La irrupción de la moral sexual.* ESM, Verlag für Sexalpolitik, Berlín, 1931.

sexual verdaderamente libre tal como había sido puesta en evidencia precisamente por las obras de Malinowski (aparecidas en 1926 y en 1929), de las «impresiones alentadoras y vivificantes» recogidas por Reich, entre el verano y el otoño de 1929, durante un viaje a la Unión Soviética, al que ya nos hemos referido.

En aquel período, la prensa bienpensante europea se alzaba contra el «hundimiento de la cultura» y de «propagación de la licencia* en la URSS y advertía a la opinión pública de las «ruinosas consecuencias» de la revolución comunista incluso a nivel de las costumbres. Frente a estos gritos de alarma, estaba la realidad de la nueva legislación soviética del período leninista: la legalización del aborto asociada a la propaganda de los métodos anticonceptivos, la instrucción sexual escolar, la abolición de todo tipo de discriminación jurídica o de otro tipo entre los hijos legítimos e ilegítimos, e incluso la abolición del concepto mismo de hijo ilegítimo, la revocación del castigo del incesto con tal que no fuera llevado a cabo con violencia o intimidación, la abolición del castigo de la prostitución, la emancipación profesional de la mujer y su defensa contra las coerciones familiares tradicionales.

Reich decidió «ir a ver con los propios ojos» y durante el otoño de 1929 fue a Moscú. Como frecuentemente sucedía a los intelectuales de izquierda de aquellos años, fue conquistado por la nueva realidad soviética. «A la primera mirada», como escribirá seguidamente,[4] se convenció de que no solamente no se podía hablar de hundimiento de la moralidad, sino que de un modo extraño en la capital soviética había una atmósfera que al principio podía llegar a parecer incluso ascética. Por las calles nadie molestaba a las mujeres. La actitud de los jóvenes era seria y reservada. La prostitución aún existía pero tomaba aspectos mucho menos vistosos que en Occidente. De vez en cuando, al atardecer, se podía ver en los bancos de los jardines algunas parejas de enamorados: pero no había aquel florecer de público manoseo y aparej amiento que se podía notar en los parques de Viena, Berlín o Londres. En los lugares mundanos se notaba una ausencia total de las obscenidades y de las continuas alusiones sexuales que caracterizaban por el contrario los *night clubs* de Occidente.

Le fueron contados hechos impresionantes: si un hombre se atrevía a dar un pellizco en las nalgas, o incluso en una mejilla de una muchacha, pasaba un mal momento; si se trataba de un libre ciudadano corría el riesgo de ser llevado ante el Tribunal del barrio, si se trataba de un comunista inscrito se exponía a sanciones disciplinares. Al mismo tiempo, sin embargo, era considerado normal pedir abiertamente a la mujer deseada (o la mujer al hombre deseado) si aceptaba unirse sexualmente. Conoció a una mujer soltera al octavo mes de embarazo que le dijo que

4. «Die Psychoanalytische Bewegung», *loe. cit.,* y además ESM, Introducción, pp. XI y siguientes.

nunca nadie le había preguntado quién era el padre de la criatura que iba a nacer. Una vez una familia le invitó a quedarse a dormir. Pero en la casa no sobraba ninguna cama. Entonces la hija de dieciséis años dijo tranquilamente a los padres: «No os preocupéis: iré a dormir a casa de Pedro» (su novio). Por último, le contaron el caso de dos muchachos del Komsomol (la asociación juvenil comunista) que se habían presentado juntos a la Oficina del Centro de Maternidad e Infancia rogando al empleado que les registrara a los dos como responsables de la manutención de un niño que iba a nacer ya que, en conciencia, no podían decir con certeza cuál de los dos era el padre.

En el Parque de la Cultura, Reich vio con sus propios ojos una muestra de instrucción sexual y anticonceptiva que mostraba la fisiología sexual masculina y femenina, el proceso de la concepción, los métodos antifecundativos, la difusión de las enfermedades venéreas y los medios sanitarios para defenderse de ellas.

Estas eran naturalmente manifestaciones de vanguardia en la sociedad soviética. A su lado persistían las viejas concepciones: en los médicos bienpensantes, se podían encontrar las habituales respuestas evasivas y el antiguo espíritu reaccionario frente a la sexualidad. La sexología continuaba siendo en gran parte un feudo de urólogos y fisiólogos moralistas. Pero Reich estaba abocado con demasiado entusiasmo a la causa comunista para valorar adecuadamente la extensión de estas resistencias y sobre todo, para intuir cómo no habían sido nunca combatidas seriamente por los dirigentes comunistas y cómo, al contrario, estaban ya encontrando un abierto estímulo en la «nueva dirección» stali-niana, cada vez más dispuesto a sofocar los elementos libertarios no visibles del bolchevismo a todos los niveles, incluido el pedagógico.

De regreso pues de la Rusia soviética con un espíritu de gran entusiasmo lanzó con *Adolescencia, castidad y moral matrimonial* un ataque masivo contra los reformadores sexuales «burgueses», denunciando sus «cien compromisos, silencios de conveniencia, espíritu moralístico disfrazado de objetividad científica». Los mayores exponentes de la «tempestad en un vaso de agua» que era entonces (y así ha permanecido hasta hoy) la reforma sexual, eran desenmascarados en sus flagrantes contradicciones.

Como de todas formas él mismo admitirá, de este merecedísi-mo «exterminio de ocas» Reich excluyó a los «reformadores» de inspiración marxista, como Meng y Mehnert, cubriendo sus compromisos (en nada más nobles que los de los «reformadores burgueses») con un velo de silencio piadoso. También en él, evidentemente, el «patriotismo de partido» empezaba a tener sus efectos negativos.

Y por cierto que los más negativos no eran estos pequeños favoritismos personales, sino más bien una aceptación cada vez menos crítica de los esquemas teóricos del paneconomismo mar-

xista. De hecho, una vez hecha la crítica de la pseudorreforma sexual burguesa y concluido el examen del régimen sexo-represivo dominante en la sociedad tradicional, Reich proponía el problema central de su trabajo: ¿cuál era la función social de la castidad juvenil y de la monogamia forzosa impuesta por la moral sexual tradicional? A esta pregunta respondía en clave esquemáticamente marxista, que la moral sexual represiva tenía la función de sostener el sistema capitalista, y la propiedad privada en particular.

Después de haber recordado cómo la «ciencia burguesa», a propósito de la castidad juvenil y del matrimonio monogámico, había hecho suya la tesis de la moral bienpensante, según la que la castidad prematrimonal y el matrimonio monogámico (mejor, indisoluble) son las columnas insustituibles de la cultura y de la civilización en cuanto estimulan la «formación del carácter» de los jóvenes y el «espíritu de sacrificio» de los adultos, Reich subrayaba con razón la necesidad de que todo marxista serio evitara afrontar el problema en forma abstracta y anhistórica y se diera cuenta de que no era la civilización en sí misma, sino una *determinada* civilización —precisamente la capitalista y burguesa, o quizás propietaria en general— la que tenía la necesidad impe-lente de imponer a los jóvenes la castidad y a los adultos por lo menos el principio moral de la monogamia. ¿Por qué?

El problema de la monogamia, y en particular la imposición de la fidelidad sexual a la mujer casada, tenía una solución relativamente fácil: como ya habían observado Morgan y Engels, la imposición de la fidelidad matrimonial tenía por objeto fijar el derecho hereditario a lo largo del eje paterno, y asegurar así al padre propietario la transmisión de los propios bienes a unos hijos que la esposa, precisamente a causa de la rigurosa segregación sexual, hubiera podido solamente concebir con él. Además, era fácilmente demostrable hasta qué punto el matrimonio monogámico estaba estrechamente relacionado con la formación y la perpetuación de la ideología burguesa con su iconografía del padre severo pero justo, de la madre «ángel del hogar», de la obediencia incondicional a la autoridad paterna, anticipación y símbolo de la autoridad constituida

Pero estas consideraciones —observa sagazmente Reich (y ésta es la parte más nueva y original de *Adolescencia, castidad y moral matrimonial)*— nada preciso decían aún acerca de las razones por las que se pretendía con tanta intransigencia que los jóvenes guardaran la más estricta castidad prematrimonial. Con tal que los adultos se atuvieran a las imposiciones de la monogamia al interno del matrimonio (y alejaran de esta forma toda amenaza a la integridad del eje hereditario masculino), ¿por qué motivo los jóvenes habrían debido renunciar a toda experiencia sexual prematrimonial, como pretende el sistema?

En primer lugar —declaraba Reich, estableciendo una conquis-

ta crítica de importancia histórica en el desarrollo del pensamiento psico-político— la experiencia de los centros de consulta sexual convence a cualquier observador objetivo de que *la represión de la sexualidad infantil y juvenil, tiene la función primaria de facilitar la sumisión de los hijos al autoritarismo de los padres.* Reich observaba agudamente, cómo en los comienzos de la era patriarcal la sexualidad de los niños y de los adolescentes era traumatizada incluso físicamente con diversas formas de mutilación genital. Posterialmente prevaleció el sistema de «castrar psíquicamente» al niño infundiéndole sentimientos de culpa y de angustia sexual. Pero la finalidad de las dos técnicas de traumatización
—ya física, ya psíquica— ha sido siempre y continúa siendo, *la de convertir en dóciles y gregarios a los seres humanos, de la misma*
•forma que la castración de los sementales y de los toros sirve para obtener dóciles animales de trabajo.[5] Nadie —concluía Reich— hasta los recientes descubrimientos del psicoanálisis, se había dado cuenta de los efectos desastrosos que esta «castración psíquica» tenía y continúa teniendo en la totalidad de la vida emocional e intelectual de los individuos y de los grupos.

Junto a esta finalidad más amplia de gregarización social, denunciada claramente por él, Reich indicaba otra intención más específica de la represión sexual infantil y juvenil.

Refería con franqueza algunos datos de su experiencia clínica. En particular afirmaba que había podido constatar que las personas que habían llegado a un pleno desarrollo de la genitalidad, ya sea por afortunadas circunstancias personales ya sea por un tratamiento analítico realizado con éxito, pasaban a ser incapaces de «someterse a los dictados monogámicos de la propiedad privada» que se resumen en la fórmula: «un solo *partner,* y para siempre.»

A estas observaciones clínicas, Reich añadía la cita de algunos datos presentados por el sexólogo soviético Barash en el «Journal of Social Hygiene» de 1926[6] y por el higienista soviético profesor Gregor Batkis al Congreso de la Liga Mundial para la Reforma Sexual, en 1928.[7] Dichos datos anticipaban un hecho que posteriormente todas las encuestas de masa en el campo sexual (el informe Kinsey, el de Chesser, el del Institut Francais d'Opinion Publique), debían confirmar: es decir, que los jóvenes a quienes las dificultades ambientales habían logrado impedir cualquier tipo de actividad sexual hasta la mayoría de edad o hasta la juventud avanzada violaban mucho más raramente la fidelidad conyugal.

5. GEE, p. 31.

6. A. BARASCH, *The Sex Life of the Workers of Moscow,* en «The Journal of Social Hygiene», Moscú, vol. XII, núm. 5, mayo 1926.

7. Dr. Gregor BATKIS y Dr. Leo GURMIISCH, *Einiges Material über die Sexual-reform in der Union der Soiialistischen Sowjetrepubliken,* en «Proceedings of the 2nd Congress of the Worid League for Sexual Reform», Georg Thieme Veriag, Leipzig, 1929, pp. 37-63.

Entre los que habían iniciado su vida sexual después de los 21 años, habían notado en su encuesta de vanguardia entre los obreros de Moscú, sólo el 17,2 por cien había tenido después amores extraconyugales, mientras que entre los que la habían iniciado entre los 17 y los 21 años, el tanto por ciento de infidelidad conyugal llegaba al 47,6 por cien y por último, entre los que la habían iniciado antes de los 17 años se registraban experiencias extramatri-moniales en el 61 por cien de los casos.

Reich continuaba haciendo notar, por otra parte, varios escritos eclesiásticos y reaccionarios que proclamaban explícitamente que la represión de los niños, adolescentes y jóvenes era indispensable para la formación de «esposas y maridos fieles» y confesaban por lo tanto la verdadera función de la represión: la de tutelar la institución del matrimonio monogámico. Pero —se preguntaba Reich— ¿quién continúa teniendo interés vital en la preservación de dicha institución?

De acuerdo con el esquematismo paneconómico reinante durante aquellos años, respondía rápidamente que *los principales interesados en la preservación de la institución matrimonial y -familiar eran precisamente los favorecedores y los beneficiarios del sistema capitalista y de la propiedad privada?*

Que una tal razón hubiese jugado su papel en la imposición de la continencia prematrimonial es indiscutible, pero que hubiera sido la única, verdadera razón, era y es más que discutible: para disuadir a Reich de su superficial conclusión habría podido bastar la observación de las órdenes religiosas, en las que la castidad infantil, adolescencial y juvenil es impuesta aún más rigurosamente que en la familia sin que exista ningún eje hereditario masculino a defender, ni idoneidad alguna a la monogamia a predisponer. Y pocos años más tarde, la rígida represión impuesta a los jóvenes por el stalinismo en países en que la propiedad privada había sido totalmente barrida, podía solamente *confirmar que la función eminente de la represión sexual no era y no es tanto de orden económico, como de orden psico-político: es decir, la de convertir a Jos individuos educados represivamente en elementos dóciles y vasallos de la autoridad constituida (ya sea iglesia, partido o estado).*

Dejando aparee estos esquematismos críticos, es innegable que *Adolescencia, castidad y moral matrimonial,* constituye una contribución precoz y de valor al desenmascaramiento de las nuevas y más insidiosas formas de represión escondidas detrás de la llamada «educación sexual-) de los pseudorreformadores de todo tipo y de toda época, y una valiente defensa de los derechos de los jóvenes al libre desarrollo y al libre goce de su vida amorosa.

8. GEE, p. 76.

Pero esta defensa debía desarrollarse aún más valientemente en otra obra de agitación social de este período *(La lucha sexual de la juventud)* que tuvo una resonancia realmente potente en Alemania y en todo el movimiento revolucionario europeo.

La lucha sexual de la juventud es quizás la obra reichiana en la que más se nota la influencia marxista. Sin duda alguna, ello es debido al azar va que fue escrita en 1931, es decir cuando Reich, siendo ya militante del partido comunista, estaba organizando y dirigiendo una red de consultorios de higiene sexual puestos en marcha dentro del marco del partido comunista e intentando inserir a grandes dosis la temática sexualista en la acción y en los programas del Partido Comunista Alemán. (El manuscrito de la obra fue sometido a la aprobación del Comité Central del Partido que lo envió a su vez, para su aprobación, a Moscú. De Moscú vino el *nihil obstat,* junto con la sugerencia de hacer publicar la obra no directamente por el Partido sino por la editorial de su organización cultural.[9]

No es de extrañar pues que este pequeño libro haya sido el más explícitamente renegado por el Reich del período americano v que la Bibliografia general publicada por la Orgone Institute Press en 1953 lleve una nota advirtiendo que «los aspectos políticos de esta obra están superados y son anticuados y por lo tanto sin valor».

Precisamente para comprender mejor la adhesión inicial de Reich al marxismo y al movimiento comunista y la sucesiva, profunda revisión de su pensamiento, y para constatar una vez más de cerca que nunca ha fallado en Reich la originalidad de la aportación crítica y la valentía de afirmar la verdad aun cuando estaba en desacuerdo con las «directrices» o la «táctica» del Partido, nos parece oportuno echar un vistazo poco superficial a *Der Sexuelle Kampf der Jugend.*

El hecho que inmediatamente llama la atención, es la imperturbable valentía con la que Reich, desafiando el rigor del Código Penal y de las penas previstas para la llamada «corrupción de menores», dedica su libro, declaradamente subversor de la moral corriente, «a la juventud, sin límite de edad inferior ni superior». Y toda la introducción es una reafirmación precisa de esta exigencia de claridad, de este «desafío al sistema» y a sus paladines abiertos u ocultos: «Este libro —declara inmediatamente Reich— no pretende ser la acostumbrada obra de "educación sexual" que evita el problema crucial de las relaciones sexuales en la adolescencia» (fijémonos en que Reich no utiliza el término ambiguo de «juventud» sino el de «adolescencia» mucho más comprometedor).[10]

9. PT, p. 117-118.
10. SKJ, Introducción, p. V.

«¿Cuál es la verdad? —prosigue Reich—. La verdad es que los predicadores del moralismo por una parte y la literatura pornográfica por otra, intoxican a los jóvenes de una manera igualmente peligrosa para la sociedad... La intimidación moralista tiene el mismo efecto patógeno que la pornografía y que las condiciones de chantaje económico en que vive la masa de nuestra juventud.»

Denunciado de esta forma el equívoco de las posiciones contrarias, Reich pasa a enunciar la propia:

«Los jóvenes y los adolescentes no tienen solamente derecho al conocimiento sexual, sino que tienen también, y plenamente, derecho a una vida sexual satisfactoria. Son privados de este derecho... Deben por lo tanto ellos mismos defender su causa. Por nuestra parte, estamos decididos a convencerles de que un derecho no se mendiga sino que se conquista.» [u]

No le escapan a Reich las dificultades que sus escritos van a hallar, ya sea entre los mismos jóvenes, ya sea en la sociedad en general, pero está decidido a afrontarlas:

«Habrá muchos jóvenes entre los 13 y los 17 años —escribe— que hallarán este escrito completamente natural, pero otros llegarán difícilmente a considerarlo, u otros aún lo rechazarán con indignación... El problema de la juventud es explosivo. Tal como nosotros lo planteamos, desencadenará sin duda mucho escándalo. Pero no hay solución: o continuamos con la infelicidad, con la natalidad ilegítima y los suicidios o bien aceptamos la verdad, que actualmente puede llegar a parecer dura, pero que abre el camino a una solución orgánica del problema. Pido por lo tanto a los jóvenes que no lean pasivamente estas páginas sino que me hagan llegar sus propuestas... La línea a seguir en la política sexual juvenil debe ser obra de los mismos jóvenes.»

Empieza luego una parte meramente expositiva del aparato genital y de la fecundación, que deja ver no obstante en cada una de sus líneas la voluntad del autor de hablar honestamente a los jóvenes y de denunciar la hipocresía de las tradicionales exposiciones sobre el mismo tema. Arremete en primer lugar contra la afirmación crucial en la educación sexual tradicional, según la que la sexualidad estaría «al servicio de la reproducción».

«El aparato genital —escribe Reich— sirve desde la primera infancia a la vejez, tanto en la mujer como en el hombre, para la función del *placer* y de la *satisfacción.* A partir de la pubertad, y hasta el llamado climaterio, sirve *también* para la procreación... Ya de esto se puede deducir que la satisfacción sexual es más importante que la procreación a lo largo de la vida sexual. A pesar de ello, frente a la juventud se evita la mención precisa de este hecho y los educadores normalmente se limitan a hablar de la

11. Ibidem, p. VII.

función procreadora. Veremos más adelante las razones políticas de esta reticencia...» [12]

A continuación, Reich, ya desde sus primeras frases, presenta el problema de la represión sexual y de los sufrimientos que suscita como un producto de la sociedad burguesa y de la organización capitalista: de hecho ve sólo en la sociedad burguesa y capitalista «peligros» para los jóvenes y las jóvenes que hayan tenido hijos antes del matrimonio.

Sucesivamente, analizando el tema de la legislación represiva sobre el aborto, vigente incluso en Alemania, el planteo ortodoxamente marxista del problema se acentúa ulteriormente cuando afirma que:

«En la sociedad capitalista, la preñez no deseada ha pasado a ser un terrible problema que preocupa a millones de personas... Para comprender la compleja cuestión del control de nacimientos y de la lucha contra las leyes que prohiben el aborto y la propaganda anticonceptiva, debemos aclarar brevemente el porqué la mujer en el sistema capitalista es empujada a llevar a término su gravidez...»[13]

Después de argumentar sus críticas al capitalismo y a la socialdemocracia, Reich elogia la política sobre abortos entonces vigente en la URSS. Se puede muy bien comprender el *shock* que debe haber representado para Reich, tres años más tarde, la introducción de análogas prohibiciones en la legislación de la Unión Soviética. De todas formas, una vez tomada acta de la ingenuidad de esta diagnosis sobre la legislación del aborto en forma de polémica anticapitalista y antisocialdemócrata, es necesario también apreciar la claridad con que Reich, ya entonces, en la discusión a favor o en contra de los anticonceptivos que tenía lugar en el ámbito del movimiento obrero (en la que muchos exponentes ma-ximalistas consideraban la introducción de la propaganda y de la asistencia anticonceptiva como un intento de la burguesía de enflaquecer las fuerzas revolucionarias... reduciendo el número de los proletarios), tomaba posición en favor de los anticonceptivos y denunciaba el interés primario que *los grupos dominantes* (demasiado rápidamente identificados por él con los capitalistas) han tenido y continúan teniendo en mantener una cierta abundancia demográfica para los propios fines de opresión interna (mediante el vilipendio del trabajo y la amenaza crónica de desocupación) y de la expansión internacional.

12. SKJ, p. 1.
13. *Op. cit.,* pp. 12-14.

Polémica antirreformista

Incluso acerca del problema de la información anticonceptiva, Reich, tiene palabras claras y honestas. En primer lugar denuncia una determinada mentalidad «familista« (que ha prevalecido por desgracia en el mundo entero) que pretende reducir el problema de la información y de la asistencia anticonceptiva a la población adulta casada y que ha rebautizado —a lo bien pensante —la *planea parenthood* (procreación consciente) con la palabra *-family planning* (programación de la familia). Piénsese que aún actualmente en Inglaterra la *Family Planning Assotiation* niega sus servicios a los jóvenes no casados.

También en la preceptiva hacia los adultos y educadores, Reich muestra una serenidad y un equilibrio únicos en su tiempo.[14]

«Si queremos conciliar las exigencias de los jóvenes con sus tareas políticas... debemos proponerles una vida sexual satisfactoria y ordenada. Ello no es posible ni con la fidelidad eterna, ni con la teoría del "vaso de agua" [alusión a la famosa conversación con Clara Zetkin en la que Lenin lamentaba que cierta juventud soviética realizara el acto sexual con la misma desenvoltura con que habría tomado o rechazado un vaso de agua *(N. del A.)]*. Conocemos una sola proposición moral que podamos dirigir a los jóvenes: "No olvidéis que necesitamos vuestras fuerzas para las grandes tareas a cnva realización todos debemos contribuir y en primer lugpr para la liberación del hombre de la explotación y de la opresión..."

»A1 mismo tiempo, sin embargo, y diversamente de ciertos camaradas nuestros, afirmamos que no es preciso palidecer de rabia o enrojecer de vergüenza o abandonarse a condenaciones sumarias si la juventud alguna vez pone en práctica la teoría del vaso de agua, de la misma manera que no condenaremos a quien viva o se proponga vivir en la fidelidad eterna.»[15]

Pero sobre todo —advierte Reich— no debemos olvidar que muchas aprensiones nuestras y muchos excesos de ciertos jóvenes son solamente el producto de la represión aún viva en el ambiente o en las conciencias. Es necesario no cometer el mismo error de los «bien pensantes»: la burguesía de todo tipo señala siempre nuevas recetas moralistas y represivas, y no ve una realidad evidente: que mientras sobreviva este orden social con su miseria y su represión, deberán forzosamente perpetuarse los sufrimientos y los delitos sexuales.

«De la misma manera que un hambriento, si no se une a las masas oprimidas y decididas a todo para derrocar conscientemente el capitalismo, puede transformarse en un asesino, los hambrientos sexuales, si no sucumben a la alienación o al suici-

14. *Op. cit.,* p. 40.
15. *Op. cit.,* pp. 51-52.

dio, pueden transformarse en bestias feroces e incluso transformarse en asesinos sexuales. El saciado no roba. En los pueblos que viven aún en el comunismo de los orígenes ni siquiera existe la palabra "hurto" ya que el hurto no existe. Robo y asesinato con intención de robo empiezan a manifestarse con el hambre. Y lo mismo vale para los delitos sexuales. Es un hecho demostrado por la antropología y la psicología que tan sólo el insatisfecho, el inhibido, el neurotizado sexualmente, el contagiado por inhibiciones moralísticas puede llegar a ser peligroso en su comportamiento sexual y social, mientras que la persona sexualmente sana y satisfecha no es nunca un peligro para la sociedad.» [16]

Es aquí cuando Reich expone brevemente la armonía de las relaciones sexuales y sociales que todos los exploradores de las sociedades matrilineales de Oceanía habían indicado y que Malinowski había analizado de un modo tan agudo entre los habitantes de las islas Trobriand: «Sólo a la llegada de los ladrones capitalistas y de la iglesia —que llevaron y difundieron el alcoholismo, la sífilis y la criminalidad— se desarrollaron en ellos nuestros mismos sufrimientos sexuales y el mismo malestar social.»

Pero —se presunta Reich— ¿es posible realizar en la sociedad contemporánea el régimen de autorregulación sexual que funciona tan perfectamente en las sociedades primitivas matrilineales? Y su respuesta es negativa:

«No, poraue la deformación de la sexualidad impuesta por el sistema capitalista a través de la llamada educación, destruye sistemáticamente la capacidad de satisfacción sexual y el proceso productivo capitalista, inmensa explotación, incitación obsesionante a producir, consumen las fuerzas físicas y psíquicas...

»Si los ióvenes nos ayudan a reunir los miles y miles de casos de infelicidad y tragedia, nos comprometemos a utilizar sistemáticamente esta casuística en el plano médico y político. *Se verá, entonces, cómo detrás de todo este ascetismo y moralismo... está la garra cruel del capitalismo.»*[17]

Basta una oieada al moralismo y al ascetismo Victorianos que han caracterizado la sociedad stalinista y que caracterizan la sociedad maoísta para darse cuenta del simplismo de estas diagnosis que Reich tomaba del paneconomismo marxista. Pero su crítica de la moral represiva no aparece menos válida, aún hoy, tan sólo porque en un cierto período de su vida identificó superficialmente aquella moral con la moral burguesa y capitalista.

Véase, por ejemplo, su ataque a una de las columnas de la moral sexofóbica: el concepto según el que la castidad aumentaría la creatividad y el rendimiento en el trabajo.

De hecho —escribe Reich— precisamente la imposibilidad de relaciones sexuales crea las más grandes dificultades a los jóvenes. Si la represión es demasiado fuerte, la ventaja para los intereses científicos y de trabajo se transforma en perjuicio. Y ello es debido a que después de un cierto período de abstinencia durante el que se ha logrado profundizar en un trabajo muy importante, el proceso de sublimación empieza a debilitarse en la mayor parte de los individuos y especialmente en los jóvenes. Las fantasías son cada vez más imperativas, ya sean conscientes o inconscientes. Las perturbaciones en la actividad de trabajo son tanto mayores cuanto más inconscientes son las fantasías. Como primer síntoma se presentan perturbaciones en la atención, seguidas de un creciente nerviosismo e inquietud.

«En favor de su salud —escribe Reich— debemos advertir claramente a los jóvenes que la mayor parte de ellos no pueden sublimar con el trabajo durante años sus impulsos sexuales. Muchos moralistas de bien recomiendan el deporte como solución... Y efectivamente durante un cierto tiempo puede ayudar a desviar el interés de los jóvenes por la sexualidad... Pero, quien, como nosotros, ha visto en los consultorios de higiene sexual la procesión ininterrumpida de deportistas que vienen a pedir ayuda para sus neurosis y sus perturbaciones sexuales, sabe que la abstinencia prolongada y forzosa, pues, debe ser combatida en primer lugar desde un punto de vista médico ya que se trata de un modo de actuar que en general es sanitariamente dañoso.»[18]

Palabras, como vemos, finalmente claras sobre un problema que incluso los que se llaman a sí mismos reformadores de las costumbres habían hecho y continúan haciendo todo lo posible para enturbiar. Es evidente que la formulación teórica es aún bastante tosca: substancialmente, vemos a Reich siguiendo la postura de Freud según la que «el caballo alado» de la sublimación no puede ser cargado con un fardo demasiado pesado de renuncias y de ayunos ya que de otro modo corre el riesgo de no poder reemprender el vuelo. De hecho, como Reich pondrá en claro en sus escritos sucesivos dedicados a los problemas de comportamiento, es absurdo pretender dosificar el «peso preciso» para «el alado caballo de la sublimación». En un organismo autorregu-lado desde su desarrollo infantil, como demuestra la experiencia de numerosos pueblos primitivos, la plena libertad sexual no es incompatible con la creación artística y el trabajo. Al contrario: en «la casa de la juventud» donde los jóvenes muría conviven en libertad sexual con sus coetáneas, florecen las actividades artísticas del entero pueblo muría y los jóvenes asumen sus responsabilidades de trabajo y de autogobierno."

Es decir, es la misma autorregulación que empuja al joven sexualmente satisfecho a buscar su expresión en el trabajo, en el

16. *Op. cit.,* pp. 61 y ss.
17. *Op. cit.,* p. 64. El subrayado es mío (L. De M.).
18. Op. *cit.,* p. 67.
19. Véase a este propósito Verrier ELWIN, / *costumi sessuali dei Muría,* Lerici, Milán, 1963.

arte o en las relaciones sociales. Dejando aparte este tosco criterio cuantitativo, y aún vagamente moralista, de clara derivación freudiana, es preciso notar la valentía con la que, en un libro dedicado a los jóvenes, Reich destruye las tradicionales mentiras acerca de las «ventajas de la sublimación».

En cambio es más que discutible la acostumbrada presentación de estricta observancia marxista-leninista de la actitud que, según Reich, los jóvenes tomarían frente a la abstinencia.

«Sobre este tema —escribe— podemos claramente constatar una clara división de clase. Los inscritos en las organizaciones juveniles y deportivas del Partido Comunista rechazan la abstinencia y toman posición, normalmente, en favor de una vida sexual sana y libre. La juventud de las organizaciones socialdemó-cratas, en su gran mayoría, tienen ideas poco claras tanto en campo sexual como en campo político. Está siempre muy influenciada por sus dirigentes de la pequeña burguesía, que son los más peligrosos, ya que, bajo el disfraz socialista, en realidad combaten y sabotean la revolución social.» [M]

¡Ojalá —uno piensa leyendo estas líneas— las cosas fueran tan simples y claras! Todos los sexófobos en la socialdemocracia, todos los sexófilos en los partidos y en las organizaciones comunistas. Por otra parte, pocos años más tarde, Reich era expulsado del Partido Comunista Alemán precisamente por sus «ideas venenosas e inmorales» y experimentaba personalmente la falacia de estas formulitas prefabricadas. No menos falaz, por otra parte, nos parece también la segunda parte de su exposición política: «Cuanto más a la derecha vamos —continúa— con tanta más fuerza vemos defendida la ideología de la castidad. La juventud de las organizaciones del Partido Cristiano Social, del Partido Nacionalista Alemán v del Partido Nacional Socialista, convierten en objetivo nacional la lucha por la castidad.»

Sostener eme los nazis estuvieran, *tout court.* más empeñados que el Partido católico en la defensa de la castidad nos parece por lo menos aventurado. En realidad, llegaron a promover la unión sexual de determinados individuos con la finalidad de una pretendida eugénesis. En ellos la moral represiva había dado un resultado más racista y agresivo que no ascético (a pesar de que la característica ascética estaba presente y era vistosa en su ideología del «sacrificio total para el Führer y la Patria»).

Reich, tratando la cuestión de la actitud concreta a tomar frente a los jóvenes, y la de las reacciones incluso negativas que puede encontrar una posición de abierto apoyo a las relaciones prematrimoniales, pasa luego a analizar el problema crucial de cualquier reforma de costumbres y, por consiguiente, de cualquier reforma política: el problema de la internacionalización de la represión, que lo va a absorver con resultados tan fecundos en *Psi-*

20. SKJ, p. 69.

colegía de masa del fascismo y La sexualidad en la lucha social (más tarde rebautizado: *La revolución sexual).*

El problema de la homosexualidad

Si un joven tiene hambre —escribe Reich— sabe que la tiene y no rehusa tomar conciencia de ella, dado que no ha habido remociones del instinto de alimentación. Para la sexualidad, desgraciadamente, no es así. Para protegerse de la irrupción de sus propios impulsos que la educación moralista le ha enseñado a temer, odiar y despreciar, el joven frecuentemente acepta y sostiene el orden moral capitalista. Esto es válido sobre todo para los jóvenes fuertemente religiosos.[21]

En esta situación, concluye Reich, es preciso que quien quiera realizar un trabajo fructífero de saneamiento psicológico y de liberación social no se presente a ciertos jóvenes con un lenguaje que podrían interpretar mal; es preciso que obre con gran prudencia y que subraye siempre la total falta de morbosidad y de vulgaridad, la riqueza de poesía y de conmoción que acompañan a la expresión natural (es decir, no reprimida) de la sexualidad.

Haciendo una digresión de los «grandes temas» de interés universal que ha tratado hasta aquí, Reich pasa a analizar un problema circunscrito, pero no por ello pobre en implicaciones y reflejos, en toda la dinámica social de su (y de nuestro) tiempo: el problema de la homosexualidad.

«Frecuentemente —escribe— se oye preguntar si la homosexualidad es natural o no, ya que es castigada, y si es realmente dañoso tener relaciones homosexuales... Para responder, sería preferible poder de nuevo exponer aquí la entera discusión que ha tenido lugar en estos años entre la ciencia sexológica y los paladines de las leyes represivas tradicionales.» (Hay aquí una clara alusión a la discusión que tuvo como protagonista principal a Magnus Hirschfeld, en la Alemania de los años 20, en nombre de los derechos de los homosexuales.)

Tal como han demostrado las últimas investigaciones —continúa Reich— toda persona tiene caracteres bisexuales, físicos y psíquicos. Hasta el tercer mes, como es sabido, el embrión de un niño no puede ser distinguido del de una niña, dado que sus caracteres sexuales están aún indiferenciados. Los órganos regresivos del otro sexo continúan subsistiendo en nuestro cuerpo, aunque no cumplan ninguna función. Existen sin embargo personas en las que tales órganos han continuado a desarrollarse y a coexistir en varias combinaciones (hermafroditismo). Normalmente estos sujetos hermafroditas tienen una sensibilidad más o menos idéntica a la del otro sexo.

21. *Op. cit.,* p. 71.

«En lo que concierne específicamente a los homosexuales —escribe Reich— los que lo son con una base orgánica (es decir, que presentan verdaderas anomalías en los caracteres sexuales primarios y secundarios) son una minoría. La mayor parte de ellos, en lo que se refiere a la estructura somática, es perfectamente normal. Si se pueden notar ciertos rasgos del otro sexo en el modo de andar, de hablar y de moverse, mediante un minucioso análisis de su desarrollo psíquico, se puede descubrir que dichos individuos no han sido siempre así sino que, al contrario, han tomado aquellas actitudes a consecuencia de particulares acontecimientos de su vida psicosexual. Es por ello que externamente tienen el aspecto del sexo con el que se han identificado. Existen, además, muchos hombres que físicamente y psíquicamente tienen aspecto viril y desean además jóvenes de aspecto femenino, con los que se comportan como el hombre con la mujer. Y de la misma forma, existen mujeres absolutamente femeninas que, con mujeres de carácter duro y aspecto masculino, se comportan como una mujer con respecto a un hombre. Todos ellos no se han transformado en homosexuales por razones físicas sino por un desarrollo sexual defectuoso en la primera infancia, que se concretizó en la experiencia de una gran desilusión causada por el sexo opuesto. Por ejemplo, los hombres pueden llegar a ser plenamente homosexuales cuando, a causa de una madre rígida y severa, han sufrido grandes desilusiones afectivas. De la misma forma las muchachas llegan a ser homosexuales siendo jóvenes, si sus padres les han desilusionado gravemente. Estos niños se apartan fácilmente del sexo opuesto y se dirigen al propio.»[22]

Esta descripción de las causas de la homosexualidad es evidentemente sólo ejemplificativa y deja de tratar las muchas posibles causas diversas de esta anomalía. Pero lo que nos parece más interesante es la conclusión a que llega Reich en esta obra sobre los aspectos etiológicos esenciales de la cuestión de la homosexualidad: *una conclusión radicalmente culturalista, que atribuye a la represión de la sexualidad natural la causa básica de la homosexualidad y que en el curso de su vida sucesiva no va a modificar.*

Todos estos tipos de homosexualidad —declara— son desarrollos aberrantes que deben considerarse verdaderas enfermedades, si el que los tiene sufre con ellas, como sucede normalmente. Y es un error pensar que estos sufrimientos tengan una base exclusivamente social, en la persecución legal y en la discriminación moralista de los homosexuales. Muchos homosexuales sufren psíquicamente y sexualmente independientemente de la presión ambiental: presentan todos los síntomas de una neurosis sintomática o caracterial. Muchos homosexuales que han logrado vivir a su modo y se encuentran bien, protestan contra la tesis según la

22. *Op. cit.,* pp. 72-73

cual la homosexualidad sería una enfermedad o el resultado de un desarrollo anormal, en cuanto ven en este juicio una denigración de sus inclinaciones. Muchos se consideran como pertenecientes a un «tercer sexo». Es, sin embargo, necesario reprobar esta tesis por razones puramente científicas, no por razones mo-ralísticas.

«En realidad se combate la difusión de una orientación de los jóvenes hacia la homosexualidad no por razones moralísticas, sino por razones sexo-económicas. Se puede demostrar por ejemplo que la satisfacción sexual en la persona heterosexual sana es mucho más intensa que la del homosexual "sano". Ello constituye un hecho muy importante para la economía psíquica. Contra la tesis de ciertos homosexuales que pretenden presentarse como una especie particular pero en ningún modo enferma, aboga el hecho que con un tratamiento psicoanalítico eficaz todo homosexual tiende a abandonar la homosexualidad, mientras que nunca sucede que una persona heterosexual pase a ser homosexual después de un tratamiento.

«Cuando la homosexualidad no es demasiado antigua y las relaciones con el otro sexo no han cesado del todo y si además el interesado o la interesada se siente incómodo y quiere liberarse de la homosexualidad, el psicoanálisis, que hace reversible el desarrollo infantil anormal, en general cura las desviaciones homosexuales.

»Todo lo dicho hasta aquí son hechos demostrados científicamente, que son reforzados por la constatación de que en los primitivos no reprimidos, la homosexualidad existe sólo bajo la forma espiritualizada de la amistad. Según los últimos descubrimientos de Malinowski, la homosexualidad en los primitivos se manifiesta en la medida en que los misioneros (éstos rufianes del capital) introducen la moral cristiana en la vida sexual natural y empiezan a segregar los sexos. Esto, por otra parte, confirma la observación común que cuando son impedidas las relaciones naturales entre hombre y mujer (colegios, ejército, cuarteles, etc.) hay un correspondiente aumento de la homosexualidad.

»La conclusión que por ahora debemos sacar de estos hechos es que la homosexualidad, exceptuados los raros casos con base orgánica, es un fenómeno puramente social, una cuestión de educación de los dos sexos y de oportuno comienzo de las relaciones heterosexuales.»[23]

Hemos citado bastante largamente las tesis de Reich sobre la homosexualidad para subrayar la diferencia que, en esta materia, como en tantas otras, subsiste entre el pensamiento reichiano y el de muchos modernos investigadores y reformadores. Expresar un juicio sobre este problema, del que permanecen aún hoy en la obscuridad tantos elementos, no es nada fácil. A pesar de ello,

23. *Op. cit.,* p. 74.

si por una parte me parece bien fundada la objeción de un joven investigador,[24] según la cual la existencia de la homosexualidad entre los trobriandeses sería a su vez el producto de la presión social, en cuanto que en aquel pueblo la homosexualidad es reprobada, por otra parte los «argumentos» aportados por algunos psicólogos alemanes y escandinavos para demostrar el carácter «innato» de la homosexualidad, no pueden sustraerse a la objeción culturalista de costumbre: ¿qué pueden «demostrar» las tendencias homosexuales aunque sean precocísimas en individuos crecidos en nuestra sociedad? En esta situación, creo que el mejor sistema de investigación pase a ser el zoológico: la observación de los mamíferos superiores y de los monos. Tales observaciones, favorecen subtancialmente las tesis de Reich y Mali-nowski, ya que entre los animales no domésticos y libres, cuando por definición no existe presión cultural alguna, la homosexualidad es sin duda alguna un fenómeno extremadamente raro.

No se cree sin embargo que Reich acompañara esta afirmación del carácter patológico de la homosexualidad con algún tipo de discriminación o condena moral para los homosexuales:

«Sería absurdo querer deducir de lo anterior la conclusión de que los homosexuales deben ser combatidos o mirados con recelo y desprecio. Además significaría un error grave si, por inconsciente influencia de la moral burguesa, se condenara la homosexualidad como un comportamiento antiproletario... Mientras la educación sexual sea de tal forma que continúe empujando a la gente a la homosexualidad, *nadie tiene derecho a entrometerse cuando esta gente sin causar daño a nadie, organiza su vida como cree, y se encuentra bien en ella.* Constatar que la homosexualidad constituye un desarrollo innatural no da a nadie el derecho de castigar, condenar o discriminar. *Se debe intentar curar a los homosexuales que sufren a causa de su propia condición pero nadie debe atribuirse la tarea de obligarles o empujarles a curarse...* Es preciso sin embargo valorar debidamente ciertos aspectos sociales negativos unidos a la homosexualidad... Tiene, en particular, una función no indiferente en los ambientes políticos reaccionarios, en los círculos estudiantiles nacionalistas, entre los oficiales de las fuerzas armadas... Ello depende de la función particularmente importante que la inhibición moralística de la sexualidad natural ejerce en tales ambientes.»[25]

La conclusión de la interesante digresión de Reich está una vez más escrita en clave paneconomista, y poniendo a la URSS como «ejemplo».[26]

No es de extrañar que la nueva puesta en vigor de las leyes

24. Domenico DEMMA, *II funzionalismo di Malinowski,* tesis de doctorado, Universidad de Palermo, Facultad de Filosofía y Letras, 1965.
25. SKJ, pp. 74-76.
26. *Op. cit.,* p. 77.

contra los homosexuales, decidida en la URSS pocos años más tarde, fuera uno de los elementos que mayormente disminuyeron el entusiasmo filosoviético de Reich: una a una, todas sus «pruebas» de la primariedad de las estructuras y de las transformaciones económicas se le venían abajo frente a sus ojos.

Los *otros aspectos de la «camaradería sexual»*

La profunda influencia que Reich estaba sufriendo por parte de la ideología marxista y del movimiento comunista cuando escribió la obra que estamos examinando, aparece también en el panegírico de «la camaradería sexual» a la que dedica un capítulo. Esta infeliz expresión había sido, bastante significativamente, adoptada por «revolucionarios» y burgueses conjuntamente para augurar una renovación de costumbres entre los jóvenes. Es cierto que, como observa Reich, los burgueses intentaban con ella hacer pasar de contrabando una versión «modernizada» de las antiguas relaciones represivas entre hombre y mujer, pero es también cierto que los dirigentes de los partidos de izquierda empezando por los comunistas estaban haciendo o estaban por hacer lo mismo. La misma elección de la expresión, tan fría y militar, tan incapaz de expresar la relación llena de poesía y de pasión que une a los jóvenes verdaderamente libres en su desarrollo y en su vida sexual (piénsese una vez más en los jóvenes de los Mares del Sur), habría debido despertar sospechas a un psicólogo sutil como Reich; pero, evidentemente, entonces, su adhesión al marxismo y a sus expresiones políticas era demasiado impulsiva para consentir siempre la vigilancia crítica deseable.

«Camaradería —dice Reich— es un buen slogan hoy de moda. Pero veremos inmediatamente que las mismas palabras tienen un significado totalmente diverso en los labios de un proletario y de un burgués... Este último no puede ni soñar en una camaradería sexual ya que, habiendo escindido su sexualidad en ternura y sexualidad, para él deben existir dos tipos de muchachas: las "muchachas bien" y las "rameras". Respeta a las muchac las de su propia clase y satisface su cuerpo con una muchacLa de la clase inferior: ya sea prostituta, criada u obrera.»

Una ojeada sin prejuicios a estas consideraciones revela inmediatamente la tendencia a mitificar al proletariado, característica del pensamiento marxista. Basta pensar en nuestro proletariado meridional para darse cuenta de que no es en ningún modo indispensable disponer de una clase «inferior» a la propia para dividir a las muchachas en «muchachas bien» y «meretrices»: como ha sido inteligentemente notado; en esta última categoría entra entre nosotros toda mujer que no sea ni madre, ni hija, ni hermana, ni esposa, es decir, que no forme parte del grupo de las cuatro mujeres «honradas por antonomasia» de todos nuestros

más puros proletarios. Y no solamente los meridionales: baste recordar la nostalgia unánime de los burdeles como «garantía de la virtud de las mujeres de bien», manifestado por un grupo de obreros milaneses entrevistados por Pasolini para su film *Comizi d'amore* o el 65 por ciento de hombres que, en la muestra representativa entrevistada por Gabriel Parca en el norte de Italia, deplora el cierre de estas beneméritas instituciones.[27]

Además, Reich parece no captar otro engaño intrínseco a una determinada postura hacia la sexualidad no poco frecuente en los partidos de izquierda. Es cierto que para la burguesía, la palabra camaradería es utilizada para camuflar con un aspecto nuevo la antigua castidad. Pero es también cierto que en los partidos «proletarios» (piénsese en la teoría del «vaso de agua») la palabra camaradería ha sido utilizada para camuflar otra degradación de la sexualidad: una reducción de la sexualidad a sus aspectos meramente mecánicos, sin participación afectiva ni conmoción poética alguna. En definitiva, parece que Reich no se dé cuenta de que la antigua escisión burguesa entre amor idealizado y sexualidad mecánica perduraba y perdura en la mayor parte de los ambientes «de izquierda»: la única diferencia consiste en que, frecuentemente, en los partidos de izquierda el amor platónico es trasferido de una figura femenina al partido, mientras las comunistas prestan sus pobres cuerpos frígidos a los comunistas para las operaciones mecánicas de la sexualidad, exactamente como se lo prestaban el burgués y la prostituta en el amor mercenario. Claro está que en hipótesis se puede admitir que el origen de la represión y de la consiguiente escisión del impulso sexual en amor platónico y sexualidad mecánica, pueda estar en efecto unida a la instauración de la economía patriarcal y de la línea hereditaria masculina, pero, mientras que esta hipótesis no podrá jamás ser demostrada, para una crítica y una acción social actual, los prejuicios obrerísticos del marxismo, en éste como en muchos otros campos, pueden solamente perjudicar la causa revolucionaria, como el mismo Reich debió pronto comprender.

Y sin embargo, no es posible leer estas páginas, entre las más «marxistamei e condicionadas» de Reich, sin sentir una sincera admiración por su insustituible afán de desmitificación. Véanse, por ejemplo, estas sus palabras, tanto más valerosas en cuanto que insertas peligrosamente entre el prejuicio burgués del amor espiritual como «único rescate posible» del amor físico y el prejuicio proletario del «vaso de agua»:

«Sería equivocado —escribe Reich— pensar que se puedan tener relaciones sexuales sólo cuando exista también una comunidad de intereses espirituales. *Especialmente en los años juveniles, frecuentemente la amistad sexual lleva a la camadería espiritual.* El movimiento juvenil proletario, pues, sería actualmente más

27. G. PARCA, / *sultani,* Rizzoli, Milán, 3966.

fuerte y avanzado si nuestros jóvenes fueran capaces de desarrollar sus amistades sexuales al mismo ritmo que su camaradería política»[28] (cursiva añadida).

Al mismo tiempo, sorprenden ciertos planteos claramente utopistas sobre las relaciones entre los jóvenes: por ejemplo, cuando Reich dice que los jóvenes no deberían nunca inducir a una muchacha a la relación sexual «sin haberse cercionado antes muy bien de que la muchacha es *capaz* de soportar una eventual separación, permaneciendo inmune a crisis de depresión y de desesperación». Pero, ¿cuál es el joven capaz de «cercionarse muy bien» de una cosa de este tipo, admitiendo que esté dispuesto a hacerlo y a correr por lo tanto el riesgo de perder una de las tan raras y deseadas ocasiones de felicidad amorosa?

«Nosotros —continúa Reich en tono edificante— podemos ver en las relaciones sexuales de los jóvenes soviéticos cómo la revolución socialista haga que sean superfinas estas advertencias... Las posibilidades, cada vez mejores y más frecuentes de satisfacción sexual, gracias a la continua mejora del nivel de vida y del nivel cultural de las masas, la reducción del horario de trabajo, la disminución del paro juvenil, el mejoramiento de las casas y la disponibilidad de consulta sexual suprimen entre los jóvenes soviéticos la avidez y la brutalidad sexual y, suprimiéndolas, son una constante exhortación al sentido de responsabilidad.»

Y después de haber descrito una vez más los sufrimientos en el terreno sexual de los jóvenes alemanes de los años 30 (exactamente iguales a los de los jóvenes de los años 60), Reich continúa: «Todo ello encuentra su base en el orden capitalista y en la educación capitalista... La dificultad de hallar el *partner* depende de hechos intrínsecos al orden capitalista...»

Y, después de haber descrito un suceso de crónica (el escándalo provocado en un colegio femenino en el que se habían descubierto relaciones lésbicas entre las educandas y las educadoras), y haber justamente denunciado la responsabilidad de «este nuestro pernicioso sistema cuyos exponentes, mientras hablan como monas sobre la cultura y el bienestar, pervierten un grupo de muchachas sanas y transforman a sus institutrices en domadoras de fieras mediante la represión de la sexualidad natural de unas y otras», continúa textualmente: *«La solución es simple como la realizada en la URSS: destrucción del capitalismo y neutralización de los que se yerguen contra la liberación de la humanidad de estos delitos.»*[29]®

También el entero capítulo siguiente, esencial bajo ciertos aspectos porque anuncia al menos embrionariamente algunos conceptos básicos sobre la relación entre la sexualidad y la sociedad,

28. SKJ, p. 83.

29. *Op. cit.,* p. 97.

30.

está planteado según _este esquema toscamente panecomomista y ñlosoviético.

¿Cuál es —se pregunta Reich— el significado de la represión sexual de los jóvenes en el capitalismo? ¿Qué relaciones existen entre el orden social del capitalismo y su orden sexual?

La misma actitud de sumisión y de obediencia que el padre burgués exige a los ni jos —observa en primer lugar— es exigida a los ciudadanos por el Estado. En la medida en que la familia proletaria desarrolla su conciencia de clase, se modifica la actitud de los padres hacia los hijos. La represión de los impulsos sexuales exige la puesta en acto de muchas energías psíquicas. Cuanto más sana es la sexualidad, tanto más libre y crítico será el pensamiento y el comportamiento del individuo. Pero precisamente esta libertad de pensamiento y de actuación es lo que el capitalismo no quiere. La represión de la libertad espiritual y crítica mediante la represión sexual, es por ello uno de los fines principales del orden sexual burgués. Se exige la abstinencia con una insistencia particular durante la adolescencia porque es en aquel período que los jóvenes empiezan a rebelarse contra la disciplina doméstica.[30]

Como se ve, se anuncian ya esquemáticamente los móviles sociales esenciales de la represión, pero falta aún la sistematización conceptual del problema que, con las obras del período americano, encontrará su perfecta expresión en el concepto de «estructura autoritario-gregaria» como reflejo de la estructura sexual sadomasoquista creada por la represión. Más o menos, Reich se mueve aún dentro del concepto freudiano, válido solamente a un nivel cultural, según el que la mujer carecería de espíritu crítico y de curiosidad intelectual, ya que en la infancia y en la adolescencia está sometida a una represión sexual más drástica.

El capítulo termina con una larga filípica contra la familia tradicional, acusada de ser el núcleo de la moralidad represiva. Será suficiente destruir la familia o por lo menos demolir algunos atributos económicos esenciales del *cabeza* de familia —concluye monótamente Reich— y la represión sexual será liquidada con sus nefastos frutos. Como todos los marxistas clásicos (los modernos epígonos del marxismo han abandonado incluso su polémica antifamiliar y han pasado a ser, ideológicamente y en su vida privada, verdaderas columnas de la institución detestada por sus maestros ochocentistas), Reich una vez más parece ni siquiera pedirse cómo es posible que la moralidad represiva esté prosperando desde hace milenios, incluso en las colectividades (como los colegios, los pensionados y las castas clericales, los cuarteles, los barcos, etc.) en las que no hay ni huella de familia. Si se hubiera hecho esta pregunta habría evitado muchas desilusiones políticas y muchos mentís de la Historia a sus juicios: por eiemplo, el hecho que en 1968, en la China de Mao, entre dos maldiciones contra «el orden familiar burgués», los «guardias rojos» puedan imponer e imponerse un régimen sexual rígidamente represivo. Sin embargo, apenas Reich pasa de las generalizaciones fáciles a *examinar las condiciones de la juventud en la sociedad tradicional,* sus palabras adquieren una carga persuasiva mucho mayor:

«Amplios sectores proletarios que tendrían un gran peso político —escribe—, sin aparentemente darse cuenta de la contradicción entre lo que están afirmando y las teorías enunciadas poco antes sobre la "libertad sexual" y sobre la orientación libertaria de la moral y de las costumbres sexuales proletarias, no llegan al pleno desarrollo de su potencial clasista a causa de su dependencia de unos padres retrógados. Este factor es también muy importante en la juventud de la pequeña burguesía. Ahora bien, *dado que la enseñanza del miedo hacia lo sexual es el verdadero instrumento para crear la sumisión,* no puede haber una toma de conciencia por parte de la juventud acerca de la función de la autoridad de los padres y, por lo tanto, sobre la función del estado de clase en general, sin que se diga la verdad a los jóvenes: es decir, aue su sexualidad es algo muy bello v natural, que hay que defender activa y firmemente contra cualquier persona que tenga intención de reprimirla o devaluarla.»[31]

No menos digno de aprecio, frente a la abdicación ideológica y política de las izquierdas y del laicismo actual, aparece su constante y radical polémica anticlerical[32]

Pero quedan ya sólo breves paréntesis: el resto de la obra toma un tono cada vez más marcado de arenga:

«Los jóvenes con menos conciencia de clase (como por ejemplo los social demócratas) basándose en la libertad sexual aue la juventud actual está conouistando, afirman aue la liberación sexual de la juventud puede lograrse en el capitalismo sin necesidad de una revolución... Es cierto aue la juventud vive hoy de un modo diverso al de la juventud de hace treinta años y es también cierto aue la familia y la iglesia católica han perdido buena parte de su influencia sobre los jóvenes, pero ello es debido a la labor educativa revolucionaria...»[33]

Una vez más es fácil intuir el *shock* que debió sufrir Reich al ver cómo la tan despreciada socialdemocracia procedía a ulteriores (aunque siempre parciales y tímidas) liberalizaciones de la educación v de las costumbres, y cómo sus presuntos maestros, los partidos comunistas, retrocedían a formas de puritanismo y a represiones victorianas.

30. *Op. cit.,* p. 98.

31. *Op. cit.,* pp. 105-106.
32. *Op. cit.,* p. 107
33. *Op. cit.,* p. 112.

«Es la misma incapacidad del capitalismo para satisfacer las exigencias de la población y del desarrollo socio-económico la que garantiza la irreversible y progresiva disgregación de la moral capitalista sin necesidad de nuestra intervención. No somos nosotros los que hemos minado esta moral, o creado las crisis económicas, o destruido la familia: lo ha hecho por sí sólo el capitalismo. Cumplimos con nuestra tarea revolucionaria si tan sólo aceleramos este proceso, si "matamos al moribundo" dondequiera que lo encontremos, para constituir el nuevo orden.»

Infatuaciones filosoviéticas

De acuerdo con el evolucionismo marxista, Reich repite aquí la vieja fórmula según la cual, la revolución sería solamente la «comadrona de la Historia», cuyas «leyes» establecerían inexorablemente el progresivo avance de la humanidad hacia la «sociedad perfecta» y la «felicidad perpetua». Pero diversamente de miles de exponentes marxistas, que frente a las sociedades nacidas de sus revoluciones nunca han perdido la fe en los propias capacidades de «comadronas de la Historia», Reich comprendió a tiempo que algo gravemente equivocado y extremamente nocivo, debía haber en aquellas técnicas de obstetricia. Pero cuando publicó estas páginas impresas mientras Stalin gobernaba tiránicamente la URSS desde hacía cuatro años y había empezado desde hacía tres la liquidación de sus competidores, Reich no podía o no quería darse cuenta:

«Debemos demostrar a los jóvenes —escribe (y podríamos incluso estar de acuerdo con esta frase genérica)— que sólo el socialismo puede resolver la cuestión sexual. No es difícil demostrarlo. ¿Cuál es el país que ha dado a los jóvenes lo que la URSS les ha dado? ¿En qué país la juventud es verdaderamente libre si no es en la URSS? ¿Qué país ha empezado seriamente a liberar la sexualidad excluida la URSS? ¿Y en qué países, en cambio, los partidos se han limitado a charlar? La Unión Soviética ha liberado a los jóvenes de la represión y la Italia fascista ha acentuado la represión de los jóvenes y de la población entera. [Hay aquí probablemente una alusión a las reformas legislativas fascistas con las que, en 1926 y en 1931, el régimen de Mussolini endureció las penas previstas por los relatos contra las llamadas "buenas costumbres" y contra las informaciones anticoncepcionales *(N. del A.)]*. Éstos son los hechos. ¿Por qué la URSS ha podido liberar la sexualidad? Porque la sociedad soviética no tiene ningún interés en la represión sexual habiendo abolido el sistema económico capitalista... En la URSS no existen clases interesadas en la explotación de las masas: las privaciones, cada vez que llegan, son aceptadas voluntariamente por la misma clase obrera, en bien de la revolución y de su defensa del sitio capi-

talista... Que los países capitalistas se desarmen y entonces la URSS podrá fácilmente superarles y en mucho en el aprovisionamiento de toda la población, en alimentos más refinados y en artículos de consumo de altísima calidad... *Es necesario informar a los jóvenes acerca de la situación real en la URSS... Miles de jóvenes dejarían entonces de creer en las fábulas según las cuales, en Rusia la gente estaría muñéndose de hambre, Stalin sería un dictador que esclaviza al pueblo obrero y los bolcheviques personas que llevan un cuchillo entre dientes...»*[**]

Frente a páginas de este tipo, que repiten sin discernimiento las formulitas estereotipadas de la propaganda de la época, no podemos dejar de maravillarnos frente a la indignación mostrada por Reich, cuando ciertos ambientes psicoanalíticos europeos en primer lugar, y ciertos ambientes políticos americanos posteriormente, lo acusaron de haber sido comunista. Que el ser o el haber sido comunista pueda ser objeto de acusación por parte de autoridades de otro color, es evidentemente absurdo. Pero es realmente extraño que Reich haya rechazado tan obstinadamente dicho juicio formulado acerca de él, después de su expulsión del Partido. Y exige a nuestro parecer una explicación en términos psicológicos. Piénsese que este mismo Stalin, indicado por él en el año 1932 como un «dirigente democrático» del pueblo soviético, pasó a ser para Reich como la encarnación de la «peste emocional», designándole con la palabra *Modju* (que resulta de la fusión de la sílaba inicial de Mocegino, traidor y verdugo de Giordano Bruno, con las letras iniciales de Djugashvili, el verdadero nombre de Stalin). En toda la posterior polémica anticomunista de Reich, no puede dejar de notarse la reacción contra el ciego fideísmo de estos años: una reacción, por otra parte, común a muchos exfieles del «Dios que fracasó».

Y sin embargo, terminada la perorata política, Reich es *capaz* de encontrar incluso aquí su característica capacidad crítica y autocrítica:

«Dado que el movimiento juvenil comunista alemán (KJV), trabaja en la clara línea de la revolución socialista, debería ser el guía de la juventud incluso en el campo sexual. Y la juventud reconocería este guía, si le hablaran de un modo claro y adecuado de este problema tan vivo... Debemos pues llevar a cabo un trabajo valeroso de autocrítica y preguntarnos el porqué, en este campo, hemos permanecido hasta ahora inertes tan frecuentemente... Las organizaciones revolucionarias han constatado siempre que "el problema sexual perturba y obstaculiza la lucha revolucionaria". Y siempre se ha dicho que es preciso dejar de lado el problema: "No hay tiempo para ocuparse de ello; hay cosas más importantes." Pero si el problema sexual toma por el contrario una importancia cada vez más clara y urgente, y si las

34. *Op. cu.,* pp. 115-121.

organizaciones llegan frecuentemente a disgregarse por las dificultades sexuales de los jóvenes (como se ha demostrado repetidas veces), es necesario preguntarse el *porqué* de dicho fenómeno. Y entonces es forzoso concluir que la vida sexual no es algo privado si preocupa en tal modo a la juventud y puede llegar a causar estorbo a la lucha revolucionaria... ¿Se osaría dar una respuesta tan evasiva a otro problema que ocasionara tantas dificultades? ¿Por qué no somos más coherentes frente a este específico problema? ¿Cuáles son las razones?

»Una razón superficial es que, excluyendo la cuestión sexual, esperamos podernos dedicar completamente al trabajo revolucionario y queremos de esta forma diferenciarnos del burgués típico, que sólo sabe charlar de temas sexuales. Pero una actitud semejante es profundamente equivocada. Muchos de los nuestros han querido liquidar la sexualidad como algo marginal y burgués. Estaban equivocados: la realidad lo demuestra. Es *necesario llegar a una clara teoría sexo-política y de aquí a una práctica sexo-revolucionaria, ambas encuadradas en el conjunto del movimiento obrero... Éste, a nuestro parecer, es él justo camino* (cursiva añadida).

»Muchos camaradas, para justificar el abandono de la cuestión sexual, citan el conocido diálogo entre Lenin y Clara Zetkin, en el que Lenin dijo: "Hay cosas más importantes que el problema sexual." Estamos totalmente de acuerdo con la opinión que Lenin expresó entonces, ya que, como Lenin, también nosotros estamos en contra de las charlas superficiales y sin resultados. Las discusiones sexuales son frecuentemente un sucedáneo de la actividad sexual: una especie de masturbación mental.

»¿Pero no existe acaso una razón más profunda de este abandono de la cuestión sexual? ¿Dónde y cómo hemos sido educados?... ¿Nos hemos liberado de la ideología de la propiedad? Sí, en gran medida. ¿Nos hemos liberado de la religión? Aquí la respuesta no es tan simple ni unívoca. ¿Y qué sucede en cuanto a la moral sexual burguesa? ¿No está acaso enraizada en la misma institución familiar burguesa?

»E1 miedo hacia la sexualidad está radicado en nosotros, comunistas, de un modo mucho más profundo de lo que creemos... *Ésta es la razón más profunda del porqué no hemos abordado el problema.* Ninguno de nosotros se atreve a aceptar la inserción de las palabras de orden de la liberación sexual en la propaganda oficial del movimiento.»[35]

Leyendo estas palabras, se tiene por fin la sensación de encontrarnos frente al Reich auténtico, después de párrafos tan prolijos y escolásticos sobre la «superioridad» de los comunistas respecto a los «socialdemócratas-agentes-de-la-represión-al-acecho» o

35. *Op. clt.,* pp. 123-127.

sobre la «fundamental salud sexual del proletariado», en relación con la «inevitable actitud morbosa de los burgueses».

E incluso el consejo concreto que sigue nos parece aún actualmente apto para dar resultados positivos en los partidos de izquierda:

«Discutamos abiertamente sobre estos problemas, en las reuniones y en los mítines. Los padres no podrán por mucho tiempo defender en público las posiciones que sostienen en casa y así los jóvenes saldrán victoriosos y liberarán muchas energías para el movimiento juvenil. También los padres tendrán así la posibilidad de entrar en contacto con el movimiento revolucionario y por vez primera verán claro en sí mismos y en sus ideas.»

Actualmente, aue los partidos de i/auierda se lamentan de «la crisis de los jóvenes», es decir, de la disminución de interés y de participación iuvenil en la actividad del partido, me parecen de gran actualidad las advertencias de Reich.

«¿Por oué las muchachas prefieren ir a bailar, a frecuentar la sección? Si pensamos poder liquidar esta pregunta hablando de "mentalidad burguesa", demostramos solamente no haber entendido un hecho fundamental: qu^ en la juventud las mavores preocupaciones son precisamente las de carácter sexual... Debemos darnos cuenta que el menor interés político de las muchachas (hecho tan frecuente e inútilmente lamentado), es debido precisamente a su mavor represión sexual v debemos pues llegar a la conclusión lógica de one la represión sexual es un problema político de primera magnitud. Por otra parte, frecuentemente, incluso los muchachos vienen a nuestras organizaciones iuveniles con la esperanza serreta de encontrar allí a una muchacha, o sea por los mismos motivos oue les llevan a las salas de baile. Y frecuentemente se aleian del Partido y vuelven al *dancina* precisamente poraue en la sección no han hallado ninguna ayuda para la solución de sus problemas sexuales...

»Si hubiera igual número de muchachos v muchachas, la actividad política podría salir beneficiada de ello. La aceptación de la vida sexual en las organizaciones iuveniles (es decir, el rechazar las interferencias aue aún actúan en este campo), puede ser de una decisiva utilidad incluso en el camno de la organización. En el marco de nuestro programa cultural deberemos dar cabida a conferencias sexo-políticas, partiendo de los problemas personales que interesan a los jóvenes, para llegar a la alta política. De esta forma evitaremos aue la mayoría de jóvenes se aburra y participe solamente por obligación.

«Debemos en lo posible avudar a los jóvenes creando consultorios sexuales en las organizaciones de masa, fomentando un ambiente más libre y sano, y subrayando las relaciones profundas entre lucha por la liberación sexual y lucha por la liberación social. Veremos como entonces los jóvenes afluirán en masa y tendremos el nuevo gran problema de cómo crear los medios

para organizarles y darles la formación política y sexual que anhelan...

»No debemos tener miedo de las ofensas de la pequeña burguesía y de los líderes socialdemócratas que nos echarán en cara el "transformar en burdeles" nuestras secciones. Debemos acabar con el querer demostrar a la burguesía que también nosotros somos "moderados": al contrario, debemos combatir con todos los medios esta "moderación", debemos denunciarla por lo que es; una auténtica vida de burdel, y poner en su lugar nuestra nueva moral que, como hemos demostrado, consiente una vida sexual ordenada y satisfactoria.» [x]

Es suficiente confrontar estas intrépidas palabras de Reich con la actitud actual de los partidos de izquierda, para comprender a la vez la completa actualidad de su diatriba y las violentas resistencias que, enunciada con tal claridad hace cuarenta años, debió forzosamente hallar. Si apenas hoy, y con extrema timidez, las izquierdas empiezan a darse cuenta de los errores cometidos en el campo de lo moral; si aún hoy las palabras de Reich impresionan por su audacia, es fácil imaginar hasta qué punto debían aparecer como blasfemas en el momento en que surgía la dictadura stalinista: y es fácil comprender que Reich pagara con la expulsión, la difamación y la persecución, el delito de haber, tan intempestivamente, puesto el dedo en la llaga que había infectado al movimiento socialista.

Y a mí, que en estos años he tenido ocasión de dirigir cantidad de debates en los ambientes de izquierda sobre el tema de la reforma sexual, de sus métodos, de su urgencia, las palabras siguientes no pueden en modo alguno parecerme dictadas por rencor anticultural:

«Si investigáramos más a fondo las opiniones de los jóvenes y de los adolescentes, si diéramos menos importancia a las complicadísimas elucubraciones de tantos camaradas intelectuales, habríamos encontrado desde mucho tiempo la justa posición política sobre el problema sexual juvenil. Con ello no queremos disminuir el valor de las opiniones de los intelectuales. Pero los camaradas médicos, abogados, etc., no deberían nunca olvidar que provienen de una clase burguesa y que sus convicciones, incluso en campo profesional, están fatalmente influenciadas por la educación recibida.»

El sexo y los intelectuales

Por mi parte, querría añadir que, frecuentemente, en nuestra sociedad represiva, la cultura es un refugio, una consolación o una máscara para individuos particularmente inhibidos o conflictuados, de modo que, no tanto por los motivos de clase invocados por Reich, según el prejuicio obrerístico cultivado por él durante aquellos años, sino más bien por esta «selección al revés» que frecuentemente tiene lugar en el campo cultural, es sin duda verdadero que, «en lo que se refiere a la ideología sexual, los intelectuales son normalmente mucho más inhibidos que los simples obreros».

Insistiendo en la insuficiencia crítica de los medios comunistas en este campo, Reich cita a modo de ejemplo el caso de una novela soviética, *«La primera muchacha»,* que en aquellos años, no por azar, había tenido gran resonancia en los ambientes del Partido Comunista Alemán.

«Esta novela —escribe Reich— es una óptima descripción de la lucha de la juventud rusa contra la reacción y para la construcción del socialismo: bastarían estas características para recomendar su lectura a todos los jóvenes. Pero se ocupa también de la cuestión sexual. En primer lugar pone en evidencia cómo la vitalidad de la célula comunista descrita por el autor, aumenta enormemente en el momento en que entra en ella esta "primera muchacha". Aunque de cada línea emerja claramente que la cau-ST de esta vivificación es precisamente la atracción sexual que esta muchacha ejerce sobre sus compañeros, ello no es nunca dicho claramente por el autor dé una manera explícita. Y sin embargo, podemos estar seguros que una muchacha igualmente activa pero sin atractivos, jamás habría jugado el papel decisivo de Sonia. Pero aún en aquel caso nos encontramos frente al problema de siempre: una muchacha contra siete muchachos. Al principio la célula se reavivó, pero cuando la muchacha estableció con los muchachos una amistad cada vez más fuerte, ésta desproporción numérica pasó a ser un estorbo. La muchacha empezó a darse, como se dice, a la vida alegre. No podemos demostrarlo, pero nuestra experiencia nos da a entender que este continuo cambio de *partner,* estas relaciones indiscriminadas con todos los hombres fueran causadas por una perturbación en su sexualidad. Uno de los muchachos, particularmente enamorado de ella, empezó a sentir celos: y sería completamente equivocado querer ignorar esta realidad de los celos. Por algo es precisamente el muchacho que la amaba el que la mató. Los demás muchachos de la célula estaban interesados en el honor del grupo, pero ninguno de ellos empuñó el fusil y disparó. ¿Por qué esta solución trágica? Los muchachos de la célula pensaban que el contagio venéreo era una vergüenza infamante y que debía mantenerse secreto. No vieron pues la causa de la destrucción de la célula en el hecho que hubiera *una sola muchacha,* ni en el hecho que no osaran tratar aquel difícil problema, y por último los mismos celos del muchacho que disparó a Sonia eran totalmente inconscientes.

»No es ciertamente marxista-leninista —concluye Reich— el re-

36. *Op. cit.,* pp. 132-141.

chazar una realidad con la afirmación, aunque exacta en si, que lo más importante es la lucha de clase. Es necesario reconocer que los celos son una realidad de la vida humana, que existen junto a los lazos existentes entre los comunistas en el ámbito de la común intención revolucionaria. Si en la célula de Sonia se hubiera afrontado claramente el problema y si todos no hubieran sufrido de timidez sexual, si los muchachos y sobre todo Sonia no hubieran sido emocionalmente perturbados, y si hubieran sabido evitar las enfermedades venéreas, el trabajo del Partido no hubiera resultado tan afectado.» ^

En esta larga cita creo eme emergen claramente algunas incertidumbres críticas del Reich de estos años. La más conspicua es sin duda la singular pasividad con que Reich «asume» como realista el argumento de la novela, eme a un oio psicolóeicamente v literariamente atento se manifiesta como un producto tínico del romanticismo tardío, aunque esté transplantado en un ambiente de «comuna iuvenil». La obra entera está impregnada de un cuma de «fatalidad», de tragedia ineludible e inevitablemente me7clada con la pasión, que era v continúa siendo la exclusiva de la literatura romántica. En primer lugar, antes que la sexualidad con sus «diabólicas espirales» entre en luego, todo es alegría, dicha, idealismo: girando como inconscientes mariposas alrededor de la llama de Sonia. a su vez inconsciente de la mortal amenaza eme lleva consigo, los ióvenes protagonistas de la novela «hacen maravillas» gracias a la inspiración de su moderna Beatriz. Pero cuando comienza a entrar en iuego la sexualidad, todo se deteriora v se corromne. La muchacha, una vez abandonado el camino seguro de la castidad, se desliza fatalmente hasta el último grado de abvección, de acuerdo con los esauemas clásicos de la sexofobia cristiana. Y a la degradación moral se acompaña, siempre de acuerdo con los esauemas de la pedacmcna victoriana, el contagio venéreo, las enfermedades infames. Llegados a este punto, precisamente el eme más ama a la muchacha (según el concepto sexofóbico. posesivo e idealista del amor característico de la tradición patriarcal) «debe» matarla: estamos dentro del esemema clásico del «delito de honor», traspuesto de la familia clásica a la nueva «familia» de la célula juvenil. En definitiva, en mi opinión la novela no es más que una «fotonovela progresista» que no merecía tanta atención: lo que era preciso analizar, si acaso, no era el presunto realismo de su contenido, sino los motivos por los que una trama tan poco auténtica había suscitado tanto ruido e interés en los ambientes progresistas.

Y sin embargo, no obstante estas ocasionales concesiones al lugar común literario, Reich no cedía en nada en cuanto a los principios. Así, resumiendo su crítica de la totalidad de la novela

37. *Op. cit.,* pp. 144-146.

y proponiendo algunos criterios para enjuiciar la acción revolucionaria en el terreno sexual, escribe:

«Para nosotros, no deoe ser decisivo cuántas veces ni con quién alguien tiene relaciones sexuales, sino solamente si tales relaciones perjudican el trabajo político... Hacer el amor hoy con uno y mañana con otro puede ser productivo en un caso y perjudicial en muchos otros... Como primer paso, es conveniente nacer una lista de las expresiones que, en las discusiones sobre cuestiones sexuales, sirven para cubrir el excesivo pudor. Algunas de estas expresiones son: "amor espiritual", "camaradería juvenil", "conocimiento entre los sexos", "evolución del amor sexual al espiritual", "comprensión" etc., etc. Cuando oímos a una persona que a propósito desvía el verdadero problema con semejantes palabras, apenas se afronta la cuestión de las relaciones sexuales entre los jóvenes, debemos decirle con nuestra habitual franqueza de comunistas que se calle o que exprese claramente su pensamiento.»[33]

La obra va a su conclusión. Y los últimos párrafos merecen ser citados porque son un símbolo del valor, y al mismo tiempo del límite, de este pequeño libro que en su tiempo fue quizás el más conocido y mejor acogido entre todos los escritos de Reich:

«Durante la revolución —escribe Reich— cuando saltemos por encima de las ruinas de la vieja sociedad corrompida, explotadora y cruel, no será evidentemente el momento oportuno para hacer moraüsmo, si al principio las contradicciones sexuales de la juventud se acentúan; será necesario comprender la revolución en su relación con los cambios históricos, ponerse al lado de los jóvenes, y ayudarles en lo posible. Deberemos saber que se trata sólo de un período de transición. Significaría... oponerse a la evolución social si hiciéramos marcha atrás, espantados por el desorden de este periodo, si se tuviera miedo a la "juventud enloquecida", y se cayera de nuevo en la ideología burguesa, en el ascetismo o en el moralismo...

«Después de la revolución, cuando el pueblo empiece a edificar el socialismo, a transformar la economía en sentido socialista y a destruir la herencia podrida del capitalismo en todos los campos, se planteará la cuestión de un modo totalmente diverso al planteo actual. Entonces la sociedad tendrá el deber de pensar en la futura estructura de la vida sexual y de prepararla. Tal estructura futura podrá ser y será solamente el de la "plena vida amorosa", como dijo Lenin. Por poco que se pueda saber actualmente de esta "plena vida amorosa", es cierto que las necesidades sexuales en la sociedad comunista tendrán su justo reconocimiento.

»No pintamos ninguna utopía —concluía Reich—. *Al contrario, vemos muy claramente el desarrollo en esta dirección que se está*

38. *Op. cit.,* p. 146.

dando actualmente en la URSS, a 15 años de la revolución proletaria. *Disponemos pues de la demostración definitiva* de que sólo en el socialismo se puede realizar la libertad sexual. ¿Quieres abolir tus sufrimientos sexuales y los de los demás? ¡Lucha entonces también tú por el socialismo!»[39]

Como apuntábamos al principio, la conclusión es un buen símbolo de los méritos y de los defectos de *La lucha sexual de la juventud.* Por una parte, en sus primeras afirmaciones indicaba a los revolucionarios de los años 30 la justa postura a adoptar frente a los excesos que inevitablemente, en el terreno sexual como en los demás, la demolición de la moral tradicional y de sus instituciones está destinada a determinar en el comportamiento de individuos educados, precisamente, en un ambiente represivo: y pone en guardia al movimiento revolucionario del peligro que tales excesos, o el miedo de ellos, lleve a una restauración mora-listica o sexofóbica. Por otra parte, en sus afirmaciones finales, muestra una increíble falta de realismo y de información política. Mientras el nazismo está llamando a las puertas de Alemania, Reich continúa hablando de la revolución comunista como de un hecho que está a la esquina. Mientras el stalinismo está ya sólidamente instalado en la URSS y los educadores libertarios son liquidados sistemáticamente por la pedagogía autoritaria y sexofóbica de Makarenko, Reich dice que «ve muy claramente el desarrollo que se está produciendo en la URSS» hacia una completa liberación de la sexualidad, con todos sus colóranos de armonía y libertad social.

Frente a estas manifestaciones de fe desesperada, el anticomunismo furibundo del período americano aparece en su luz verdadera: como una reacción a la desilusión ideológica más fuerte de su vida. Ni la desilusión hacia el freudismo le puede ser comparada: ya que en definitiva, desde los primeros años, Reich notó los límites conservadores de la personalidad de Freud y de la mayor parte de sus colaboradores. En el movimiento comunista, en la revolución soviética creyó, al contrario, incondicional-mente y durante algunos años se persuadió de que podía inserirse de una manera determinante en el movimiento revolucionario alemán y transformarlo verdaderamente en el guía ideológico del movimiento revolucionario mundial. Nada es más bello y fácil que el creer en lo que más se desea, y nada es más cruel y difícil que aceptar el fracaso de las propias esperanzas más amadas: tanto en política como en amor.

39. *Op. cit.,* p. 149.

V

El pensamiento antropológico reichiano

Ni en este período de trabajo entusiasta como político y como agitador, la mente de Reich descuidaba los problemas teóricos, como la demuestran las páginas penetrantes de *Der Einbruch der Sexualmoral (La irrupción de la moral sexual).* Esta obra constituye sin duda la principal aportación de Reich a la investigación antropológica y, al mismo tiempo, una columna importante de su construcción teórica en el campo de las ciencias sociales.

Ya con las obras psicológicas del «período freudiano», y en particular con *Die Funktion des Orgasmus* (La *junción del orgasmo),* había ido exponiendo las experiencias clínicas y las actitudes emocionales que le impedían aceptar las involuciones teóricas y el conservadurismo práctico del psicoanálisis ortodoxo. Y con las primeras obras del período marxista (sobre todo con *Dialek-tische Materialismus una Psychoanalyse,* 1929, y con *Geschlechsrei-fe, Entralsamkeit, Ehmoral,* 1930), había intentado demostrar cuáles eran las aportaciones que el psicoanálisis podía y debía dar a la auténtica revolución social. Entre la originaria matriz freudiana del pensamiento de Reich y la nueva matriz marxista quedaba, sin embargo, abierta una laguna, en la que las objeciones del psicoanálisis ortodoxo y del marxismo autoritario podían fácilmente hacer mella: si las tesis freudianas (y tradicionalistas) acerca de la innata destructividad del hombre (el famoso «instinto de Muerte») y acerca de la fatal dependencia de toda convivencia y refinamiento civilizado de una severa represión de la sexualidad, hubieran sido verdaderas, resultaba imposible concebir una sociedad (aun socialista) que no llevara'consigo una educación y un modo de comportarse drásticamente represivos, con todas las consecuencias de intoxicación individual y social que ello comportaba.

El significado central de *Der Einbruch der Sexualmoral* radica precisamente en este punto: en el intento (sin duda el más serio y sistemático llevado a cabo hasta entonces y hasta el presente), de enraizar sólidamente la teoría marxista en la psicología freudiana (o, sería mejor decir ahora, reichiana) mediante el anillo de la antropología. Pero ¿qué es la antropología? No evidentemente la tradicional, que durante decenios se había limitado a recoger datos e informaciones sobre «costumbres raras» de este o aquel pueblo primitivo, sin intentar jamás un análisis o una interpretación de carácter psicológico o, a lo más, presentando de dichas costumbres «explicaciones» empapadas del infantil, kiplingiano

«complejo de superioridad» del blanco colonizador hacia cualquier colectividad de raza diversa o de diverso desarrollo tecnológico (piénsese, sólo para dar el ejemplo más ilustre, a *Ramo de oro* de Frazer).[1]

Con su característica oportunidad y agudeza, Reich captó inmediatamente el valor revolucionario de las investigaciones de un antropólogo de origen polaco, Bronislaw Kasper Malinowski, y en particular de su oora *Sex and Repression in Savage Society* (1927), que había ganado a su autor la cátedra de antropología en la London School of Economics y en la que se analizaba el comportamiento sexual de los trobriandeses (un pueblo matrilineal de la Melanesia), utilizando por una parte los descubrimientos psicoanalíticos para la interpretación de las observaciones antropológicas y, por otra parte, éstas para la contestación de algunas teorías centrales del psicoanálisis: y en primer lugar de su idea fundamental, el «complejo de Edipo». Estudiando los trobriandeses, Malinowski había constatado que entre ellos el odio profundo que, en el complejo clásico del psicoanálisis, el hijo siente hacia el padre, estaba totalmente ausente, y que la relación padre-hijo estaba, al contrario, inspirada en la amistad y el afecto sin ambivalencia alguna, como se lo demostraban claramente el análisis de los sueños y de los mitos trobriandeses. Y agudamente, Malinowski había relacionado esta profunda diferencia de actitud psicológica con la diversa organización social de las islas de Trobriand: organización que no daba al padre los atributos autoritarios y sexofóbicos (de control de comportamiento, de chantaje o presión económica, de amenaza y castigo físico o moral, de prohibición de la actividad erótica y autoerótica) que en la nuestra (como en toda sociedad patriarcal) atraen precisamente sobre el padre el odio del hijo.

El interés científico de las investigaciones de Malinowski no había escapado a los ambientes psicoanalíticos, en cuanto eran, a sabiendas, un duro golpe para el postulado de universalidad espacial y temporal del «complejo de Edipo» al que Freud había intentado dar fundamento teórico con los cuatro ensayos publicados en «Imago» y posteriormente (1913) reunidos en el libro *Tótem y tabú.* Ya en 1925 Ernest Jones, reaccionando ante una relación preliminar de Malinowski sobre la cultura melanesia,[2] había publicado en el «International Journal of Psychoanalysis» un interesante ensayo,[3] en el que intentaba «desmontar» la amenaza gravísima que aquellos primeros análisis antropológicos de Malinowski representaban ya para las pretensiones freudianas de biologi-zar el complejo de Edipo y la destructividad característica de nuestra sociedad.

Jones había objetado a Malinowski que la constelación emocional observada por él entre los trobriandeses (amor hacia el padre y hacia la madre, hostilidad hacia el tío materno investido por el derecho matrilineal de los atributos de autoridad reservada al padre en nuestras sociedades), lejos de desmentir las tesis freudianas acerca del odio originario y universal hacia el padre era, si se examinaba con ojo psicoanalíticamente experto, una ulterior confirmación de dichas tesis y podía incluso dar el punto de partida a una interpretación de las razones psicológicas profundas de la institución del matriarcado. Según Jones, la ignorancia manifestada por los trobriandeses y por otros pueblos primitivos, en lo referente a los mecanismos de la procreación y de la parte determinante que el padre tiene en tal proceso, no debía ser tomada ingenuamente en su valor aparente. La prueba de ello estaría en el hecho que, cuando manifiestan sus ideas acerca de la procreación, los trobriandeses recurren a un simbolismo tan alusivo que indica «por lo menos una inconsciente percepción de la verdad»: pues bien, precisamente esta percepción rechazada de la paternidad estaría íntimamente relacionada con los caracteres estructurales del matriarcado y de sus constelaciones emocionales, por cuanto que ambos tendrían su origen en la misma intención: la de desviar el odio que el muchacho sentiría hacia el padre. «Repudiando la función del padre en el coito y en la procreación», los trobriandeses tenderían pues a debilitar y a desviar el odio «universal y primordial» que el hijo siente hacia el padre. Pero si este rechazo de la función paterna en la procreación pone a salvo al padre de la totalidad de dicho odio, «los sentimientos de temor, miedo, respeto y hostilidad que son inseparables de la idea de la imagen paterna», continuaba Jones, deben ser de algún modo colocados e investidos y entonces, según un proceso bien conocido por el psicoanálisis, llamado precisamente de *transferí* se focalizan en el tío materno que pasa a ser, tanto en el plano social como en el emocional, el equivalente de nuestra figura paterna, con todos los atributos correspondientes sociales y emocionales de autoridad y ambivalencia llena de. hostilidad. De esta forma, según Jones, en las sociedades matrilineales, mediante «una descomposición del padre primitivo en un padre afectuoso y dulce por una parte y en un tío severo y austero por otra», se lograría salvar al padre y al hijo de su recíproca hostilidad. El complejo de Edipo, pues, continuaba siendo fundamental y universal en la concepción de Jones y «el sistema matrilineal, con su complejo avuncular», lejos de confutar su universalidad aparecía como una demostración, porque venía a ser una construcción social «surgida como defensa contra las primordiales tendencias edípicas».

1. Sobre este ridículo «complejo de superioridad» del hombre blanco (y en general del evolucionado técnicamente) en relación con los llamados primitivos quizá la denuncia más eficaz se encuentra en Jean SERVIER, *L'uomo e l'invisibile,* Rizzoli, Milán, 1968.

2. B. MALINOWSKI, *Psychoanalysis and Anthropology,* «Psyche», Londres, IV, 1924.

3. E. JONES, *Mother and Sexual Ignorance of Savages,* en «The International Journal of Psychoanalysis», 1925, vol. VI, pp. 109-130.

A esta «confutación» sin duda ingeniosa de Jones, Malinowski había sabido contraponer algunas objeciones radicales y, a nuestro juicio, definitivas. Si la hipótesis de Jones hubiera sido acertada —argumentó Malinowski— este originario y rechazado complejo edípico habría debido dejar alguna huella, tal como el mismo psicoanálisis había descubierto y proclamaba para todo complejo, en los sueños, en las visiones, en los mitos y en el folklore de los trobriandeses: al contrario, el minucioso análisis llevado a cabo por Malinowski incluso en el campo de los sueños, de la simbología y de la mitología, había siempre y solamente, hallado expresiones más o menos directas del otro «complejo», el matrilineal de amor rechazado hacia la hermana o de odio rechazado hacia el tío materno.

A partir de aquí, Malinowski pasaba a una crítica minuciosa de la misma teoría freudiana del parricidio originario, señalando en ella una fundamental «contradicción interna». Según Freud —recordaba Malinowski— la occisión del padre y jefe de la horda por parte de los machos jóvenes, sus hijos y rivales en la posesión de las hembras, debería colocarse en los primeros orígenes de la cultura. «Esto significa que debemos considerar que el delito y sus consecuencias se han verificado aun en el estado de naturaleza: pero una tal hipótesis lleva a numerosas contradicciones. Hallamos, en efecto, que faltan totalmente los motivos de un parricidio, dado que en la condición animal el instinto no lleva... a estados mentales represivos y además porque, en definitiva, los hijos no tienen motivo de temer al padre después de haber dejado la horda.» En definitiva, objetaba Malinowski, ¿cómo se puede suponer que la cultura y la moral provengan de sentimientos de culpa desencadenados por un acto llevado a cabo por seres viviendo al estado animal, cuando en tales condiciones se puede demostrar, en base a las observaciones zoológicas (y aceptado por definición), que no existen sentimientos de culpa, es decir, conflictos psíquicos rechazados? Una de dos: o —por hipótesis puramente teórica — el sentido de culpa existe ya en el animal (y entonces no es necesario hacer la hipótesis del parricidio originario para «explicar» el surgir de la moral y de la cultura), o tales sentimientos de culpa no existen, y entonces es absurdo pensar que una humanidad puramente animal pueda' producirlos precisamente en relación con la muerte de un déspota opresor. (Por otra parte —se podría quizás añadir, en apoyo de las tesis de Malinowski— la observación del comportamiento de los monos antropomorfos minuciosamente llevada a cabo por tantos investigadores, no ha, en modo alguno, confirmado ni la universalidad de este despotismo del macho adulto ni, mucho menos, una mínima frecuencia de su muerte por parte de machos jóvenes coa-lizados: al contrario, ha sido demostrado que estos últimos pueden hallar satisfacción sexual con relativa facilidad cuando el macho viejo es muy celoso y que, de todas formas, las luchas

sexuales no son nunca «a muerte» como había en cambio hipo-tizado Freud.[4]

De los Mares del Sur a la Europa de los años 30

De lo dicho hasta aquí, debería resultar claro que la discusión sobre la obra de Malinowski se había reducido al ámbito bastante abstracto de la antropogénesis, es decir de las teorías, o jmejor dicho de las hipótesis, siempre muy discutibles, sobre el origen de la civilización. La importancia de la aportación antropológica de Reich, y en particular de la obra que nos disponemos analizar, consistió entonces, y consiste aún actualmente, en haber intentado «introducir» los descubrimientos de Malinowski en el análisis de la realidad social y política contemporánea por una parte y, en las perspectivas y modos de una su transformación revolucionaria por otra. Reich no escondió esta su «motivación» central de su investigación: aparece ya de la atenta conciencia revolucionaria, con que en toda la obra trata y confronta las varias tesis (desde las freudianas ortodoxas, a las de Malinowski, a las marxistas), a la luz de los datos sacados de la observación comparada de la sociedad trobriandesa con la nuestra, ya en las mismas páginas de la bella introducción que antepone a la primera edición de *Der Einbruch der Sexualmoral* (pp. I-XIV).

«Esta investigación... —escribía al comienzo de la introducción — quiere contribuir a establecer las bases de una política sexual consciente de sus objetivos.»

Reich pasaba luego a una exposición muy lúcida de la problemática de la que había surgido su trabajo.

«Habiendo llegado al psicoanálisis a partir de la sexología y de la psiquiatría —escribía— me habían impresionado sobre todo las grandes posibilidades que ofrece el tratamiento casual (y por lo tanto teóricamente bien fundado) al que tiende el psicoanálisis.» Con clara alusión a su disentimiento que había llegado a ser profundo con la técnica de tratamiento del psicoanálisis ortodoxo, hacía notar que, si el tratamiento psicoanalítico había quedado muy rezagado respecto a la teoría de las neurosis, con el resultado de reservar a los psicoanalistas muchos y graves fracasos terapéuticos, era necesario señalar como un mérito fundamental del psicoanálisis el haber reconocido el concepto según el cual «es necesario comprender una neurosis para poderla curar».

Además, «la observación del proceso concreto y vivo de las

4. Véase por ejemplo: C. R. carpenter, Behaviour and Social Relations of Free Ranging Primates, en «The Scientific Monthly», 1939, núm. 47, pp. 319-325; Sexual Behaviour of Free Ranging Rhesus Monkeys, en «Journal oí Comparative Psychology», 1942, núm. 33, pp. 113-142; A. sokolowsky, The Sexual Life of the Antropoid Apes, en «Review of Urology», 1923, núm. 27, pp. 612-616; R. M. yerkes, The Great Apes, New Haven, Yale Univ. Press, 1929.

modificaciones de los mecanismos psíquicos durante el tratamiento analítico iba acompañada constantemente de la pregunta: ¿Cuál es la diferencia entre lo psíquicamente sano y lo psíquicamente morboso?» (Es esta pregunta—digámoslo entre paréntesis— la que coloca a Reich como un precursor de Fromm y de sus intentos de separar el concepto de salud del relativismo oportunista de la adaptación social.)

La fórmula original de Freud según la cual la neurosis es el producto de un rechazo sexual mal logrado, y la primera condición para su curación es por lo tanto la abolición del rechazo y la liberación de los impulsos sexuales rechazados, lleva a la pregunta sucesiva: «¿Qué sucede con los impulsos liberados?»

En la literatura psicoanalítica —continúa Reich— es posible hallar dos respuestas a esta pregunta. La primera sostiene que los deseos rechazados llevados a la consciencia son dominados o rechazados por ella «conscientemente». La segunda sostiene que son expresados de forma simbólica mediante la sublimación. «De la necesidad de una satisfacción sexual directa —comentaba amargamente Reich— no se habla jamás.» Y en sustancia tenía razón, aun si en el primer Freud (piénsese en el ensayo de 1907 sobre *El nerviosismo moderno)* se puede hallar la tendencia a reconocer la imposibilidad de una sublimación total de los instintos y, por lo tanto, la necesidad de una parcial satisfacción directa.

Pero la experiencia clínica —objetaba Reich basándose en su trabajo como consejero sexual en el mundo proletario vienes y berlinés— había demostrado que la sublimación era posible sólo en poquísimos casos y que el dominio y la condenación de los deseos infantiles liberados (impulsos edípicos, perversos, etc.) no es más que un buen deseo si el tratamiento y el ambiente no consienten una vida sexual satisfactoria y regular. «Pronto se ve —escribe insistiendo en uno de los motivos centrales de su ruptura con la teoría y la metodología del psicoanálisis ortodoxo— que no existe neurosis sin disturbios genitales y signos vistosos de éxtasis sexual.» Y, simétricamente, se demostró que «la instauración de la completa organización y satisfacción genital constituye el factor esencial e indispensable para la curación», en cuanto «la satisfacción genital, ella sola, es ya capaz de abolir el éxtasis sexual y de privar de esta forma a los síntomas neuróticos de su fuente de energía».

Ya en otra parte de este libro hemos hecho referencia a las críticas promovidas por el psicoanálisis ortodoxo a esta teoría reichiana de la neurosis y a su poca consistencia: no es necesario pues repetirlas aquí, dado que el problema es sólo marginal al tema que estamos tratando. Lo que cuenta, en este contexto, es seguir la evolución lógica del pensamiento de Reich, desde el psicoanálisis a la crítica de sus insuficiencias sociopolíticas, a la afirmación de una decidida voluntad revolucionaria y, por último, al robustecimiento de las esperanzas revolucionarias precisamente

a través de los descubrimientos antropológicos de Malinowski.

En aquel momento —continúa Reich— se creyó disponer ya de la llave de la economía sexual y, con ella, la del tratamiento de las neurosis. Pero las experiencias sucesivas mostraron que, aunque fuera posible realizar aun en algunos casos muy graves una organización genital de la libido, el ambiente en que el sujeto vivía y se curaba se oponía sistemáticamente a sus exigencias sexuales, y por lo tanto, a su curación.[5]

En definitiva, el tratamiento coherente de la neurosis requería por parte de los pacientes la superación de la «moral» impuesta por la sociedad: pero precisamente se tenía miedo de esta superación concreta y «las mismas críticas de los colegas analistas a la teoría (reichiana) de la satisfacción genital revelaban la presencia de una barrera social e ideológica».

Pero, aun admitiendo que el tratamiento analítico hubiera logrado llevar a término y a mantener la curación del neurótico a pesar de la acción morbífica del ambiente, permanecía un problema básico que Reich, como hemos visto, se había planteado oportunamente y al que había intentado hallar solución por lo menos parcialmente con la institución de sus centros de consulta psicosexual: puesto que la mayoría de los componentes de nuestra sociedad se revelaba, después de un examen psicológicamente consciente, sometido a notables perturbaciones neuróticas y sexuales y puesto que la única terapéutica causal —el psicoanálisis— exigía un tratamiento medio ya prolongado y destinado a prolongarse aún más con el incremento de la experiencia clínica, una solución terapéutica del problema de la neurosis aparecía claramente imposible y se planteaba automáticamente la urgencia de una solución *profiláctica.* Dado que curar las neurosis a escala de masa (y defender los resultados obtenidos de las contraofensivas ambientales) era imposible, sólo una remoción *preventiva* de las causas de la neurosis podía dar lugar a alguna esperanza.

¿Cómo prevenir la neurosis de masa?

«¿Cómo prevenir la neurosis?» Ésta es la pregunta crucial que todo especialista y todo hombre consciente de la gravedad del problema habría debido hacerse inmediatamente pero, comenta Reich, «quedé sorprendido al constatar cómo una cuestión tan fundamental no había sido nunca seriamente planteada y que cuando había sido insinuada había sido liquidada con algunas palabras genéricas».

La psiquiatría tradicional no ofrecía en modo alguno ni auxilios ni luces. Permanecía fija en la etiología hereditaria de las neurosis y no en vano: actuando así, «obedecía al imperativo, co-

5. ESM, Introducción, p. VI.

mún a toda la ciencia biológica burguesa, de alejar la atención de los científicos y del público de las condiciones ambientales» y de su influencia patógena.

Llegado aquí, el razonamiento de Reich vuelve a tomar la connotación política que había tomado al principio de la introducción.

«Que todo ello [y precisamente las teorías constitucionalistas y hereditarias de la psiquiatría tradicional *(N. del* A)] estuviera equivocado ha sido puesto en evidencia por el estudio de la sociología marxista. *A Marx, de hecho, se llega directísimamente cuando se ha entendido que las condiciones ambientales constituyen las causas -fundamentales* del surgir de las neurosis en la infancia y, al mismo tiempo, son los factores determinantes que, sucesivamente, hacen difícil la curación del neurótico.»[6]

A Marx y a Engels —continúa Reich— no conduce sólo el rechazo de las tesis constitucionalistas de la psiquiatría tradicional sino también el rechazo de la tesis freudiana según la que «la remoción sexual es parte insustituible del desarrollo cultural de la sociedad». Un punto de partida para el rechazo de esta concepción conservadora y reaccionaria del freudismo ortodoxo lo daba la simple observación de nuestra sociedad. De hecho, mientras «Freud afirmaba que la civilización se basa en la sexualidad rechazada... no se podía ignorar indefinidamente que el hombre con represión sexual, el neurótico, es superado en gran medida, aun en el campo de la creatividad social, por el hombre sexual-mente más libre y satisfecho».

Pero después de haber sospechado que, contrariamente a la tesis de Freud, no era la-represión la que engendraba la civilización, sino la civilización la que engendraba la represión, era inevitable plantearse la sucesiva y crucial cuestión: «¿Qué interés tiene la sociedad en promover la represión de la sexualidad?»

Mientras que de la sociología tradicional no llegaba ninguna respuesta sensata, «con Marx y Engels se abrían finalmente una cantidad de perspectivas»: y eran sobre todo importantes en este contexto, el *concepto marxista* según el que las *condiciones económicas* de una determinada sociedad determinan las actitudes morales y la *indicación etnológica* dada por Engels con *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado.*

«Si Freud tenía razón —escribe Reich—, si la represión sexual era parte integrante del desarrollo de la civilización, y si al mismo tiempo, como ya no cabía duda, provocaba y conservaba las neurosis de masa, entonces la cuestión de la prevención, del saneamiento psicoprofiláctico de la sociedad no tenía sentido, era algo sin esperanza. Pero si tenía razón la sociología marxista, si la moral se modificaba con el orden económico, si Morgan y Engels habían descrito correctamente la historia de la familia, entonces la moral podría aún sufrir variaciones y con ello la profi-

6. *Ibidem,* pp. VII-VIII.

laxis de las neurosis de masa se transformaba en algo plenamente posible.»[7]

La inspiración marxista y revolucionaria de los nuevos intereses etnológicos implicados en *Der Einbruch der Sexualmoral* no podía ser enunciada de un modo más explícito. Se debía, —continúa Reich — conocer la vida sexual de los primitivos para informarse acerca de la sociología de las perversiones, de las perturbaciones nerviosos, de la disociábilidad sexual. Desgraciadamente «la literatura era abundante, pero no se podían sacar conclusiones definidas, ya sea porque se trataba de trabajos contradictorios entre sí, ya sea porque todas sus páginas estaban repletas de sentencias moralizado ras» y revelaban pues una actitud empapada de prejuicios y profundamente anticientífica.

Aunque se hubiera querido basar en obras como *Ars Amandi Indiana* de R. Schmidt, se debía muy pronto renunciar a la empresa ya que en obras como aquélla no se intentaba establecer ninguna relación entre la vida sexual y las estructuras económico-sociales de los pueblos estudiados. La literatura etnológica más «razonada», por otra parte (y en particular las obras de Cunow, Müller, Lyer y otros), se quedaba en una observación de las formas exteriores de la vida sexual (costumbres y ritos matrimoniales, etc.) sin estudiar jamás en detalle e íntimamente la experiencia sexual real de aquellos pueblos.

«En esta situación —concluye Reich— las investigaciones de Malinowski llamaron mi atención porque llevaban a constatar la existencia de relaciones precisas entre toda futura reforma sexual y económica, por una parte, y la vjda sexual de los primitivos patrilineales, por otra parte. Aportaban en definitiva la documentación desde tiempo esperada y buscada acerca de las experiencias sexuales reales de los primitivos, y en particular acerca de la cuestión de las neurosis de masa. Los descubrimientos de Malinowski, aportaban más de lo que se esperaba... Basándose en tales descubrimientos, que inmediatamente hacían pensar en una directa continuación de las teorías de Morgan y Engels, se podía empezar un trabajo serio sobre el aspecto etnológico del problema de la economía sexual. El presente ensayo expone los resultados de este esfuerzo.»[8]

De esta forma, en septiembre del 1931, Reich presentaba la primera edición de su principal obra antropológica. Tres años más tarde, en noviembre de 1934, añadía un breve prólogo a la segunda edición en el que declaraba que, desde la publicación de la primera edición, el tiempo había aportado dos confirmaciones importantes a las opiniones expresadas en la obra.

«La primera ha sido dada por las reformas del derecho familiar introducidas en Alemania por el nacionalsocialismo que en-

7. *Ibid.,* p. X.
8. *Ibid.,* p. XV.

cuadran perfectamente con la ideología patriarcal del fascismo y con su modo de reproducirse socialmente...; la segunda ha sido dada por los resultados de la expedición de Roheim [el conocido etnólogo de estricta ortodoxia freudiana *(N. del A.}~* que colocan a mi teoría de la irrupción de la moral sexual en las culturas primitivas sobre una base más amplia de la que era posible hasta el presente aunque sea "no sólo independientemente de la voluntad de Roheim, sino contra su básica posición teórica".[9]

»Por lo demás —concluye Reich— este escrito ha sido poco cambiado.» Y en esta frase lacónica, se puede captar quizás la duda del autor sobre los juicios entusiastas expresados en la primera edición acerca de la nueva realidad soviética e incluso acerca del rígido planteo marxista que el trabajo había tenido en 1931 y que continuaba presentando. Pero éste es un problema más específicamente político y por lo tanto será mejor discutirlo en la parte dedicada a la crisis de las relaciones entre el Reich del período marxista y el movimiento comunista.

La sociedad de los trobriandeses

Der Einbruch der Sexualmoral está constituido en gran parte por una reexposición de las investigaciones de Malinowski sobre los trobriandeses. Pero, como hemos dicho, no se trata de una simple paráfrasis: los datos dados por Malinowski son constantemente seleccionados y presentados en relación con el significado que pueden tomar a la luz de una interpretación psicológica o en relación con otros fenómenos, análogos o contrarios, aue pueden ser observados en nuestra sociedad o en la moral casi antitética que la gobierna en el campo sexual. Nada se queda, pues, en simple observación antropológica, sino que todo toma un valor cargado de intencionalidad cultural y política, con todos los ries-pos rme una tal actitud comporta indudablemente en el plano científico.

»De esta forma, por eiemplo, describiendo la vida sexual de los niños de las islas Trobriand después de haber contado que, cuando se despiertan por la noche mientras los padres están realizando el coito, son reprendidos e incitados a que «escondan la cabeza debaio de la alfombra», Reich comenta, no sin ingenuidad, que «una tal advertencia no tiene nada que ver con la negación de la sexualidad, sino que es sólo una medida para quitar todo estorbo al adulto que está realizando el coito»; al mismo tiempo, sin embargo, subraya agudamente cómo el hecho de que tales prohibiciones no lleven jamás a desarrollar ninguna perversión de tipo *voyeur* (desconocida por los trobriandeses, como todas las demás perversiones) demuestra que determinadas limitaciones

9. *Ibid.,* p. XVI.

de la libertad sexual infantil *asumen carácter patógeno sólo cuando van acompañadas de una general represión o negación de la sexualidad.*

El mismo concepto, por así decirlo, «cuantitativo» es también aplicado por Reich al tabú del incesto tal como es tomado por los trobriandeses.

Siendo la sexualidad libre —dice— no se puede considerar el tabú del incesto como una grave restricción de la sexualidad en sentido sexo-económico. Quedan de hecho a los trobriandeses amplias posibilidades de satisfacción. No se puede hablar de restricción del impulso alimenticio si a alguien se le prohibe comer cordero con judías verdes pero, al mismo tiempo, se le permite comer libremente todo lo demás. Quien pretenda pues negar que la vida sexual de los trobriandeses sea libre porque subsisten algunos tabús bien delimitados muestra sólo ser capcioso y obtuso. Las restricciones impuestas a los trobriandeses no tienen de hecho ninguna importancia económica o dinámica. La dramatización del impulso incestuoso es sólo el resultado de una *represión general* del impulso sexual. Estas consideraciones —concluye Reich, enunciando su definitiva posición frente al complejo de Edipo— son importantes para comprender el valor real del impulso incestuoso en nuestros niños. En gran medida es el resultado del fracaso o de la imposibilidad total de otro tipo de relación sexual y de los vínculos sexuales que los mismos padres nutren hacia sus propios hijos, debido a la insatisfacción sexual que caracteriza tan frecuentemente la vida de los adultos.[10]

Y aún, hablando de los juegos sexuales de los pequeños trobriandeses, Reich insiste en su total inocuidad en cuanto a un sano desarrollo de la sexualidad adulta. Cuando levanta el grito al cielo sobre los peligros de los juegos sexuales infantiles —comenta cáusticamente— la literatura sexológica burguesa ignora que tales peligros derivan exclusivamente de la atmósfera de culpa y de miedo en aue se desarrollan los juegos sexuales de nuestros niños, a causa de la actitud emocional con que los adultos (y en primer lugar los padres) los miran. Los padres trobriandeses, al contrario, no sólo no prohiben sino que de buena gana promueven los juegos sexuales de sus niños, colaborando incluso en la construcción de pequeñas cabanas en el bosque donde los pequeños van a jugar al amor: exactamente como ciertos padres nuestros
—convencidos de la propia «civilización superior»— ayudan a los hijos a jugar a la guerra.

Sólo la observación psicoanalítica de las funciones sexuales —comenta Reich— enseña a considerar el acto en sí mismo como menos importante que el acercamiento psíquico consciente e inconsciente que lo acompaña.[11]

10. ESM, p. 6.
11. *Ibidem.*

Y de aquí nace inmediatamente una *Nota,* de 1934, que confirma esta constante conciencia reichiana de los significados más actuales de toda observación científica.

«Aunque pueda parecer secundaria —dice la nota— la diferencia entre mera tolerancia y aceptación plena de la vida sexual de la infancia y de la adolescencia, tal diferencia es decisiva para la formación de la estructura psíquica del educando. Debemos pues considerar la posición de tolerancia actualmente difundida entre los educadores «iluminados» de ciertos pequeños círculos, como una negación total de la sexualidad. No sólo, de hecho, el niño siente claramente la tolerancia como un "castigo dulcificado" de algo o de un comportamiento a pesar de todo reprobable, sino que la simple tolerancia del juego sexual no deja de ser un contrapeso absolutamente inadecuado frente a la enorme presión del ambiente social que niega y castiga la sexualidad.»[12]

Para mí, que desde ya hace muchos años estoy denunciando los límites y los equívocos de la educación sexual de tipo sueco,[13] que se reduce precisamente a una actitud de tolerancia, esta precisa crítica reichiana de la «moral de la tolerancia» ha sido una convalidación reconfortante de mi actitud y, al mismo tiempo, una confirmación más de la excepcional precocidad y penetración crítica de una parte tan grande del pensamiento de Reich. Tal precocidad se manifiesta, en otro sentido, también en la continuación de la nota citada, que suena a la vez como una advertencia a no abandonar al estéril maximalismo de los que dicen: «No es posible hacer nada a nivel personal, hasta que no se haya revolucionado el ambiente social», y como una denuncia de los oportunismos en los que caían y caen tantos psicoanalistas, educadores y asistentes sociales, aunque progresistas en el modo de hablar, apenas afrontan los problemas morales y de comportamiento del niño y del joven.

«Un específico e inequívoco asentimiento a la vida sexual infantil y adolescente por parte del educador —observa Reich— puede llegar a ser, por el contrario, la base de componentes sexo-afirmativos preciosos de la estructura del Yo aunque no logre neutralizar las influencias sociales. Esta afirmación quiere ser una crítica del comportamiento de los que no se atreven jamás a dar el paso decisivo de la tolerancia al asentimiento. Su frecuente respuesta según la que es necesario "dejar hacer a los niños" no es más que una evasión de las propias y concretas responsabilidades personales. Si en el análisis de los niños, de los adolescentes y de los adultos no se crea un contrapeso adecuado a las influencias sociales, la anulación de la represión sexual permanece sólo teóricamente. De la misma manera que no se debe

12. Ibidem.

13. Véase a este propósito L. de maechi, Sesso e civiltá, Laterza, Bari, 1959; y Sociología del sesso, Laterza, Bari, 1963, pp. 259-260.

imponer algo no deseado, es igualmente indispensable reforzar ciertas tendencias del enfermo y del niño hacia la economía sexual.»[14]

Reich pasa luego a examinar la vida sexual de los *jóvenes* trobriandeses y pone inmediatamente en evidencia una aportación decisiva de la investigación de Malinowski a los conocimientos etnológicos así como el duro golpe que dicha aportación inflinge a las teorías de la ciencia reaccionaria tradicional y del psicoanálisis ortodoxo. Malinowski había subrayado la ausencia total, en los trobriandeses, de ritos sexuales de iniciación con carácter traumatizante y cruel.

Ahora bien, comenta Reich, los etnólogos psicoanalistas han intentado deducir de los ritos puberales cruentos de ciertos pueblos primitivos la tesis de que también entre ellos la actividad sexual es castigada como entre nosotros, con la única diferencia que el castigo precede al inicio de la vida sexual. Y ello ha servido frecuentemente para «demostrar» la existencia en el hombre de una tendencia instintiva a castigar la propia sexualidad (masoquismo primario). Pero Reich objeta con razón:

«Que tales castigos de la sexualidad de los jóvenes estén basados en la estructura del instinto innata en el hombre... nos parece totalmente improbable si miramos los problemas de la economía sexual desde un punto de vista histórico. Si existen organizaciones sociales como la de los trobriandeses en la que no sólo no existe castigo, sino que se anima específicamente la actividad sexual iuvenil, los defensores de una teoría unilateral biológico-psicológica de la represión deberían en primer lugar explicar cómo es posible que falten en los trobriandeses la presunta universal represión de la sexualidad, el impulso al dominio sexual y otras características negativas y destructivas que según ellos serían congénitas a la sexualidad humana. *Sostenemos* —termina Reich con una frase que confirma una vez más el explícito planteo mar-xista de esta obra— *que estos fenómenos son el resultado de la ingerencia de intereses económicos en los procesos de la satisfacción sexual puramente natural: y lo demostraremos-»* (cursiva añadida).[15]

Lleeados aquí querríamos llamar la atención acerca de una característica típica del marxismo de Reich, incluso en los años de más fiel observancia v lucha política. Nunca se trató de un hecho esquemático y fideístico. Siempre y en todo momento, cuando defendió las posiciones marxistas, Reich lo hizo esforzándose en llevar en su apoyo una colección de pruebas y hechos concretos. La entera obra que estamos analizando, puede considerarse en realidad como un intento sistemático de demostrar *con una base de hechos de carácter antropológico,* por una parte.

15. *Op. cit.,* p. 10.

16. 14. ESM, p. 6.

el desarrollo de la superestructura caracterial de la estructura económica, y por otra parte, la interacción que, una vez desarrollada, la superestructura caracterial tiene con la estructura económica. Esta fundamental *creatividad* del marxismo de Reich (que antes o después no podía dejar de llevarle a una ruptura con los mismos temas del pensamiento marxista, tan clamorosamente desmentidos por su experiencia de revolucionario y de científico) encuentra su principal expresión, en esta obra, en la investigación del mecanismo de la dote y de sus repercusiones ético-psicológicas. Nos proponemos hacerla resaltar en este trabajo.

De momento, continuemos con Reich el examen de los demás aspectos de la sociedad trobriandesa, y en particular el de sus festividades sexuales. Como siempre, Reich no se limita a describirlas, sino que subraya en un contrapunto ideal las profundas diferencias que se pueden hallar en la actitud de los participantes a dichas fiestas, con las nuestras.

Aquellas festividades —hace notar— se distinguen de las nuestras, en primer lugar, porque no hay ningún disimulo de su verdadera finalidad de encuentro y acoplamiento amoroso; en segundo lugar, porque no existe en ellas ningún tipo de rechazo interior ni ningún obstáculo externo para la satisfacción sexual final; y en tercer lugar, porque no hay en ellas el miedo de la sexualidad y el sentimiento de culpa que por el contrario turban a nuestros jóvenes cuando logran llegar a la satisfacción sexual final.

Otra diferencia fundamental, una vez más totalmente a favor de los «salvajes» de las islas Trobriand, es la falta de sentimentalismo en las relaciones amorosas, que por otra parte no se reducen al frío mecanismo de tanta parte de nuestra vida sexual. Al contrario, la vida sexual de los jóvenes trobriandeses es rica en romanticismo. «Su modo de hacer la corte, no conoce engaños... Si es rechazado —había escrito Malinowski— el trobriandés no se desespera demasiado ya que desde la infancia ha aprendido que el remedio más eficaz y más rápido, en estas situaciones dolo-rosas, es otra relación amorosa.» Y Reich comenta con prontitud: «Vemos pues que la tendencia a debatirse con amores infelices de larga duración no existe en modo alguno donde hay una plena vida genital y comprendemos que esta tendencia es sólo una consecuencia de la supervivencia del objeto causada por dificultades ambientales.»[16]

Tampoco las últimas consideraciones sobre las festividades trobriandesas desmienten la «vigilancia crítica» de Reich frente a los engaños del moralismo sexofóbico y de los pseudocientífi-cos esclavizados consciente o inconscientemente por él. Después de haber explicado la antigua costumbre de la *kaiasa* (una fiesta orgiástica ya caída en desuso en el momento de la investigación

16. *Op. cit.,* p. 12.

de Malinowski) y haber descrito las fiestas menos orgiásticas pero siempre con gran promiscuidad y libertad observadas por el famoso antropólogo, Reich concluye: sea cual sea el motivo de extinción de la *kaiasa y* la aplicabilidad de otras costumbres sexuales trobriandesas a nuestra sociedad, «permanece el hecho que la *kaiasa* era perfectamente conciliable con una vida social ordenada, en contra de lo que proclaman sobre estos temas los fautores de la moral tradicional» y que «nuestras fiestas se distinguen de las trobriandesas sobre todo porque, apenas toman un carácter orgiástico, dejan en nosotros un profundo sentimiento de náusea».

Lejos, pues, de ser un factor indispensable al orden social, la represión sexual comporta fatalmente una *degradación subjetiva y objetiva* de la vida amorosa.

¿Cómo se explica este envilecimiento del amor tan difuso en nuestra sociedad? Sobre este punto Reich ha dejado de tener dudas: deriva del hecho que la represión de la sexualidad natural hace que el hombre y la mujer estén por una parte más expuestos a las degeneraciones perversas de la sexualidad (y por lo tanto a una percepción y expresión degradadas de ella) y, por otra parte, que sean menos capaces de experimentar plenamente la conmoción y el éxtasis de la experiencia orgástica: en definitiva, les transforma en *orgasticamente impotentes* aunque «técnicamente», o sea en el plano eyaculatorio y mecánico, logren aparentemente algunas manifestaciones exteriores del orgasmo.

Una vez más encuentra una confirmación de esta hipótesis en los datos recogidos por Malinowski.

«Es un gran mérito de Malinowski —escribe— haber notado dos hechos que aún no han sido puestos en evidencia en ninguna obra de antropología: *en primer lugar* el hecho de que los trobriandeses están convencidos de que el hombre blanco no sabe llevar a cabo ni gozar bien del acto sexual; y *en segundo lugar* el hecho de que consideran que el hombre blanco llega demasiado rápidamente al orgasmo.

»Vemos pues que: *a)* el trobriandés conoce bien la verdadera satisfacción sexual y *b)* que los blancos llegan precipitadamente a la eyaculación. Los trobriandeses han individuado perfectamente en los blancos la que en otra parte he llamado "la típica eyaculación precoz fisiológica del hombre que sufre inhibiciones mo-ralísticas".»[17]

Concluidas esta consideraciones preliminares sobre el comportamiento, Reich empieza a afrontar la parte central de su trabajo: el examen de la organización socioeconómica de los trobriandeses y de sus reflejos en la evolución (o mejor la involución) de la moral sexual;

La organización matrilineal de los trobriandeses —empieza diciendo— es particularmente adecuada para iluminar los oscuros

17. *Op. cit.,* p. 15.

orígenes de la moral sexo-negativa y de sus lazos con el comienzo de la división de clases (el mismo Malinowski subraya que en el pueblo trobriandés existen *extrañas contradicciones* entre la herencia matrilineal y la división matrilineal en clan por una parte y la función que el hombre —ya sea como hermano de la madre, ya sea como marido— desarrolla dentro de esta sociedad, por la otra).

Reich profundiza luego en un análisis de la organización económica de la sociedad trobriandesa para sostener que en ella serían claramente visibles los caracteres esenciales de lo que Engels y los demás exponentes del pensamiento marxista habían definido «comunismo original» *(urkcomunismus)*. Para hacerlo se ve obligado, sin embargo, a hacer no pocas acrobacias y a estar en desacuerdo con el mismo Malinowski, quien en sus obras niega explícitamente que la organización económica de los trobrian-deses pueda ser definida de alguna manera como «comunista» o *urkcomunista*. No disponemos del espacio necesario para referir detalladamente la discusión, pero la impresión que se saca de ella es la de un esfuerzo obstinado y bastante ingenuo de Reich para hallar a toda costa en la sociedad trobriandesa la «propiedad comunitaria, socialización del trabajo y distribución de los productos en relación con el trabajo prestado» que —según él— serían los caracteres distintivos del comunismo original (mientras que en realidad, según los teóricos y padres del comunismo, la distribución de los productos habría debido estar en relación con las «necesidades» y no con el «trabajo prestado»).

«Junto a esta estructura matrilineal-comunística —continúa Reich— existe otra que por sus características sociales merece el nombre de patriarcal. Sus instituciones son las siguientes. El matrimonio es patrilocal: es decir, la mujer sigue al marido a su poblado. Solamente el hijo del jefe de la tribu se casa matrilocalmente por razones económicas particulares que veremos. Existe además un preciso interés de propiedad por parte del hombre e igualmente está en sus manos el verdadero ejercicio del poder, aunque le descienda por línea materna. Aquí el derecho matrilineal originario entra en conflicto con el naciente derecho patriarcal. Aunque Malinowski hable de "instituciones que hacen justicia tanto a las exigencias matrilineales como a los derechos del amor paterno" pronto se pondrá en claro que este "amor paterno" significa ya de un modo obvio un derecho económico patriarcal en sus inicios. La comunidad del poblado tiene un jefe y varias comunidades aliadas tienen un jefe supremo que goza de muchos privilegios, mientras que la mujer está excluida del ejercicio del poder, de la propiedad de tierras y de muchos otros derechos públicos: de ello deriva el que no tenga un puesto en las reuniones de clan ni voz en los consejos públicos.

«Vemos aquí —concluye Reich— síntomas tan claros del derecho patriarcal que no podemos condividir la tesis de Malinows-

ki según la que se trataría de exigencias del "amor paterno".» [w] Por mi parte, encuentro también difícil condividir la ingenua conclusión de Malinowski. Pero querría objetar a la tesis de Reich que la indudable presencia de elementos patriarcales en la organización social trobriandesa no «demuestra» mucho; al contrario, se podría observar que precisamente el hecho que tales fenómenos coexistan armónicamente con otros elementos matrilineales y, sobre todo, con una estructura caracterial proverbialmente benévola y servicial, junto a una educación sin ninguna connotación autoritaria, demostraría que los factores económicos son netamente secundarios respecto a los educativos y de comportamiento, y que una estructura caracterial sexualmente libre puede evitar *las interpretaciones y aplicaciones antisociales y destructivas, en cualquier estructura económica.* Por otra parte, según las mismas tesis de Reich la evolución del matriarcado al patriarcado habría sido lentísima y habría tenido lugar durante períodos de miles de años, sin que, precisamente durante miles de años, las modificaciones económicas modificaran las estructuras caracteriales e intoxicaran la atmósfera social. No se comprende por qué, una vez aceptada esta concepción evolutiva, deba considerar (y con él todos los marxistas ortodoxos) tan *prioritaria y urgente* la socialización *inmediata* e *integral* de la economía para una revolución de la estructura caracterial. Si *durante miles de años* la estructura caracterial libertaria ha podido convivir con una economía propietaria cada vez con un carácter más patriarcal, no se ve por qué no pueda revigorizarse y convivir con ella en el futuro *por algunas decenas de años.* No se trata de una discusión teológica, ni de una apología del capitalismo, como sin duda algunos marxistas doctrinarios están ya pensando, sino tan sólo de la constatación —impuesta hasta la náusea por las experiencias del mundo «comunista»— que una economía socializada no funciona, o funciona mal, o continúa funcionando en un clima obsesivamente productivista (es decir en clima neurótico y represivo) cuando la gestión es llevada a cabo en todos los niveles por estructuras caracteriales sexofóbicas y autoritario-gregaristas.

Reich recuerda aquí las dos teorías fundamentales acerca del origen de la civilización: la que ve en la organización matrilineal la estructura originaria de la sociedad y que subraya por lo tanto la importancia primaria del factor ambiental socio-económico en la entera evolución histórico-cultural, y la segunda según la cual la organización patriarcal de la familia sería la primitiva bajo forma de hordas polígamas guiadas por un macho fuerte y despótico y que subraya la importancia primaria y permanente del factor biopsicológico en la entera historia y organización humana. Y Reich insiste que en los trobriandeses se encuentran huellas de ambas estructuras sociales pero que, al mismo tiempo, se

18. Op. cit., p. 30.

orígenes de la moral sexo-negativa y de sus lazos con el comienzo de la división de clases (el mismo Malinowski subraya que en el pueblo trobriandés existen *extrañas contradicciones* entre la herencia matrilineal y la división matrilineal en clan por una parte y la función que el hombre —ya sea como hermano de la madre, ya sea como marido— desarrolla dentro de esta sociedad, por la otra).

Reich profundiza luego en un análisis de la organización económica de la sociedad trobriandesa para sostener que en ella serían claramente visibles los caracteres esenciales de lo que Engels y los demás exponentes del pensamiento marxista habían definido «comunismo original» *(urkcomunismus)*. Para hacerlo se ve obligado, sin embargo, a hacer no pocas acrobacias y a estar en desacuerdo con el mismo Malinowski, quien en sus obras niega explícitamente que la organización económica de los trobriandeses pueda ser definida de alguna manera como «comunista» o *urkcomunista.* No disponemos del espacio necesario para referir detalladamente la discusión, pero la impresión que se saca de ella es la de un esfuerzo obstinado y bastante ingenuo de Reich para hallar a toda costa en la sociedad trobriandesa la «propiedad comunitaria, socialización del trabajo y distribución de los productos en relación con el trabajo prestado» que —según él— serían los caracteres distintivos del comunismo original (mientras que en realidad, según los teóricos y padres del comunismo, la distribución de los productos habría debido estar en relación con las «necesidades» y no con el «trabajo prestado»).

«Junto a esta estructura matrilineal-comunística —continúa Reich— existe otra que por sus características sociales merece el nombre de patriarcal. Sus instituciones son las siguientes. El matrimonio es patrilocal: es decir, la mujer sigue al marido a su poblado. Solamente el hijo del jefe de la tribu se casa matrilocalmente por razones económicas particulares que veremos. Existe además un preciso interés de propiedad por parte del hombre e igualmente está en sus manos el verdadero ejercicio del poder, aunque le descienda por línea materna. Aquí el derecho matrilineal originario entra en conflicto con el naciente derecho patriarcal. Aunque Malinowski hable de "instituciones que hacen justicia tanto a las exigencias matrilineales como a los derechos del amor paterno" pronto se pondrá en claro que este "amor paterno" significa ya de un modo obvio un derecho económico patriarcal en sus inicios. La comunidad del poblado tiene un jefe y varias comunidades aliadas tienen un jefe supremo que goza de muchos privilegios, mientras que la mujer está excluida del ejercicio del poder, de la propiedad de tierras y de muchos otros derechos públicos: de ello deriva el que no tenga un puesto en las reuniones de clan ni voz en los consejos públicos.

«Vemos aquí —concluye Reich— síntomas tan claros del derecho patriarcal que no podemos condividir la tesis de Malinows-

ki según la que se trataría de exigencias del "amor paterno".» [w] Por mi parte, encuentro también difícil condividir la ingenua conclusión de Malinowski. Pero querría objetar a la tesis de Reich que la indudable presencia de elementos patriarcales en la organización social trobriandesa no «demuestra» mucho; al contrario, se podría observar que precisamente el hecho que tales fenómenos coexistan armónicamente con otros elementos matrilineales y, sobre todo, con una estructura caracterial proverbialmente benévola y servicial, junto a una educación sin ninguna connotación autoritaria, demostraría que los factores económicos son netamente secundarios respecto a los educativos y de comportamiento, y que una estructura caracterial sexualmente libre puede evitar *las interpretaciones y aplicaciones antisociales y destructivas, en cualquier estructura económica.* Por otra parte, según las mismas tesis de Reich la evolución del matriarcado al patriarcado habría sido lentísima y habría tenido lugar durante períodos de miles de años, sin que, precisamente durante miles de años, las modificaciones económicas modificaran las estructuras caracteriales e intoxicaran la atmósfera social. No se comprende por qué, una vez aceptada esta concepción evolutiva, deba considerar (y con él todos los marxistas ortodoxos) tan *prioritaria y urgente* la socialización *inmediata* e *integral* de la economía para una revolución de la estructura caracterial. Si *durante miles de años* la estructura caracterial libertaria ha podido convivir con una economía propietaria cada vez con un carácter más patriarcal, no se ve por qué no pueda revigorizarse y convivir con ella en el futuro *por algunas decenas de años.* No se trata de una discusión teológica, ni de una apología del capitalismo, como sin duda algunos marxistas doctrinarios están ya pensando, sino tan sólo de la constatación —impuesta hasta la náusea por las experiencias del mundo «comunista»— que una economía socializada no funciona, o funciona mal, o continúa funcionando en un clima obsesivamente productivista (es decir en clima neurótico y represivo) cuando la gestión es llevada a cabo en todos los niveles por estructuras caracteriales sexofóbicas y autoritario-gregaristas.

Reich recuerda aquí las dos teorías fundamentales acerca del origen de la civilización: la que ve en la organización matrilineal la estructura originaria de la sociedad y que subraya por lo tanto la importancia primaria del factor ambiental socio-económico en la entera evolución histórico-cultural, y la segunda según la cual la organización patriarcal de la familia sería la primitiva bajo forma de hordas polígamas guiadas por un macho fuerte y despótico y que subraya la importancia primaria y permanente del factor biopsicológico en la entera historia y organización humana. Y Reich insiste que en los trobriandeses se encuentran huellas de ambas estructuras sociales pero que, al mismo tiempo, se

18. Op. cit., p. 30.

puede demostrar que en dicho pueblo ha habido y se está realizando una gradual variación de las condiciones económicas sociales e ideológicas del matriarcado a las del patriarcado. Las pruebas observables de esta gradual variación serían las siguientes:

1. El paso del ejercicio del poder de la mujer al hombre. Di cho paso —observa Reich— crece verticalmente con el rango social de los cónyuges. El jefe ostenta de hecho el máximo poder frente a los miembros de la tribu y sus esposas tienen el mínimo de derechos.

2. El paso de la vida sexual libre prematrimonial a la obligación de la fidelidad en el matrimonio.

3. El paso de la aceptación a la negación del sexo y en particular del consentimiento a la vida sexual prematrimonial a la obligación de la abstinencia prematrimonial.

4. Por último, hecho de la mayor importancia, la progresiva división de la sociedad en grupos superiores y explotadores y grupos inferiores y explotados.

¿Cómo se realiza, según Reich, este paso de la libertad y felicidad del régimen matriarcal a la esclavitud y sufrimiento del régimen patriarcal? Hemos llegado al punto central de su contribución a la antropología: «El mecanismo central de todo este proceso de paso del poder de la mujer al hombre —escribe— es el uso de la dote.»[19] Y el capítulo sucesivo tiene por título precisamente: «La dote como destructora de la sociedad matrilineal.»

El capítulo empieza con un examen de las modificaciones que el matrimonio introduce en la actitud hacia la sexualidad. Para los cónyuges rige una obligación de fidelidad, aunque sea aplicada con poco rigor. Y Reich comenta: «Este hecho no aparece evidentemente como la demostración de la existencia de una moral matrimonial "innata" en el hombre: comparándolo con las análogas imposiciones de la Iglesia católica y del puritanismo americano deduciremos más bien la aparición de causas cualitativamente semejantes.» Otro signo de una naciente negación de la sexualidad está, además de la prohibición de aludir en cualquier modo a la vida sexual de los cónyuges y a su precedente vida amorosa, en la obligación de un cierto período de abstinencia inmediatamente sucesivo al matrimonio: extrañamente, el peor insulto que puede hacerse a un trobriandés es gritarle: «¡Vete a dormir con tu esposa!» Puede provocar un delito, un suicidio o por lo menos un rito mágico de conjuro. Con razón, Reich observa que «el contraste entre la sexualidad libre de la vida prematrimonial y el de la vinculada después del matrimonio lleva a concluir que con el matrimonio aparecen intereses bien precisos que limitan la libertad sexual y que suscitan en su apoyo ciertas actitudes que ya hacen

19. *Op. cit.,* p. 33.

pensar en la remoción».[20] Y continúa: «Malinowski intenta describirnos el matrimonio trobriandés como "sereno y armonioso" pero, de algunos casos de suicidio de esposas, emerge que también en su caso se desarrollan todas nuestras contradicciones entre intereses sexuales que tienden a relaciones de duración limitada e intereses económicos que tienden a su indisolubilidad»; argumento de Reich difícilmente aceptable dado que el vínculo matrimonial puede ser roto, entre los trobriandeses, muy fácilmente (probablemente porque el interés de la familia de la esposa es precisamente la ruptura) y es, por lo tanto, difícil concebir que, con divorcios tan fáciles y socialmente aceptados, un matrimonio pueda, por razones económicas y de represión sexual, llegar a tales niveles de tensión capaces de provocar el suicidio. Por otra parte, la extrema raridad de casos de suicidio es subrayada varias veces por Malinowski en su trabajo y no creemos que Reich pueda hallar en aquellos poquísimos casos una «prueba» de sus tesis.

Malinowski —continúa Reich— se pregunta *el porqué* del casamiento de los trobriandeses, dado que en definitiva, con el matrimonio, pasan de un régimen de libertad a una obligación por lo menos formal de fidelidad sexual. E indica varias razones de ello:

1. Sólo con el matrimonio llegan a ser «ciudadanos» a todos los efectos.
2. La presión de la costumbre.
3. El deseo de tener una casa propia que se manifiesta en los individuos después de la primera juventud.
4. En la mujer, no ciertamente la adquisición de ventajas económicas, pero sí el deseo de tener hijos legítimos.

Según Reich, sin embargo, ninguna de estas razones explica la *institución* del matrimonio. De hecho se trata siempre de actitudes psíquicas y morales que a su vez son *producidas* por la institución social del matrimonio. Se trata de *enrairamientos* de dicha institución en la estructura psíquica de los individuos. El reconocimiento de los derechos de un *status* social pleno sería perfectamente posible, en un sistema diverso, incluso sin el matrimonio. La «costumbre» exige explicaciones sociológicas. Reich no cree que sea posible, como hace Malinowski, colocar los intereses económicos del hombre al mismo nivel de los demás factores. En dichos intereses, es preciso en definitiva reconocer la función causal decisiva no solamente en la conclusión, sino incluso en la institución y conservación del matrimonio.

«Dado que —continúa Reich— el mismo Malinowski nos da a conocer que "el matrimonio supone una notable contribución en víveres por parte de la familia de la esposa", esta obligación es , el factor más importante de la entera dinámica social trobrian- i desa: en ello se basa, dado su derecho a la poligamia, la misma

20. *Op. cit.,* p. 34.

autoridad del jefe y su capacidad de financiar las fiestas rituales... Si proseguimos analizando de cerca este factor crucial del entero mecanismo social, comprenderemos muchos enigmas no sólo de la sociedad trobriandesa, sino también de los mismos orígenes de la moral sexual en la historia humana y del proceso histórico de la división de clases.»[21]

El matrimonio trobriandés

Malinowski, pues, nos informa del hecho que en la sociedad trobriandesa el marido obtiene derechos económicos y favores de los parientes de sexo masculino adquiridos con el matrimonio, los cuales, a cambio de sus servicios, ejercitan una autoridad legal sobre su esposa y sus hijos.

Ahora, dice Reich, juntemos los hechos.

Hasta el matrimonio, la familia de la muchacha no mostraba interés alguno por su actividad sexual, porque no comportaba ninguna ventaja o desventaja económica. Y de hecho la muchacha podía hacer lo que quería. Con el matrimonio, los pequeños regalos recíprocos de la amistad o del noviazgo pasan a ser contribuciones anuales al marido y a su familia por parte de los hermanos de la esposa. Los regalos de la familia del esposo, en cambio, pasan a ser ahora meramente simbólicos. El tributo de dote consiste principalmente en frutas y verduras. La cantidad del tributo varía según la condición de los esposos y en general viene a ser la mitad del consumo de una familia media. Ideológicamente, el tributo de dote representa el máximo motivo de orgullo para el trobriandés que de tal forma puede y quiere demostrar que es un fruticultor modelo. Para este fin hace enormes esfuerzos para cultivar una extensión de terreno cuanto más grande mejor.

En estas condiciones, es obvio que en la elección de la compañera todos tendrán tendencia a dejarse guiar por consideraciones referentes al tributo de dote. Un cazador de dotes intentará conquistar a la muchacha que sea hija única en una familia con muchos hombres... Y cuando a un hombre le nacen hijos varones y crecen, acumula por así decirlo parientes tributarios en potencia ya que, apenas sus hijos se casen, el primer deber de los hermanos de la esposa será el de proveer a la instalación de la familia del marido de la hermana.

«Los hechos —concluye Reich— en resumen son los siguientes: dado que el entero clan de la esposa pasa a ser tributario del marido, la entera propiedad comunitaria del clan de la esposa tiende a transferirse al marido, pero dado que normalmente también es a su vez hermano de alguna mujer casada y por ello tributario del marido de ella surge un continuo trasiego de frutos del trabajo de un clan a otro. Ello podría no tener importancia alguna si las mujeres del clan del marido se casaran sistemáticamente con hombres del clan de la esposa. Los tributos de dote, en tal caso, se cambiarían en medida más o menos igual. Pero la cosa se complica ya que los clanes están situados en varios niveles de prestigio social y el jefe, que pertenece siempre al clan supremo, tiene derecho a la poligamia. De esta forma la corriente de tributos de dote, que de otra forma sería anulado por matrimonios meramente cruzados entre los varios clanes, tiende a afluir en dirección única hacia los clanes superiores y hacia el del jefe en particular. Y luego en el interior del clan tiende a afluir hacia el jefe del clan y su familia.

21. *Op. cit.,* p. 35.

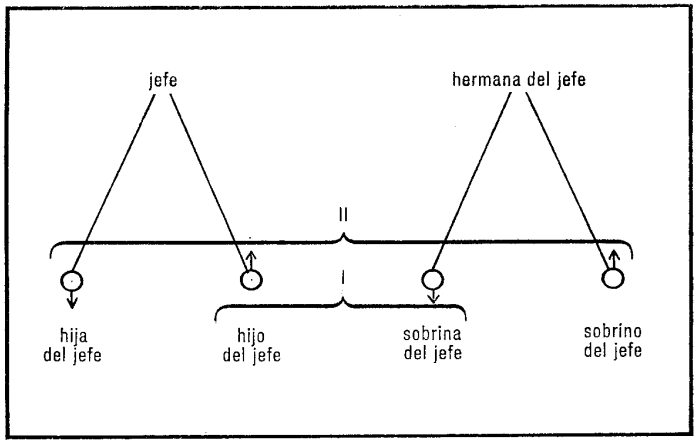


Fig. 1. *El esquema muestra el matrimonio «bueno» (I) y el «malo» (II) según Malinowski.*

»Antes de llegar a una perfecta comprensión de este proceso de cambio que constituye el inicio de la división en clases explotadas y clases explotadoras, debemos poner en claro cómo de las varias ventajas y desventajas presentadas por ciertos matrimonios surgen las opiniones tradicionales acerca de su "ortodoxia ético-social". No es de extrañar que la única forma de matrimonio considerada "verdaderamente justa" sea el llamado "matrimonio cruzado entre primos y primas hermanos", es decir, el celebrado *entre el hijo del hermano y la hija de la hermana.* Si-

esposas del jefe

hermanos de las esposas

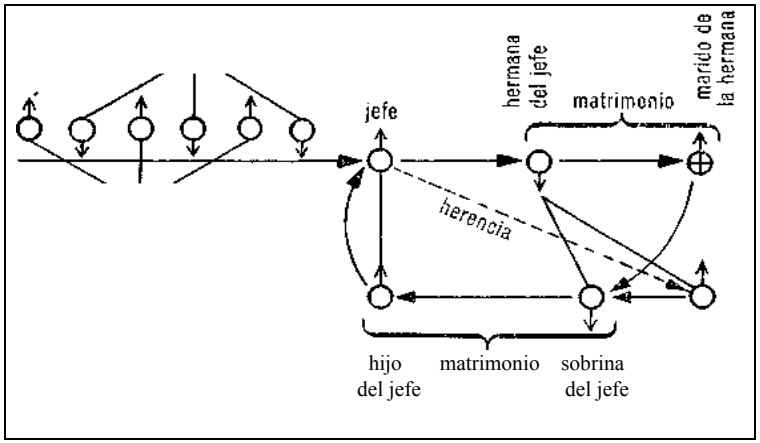


Fig. 2. El esquema demuestra que el jefe sale beneficiado del matrimonio entre su hijo y la hija de su hermana. En la práctica este matrimonio le restituye los tributos de dote que él da al marido de su hermana y le garantiza por lo tanto un importante enriquecimiento.

guiendo a Malinowski, vamos a mostrar las razones de ello en relación con la figura del jefe del clan, en la que aparecen de un modo más claro.»[22]

Llegado aquí Reich presenta algunos diagramas elaborados por él personalmente basándose en las indicaciones de Malinowski, y que transcribimos a continuación. Pensamos que serían suficientes estos diagramas para asegurar a Reich un lugar importante en la investigación antropológica y a dar, si ello fuera necesario, una clara prueba de su ingenio excepcionalmente agudo y polifacético. El primer diagrama es simplemente un esquema explicativo del «matrimonio cruzado entre primos hermanos», es decir del único matrimonio «verdaderamente justo» según la sociedad trobriandesa. Sirve únicamente para poner en claro los términos preliminares del problema (v. *fig.* 1).

El segundo diagrama (v. *fig.* 2) muestra el núcleo del razonamiento de Reich: o sea que solamente el matrimonio primo-prima garantiza al jefe una constante acumulación de frutos y hortalizas. De hecho obtiene —escribe Reich— de los hermanos de las

22. Op. cit., p. 37.

esposas los tributos dótales que debe en gran parte pasar al marido de la propia hermana. Pero si su sobrina, la hija de su hermana, se casa con su hijo, el tributo dotal le revierte en cuanto no solamente su sobrino (hijo de la hermana y hermano de la sobrina) sino también los padres de la sobrina (y en particular el padre, es decir, el marido de la hermana del jefe) deben dar al hijo del jefe importantes tributos anuales durante la entera duración del matrimonio. Y puesto que el hijo debe proveer o contribuir al gasto de la familia materna, de la que participa y de la que goza el padre, el padre-jefe acaba gozando de la prosperidad del hijo a través de la persona de la esposa.

«El verdadero heredero legítimo del padre —continúa Reich, desarrollando su penetrante análisis— es el hijo de la hermana, y a él van a parar los bienes y los honores después de la muerte del jefe. Entre el padre y el hijo existe solamente, como se ha visto, relaciones de amistad. Como padre, el jefe (igual que todos los padres trobriandeses) tiene el derecho de conceder ciertas ventajas al hijo, pero sólo mientras vive. Dispone pues de un *único modo para* dar al hijo una posición permanente de opulencia en el poblado, un *único modo* para garantizar al hijo durante toda su vida el goce de importantes ventajas económicas: es el de hacer casar el hijo con la hija de la hermana. De esta forma el hijo adquiere el derecho de vivir con privilegios en el poblado y el de participar de la vida y de la magia del clan. Y después de su muerte el hijo continúa teniendo la misma posición privilegiada a la que habría debido renunciar en favor del heredero legítimo, es decir el hijo de la hermana de su padre, si no se hubiera casado con la hermana del heredero legítimo. Éste, como hemos visto, está en la imposibilidad de intervenir bajo cualquier forma en la elección o en las cuestiones matrimoniales de su hermana debido a un severo tabú, y no puede por lo tanto influenciar en modo alguno este acontecimiento tan desventajoso para él. Cuando Malinowski escribe que "se crea de esta forma entre el hijo y el sobrino del jefe, el legítimo heredero del jefe, una unión que anula la rivalidad existente frecuentemente entre ellos" —comenta Reich— incurre en un mayúsculo error ya que con este matrimonio el heredero legítimo pasa a ser tributario del hijo del jefe. El "único matrimonio justo", pues, no es en modo alguno —como Malinowski subraya frecuentemente— un compromiso entre los principios divergentes del matriarcado y I del amor paterno, sino, al contrario, una institución que potencia K progresivamente los elementos patriarcales. Dado que, de hecho, el jefe acumula un poder cada vez mayor, basta un solo paso _el cambio legal del eje hereditario de la línea materna a la i paterna— para encontrarnos frente al patriarcado en su forma más perfecta. Ya en los trobriandeses, a pesar de estar aún organizados matrilinealmente, es posible observar —concluye Reich— qué ventajas puede dar el jefe al hijo mientras vive y cómo lo-

sobrino del jefe

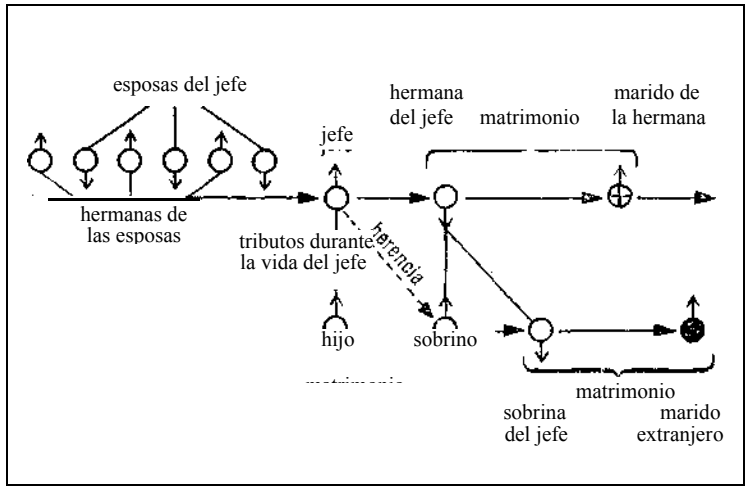
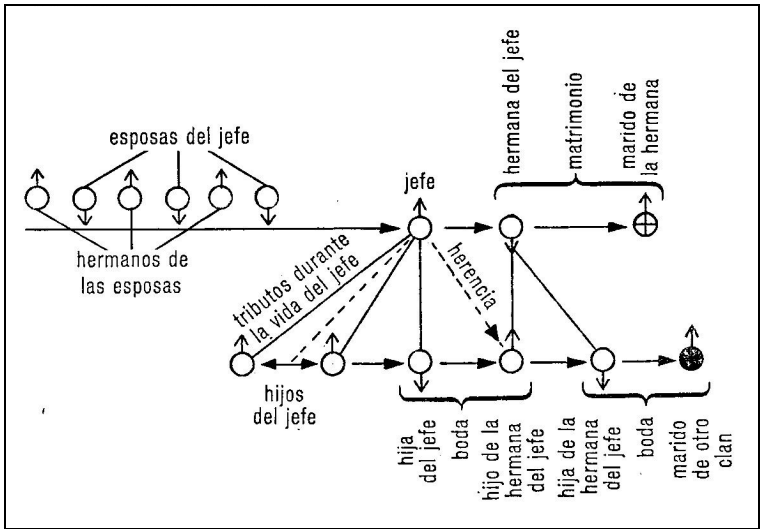


Fig. 3. *El esquema muestra las desventajas económicas que derivan al jefe de un matrimonio de la hija de su hermana con un hombre de otro clan. (Las flechas indican la dirección de los tributos dotales.)*

gra garantizar el paso de bienes y poderes a la propia descendencia.»[23]

Reich presenta luego un tercer diagrama (v. *fig.* 3) que pone de manifiesto un tipo de matrimonio considerado reprobable por los trobriandeses: el de la hija de la hermana del jefe con un hombre de otro clan. Y del esquema aparece claro el motivo económico de esta reprobación. Las riquezas que afluyen al jefe a través de los tributos dótales de sus muy numerosas esposas deben en parte ser cedidas a la hermana y luego en su totalidad, en herencia, al sobrino, quien, sin embargo, debe a su vez, cederlas en gran parte al hombre del otro



clan que se ha casado con la hermana: del clan y de su jefe la riqueza escapa hacia un clan diverso a través de los tributos dótales dados en primer lugar por el jefe al marido de la hermana, y luego por el sobrino del jefe (y su legítimo heredero) al marido de la propia hermana.

Pero había además otro tipo de matrimonio, el de la hija del jefe con su heredero legítimo (el sobrino varón) que la sociedad trobriandesa consideraba *verdaderamente desgraciado y funesto. ¿Por qué?* Una vez más, el esquema de Reich (v. *fig.* 4) explica los motivos económicos. En este tipo de matrimonio no sólo las

23. *Op. cit.,* p. 40.

Fig. 4. *El matrimonio «malo» entre la hija del jefe y el hijo de la hermana del jefe determina un importante defluir de riqueza de la familia del jeje a la de su hermana. Si luego la hija de la hermana se casa con un hombre de otro clan, los bienes del jefe y los de sus hijos irán a parar al clan extraño.*

riquezas del jefe iban a parar al marido de la hermana y al hijo de la hermana, sino que además este último obtenía un ulterior enriquecimiento mediante los tributos dótales que los hijos del jefe le debían, como marido de la hermana. De esta forma ya durante su vida el jefe asiste al enriquecimiento del sobrino (al que deberá dejar todos sus bienes a su muerte) por parte de sus propios hijos, a los que no podrá dejar bien alguno. Y ninguna ventaja saca él de la riqueza del heredero legítimo, ya que dicho heredero, según las tradiciones trobriandesas, no debe *ningún tributo* al tío materno. «¿Es de extrañar —comenta Reich— que la tensión entre tío e hijo de la hermana, siempre bastante fuerte en la tradición trobriandesa, llegue en estos casos a su punto máximo?»

Hemos querido exponer hasta ahora, sin comentarios nuestros, la exposición de Reich para evidenciar su admirable agudeza. Querríamos sin embargo añadir ahora algunas objeciones que no pretenden en modo alguno proponer un rechazo de las tesis de Reich pero que inducen a alguna reserva en cuanto a su incondicional validez.

La primera objeción es genérica y quiere señalar una cierta contradicción de fondo entre las tesis psicológicas y las tesis económicas de Reich. De acuerdo con las descripciones de Malinowski, Reich subraya en esta obra, y en otros escritos sucesivos, el carácter extremadamente desinteresado de los trobriandeses y la escasa importancia que atribuyen a la riqueza y la propiedad. Es bastante extraño que luego el entero mecanismo operativo más profundo de la sociedad pueda ser considerado por Reich precisamente el factor económico.

Pero hay una objeción incluso más específica. Malinowski en su obra refiere que los trobriandeses no tenían en un tiempo ninguna idea de la función carnal que el padre tiene en la procreación y, en la discusión con Jones, niega que ni siquiera de una vaga idea de dicha función pueden ser halladas huellas ni en los sueños ni en los mitos de estas poblaciones. Y Reich acepta plenamente, en este campo, la tesis de Malinowski. Pero entonces ¿por • qué el jefe (y cualquier padre) habría debido tener un tan desesperado deseo de dejar al propio hijo (que para él es solamente hijo de su esposa) un estatuto privilegiado y una cualquier forma de her'encia? ¿Y cómo puede Reich fundar en la hipótesis de un sentimiento tan improbable en el plano psicológico la entera dinámica de la sociedad trobriandesa?

Y por último, la extrema facilidad (o frecuencia) del divorcio en la sociedad trobriandesa nos parece que hace poco probable el que alguien pueda dar tanta importancia a una elección matrimonial siempre revocable por ambos cónyuges (y por lo tanto también por parte del que eventualmente saldría desventajado) y pueda llegar a confiar el porvenir del hijo, después de la propia muerte, a tributos dótales subordinados a la duración del matrimonio y, en todo caso, destinados a cesar en el momento de la muerte de uno de los cónyuges.

A la luz de estas consideraciones nos parecen demasiado precipitadas estas conclusiones de Reich:

«Hemos visto cómo la institución de la dote cambia las relaciones de poder hacia el jefe y padre y cómo a partif de una organización de comunismo original matrilineal y de los clanes consanguíneos se desarrolla el derecho paterno y, con él, la familia patriarcal.

»Ya en el derecho matrilineal de tipo trobriandés el jefe tiene posibilidades y ventajas especiales... e incluso los inicios de un poder feudal de mando sobre los hermanos y demás parientes de la esposa que le deben tributos y regalías...

»La consecuencia inevitable de esta situación es precisamente el cambio del eje hereditario de la línea materna a la paterna. Ello comporta la extinción del derecho matrilineal... de modo que la degeneración de la organización social hacia el sistema feudal y esclavista no puede ser parada. A partir del momento en que las riquezas se concentran en las manos del jefe y de su familia, basta

sólo un cierto progreso en el desarrollo de los medios de producción para llegar a la situación que Marx coloca al inicio de la división de clases... La concentración de los medios de producción en las manos del jefe y de su familia caracteriza, de hecho, la subdivisión de la población en dos grupos sociales, en propietarios de los medios de producción y en propietarios de la sola fuerza-trabajo...

»En la sociedad trobriandesa se puede observar la fase embrionaria de esta definitiva división en clases... En dicha sociedad son ya reconocibles dos relaciones fundamentales de explotación: una horizontal de los hermanos y de la esposa llevada a cabo por el marido y otra vertical, obtenida con la explotación de numerosos hombres por parte del mismo jefe, ya mediante la poligamia a la que él está autorizado (y que le garantiza los tributos do-tales de los hermanos de sus numerosas esposas), ya mediante los matrimonios "socialmente aprobados" de los propios descendientes.» [24]

Malinowski había sostenido que los indígenas no se limitan a producir lo estrictamente necesario para vivir en la medida en que son empujados a una mayor laboriosidad por resortes como la ambición, el honor, los deberes morales, etc. Pero marxística-mente Reich insiste, con datos en la mano, en que el resorte base de dicha laboriosidad es por el contrario la relación primitiva de explotación a la que se ven sometidos por el sistema matrimonial. «Ambición, honor, etc. —concluye Reich— no son más que el en-raizamiento ideológico del sistema de explotación en la estructura caracterial trobriandesa.» Y, con su agudeza de análisis característica, aporta incluso argumentos psicológicos en apoyo de su tesis.

«Cuando el marido muere —había escrito Malinowski— están obligados de un modo particular a dar muestras de dolor no sus consanguíneos, sino *los parientes y en especial los hermanos de la esposa.»*

Aparentemente —comenta Reich— esto es muy extraño, dado que son precisamente los hermanos de la esposa los que soportaban importantes cargas tributarias. Pero en el plan psicoanalíti-co el hecho es perfectamente explicable y previsible: precisamente la hostilidad alimentada por aquellas obligaciones y rechazada por la presión de la moralidad dominante crea, en los hermanos de la esposa, sentimientos de culpa que la manifestación de dolor luctuoso tiende a acallar. Incluso socialmente, por otra parte, se advierte la necesidad perentoria de borrar en el clan y en la tribu la sospecha de la verdad profunda y escondida: el hecho de que los hermanos de la esposa pueden solamente recibir ventajas y motivos de satisfacción por la desaparición de un hombre que con su existencia les imponía pesados sacrificios.

24. *Op. cit.,* p. 43.

«Vemos —comenta agudamente Reich— costumbres morales que surgen de las relaciones de producción: pero vemos también otro aspecto esencial de la cuestión. Es decir, que las mismas costumbres enraizan ideológicamente la situación económica de que derivan y la refuerzan.» Esta profusión de manifestaciones de afecto por parte del cuñado no puede dejar de cimentar, a nivel de conciencia, la posición de privilegio y explotación que su figura detenta con respecto a los varones de la sociedad trobrian-desa.

Inspirándose en estas consideraciones Reich pasa a enunciar sus originales aportaciones psicológicas a la teoría marxista. Es una exposición que merece ser reproducida con una cierta amplitud ya que demuestra que también en esta obfa, a pesar de haber sido escrita durante los años de más convencida adhesión al marxismo, Reich supo frecuentemente reaccionar frente al tosco paneconomismo, trabajando creativamente para una integración en el seno del marxismo de las conquistas de la psicología postfreudiana.

«Esta acción de rebote que la ideología, enraizada en la estructura psíquica del oprimido mediante una deformación de su vida instintual, ejerce en la situación económica, y la función sociológica reaccionaria desarrollada por dicha acción, que consiste en perpetuar la opresión económica del oprimido y en impedir su rebelión, permanecen completamente desconocidas a los interesados...

«Debemos esperarnos encontrar indefectiblemente esta función de la ideología donde esta ideología corresponda a una relación de explotación.

«...Dado que en esta fase de desarrollo de la sociedad matrilineal es ya muy fuerte el interés social hacia la institución del matrimonio como mecanismo central de la explotación económica, la viuda debe imponerse los más duros sacrificios durante mucho tiempo. Es observada con sospecha por los parientes del marido, que pueden decidir la duración de su luto. Lo entendemos perfectamente: su sexualidad fue muy frustrada por el difunto marido de modo que también ella debe odiarlo. Antes de gozar de la plena libertad de su estado de viuda debe pues demostrar un gran sufrimiento, mostrar que lo había amado sinceramente y que no había ejercido en su contra ritos de magia negra. *Tout comme chez nous.»* [5]

Basándose en las informaciones de Malinowski, Reich ha intentado hasta aquí demostrar la base económica de la involución de la estructura matrilineal a un sentido patriarcal. En el capítulo que da título a la obra («La irrupción de la moral sexo-negativa») intenta, una vez más brillantemente, demostrar que son

25. *Op. cit.,* p. 46.

siempre las exigencias económicas a imponer y generalizar lo que constituye la exigencia de la castidad prematrimonial de los jóvenes.

Para tal fin recuerda en primer lugar las tesis que había expuesto en la obra *Adolescencia, castidad y moral matrimonial* examinada en otra parte de este libro* y en particular la propia constatación de analista (en su tiempo discutida con escarnio y furor por los ambientes «científicos» y luego plenamente confirmada por los resultados de los informes Kinsey).[26]

No sin emoción, Reich encontró en las obras de Malinowski una confirmación antropológica de sus observaciones de analista y de sociólogo sobre las costumbres sexuales de nuestra sociedad. En los escritos de Malinowski se decía que el tío materno tiende siempre a combinar un matrimonio cruzado entre el propio hijo y la hija de la hermana. Así, apenas le nace un hijo, pide a la hermana que le dé una hija por esposa. La hermana puede no aceptar, pero si acepta y el matrimonio se combina, el muchacho y la muchacha deben, por lo menos teóricamente, permanecer castos hasta el matrimonio. Es cierto que Malinowski añade que esta obligación de castidad frecuentemente es violada clandestinamente pero Reich puede comentar fácilmente:

«Con la represión, como vemos, empieza el secreto. Se logra así desarrollar en la muchacha de la sociedad trobriandesa, en la que normalmente es considerado vergonzoso pegar a un niño, el miedo de ser pegada a causa de sus relaciones amorosas, y las madres empiezan a comportarse más o menos como las nuestras...

»E1 hecho de que el padre de la muchacha dé a los padres del muchacho un notable tributo de plantas y hortalizas es de un gran interés ya que constituye lo contrario de lo que había sucedido en la generación precedente. El padre del muchacho, que es también tío de la muchacha, había debido dar a los padres de la muchacha un tributo anual en el momento de la cosecha. Esta serie de tributos se había iniciado con el matrimonio de su hermana. Ahora es él quien recibe un tributo del marido de la hermana, que actúa como representante de los hijos de la hermana, es decir, de los hermanos de la futura nuera, quienes después de su matrimonio (y durante todo el período de duración del matrimonio) deberán dar al marido de ella, es decir al hijo del tío materno, tributos anuales. Y dado que los hijos deben cuidar de la madre, es evidente que, a través de su hijo y del matrimonio ventajoso por él combinado, nuestro hombre hallará compensa-

* *Gesc'üechtsretfe, Enthalscmkeil, Ehemoral,* Münster Verlag, Viena, 1920 (ver capitulo IV).

26. A. C. kinsey, W. pomeroy, C. E. martin, *II Comportamento sessuale dell'uomo,* Bompiani, Milán, 1950, pp. 451 y ss.

ción de los tributos dados y a dar a la hermana. Se ha creado de esta forma el terreno para la represión sexual.» [27]

Los ritos crueles de pubertad

Continuando en su exposición de los daños causados por la organización patriarcal a la libre expresión de la sexualidad y a la dignidad del hombre en general, Reich pasa a tratar de los ritos de pubertad crueles. Ya Freud había indicado la existencia en tales ritos (que tienen como manifestación más típica la resección del prepucio o del clítoris, llamada respectivamente circuncisión y excisión) de un «castigo anticipado» impuesto por la organización social sexo-represiva (patriarcal) por la actividad sexual del adulto. Krische [28] había sin embargo negado que dichos ritos de iniciación crueles fueran exclusivamente típicos de las sociedades patriarcales y que pudieran, pues, ser interpretados como símbolo de la concepción represiva y de castigo de la sexualidad que Freud había considerado con razón como básico en el desarrollo de la civilización sexo-negativa y, equivocadamente, de toda forma de civilización. Krische había subrayado que tales ritos se podían hallar también en poblaciones matrilineales de Kamchatka y de Malesia y que ya Bachofen había indicado su presencia en los antiguos egipcios, de tendencia matrilineal.

Reich contrapone una contestación razonada y persuasiva a los argumentos de Krische.

No hay motivo —escribe— para que surjan ritos de este tipo cuando la vida sexual es libre como en el estado natural y es precisamente de esta forma que es en las primeras fases de la sociedad matrilineal. De las anotaciones de Krische se deduce, sin embargo, que existen también en ciertas sociedades matrilineales. ¿Cómo conciliar esta realidad con la organización sexo-positiva de la sociedad matriarcal?

Es necesario —continúa Reich— considerar dos puntos:

1. Que tales ritos de iniciación crueles son sin duda bastante más raros en las sociedades matrilineales que en las patriarcales y que frecuentemente, como en el caso de los egipcios, se trata de sociedades no propiamente matrilineales sino simplemente, como dice Bachofen, «con tendencia matrilineal».

2. Que el matriarcado y el patriarcado no fueron ni pudieron ser dos épocas históricas netamente distintas: el paso de un tipo de organización social al otro tipo, como todo proceso histórico, debió comportar largos períodos de transición durante los cuales las instituciones y los usos presentaron elementos contradictorios de tipo matriarcal y patriarcal. Reich continúa así:

27. ESM, pp. 49-50.
28. H. KRISCHE, *Das Ratsel der Muiterrechtgesellschaft,* Munich, 1927, p. 231.

«Incluso la mutilación sexual puberal, como método primitivo de represión sexual, puede, por lo tanto, haber nacido solamente en el período de transición de la añrmación a la negación de la sexualidad y debe haber coexistido durante largo tiempo con residuos de la tradición matriarcal. Acerca de la época y del contexto histórico-cultural en que se desarrolló, se puede solamente formular una hipótesis que se adapta perfectamente a nuestra exposición sobre el surgir de la moral sexual y a los conocimientos psicológicos sobre la sexualidad.

«Hasta que el matrimonio cruzado primo-prima, tan importante económicamente, no se desarrolló totalmente, y hasta que, por consiguiente, no se pidió a la masa de jóvenes la castidad prematrimonial [indispensable para hacerlos obedientes a la elección matrimonial impuesta por los padres y dóciles a las exigencias monogámicas de un matrimonio de larga duración *(N. del* A)], la presión moral de las familias fue suficiente. Al extenderse y endurecerse la imposición de la castidad, los jóvenes debieron rebelarse cada vez más frecuentemente y de una forma amenazante para el régimen de represión impuesto. Y puesto que la castidad prematrimonial debía afirmarse a toda costa si no quería ponerse en peligro el entero sistema del matrimonio legal, fue necesario tomar medidas radicales. La extirpación del clítoris tiende expresamente a una drástica reducción de la sensibilidad y de la excitabilidad erótica. La circunscisión tiene una función traumatizante sobre la sexualidad masculina. Ambas mutilaciones tienen pues una función económica, que se enraiza bajo forma de costumbre y de tradición pero al mismo tiempo es cada vez menos clara en la conciencia del que la practica. Las operaciones a las que se somete a los jóvenes no son tanto "castigos anticipados" ni "acciones de venganza" de los adultos, como sostiene Freud, sino más bien medidas racionalmente bien fundadas del grupo dominante para la represión de la sexualidad en la pubertad.

»E1 patriarcado que se desarrolla posteriormente a las formas mixtas de organización social trabaja de un modo más refinado y eficaz, sin necesidad de recorrer a intervenciones de mutilación. Inicia la lucha contra la sexualidad ya en los primeros años infantiles del individuo y logra condicionar en sentido sexo-negativo la estructura caracterial mediante los conflictos de la impotencia orgástica aunque, a su pesar, esté obligado a asumir contemporáneamente todos los desequilibrios, las neurosis, las perversiones y los delitos sexuales que la represión sistemática de la sexualidad fatalmente lleva consigo. En los intereses económicos del futuro patriarcado, pues, radica el miedo a la castración que Freud descubrió en el hombre de la burguesía contemporánea.» [29]

Una vez más he querido citar con una cierta amplitud el razonamiento de Reich para evidenciar su sugestivo poder. Pero

29. ESM, pp. 52-53.

una vez más también, *me* parece necesaria alguna palabra de comentario. En particular, querría hacer notar que esta vez quizás hay una discusión superflua con las posiciones freudianas. Desde un punto de vista psicológico, me parece mucho más probable que el resorte originario de los ritos de pubertad esté precisamente en el «deseo de venganza» de algunos jefes (probablemente neurotizados y reducidos a una monogamia obligada por la educación represiva que, por los motivos indicados por Reich, les había sido impuesta) más bien que, como sostiene Reich, por una «racional» conciencia de la función castradora-gregarizadora de las mutilaciones genitales. Por otra parte, aún hoy me parece evidente que, a pesar de las racionalizaciones de algunos sacerdotes o moralistas, el resorte psicológico fundamental del comportamiento de los ancianos educados sexofóbicamente y obligados a vivir en la frustración sexual por las inhibiciones interiores y por las sanciones ambientales no es ciertamente la conciencia de que la represión de la sexualidad juvenil ayude a la monogamia adulta (existe quien piensa que quien «las hace de joven» va a ser luego juicioso en la edad adulta y después del matrimonio) sino precisamente este ciego «deseo de venganza» hipo tizado por Freud, esta envidia castigadora que tantos adultos experimentan frente a la vitalidad sexual de los jóvenes, este deseo de impedir a los jóvenes el goce libre de las alegrías del amor, igual que a ellos les fue imposible gozarlas en su juventud.

Todo ello, naturalmente, no impide que dichos impulsos represivos ciegos y por lo tanto en modo alguno racionales, resulten luego perfectamente funcionales y correspondientes a la mecánica general del condicionamiento represivo de la sociedad, y, porqué no, a sus factores económicos.

En un principio existía el matriarcado

En el capítulo IV, Reich plantea el problema de la relación histórico-evolutiva entre sociedad matrilineal y patrilineal e intenta demostrar la tesis clásica de la etnología socialista según la que «en un principio existía el matriarcado». Y ésta es, en mi opinión, la parte más débil de toda la obra, dado que la antropología cultural y la arqueología, con sus investigaciones más recientes, han dado golpes fuertes y convergentes a cualquier teoría que pretenda establecer cuál ha sido la forma «originaria y universal» de la sociedad humana.

Como es lógico, Reich hace referencia a las obras de Morgan, Engels y Bachofen, los «clásicos» de la teoría del matriarcado original, intentando una apasionada defensa de dicha teoría. De tal defensa, me parece que merecen ser citadas las críticas que hace a la teoría contraria del «patriarcado originario» y, en particular, de la horda de la que habría surgido.

«Al formular esta hipótesis —observa Reich— se toma normalmente como base la mayor fuerza del macho adulto, en sus celos hacia los machos más jóvenes, y se hace referencia a la vida de ciertos mamíferos que viven en manada guiados por un macho adulto. Pero aquí surgen algunas dificultades...

»...Los machos excluidos y obligados a combatir contra el macho anciano no habrían podido jamás contribuir a la economía primitiva ya que ello les habría llevado a fáciles contactos con las mujeres; y ¿dónde habría podido surgir, en estas condiciones, un tipo cualquiera de organización productiva?... Por otra parte, es del todo absurda la idea de que el padre originario pudiera lograr tener perennemente alejados de las mujeres a un grupo de hombres no menos o poco menos fuertes que él... Las demostraciones "zoológicas" basadas en raros casos de asociaciones en manada son destruidas fácilmente por el hecho de que millones de otras especies animales viven, exceptuados los acoplamientos provisionales para la crianza de la prole, en libertad sexual.»

Aceptada y de todas formas dada por aceptada la originarie-dad de la organización matrilineal, Reich intenta luego proponer el mecanismo del tributo dotal y de los desequilibrios económicos que deriven de él como un proceso sociológico universal de subdivisión en clases y, por lo tanto, del paso del matriarcado al patriarcado.

«Con la dote —escribe— se produce en un primer tiempo una acumulación constante de riqueza en una familia (la del jefe) y posteriormente el paso a la economía de consumo. La consecuencia sucesiva del mecanismo dotal es el desarrollo de la familia patriarcal ampliada, tal como es descrita por Morgan, Engels y Kunow.» 3°

El paso de la familia patriarcal ampliada a la sociedad autoritaria y clasista es inevitable:

«Cuanto más claramente se desarrolla y se estructura la familia patriarcal ampliada —había escrito Kunow— tanto más abiertamente entra en conflicto con la comunidad del tótem y de la *gens*. Los *paires* se arrogan una después de otra las funciones que en otro tiempo habían sido gentilicias... De la propiedad comunitaria de la tierra... se separa la propiedad particular de la familia ampliada.» ^bis Empieza paralelamente una acumulación de las funciones judiciales en la persona del *pater* y de los *paires,* la formación de la casta nobiliaria, la introducción del trabajo de esclavos, la especialización y la salarificación del trabajo y por lo tanto el desarrollo de profesiones particulares, la división de la sociedad en ricos y pobres.

Pero —insiste Reich— ¿cuál es el mecanismo mediante el que

30. ESM, p. 55.

30 bis. Heinrich kunov, Zur Urgeschichte der Ehe und fcanille, en «Neue Zeit», Pietz, núm. 14, 1912-1913.

se produce este «cambio hacia la riqueza» de una o más familias? Los autores «clásicos» no lo indican o, a lo más, proponen explicaciones muy poco convincentes. El mismo Morgan, cuando dice que «con la acumulación de la riqueza y el deseo de transmitirla a los hijos mediante el paso del eje hereditario materno al paterno, se ha creado la base material del patriarcado» no explica ni en qué modo ni el porqué se produjo la acumulación de la riqueza en determinadas familias y no en otras ni por qué surgió en determinados hombres el deseo de transmitir su propia riqueza a los hijos.

Este deseo —continúa Reich— se explica por el interés personal y directo del jefe y padre de resarcirse, mediante el matrimonio cruzado primo-prima y los tributos dótales que acarrea, de las duras obligaciones contraídas por él con el marido de la hermana. Así pues, cuando Morgan afirma que el resorte fundamental de la institución de la monogamia habría sido el deseo de transmitir la riqueza a los hijos, tiene razón pero sólo si se tiene en cuenta que dicho deseo es ya a su vez el producto histórico de la preponderancia económica del jefe, quien mediante su derecho a la poligamia y al matrimonio cruzado primo-prima ha ido aumentado constantemente tal preponderancia.* Y de esta última nace también la evolución hacia la esclavitud de los grupos económicamente inferiores.

Si es cierto que el aumento general de la riqueza puede ser explicado con la progresiva evolución de las técnicas de producción —como han sostenido los etnólogos clásicos— dicha evolución no puede explicar el surgir de dos clases: una cada vez más pobre y otra cada vez más rica (la de los clanes maternos por una parte y la de la familia del jefe por la otra). Si por un momento olvidamos el mecanismo de la esogamia y del tributo dotal, el comunismo primitivo habría producido en realidad solamente un aumento general de la riqueza, no una acumulación en manos del jefe.

Y Reich termina:

«Sólo el mecanismo del tributo dotal lleva a esta división. Pero ello no sucede inmediatamente... Sucede solamente después de algunas variaciones introducidas en las relaciones de producción... y sólo si la técnica productiva ha llegado a un cierto nivel. Para utilizar las palabras de Marx, "si el objeto de consumo supera las necesidades inmediatas de su propietario pasa a ser objeto de intercambio, mercancía". Vemos de hecho cómo entre

* Esta «explicación» de Reich puede explicar el deseo del jefe de enriquecerse, pero, e insistimos en ello, no una aspiración sin freno a dejar los bienes propios al hijo, en la que tanto Morgan como Reich basan el nacimiento del patriarcado. Como hemos insinuado, de hecho, en la antigua sociedad trobriandesa se ignoraba la función del padre en la procreación y el hijo continuaba siendo siempre y exclusivamente hijo de la madre: ¿cómo explicar tanta necesidad de enriquecerle si no es admitiendo (pero Reich con razón no quiere hacerlo) una «conciencia inconsciente» de tal función?

los trobriandeses todos los hermanos deben producir más de cuanto sería necesario para la satisfacción de sus necesidades vitales, mientras el jefe acumula en sus manos la mayor parte de este excedente. Y por lo tanto él, el jefe, es el primero que se siente propietario privado y se comporta como tal.

«Vernos ya ahora hasta qué punto Engels intuyó con exactitud estas verdades cuando escribió que el origen de la división en clases radica en el conflicto entre hombre y mujer. Es cierto: dado que la mujer pertenecía al clan explotado y el hombre al clan explotador. Y el tributo dotal es precisamente el elemento que pone en movimiento todos estos procesos y hace que la mujer y su familia sea explotada por el jefe...

»Verticalmente, pues, todos los clanes maternos por una parte y todas las familias de los jefes por otra, constituyen la base de la división de clases.»[31]

A Reich, llegado aquí, no le queda más que continuar con las vicisitudes sucesivas de su *deux ex machina,* el tributo dotal. Como hemos visto —escribe— la fase de transición del matriarcado al patriarcado da al hombre el beneficio de los tributos dótales que en tal transición son el factor determinante. Pero cuando el patriarcado se ha desarrollado plenamente y todos los privilegios de propiedad y el eje hereditario han ido a parar al hombre y a los hijos varones, deja de tener sentido el flujo de los tributos dótales de la familia de la mujer a la del hombre: y el sentido de dicho flujo empieza en consecuencia a invertirse. El hombre que quiere casarse debe ahora comprar la mujer al padre con su trabajo o con el producto de su trabajo... Por último, en el período tardío del patriarcado (el histórico aún vigente actualmente), la dote del período de transición vuelve, aunque en forma modificada, y generalmente por una sola vez, a refluir de la familia de la mujer hacia la del hombre.

El tributo dotal

También el entero capítulo sucesivo, el quinto, está dedicado al intento de demostrar la validez universal del proceso de formación de las clases y de la estructura patrilineal tan brillantemente ilustrado por Reich en cuanto a los trobriandeses. Encuentra sin embargo inmediatamente algunas graves dificultades. En particular, debe constatar que sus dos teóricos de la antropología preferidos, Engels y Morgan, no mencionan casi nunca el tributo dotal en sus descripciones de las costumbres matrimoniales de los varios pueblos. Y debe constatar que ello puede ser debido a uno de los dos hechos siguientes: a) o el mecanismo del tributo dotal del hermano al cuñado es exclusivo de la sociedad trobriandesa; *b)* o bien tiene una validez universal y tan sólo ha pasado desaper-

31. ESM, pp. 61-63.

cibido. Evidentemente la solución de esta duda es esencial, ya que si la dote debiera ser realmente la primera relación embrionaria de explotación que pone en movimiento el proceso de formación de clases y del surgir de la moral sexofóbica, nos encontraríamos frente a la posibilidad de una comprensión nueva de la historia de los orígenes y a una definitiva confirmación de la teoría del matriarcado originario.

Bajo esta perspectiva, es lógico que Reich se esfuerce en formular una teoría que explique el origen mismo del tributo dotal, ya que, como con razón observa, «en un clan que viva en el comunismo originario, el tributo, bajo cualquier forma, no tiene sentido y no puede existir». A pesar de ello, admite Reich, encontramos en todas partes alguna forma de tributo dotal de clan a clan, que transforma en tributario a un clan respecto a otro y por último todos los clanes respecto al del jefe. ¿Qué significa y qué origen tiene esta singular institución? De momento, se puede solamente afirmar que el tributo dotal está relacionado con el sistema esogámico, es decir, con la obligación, impuesta a los rnTémBros de cada clan, de unirse en matrimonio con miembros de un clan diverso. Pero ¿cuál es el origen de la esogamia? A esta pregunta, a la que hasta ahora ninguna investigación antropológica ha dado una respuesta satisfactoria, Reich propone una respuesta de carácter finamente psicoanalítico. La esogamia, en su opinión, puede solamente nacer del tabú del incesto entre los descendientes de una madre originaria. ¿Pero cómo, en concreto, este tabú incestuoso se ha producido y ha originado el régimen esogámico? LlegaHo aquí, Reich no duda en embarcarse en la que, a pesar de las acostumbradas gestas de agudeza e ingeniosidad de su , mente, queda en mi opinión como la empresa más peligrosa de ¡ toda la obra: es decir, la creación de una teoría enteramente nueva de los orígenes de la civilización.

La mayor parte de los historiadores y de los antropólogos han reconocido —dice con razón previamente— que la división en clanes y el tabú del incesto al interno del clan representan los problemas clave para la clarificación del primitivo de la civilización humana. De tales problemas se han propuesto soluciones que merecen mayor o menor consideración y que parten de procesos y relaciones de tipo económico, o al contrario de la presunta o real estructura instintual del hombre.

Una hipótesis convincente del tabú del incesto —continúa Reich no sin un atisbo de aquel doctrinarismo marxista que en los años sucesivos llegará a ser algo fastidioso incluso a sí mismo— debe ser materialista, es decir debe deducir el mismo tabú de las exigencias de la vida concreta, debe resolver satisfactoriamente una serie de problemas aparentemente no relacionados con el tabú, y debe no solamente no contradecir la organización actual de la sociedad primitiva sino, al contrario, consentir la reconstrucción de su fase histórica precedente en sus líneas esenciales: en definitiva, los elementos básicos de esta hipótesis deben poder ser encontrados en la situación actual.

Y Reich pasa a exponer hechos de los que deriva su hipótesis:

1. El hermano de la esposa es, entre los trobriandeses, el que efectivamente la sustenta además de ser el tutor de sus hijos. Para que pudiera ser reconocido como el esposo a todos los efectos falta solamente la relación sexual entre él y su hermana. Como en toda sociedad organizada en clan, permanece siempre al mismo clan que la mujer.

2. El hermano debe dar un pesado tributo dotal al marido de la hermana, que para él es un extraño en todo pero que al mismo tiempo tiene relaciones sexuales con su hermana.

3. El marido pertenece a un clan extranjero al de la esposa y saca únicamente ventajas de sus relaciones sexuales con la hermana del hombre que explota.

4. La sociedad trobriandesa está dividida en cuatro clanes esogámicos que tienen un rango diverso, más o menos noble.

5. Existe una leyenda según la que la «madre originaria» habría salido de un agujero y habría dado a luz a dos hijos, hermano y hermana, que empezaron a vivir incestuosamente. Acerca del origen del clan existe además un mito que dice:

«Normalmente, al origen, de cada agujero ha salido una sola pareja, un hermano y una hermana: ella para dar origen a la progenie, él para protegerla y aprovisionarla.»

«La regla —escribe textualmente Malinowski resumiendo sus propias observaciones— es pues la siguiente, en lo que se refiere al origen del clan: un único clan; un único poblado; un único trozo de tierra; un único sistema de magia que se refiere a la horticultura y a la pesca; una única pareja originaria de hermano y hermana; un único rango; una única descendencia.»

Este mito —comenta Reich— nos da pues el cuadro de una sociedad comunista originaria organizada incestuosamente que toma como modelo la pareja hermano-hermana. Ahora bien, este grupo pasa luego a ser el clan actual en el que sin embargo el hermano —que había sido hasta entonces, en los trobriandeses, el verdadero marido de la hermana, exceptuadas las relaciones sexuales— debe tomar pesadas obligaciones económicas hacia él extranjero, el marido («legal» y sexual) de su hermana. ¿De qué puede pues derivar esta doble obligación: a) renuncia a las relaciones sexuales con la hermana; y *ti)* asunción del tributo hacia el marido de ella?[32]

La hipótesis de la horda nómada

Por mi parte, querría, llegado aquí, hacer una observación. Que el tabú del incesto con la hermana nazca de un deseo de relación

32. Op. cit., p. 78.

incestuosa que pueda haber sido satisfecho en condiciones más cercanas al estado de naturaleza nos parece una hipótesis más que plausible. Se mueve, por otra parte, en el surco clásico del descubrimiento freudiano del significado profundo de la remoción edípica. Pero a partir de este punto el esfuerzo hipotético de Reich empieza a exigir, en mi opinión, demasiadas y demasiado dudosas concesiones.

«Sigamos —continúa Reich— el hilo de nuestras suposiciones. El marido, como hemos visto, proviene de un clan extranjero que, al igual que el del hermano, presenta todos los signos de la horda independiente originariamente organizada en forma matri-lineal.

»Aquí introduciremos el primer elemento de nuestra hipótesis: es decir, que el clan no surgiera de la subdivisión espontánea de la horda originaria según el principio de la esogamia... Por el contrario, admitiremos que un clan, es decir, la horda originariamente cerrada en sí misma y organizada incestuosamente, haya impuesto a otra horda, originariamente cerrada en sí misma, el tabú del incesto, prohibiéndole el acoplamiento interno. Los clanes, posteriormente unidos, habrían sido pues al inicio hordas originarias cerradas y divididas.[33]

»Pero ¿por qué un clan impuso al otro aquel tabú? Continuemos siguiendo la hipótesis. Las hordas originarias no eran estables, sino que vivían de la caza y especialmente a consecuencia de catástrofes naturales, estaban obligadas a una vida nómada. En estas circunstancias los jóvenes nómadas debían vivir en la abstinencia, vagando lejos de sus mujeres durante semanas e incluso durante meses. Si estas hordas de jóvenes cazadores encontraban un clan extraño que vivía pacíficamente podían ocurrir dos cosas: *a) o* los hombres extranjeros se apoderaban del botín del clan encontrado, probablemente mataban a un cierto número de rivales y finalmente, empujados por la larga abstinencia, se apoderaban de sus mujeres (es decir de sus hermanas) para vivir sexualmente con ellas; *b) o* bien movilizaban al clan entero y entablaban batalla y, si salían vencedores, podían fácilmente reducir a esclavitud a los rivales vencidos, prohibirles las relaciones sexuales con las esposas-hermanas, ponerles tributos de cualquier tipo.

»A través de los siglos y de los milenios, a medida que las poblaciones se hicieron más numerosas y el ritmo de las emigraciones fue forzosamente más intenso, se debieron producir cada vez más frecuentemente catástrofes de este tipo de modo que el rapto de las mujeres y la obligación del tributo pudo transformarse en una verdadera costumbre.

«Esta lucha de las hordas que se afrontaban no podía evidentemente terminar unilateralmente. La venganza de los vencidos contra los vencedores que apenas dejaban sin guardia *sus* mujeres

33. *Ibidem.*

y *sus* pueblos (véase la costumbre de la *represalia* durante la época bárbara) o la agresión contra la horda vencedora por parte de una tercera horda, debieron conducir con el tiempo a una tal situación de inseguridad para las hordas originarias en otro tiempo pacíficas, que el miedo recíproco no pudo dejar de producir una unión de las hordas originarias en una única tribu en la que por otra parte se mantuvo la descendencia originaria matrilineal (división en clanes maternos) y se aceptó pacíficamente lo que en otro tiempo se había obtenido con la fuerza: es decir, la costumbre de unirse sexualmente entre miembros de hordas originariamente extranjeras (esogamia). El tabú de la relación sexual en el propio clan, impuesto en otro tiempo por el vencedor, pasó a ser una costumbre fija al interno del mismo clan. Y al mismo tiempo cristalizó el uso que los parientes varones de las esposas (los hermanos ex maridos) debieran tributos al marido de la hermana, tanto más que tal uso aseguraba notable • ventajas al clan del marido.

»Con la unión de las hordas-clan en una única tribu, con la instauración de la esogamia entre clan y clan y con el mantenimiento de la costumbre del aprovisionamiento de los maridos de las hermanas, pudo volver la calma en la organización humana. Y dado que el aprovisionamiento económico de los maridos de las hermanas se fundaba en la reciprocidad, se habría podido incluso crear unas condiciones de estabilidad y de igualdad. Pero, un clan continuaba siendo, a pesar de todo, el vencedor originario y el otro continuaba siendo el vencido. Es pues probable que el clan vencedor deba haber mantenido su posición de ventaja de un determinado modo. Pudo, por ejemplo, hacerse reconocer precisamente como clan de "rango más elevado" y pretender por ello ciertos privilegios: pedir por ejemplo que su jefe fuera jefe de los dos (o más) clanes en otro tiempo rivales y que gozara de privilegios personales, como el derecho de tener más esposas y, con ellas, más tributos. De este derecho debía luego forzosamente derivar, como hemos visto, una espontánea preponderancia económica del jefe y de su familia. La institución del jefe de tribu y la subdivisión de los clanes en rangos (las futuras clases) se deducen pues fácilmente de las originarias relaciones entre vencidos y vencedores.»[34]

He citado bastante extensamente la hipótesis de Reich ya que me parece un ejemplo típico de la extraordinaria fragilidad de las fantasías antropológicas a las que es fatalmente llevada incluso una mente agudísima por una cierta tradición de especulación evolucionista aplicada a la historia humana, que contaminó peligrosamente y por largo tiempo el pensamiento socialista. Las objeciones que se pueden hacer a la aventurada teoría reichiana acerca de los orígenes (como, por otra parte, a cualquier otra

34. *Op. cit.,* p. 79.

teoría que pretenda explicar todas las formas de organización humana con un único proceso social habido en los abismos más insondables del pasado) son demasiadas y demasiado obvias para que puedan ser expuestas aquí una a una. Querríamos solamente indicar algunas contradicciones internas de la misma teoría.

La primera es la pretensión de aplicar a los trobriandeses (y en general a los pueblos matrilineáTes de las islas del Pacífico), que residían en un territorio extraordinariamente restringido, una teoría que implica la hipótesis de emigraciones masculinas tan prolongadas en el tiempo y en el espacio que obligaran a los nómadas-cazadores a semanas o meses de alejamiento de las mujeres. Por otra parte, quien haya visitado los pueblos de los Mares del Sur habrá quedado sorprendido por el *habitat* extraordinariamente favorable en que vivían y por la extraordinaria abunbancia de provisiones de que gozaban aquellos pueblos. ¿Por qué, pues, los antepa[1] ados de los trobriandeses habrían debido estar dando vueltas en busca de presas, cuando les bastaba alargar la mano para encontrar el fruto o el pez que necesitaban en el verde del bosque o en el mar?

Reich hace referencia además a una posible presión por el aumento de la población. Pero ya Malthus (y posteriormente muchos otros observadores) había observado que las poblaciones de la Polinesia que vivían en libertad sexual eran muy poco prolí-ficas y no presentaban ningún problema de incremento demográfico; y en un reciente trabajo mío he intentado dar una explicación de este singular fenómeno partiendo de elementos psicoendocri-nológicos.[35]

Y además, ¿por qué-estos hombres cazadores habrían debido dejar en casa a sus mujeres? Y, ¿por qué en un mundo de hordas originarias sexualmente libres, como el hiootizado cor Reich, los hombres de una determinada horda habrían debido oponerse a que aquellos bravos muchachos obligados a una larga abstinencia por su expedición de caza hicieran un poco el amor con sus mujeres?

Y aquí llegamos a las más graves e insolubles contradicciones internas de las hipótesis de Reich. SLcomo sostiene y como todo observador sin prejuicios es inducido a concluir, la represión sexual es la fílente de la destructividad, del dominio, de la explotación del hombre por el hombre v de los «mil habituales afanes de los oue la carne (como decía Hamlet, o la sociedad represiva, como diríamos hoy en día) es heredera», ¿cómo explicar que los hombres cordiales v pacíficos de la horda originaria ^con los bienes en común y libres sexualmente— hayan podido, al encontrar otra horda de gente de la misma óptima pasta, no sólo atacarles, robar sus bienes y raptar parte de sus mujeres, sino incluso pro-

35. L. DE MARCHI, *Rcpressione sessuale e oppressione saciale,* Sugar, Milán, 1965, pp. 79-110 («Per una teoría sessualistica dello sviluppo storico e demográfico».)

hibir permanentemente a los vencidos hacer el amor con las muj'eres que les quedaban o con las que iban a nacer en el futuro, eTrñponér a aquellos pobres hombres tributos humillantes?

Sólo individuos extraordinariamente malvados (sexófobos y tiranos) podían concebir y llevar *a* la práctica un tal programa. Pero, si para sostener la hipótesis reichiana sobre los orígenes de la civilización es necesario suponer la maldad originaria, deja de sef'ñecesaria toda aquella laboriosa construcción destinada a explicar la irrupción de la maldad histórica en todas sus formas: desde la represión sexual, a la explotación del hombre P9r el hombre, a la lucha sangrienta entre individuos y pueblos.

No quiero con todo esto descartar totalmente las tesis de esta fascinadora obra antropológica de Reich. Al contrario: la mayor parte de sus consideraciones e hipótesis sobre la sociedad trobrian-desa (y en particular sobre el mecanismo dotal) me parecen muy convincentes y dignas de la máxima atención. Pero si por[1] una parte (junto con las observaciones de Malinowski) parecen más que suficientes para justificar una serie de deducciones y críticas qüe~Réich formula en relación con *nuestra* sociedad, por otra parte, me parecen absolutamente insuficientes para construir en torno a ellas una teoría acerca de los orígenes que no resulta ni más robusta ni más indispensable que muchas otras.

El problema del tabú del incesto

Mucho más persuasivo me parece Reich cuando desarrolla su crítica de otras teorías sobre los orígenes, y en particular de la teoría, abrazada también por Morgan y Engels, según la cual la esogamia tendría fines eugénicos, es decir, que habría surgido de la necesidad de evitar las taras hereditarias que habrían recaído sobre la prole de cónyuges consanguíneos.

Reich con razón hace notar que:

1. La peligrosidad del incesto no ha sido nunca demostrada. La legislación sexual soviética —cuando en un primer período abolió la pena del incesto con consentimiento— concluyó con razón que las penas contra el incesto no tenían sentido dada la inocuidad del incesto. De hecho, el incesto tiene algo que ver con la selección natural sólo en la medida en que se suman las inclinaciones patológicas, o sea, en el caso en que hermana y hermano sufran ambos una enfermedad grave. Pero esto es válido para todo hombre y mujer aunque no sean consanguíneos. Por otra parte, dado que las modernas investigaciones médicas tienden a limitar cada vez más la esfera de acción de los factores hereditarios y a ampliar la de los factores ambientales, los riesgos sanitarios de una unión incestuosa deben ser redimensionados en la misma medida.
2. La hipótesis de Morgan y Engels —continúa Reich— pre-

supone que el hombre originario conociera la función del padre en la procreación. Ello no puede ser cierto, y el mismo Morgan lo admite en otro lugar. La documentación antropológica confirma esta ignorancia, por otra parte fácilmente intuible dada la notable distancia de tiempo entre el coito y el parto, dada la continuidad de la capacidad sexual humana y dada la irregularidad de la relación entre coito y fecundación.

3. Es lícito suponer que en la más remota antigüedad los hombres hayan vivido incestuosamente durante miles de años y ello no acarreó, según los datos de la paleoantropología, ningún daño anatómico vistoso.

4. La objeción más importante, según Reich, es en definitiva que si las tribus originarias se hubieran dividido en *gentes* no habrían podido eliminar la consanguineidad ya que todas derivaban de una misma pareja originaria de hermano y hermana, según la hipótesis clásica. Para salvar la validez de la teoría de la selección eugénica como base del tabú del incesto es preciso pues suponer la unión originaria de dos *gentes* no consanguíneas, es decir totalmente extrañas entre sí: pero esto confirmaría la teoría reichiana.[36]

Pasa luego Reich a criticar la teoría freudiana del patricidio originario. Es una crítica profunda y convincente de la que, sin embargó, no se nota actualmente mucho la necesidad debido a la escasa consideración que desde hace tiempo goza en paleoantropología.

La hipótesis freudiana —observa Reich— aparece a primera vista fascinante sobre todo por la explicación convincente que parece dar a los fenómenos del tabú del incesto y del totemismo; a un examen más atento muestra sin embargo algunos presupuestos básicos engañosos:

1. El primero es que la horda originaría comprendiera un único hombre adulto y robusto, padre y jefe de una «manada» compuesta por muchas mujeres (hijas y esposas) e hijos varones. Suponiendo que el padre, como supone Freud, lograra alejar sistemáticamente a todos los hijos durante siglos y milenios en todo lugar no se comprende cómo las hordas originarias pudieran reproducirse, sostener la lucha contra la naturaleza y crear una cultura. Por otra parte, ¿cómo tenía lugar el alejamiento de los hijos? En los primitivos la actividad sexual empieza bastante antes de la pubertad. ¿Los varones, eran alejados aun antes de la primera infancia? Parece bastante improbable.

2. Se habría negado a los hijos todo tipo de relación sexual con las madres y hermanas, que quedaban así privadas de varones, Pero, en estas condiciones, ¿cómo podía el grupo no extinguirse?

3. Otro presupuesto necesario para salvar la hipótesis freudiana es el de los «celos violentos naturales» del varón y la originaria, biológica ambivalencia de los sentimientos. Pero este presupuesto cae al ser comparado con los sentimientos de Malinows-ki sobre la carencia de celos en los trobriandeses y sobre el claro origen represivo y social de sus ambivalencias afectivas: piénsese al dolor «demostrativo» puesto en evidencia en ocasión de la muerte del cuñado por los parientes de la viuda. (Reich, sin embargo no se da cuenta en este momento que también su teoría de los varones victoriosos, que imponen el tabú sexual a los varones vencidos, parte de la hipótesis de unos celos posesivos originarios en desacuerdo con los descubrimientos de Malinowski.)

4. En la hipótesis poco probable de la ambivalencia originaria de los sentimientos está fundamentada la otra según la que los hijos se habrían negado al incesto por estar oprimidos por un terrible sentimiento de culpa por la muerte dada al padre-tirano. El sentimiento de culpa, sin embargo, es ya expresión de una reacción moral y no puede por lo tanto explicar el surgir de la moral. Freud llegó a interpretar el mito bíblico del pecado original como una descripción simbólica del patricidio. En realidad aquel mito viene a ser solamente una descripción de la violación del tabú sexual. En modo alguno implica un asesinato. «Por otra parte —continúa Reich— mi hipótesis sobre el origen del tabú del incesto contiene implícitamente el asesinato originario en el momento del choque entre hordas extrañas. Sin duda surgieron entonces las primeras reglas morales, pero surgieron de tabús sexuales absolutamente extraños al complejo de Edipo. Esto, históricamente, es sin duda alguna más reciente que la represión sexual.» (Estas afirmaciones, muy discutibles en sí mismas, son interesantes por fijar claramente el pensamiento reichiano sobre las relaciones «históricas» que hubo entre represión sexual y complejo de Edipo.)

5. La hipótesis freudiana niega la posibilidad de que en los tiempos de los orígenes el incesto fuera practicado comúnmente. Por el contrario, ha sido demostrado tanto a partir de la observación zoológica como de los análisis de los tabús y de las mitologías, que el incesto fue una regla durante milenios. Como hemos apuntado, además, la hipótesis freudiana está también en contradicción con la difundida ignorancia de la paternidad entre los primitivos.

6. El mito del origen del clan de dos o más parejas originarias desmiente nuevamente la teoría freudiana basada en el incesto originario hijo-madre, tabú que tiene una importancia mucho menor en la organización social y en la mitología de los primitivos. La confirmación de la muerte del padre originario —que Roheim quiere dar— está siempre basada en la existencia de un antepasado-totem. Pero no está en modo alguno demostrado que el tótem representara al padre originario.

7. Según Freud, el tabú del incesto es de carácter *familiar.* Resulta al contrario que domina a *todo el clan.* Teniendo en cuen-

36. ESM, pp. 89-90.

ta que la familia, también según Freud, se ha formado mucho más tarde, la limitación de relaciones sexuales en la familia debe ser forzosamente también un producto tardío.

«Concluyendo —escribe Reich— debemos decir que la hipótesis de Freud está en contradicción con algunas instituciones básicas de la sociedad primitiva... y que olvida hasta tal punto el desarrollo histórico de la familia en sus relaciones con la economía que llega a resultar difícilmente aceptable.

«Nuestra explicación del tabú alimenticio totémico y del sexual esogámico los presenta en cambio como una imposición externa de los vencedores a los vencidos. En ciertas fiestas primitivas, en las que tiene lugar la consumición del animal tótem y la relación sexual libre, vemos la expresión de la nostalgia de una época más pacífica, libre e incestuosa.»[37]

Reich por último resume sus teorías con algunas frases de típico molde dialéctico-evolucionista:

«De la misma forma que el jefe se puso gradualmente en contradicción con la organización matrilineal hasta transformarse en patriarca tiránico, la familia monogámica se puso gradualmente en contradicción con el clan, pasando a ser su elemento destructor,..

»La moral sexo-negativa ha hecho pues irrupción en la sociedad originaria en un momento determinado y en otro momento determinado está destinada a desaparecer de la sociedad humana. ¿Qué va a substituirla?»[38]

Reich fue un hombre que sufrió mucho a causa de la mezquindad, la necedad y la morbosidad del ambiente intelectual en que vivió y trabajó. Nosotros, que vivimos en un ambiente ciertamente no mucho mejor, no podemos dejar de sentir una cierta envidia por el optimismo evolucionista, por no decir milenarista, que pasa a través del pensamiento reichiano, por lo menos hasta los ultimísimos años: como la mayor parte de los intelectuales progresistas de su tiempo, Reich estuvo firmemente convencido de que la humanidad se dirigía hacia una liberación total y definitiva del sufrimiento y de los conflictos que la habían atormentado durante milenios y que continuaban atormentándola. «Estaba escrito» en el Libro de la Historia, de la Vida o en algún otro Libro de la Ley que había sustituido a las Sagradas Escrituras, que habría un día para la humanidad comienzo del Milenio Feliz, la nueva Edad de Oro. Nosotros, desgraciadamente, ya no tenemos esta convicción fideísta que animó *a* los grandes revolucionarios ochocentistas y que se transmitió a las generaciones sucesivas. Fue una fe que dio a los combatientes por la libertad humana, y también a Reich, inmensas energías y una indestructible resolución. Uno de los mayores problemas del progreso contemporáneo, en nuestra opinión, está precisamente en la búsqueda de algo que substituya aquella fe en la «inevitabilidad», en la «fatalidad» de un cambio revolucionario, de un porvenir[1] feliz, para la humanidad. Al contrario, actualmente, todo auténtico revolucionario se da cuenta de que nada garantiza este futuro mejor y que muchas, muchísimas cosas lo ponen en peligro. Todo auténtico revolucionario no puede dejar de darse cuenta de que las perspectivas de aquel futuro mejor son ahora mucho más inciertas de lo que eran algunos decenios atrás, ya sea por la explosión demográfica que entretanto ha agudizado y continúa agudizando el envilecimiento de las masas y las luchas internacionales, ya sea por el desarrollo y la difusión de los medios de condicionamiento psicológico de masa (radio, cine, televisión, etc.) y su concentración en manos de poderes constituidos o de mercaderes sensibles solamente a los motivos de ganancia.

En estas condiciones, la única fuerza que queda al revolucionario es en mi opinión la de la desesperación. Es una fuerza ambigua, pero que lo mismo puede llevar a un compromiso más maduro y realista (por estar inmune de la espera infantil y fideísta de ayudas «externas» de las «leyes de la Historia» o del «pensamiento de Mao») como a un abandono total del compromiso, tal como se manifiesta en el movimiento *beat.* La primera elección tiene sin duda alguna un carácter ascético, ya que a sabiendas sacrifica la entera existencia del individuo por una perspectiva lejana e incierta; la segunda puede desembocar en la claudicación y en la desesperación definitiva, ya que en cierta medida satisface las exigencias individuales de felicidad, pero corta la unión vital que une nuestra suerte a la de nuestros semejantes y por lo tanto envenena también la eventual felicidad personal conquistada. Intentar una síntesis de los dos comportamientos es la tarea ardua del nuevo revolucionario.

37. *Op. cit.,* pp. 91-95.
38. Op. *cit.,* p. 97.

VI

Intuiciones reichianas e ilaciones marxistas

La segunda parte del *Der Einbruch der Sexualmoral,* dedicada a un completo examen del problema de la economía sexual (o sea, en definitiva a la salud o enfermedad psíquica de la humanidad) presenta, acentuados, los defectos y las virtudes de la primera parte: por una parte un análisis muy minucioso de las contradicciones intrínsecas de las posiciones de los psicoanalistas ortodoxos, o de los conservadores en general, frente a la relación entre libertad sexual y civilización; por otra parte, una aceptación frecuentemente acrítica de los temas del paneconomismo marxista y de los corolarios políticos que dichos temas tenían en la Unión Soviética y en los partidos comunistas.

Reich empieza volviendo a proponer, pero ahora con un tono aún más apodíctico de «verdad definitiva», su hipótesis evolutiva (o involutiva) de la historia humana:

«Las fases esenciales del desarrollo social de la sociedad originaria desde las *gentes* hasta el capitalismo actual revelan dos procesos concatenados: el primer'o desde el comunismo originario al Estado capitalista de un modo paralelo al desarrollo de las técnicas productivas; el segundo desde la libertad sexual y familia consanguínea y gentilicia hasta la ideología de la abstinencia pre y exíramatrimonial y del matrimonio indisoluble.» [1]

Ya hemos visto cuál era, en su opinión, el *primer motor* de este proceso originario: el tabú del incesto entre hermanos y el tributo dotal impuesto por los varones vencedores a los varones vencidos y la subsiguiente acumulación de la riqueza en manos de los jefes polígamos. Y hemos visto ya cómo esta hipótesis está en profunda contradicción con la hipótesis reichiana de la bondad, generosidad, mansedumbre, afán de colaboración, cordialidad, carencia de celos, carencia de afán de posesión y de avidez de propiedad, cualidades innatas en el hombre originario educado y desarrollado en plena libertad sexual. No hay necesidad, pues, de volver a tratar este tema.

Lo que importa es precisamente lo que Reich empieza a decir acerca de las relaciones entre sexualidad y sociedad, entre régimen sexual y régimen social. Como veremos, sus conclusiones están frecuentemente condicionadas por su aún rígida observancia

1. ESM, p. 101.

marxista: pero tampoco es preciso creer que dicha observancia fuera tal, aun entonces, como para impedirle algunas importantes contribuciones críticas a las posiciones del marxismo clásico.

Un ejemplo brillante de estas contribuciones lo tenemos en la crítica que hace de la famosa fórmula de Marx (y de Engels) según la cual la entera historia humana consiste en la «producción y reproducción de la vida».

«La procreación —observa Reich— que Engels contrapone tan directamente a la producción de los bienes de consumo tiene lugar objetivamente pero no subjetivamente de la misma forma. La producción de víveres, de hecho, tiene lugar, no para conservar la vida del individuo, sino, subjetivamente, con la sola finalidad de satisfacer la necesidad de alimento. El verdadero paralelo a esta finalidad es pues el impulso a la satisfacción sexual.

»De la misma forma que el instinto de alimentarse se presenta subjetivamente como hambre y objetivamente como tendencia a la conservación del individuo, el instinto sexual se presenta subjetivamente como deseo de satisfacción placentera y objetivamente como tendencia a la conservación de la especie.* Estas tendencias objetivas no son sin embargo factores concretos del proceso histórico, sino sólo afirmaciones teóricas de quien lo observa. En la realidad no existe ni una tendencia a la conservación de la especie, ni una tendencia a la conservación del individuo. Lo que concretamente actúa en la realidad es, en cuanto a la alimentación, la tensión gástrica que se percibe como hambre en el individuo y, en cuanto a la actividad sexual, la tensión sexual que se concentra sobre todo en los genitales y es percibida por el individuo como deseo sexual.»[2]

Reich pasa luego a una enunciación sintética de las conclusiones referentes al régimen sexual a las que ha llegado a través de sus convergentes observaciones de investigador de psicología, de sociología y de antropología:

1. La regulación moralista de la vida sexual hecha por la sociedad propietaria y burguesa utiliza inhibiciones sexuales que se arraigan en el individuo desde su infancia. Tales inhibiciones crean contradicciones insolubles ya que:

a) causan una acumulación constante de deseo sexual y, por lo tanto, agudizan la necesidad de satisfacción;

b) modifican la estructura caracterial reduciendo o destruyendo su capacidad de satisfacción.

De esta contradicción, que crea un desequilibrio definitivo entre tensión instintual y posibilidad de satisfacción, surgen, como

* Posteriormente (véase en particular la obra *Cosmic superimpositium)* Reich modificó radicalmente esta tesis tradicional, sosteniendo, al contrario, que la reproducción era, incluso objetivamente, un «accidente» añadido a la función sexual. *(N. del A.)*

2. *Op. cu.,* p. 106.

reacciones energéticas de compensación (nótese cómo ya en este escrito de 1931 Reich da una definición de tipo energético a las enfermedades en general), neurosis, perversiones, enfermedades sexuales y comportamientos antisociales.

2. En todo individuo, la abolición de estas contradicciones presupone la abolición de las inhibiciones morales y sexuales y su substitución por la autorregulación sexo-económica. Esto se logra en el individuo mediante la psicoterapia y la instauración de fa potencia orgástica.

3. La satisfacción sexual no está en modo alguno en contradicción con la sublimación de los instintos sexuales por el trabajo; al contrario, es una de sus premisas.

4. En realidad existen culturas, donde no subsiste ninguna remoción de la sexualidad, que presentan un grado de evolución técnica y artística netamente superior al de otras culturas con represión sexual elevada. La remoción sexual no es pues una condición de la cultura y de la vida social ordenada.

5. La regulación sexo-mofalística empieza con el interés por la propiedad privada, a los comienzos de la subdivisión de clases en la sociedad.

6. En la organización social sexo-positiva no existen neurosis en una medida socialmente apreciable: y esto constituye la prueba etnológica del hecho clínicamente observable de que las neurosis son expresión de una economía sexual perturbada.

7. La satisfacción sexual aceptada y favorecida por la sociedad regula automáticamente la sociabilidad sexual, pero presupone la inexistencia de una moralidad sexo-negativa y una educación sexo-positiva desde la infancia.

8. La moral sexo-negativa obtiene en el plano social lo contrario de lo que se pr'opone: no fuerza de carácter sino conflicto íntimo, no salud sino neurosis y perversiones, no colaboratividad genuina sino disociabilidad.

9. La aceptación de la sexualidad y la regulación sexoeconómi-ca caracterizan la sociedad comunista originaria. La sociedad de mercado instaura al contrario la represión sexo-moralista.

10. La abolición de la sociedad mercantil y capitalista elimina forzosamente la represión sexo-moralista y vuelve a poner en vigor la autorregulación sexo-económica y la promoción social de la vida sexual.[3]

Es suficiente una ojeada a esta síntesis crítica para darse cuenta de los perjuicios y de los retrasos inflingidos durante aquellos años a la auténtica creatividad del pensamiento reichiano por la aceptación de ciertos juicios y prejuicios del marxismo. De la misma forma que Freud había sostenido de una forma dogmática que la represión sexual debía forzosamente formar parte de la civilización, de toda civilización, de la misma forma para el Reich

3. *Op. cit.,* pp. 112-114.

del período marxista la represión sexual *puede ser solamente el producto de la propiedad privada* (véanse los puntos 1, 5 y 9), La ingenuidad acrítica de este paneconomismo debe forzosamente terminar con el décimo «mandamiento» político-programático de este extraño decálogo, que reproduce las ilusiones y los temas seculares del movimiento socialista y comunista y que, en poquísimos años, debía ser desmentido tan trágicamente en todo el mundo comunista: «La *abolición de la sociedad mercantil elimina •forzosamente la represión sexo-moralista y* pone de nuevo en vigor la autoregulación sexo-económica de la vida sexual» (letra cursiva añadida).

Pero incluso dentro de estos fuertes límites ideológicos, Reich insería la contribución creativa de sus conquistas psicológicas y caracteriológicas, cuando escribía:

«Para poder realizar su finalidad, la moralidad debe estar profundamente enraizada... y transformarse en exigencia interna dejando de ser pretensión externa. ¿Cómo se logra? Mediante una deformación de la estructura psíquica del individuo medio... Puesto que ello sucede en todos los individuos que transmiten a los hijos su propia actitud "moral"... la perpetuación de la moralidad sexo-negativa está garantizada...

»Esta moral social, enraizada en todos los individuos, se reproduce luego constantemente y actúa en sentido conservador sobre la base económica: el individuo explotado ratifica él mismo el orden económico que garantiza su explotación; el sexualmente oprimido ratifica el orden socio-político que le oprime y le enferma y se defiende emocionalmente de la introducción de nuevas estructuras más conformes a sus necesidades. De esa forma la moral represiva lleva a cabo su función conservadora.» [4]

Sin embargo, Reich, partiendo de esta fuerte y clara denuncia de los males de la represión pasa a otra ingenua filípica pane-conómica de carácter marxista:

«Éste es —escribe— el sentido sociológico de la represión sexual en el capitalismo. Las potencias capitalistas han llevado a los pueblos colonizados la fe cristiana, el vestido y la moral represiva no porque se preocuparan del desarrollo de su cultura, sino porque querían enraizar en los individuos de aquellos pueblos el espíritu del *coolie* europeo y esclavizarlos mediante el alcohol.»[5]

¡Ojalá —uno piensa— las cosas fueran tan simples! La tragedia, la verdadera tragedia radica en cambio en el hecho de que la fe «cristiana» y la moral represiva fueron exportadas e impuestas en los países coloniales con la convicción sincera y fanática de estar haciendo una obra «civilizadora». Si la política misionera y colonial hubiera sido o fuera tan solo un cínico juego de salón de unos pocos prelados y capitalistas, sus daños no serían hoy

4. *Op. cu.,* pp. 114-116.
5. *Op. cit.,* p. 117.

tan graves: la realidad es gue la moral sexofóbica fue exportada —salvo raras excepciones— por todos los blancos que tocaron tierras coloniales (incluso los que se daban al libertinaje con las mujeres indígenas) totalmente persuadidos de que era la verdadera y única «moral superior». Y frecuentemente las poblaciones indígenas absorbieron espontáneamente la nueva moral bajo el empuje de la intimidación y del atractivo que emanaba del modo de vivir de los nuevos, omnipotentes dominadores.

No menos ingenuo es el diagnóstico ortodoxamente marxista que Reich daba de las prespectivas de revolución sexual:

«La intensidad de la crisis de la moral sexual —escribía— varía en relación con las crisis económicas... El empeoramiento de la situación económica de las masas no sólo afloja los lazos familiares y matrimoniales de la sexualidad, sino que con la rebelión del instinto de alimentación hace surgir también las necesidades sexuales...»[6]

Estas palabras estaban escritas en 1930-1931, o sea, cuando la gran depresión de los Estados Unidos se estaba reflejando duramente en toda Europa, y en Alemania en particular, con efectos exactamente opuestos a los previstos por las «profecías» marxis-tas acerca de la intensificación del empuje revolucionario de las masas populares en los períodos de crisis económica: en vez del profetizado reforzamiento de los partidos de izquierda, en Europa y en Alemania se había registrado un espectacular aumento de los movimientos conservadores y fascistas entre las masas populares. No hay que creer, sin embargo, que Reich no hubiera comprendido el valor y el significado del fenómeno fascista en relación con los temas marxistas. Al contrario, como se verá, con *Psicología de masa del fascismo* Reich hizo ya en 1934 un análisis revolucionario y original de este fenómeno. No hay que dar, pues, demasiado valor al hecho de que, en la segunda edición de *Der Einbruch der Sexualmoral* (que lleva fecha de 1935), no haya sentido la necesidad de rectificar ni con una sola nota una afirmación tan discutible y discutida. Muy probablemente hay que atribuirlo al clima de dificultades y de prisas en que vivió durante aquellos años. Pero en parte, quizás, pued: también ser considerado como un síntoma del trabajo, del dolor y de la dificultad que representó para él, el abandono de algunos temas tan fundamentales como engañosos del marxismo-leninismo.

Las últimas frases de *Der Einbruch der Sexualmoral,* son por otra parte un testimonio patético de la difícil modificación, aún en 1935, de sus juicios entusiastas acerca del lógico final de las concepciones pre-psicológicas del marxismo que fue (y continúa siendo) la experiencia del régimen soviético y de los regímenes políticos en general:

«Si la reacción política comprende tan claramente (???) la

6. *Ibidem.*

importancia de la represión sexual para sus fines... también el partido revolucionario [es decir, el partido comunista *(N. del A.)]* debe saber reconocer la importancia de la rebelión sexual de la juventud y apoyarla contra la Iglesia y el capital... La revolución socialista (como muestra la legislación sexual soviética) lleva forzosamente a la abolición de la represión sexual.»

A estas palabras, tan claramente insostenibles sobre todo después de la involución puritana y represiva de la legislación soviética de los primeros años 30, creyó suficiente añadir en 1935 dos líneas que terminan su máxima obra antropológica y que sorprenden por su extremada prudencia: «Las corrientes ascéticas que desde hace algún tiempo actúan en la URSS obligan a una investigación particular.»[7]

Esta investigación, como hemos dicho, la estaba ya haciendo y algunas páginas se publicaron algunos meses después.[8] Como siempre, fue una valiente toma de posición, que no dudó en poner en evidencia tanto las temibles involuciones de la legislación y de las costumbres sociales en la URSS como sus motivos psicológicos profundos. Pero es interesante notar cómo aún pocos meses antes de decidirse al «gran paso» —que lo llevó al campo despectivamente y cómodamente llamado contrarrevolucionario por los dirigentes comunistas y que fue un reconocimiento implícito de la ligereza de los anteriores entusiasmos filosoviéticos— Reich no estuviera dispuesto a criticar el sistema soviético sino con la máxima prudencia.

La contribución de Reich a la antropología

Al terminar la exposición de la principal obra de antropología de Reich, querría añadir algunas palabras de comentario. Una vez más, creo que se trata de un trabajo original, agudo y concreto: en definitiva, una contribución importante, y como siempre casi ignorada, ofrecida por Reich a una rama de las ciencias sociales cuya importancia extraordinaria el mundo actual ha aprendido a apreciar.

Si las teorías reichianas sobre el origen de la civilización expuestas en esta obra dan pie, como todas las teorías de este tipo y sobre este problema que no deja de ser insondable, a muchas reservas y a muchas críticas, me parece que *Der Einbruch der Sexualmoral* merece un lugar muy destacado en el desarrollo del pensamiento reichiano y en el de las ciencias humanas por dos razones fundamentales:

1. Aunque aparezca excesiva la pretensión de demostrar con

7. *Op. cit,,* p. 119.

8. ZPPS, 1935, vol. 2, núm. 3 *(Die Bremsung der Sexttalrevolutíon in der UdSSR),* pp. 145-159.

esta obra la universalidad de la prioridad del matriarcado, la hipótesis del mecanismo dotal como factor central de degeneración del matriarcado en patriarcado me parece una indicación extremamente preciosa y atrayente.

2. El significado y la importancia fundamental de *Der Einbruch der Sexualmoral* están de todas formas, en mi opinión, en la rapidez y en la agudez con que Reich, en esta obra, recoge el decisivo, «histórico» valor de los descubrimientos de Malinowski para" una demostración definitiva y convincente de la relación directa entre relación sexual y estructura caracterial sado-masoquista.

Esta relación, intuida casi simultáneamente por Reich y por Malinowski en los campos de investigación en que trabajaban en la segunda mitad de los años 20, encontró en los respectivos descubrimientos psicosociológicos y antropológicos una mutua y luminosa verificación de la que, por otra parte, sólo Reich mostró haber tenido oportuna conciencia. La validez de esta verificación permanece aún hoy intacta, aunque las teorías antropológicas de Reich (y del mismo Malinowski) construidas a partir de la cultura trobriandesa aparezcan ya poco sostenibles.

¿Qué importa, sin embargo, que las teorías reichianas del incesto hermano-hermana, de las hordas rivales de hermanos, de la prioridad universal del matriarcado, de la misma universalidad del tributo dotal como mecanismo de paso del matriarcado al patriarcado puedan ser discutidas? Para los_ fines de rescate y de felicidad humana, que animaron la investigación dé los dos grandes científicos, y sobre todo de Wilhelm Reich, lo_que importaba e importa fue el haber demostrado, con datos *en la mano, que la libertad del desarrollo y de la vida sexual, lejos de minar la civilización, la promovía, lejos de intoxicar las relaciones personales y sociales, las hacía armónicas y sanas, lejos de provocar el desencadenamiento del dominio, de la crueldad y de la violencia, creaba: un clima de armonía social desconocido por el hombre en nuestras sociedades sexofóbicas; lejos de promover la formación de personalidades malvadas, feroces y antisociales garantizaba la formación de estructuras caracteriales tranquilas, gentiles, generosas, trabajadoras, ricas en poesía, que eran precisamente el extremo opuesto de las agresivas, envidiosas, avaras, ávidas, dó'minadoras, mezquinas, hipocondríacas, antisociales,-sá- . dicas o masoquistas tan frecuentes en nuestra civilización «su-, perior».

La importancia crucial de las observaciones antropológicas de Malinowski y de Reich, no radica pues, como Reich pensaba aún en el momento de la segunda edición de *Der Einbruch der Sexualmoral,* en la confirmación de las tesis económicas de Marx y de Engels, sino en la refutación definitiva que hicieron de las tesis pesimistas y reaccionarias de Freud, sobre la relación entre sexualidad y civilización.

Como siempre, por otra parte, Reich mostró saber captar el núcleo esencial de la cuestión: y en su áurea obra del período americano, *The Function of the Orgasm,* lo pondrá claramente de manifiesto, abandonando todos los arreos paneconómicos que aquí aún embarazan y desfiguran su pensamiento.

VII

Batallas berlinesas

Aunque la elevación y la paciencia de investigación teórica que caracteriza *Der Einbruch der Sexualmoral* puedan inducirnos a olvidarlo, mientras escribía esta su profunda obra antropológica, Reich estaba más que nunca absorbido en la lucha política, en la actividad social, en la práctica profesional. Por otra parte, esta capacidad de asociar la investigación científica a la actividad de organización concreta continuará siendo una de las dotes de Reich que más admiración provocan: es más, en cierto modo, al mirar retrospectivamente los momentos de su vida, se tiene casi la impresión que los momentos de más dedicación organizativa hayan coincidido con los de mayor creatividad científica, como si aquella dedicación y esta creatividad estuvieran unidas profunda e indisolublemente.

Después de las primeras prudentes «rimadas de conjunto» y de los primeros contactos meramente orientativos con los ambientes estudiantiles y obreros, Reich inició su actividad de agitador y de organizador. Ya en 1930, por invitación de los estudiantes de la Universidad de Berlín, dio una conferencia ".obre «El fracaso de la moralidad burguesa». La participación de los estudiantes fue impresionante y se extendió incluso a los jóvenes nacionalsindicalistas. Después de la conferencia, se abrió el debate y los jóvenes hitlerianos empezaron a bombardearle con preguntas acerca de los problemas que, entonces como hoy, preocupan a la juventud educada represivamente: el «honor», la «fuerza de carácter», el «autocontrol», la «pureza» y demás «virtudes supremas» que quedarían minadas por la libertad amorosa. Las respuestas de Reich fueron tan lineales y serenas que se entabló entre los jóvenes un apasionante y amistoso debate que duró hasta las 5 de la mañana.[1]

El éxito de aquella y de otras conferencias análogas fue tal que durante el verano de 1931 la Escuela Obrera de Marxismo (MASCH) confió dos cursos a Reich: el primero sobre el tema *Psicología y marxismo* y el segundo sobre *La sexología.* Una vez más, el número de participantes fue excepcional y sin precedentes : llegaron a participar en el curso de sexología más de 250 alumnos pertenecientes a todas las clases sociales. A partir de aquel

1. PT, p. 104.

momento los dirigentes del MASCH comprendieron la importancia política de los temas tratados por Reich y empezó a divulgar sus escritos por toda Alemania. En pocos meses la popularidad de Reich en Berlín era tan grande que debía dar una media de dos conferencias por semana.

Esto no era sólo debido, indudablemente, a la perspicacia de sus temas que, en definitiva, eran substancialmente análogos a los que habían utilizado en Austria con tan poco éxito.

En Alemania, Reich había encontrado un terreno ya en parte preparado por el trabajo de los iniciadores de la reforma sexual, que en 1930 había llegado a concretarse en la creación de unas 80 organizaciones de consulta y de investigación sexual. Se trataba de una importante red organizativa, que contaba 350.000 inscritos: más que cualquier gran partido político alemán. Era, sin embargo, más una fuerza aparente que una fuerza real, ya sea porque las 800 organizaciones estaban divididas en grupos hostiles entre ellos (los afiliados a la socialdemocracia, los de afiliación cristiano-social y los de afiliación comunista), ya sea porque los mismos respectivos partidos tendían a instrumentalizar las organizaciones sexológicas con miras a la penetración y a la infiltración en la opinión pública pero no se preocupaban mucho de su desarrollo, ya sea sobre todo porque los mismos dirigentes de las organizaciones sexológicas eran muy reticentes en poner en contacto su propia actividad con una acción política progresista.

Sin embargo, aquella red de organizaciones (entre las que estaban los consultorios de la «Liga Materna» de Helen Stocker) publicaba una cantidad notable de periódicos y revistas que llegaba a una décima parte de la población total y a hacer propaganda a escala de masa de los métodos anticonceptivos, de la legalización del aborto, de la abrogación de las sanciones penales contra las desviaciones sexuales y la homosexualidad en particular.

Reich concibió el plan, al que ya hemos hecho referencia, de unificar todas las organizaciones (o una mayoría) en el marco de una política de clase y en directa relación con el Partido Comunista: esperaba de esta forma transformar una miríada de centros, institutos y consultorios sexológicos que trabajaban de una manera fragmentaria, en una organización sexo-política integrada.[2] El proyecto de Reich, después de haber sido elaborado en la Sección sanitaria del Partido Comunista Alemán, fue transmitido al IFA (la organización responsable de todas las iniciativas culturales y sociales del mismo Partido). La IFA dio su aprobación y constituyó un Comité directivo de la organización sexo-política que se iba a constituir a la que se invitó a formar parte a tres médicos, entre los cuales estaba Reich, a un diputado comunista y a dos dirigentes de la misma IFA. Estos últimos fueron encar-

2. *Op. cit.,* p. 114.

gados de la dirección organizativa de la nueva iniciativa y de las relaciones con el Partido mientras que la dirección sexo-política (es decir científica) de la organización para toda Alemania se confiaba a Reich.

La Liga para la Política Sexual Proletaria

La plataforma sexo-política elaborada por Reich, que tenía como objetivo la integración concreta de la acción reivindicativa del movimiento obrero en campo económico y político con un programa y un trabajo de reforma sexual verdaderamente radicales y con un buen planteo psicológico, fue aceptada sin objeciones por la directiva de la IFA. Y poco después, cuando una asociación para la Reforma Sexual con sede en Dusseldorf publicó el programa reichiano obteniendo un sensacional éxito de opinión pública, en otras varias ciudades alemanas hubo iniciativas análogas. Ya en 1931 pudo tener lugar en Dusseldorf el primer Congreso de las organizaciones sexo-políticas de Alemania Occidental, que obtuvo la adhesión de ocho organizaciones sexo-lógicas, con 20.000 socios en total. Se confió a Reich el discurso de apertura, que obtuvo el consentimiento unánime de los representantes de las organizaciones adheridas. También en Berlín y en sus cercanías surgieron pronto nuevas organizaciones sexo-políticas de orientación reichiana. En la capital, sin embargo, la unificación soñada por Reich se perfiló inmediatamente como más difícil ya que el Partido Comunista no disponía de ninguna organización sexológica. A pesar de ello, las ideas sexopolíticas reichianas tenían una fuerza de impacto aterrador y en un año en Berlín, Dresde, Stettin, Lippstadt y otras ciudades alemanas se crearon florecientes secciones de la nueva organización sexológica unitaria, que en pocos meses llegó a contar más de 40.000 inscritos.

No disponemos de espacio para citar en detalle el «Programa» elaborado por Reich para la Liga Nacional para la Política Sexual Proletaria (como fue bautizada la organización promovida y dirigida por él). Podemos sin embargo resumirlo en sus grandes líneas.

Después de haber precisado que la Liga se constituía «con la finalidad de unificar bajo una única dirección el movimiento alemán para la reforma sexual», que hasta entonces había sido apolítico y había estado disperso, y darle «un contenido revolucionario y de clase», el documento afirmaba que una tarea primordial de la nueva Liga habría sido la de «subrayar la relación necesaria que existe entre sufrimiento sexual de las masas y el orden capitalista» y la de «coalizar las masas en la lucha contra la reacción sexual».

El «Programa» insistía largamente en la relación causal entre

capitalismo y represión sexual. El primer y más largo subtítulo estaba dedicado a esta tesis. Basta aquí citar la primera emblemática frase: «El sufrimiento sexual del pueblo es un producto fatal y característico del dominio de clase y de la propiedad privada.» Otro capítulo del largo «Programa» desarrollará en definitiva el mismo concepto bajo el título «Los elementos esenciales de la frustración sexual y su enraizamiento en el sistema capitalista». Me parece inútil insistir: creo que está suficientemente claro que el «Programa» de la organización sexo-política fundada por Reich en 1931 fue una expresión del momento de su mayor identificación ideológica con el paneconomismo marxista y con las directrices políticas del movimiento comunista.[3]

Mientras, como en Austria, la actividad de Reich no permanecía confinada al nivel de la sexología o de la organización sexo-política. Como siempre, sentía el deber de participar personalmente en la acción de agitación y de protesta del Partido: esto, si por una parte indica hasta qué punto no llegaba aún a darse cuenta de las distorsiones demagógicas y autoritarias de la política comunista, por otra parte me parece que debería cerrar definitivamente la boca a los tardíos revolucionarios de salón que actualmente colocan la etiqueta de «traición» al abandono de Reich de la milicia política. Aquella «traición» fue al contrario una acción meditada, basada en la experiencia amarga de muchos años de lucha valiente e inútil.

Participaba en las manifestaciones de los parados, ofrecía su coche para el transporte de material de propaganda, se inscribía en grupos armados de lucha antinazi, distribuía de casa en casa hojas de propaganda comunista, incluso dirigía reuniones no sobre problemas psicológicos o sexológicos de masa sino sobre las maravillas de la colectivización agraria en la URSS (que había ya costado una carestía atroz y que Stalin estaba reavivando con métodos sanguinarios).

Creciente tensión con Freud

Como veremos, Reich llevaba a cabo esta su actividad política en unas condiciones de creciente tensión y conflicto con los dirigentes comunistas. Pero, fuera del Partido, fuera del «círculo de iniciados», como perfecto militante, intentaba esconder o minimizar estas tensiones con los «camaradas dirigentes» y se esforzaba al contrario en subrayar su activa milicia comunista. Esto no podía dejar de desembocar en una ruptura con la Sociedad Internacional de Psicoanálisis, cuyos dirigentes, empezando por Sigmund Freud, frente al impetuoso avance del fascismo,

3. ZPPS, 1934, vol. 1. núm. 3-4, pp. 262-266 (Sobre historia del movimiento sexo-político).

del antisemitismo y de Jas derechas en Alemania, en Austria y en toda la Europa central, esperaban hallar un *modus vivendi* con la reacción que estaba subiendo y querían a toda costa evitar cualquier actitud, aunque sólo individual, susceptible de indisponer a los jefes llegados al poder o que estaban llegando a él. Pero no había sido necesario el avance fascista en Austria y en Alemania para crear tensiones entre Reich y los ambientes psicoanalistas. Bajo la dirección de la personalidad claramente conservadora de Freud, y por el empuje del miedo dominante entre los psicoanalistas, la misma tendencia de Reich a subrayar los imperativos de reforma (y por lo tanto de lucha) social planteados por los descubrimientos del psicoanálisis había creado a su alrededor una frialdad que iba en aumento. Sólo entonces empezaba el psicoanálisis, después de largos años de completo ostracismo científico, a ser si no aceptado, por lo menos socialmente tolerado, y la tendencia de Reich indicando una acción de revolución social como el único medio para resolver el problema de las neurosis de masa (tan claramente insolubles con los paños calientes de la psicoterapia individual), por más lógica y coherente que fuera, por sí misma, no podía dejar de asustar a la mayoría de los analistas, que no tenían ciertamente el temple de los revolucionarios e intuían claramente las represalias catastróficas que se abatirían sobre su vida profesional apenas se llegara al choque frontal con los poderes constituidos y la «gente bien» (entre la que se contaba la mayor parte de su clientela).

A estos fundamentales motivos sociales, que volveremos a examinar con mayor detalle, se añadían también motivos de conflicto más directamente técnico: ya sea en el campo de la metodología terapéutica, ya sea en el campo de la concepción científica global de la enfermedad mental, de su etiología, de sus dinamismos. Pero incluso a estos conflictos aparentemente técnicos, como veremos, estaba subyacente el conflicto fundamental entre la personalidad y la visión revolucionaria de Reich, por una parte, y las personalidades conformistas o a lo más prudentemente reformistas, de la aplastante mayoría de los analistas.

A nivel de la metodología terapéutica, para entender mejor la renovación propuesta por Reich es preciso tener presente la situación de fracaso en que se encontraba la técnica analítica en los años 20. Cuando en 1920, Reich había empezado su actividad de analista, un análisis de una duración de 6 meses se consideraba largo. En 1923, un análisis de un año era considerado ya como completamente terminado, mientras se iba abriendo camino la idea de que tratamientos de dos o más años fueran en principio preferibles. El mismo Freud había publicado su famosa *Historia de una neurosis infantil* basándose en un tratamiento que había durado cinco años. Paralelamente y de un modo sintomático a la teoría de la rígida «no intervención» en las concepciones ideológicas del paciente, los decanos del psicoanálisis habían elaborado una téc-

nica de «completa pasividad» en el tratamiento analítico. El analista no debía hacer otra cosa que esperar las «asociaciones libres» del paciente e interpretarlas, para lograr «llevar a la conciencia» el material rechazado revelado por aquellas asociaciones. Si el paciente no producía asociaciones libres y permanecía callado, el analista debía también él permanecer callado: durante horas, durante semanas si era preciso. Entre los analistas circulaban chistes e historietas acerca de la virtud somnífera de esta técnica. Se reía acerca de la cantidad de cigarrillos necesarios para soportar sin dormirse una sesión analítica o se explicaba el chiste de un analista que, al despertar al final de la sesión, había hallado sobre el sofá vacío una nota del paciente en la que le decía: «Pago de buena gana a una mujer hermosa para que duerma conmigo, pero no a un feo analista.»

En realidad, detrás de aquellos chistes existía una grave crisis del psicoanálisis como terapéutica, y detrás de la crisis había, una vez más, la vacilación de los analistas, por otra parte comprensible, en afrontar el núcleo social del problema técnico. Los largos silencios, el rechazar la libre asociación indicaban de hecho resistencias profundas a la misma asociación. Ahora bien, dichas resistencias se levantaban siempre en defensa del material, de las constelaciones, de los dinamismos inconscientes más profundos, a los que estaba íntimamente unida toda la estructura caracterial del paciente. Evitar las resistencias, evitar cualquier ataque a la estructura caracterial del paciente, concentrar todos los esfuerzos a la eliminación del síntoma neurótico, dar por resuelta la neurosis a la desaparición del síntoma neurótico, significaba cerrarse todas las puertas de acceso al mismo núcleo de la neurosis, significaba no comprender o no querer comprender, como dirá más tarde Reich, que los síntomas, aun cuando existían, eran solamente los picachos que sobresalían de la montaña neurótica que tenía siempre su macizo en la estructura caracterial.

Apenas tomada la dirección del seminario de técnica analítica, Reich se concentró en el estudio de las resistencias. Muy pronto, tanto Reich como sus alumnos se dieron cuenta de la ineficacia e incluso de la peligrosidad de las técnicas utilizadas hasta entonces para eliminarlas. Por ejemplo, se constató que era inútil y peligroso limitarse a atribuir al paciente la responsabilidad de las resistencias: era preciso hacer un esfuerzo para comprender el origen mediante la aplicación de métodos analíticos.[4] De un modo análogo, se constató la mínima utilidad de la costumbre, normalmente practicada, de fijar un límite para la terminación del análisis y cuando el análisis parecía llegar a un punto muerto de amenazar al paciente con la interrupción definitiva de las sesiones si no «abandonaba su resistencia a la curación». Sobre todo, se pusieron en evidencia las carencias metodológicas existentes en la utilización del material asociativo presentado por el paciente.

4. FO, pp. 83 y 85.

El material era interpretado según el orden en que era producido por el paciente, sin atención alguna al nivel de profundidad de que provenía ni por las resistencias que en el paciente se oponían a una efectiva comprensión de dicho material. «Frecuentemente — escribirá Reich— esto llevaba a situaciones grotescas. Los pacientes descubrían muy pronto qué era lo que teóricamente el analista esperaba y producían rápidamente asociaciones "satisfactorias". No eran más que asociaciones que servían a tranquilizar y a satisfacer al analista. Si además el paciente tenía un carácter burlón, podía más o menos conscientemente divertirse en poner en una mala situación al analista produciendo sueños tan confusos que fueran absolutamente incomprensibles. El analista, por otra parte, no se daba cuenta en general de que el problema verdadero a analizar era precisamente la naturaleza sistemáticamente confusa de los sueños y no su contenido. Al contrario, otras veces los pacientes producían un símbolo detrás de otro, comprendían en seguida su significado sexual y pronto eran muy hábiles en "jugar con los conceptos". Aprendían, por ejemplo, a hablar del "complejo *de* Edipo" sin la más mínima participación afectiva... La mayor parte de tratamientos eran caóticos. No había orden en el análisis del material, el tratamiento carecía de cualquier principio estructural y por lo tanto no presentaba ningún proceso de desarrollo. La mayor parte de tratamientos terminaban por agotamiento después de dos o tres años. De vez en cuando alguien mejoraba, pero nadie comprendía bien el porqué. De esta forma llegué a la decisión de trabajar ordenada y sistemáticamente sobre las resistencias.»[3]

El problema de las resistencias caracteriales

El trabajo sobre las resistencias, por otra parte, llevó inevitablemente a Reich y a sus alumnos a constatar que estaban en estrecha relación con el *transferí* negativo, es decir, a la resistencia del paciente hacia el analista. No había ni un paciente que no mostrara, incluso en presencia de *transferís* positivos acentuados, una profunda desconfianza en el tratamiento y una latente hostilidad hacia el analista. La única diferencia consistía en la manera de expresar, o de disimular esta desconfianza y hostilidad. Esto llevó a Reich directamente al problema de la estructura caracterial del paciente. O, mejor dicho, volvió a llevarlo, porque a este problema se había sensibilizado ya desde los inicios de su práctica profesional.

5. *Op. cit.,* p. 55.

En realidad ya en 1920 se había encontrado con un caso que puede en cierto modo considerarse, en cuanto a la orientación de su pensamiento sobre los problemas caracteriales, como una anticipación decisiva. Se trataba de un joven camarero que padecía de una carencia total de erección. El tratamiento había empezado en un principio, aparentemente, del mejor modo posible: el paciente «colaboraba» extraordinariamente, era dócil, tranquilo y no se enfadaba ni se molestaba nunca. Aunque con una lentitud que entonces se consideraba excesiva, todo procedió perfectamente y a los tres años había sido posible reconstruir con certeza la «escena primaria»: a los tres años a través de una puerta entreabierta el paciente había podido ver a su madre parir y había quedado traumatizado por la visión de lo que le había parecido una grande y sangrienta herida entre las piernas de la madre. Conforme a las concepciones analíticas del tiempo, Reich había relacionado la impotencia erectiva que el paciente padecía con un «complejo de castración» creado por la visión de los genitales maternos. Reich en 1923, explicó el caso en el seminario técnico que se había formado el año anterior bajo su sugerencia, pero que todavía era dirigido por Hitschmann, y recibió los elogios de sus colegas por la «exacta dilucidación de la escena traumática primaria» y «la exactitud y perfección del trabajo analítico». Pero —confesará más tarde Reich —[6] al abandonar la reunión no estaba satisfecho. Si todo había ido como debía ir, ¿por qué la impotencia del paciente persistía? y persistió hasta que, unos meses más tarde Reich, desanimado, dio de alta al paciente. Este aceptó el despido y con él el final de toda esperanza de vida amorosa con el estoicismo y la docilidad que había siempre demostrado. Pero precisamente esta reacción evocó en Reich por primera vez el concepto de *Affeksperre* («bloqueo emocional») que debía ser tan fértil en todo el desarrollo posterior de su pensamiento teórico y metodológico. Además, intuyó aunque fuera vagamente aún que el problema central de aquel caso, como de tantos otros, no estaba tanto en el síntoma, como en la actitud caracterial, en aquella docilidad, en aquella «buena adaptación», en aquel modo de ser «razonable» que había sido desde el principio, aparentemente, la mejor colaboración en el tratamiento y que escondía un fundamental rechazo emocional del mismo

Esta función básica de la «docilidad» fue puesta definitivamente en claro por Reich en otro paciente del mismo tipo que trató en 1925 y que, bajo el aspecto de la evolución de la técnica reichiana desde el psicoanálisis convencional al análisis caracterial y a la vegetoterapia caractero-analítica, puede considerarse «histórico» en la misma medida en que lo fue para Freud el famoso caso de la joven histérica. <

Se trataba de un joven pasivo-femenino que sufría síntomas

6. *Op. cit.,* p. 102.

histéricos, incapacidad de trabajar e impotencia «ascética». Era una persona extraordinariamente bien educada y, a causa de su miedo, burlona. En cualquier situación cedía inmediatamente. Pero esto era solamente el estrato externo de su carácter. Inmediatamente, produjo abundante material sobre su apego a la madre, pero lo hacía claramente sin ninguna convicción íntima. A pesar de la sagacidad que le proporcionaba su atención durante años a las resistencias de carácter, Reich no discutió ni interpretó aquel material tan abundantemente proporcionado y subrayó solamente que toda aquella amabilidad y condescendencia era exclusivamente una defensa contra el analista y contra cualquier participación afectiva al tratamiento analítico. De hecho, pasado un período de tiempo, los sueños del paciente tomaron un carácter cada vez más agresivo. E incluso en las sesiones psicoanalíticas, la «amabilidad» del paciente dejó paso cada vez más frecuentemente a una actitud provocante y ofensiva: tal como Reich había supuesto, aquella amabilidad había sido, pues, sólo un mecanismo de defensa contra los impulsos de odio. Consintiendo, es más, provocando la libre expresión de aquellos impulsos, Reich logró descubrir que el odio del paciente escondía *a* su vez un profundo miedo del padre: y paralelamente a las manifestaciones de odio, el paciente presentó síntomas cada vez más claros de angustia hasta el punto de que la angustia llegó a dominar las demás actitudes del paciente, de la misma manera que antes lo había hecho el odio, y antes aún la «amabilidad». Pero, a medida que el análisis avanzaba, también la angustia apareció como una defensa contra un estrato más profundo de odio. El primer estrato había quedado satisfecho con una actitud de desprecio: pero este odio apareció mezclado con verdaderos y característicos impulsos homicidas que se manifestaron en fantasías detalladas.

Este impulso destructor era pues el elemento rechazado, mantenido a raya por la angustia: pero al mismo tiempo —intuyó Reich — se identificaba con un miedo a ser destruido por el padre, en cuanto que no podía manifestarse sin desencadenar angustia y el miedo de ser destruido no podía manifestarse sin desencadenar el impulso destructivo hacia el padre. De esta forma Reich vio claramente *la identidad antitético-funcional del rechazo y de sus defensas correspondientes.* El impulso destructivo hacia el padre era a su vez una reacción defensiva al miedo de ser destruido por el padre.

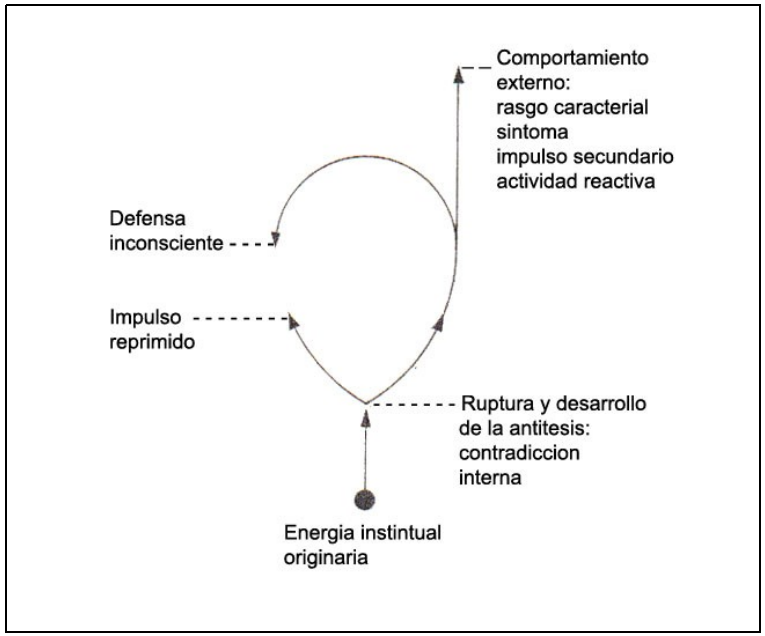
Pero cuando fue descubierta esta función defensiva, se manifestó en el paciente una aguda angustia genital: de esta forma apareció claramente que las tendencias destructivas contra el padre servían para defender al paciente del miedo de una presunta amenaza de castración por parte del padre. Y el miedo de ser castrado, cubierto por el odio contra el padre, era a su vez una defensa contra un impulso más profundo de agresión, y precisamente de la tendencia a castrar al padre y librarse de esta

forma del «gran rival» en la lucha por el amor de la madre. El segundo estrato de odio era, pues, puramente destructivo, mientras que el tercero era una destructividad con una connotación *sexual.* Esta destructividad era mantenida a raya, como hemos dicho, por un intenso miedo a la castración pero, a su vez, servía para mantener a raya un estrato aún más profundo de atracción pasiva, femenina hacia el padre. Y esta actitud era a su vez el resultado de una previa castración por parte del padre, de modo que el niño se defendía de aquella atracción «femenina» hacia el padre mediante un impulso destructor. Este impulso era una reacción del niño contra la amenaza de castración. Y el entero proceso había sido puesto en movimiento por el intenso deseo incestuoso hacia la madre. Cuando este núcleo pasivo-femenino de la personalidad —que había sido visto tan claramente en la actitud del paciente— fue disuelto, el deseo incestuoso afloró a la conciencia y el paciente reconquistó su potencia erectiva.[7]

Reich intuyó la enorme importancia de este caso, y del tratamiento llevado a cabo con éxito, tanto en el plano teórico como en el plano técnico. Había tenido ocasión de observar por primera vez la *estratificación* de las resistencias y de constatar que estas resistencias no eran casuales y caóticas sino que formaban una *entidad histórica y estructurálmente comprensible.* La neurosis revelaba su estructura, que correspondía a su desarrollo: las remociones de la niñez tardía estaban más en la superficie. Y sin embargo, los problemas más antiguos y profundos podían ser activados incluso en superficie cuando podían ser útiles para disimular conflictos actuales: por ejemplo, la manía oral profunda en una mujer habida en el seno materno podía llegar a manifestarse en superficie como manía oral al marido para disfrazar una angustia o una destructividad *sexual* dirigida contra el mismo marido. Los estratos de las defensas caracteriales, o sea del carácter, podían compararse a los estratos geológicos (que, de un modo análogo, son verdadera *historia solidificada)* pero, al mismo tiempo, el conjunto de experiencias del pasado vivía en el presente bajo forma de actitudes caracteriales.

Llegado a este punto, quedaba claro el que una persona no logre comprender su yo más íntimo: porque toda su estructura caracterial, que constituye la masa compacta interpuesta a los esfuerzos analíticos, resiste a tal comprensión. Pero ¿cuál es el porqué de esta resistencia? Evidentemente, por tener una función de defensa y de disimulo.[8] Aquí Reich se preguntó si no había llegado a las mismas conclusiones de Adler: su técnica de análisis lo había llevado a descubrir los impulsos de autoafirmación, el sentimiento de inferioridad, la voluntad de dominio, las sobre-compensaciones inherentes al sentimiento de inferioridad, y, sobre

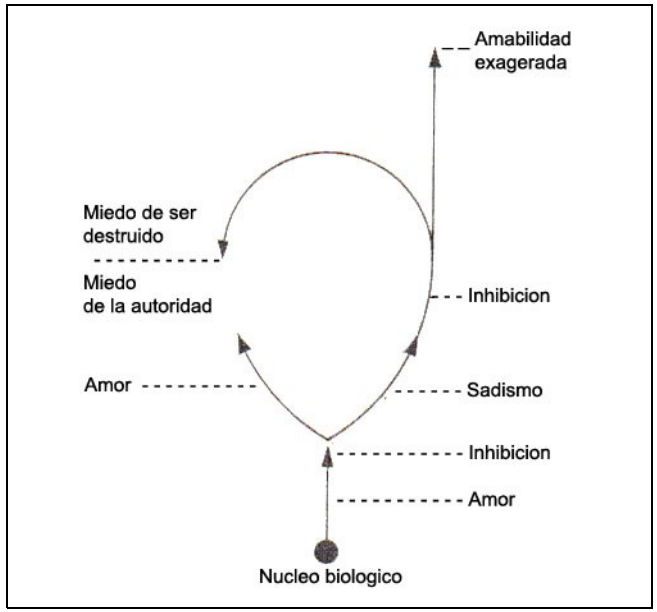
7. CA, p. 67; o también *Ueber Charakteranalyse,* en IZP, 1928, XIV.
8. FO, p. 104.



Esquema de la unidad antiiético-funcional entre el impulso y su defensa correspondiente. A causa de la actual estuctura caracterial, se interpone siempre entre el impulso y la acción una «contradicción interna». El individuo actúa «por reacción» y víctima de un conflicto íntimo.

todo, los impulsos destructores que dominaban el conjunto de la escena del «drama caracterial».

Pero precisamente al proseguir en el análisis hasta los estratos más profundos del carácter Reich se confirmó en su concepción, coherente con las enseñanzas freudianas, de la etiología *sexual* de la neurosis. *La destructividad «fijada» en las varias actitudes y estratos del carácter no era otra cosa que el furor que derivaba de la frustración en general y de la negación de la satisfacción sexual en particular.* Las tendencias destructivas eran solamente *reacciones* frente a la insatisfacción de impulsos de amor o frente a la pérdida de objetos de amor. Entre amor, odio y angustia se crea una especie de círculo vicioso, un remolino en el que naufraga la vida del neurótico: como dirá más tarde Reich



El mismo esquema ilustrado con términos de impulsos específicos.

con una fórmula realista, *«el amor frustrado genera impulsos destructivos y angustia; la inhibición de la destructividad genera otra angustia. La angustia a su vez, inhibe la expresión del odio y del amor.*[9]

Pero en la base de todo este proceso se hallaba *un impulso de amor, no de agresividad* como pretendía Adler. La agresividad era siempre una reacción defensiva contra amenazas presuntas o reales del ambiente y este conjunto de reacciones defensivas estratificadas en el tiempo iban constituyendo la estructura caracterial de cada individuo, y, en los neuróticos, la misma estructura de la neurosis, cuyos síntomas, cuando se daban, no eran más que las manifestaciones más visibles.

Estos dos conceptos (naturaleza primaria de los impulsos de amor y secundaria de los impulsos destructivos, junto con la estructura estratificada de las estructuras defensivas y de las acti-

9. *Op. clt.,* p. 51.

Esquema de los mecanismos defensivos y de los estratos sobrepuestos de una estructura neurótica masculina.

tudes caracteriales) fueron perfectamente ilustrados, en 1933, con dos esquemas que Reich publicó en su obra de técnica analítica *Characteranalyse* (análisis caracteriales) y que reproducimos para facilitar la explicación.

Esta precisión y claridad de conceptos no se había logrado aún, cuando Reich analizó con éxito su histórico caso del «joven superbien educado», en 1925. Aquel caso, de todas formas, lo persuadió de la validez de las conclusiones a las que había llegado ya en 1924 con la obra *El carácter impulsivo;* es decir, que toda neurosis es ante todo una neurosis caracterial y que para que el análisis sea eficaz debe siempre dirigirse previamente a la estructura caracterial del paciente.

Esta tesis le costó un primer choque con Freud quien, en diciembre de 1926, mientras la exponía en una de las acostumbradas reuniones en casa del maestro, le interrumpió diciendo: «¿Pero verdaderamente Vd. no interpreta el material a medida que el paciente lo produce? ¡Esto no funciona! Los sueños deben ser interpretados en el orden en que son producidos.» Reich reafirmó su posición, pero, una vez más, el ambiente se enfrió y captó el secreto goce de los colegas por su contrariedad con el «gran viejo».[10]

Desacuerdos técnicos e ideológicos

Tal como hemos apuntado, detrás de estos desacuerdos aparentemente técnicos había motivos y elementos más profundos de conflicto. La concentración de Reich en el carácter (una orientación fundamental y primordial en su investigación) mientras por un lado indicaba la tendencia revolucionaria de Reich a discutir, a no estar de acuerdo ya sea con la personalidad del paciente en su conjunto, cuando estaba a la raíz del síntoma neurótico, ya sea con los valores y las iostituciones sociales que habían creado la rígida y patógena estructura caracterial, por otra parte no podía dejar de chocar con la resistencia de la mayoría de los analistas, que se atenían a una posición de rigurosa «neutralidad» frente al carácter del paciente, precisamente en cuanto frecuentemente reflejaba los condicionamientos ambientales a los que obviamente era peligroso atacar. Ferenczi escribía en aquellos años que «la exploración del carácter no toma jamás una función preeminente en nuestro tratamiento»: y detrás de esta «norma» había sin duda también consideraciones oportunistas de prudencia. Una vez más, pues, detrás del conflicto técnico se escondía un conflicto ideológico.

Pero los descubrimientos del análisis caracterial (que, actualmente, debidamente reducidos a un hecho puramente técnico,

10. Op. cit., p. 120.

son la única parte de la investigación reichiana no solamente aceptada sino celebrada por el psicoanálisis oficial) tenían además por otros motivos un profundo significado, en lo que se refiere a la ruptura con el movimiento freudiano.

En primer lugar, revelaban la existencia de un aparato defensivo estratificado (que Reich definió como «coraza») no sólo psíquico sino también físico: a las barreras caracteriales con las que el sujeto se defendía de las excitaciones internas y externas susceptibles de desencadenar la agresividad y la angustia de reacción latentes en él, correspondía a nivel somático un conjunto de rigideces y bloqueos musculares que ejercían la misma función de defensa frente a las excitaciones internas y externas. Es más, como Reich dirá posteriormente (cuando habrá elaborado una metodología crítica destinada a expresar conceptualmente el carácter unitario de su pensamiento), los bloqueos emocionales y los bloqueos musculares, la coraza caracterial y la coraza muscular son «fundamentalmente idénticas», es decir, no son más que las dos caras de una misma medalla —las funciones y las disfunciones del organismo viviente coartado— mirada bajo dos puntos de vista diversos: el psíquico y el somático.

Esta concepción estaba destinada a provocar un choque de Reich con el psicoanálisis bajo un doble aspecto. El descubrimiento de la identidad funcional entre bloqueo emocional y espasmo muscular reclamaba un tratamiento que no fuera exclusivamente psíquico, como el psicoanálisis había siempre sido y quería continuar siendo. De hecho Reich desde comienzos de los años 30 empezó a intentar, simultáneamente con la plácida y clásica técnica de la libre asociación (basada en la «regla de oro» de la no intervención del analista), también técnicas de relajamiento muscular y de «provocación psicomotor», o sea, técnicas destinadas a eliminar las barreras interpuestas por la neurosis a la expresión de las cargas emocionales rechazadas y a evocar en los pacientes crisis de furor, de llanto, de risa, de placer, de angustia, supultadas y fijadas desde demasiado tiempo en los estratos de la coraza caracterial-muscular.

Pero esta función «autorrepresiva» de la coraza, tan plenamente individuada y puesta en evidencia por Reich, indicaba también la existencia de potentes energías latentes que empujaban para expresarse y que al mismo tiempo terminaban alimentando precisamente los bloqueos emocionales y caracteriales destinados a sofocarlas. ¿Qué naturaleza tenían estas energías?

En su respuesta, Reich, permaneció siempre fiel a la hipótesis originaria de Freud afirmando que se trataba de energías *-físicas* por su naturaleza. Es conocido que Freud se había referido más de una vez a la probable, aunque de momento desconocida, base somática (exactamente bioquímica) de la *libido.* En los últimos años, sin embargo, de acuerdo con su construcción metafísica de una antítesis universal entre Eros y Thanatos, entre Amor y

Muerte, Freud se inclinó a no hablar de aquellas sus primeras hipótesis materialistas acerca de la naturaleza de la libido.

Coherentemente con la concepción originaria de Freud y con los temas del materialismo dialéctico marxista, Reich hizo lo contrario afirmando siempre la naturaleza *material* de las energías de la coraza muscular y caracterial. También durante estos años, en los que aún no había llegado a definir como «físicamente observables y medibles» tales energías y se limitaba a citar frecuentemente las hipótesis bioquímicas freudianas, nunca abandonó la idea de que fueran energías físicas, materiales, como es por otra parte claramente deducible de las manifestaciones materiales (musculares, por ejemplo) que presentan. Y es obvio que en un ambiente psicológico que, sometido a un empuje externo cada vez más fuerte y con personalidades conservadoras al interior como las de Freud, Young y Adler, se iba orientando cada vez más hacia interpretaciones metafísicas o incluso místicas de los procesos psíquicos, la posición tenazmente materialista de Reich debía forzosamente no ser aceptada.

Menos aceptada aún debía resultar su insistencia sobre las connotaciones *sexuales* de las energías reprimidas y sobre la función específicamente sexo-negativa del entero aparato represivo individual y social (es decir de las estructuras caracteriales y sociales). A primera vista, parece raro que esta insistencia sobre la etiología sexual de todas las neurosis encontrara tanta hostilidad en los ambientes psicoanalíticos oficiales, dado que el mismo Freud no había nunca renunciado a considerar la represión de la sexualidad como la fuente primaria de neurosis. Pero sucedió así, y no por casualidad, ya que *detrás de la coincidencia aparente entre la posición freudiana y la posición reichiana se escondía un conflicto radical:* como es sabido, Freud, con los dos conceptos de sublimación y de Thanatos había *prácticamente avalado la necesidad de la represión* como instrumento indispensable para evitar el retroceso de la humanidad hacia una condición de ferocidad y para promover el desarrollo cultural y científico. Estas tesis se podían ya entrever en varios fragmentos de Freud escritos durante los primeros treinta años del siglo, pero en 1930 fueron sistematizadas orgánicamente en *El malestar de la civilización* que abiertamente proclamaba la indivisibilidad entre represión y civilización y, al mismo tiempo, entre represión y neurosis, poniendo a la humanidad frente a una alternativa igualmente trágica: o salvar la civilización condenándose a una condición de perenne infelicidad y de enfermedad o borrar toda huella de civilización y caer en unas condiciones de vida salvajes para volver a hallar la salud psíquica y la alegría de vivir.

Planteado en estos términos, el dilema freudiano podía solamente hallar una solución conservadora (tanto más cuando la «alegría de vivir», en un mundo feroz, dominado constantemente por amenazas de muerte y de agresión sádica, aparecía por lo menos

discutible): y de hecho, la «aceptación social» del psicoanálisis coincide precisamente con el reconocimiento cada vez más explícito por parte de Freud de la «ineludible necesidad» de la represión. El «pansexualismo» de Reich, al contrario, mientras reafirmaba, coherentemente con Freud, la centralidad de la represión sexual en el origen de las neurosis, proclamaba no sólo la necesidad sino también la urgencia de eliminar la moral represiva y sus instituciones sociales y negaba, basándose en conocidos argumentos clínicos y antropológicos, que ello debiera comportar la destrucción de la civilización: al contrario, dicha eliminación habría rescatado a la humanidad de una condición milenaria de esclavitud social, de abyección moral, de mostruosa perversidad (peor que la misma ferocidad con razón temida por Freud) y habría producido una civilización finalmente digna de este nombre no sólo en el plano formal (técnico y estético) sino también en el plano, mucho más importante, de su contenido humano.

Esta posición, implicaba, sin embargo, una actitud coherentemente revolucionaria en el plano social, ya que sólo mediante una transformación radical de las instituciones sociales, de los métodos educativos, de los valores éticos se podía realizar la mejora de los instintos propuesta por Reich. Pero era precisamente esto lo que más espantaba a los dirigentes psicoanalíticos,. Ya la herejía de Young y la de Adler habían demostrado las enormes ventajas sociales que se podían sacar renegando la teoría del origen sexual de las neurosis. Aunque permaneciendo fiel al propio primer descubrimiento de la etiología sexual de la enfermedad mental, también el movimiento psicoanalítico empezaba ahora a apreciar una menor oposición social consecuencia de la introducción de las hipótesis freudianas de una destructividad y de un sentimiento de culpa primordiales, y sobre todo del reconocimiento freudiano de la «insustituible función civilizadora y cultural» de la represión.

Si a esta tendencia endógena hacia la inserción y la adaptación social añadimos la presión externa cada vez más fuerte debida al empuje cada vez más amenazador de las fuerzas políticas reaccionarias en toda Europa central, no nos sorprenderá que entre los dirigentes psicoanalíticos y Wilhelm Reich se fuera desarrollando durante aquellos años una tensión cada vez más aguda destinada a desembocar en 1934 —como veremos— en la expulsión de Reich de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis.

VIII

Antecedentes de la expulsión

Con este telón de fondo tanto interno como externo en los ambientes freudianos la posición de Reich se nos muestra con toda su impresionante grandeza moral e intelectual, con toda su originalidad y temeridad revolucionaria, con toda su incompatibilidad con las orientaciones conservadoras y oportunistas que definitivamente predominan en el movimiento psicoanalítico.

Aun antes que ideológicos, los desacuerdos de Reich con las tendencias predominantes en el psicoanálisis de su tiempo fueron indudablemente de orden científico: el método del análisis caracterial, la concepción materialista de la *libido* como energía física, la tendencia a ampliar el tratamiento desde lo puramente psíquico a lo somático, la reafirmación no solamente del origen, sino de la connotación y del tratamiento *sexual* de las neurosis, fueron todos ellos motivos aparentemente sólo científicos del conflicto entre Reich y el movimiento psicoanalítico, pero no se habrían exasperado hasta tal punto si no hubieran contenido los elementos (claramente intuidos por la mayoría de analistas y explícitamente afirmados por Reich) de la intrépida postura de revolución sexo-política tomada por Wilhelm Reich a partir de 1927. Como veremos, tanto entonces como posteriormente se especuló mucho acerca de su activa actuación como militante comunista para justificar la expulsión del movimiento psicoanalítico y el ostracismo decretado en su contra por/ todos los ambientes «científicos». Pero posteriormente ha quedado demostrado que eran solamente pretextos por el hecho de que numerosos psicoanalistas, antes y después de Reich, militaron en los partidos de extrema izquierda, incluso en Italia, sin que ello fuera en modo alguno considerado incompatible con su cualidad de miembros de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis o de científicos en los ambientes académicos. En realidad, la razón fundamental del linchamiento llevado a cabo contra Reich desde el interior y desde el exterior del movimiento psicoanalítico *es necesario buscarla más bien en su coherente reivindicación de la necesidad de una revolución social basada en la liberación de la sexualidad adulta y del desarrollo de la sexualidad del niño y del adolescente.* Por mi parte, aunque ,no sea ni haya sido nunca comunista, he hallado y encuentro discriminaciones bastante parecidas a las que Reich encontró en su tiempo. Si, pues, los comunistas que rechazan las concepciones

sexo-liberadoras pueden recibir agradecimiento y honores en el plano científico y político, y los no comunistas que las aceptan son discriminados y perseguidos, es evidente que lo que desencadena la discriminación no es, como se pretendió en el momento de la expulsión de Reich del movimiento psicoanalítico, el hecho de ser militante comunista, *sino solamente la lucha por la revolución sexual.*

Es a la luz de este fundamental hilo conductor que, en mi opinión, deben examinarse las situaciones de mayor tensión entre Reich y el psicoanálisis oficial que terminó con la expulsión de Lucerna.

En noviembre de 1922 Reich leyó una de sus primeras relaciones en la Sociedad vienesa de Psicoanálisis. Llevaba el título *Acerca de las limitaciones de memoria durante el análisis* e indicaba la necesidad de trabajar sobre las resistencias subyacentes a dichas limitaciones. Esta obra de Reich fue sustancialmente bien acogida por los demás analistas.[1] Pocos meses después, en enero de 1923, Reich expuso en la misma sede el caso de una paciente que sufría un *tic* diafragmático hasta entonces irreducible y que había conseguido una clara mejoría apenas había podido mas-turbarse de un modo satisfactorio.[2] Había aquí, en embrión, el concepto de la etiología y del tratamiento genital de la neurosis, pero siendo solamente en embrión, no hubo objeciones ni resistencias por parte del auditorio. En octubre de 1923, Reich leyó una relación titulada *Introspección en un caso de esquizofrenia* que subrayaba la vistosidad de los elementos sexuales en las formas esquizofrénicas. Y de nuevo no hubo reacciones negativas.

Pero cuando en noviembre del mismo año 1923, abandonando por primera vez el terreno casuístico particular, leyó su primera relación teórica (aunque fundada en observaciones clínicas) con el título: *La genitalidad desde el punto de vista de la prognosis y del tratamiento analítico,* las cosas no procedieron tan llanamente. «Mientras hablaba —escribirá más tarde Reich— tuve la sensación cada vez más clara de que la atmósfera iba enfriándose... Cuando terminé, en la sala había un silencio glacial. Después de una pausa, empezó la discusión. Los colegas dijeron que mi afirmación de que las perturbaciones de la sexualidad natural eran un síntoma importante de la neurosis, era errónea. Y aún peor era mi tesis, según la cual la observación de la funcionalidad genital podía ofrecer criterios de prognosis y terapéuticos.»[3]

Naturalmente —confiesa Reich— que los oponentes disponían de algunos puntos de apoyo clínicos. Más de uno recordó a Reich que en la práctica analítica se encontraban pacientes de sexo masculino con una «potencia sexual» normal y a veces incluso ex-

1. FO, p. 65.
2. *Der Tic ais Onanieequivalent,* en ZSW 1924, XI.
3. FO, p. 65.

cepcional: hombres que practicaban el coito normalmente o con excepcional frecuencia. Poco tiempo después Reich hará notar el equívoco inherente al término «potencia sexual», que confunde la «capacidad erectiva» del varón con su «potencia orgástica», es decir, con su posibilidad de experimentar la descarga orgástica con toda su intensidad psicofisiológica. Pero ya entonces, para evitar una no aceptación tan drástica y sumaria de las tesis reichianas, habría debido ser suficiente considerar el hecho de que son rarísimos (y discutibles) los casos de *mujeres* neuróticas capaces de orgasmo vaginal. Un síntoma tan indefectible en todo el universo neurótico femenino no podía dejar de tener un significado de primerísimo plano. En realidad, ya en aquel primer rápido esfuerzo para liquidar la genitalidad como instrumento de diagnosis, de prognosis y de tratamiento, se veía el miedo de una *identificación entre satisfacción sexual y curación psíquica* que habría fatalmente llevado a la reivindicación —tan duramente impedida y perseguida por los poderes constituidos— de la libertad amorosa, como condición esencial de cualquier curación radical y sistemática de la neurosis individual y social.

Entretanto, Reich había tomado la dirección del seminario de técnica analítica y junto con sus alumnos, disponía de una casuística cada vez más amplia que confirmaba los temas centrales de la terapéutica genital: cuando se lograba instaurar la satisfacción genital, el tratamiento pasaba a ser siempre mucho más rápido y fácil. Incluso los casos en que la instauración no había sido posible habían confirmado indirectamente la posición de Reich, ya que al mismo tiempo habían sido los más difíciles de tratar. (Estos casos, por otra parte, habían hecho un servicio involuntario a la ciencia ya que, para vencer las resistencias de los pacientes a la aceptación de la sexualidad, Reich y sus alumnos del seminario fueron llevados a profundizar el análisis de las estructuras caracteriales y a progresar hacia la definición de las nuevas técnicas del análisis caracterial.) Pero, como lamentará posteriormente Reich, mientras dichas confirmaciones clínicas entusiasmaron a los alumnos del seminario durante los primeros años, apenas se desencadenó la tempestad sobre la cabeza de Reich, abandonaron *a* su maestrp: y a pesar de esta su conducta «indigna en el plano moral y científico», aún en 1945, Reich rendirá homenaje a su obra de jóvenes analistas.[4]

La experiencia negativa del primer informe sobre la genitalidad no desanimó a Reich y, pocos meses más tarde, en el Congreso de Psicoanálisis celebrado en Salzburgo en 1924, presentó un nuevo informe sobre el mismo tema en el que introdujo por primera vez el concepto de «potencia orgástica», diferenciándolo del de «potencia erectiva», y reafirmó que la estabilidad de la curación después de un tratamiento psicoanalítico, era proporcional a la

4. *Op. cit.,* p. 86.

medida en que el tratamiento había logrado instaurar la satisfacción orgástica.[5] Abraham le felicitó.

A pesar de ello, Reich sentía aumentar a su alrededor aquella «frialdad» hacia la teoría del tratamiento genital que había notado en su primer informe global sobre el tema. Estando convencido de que todo su trabajo estaba destinado a permanecer en el surco del psicoanálisis freudiano y a contribuir a la afirmación de las concepciones freudianas,[6] durante algunos años aún evitó insistir sobre el dato de hecho que su experiencia clínica cada vez más amplia le estaba confirmando constantemente: la relación estrechísima, indefectible, entre potencia orgástica por una parte y rapidez y estabilidad de la curación por la otra.

Angustia e instinto de Muerte

Entretanto, los motivos de roce iban acumulándose también en otros campos relacionados aunque indirectamente con el problema central de la economía sexual. La cuestión de la angustia y de su origen apareció bien pronto como un tema crucial de conflicto. El concepto primitivo de Freud sobre el tema, había sido que la angustia provenía de la inhibición de la excitación sexual: cuando dicha excitación no podía —debido a las prohibiciones ambientales y del Super-Yo— ser percibida y descargada, se convertía en angustia. En el otoño de 1926 sin embargo, Freud publicó *Inhibición, síntoma y angustia,* donde retiraba muchas de las primitivas afirmaciones acerca del origen sexual de la angustia. La angustia dejaba de ser definida como resultado de la represión sexual y era prácticamente transformada en causa de la represión: «Era la angustia la que producía la represión y no, como había anteriormente pensado, la represión la que producía la angustia», escribía textualmente Freud en la obra citada.[6 bis] Por otra parte, esto estaba de acuerdo con la teoría freudiana del instinto de Muerte, que en el individuo se traducía en un originario impulso autodestructivo destinado a conducirlo a la condición primordial de inercia *(nirvana),* a la que toda la materia tendría tendencia a volver. En estas circunstancias es bastante extraño que Reich se sorprendiera cuando, en diciembre de 1926, al presentar en casa de Freud una relación que reproducía el concepto freudiano original de la angustia como resultado de la inhibición sexual y la redefinía como «un reflujo de la excitación de la región genital al sistema cardiovascular», se encontró con la desaprobación del mismo Freud.[7]

5. *Die therapeutische Bedeutung der Genitalíbido,* en IZP, X, 1924. Véase también *Die Rolle der Genitalitat in der Neurosentherapie.* en ZAP I 1925
6. FO, p. 57.
6 bis. Hemmung, Symtom und Angst, Viena, 1926, p. 53.
7. FO, p. 95.

Una vez más, Reich no se desanimó y volvió a presentar su concepción, como ya hemos visto, en *Die Funktion des Orgasmus* publicado en 1927. Pero ahora ya el viento soplaba en direcciones muy diversas. Tomando las hipótesis freudianas acerca de la autodestructividad y el sentido de culpa primordiales, un grupo de discípulos de Freud —desde Theodor Reik a Alexander, a Hele-ne Deutsch, a Ferenczi, a Rank— iba publicando una serie de trabajos que por caminos diversos, pero sólo aparentemente divergentes, tendían a neutralizar y a sepultar los revolucionarios descubrimientos del primer Freud acerca de la etiología sexual y social de las neurosis.

En 1926, Theodor Reik publicó *Gestandniswang und Strafbe-dürfnis (Necesidad de la confesión y del castigo)* que invirtiendo totalmente la concepción primera de la neurosis, afirmaba que el conflicto neurótico más profundo no era el de los impulsos sexuales con el *miedo* del castigo por los tabús sociales, sino el de los impulsos sexuales con *la necesidad de autodestrucción,* presente ya en el niño. La obra hacía referencia explícita a las dos obras de Freud, *Más allá del principio del placer y El Yo y el Ello,* para sostener que el principio de autodestrucción inherente a todo ser vivo hallaba su expresión en una necesidad inconsciente de castigo que entraba en conflicto con el empuje hacia el placer y la vida inherente al impulso sexual. De aquí las neurosis que, evidentemente, bajo esta perspectiva pasaban a ser una *condición biológica* del ser humano, e incluso las resistencias al tratamiento manifestadas por muchos pacientes aparecían como manifestaciones de este «masoquismo primario». Los pacientes no mejoraban simplemente porque, en el fondo, *no querían* mejorar y no querían mejorar porque con las neurosis satisfacían su impulso de auto-castigo.

«Sólo gracias a Reik —escribirá Reich—[8] comprendí dónde habían empezado los errores de Freud... La observación clínica no dejaba dudas acerca de la exactitud de la formulación primitiva de Freud: las pacientes habían enfermado a causa del *miedo del castigo debido a sus impulsos sexuales* y no en modo alguno por el *deseo de ser castigados.* En efecto, muchos pacientes manifestaban un deseo masoquista de ser castigados, de hacerse daño o de permanecer sometidos a la propia neurosis, pero esto era solamente un *resultado* secundario (o una salida), de las dificultades que hallaban a causa de la inhibición de su sexualidad natural. La tarea del terapeuta debía consistir en eliminar estos deseo de castigo dándoles su verdadero nombre, es decir formaciones *neuróticas,* y no reafirmar dichas tendencias haciéndolas pasar por impulsos biológicos profundos».

Con gran consternación de Reich, la obra de Theodor Reik fue acogida con gran entusiasmo por la mayoría de psicoanalistas.

8. *Op. cit., p. 89*

Pero retrospectivamente este fenómeno le aparecerá claramente comprensible: «El número y el prestigio de los partidarios del instinto de Muerte... iba cada día en aumento: en sus ambientes se hablaba ya sólo de *thanatos y* se olvidaba la sexualidad... El psicoanálisis no se ha levantado de este golpe.»

Pocos meses más tarde, aparecía una monografía de Alexander, fundador de la escuela americana de psicosomática, en la que el principio de la «necesidad de castigo» se extendía al análisis del crimen. Los criminales —sostenía Alexander, y su idea será posteriormente reafirmada por Theodor Reik— realizan sus crímenes porque están empujados por el deseo inconsciente de ser castigados: el castigo, pues, lejos de constituir un obstáculo es una invitación al crimen.[9]

Por caminos diversos, otros analistas descentraban la atención del movimiento psicoanalítico y del público de la genitalidad y de la importancia central de su represión o de su liberación en el proceso de formación o de solución respectivamente de la neurosis. Ferenczi negaba el carácter unitario del impulso sexual, presentándolo como la simple suma de los impulsos (oral, anal y agresivo) pregenitales.[10] Helene Deutsch iniciaba sus famosas investigaciones sobre la sexualidad femenina, sosteniendo que dicha sexualidad tenía su raíz biológica en el «masoquismo primario», que no existía excitabilidad alguna en la vagina (sino sólo una excitabilidad oral y anal «transpuesta» a la vagina), y que la sexualidad femenina encontraba su satisfacción suprema... en el parto.[11] Otto Rank publicaba la primera formulación de su conocida teoría según la que la neurosis sería una fenómeno biológico dado que tendría su origen en el «trauma biológico» del nacimiento, sufrido por todos los seres humanos.

Como intuyó correctamente Reich, a pesar de los aparentes contrastes, todas estas teorías coincidían en un único punto —la devaluación de la importancia capital de la represión sexual infantil y adulta en la formación y en la conservación de la neurosis— y todas ellas respondían, más o menos conscientemente, a una misma finalidad: hacer que el psicoanálisis fuera «social-mente aceptable», ya sea «desnaturalizando» su contenido, ya sea, y sobre todo, quitando cualquier punto de apoyo a los que como él, querían plantear el problema de la salud psíquica de la humanidad en términos de revolución sexual y social. A Reich no le quedó otra solución que publicar en la revista del movimiento

9. Alexander desarrolló y sistematizó estos conceptos, pocos años más tarde, en una obra escrita en colaboración con Hugo STAUB: *The Criminal, The Judge and the Public,* Alien & Unwin, Londres, 1931.

10. S. FERENCZI y Otto RANK, *The Development* o/ *Psychoanalysis,* N. M. D. Publishing Co., New York y Washington, 1925.

11. H. DEUTSCH, *Zar Psychologie der weiblichen Sexualfunktionen,* Int. Psycho-analyt. Verlag, Viena, 1925. La teoría fue posteriormente desarrollada en *The Signi-ficance of Masochism in the Mental Life of Vi'ornen,* en «International Journal of Psychoanalysis», XI, 1930, cap. 16.

psicoanalítico dos razonadas refrutaciones de los escritos de Reik y de Alexander. Pero su voz era ya «una voz en el desierto». Hizo una visita a Freud para pedirle si su teoría del instinto de Muerte pretendía ser una teoría clínica. Freud le aseguró que se trataba solamente de una hipótesis: pero en esta hipótesis se iba empantanando todo el empuje renovador del movimiento psicoanalítico.

Entretanto en el seminario, Reich continuaba su trabajo práctico ignorando completamente la «hipótesis» del instinto de Muerte pero absteniéndose también de cualquier crítica: ya sea porque no quería atacar el pensamiento de Freud, el maestro venerado, ya sea porque confiaba en que el trabajo clínico paciente acabaría acumulando una masa aterradora de pruebas acerca de lo infundado de aquella «hipótesis».

Sobre este punto, es preciso quizás notar una tendencia que se manifestará posteriormente en Reich también frente a Marx, Engels, Lenin: es decir, un cierto temor reverencial hacia la figura del *leader,* del «maestro», una cierta tendencia a callar las críticas y las reservas hacia ellos. Si esto por una parte contradice la acusación de «ambición desenfrenada» tantas veces dirigida a Reich, por otra parte en mi opinión, revela en él una fuerte admiración de la figura paterna, que sin duda alguna, explica por lo menos en parte la profunda benevolencia que mostraba hacia los aspectos autoritarios de los *leaders* sucesivamente admirados (desde Freud precisamente, a Marx, a Lenin, a Jesús) y la tendencia a atribuir a los discípulos la responsabilidad de las «degeneraciones» que en realidad habían sido promovidas por los mismos *leaders.*[12]

Como hemos dicho, durante tres años, desde 1924 a 1927, Reich continuó en sus escritos refiriéndose al instinto de Muerte sin criticarlo: tenía miedo de aparecer como «poco al día».

Pero todas estas preocupaciones no podían salvarlo ni lo salvaron de la hostilidad de sus colegas. Cada vez más frecuentemente se vio acusado de tener «la manía de la genialidad», de ser «agresivo» de «rechazar los últimos descubrimientos de Freud». A ello se añadían los daños causados por algunos «seguidores de oídas», que habiendo oído decir que según Reich la causa de las neurosis era la falta de satisfacción sexual, incitaban a sus pacientes a «practicar el coito frecuentemente, más frecuentemente». Pero no sabían (o no querían recordar) que la tesis de Reich era muy diversa: si por una parte afirmaba que la neurosis surgía por un defecto de satisfacción sexual, precisaba también que dicho defecto era ya «el resultado de la incapacidad del paciente para llegar a la satisfacción orgástica», y que por lo tanto sólo podía producirse y persistir la curación con la instauración *no de la mera actividad sexual, sino de la potencia orgástica.*[13]

12. Este apego al padre es confirmado por los acontecimientos narrados por Use OLLENDORFF en la obra citada *Wilhelm Reich.*

13. FO, p. 111.

Por otra parte, los datos clínicos se acumulaban tan sistemáticamente que llegaban a colocar al mismo Reich en una situación de embarazo. Al adquirir la capacidad de abandono genital completo, se modificaba la entera personalidad del paciente con una tal rapidez que llegaba a ser incomprensible para el mismo Reich. Espontáneamente, los pacientes empezaban a considerar absurdas las actitudes represivas y de persecución del ambiente hacia la vida amorosa natural. La castidad prematrimonial que en otros tiempos había sido considerada sacrosanta, aparecía ahora como grotesca. Incluso en el campo del trabajo los cambios eran sorprendentes: los que habían vivido en el ocio, sentían inmediatamente la necesidad de un trabajo creativo, los que habían trabajado de un modo mecánico y convulsivo sentían una verdadera náusea hacia su trabajo, los que, por último, se habían sometido hasta entonces a un trabajo represivo de la personalidad de los demás no podían seguir haciéndolo, por ejemplo, los profesores experimentaban de un modo muy agudo el desagrado hacia los métodos coercitivos y nocionísticos de enseñanza a los que se habían dócilmente adaptado hasta entonces.[14]

Estos fenómenos provocaban a veces verdaderos «colapsos» profesionales y parecían confirmar la tesis freudiana (y tradicional) de la incompatibilidad entre satisfacción sexual y dedicación al trabajo. Pero, tal como lo confirmaba el deseo de trabajar que se producía en individuos hasta entonces ociosos e inertes, el «colapso profesional» era debido tan sólo a la no aceptación del carácter mecánico o coercitivo o deshumanizante, del trabajo impuesto por la sociedad actual, *no del rechazo del trabajo en sí mismo.* Eran particularmente agudos los conflictos que se manifestaban en los religiosos; lo que por otra parte ha sido confirmado por los recientes experimentos de psicoanálisis llevados a cabo en una comunidad religiosa americana, en la que el análisis ha terminado con el abandono de la carrera eclesiástica de más de la mitad de los analizados (y se trata de análisis de tipo tradicional, en modo alguno de análisis «reichianos»).

Pero era sobre todo en el campo sexual donde los cambios eran más significativos. Mujeres, que hasta entonces habían practicado la prostitución de un modo más o menos velado, se sentían incapaces de continuar practicándola. Mujeres, que habían soportado hasta entonces la convivencia y la intimidad sexual con un marido no amado, no podían continuar con aquella existencia innatural y empezaban verdaderas «huelgas sexuales». Mujeres, que hasta entonces habían permanecido estrictamente fieles a una moral represiva, una vez liberadas de sus mecanismos neuróticos, empezaban a pedir a la vida la satisfacción de sus necesidades de amor. Eran hechos tan sorprendentes que Reich acabó no presentándolos a la Sociedad Vienesa de Psicoanálisis.

14. *Op. cit.,* pp. 130-131.

Siempre de acuerdo con esta precaución, antes de publicar *Die Funktion des Orgasmus* eliminó un capítulo entero acerca de la importancia sociopolítica de la genitalidad.[15] Pero de nada le sirvió. Cuando, el 6 de mayo de 1926, presentó a Freud el manuscrito del volumen con una dedicatoria, que como hemos visto era extremamente respetuosa, Freud reaccionó con una frase tajante: «¿Todo esto?» Y mientras normalmente leía en pocos días los manuscritos de sus alumnos enviándoles su juicio por escrito, esta vez pasaron más de dos meses antes que Reich recibiera la siguiente nota:

Apreciado Dr. Reich:

He tardado mucho, pero al fin he leído el manuscrito que Vd. me ha dedicado en mi cumpleaños. El libro me parece digno de alabanza, rico en observaciones y en reflexiones. Como Vd. sabe no hago objeción alguna a su intento de resolver el problema de la neurastenia con la no obtención de la primacía de lo genital.[16]

Era evidente el carácter reductivo del comentario: aunque examinara muchos casos de neurastenia, Reich en su libro proponía una concepción extensiva de la función del orgasmo como condición indispensable al tratamiento de *cualquier tipo* de neurosis. Pero evidentemente, la aceptación de este principio llevaba a un choque frontal con el orden constituido. Y en efecto era en el terreno social donde iba a tener lugar la ruptura de hecho, aunque no en el plano formal, con los dirigentes psicoanalistas.

Como también recuerda Ernest Jones en su famosa biografía de Freud, en los últimos años 20 habían empezado en los ambientes psicoanalíticos las discusiones acerca de las implicaciones sociales del psicoanálisis, y en aquellas discusiones Reich ocupaba siempre un lugar de primer plano.[17]

El 12 de diciembre de 1929, Reich leyó en casa de Freud un escrito suyo acerca de la *Profilaxis de las neurosis,* en el que de un modo directo sometía al maestro el problema central de dichas implicaciones. Partiendo de su experiencia en los ambulatorios vieneses de consulta sexual, que le habían revelado la tremenda extensión de las neurosis y sus íntimas conexiones con la frustración de la sexualidad, colocó claramente al psicoanálisis frente a sus responsabilidades sociales.[18] La lentitud del tratamiento analítico excluía toda posibilidad de resolver por este camino el problema de la neurosis de masa. El único camino para afrontar este problema era precisamente el de la *prevención social* de las neurosis, que implicaba una reforma de las normas de comportamiento y de las instituciones sociales generadoras de las neurosis. Solamente en Viena —recordaba Reich— más del 80 por cien de la población vivía en pisos con 4 o más personas por habitación: en

15. PT, p. 3.
16. FO, pp. 121-123.
17. E. JONES, *Sigmund Freud: His Life and Work,* vol. II, p. 153.
18. FO, p. 144.

estas condiciones, aun admitiendo que no subsistieran bloqueos emocionales e inhibiciones neuróticas, la frustración sexual (y con ella el terreno de cultivo de las neurosis) resultaba inevitable.[19]

Pocos meses después, Reich volvía sobre el tema con otra relación leída en casa de Freud titulada *Psicoanálisis y Weltans-chauung:* de nuevo, Reich reafirmaba que el psicoanálisis no podía tomar una actitud de «neutralidad» en la lucha social, ya sea porque la reacción no escondía su desprecio hacia las investigaciones y los descubrimientos del psicoanálisis en materia de sexualidad, ya sea porque dichos descubrimientos contenían implícitamente una incitación a destruir las estructuras patógenas de la sociedad-.[20]

Pero esta vez de un modo más claro aún que en el pasado, ya que por fin el debate había llegado al núcleo del problema, Reich chocó con la oposición e incluso con la burla de sus colegas, que le acusaron de «querer arrastrar una ciencia a la lucha política» o de «recibir órdenes de Moscú». A la primera acusación, le era fácil a Reich responder que esta reivindicación afanosa de la «objetividad científica», escondía en realidad tan sólo el temor de exponerse a graves riesgos personales por el enunciado de conclusiones científicas en desacuerdo con las instituciones del orden constituido; cuanto más sometido y esclavizado por el sistema tanto más el científico se proclama «objetivo» y «al servicio exclusivo de la ciencia». A la segunda acusación, Reich reaccionará posteriormente comentando con amargura que precisamente mientras sus colegas analistas le acusaban de recibir «órdenes de Moscú», estaba chocando con los teóricos del pane-conomismo marxista que lo acusaban de «psicologismo burgués», e incluso, como algunos analistas de «maníaco sexual». Y en cierto modo tendrá razón, aunque sea preciso notar que en sus escritos de aquel período, y en los siguientes hasta 1933, hizo todo lo posible para disimular y minimizar sus discrepancias con los dirigentes comunistas.

La capitulación de Freud

Pero, una vez más, lo decisivo para sus relaciones con el movimiento psicoanalítico fue la actitud adoptada por Freud. Estimulado por los debates que las relaciones de Reich habían desencadenado, Freud inició la sistematización de las posiciones tomadas en dichos debates. Nacía de este modo su más importante obra sociológica: *La inquietud en la civilización (Das Unbehagen in der Kultur),* que fue publicada en 1931. En ella Freud reafirmaba algunas tesis explícita o implícitamente sostenidas desde su

19. *Op. cit.,* p. 154.
20. *Op. cit.,* p. 156.

juventud: y en primer lugar, la tesis según la cual la civilización estaba fundada en la represión de la sexualidad y en la «sublimación». Es cierto —decía Freud— que el ser humano, como todo ser viviente, es gobernado al nacer por el «principio de placer», pero es también cierto que frente a los obstáculos a sus satisfacciones instintivas levantados por la realidad, es decir, bajo el empuje del «principio de realidad», el hombre aprende a renunciar al placer y a adaptarse socialmente. Pero Freud —comentará Reich—[21] no tenía en modo alguno en cuenta si, y en qué medida, la «realidad» (es decir el ambiente social) era racional o irracional, estructurada al servicio del hombre y de su felicidad, o por el contrario estructurada en función de la opresión y de la explotación del hombre por el hombre y transformada en un monstruoso leviatán que sacrificaba las masas humanas a los locos designios de unos dirigentes a su vez enloquecidos por una educación y una vida causantes de neurosis; o simplemente a sus propias proliferaciones económicas, religiosas, sociológicas, militares o políticas. Freud en definitiva, no se preguntaba qué tipo de placer fuera socialmente inocuo o útil y qué tipo fuera peligroso. No en vano, Freud acababa revalorizando en esta su última obra la religión que, en *Porvenir de una ilusión,*[21] había denunciado incluso demasiado rápidamente como una mera fantasía infantil. Ahora, veía la religión como una consolación necesaria para una humanidad obligada a renunciar, para sobrevivir como agrupación civilizada, a la satisfacción de la propia necesidad bá-'sica de amor, y, por lo tanto, a la propia felicidad. «La posición de Freud —escribirá Reich— era trágica. La finalidad a la que era preciso tender, según él, no era la eliminación del caos social sino la de dominar el impulso hacia el placer... Esto, en forma radical, se logra con la aniquilación completa de los instintos tal como enseñan ciertas filosofías orientales... ¡Y todo ello preconizado por Freud, por el hombre que había colocado al mundo frente a los hechos indiscutibles de la sexualidad infantil y de las catástrofes de la represión sexual!»[23]

Freud ni se daba cuenta de las contradicciones en que caía dentro de su misma exposición: por una parte sostenía que el comportamiento irracional del hombre era inevitable, por otra parte había creado una sociedad, como la del psicoanálisis, que se proponía instaurar en los pacientes un comportamiento racional, y él mismo, durante toda su vida se había presentado como la encarnación de la racionalidad científica. ¿Cómo es pues que la «inevitabilidad» del comportamiento irracional cesara milagrosamente sólo en él y en los analistas?

Sobre todo era evidente la ceguera de Freud frente a las re-

21. *Op. cit.,* p. 157.
22. S. FREUD, *Die Zukunft einer ¡Ilusión,* International Psychoanalytischer Ver-lag, Viena, 1925.
23. FO, p. 167.

futaciones de sus tesis que provenían de las revolucionarias observaciones antropológicas de Malinowski. Habían dado el golpe de gracia a cualquier pretensión de biologizar, como Freud se obstinaba en hacer, la destructividad en particular y la neurosis en general, y habían demostrado que, lejos de ser irreconciliables con la civilización, la libertad de desarrollo sexual y la satisfacción de la necesidad natural de amor promovían la sociabilidad la laboriosidad, la creatividad del individuo y la armonía de los grupos.

Al contrario Reich, que con la intuición del verdadero revolucionario no había podido jamás aceptar las elucubraciones de Freud y de sus discípulos acerca de la «destructividad primaria», «el sentimiento de culpa primordial» o la «necesidad biológica de castigo», comprendió inmediatamente, como hemos visto, el significado capital de las observaciones de Malinowski, inseriéndo-las rápidamente en su propio sistema de pensamiento: primero, en 1930, con *Geschlechtreife, Enthálsamkeit, Ehomorál* (1930) y después con *Der Einbruch der Sexualmoral* (1931).

La divergencia con la dirección cada vez más involutiva y conservadora del psicoanálisis, no podía ser más clara incluso en el campo puramente científico. De todas formas se acentuó y se transformó en ruptura debido a la presión de los factores políticos. El compromiso revolucionario de Reich, como hemos visto, a partir de 1927 había ido creciendo constantemente, mientras Freud y la mayor parte de los analistas habían ido de un modo simétrico replegando sus posiciones teóricas destinadas a justificar el conformismo o por lo menos la resignación. Un personaje como Reich, que participaba en las manifestaciones, desafiaba a la policía, se enrolaba en las milicias paramilitares del Partido comunista; daba conferencias y publicaba obras en las que denunciaba como oportunistas y traidores a muchos venerados exponentes de la ciencia oficial o de la reforma sexual limitada; intentaba, lográndolo, atraer a la órbita del Partido comunista a decenas de asociaciones para la reforma sexual y la asistencia anticonceptiva; ocupaba una posición de primer plano entre los dirigentes comunistas de su época, y que además era judío, no podía dejar de ser extraordinariamente molesto a una asociación como la psicoana-lítica que ya era mirada sospechosamente por la reacción política que estaba subiendo y que veía crecer a su alrededor la marca del antisemitismo. Por si fuera poco, la participación aparentemente total' de Reich en las posiciones políticas del Partido Comunista alemán, su fe tenaz en «las maravillas y el progreso» de la Unión Soviética, aun cuando ya se estaba proyectando sobre ella la siniestra sombra de Stalin, no podían dejar de irritar al espíritu amargo y escéptico de Freud, que había sido capaz de captar el aspecto fideísta e irracional intrínseco a la actitud comunista desde los tiempos de Lenin.

Esta irritación se manifestó abiertamente en una nota introductoria que Freud, en enero de 1932, habría querido anteponer a la publicación del escrito sobre el masoquismo en el que Reich refutaba formalmente, basándose en la experiencia clínica, la teoría del instinto de Muerte.

«Circunstancias especiales —había escrito Freud— obligan al director de la revista a recordar al lector algo que en otras ocasiones es obvio: es decir, que esta revista, en el ámbito general del psicoanálisis, concediendo a todos los autores plena libertad de expresión, no asume responsabilidad alguna en las opiniones de cada uno de los autores. En el caso del doctor Reich es preciso, sin embargo, advertir a los lectores que el autor está inscrito al Partido bolchevique. Ahora bien, todo el mundo sabe que el bolchevismo establece límites muy rígidos a la investigación científica, exactamente como lo hace la Iglesia católica. La sumisión al partido impone a los bolcheviques rechazar todo lo que contradiga los puntos de su teoría de salvación. Dejamos a los lectores de la revista la decisión acerca de si el doctor Reich deba o no ser absuelto de alguna sospecha de este tipo. El director, por su parte, habría antepuesto el mismo tipo de nota introductoria a un artículo que le hubiera sido presentado por un miembro de la Compañía de Jesús.»[24]

La ironía mordaz de Freud no carecía de fundamento. En aquel período Reich estaba intentando con todos los medios, la reducción de sus teorías psicológicas e incluso de sus teorías sexopolí-ticas a los esquemas de la ortodoxia marxista y ponerlas al servicio de los planes políticos del movimiento comunista alemán y mundial. Pero, como observará con no menos razón Reich,[25] Freud, por su parte, no mostraba ciertamente mucha independencia de juicio cuando adoptaba rectificaciones teóricas destinadas a transformar el psicoanálisis en algo «socialmente aceptable», cuando animaba a sus alumnos más conformistas y reaccionarios y cuando promovía una burocratización de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis que hacía pensar muy de cerca, en el plano psicológico, a la del movimiento comunista.

De todas formas, la oposición de los analistas alemanes de izquierdas, que no podían aceptar un trato tan discriminatorio hacia un colega, impidió la publicación de tan desagradable «nota». Se acordó que Bernfeld escribiría un «contra-artículo» defendiendo el instinto de Muerte y el artículo de Reich pasó en su versión integral, sin notas introductorias. En una histórica carta a la dirección de la revista, Reich reafirmó su posición subrayando que su crítica del instinto de Muerte no tenía nada que ver con el hecho de pertenecer a un partido o a otro, sino que era solamente el resultado de su experiencia clínica; que dicha experiencia clínica implicaba consecuencias sociales muy precisas a las

24. PT, p. 147.
25. *Op. cit.,* p. 148.

que se había intentado evitar precisamente con la teoría del instinto de Muerte; que dicha teoría había ya sido criticada por él mismo antes que empezara su actividad política; que a dicha crítica jamás se había respondido en el terreno concreto de los hechos sino sólo en el terreno vago de las 'generalizaciones teóricas apriorísticas; que se había llevado a cabo en su contra una evidente discriminación ya que escritos cargados de prejuicios ideológicos, como los del pastor Pfister, habían sido publicados sin comentario alguno y sin «contra-artículo» por parte de la redacción; y por último, que la Sociedad de Psicoanálisis no tenía derecho a erigirse en paladín de la libertad de palabra frente al Partido comunista, ya que en el Partido gozaba él de una «completa libertad de expresión» y había podido instituir libremente cursos de psicología psicoanalítica, mientras que el presidente de la Sociedad de Psicoanálisis de Berlín le había advertido, a su llegada a la capital alemana, que no debía «introducir temas sociológicos» en los debates de la Sociedad.[26]

Obstruccionismo y deslealtad

El conflicto era ya explícito y los dirigentes del movimiento psicoanalítico empezaron a actuar para desembarazarse de un hombre cada vez más peligroso para el *modus vivendi* que el movimiento intentaba obtener con el fascismo alemán y austríaco que estaba a las puertas. En octubre de 1932 el Presidente de la Sociedad de Psicoanálisis, Eitington, pidió a Reich que excluyera de su seminario de técnica analítica a los miembros no efectivos. Era una petición que iba dirigida de un modo claro a liquidar la influencia y la fascinación notables que la personalidad de Reich ejercía en los jóvenes. Reich rechazó esta absurda proposición que habría cerrado las puertas a más de veinte analistas «en ejercicio» del conocimiento de valiosas nociones técnicas y teóricas. Como represalia, Eitington no aceptó la elección de Reich al cargo de miembro efectivo del Instituto Berlinés de Instrucción Psicoanalítica. Reich raccionó dando en el Instituto, en calidad de «catedrático», una serie de clases que, una vez más, alcanzaron un éxito enorme.

En enero de 1933, Reich había firmado un contrato con la editorial del movimiento psicoanalítico (Internationale Psychoanaly-tische Verlag) para la publicación de su obra *Análisis caracterial (Characteranalyse)*. Reich había ya corregido las pruebas del trabajo cuando, como veremos, sonó en Alemania la hora fatal de la llegada de Hitler al poder. Refugiado en Viena, Reich fue informado por el director de la editorial de que «el contrato había sido anulado debido a la situación política». Reich fue autoriza-

26. *Op. cit.,* p. 149.

do... con especial magnanimidad, a publicar la obra por su cuenta y corriendo con los gastos.

Reich reaccionó con una carta, fechada el 17 de marzo de 1933, que permanece como un impresionante documento de grandeza de ánimo y de visión política. En ella subraya la ingenuidad de la maniobra, consistente en liberarse de las fuerzas progresistas, intentada por los dirigentes de la sociedad psicoanalítica. La reacción política —escribía Reich— ya ha puesto la etiqueta por cuenta propia al psicoanálisis con el término «bolchevismo cultural». Y a su manera tiene razón, ya que el psicoanálisis es una amenaza a la sobrevivencia de la ideología fascista. El significado sociológico y político del psicoanálisis no puede ser borrado y ocultado. Un esfuerzo en este sentido podría, a lo más, perjudicar al trabajo científico, pero nunca podría impedir a los poderes constituidos que «olfatearan el peligro» inherente a la investigación psicoanalítica.

Por otra parte, el hecho que el psicoanálisis tenga un contenido socio-político que trasciende su valor puramente médico —continuaba Reich— es reconocido por los mismos órganos dirigentes de la Sociedad. Existe un fuerte grupo de psicoanalistas que pretenden continuar la lucha socio-política; y la existencia de este grupo continúa siendo un hecho socialmente comprometedor, aunque su actividad sea llevada a cabo fuera de la Sociedad.

Y Reich terminaba con algunas declaraciones cuya dignidad aparece tanto mayor, en cuanto fueron escritas al día siguiente del triunfo hitleriano por un hombre que había sido obligado a refugiarse en Austria en condiciones desesperadas y al que se le ofrecía un porvenir obscuro o lleno de amenazas: «La necesidad suprema es la de salvar al psicoanálisis como método de investigación, no la existencia personal del analista; en el mundo contemporáneo, el lugar del psicoanálisis debe estar forzosamente al lado de los obreros; sólo si está al servicio del hombre, el psicoanálisis tiene sentido. Es evidente que el proceso histórico no ha terminado con Hitler. Si alguna vez ha sido necesario dar la justificación histórica de la existencia del psicoanálisis y la prueba de su función social, hoy ha llegado el momento de hacerlo.» **

Evidentemente no se hacía ilusión alguna acerca de los efectos de aquella carta. No tardaron en manifestarse. Inmediatamente después de una conferencia sexo-política, dada a petición de la Asociación de estudiantes del Partido Socialista Austríaco, el presidente de la Sociedad vienesa de Psicoanálisis, un socialista, le envió una carta en la que de un modo cortés pero frío le invitaba a no volver a dar conferencias en el ámbito de organizaciones comunistas o socialistas (nótese, solamente en éstas). Reich respondió que no podía tomar compromisos indiscriminados, pero

27. *Ibidem.*

que cada vez habría consultado con el Comité Ejecutivo de la Sociedad. Pero el presidente le telefoneó diciendo que una promesa de consulta no era suficiente: era preciso un compromiso formal y permanente. Reich le respondió que no podía tomarlo, pero que de todas formas, pedía que se le comunicara por escrito lo que le había dicho telefónicamente.

En una llamada telefónica posterior, el presidente de la Sociedad vienesa dijo a la esposa de Reich, Annie, que advirtiera a su marido que su presencia en las reuniones de la Sociedad «no era deseable» y que en su lugar él habría ya dado la «dimisión voluntaria» desde hacía mucho tiempo. Reich reaccionó pidiendo que su caso fuera discutido en una reunión del Comité Ejecutivo de la Sociedad vienesa. El debate tuvo lugar el 21 de abril de 1933.

Al empezar, Reich declaró que estaba dispuesto a abstenerse de ulteriores actividades como conferenciante y publicista hasta que la Sociedad Internacional de Psicoanálisis se hubiera decidido a precisar si consideraba o[1] no sus posiciones conciliables con su pertenencia a la Sociedad, y que en caso negativo explicara la razón de la negación. Hasta aquel momento —comentó Reich— la Sociedad no había tomado frente a su caso ninguna actitud oficial: solamente algunos funcionarios habían maniobrado sin mostrarse, sin dar explicaciones. Ahora, era necesario que la Sociedad pusiera en claro su posición: o bien su opinión que el psicoanálisis debía luchar contra la reacción política era acertada, y en este caso era preciso garantizarle plena libertad de expresión, o bien la Sociedad no quería aceptar esta posición, y entonces debía decirlo claramente y sin equívocos.[28]

La hija de Freud, Arma, intervino en el debate declarando que los poderes constituidos estaban contra Reich: no se podía decir si la situación cambiaría en un futuro próximo, pero de momento nada se podía hacer. De todas formas, Anna Freud prometió a Reich que la secretaría le habría precisado y explicado por escrito la actitud de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis. Pero estas explicaciones nunca llegaron. Entretanto, la atmósfera era cada vez más irrespirable para Reich. Los que iban a Viena para recibir de Reich lecciones de técnica analítica y, como era corriente, iban a visitar a algunos eminentes analistas, recibían el consejo «confidencial» de no estudiar con Reich ya que, siendo «marxista», había el peligro que sus alumnos no fueran admitidos a formar parte de la Sociedad y que por lo tanto dejaran de tener la «consagración oficial» de su pericia de analistas.[29]

28. *Op. cit.,* p. 150.
29. *Op. cit.,* p. 151.

Reich intentó más de una vez obtener el apoyo de Anna Freud, que le había dado y seguía dándole pruebas de estima y aprecio. Pero tampoco la hija de Freud quiso «comprometerse»: ser abiertamente amigo de Reich era demasiado peligroso. De esta forma el trabajo de los detractores podía seguir sin estorbo, mientras que los que le apreciaban preferían permanecer callados. En un cierto momento el ambiente de Viena llegó a serle tan hostil que Reich decidió trasladarse a Copenhague donde, como veremos, había ya tenido ocasión de establecer contactos y amistades. Como Reich escribirá más tarde,[30] dejó su país natal no a causa de la persecución de la policía o por falta de trabajo, sino por el clima odioso de discriminación que había sido creado a su alrededor por los colegas analistas,'movidos por el miedo y la envidia: un clima que le perjudicaba gravemente incluso en el plano profesional.

Habiendo partido a finales de abril con dinero prestado por amigos, llegó a Copenhague el 1 de mayo de 1933, por mar. En la capital danesa se dedicó a fondo desde su llegada a la revisión del manuscrito de *Psicología de masa del fascismo,* que estaba ya acabado. La publicación tuvo que esperar hasta que Reich no tuvo el dinero suficiente para publicarlo y distribuirlo por su cuenta. Mientras, había trasladado a Copenhague la editorial de política-sexual (Verlag für Sexualpolitik) con la ayuda de algunos refugiados alemanes. En junio, aparecía en Viena el *Análisis caracteria*[31] y en agosto, podía finalmente salir también *Psicología de masa del fascismo*[32] En Copenhague su fama era ya tan vasta que la afluencia de visitantes le obligó a dejar el hotel en el que se hospedaba y a alquilar un pequeño piso. Como sucederá siempre a partir de ahora, el trabajo de análisis había empezado a proporcionarle suficiente dinero que le consentía salir de las estrecheces que en Viena le habían llegado a obligar a pedir prestado el dinero necesario para el viaje a Copenhague. Pero pronto el odio de la burocracia estatal y sanitaria debía tocarlo, igual corno iba a sucederle más tarde en Noruega y en América.

Había ya surgido un primer problema antes de su llegada, cuando una revista cultural comunista danesa, «Plan», había publicado un artículo de Reich titulado *¿Dónde va el movimiento nudista?*[33] Se trataba como siempre de un ensayo psico-sociológico en el que Reich ponía de relieve las involuciones de la pequeña burguesía y de los bien pensantes del movimiento nudista. Para colmo el traductor danés había traducido mal la palabra alemana

30. *Ibidem.*
31. W. REICH, *Charakteranalyse,* Sexpol Verlag, Viena.
32. W. REICH *Massenpsychologie des Faschismus,* Sexpol Verlag, Copenhague, 1933
33. *Wohin -führt die Nackterziehung?,* en ZPP, Heft 2-3, 1933.

wipfi (una palabra del lenguaje infantil para indicar el pene). Fue suficiente para que Zahle, el ministro danés de Justicia (un rígido sexófobo a pesar de sus simpatías socialistas), acusara al editor de la revista de pornografía (!). Reich, con su lealtad habitual, escribió otro artículo de solidaridad con el editor de «Plan», pero ello naturalmente no tuvo otro efecto que el de enemistarle mayormente al ministro de Justicia danés, cuya venganza no se hizo esperar.

En Copenhague como hemos dicho, Reich era perseguido por pacientes deseosos de ser analizados. Entre ellos, se le presentó un día una joven mujer histérica que había ya intentado varias veces el suicidio. Reich, por la gran cantidad de compromisos, le dijo que no podía ocuparse de su tratamiento. La mujer volvió pocos días después y amenazó con el suicidio si Reich no se ocupaba de ella. Reich aceptó tenerla en observación durante un mes. Al cabo del mes de observación, debió comunicarle que no podía iniciar el análisis, tal como había temido, y le propuso que esperara hasta que uno de sus alumnos daneses fuera suficientemente experto y pudiera ocuparse de ella. Pareció que la mujer aceptaba la decisión de Reich pero, pocos días después, fue llevada en graves condiciones al hospital por otro intento de suicidio. La desgraciada había intentado suicidarse desesperada por no haber obtenido el tratamiento analítico deceado, pero los psiquiatras de la clínica de Copenhague hicieron un informe en el que presentaban el intento de suicidio como el *resultado* del análisis de Reich y transmitieron el documento a la policía pidiendo su intervención. Reich envió a la policía un informe detallado explicando el caso. La decisión sobre su caso, de un modo increíble, fue mandada por la policía «por ser de su competencia», a los mismos doctores de la clínica neuropsiquiátrica de Copenhague que habían redactado el informe difamatorio. Éstos, como era previsible, confirmaron su juicio (o su prejuicio) y comunicaron que la petición de prórroga de su permiso provisional de residencia había sido denegada. El ministerio de Justicia intervino con rapidez declarando que dicha denegación estaba también en relación con el proceso por pornografía a raíz del artículo de Reich.[34]

Dado que Reich alegó que debía prolongar su estancia para continuar algunos cursos de psicoanálisis en la universidad de Copenhague se apeló a Freud, pero, con su habitual frialdad, desmintió que Reich hubiera ido a Dinamarca para enseñar técnica analítica con la autorización de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis: dadas sus «opiniones comunistas», escribió Freud, Reich no había jamás recibido una autorización de este tipo.[35] Hubo reuniones de protesta y de solidaridad hacia Reich, el jefe de la policía danesa manifestó a Reich su «simpatía personal» por el

34. PT, p. 160.
35. *Op. cit.,* p. 161.

abuso del que era víctima, pero al final Reich tuvo que dejar el país a finales de noviembre de 1933. Junto con los alumnos analistas decidió establecerse en Malmó, en Suecia, sin embargo, Reich quiso dar una vuelta por Europa occidental para entrar en contacto con los colegas analistas.

Reich, Fenichel, y la «oposición marxista»

En Londres encontró un ambiente muy hostil: Ernest Jones, el freudiano superortodoxo que desde hacía años estaba luchando contra él, aunque no de un modo directo, junto a Paul Federn, y que había obtenido la presidencia de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis gracias a su rígido conformismo freudiano, se comportó como siempre de un modo amable y de «verdadero señor» y garantizó repetidas veces a Reich que se habría opuesto a su exclusión de la Sociedad. «No sabía —comenta posteriormente Reich—3* que tal exclusión había ya sido decidida y que Jones debía forzosamente estar al corriente de ello». Reich participó' en una reunión en casa de Jones causándole impresión la frialdad y el rígido formalismo del entero «rito»: ¡parecía una caricatura de las reuniones en casa de Freud! Expuso sus opiniones acerca de las raíces sociales de las neurosis y acerca de la necesidad de eliminar dichas raíces. Muchos de los que intervinieron manifestaron su acuerdo con los principios enunciados, pero insistieron en la cómoda fórmula según la que «la ciencia no debía mezclarse con la política». Pero rehusando aparentemente obedecer a los partidos (una obligación para todo verdadero científico), rehusaban también en realidad, toda responsabilidad social y toda honrada denuncia de las estructuras y de las instituciones sociales patógenas (acción vergonzosa para todo verdadero científico). Después de una pausa en París, en Zurich, en el Tirol, y de un temerario viaje a través de la Alemania nazi, Reich llegó a Malmó a principios de 1934. Fundó allí la *Revista de Psicología Política y Económica (Zetschrift für Politische Psychologie una Sexualoekonomie)* que durante cuatro años debía ser el órgano oficial del movimiento sexo-político. Este movimiento estaba dirigido por un grupo de «psicoanalistas dialéctico-materialistas» que habían sido bautizados como la «oposición marxista» en el seno del movimiento psicoanalítico. En Berlín, antes de la subida al poder de Hitler, Reich había encomendado la organización del grupo a Otto Fenichel, un brillante analista que había sido iniciado por Reich en el estudio de la sociología de Marx y que había quedado estusiasmado por la integración freudiana-marxista intentada por Reich.[37]

36. *Op. cit.,* p. 162.
37. *Op. cit.,* pp. 102 y 177.

Reich propuso una reunión del grupo en Oslo, donde los analistas de la sociedad local de psicoanálisis habían dado muestras de viva simpatía por las ideas reichianas. Se estableció la fecha de Pascua de 1934 para la reunión. La doctora Edith Jacobson llegó a Malmó desde Berlín y fueron juntos en coche a Oslo. Este gesto y la sucesiva colaboración con Reich costaron a Jacobson una acusación por parte de los nazis y la condenación a dos años de prisión en un campo de concentración: esto puede darnos una idea del clima en que Reich vivía y trabajaba durante aquellos años.

En Oslo todos estuvieron de acuerdo en que el psicoanálisis, aunque no era una ideología sino una ciencia, era combatida por la reacción política porque intuía sus implicaciones sociales: dichas implicaciones no existían a causa del freno ejercido por la teoría del instinto de Muerte que, como Reich había justamente intuido, parecía haber sido creado a propósito para eludir los problemas sociales. Pero, al mismo tiempo, todos estuvieron de acuerdo en mantener la ilusión que la batalla en la Sociedad Internacional de Psicoanálisis podía ser vencida dado que la superioridad de la visión reichiana, y en primer lugar por- la no aceptación del «instinto de Muerte», habría sido puesta en evidencia por los datos cada vez más abundantes de la experiencia clínica. Por una parte pues, Reich y sus compañeros de ideas veían claramente la involución reaccionaria del psicoanálisis como el resultado de las presiones ambientales, y por otra parte continuaban acariciando ingenuamente la esperanza que dichas presiones habrían sido vencidas por las «pruebas clínicas».[38]

En Oslo, el desacuerdo entre Fenichel y Reich vino claramente a la luz. Durante el año anterior, Fenichel había dirigido la «oposición marxista» de una manera por lo menos singular. En vez de trabajar abierta y valientemente, como Reich deseaba, para la difusión de las concepciones claras y persuasivas del grupo de oposición, había concebido su trabajo como una especie de «polit-buró secreto» destinado a poner en contacto y a «controlar» los amigos del grupo. Se limitaba a distribuir entre los componentes del grupo una «carta circular» *(Rundbriefe)* tan secreta que los destinatarios tenían orden de destruirla una vez leída. Y aquellas cartas circulares en vez de formular claramente las tesis y los objetivos del grupo, se limitaba a discusiones personales con algún que otro analista. Reich había intentado más de una vez modificar esta actitud de Fenichel y le había pedido si pensaba realmente mantener secreta la existencia de la «oposición marxista». Fenichel por su parte, había respuesta con la carta circular de abril de 1934:

«Sin duda alguna no creo que pueda mantenerse secreto el hecho que estamos en contacto epistolar y que intercambiamos

38. *Op. cit.,* pp. 177-178.

nuestras opiniones: pero lo que debemos mantener secreto es el modo, tan diverso de los habituales en los intercambios de la ciencia burguesa, en que tiene lugar nuestro intercambio de opiniones, las personas que participan en él y el contenido de las opiniones expresadas.»[39]

En definitiva Fenichel quería organizarlo todo según el modelo comunista de la acción clandestina. Pero, exceptuando el grupo alemán, los demás analistas no tenían motivo alguno para temer las persecuciones de la policía y tanto secreto en el intercambio de opiniones científicas no tenía ningún motivo racional, excepto el que evidentemente impulsaba a Fenichel, el de evitar exponerse frente al ambiente social en general y al psicoanalítico en particular. Reich empezó sorprendiéndose de aquella manía de clandestinidad: las ideas de Reich eran conocidas por todo el mundo y Fenichel, antes de la creación de la «oposición marxista», había declarado más de una vez, incluso en la revista oficial de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis, que estaba totalmente de acuerdo con ellas. Y ahora, sin embargo, construía aquella muralla de silencio. ¿Por qué? En Reich surgió una duda que le hacía sufrir: la de que Fenichel no hubiera nunca querido trabajar seriamente en una actividad de organización y en una acción de búsqueda de prosélitos al aceptar la dirección de la «operación marxista», y de que hubiera simplemente aspirado a ser el «jefe de la oposición», pero de una oposición que no molestara a nadie, dándose por satisfecho con una acción inocua de francotirador a nivel teórico. Satisfecho de su posición directiva, Fenichel no se daba cuenta de que una oposición sin objetivos y sin voluntad de realizaciones era un puro suicidio científico e ideológico.

En la reunión de Oslo, estos resentimientos contra el comportamiento de Fenichel fueron expuestos claramente por varios de los que intervenían subrayando que las famosas «cartas circulares» estaban repletas de chismorrees personales y que carecían totalmente de aportaciones teóricas u organizativas. Cuando Fenichel leyó su relación, todos quedaron estupefactos al oír entre otras cosas «que después de Freud, no había habido ninguna conquista teórica nueva en el campo de la sexualidad». El jefe de «la oposición» no había ni mencionado las conquistas revolucionarias de Reich: desde la demostración clínica de la importancia decisiva en la diagnosis y en el tratamiento de la genitalidad, a la teoría del orgasmo, a las investigaciones antropológicas de *Der Einbruch der Sexualmoral,* al análisis arrollador de la personalidad fascista en *Psicología de masa del fascismo.*

Reich escribirá[40] que en aquel momento comprendió que Fenichel había querido desde el principio, inconscientemente claro está, solamente usurpar la popularidad de Reich, conquistada

39. *Op. cit.,* p. 185.
40. *Op. cit.,* p. 186.

con el trabajo científico y social, enterrándolo en el silencio: un «programa» que hubiera seguido desarrollando metódicamente durante los años sucesivos. Al día siguiente, cuando tomó la palabra, Reich puso sus cartas sobre la mesa, haciendo notar las extrañas amnesias de Fenichel en lo referente a aportaciones «postfreudianas», y diciendo que el grupo de oposición no debía perderse en discusiones marginales acerca de la técnica terapéutica, sino insistir en que los descubrimientos del psicoanálisis exigían una acción de reforma social para la prevención de las neurosis. Fenichel confundido, pidió excusas por la omisión de la teoría del orgasmo. Pero desde aquel día Reich pudo darse cuenta de que, al igual que la inicial oferta de colaboración, la sucesiva resistencia de Fenichel a una acción decidida y leal había sido dictada por un mismo motivo psicológico: la ambición asociada a una profunda falta de confianza en las ideas profesadas y a una total falta de creatividad intelectual.

Preocupado, Reich escribió a los analistas del grupo una carta que Fenichel publicó en la «circular». En ella, Reich recordaba que la lucha entre dirección científica y dirección mística era antigua en el psicoanálisis: había tenido inicio con la «herejía» de Jung y se había avivado en 1925 cuando había nacido la teoría del orgasmo. Debido a la presión de los acontecimientos políticos, en el inminente Congreso de Lucerna de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis, este antiguo conflicto iba a llegar a una crisis decisiva. No es fácil individuar los conflictos ideológicos en el mundo científico, ya que el «lenguaje objetivo» de la ciencia tiende normalmente a disfrazarlos: es necesaria una gran experiencia para distinguir las divergencias científicas debidas a insuficiente información de las debidas a diversidades ideológicas.[41]

Reich señalaba, sin embargo, un criterio muy preciso y objetivo. No se trataba —escribía— de proclamar una determinada concepción «hitleriano-reaccionaria» o «marxista-revolucionaria», como le gustaba hacer a Fenichel. Sino que se trataba de demostrar que un condicionamiento ideológico inconsciente inhibía la búsqueda y el conocimiento científico: no era una cuestión de *W'eltanschauung,* sino de actitud frente a la búsqueda de la verdad.

Reich reaccionó además de un modo explícito, a la tendencia de Fenichel en considerar a Freud por encima y fuera de toda disputa. Era evidente —escribía— que ningún exponente de la oposición marxista, imaginaba honrar o defender a Freud con menor devoción por el hecho de haber sostenido tesis inaceptables al final de su vida. Pero callar las críticas del grupo dirigidas a Freud no beneficiaba a nadie y dañaba mucho a la claridad de la discusión, ya que las aberraciones de Roheim, Lafargue y demás, tenían sus raíces en los errores de Freud. Si realmente se quería salvar la obra de Freud era preciso ser claros y explícitos incluso

41. *Op. cu.,* p. 187.

con Freud. Sólo si se lograba demostrar que el Freud científico había entrado en conflicto con el Freud conservador, la obra de Freud habría dado sus mejores frutos. Y Reich terminaba afirmando que, basándose en sus experiencias personales con Freud, sin duda alguna el mismo Freud prefería una actitud de franqueza.[41 bis]

De esta forma Reich, en la vigilia del Congreso psicoanalítico de Lucerna tomaba toda la responsabilidad. Y proponía una línea de acción precisa y lineal para el mismo Congreso: nada de críticas meticulosas de carácter organizativo ni discursos ideológicos genéricos, sino una rigurosa reivindicación d,e la libertad de investigación y de crítica de los hechos, impersonal e intransigente a la vez del comportamiento obstruccionista de los adversarios; por último, unidad organizativa de todos los analistas de la oposición marxista *desde el interior* de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis. Sus reivindicaciones «profesionales» las formulaba de la siguiente manera: a) reconocimiento de la necesidad de que los analistas que ejercen la profesión tengan una vida sexual satisfactoria y sana, teniendo en cuenta los efectos catastróficos de una vida sexual malsana en el equilibrio emocional e intelectual del analista; ¿?) preparación de los analistas a las aplicaciones sociológicas del psicoanálisis y viceversa; c) instrucción externa de los analistas en la ciencia sexológica; *d)* exclusión del ejercicio analítico de los sacerdotes o de los médicos que tengan una ideología reaccionaria en el campo sexual.

Las intervenciones de los demás componentes de la oposición pusieron de manifiesto su acuerdo con las tesis de Reich.[42] Pero era un asentimiento más bien platónico. En el Congreso, la «oposición marxista» se disolvió como la nieve al sol y Reich quedó solo defendiendo sus posiciones. Lo que, por otra parte, había sido implícitamente preanunciado por un comentario de Fenichel a la carta de Reich y que daba largas al asunto:

«En cuanto a la carta de Reich —había escrito Fenichel—[43] estamos de acuerdo en que es preciso definir una plataforma teórica sobre la que podamos realizar nuestro trabajo de oposición. Sin embargo, creemos que esta definición puede ser aplazada para no hacer más difícil aún en este momento la discusión forzosamente amplia de los problemas prácticos. La futura plataforma, de todas formas, no debería contener conceptos demasiado generales, como por ejemplo los reichianos acerca de la angustia y el instinto de Muerte, sino... tan sólo nuestras opiniones acerca del significado histórico del psicoanálisis, acerca de sus métodos de investigación y de su común denominador con las conciencias naturales.»

«Cuando leí aquellas palabras —escribirá después Reich— me

41 bis. *Op. cit.*. p. 188.
42. *Rundbriefe,* abril 1934, p. 6.
43. *Ibidem,* junio 1934.

di cuenta de cómo estaban en realidad las cosas»: Fenichel estaba de acuerdo a nivel de palabras, pero quería evitar el que se precisara acerca de la actitud de la oposición. No me sorprendió, pues, el desarrollo de los acontecimientos en el Congreso. Aunque la «oposición marxista» se hubiera formado alrededor del trabajo científico y social de Reich, éste se halló sola en el momento de defenderlo.

Aunque había sido decidido que la «oposición» habría debido presentar el mayor número posible de relaciones, de modo que aparecieran claramente las divergencias entre sus posiciones y las de los dirigentes, aunque se había decidido que en el caso en que hubiera un sabotaje a la relación de Reich todo el grupo de oposición marxista habría protestado unánimemente; aunque en la reunión del Ejecutivo se había programado presentar una moción que manifestara la preocupación por el futuro del psicoanálisis, de hecho nada de ello se hizo.

En junio, Fenichel dio en Copenhague una conferencia al grupo local en la que se puso de manifiesto su total incomprensión de la cuestión del orgasmo. Reich, consternado, escribió una carta advirtiendo a todos los miembros de la oposición, pero no la mandó: empezaba a darse cuenta de la inutilidad de tantas discusiones.

La expulsión de Reich de la Sociedad de Psicoanálisis

El 1 de agosto, poco antes de la apertura del Congreso de Lucerna, Reich recibió una carta del secretario de la Sociedad alemana de Psicoanálisis, Müller-Braunschweig, en la que le rogaba que no se sorprendiera si en el calendario del Congreso publicado por la Sociedad Internacional de Psicoanálisis, no hallaba su nombre en la lista de los socios alemanes: «Le agradecería —escribía Müller-Braunschweig— que tuviera presente la situación de la Sociedad y que, colocando los intereses del movimiento psicoanalítico por encima de sus sentimientos personales, quisiera dar su consentimiento a esta medida. Su prestigio en el mundo psicoanalítico internacional como científico y como autor es tan grande que esta omisión no podrá causarle perjuicio alguno...» De esta forma, colocado en posiciones «aceptables» a la tiranía nazi, el dirigente de la Sociedad alemana escribía a un hombre que había afrontado la pobreza y el exilio para dar fe de las responsabilidades sociales del psicoanálisis. La carta terminaba declarando que, siendo ya segura la inclusión de Reich en la Sociedad escandinava de Psicoanálisis, confiaba en que habría «comprendido y colaborado». Y Reich, con la ingenuidad característica de las personalidades moralmente superiores, no vio la mezquina trampa que le preparaban con aquella silenciosa e «inocua» baja, que en realidad servía solamente para hacer oficial su expulsión,

sin hacerla preceder de una discusión seria y de una votación, *so*-gún el reglamento de los órganos representativos de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis.[44]

Todo estaba ya preparado para que la trampa funcionara. Veamos directamente, con las palabras de Reich, la crónica del innoble Congreso de Lucerna.

«Cuando llegué a Lucerna el 25 de agosto de 1934 y fui a la recepción del día 26 —escribe Reich—[45] todo parecía estar en perfecto orden. Fui recibido por los colegas de los varios países con entusiasmo y afabilidad como siempre. Nadie parecía notar que algo hubiera cambiado. La tarde anterior a la apertura del Congreso, el secretario de la Sociedad alemana me habló a solas y, buscando las palabras adecuadas, me dijo que el Comité Ejecutivo de la Sociedad alemana había deliberado excluirme de la Sociedad. Con aquel voto era automáticamente excluido de la Sociedad Internacional. Dejaba pues de tener derecho a participar en las reuniones del Ejecutivo Internacional. Le pedí cómo era que no había sido informado de la medida y cuáles eran las razones que la habían motivado. El secretario se limitó a alzar silenciosamente los hombros. Durante la cena expliqué lo sucedido a algunos colegas. No podían creerlo. Se trataba de un error, decían, y de todas formas sería entretanto inmediata y obviamente invitado a formar parte de alguna otra asociación nacional. El Comité Ejecutivo de la Sociedad Internacional no habría sin duda alguna dado su consentimiento a tal abuso. Y sin embargo, ¡ya lo creo que lo había dado! Un número cada vez mayor de colegas se enteraron del escándalo e invadieron de preguntas a Müller-Braunschweig. Yo enviaba al secretario de la Sociedad alemana a todos los que no creían en lo sucedido, uno detrás de otro.

»"La oposición" se reunió para tratar de ello. ¿Qué era preciso hacer frente a esta nueva situación?

»La reacción más provechosa y concreta hubiera sido sin duda alguna presentar el problema y el abuso en las intervenciones del Congreso.

»Una colega habló acerca de las "Bases biológicas de la teoría freudiana de la angustia". Desde 1931 aquella colega había estado en contacto conmigo en Berlín, ya que estaba convencida que mi concepto de angustia de éxtasis fuera el lógico desarrollo biológico de la teoría freudiana de la angustia. Había querido efectuar experimentos fisiológicos acerca de ello y disponía ya de algunos resultados positivos, que confirmaban plenamente mi teoría según la que la angustia corresponde a un estado de excitación del sistema vegetativo y es la exacta antítesis del placer sexual. Como es sabido, Freud había rechazado esta concepción. Al Congreso, mi colega presentó magníficamente todos los datos

44. PT, p. 189.
45. PT, pp. 190-191.

que confirmaban mi hipótesis pero llegó incluso a omitir una mención a mi nombre y a mis obras, de las que había tomado la inspiración. Después de haber leído su relación, se me acercó y me pidió excusas por no haberme ni mencionado: tenía intención de nacerlo, pero en el último momento "se había olvidado".

»Otro analista de la oposición, con el que me unía una buena amistad, habló del "Problema terapéutico en los análisis infantiles" subrayando que la finalidad terapéutica válida para los adultos, es decir, la capacidad de satisfacción genital, no era realizable en el caso de los niños, dado que a éstos el ambiente social les negaba cualquier tipo de satisfacción sexual. Exacto: pero era precisamente este punto de la satisfacción genital y de la supresión de la sexualidad infantil el núcleo de mi conflicto con la Sociedad Internacional de Psicoanálisis y una vez más mis obras y mi nombre fueron silenciados...

«Fenichel habló del problema de la angustia... pero tampoco él mencionó mis tesis ni con una sola palabra.

»Un analista, Geró, que me había seguido en el exilio para aprender conmigo el análisis caracterial, habló acerca de *Teoría y técnica del análisis caracterial.* En toda la relación mi nombre fue mencionado sólo en el modo siguiente: "Ferenczi, Fenichel y Reich han subrayado la importancia del contenido formal"...

»La relación de estos episodios puede parecer mezquina. Sirvan a modo de ejemplo para definir una característica de un cierto tipo de estructura humana: es rapaz donde puede y da sólo donde debe. Lo hace inconscientemente y considera como un insulto el que se lo recuerden.»[46]

Se iba perfilando de esta forma la disgregación de la «oposición marxista» bajo el empuje de las simples ambiciones personales. Todos sabían que Reich había sido expulsado, lo consideraban como profesionalmente acabado y olfateaban la posibilidad de apoderarse de los frutos de sus investigaciones.

Entretanto, Reich había sabido que la decisión de expulsarlo había sido tomada *desde hacía un año* en una reunión secreta del Comité Ejecutivo de la Sociedad Alemana. El Comité Ejecutivo de la Internacional, presidido por Jones, había cogido al vuelo la buena ocasión de liberarse de Reich simplemente «constatando» la decisión de la organización alemana. Pero la doblez de Jones en Londres y las garantías dadas de que se hubiera opuesto en todo momento a la exclusión de Reich de la Internacional psi-coanalítica, aparecían aún más repugnantes. «Luego —comentará Reich— los responsables del abuso intentaron atribuirme la responsabilidad, difundiendo la voz que había sido yo mismo el que habría pedido la expulsión. Esto puede dar una idea de cómo funciona una organización "democrático-parlamentaria". Los dictadores expulsan o liquidan. Los dictadores "democráticos" atacan obli-

46. *Ibidem.*

cuamente, cobardemente y sin asumir la responsabilidad de sus acciones.»[47]

Pero la expulsión de la Internacional no era aún oficial. Es por ello que Reich se acercó a Jones y le pidió si a pesar de la exclusión de la Sociedad alemana, podía presentar igualmente su relación científica al Congreso y participar en las reuniones del Ejecutivo. Jones respondió secamente (ya no era necesario ahora continuar con la comedia de cortesía que representaba en Londres aún pocas semanas antes) que podía presentar su relación como *invitado,* pero que no podía participar en las reuniones del Ejecutivo. Reich supo que había dicho preocupado a un grupo de colegas: «¿Qué hacemos si Reich entra de todas maneras en la sala del Ejecutivo y me echa fuera a empujones? Sería *capaz* de hacerlo.» Reich escribirá que se arrepintió de no haberlo hecho pero añadirá también que realmente no valía la pena hacerlo.[48]

La reunión del Ejecutivo fue lamentable, o, mejor dicho, asquerosa. Todos los componentes de la gran reunión se sentían sobre ascuas. Federn en particular, no sabía donde poner la mirada. Con todo, tanto él como Jones y Eitington (quien a pesar de ello posteriormente, tuvo la cara dura de negar que había participado en nada que se hubiera hecho en contra de Reich), hablaron acre y deslealmente contra Reich, afirmando entre otras cosas que Reich podía politiquear pero no hacer un trabajo científico, que mostraba todos los síntomas de la locura, y que intentaba sistemáticamente seducir a todas las mujeres que acudían a él para un tratamiento. «Lo que era inexplicable —observará Reich— cómo habían podido permitir a un tipo semejante que trabajara durante doce años en el movimiento psicoanalítico conquistando en su seno una eminente posición: era suficiente para procesarles a ellos también.»

Solamente los analistas noruegos (Ola Raknes, Nic Hoel y Paul Schielderup) se comportaron de un modo correcto y leal defendiendo a Reich de aquellas acusaciones gratuitas y garantizándole que habría podido formar parte de la Sociedad noruega de Psicoanálisis apenas lo hubiera deseado. Reich les pidió que reflexionaran: la carga explosiva de sus posiciones científicas era mucho mayor de lo que se podía suponer. El escándalo que estaba sucediendo era tan sólo un ensayo de lo que podía suceder. Los noruegos sin embargo no cedieron. Durante el verano anterior al Congreso. Schielderup, director del Instituto de Psicología de la Universidad de Oslo, había sido iniciado por Reich en el análisis caracterial y deseaba que Reich continuara su trabajo en Noruega. Reich, que entonces tenía el proyecto de investigar experimentalmente la posible naturaleza bioeléctrica de la excitación sexual y de la descarga orgástica, dijo que, si se le consentía

47. *Op. cit.,* pp. 191-192.
48. *Op. cit.,* p. 192.

efectuar aquellos experimentos en la Universidad de Oslo, estaba dispuesto a trasladarse a Noruega. Schielderup se lo garantizó. Reich advirtió aún repetidamente a sus colegas noruegos acerca de los riesgos a que se exponían, pero manifestaron que estaban dispuestos a correrlos. Aquellos temores de Reich resultaron pro-féticos: tres años más tarde, en la prensa noruega se desencadenó, como veremos, una campaña tremenda de calumnias contra Reich que le obligó a trasladarse a América.

En el plano formal, para evitar la participación de Reich en la reunión del Ejecutivo, se designó una Comisión Internacional que, en la vigilia de la reunión, tuvo un encuentro con él para convencerlo de que diera voluntariamente la dimisión. Pero Reich no aceptó: quería hablar frente al Ejecutivo, como era su derecho. Y habló, con una breve intervención que, como todos los actos cruciales de la vida de Reich, puede ser calificada de histórica.

Frente a la proliferación de los teóricos del instinto de Muerte —dijo— sus concepciones parecían casi extrañas al psicoanálisis. Y sin embargo, eran el desarrollo lógico del psicoanálisis original, basado en las ciencias naturales, y desde este punto de vista no podía aceptar su exclusión de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis. Dado que, de todas formas, en el plano puramente formal la decisión parecía ya estar tomada, pedía que las razones de la expulsión fueran publicadas en la revista oficial del movimiento psicoanalítico. (Una vez más dicha aclaración le fue prometida pero la promesa no fue nunca mantenida.) Y dado que la Sociedad Internacional parecía dispuesta a desaprobar las teorías reichia-nas, había decidido continuar solo el camino emprendido y dar el nombre de *economía sexual* al conjunto de sus teorías: el título de la revista fundada en Malmo pasaba a ser oficial.[49]

La reunión estaba como invadida por una vaga excitación. Se dijo que Anna Freud había comentado: «Se está cometiendo aquí una grave injusticia», pero Reich nota amargamente que nada hubo en su comportamiento durante aquella reunión que manifestara aquel noble juicio. Y nadie protestó, excepto Nic Hoel. Incluso la moción de censura que había sido preparada antes del Congreso para el caso en que no hubiera habido expulsión sino tan sólo obstruccionismo contra Reich, ni fue presentada por Otto Fenichel. Todo estaba consumado. Después de 14 años de trabajo apasionado y creativo, Wilhelm Reich era expulsado de aquel movimiento científico al que con culpa imperdonable había colocado frente a sus responsabilidades sociales. Freud había dicho un día a Reich: «O está Vd. completamente equivocado, o tiene razón, y en este caso deberá Vd. solo llevar el peso del psicoanálisis.» Reich comentará luego con sosegada conciencia: «Dado que no estaba equivocado, su profecía se ha realizado.» [50]

49. *Op. cit.,* p. 193.
50. FO, p. 162.

IX

«Psicología de masa del fascismo»

Como hemos visto, en las reuniones y en las decisiones de la Sociedad alemana y la Internacional de Psicoanálisis, se había hablado de todo: conceptos generales (instinto de Muerte, etiología de la angustia, sexualidad infantil) y chismes personales (pretendida locura de Reich, sus relaciones íntimas con las pacientes, etc.). Pero los verdaderos motivos de la expulsión habían sido callados: acerca del primero, general y fundamental, es decir, de su teorización y programación de la revolución sexual, como instrumento insustituible de mejora psicológica y social, ya hemos dicho algo; del segundo, contingente e inmediato, es decir, de la publicación de *Psicología de masa del fascismo,* ha llegado el momento de hablar. La importancia decisiva de esta obra en la aceleración de la expulsión de Reich, queda demostrada por un hecho muy simple: *Massenpsychologie des Faschismus* apareció, como hemos visto, en agosto de 1933. La reunión secreta de la Sociedad alemana de Psicoanálisis, en la que fue decidida la expulsión de Reich, tuvo lugar en septiembre del mismo año. Y es más, en el Congreso de Lucerna, como era habitual, los organizadores expusieron en la entrada todas las novedades principales en el campo psicológico y psicoanalítico, pero se negaron en modo absoluto a poner la obra de Reich. A los dirigentes del psicoanalismo de los años 30, dispuestos a demostrar a las fuerzas reaccionarias su «buena voluntad de colaboración», *Psicología de masa del -fascismo* les cayó en las manos como una patata hirviendo de la que era preciso deshacerse inmediatamente, y su autor, ya desde tiempo considerado sospechoso por su conducta anticonformista, apareció con su «verdadero» aspecto de peligroso provocador capaz de destruir por «ingenuidad» o por «fanatismo», el difícil *modus vivendi* elaborado con las derechas fascistas y clericales de Europa central. Veamos pues más de cerca, esta obra tan incómoda y «escandalosa».

Psicología de masa del fascismo, tomó forma en la mente de Reich entre 1930 y 1933, es decir, durante los años de la crisis socio-económica alemana que iba a desembocar en la venida de Hitler al poder. Escrita en su totalidad y toda de una vez durante los primeros meses de 1933, fue publicada, como era costumbre de Reich, en la colección «Unter der Banner des Marxismus» en agosto de 1933, en Copenhague.

En cuanto a las circunstancias de su elaboración, la o'ora tuvo su punto de partida en una realista «toma de conciencia» del hecho que precisamente la gran crisis capitalista de los años 1929-1932, la cual según las teorías marxistas habría debido reforzar a los partidos de izquierdas y exaltar el espíritu revolucionario de las masas, había acabado con un poderoso avance de la derecha y sobre todo de las derechas más extremistas y fanáticas: el nazismo.

Pero de aquella amarga constatación, que se resume en la primera frase del libro («La clase obrera alemana ha sufrido una grave derrota»), partió un análisis de profundo significado socio-político. «Desde un punto de vista racional —dice Reich aludiendo a la tremenda crisis de 1929-1932— habría sido lógico esperar que las masas empobrecidas de los obreros alemanes llegaran a una aguda toma de conciencia de su situación social y una tenaz voluntad de eliminar sus sufrimientos. Era de esperar que cada obrero se rebelara contra su miseria y que se dijera a sí mismo: «Soy un trabajador responsable, la felicidad o .la infelicidad de la sociedad en que vivo depende de mí y de la gente como yo. Tomo pues en mis manos la responsabilidad de la producción.» En este caso el pensamiento (o sea la «conciencia de clase») del obrero habría sido coherente con su situación social... Pero dado que existía una divergencia entre la condición social de las masas de obreros y su conciencia de dicha condición, el resultado ha sido que las masas en vez de mejorar su situación la han empeorado. Han sido precisamente las masas empobrecidas de los obreros las que han llevado al poder al fascismo, el exponente más extremista de la reacción política.[1]

El núcleo de la cuestión —concluía Reich— está en la función de la ideología, es decir, en la actitud emocional de las masas como factor histórico (el famoso «factor individual de la Historia» de que habla Marx) y en la «reacción que la ideología puede provocar frente a la base económica». Si la miseria económica de grandes masas de obreros no ha dirigido las tendencias revolucionarias hacia una revolución política, si al contrario, la crisis económica ha inducido a las masas a aceptar ideologías opuestas a las marxistas, ha sido debido a que el desarrollo ideológico de las masas durante aquellos años críticos ha impedido, por decirlo en términos marxistas, la «movilización de las fuerzas de producción» contra el capitalismo, e impedido «la solución revolucionaria del conflicto entre fuerzas productivas y capitalismo monopolista con sus métodos de producción».

Reich pasa pues a presentar la estructura social alemana a partir de los datos de una obra de aquel período.[2] Hela aquí:

1. MPF, p. 7.
2. S. KUNIK, *Versuch einer Ferstellung der sozialen Gliederung der deutschen Bevolkerung,* en «Die Internationale» 1928.

	Población activa (en miles)	Incluidos los miembros de sus familias (en millones)
Obreros y empleados	21.789	40’7
Clase media urbana	6.157	10’7
Pequeños terratenientes	6.598	9'0
Burguesía (incluidos los grandes terratenientes y los grandes industriales)	718	2'0
	34.762	62,4

Subdivisiones de la clase media urbana	En miles
Empleados de pequeñas empresas (industrias familiares, empresas artesanales con menos de tres empleados, etc.)	1.916
Empleados de pequeñas industrias con 3 o más empleados.	1.403
Funcionarios y empleados más elevados	I.763
Profesionales y estudiantes	431
Pequeños capitalistas	644
	6.157
Subdivisiones del proletariado	
Obreros de la industria, transportes, comercio	11.826
Obreros agrícolas	2.607
Servicio doméstico	138
Camareros	1.326
Pensionados	1.717
Empleados (con sueldo inferior a 250 marcos)	2.775
Funcionarios inferiores	1.400
	21.789
Pequeños y medios agricultores	
Pequeños propietarios y colonos (con menos de 12 acres)	2.366
Propietarios de 12 a 120 acres	4.332
	6.598

«Estas cifras —recordaba Reich— están tomadas del censo alemán de 1925. Pero es preciso tener en cuenta que reflejan los estratos socio-económicos y no los estratos ideológicos, que son muy diversos.»

Entonces, en 1925, la subdivisión socio-económica de Alemania era pues la siguiente:

	Población activa	*Incluidos los miembros familiares*
Propietarios	21.789.000	40.700.000
Clase media	12.789.000	19.700.000

Pero —continúa Reich— la subdivisión de clases en Alemania, debido a la penetración de la ideología pequeñoburguesa en las clases obreras y proletarias, era desde un punto de vista ideológico, más o menos, el siguiente:

Propietarios	14.443.000
Clase media	20.111.000

«A pesar de los votos de la clase media por los partidos de izquierdas y de los votos de los obreros por los partidos de derechas, es sorprendente observar cómo las elecciones de 1932 en Alemania reprodujeron la estratificación ideológica de 1925: los comunistas y los socialdemócratas juntos reunieron entre doce y trece millones de votos, los nazis y Nacionalistas Alemanes juntos reunieron entre 19 y 20 millones. Esto significa —concedía Reich— que, en términos de política práctica, el factor decisivo no es la estratificación económica sino la ideológica. La función política de la pequeña burguesía era pues mucho más importante de lo que se había imaginado.» Y más adelante:

«Ha sido durante la rápida decadencia de la economía alemana, entre 1922 y 1930, que el nacionalsocialismo ha avanzado a grandes pasos hacia la conquista del poder: desde 800 mil votos en 1928 a 6.400.000 en el otoño de 1930, a 13.000.000 de votos en el verano de 1932 y a 17.000.000 de votos en enero de 1933. Según Jager *(Roter Aufbau,* octubre 1930) los 6.400.000 votos de 1930 contenían ya 3.000.000 de votos proletarios: de los que, del 60 al 70 por cien eran pequeños empleados y del 30 al 40 por cien eran obreros.»[3]

Reich recordaba que el problema puesto en evidencia por este proceso sociológico, había sido notado por Karl Radek, quien después de la primera victoria del nacionalsocialismo, en 1930, había escrito *(Roter Aufbau,* octubre de 1930):

«No es posible hallar nada semejante en la historia de la política, y en concreto en un país con antiguas diferenciaciones políticas, en el que cada nuevo partido debe luchar duramente para poder sobrevivir al lado de los partidos antiguos y reconocidos. No hay nada más significativo, que el hecho que la literatura

3. MPF, pp. 8-9.

de los conservadores y de los socialistas nunca haya sabido decirnos nada acerca de este nuevo partido que actualmente está tan cerca de ocupar el primer lugar en la vida política alemana. Es un partido sin historia que surge improvisadamente en la vida política alemana, como una isla en medio de un océano creada por una erupción volcánica.»

«No podemos dudar —comentaba Reich— acerca del hecho que esta isla tuviera una historia y una lógica interna propia.

»E1 éxito de la alternativa marxista "sumergirse hacia atrás en la barbarie" o "avanzar hacia el socialismo", está determinado por la coincidencia o la no coincidencia de la estructura ideológica de las masas oprimidas con su situación económica: el que la no coincidencia tenga lugar bajo la forma de sumisión pasiva a la explotación, como sucede con las masas asiáticas, o bajo la forma de un desarrollo contrario a la realidad de la ideología de los oprimidos o de su condición económica, como sucede en la Alemania moderna, no tiene mucha importancia.

»E1 problema fundamental es por lo tanto el siguiente: ¿cuál es la causa de esta divergencia entre situación económica y estructura psicológica de las masas?»[4]

Crítica del paneconomismo marxista

Ya a partir de estas primeras frases, el lector atento puede fácilmente notar la mayor agilidad con que Reich se mueve frente a la ideología marxista. Basta comparar este tono y estos conceptos con los que dominaban en las obras inmediatamente precedentes del período marxista, desde *Materialismo dialéctico y Psicoanálisis,* a *Adolescencia, castidad y moral matrimonial,* a *La irrupción de la moral sexual,* a *La lucha sexual de la juventud,* para darse cuenta de que la constante subida del nazismo durante aquellos años y la catástrofe electoral de las izquierdas en 1932 no empujaron a Reich, como a tantos otros revolucionarios y progresistas de aquellos años, a estar rumiando las rancias fórmulas de sus ideologías prefabricadas, sino a reexaminar valientemente, dolorosamente, los puntos fundamentales de aquellas ideologías. De momento Reich se limita a tomar nota de que es posible crear una «divergencia» entre situación económica y estructura psicológica de las masas. Pero en este concepto, está ya en embrión, el concepto más orgánico, que surgirá en 1935, de «autonomización» de la estructura ideológica y psicológica de la estructura económica.

Para responder a la pregunta que se ha formulado («¿Cuál es la causa de esta divergencia?») Reich no duda en *atacar a* los dirigentes del partido comunista. De momento se limita a atacar

4. *Op. cit.,* p. 10.

lo que llama «marxismo vulgar», pero para cualquier persona que esté al corriente de los partidos comunistas reconoce fácilmente en el «marxismo vulgar», simplemente el marxismo dominante en los dirigentes y en la prensa oficial de dichos partidos.

«Ante todo es preciso comprender —escribe— la esencia de la estructura psicológica de las masas y su relación con la base económica de la que deriva. Para ello es preciso salir de las concepciones del marxismo vulgar que cortan el camino para la comprensión del fascismo. Dichas concepciones son, fundamentalmente, las siguientes:

»El marxismo vulgar separa esquemáticamente la existencia económica de la existencia social tomada en conjunto y sostiene que las ideologías humanas y la conciencia son exclusiva y automáticamente determinadas por las condiciones económicas. Llega de esta forma a una antítesis mecánica entre economía e ideología, entre estructura y superestructura y considera a la ideología como dependiente, de un modo unívoco y esquemático, de las condiciones económicas; olvidando la dependencia del desarrollo económico de la ideología. De este modo el problema de la "acción reactiva de la ideología en la base económica", permanece inaccesible al marxismo vulgar. Es cierto; se habla del "retraso del factor subjetivo", en el sentido que Lenin atribuye a esta definición de "ideología", pero no se logra hacer nada concreto para superar la dificultad. Y no se logra hacer nada por las siguientes razones: este "retraso" es explicado unilateralmente partiendo de la situación económica, sin tener en cuenta el factor ideológico en la explicación de las contradicciones económicas y sin comprender el peso de la ideología como fuerza histórica.

»En realidad el marxismo vulgar se opone a la comprensión de la estructura y de la dinámica de la ideología, barriéndola como psicologismo que es definido "no marxista". Deja el problema del factor subjetivo de la Historia, de l,a llamada "vida psíquica", en manos del idealismo metafísico y en las bastante más hábiles de la reacción política: no busca soluciones que puedan ser opuestas a Rosenberg o a Gentile, a los que afirman que solamente el "espíritu" o el "alma" hace la Historia, de modo que estos pueden obtener con sus afirmaciones victorias que nadie les disputa.

»La negligencia de *este* aspecto de la sociología, había ya sido puesta en evidencia por el mismo Marx en su crítica del materialismo del siglo xviii. El marxista vulgar considera la psicología en sí misma como un sistema metafísico y olvida separar el carácter necesariamente metafísico de una psicología reaccionaria, de sus elementos de base, que podrían ser revelados por una investigación psicológica científica y revolucionaria en el seno del marxismo. En vez de criticar en modo constructivo, se limita a rechazar *a priori* toda tesis no conformista y se considera "materialista" solamente, porque descarta como "idealistas" hechos

como el "instinto", la "necesidad" o el "proceso psíquico". Actuando de esta forma se pone en una situación difícil y colecciona derrota tras derrota, porque su práctica política le obliga continuamente a utilizar algún tipo de psicología práctica y no puede dejar de hablar de "necesidades humanas", de "conciencia revolucionaria", de "voluntad de huelga", etc. Cuanto más repudia la psicología tanto más estará obligado a utilizar un psicologismo metafísico : explicará una situación histórica como una "psicosis hitleriana" o dirá a las masas que deben tener confianza en él, que las cosas irán adelante a pesar de todo, que la revolución no puede ser derrotada, etc... Al final viene a ser un distribuidor de buenas palabras que no dice nada concreto acerca de las condiciones reales existentes y que no puede ni comprender lo que sucede. No podrá comprender el hecho que la reacción política no se encuentre en modo alguno frente a una situación desesperada, ni el hecho que una crisis económica pueda lo mismo conducir a la barbarie que a la libertad. En vez de deducir la teoría y la acción de la realidad social, transforma en su fantasía esta realidad para hacerla coincidir con sus deseos.

»La psicología política no puede ser otra cosa que la investigación del "factor subjetivo de la Historia", o sea de la estructura caracterial de la gente de una determinada época y de la estructura ideológica de la sociedad en que la gente vive. Contrariamente a lo que sucede a la psicología reaccionaria y al econo-mismo psicologista, esta psicología no se coloca contra la sociología marxista, sino que se coloca, en el ámbito de la sociología marxista, en un lugar bien preciso.

»La idea marxista según la que las condiciones económicas se transforman en ideología y no viceversa, ignora dos elementos: *a) cómo* ello tiene lugar, *qué* sucede en la "mente humana" en dicho proceso; *b)* cuál es *el efecto de rebote* de esta "ideología" (que llamaremos "estructura psicológica"), en el proceso económico. Esta laguna es colmada por la psicología caractero-analítica, que descubre el proceso determinado en la vida psíquica por las condiciones económicas de la existencia. Comprende el "factor subjetivo de la Historia" que los marxistas vulgares no pueden comprender. La psicología política tiene pues una tarea bien precisa: no puede evidentemente explicar, por ejemplo, el desarrollo de la sociedad clasista o el sistema de producción capitalista (cuando lo intenta logra solamente un contrasentido reaccionario, como la explicación que el capitalismo "es causado por la avidez humana"), pero solamente la psicología política —y no la socioeconómica— puede hacernos comprender la estructura del carácter humano de una época determinada, cómo los individuos actúan y piensan, cómo reaccionan frente a los conflictos de su existencia y cómo intentan salir de ellos. *Es cierto, se limita a investigar sobre los individuos, pero cuando se especializa en los procesos psicológicos que determinados grupos, clases o cate-*

gorías profesionales tienen en común, puede eliminar las diferencias individuales y pasar a ser psicología de masa...

»Si la ideología tiene un "efecto de *rebote en el proceso económico"* debe ser forzosamente una fuerza material y si una fuerza material actúa sobre las masas, debemos preguntarnos en qué modo lo hace. La respuesta a esta cuestión debe contener la respuesta a la cuestión de la psicología reaccionaria de las masas y del problema de cómo haya podido prender en ellas la "psicosis hitleriana".

»La ideología de una determinada sociedad no sólo refleja el proceso económico de dicha sociedad, sino que tiene también la función de enraizar el proceso económico en la estructura psicológica de los individuos miembros de la sociedad. El hombre está influenciado pues de dos modos por las condiciones de su existencia: directamente, por la influencia inmediata de su condición económica y social, e indirectamente por la estructura ideológica de su sociedad. Por esta razón se desarrolla una contradicción en la estructura humana, contradicción que corresponde a las contradicciones entre la influencia de las condiciones económicas y la de la estructura ideológica de la sociedad. El obrero, por ejemplo, está expuesto a la influencia de sus condiciones de trabajo y a la de la ideología general de la sociedad en que vive. *Y dado que los individuos, en los varios estratos sociales, no son solamente el objeto de estas influencias, sino que también las reproducen, como individuos activos sus pensamientos y sus acciones pueden asimismo estar en desacuerdo con la sociedad a la que pertenecen. Pero, -formando la estructura psicológica humana, la ideología social no sólo se eterniza y se reproduce en los individuos: pasa a ser, y ello es capital, una fuerza material bajo el aspecto de estructura humana deformada,* con sus acciones y sus pensamientos contradictorios. Esto, y solamente esto, hace posible la acción de rebote de la ideología social sobre la base económica de la que deriva. Esta acción pierde todo carácter místico y psicologístico, cuando se entiende como la función de la estructura caracterial de individuos socialmente condicionados. Como tal puede pasar a ser objeto de investigación científica y el descubrimiento que "la ideología se transforma más lentamente que la base económica", de la existencia de una laguna entre las dos transformaciones, pasa a ser comprensible. Las estructuras caracteriales que corresponden a una determinada situación histórica, se forman en la primera infancia y son mucho más conservadoras que las fuerzas tecnológicas de producción. De aquí deriva el que, con el pasar del tiempo, las estructuras psicológicas queden "rezagadas" respecto al desarrollo de las condiciones sociales de que derivan y que continúan progresando rápidamente. Entran pues en conflicto con estas nuevas formas de vida.»[5]

5. *Op. cit.,* pp. H-14.

Pienso que quien haya leído estos fragmentos, se habrá dado cuenta de la importancia revolucionaria de la obra y del hecho que la ruptura con el freudismo y el marxismo oficiales, después de su publicación, no fue un hecho casual.

El concepto de estructura caracterial

En estas primeras páginas, Reich establecía ya una crítica de base, tanto de las pretensiones marxistas de liquidar la psicología de lo profundo como «ciencia idealista» o «estudio del individuo políticamente inutilizable», como de la no aceptación de Freud y de sus discípulos de salir del *jardín cerrado* de la investigación científica. Dicha crítica no se desarrollaba en forma polémica, sino a través de la exposición del concepto de estructura caracterial, un concepto al que Reich había llegado —como hemos visto— precisamente por vía científica, es decir, mediante el estudio y la puesta en evidencia de los rasgos caracteriales de toda neurosis y, por lo tanto, de los rasgos neuróticos de la personalidad normal. Y del concepto de estructura caracterial, pasa aquí ya a la investigación de los modos cómo dicha estructura se reproduce de generación en generación y se perpetúa a través del tiempo, independizándose de la estructura económica que Reich continuaba aquí considerando como su primer matriz, de acuerdo con la teoría marxista.

El enunciado del concepto de estructura caracterial y el virtual enunciado del concepto de autonomización de la estructura caracterial con respecto a la estructura económica no eran más que las bases de toda la psicología de masa reichiana. Y el capítulo sucesivo de la obra, está dedicado precisamente a la exposición detallada del «problema de la psicología de masa».

«Hemos visto —escribe Reich— que la situación económica y la situación ideológica de las masas no coinciden y que puede llegar a haber una considerable divergencia entre ellas. La situación económica no se expresa ni directa ni inmediatamente bajo forma de conciencia política; si así fuera, la revolución social habría llegado desde hace tiempo. De acuerdo con esta divergencia entre condiciones sociales y conciencia política, el examen de la sociedad debe ser llevado a cabo en dos campos diversos. Aunque la estructura caracterial derive de las condiciones económicas, es preciso utilizar un método de investigación diverso. A la situación económica será preciso aplicar el método socioeconómico, a la estructura caracterial el de la investigación psicológica.»[6]

Y Reich daba un ejemplo muy sencillo: si los obreros explotados con salarios bajos, hacen huelga o asaltan las panaderías, su

6. *Op. cit.,* p. 15.

acción es el resultado directo de su situación económica: la huelga y el robo del pan son la consecuencia lógica de su hambre y de su necesidad y su modo de actuar es adecuado a la presión económica; ideología y condición económica son coherentes. En este caso una psicología reaccionaria buscará supuestos móviles irracionales de la huelga o del robo y verá explicaciones reaccionarias.

«Pero —continúa Reich— para la piscología social la cuestión se presenta precisamente al revés. Lo que debe ser explicado no es el porqué el individuo hambriento roba o el porqué el obrero explotado hace huelga, sino el porqué la mayoría de los individuos hambrientos y explotados *no roban ni hacen huelga.* La socioeco-nomía podrá pues explicar satisfactoriamente un fenómeno social, cuando el pensamiento y la acción humana sigan una línea racional, es decir, cuando sirvan a la satisfacción de necesidades y expresen directamente la situación económica; pero fracasará cuando el pensamiento y la acción humana contradigan las condiciones económicas, es decir, cuando sean irracionales. El marxismo vulgar y el economismo, sistemas que repudian a la psicología, no disponen de medios cuando se hallan frente a estas condiciones. Cuanto más mecanicista y economicista es la orientación de un sociólogo, menos conoce la estructura caracterial humana, y más fácilmente su propaganda política tomará la forma de un psicologismo superficial. En vez de comprender y de intentar eliminar la contradicción psicológica del individuo mecanizado, se perderá en lo superficial y explicará el fascismo como una "psicosis de masa". Y puesto que el socialista paneconomista no conoce ni quiere conocer los procesos psíquicos, "psicosis de masa" no significa para él, como lo significa para nosotros, un hecho social gigantesco de gran importancia histórica, sino solamente un definición insignificante y superficial.

»E1 reino de la psicología de masa, pues, *empieza precisamente donde fracasa la explicación directamente socio-económica* [cursiva añadida]. ¿Significa esto que existe una antítesis entre psicología de masa y socioeconomía? No, ya que el pensamiento y el comportamiento irracional de las masas que no concuerdan con la situación socio-económica real, es a su vez fruto de una precedente situación socio-económica. Existe la costumbre de explicar las inhibiciones a la toma de conciencia de las condiciones económicas con la palabra "tradición". Pero hasta el presente nadie se ha preocupado de analizar lo que es la tradición y qué procesos psicológicos refleja. El paneconomismo hasta el presente, no se ha preocupado del hecho que el problema importante no radica en establecer si el obrero tiene conciencia de la propia responsabilidad social (esto debería ser un hecho automático), sino en individuar lo que impide al obrero la toma de conciencia de sus responsabilidades sociales.» [7]

7. Op. di., p. 16.

Reich continúa observando que el desconocimiento de la estructura caracterial de las masas sigue produciendo explicaciones estériles de hechos políticos: los comunistas, por ejemplo, habían explicado la victoria del fascismo con el fracaso de la política socialdemócrata. Pero era una explicación que llevaba a un callejón sin salida, ya que sembrar ilusiones había sido *siempre* una característica de la socialdemocracia y por lo tanto lo había sido también la de recoger desilusiones. Una explicación parecida no podía evidentemente llevar a una nueva política. Igualmente estériles habían sido las explicaciones de los que definían el fascismo como una «hipnosis» y «corrupción» de las masas. ¿Por qué las masas habían sido «hipnotizadas» por el fascismo?

«¿No sería más lógico —dice Reich— preguntar acerca de lo que hace, en las masas y dentro de las masas, imposible el reconocimiento de la verdadera función del fascismo? Las fórmulas corrientes: "Los obreros *deben* darse cuenta"... o las autocríticas del tipo "no hemos comprendido que..." de nada sirven. ¿Por qué los obreros no se dan cuenta y por qué nosotros no hemos comprendido? Y no menos estéril es la explicación que ha servido de base a interminables discusiones entre las derechas y las izquierdas de los movimientos obreros, en las que las derechas afirmaban que los obreros carecían de voluntad de lucha y las izquierdas afirmaban lo contrario, que el obrero era revolucionario y que la afirmación de las derechas era un modo de contra-restar la revolución. Pero ambas posiciones eran rígidas de un modo mecanicista. Habría sido mucho más realista decir que el obrero medio no es ni claramente revolucionario ni claramente conservador. Constituye un conflicto: su estructura psicológica deriva por una parte de una posición social que tiende a transformarlo en revolucionario, por otra parte deriva del ambiente general de la sociedad autoritaria que tiende a transformarlo en conservador. Sus tendencias revolucionarias y conservadoras entran pues en colisión.

»Ver este conflicto y descubrir las formas concretas con que los elementos reaccionarios y revolucionarios actúan en el obrero, es de una importancia capital. Y lo mismo es válido, naturalmente, para las clases medias. Es fácilmente comprensible que un miembro de la clase media se rebele contra el "sistema" en un período de crisis. No es en modo alguno comprensible, en términos socioeconómicos, que el miembro de las clases medias, aunque proletarizado, tenga miedo del progreso y pase a ser frecuentemente muy reaccionario. También se encuentra mezclado en el conflicto, entre sus sentimientos de rebelión y la ideología reaccionaria.»[8]

Una vez más, esta obra lanza preciosas semillas que fructificarán con el posterior desarrollo del pensamiento de Reich: me

8. *Op. cit.,* p. 17.

refiero a este concepto de «ambivalencia», de contradicción en la personalidad «media» que podrá explicar numerosas paradojas y tragedias políticas. Ya en estas páginas, Reich afronta la quizás más terrible de estas tragedias paradójicas: la guerra, en desacuer do con las «explicaciones» esquemáticas del paneconomismo marxista.

Observa precisamente que una guerra no puede ser explicada solamente con los factores exclusivamente económicos y políticos: factores como, en el caso de la Primera Guerra Mundial, la aspiración alemana de apoderarse de las minas de Briey y Longy, de las zonas industriales belgas o de las colonias asiáticas. Sin duda que los intereses económicos del imperialismo alemán han sido motivos contingentes, pero es preciso considerar también *la base psicológica de masa* de las guerras mundiales y preguntarse: «¿Qué ha producido *el terreno psicológico de masa,* en el que ha podido desarrollarse y ser puesta en práctica una ideología imperialista, a pesar de ser quizás contraria a la pacífica población alemana totalmente desinteresada de la política exterior?» La «traición de los jefes de la Segunda Internacional» no es una respuesta satisfactoria. ¿Por qué, es preciso preguntarse, millones de obreros con profundos sentimientos libertarios y antiimperialistas se han dejado traicionar? Y es más:

«El miedo a las consecuencias de no querer tomar las armas puede ser un motivo válido para una pequeña minoría. Los que asistieron a la movilización de 1914 pudieron constatar que el pueblo obrero mostraba actitudes diversas frente a la guerra. Una minoría la rechazaba conscientemente, en otros existía una extraña sumisión al destino, en otros muchos una inexplicable indolencia, y un violento entusiasmo en masas considerables, no solamente pertenecientes a la pequeña burguesía sino también al proletariado industrial. La indolencia de muchos como el entusiasmo de muchos otros, son sin duda alguna factores fundamentales en la psicología de masa de la guerra.»[9]

Reich insistía en que las catástrofes sociales no se explican con formulitas como «psicosis de guerra» u «ofuscación de las masas». Refiriéndose a una conocida frase de Marx, recordaba que *todo orden social crea en las masas la estructura caracterial que es útil a sus fines más importantes.* Sin esta estructura psicológica de masa ninguna guerra sería posible.

Guerra y gregarismo

Existe —observa Reich— una importante correlación entre la estructura económica de una sociedad y la estructura psicológica de masa de sus componentes, y no sólo porque la ideología dominante sea la ideología de la clase dominante, sino sobre todo, porque las *contradicciones* de la estructura económica de una sociedad están también enraizadas en la estructura psicológica de masa de sus miembros. De otra forma no se podría comprender cómo las leyes económicas de una sociedad puedan tener efectos prácticos solamente a través de la actividad de las masas que le están sometidas.

¿De dónde nacen pues —se pregunta Reich— los comportamientos irracionales de las masas? Recuerda a este propósito que el mismo Lenin había confesado haber quedado impresionado en su experiencia de revolucionario, por la extraña actitud de duda que tomaba la masa *después* del triunfo de la insurrección.

«Los soldados —escribía Lenin en *Sobre la religión*— tenían la máxima simpatía por la causa de los agricultores: sus ojos brillaban apenas se les hablaba del campo y de los sufrimientos de los agricultores. Más de una vez los soldados se habían apoderado por algún tiempo del poder militar, y luego no habían sabido qué hacer con él. Quedaban indecisos. Pocas horas después de haber matado a uno de sus odiados superiores, dejaban libres a los demás, empezaban negociaciones con las autoridades y se dejaban fusilar, aporrear, y colocar de nuevo bajo el yugo.»

En formas más o menos dramáticas, ésta es la experiencia que han hecho todos los participantes en insurrecciones. La misma ocupación de las fábricas que en Italia, en 1920, pareció preludiar una revolución general, terminó por la incertidumbre de los dirigentes quienes, en vez de dar inicio a la producción y organizar la vida económica empresarial y local sobre bases autónomas, empezaron a esperar ociosamente «órdenes de Roma»: expresión geográfica que continuaba significando autoridad (sucesivamente sindicato, dirección de partido, gobierno). Y con demasiada frecuencia el movimiento libertario de los estudiantes contestatarios, durante estos años, se ha dejado maniobrar y dirigir por los neuróticos creadores de los mitos maoístas o totalitarios en general.

Pero, ¿cuál es la matriz de esta inseguridad de las masas, de esta su patológica necesidad de autoridad?

«El místico —responde Reich— explicará este comportamiento con la "naturaleza eternamente moral" del hombre que hace imposible al hombre la rebelión contra "las leyes de Dios", contra la "autoridad del Estado" y contra sus representantes.

»E1 *marxista* vulgar ni toma en consideración los fenómenos de este tipo; por otra parte es incapaz de explicarlos ya que no pueden ser explicados en términos puramente socio-económicos.

»La teoría de Freud se acerca mucho más a la realidad de los hechos, ya que explica reacciones de este tipo con el sentimiento de culpa infantil hacia el padre. Sin embargo, esta teoría no explica el *origen* social ni la *-función* social de este comportamiento y no lleva por lo tanto a una solución práctica. Además olvida la

9. *Op. cit.,* p. 18.

conexión entre dicho comportamiento y la represión y distorsión de la vida sexual de las masas.»[10]

Llegado aquí, Reich empieza una rápida exposición de los principales descubrimientos de Freud, subrayando cómo han resuelto las cuestiones fundamentales dejadas en suspenso por las teorías márxistas. «Marx había explorado solamente el mecanismo de la explotación económica», pero no había explicado la razón por la que «los hombres, durante miles de años, habían soportado la explotación y la degradación moral, en definitiva la esclavitud». En esta rápida exposición, Reich muestra cómo Freud ha realizado cuatro grandes descubrimientos: a) que gran parte de la vida psíquica está gobernada por *procesos inconscientes; V)* que también en los niños existe una sexualidad despierta (de modo que sexualidad y procreación, sexualidad y genitalidad no son sinónimos) y que la energía sexual (libido) es el *motor central* de toda la vida psíquica; c) que la sexualidad infantil (y en particular el complejo de Edipo) *es rechazada de la conciencia con graves consecuencias para la salud psíquica; d)* que la moral tradicional, lejos de tener un origen sobrenatural, *es el resultado de las medidas opresivas que tienden a reprimir la sexualidad* en la infancia, en la adolescencia y en la edad adulta.

«Estos descubrimientos —continúa Reich— no han tenido la influencia que corresponde a su enorme importancia, ya que la sociología psicológica que ha surgido de ellas ha borrado muchos de sus elementos revolucionarios.

»No es aquí el lugar para demostrar estos hechos. La psicología psicoanalítica ha cometido los siguientes errores: ha intentado analizar la sociedad como si fuera un individuo; ha postulado una antítesis absoluta entre las exigencias sociales y la gratificación sexual; ha considerado los impulsos destructivos como hechos biológicos que gobiernan el destino humano de un modo inexorable; ha negado el desarrollo sociológico del patriarcado a partir del matriarcado y ha sostenido que la familia patriarcal era un hecho biológico. Como resultado de estos errores se ha embarrancado en un escepticismo que la paraliza; ha tenido miedo de las consecuencias que derivaban lógicamente de sus mismos descubrimientos; durante mucho tiempo, ha tenido una actitud hostil hacia cualquier intento de sacar dichas conclusiones y sus representantes oficiales han prácticamente impedido estos intentos. A pesar de todo, continuaremos defendiendo los grandes descubrimientos de Freud contra todo ataque, venga de donde venga.

»La metodología de la sociedad sexoeconómica que considera estos descubrimientos como su punto de partida, no es un mero intento de completar Marx con Freud o Freud con Marx, ni de substituir uno por otro, sino la de dar al psicoanálisis una función científica que el marxismo no puede llevar a cabo: o sea, la com-

10. *Op. cit.,* p. 20.

prensión no del terreno histórico de una ideología, sino de su estructura y de su dinámica. Incluyendo los descubrimientos del psicoanálisis, la sociología marxista llega a su más alto nivel y puede comprender mejor la realidad ya que, al fin, incluye el conocimiento de la estructura caracterial humana.

»Deriva de ello que la sociología sexo-económica, fundada sobre la base *sociológica de Marx* y sobre la base *psicológica de Freud* es esencialmente una *psicología de masa* y una *psicología sexual* al mismo tiempo, es decir allí donde termina la investigación psicológico-clínica del psicoanálisis.» [11]

La matriz freudiano-marxista de las teorías sexo-económicas no podía ser enunciada más claramente. Me parece particularmente digna de aprecio la lucidez con que se enuncia el punto de partida de la sexoeconomía: la «refutación de la filosofía cultural de Freud», es decir, del «salto lógico» dado por Freud en la utilización sociológica de sus investigaciones psicológicas. De Freud —dice Reich en substancia— la sexoeconomía adopta los descubrimientos psicológicos; de Marx, los descubrimientos socioeconómicos. Naturalmente que la refutación de la filosofía cultural de Freud no tiene como finalidad la refutación en sí misma, sino que es la premisa de una investigación autónoma de la función real de la represión sexual, en el proceso cultural y en el orden social.

«El psicoanálisis revela el mecanismo de la represión sexual y del rechazo y sus efectos patológicos en el individuo. La sociología sexo-económica continúa en este punto y se pregunta: *"¿Cuáles son las razones sociales por las que la sociedad reprime la sexualidad e induce al individuo a rechazarla?" A* esta pregunta se han dado varias respuestas. Para la salvación del alma en el más allá, dice la Iglesia. Por la eterna naturaleza ética del hombre, dice la filosofía natural mística. Para la salvación de la cultura, dice la filosofía cultural de Freud.»[12]

Pero Reich puede demostrar con facilidad, refiriéndose una vez más a los descubrimientos antropológicos de Malinowski, que la ecuación freudiana entre represión y civilización carece absolutamente de fundamento. Refiriéndose luego a sus propias hipótesis antropológicas, reafirma que la represión sexual aparece en la escena de la historia humana, sólo en un estadio relativamente tardío de la historia de la civilización, «en el momento del desarrollo del patriarcado autoritario y de las distinciones de clase». En este estadio, el impulso sexual empieza a ser sometido a los intereses económicos de una minoría explotadora, mediante la institución del matrimonio y de la familia patriarcal: «Con la represión de la sexualidad, las emociones sufren un cambio: la religión sexo-negativa empieza a desarrollarse y gradualmente

11. Op. *cit.,* pp. 21-23.
12. *Ibidem.*

constituye su propia organización sexo-política —la Iglesia en todas sus formas— que no tiene otra finalidad que la de suprimir el placer sexual. Este fenómeno tiene su razón sociológica en la explotación del trabajo humano que se instaura en este estadio de desarrollo.»

Como vemos, vuelven a surgir en estos fragmentos algunas simplificaciones clásicas del marxismo, según las que la religión y el clero serían *tan sólo* instrumentos de la explotación de clase. El elemento existencial y gnoseológico del fenómeno religioso y sacerdotal parece totalmente negado u olvidado. Como por otra parte, también esquemáticamente, se indica como matriz esencial de las deformaciones caracteriales fascistas y totalitarias en general la *institución* familiar, en vez del *método* o del *contenido de cualquier tipo de educación autoritaria y sexofóbica* (aunque sea colectiva).

Pero, aparte estos formalismos que tienen sus orígenes en Engels, la investigación de Reich avanza según unas líneas propias: ¿cómo tiene lugar —se pregunta— esta instrumentalización de la sexualidad para los fines de opresión social?

«El análisis caracterial —contesta— puede también responder a esta pregunta... La represión de la sexualidad natural en el niño, y en particular de la sexualidad genital, lo transforma en aprensivo, tímido, obediente, temeroso de la autoridad, "bueno" y "adaptado" en sentido autoritario, paraliza sus fuerzas de rebelión ya que toda rebelión viene a estar cargada de angustia; inhibiendo la curiosidad sexual y los pensamientos sexuales del niño, se produce una general inhibición de su pensamiento y de sus facultades críticas. En definitiva, la finalidad de la represión sexual es producir un individuo adaptado al orden autoritario y *dispuesto a someterse* a él, a pesar de la infelicidad y de la humillación. En primer lugar el niño debe adaptarse a la estructura del Estado en miniatura que es la familia autoritaria y ello le hace capaz luego de subordinarse al sistema social autoritario general. *La •formación de la estructura autoritaria se realiza mediante la inserción en la inhibición sexual y en la angustia sexual.»* [13]

Pero la psicología de masa no se limita a este análisis general. Logra comprender las diferencias de carácter y de comportamiento entre los sexos, las edades, los grupos. Reich cita el ejemplo de la mujer conservadora del obrero progresista. Su situación económica es idéntica a la de su marido que es un revolucionario, pero ella vota fascista (o demócrata-cristiano). La diferencia entre la ideología sexual de los revolucionarios y la mujer reaccionaria de la clase media es muy importante: la estructura caracterial moralística antisexual de la mujer conformista le hace imposible una toma de consciencia de su propia situación social, la ata a la Iglesia y le infunde el miedo de «bolchevismo sexual».

13. *Op. cit.,* p. 25.

«Teóricamente —observa Reich— la situación es la siguiente: el marxista vulgar que piensa de un modo mecanicista, considera que la conciencia de la posición social llegará a ser muy aguda cuando la pobreza económica es agravada por la infelicidad sexual. Si así fuera, las masas de mujeres y de adolescentes serían mucho más rebeldes que los hombres adultos. En cambio sucede exactamente k> contrario y el paneconomista no puede entenderlo. Jamás podrá comprender el hecho que las mujeres conformistas no quieran ni escuchar sus programas económicos. La respuesta es la siguiente: la represión de las satisfacciones de las necesidades primarias naturales tiene un efecto muy diverso de la represión de las satisfacciones sexuales. La primera provoca rebelión; la segunda, en cambio, provocando un enraizamiento defensivo moralista, paraliza la rebelión contra todo tipo de represión (y, para colmo, la inhibición a la rebelión ha sido inconsciente). La inteligencia consciente del individuo medio no politizado, no presenta la mínima huella de esta rebelión.

»E1 resultado de este proceso es el *miedo a la libertad,* y una mentalidad reaccionaria y conservadora. La represión sexual sostiene a la represión política, no solamente con este proceso que transforma al individuo medio en pasivo y desinteresado por la política, sino también creando en la estructura psicológica una tendencia a defender el orden autoritario. La represión de la satisfacción sexual conduce a varios tipos de satisfacciones sucedáneas. La agresividad natural, por ejemplo, se transforma en sadismo brutal que es un factor psicológico de masa esencial en las guerras imperialistas. Para dar otro ejemplo: el efecto psicológico de masa del militarismo es esencialmente libidínico. El efecto sexual del uniforme y de los desfiles rítmicamente perfectos, del exhibicionismo militar en general, es evidente para cualquier criada, aunque no sea ni remotamente sospechado por los doctos científicos de la política. La reacción, por lo tanto, utiliza conscientemente estos intereses sexuales. No solamente inventa uniformes brillantes para los hombres, sino que utiliza muchachas seductoras en las campañas de alistamiento. Basta recordar los conocidos carteles publicitarios: // *yon want to see the -world, joint the Royál Navy* de la marina inglesa, en los que "el mundo" lejano está representado por bellas y exóticas muchachas. ¿Por qué son eficaces estos carteles? Porque nuestra juventud, a causa de la represión, está sexualmente hambrienta.

»E1 moralismo sexual que inhibe el deseo de libertad y las fuerzas que colaboran con los intereses autoritarios, a su vez reciben energía de la sexualidad reprimida. Y entonces comprendemos un elemento fundamental de la acción de rebote de la ideología sobre la base económica: *la inhibición sexual altera la estructura caracterial de los individuos económicamente oprimidos, de tal forma que piensan, sienten y actúan contrariamente a sus mismos intereses materiales.*

»Ésta es la explicación de la psicología de masa y al mismo tiempo la confirmación de las observaciones de Lenin sobre el comportamiento de los soldados en la revolución de 1905. En el inconsciente de aquellos soldados, los oficiales representaban sus padres que les habían negado su sexualidad y que no habían podido matar aunque les estuvieran destruyendo su alegría de vivir. Las indecisiones y los arrepentimientos después de haber asumido el poder eran la expresión del odio transformado en su opuesto, en simpatía neurótica y, de esta forma, el odio no podía traducirse en acción.

»E1 problema práctico de la psicología de masa, radica por lo tanto en activar las mayorías pasivas de la población que llevan siempre a la reacción política a la victoria y en eliminar las inhibiciones que se oponen al deseo de libertad, efecto de una situación de opresión económica. Si las energías de las masas que asisten a un partido de fútbol o a un espectáculo musical, pudieran ser canalizadas racionalmente hacia un movimiento libertario, dichas masas serían invencibles. Y éste es el principio que guía a nuestro ensayo sexo-económico.» [14]

Falta aún, como hemos visto, la formulación clara del concepto de condicionamiento *autoritario-gregario* a través de la *perversión sadomasoquista,* impuesto por la represión sexual a la personalidad del niño y del adulto, pero Reich se ha acercado ya mucho a ella. Subraya ya que la represión de la sexualidad natural transforma el niño en «bueno», «obediente», «temeroso de la autoridad», paraliza toda fuerza de rebelión ya que la rebelión pasa a llevar angustia, produce una inhibición general de las facultades críticas. Entre estos conceptos y el del gregarismo, falta sólo la aportación de la clarificación de la psicodinámica del masoquismo, es decir, del placer pervertido de sacrificarse, de humillarse, de aniquilarse frente a la autoridad.

E incluso en el análisis del comportamiento político, aparentemente absurdo, de las mujeres y de los adolescentes, está en embrión la futura brillante diagnosis de las simpatías *conservadoras y clericales* de las masas femeninas y de las simpatías *contrarrevolucionarias y -fascistas* de los adolescentes, como producto de una lógica transposición política del masoquismo femenino y del sadismo masculino.

Fascismo y familia autoritaria

En el segundo capítulo de la obra, Reich pasa a estudiar las relaciones entre la psicología de masa del fascismo y la ideología de la familia autoritaria. Una vez más, en mi opinión, esta exclusiva insistencia en la «familia autoritaria» como «fragua de la

14. *Op. cit.,* pp. 28-30.

reacción», no favorece a la validez general del razonamiento, ya que hace inexplicable la floración de los modernos totalitarismos misticizantes en países en que la familia tradicional ha sido desacreditada o destruida, y suplantada por grandes aparatos *colectivos* de condicionamiento psicológico.

Aun dentro de estos límites, también este capítulo contiene numerosas intuiciones y un estudio de los aspectos pequeño-bur-gueses de la ideología fascista que son aún actualmente del máximo interés. Reich parte de una constatación básica: el carácter ilógico y contradictorio de la entera ideología nacionalsocialista. Dicho carácter era por otra parte virtualmente reconocido por los mismos dirigentes nazis cuando escribían, como hacía Wilhelm Stapel en su obra *Cristianismo y nacionalsocialismo:* «Siendo un movimiento *elemental,* el nacionalsocialismo no puede ser combatido con argumentos. Los argumentos podrían ser eficaces sólo si el movimiento se hubiera desarrollado en base a agumentos.» De hecho —comenta Reich— los comicios y las reuniones de los nazis se caracterizaron siempre por una sistemática manipulación de las *emociones* de las masas y por un escrupuloso arrincona-miento de los argumentos objetivos, de acuerdo con las instrucciones dadas por Hitler en *Mein Kampf.* Un básico punto de confluencia de toda la propaganda nazi (y totalitaria en general), es la *idea de Jefe.* Pero observa Reich, echando por la borda valientemente la entera demagogia de izquierda sobre «el ofuscamiento de las masas», un Jefe tiene éxito sólo si su ideología encuentra correspondencia en la estructura caracterial del individuo masificado.

«Es equivocado —continúa Reich— explicar el éxito de Hitler sacando a relucir la demagogia nazista, o la borrachera de las masas o ciertos términos insensatos como "psicosis nazista". Dado que el verdadero problema es poner en claro el modo como las masas son accesibles a la demagogia, a la borrachera o a una situación de psicosis... Decir que el movimiento hitleriano tiene una función reaccionaria es insuficiente, ya que el éxito obtenido por el nazismo en las masas parece contradecir esta su función reaccionaria. Tal contradicción no se puede explicar con una base política o económica, sino sólo en términos de psicología de masa.»

En su investigación acerca de los orígenes del nazismo, Reich no se aparta, sociológicamente, de las diagnosis de la mayor parte de científicos de la escuela marxista.

«Como todo movimiento reaccionario —escribe, en mi opinión de un modo muy simplista— el nazismo ha sacado su fuerza de los varios estratos de la clase media. Ha puesto al descubierto todas las contradicciones que caracterizan a la psicología de masa de la clase media. Debemos comprender estas contradicciones y su origen común en las condiciones de producción capitalistas.»[15]

15. *Op. cit.,* p. 34.

Y más adelante:

«En lo que se refiere a su base social, el nazismo fue pues, en su origen, un movimiento de clase media. Ha sido cierto en todos los países en que se ha desarrollado: Italia, Hungría, Argentina, Noruega. De ello se deduce que la clase media, en otro tiempo reunida alrededor de los partidos democráticos-burgueses, ha cambiado su actitud política... La clase media fascista y la democrática-burguesa, es la misma clase, pero en momentos diversos del régimen capitalista. En las elecciones de 1930-1932, el aumento del nacionalsocialismo fue debido casi exclusivamente a la disminución del Partido Nacionalista, del Partido de los Artesanos y de los varios partidos alemanes... Sólo en las elecciones prusianas de 1932, el Partido Nacionalsocialista logró abrir brecha en la masa de obreros de la industria...

»Que un movimiento fascista exista, es sin duda alguna la expresión sociológica del imperialismo nacionalista. Pero el hecho de que este movimiento logre llegar a ser un movimiento de masa y pueda conquistar el poder para promover sus objetivos imperialistas, deriva del movimiento de masa de la clase media...»[16]

Para demostrar su tesis clasista, Reich pasa a un análisis de la estructura caracterial típica de la clase media y de sus matrices socio-económicas.

La posición social de la clase media —escribe— está determinada por tres factores:

a) su posición en el proceso de producción capitalista;

b) su posición en la estructura autoritaria del Estado;

c) su específica situación familiar que a su vez está determinada directamente por su posición en el proceso productivo y que determina la ideología de la clase media.

«Aunque la posición económica de los pequeños agricultores, de los empleados y de los pequeños comerciantes sea diversa, su situación familiar es esencialmente idéntica.»

Reich observa en primer lugar que «la situación familiar de los varios estratos de la clase media es parte integrante de su situación económica. Excepto los funcionarios y los empleados, la familia se identifica, para los demás grupos de la clase media, con el negocio. Los componentes de la familia trabajan en el negocio, evitando así tener que retribuir a gente externa... La confusión entre organización de la familia y del negocio es el motivo por el que la población rural "está atada a la tierra", es "tradi-cionalista", es tan accesible a la influencia de la reacción política. No es la situación económica la que crea estos "vínculos con la tierra" y este tradicionalismo; es más bien una forma de producción que exige una estrecha unión de todos los miembros de la familia; y esta unión presupone a su vez una amplia represión y remoción sexuales».[17]

16. *Op. cit.,* p. 40.
17. Op. *cit.,* p. 39.

En cuanto a los empleados y funcionarios, aunque su condición productiva no coincida con la estructura familiar, tienen otro elemento psicosociológico que se insiere en la determinación de su actitud reaccionaria: la identificación con la autoridad en las relaciones con los demás grupos sociales.

«La posición económica del pequeño empleado es peor que la del obrero especializado: esta situación es en parte compensada por ciertas —o inciertas— perspectivas de ascenso y, en el caso del funcionario estatal, por la seguridad de la jubilación pagada. Dependiendo tanto de la autoridad administrativa, surge en el empleado una actitud de competencia contra sus colegas que impide la formación de un espíritu solidario. La conciencia social del empleado no se caracteriza por un sentido de "destino común" con sus colegas, sino por una constante relación de dependencia de la autoridad... Esto determina una actitud de completa identificación con la autoridad estatal, en el caso del empleado estatal, y con la empresa en el caso del empleado de empresa. Es una persona esclavizada exactamente como el obrero. ¿Por qué pues, no surge en él un espíritu de solidaridad de clase? Debido a su posición intermedia entre la autoridad y la clase obrera. Por una parte, de hecho, es subdito de la autoridad y, por otra, es su representante y como tal goza de ciertos privilegios, morales si no económicos... Mirando siempre encima de él, el individuo de la clase media provoca una divergencia entre su posición económica y su ideología. Vive en condiciones de pobreza, pero salva siempre las apariencias, a veces de un modo ridículo... El esfuerzo para: "estar a la altura" distingue a la clase media de la clase obrera.» [18]

Represión sexual y clase media

Hasta aquí, el análisis de Reich, aunque más lúcido, no se aparta mucho de los análisis marxistas clásicos. Pero, llegado aquí, injerta a su exposición una de sus agudas observaciones psicológicas, que da al razonamiento un giro decisivo:

«En el intento de distinguirse del trabajador manual, el pequeño burgués puede apelar solamente a su vida familiar y sexual, dado que su posición económica no es mucho mejor que la del obrero. Se consuela de sus carencias económicas mediante la "moralidad" sexual. Y éste es el motivo más poderoso de la identificación del pequeño burgués con la autoridad del Estado. Dado que no goza de la situación económica de la alta burguesía, pero al mismo tiempo se identifica ideológicamente con ella, el pequeño burgués encuentra una compensación a sus privaciones ostentando una rígida moral sexual... Dicha moral tiene sobre todo la

18. *Op. cit.,* p. 44.

finalidad de permitirle distinguirse de los estratos "inferiores".» [19]

Después del análisis del sustrato sexual de la actitud del burgués, Reich pasa a analizar sus productos ideológicos más característicos :

El conjunto de estas actitudes moralistas, que tienen su punto de apoyo en la actitud hacia la sexualidad, se resume en los conceptos —conceptos, no comportamientos reales— de *honor* y *deber:* el efecto de estas dos palabras en la clase pequeñoburguesa es enorme y merece la máxima atención. No en vano se encuentran frecuentemente en la ideología política fascista. En realidad, todas las formas de existir y de actuar de la clase media produce lo contrario de un comportamiento digno y honesto. En el comercio, una buena dosis de deshonestidad es parte integrante de la existencia cotidiana. Cuando un agricultor compra un caballo, lo despreciará con todo tipo de argumentos. Cuando un año más tarde lo revende, el caballo ha rejuvenecido y es más bello. El concepto de *deber* no se funda en principios políticos sino en el interés comercial: la mercancía propia es la mejor, la de la competencia es siempre, por definición, inferior. La deferencia y amabilidad exageradas hacia el cliente, muestran la coerción brutal de los mecanismos económicos que, con el tiempo, no puede dejar de destrozar el mejor carácter. A pesar de ello, los conceptos de *honor* y *deber* tienen un carácter predominante en la clase pequeñoburguesa. Ello no puede ser explicado en términos meramente económicos, ya que, a pesar de su hipocresía, la profundidad de los sentimientos y de las emociones unidas a estos conceptos es genuina. El problema radica en individuar el origen: pues bien, el análisis del pequeño burgués permite afirmar sin miedo a equivocarse, la existencia de conexiones precisas entre su vida sexual y su ideología del *honor* y del *deber*...

«El estado autoritario tiene un representante en cada familia: el padre. El padre es el instrumento más precioso del estado. El padre ocupa en la familia el mismo lugar que el dueño en el proceso productivo. Reproduce en sus hijos, especialmente en los varones, la sumisión a la autoridad. Aquí está la base de la actitud pasiva y sometida de los individuos de la clase media hacia la figura del Jefe... La posición patriarcal del padre exige una inhibición más rígida de la vida sexual, ya sea en los niños o en las mujeres. En las clases medias, se desarrolla en la mujer una actitud de resignación que cubre una rebelión sexual rechazada; y los hijos varones, además de una actitud servil hacia la autoridad, manifiestan una clara identificación con todo tipo de autoridad.» [19 bis]

He citado con suficiente extensión estos párrafos, ya que me parecen sintomáticos del persitente enraizamiento de Reich en el

19. *Op. cit.,* p. 45.
19 bis. *Op. cit.,* p. 47.

mito obrerístico del marxismo. Todas las degeneraciones autoritarias son presentadas como productos típicos de la familia patriarcal tradicional y como manifestaciones típicas y casi exclusivas de la clase media y de la pequeña burguesía. Si así fuera, sería imposible explicar tanto el éxito de los partidos totalitarios, incluso fascistas, en las masas obreras (éxito que en definitiva, como admite Reich, tuvo lugar poquísimos años más tarde al que encontró en las clases medias), como la repetición de los mitos totalitarios donde la institución familiar y la figura del *pater -familias* han sido completamente borrados o desacreditados.

Me parece más convincente el esfuerzo de Reich en relacionar el patriotismo con la unión a la madre: en todas las sociedades en que la sexualidad es reprimida, el breve período de contacto físico con la madre, durante la primera infancia, no puede dejar de provocar una unión afectiva e injertar poderosas cargas emocionales en todo lo que simbolice a la madre. Viéndolo así, dar poca importancia a la eficacia de cierta retórica patriótica —observa con acierto Reich— es un error fatal. Cita a este propósito los «hallazgos» de Goebbels, el jefe de la propaganda nazista, que giran tan frecuentemente alrededor de la figura de la madre. El primero de los *Diez mandamientos* nazis publicados en 1932 decía: «No olvides nunca que la patria es tu madre.» Y el órgano filo-nazi «Die Angriff», en ocasión del «Día de la madre», en 1933, escribía:

«La revolución nacional ha desechado todo lo mezquino. Finalmente los ideales han vuelto a guiarnos, y a guiarnos al unísono: familia, sociedad, nación. El ideal del Día de la madre honra el símbolo de la idea de Alemania: ¡la madre alemana! Es ella, la madre alemana, la única auténtica encarnación de la idea nacional alemana. Amar a la madre será siempre el equivalente de amar a Alemania.»

No menos penetrante es la intuición reichiana de la estrecha relación entre aniquilación del individuo (conciencia de la educación autoritaria) y su desesperada necesidad de encontrar una dignidad mediante la identificación con el Jefe. Es una exposición que se anticipa varios años a la que más tarde intentará Erich Fromm, con un olvido sistemático del nombre de Reich, en *Escape -from Freedom* (1939):

«Cuanto más impotente ha sido hecho por la educación autoritaria, tanto más fuertemente el individuo se identifica con el Jefe, empujado por su sentimiento infantil de impotencia. Esta tendencia a la identificación constituye la base psicológica del *narcisismo nacional,* es decir, de la confianza artificial en sí mismo, basada en la propia identificación con la «grandeza de la Nación». El individuo reaccionario cree descubrir a *sí mismo* en el Jefe, en el Estado autoritario. Debido a esta identificación, se siente el defensor de la «nación», aunque, precisamente por esta identificación, desprecie «la masa» de la que forma parte... Su

sufrimiento económico y sexual queda sumergido y postergado por la idea entusiasta de la presunta superioridad racial y de la genialidad del Jefe: esta idea le hace olvidar su posición personal insignificante de secuaz pasivo.»[20]

Terminando el capítulo, Reich empieza una crítica muy dura de la socialdemocracia y de sus responsabilidades políticas. Llega a considerar la socialdemocracia como la matriz del fascismo de masa, como «expresión de la contaminación conservadora de las masas obreras». Desde las primeras frases se tiene, sin embargo, la impresión de hallarse frente a una de las expresiones típicas de la propaganda comunista, que Reich de un modo no suficientemente crítico empleaba aún durante aquellos años.

Reich recuerda que Kautsky, en el segundo volumen de su *Revolución social,* observaba ya que el obrero de Inglaterra, altamente industrializado, estaba políticamente atrasado respecto al obrero de Rusia, industrialmente subdesarrollada. Los acontecimientos políticos,, de los últimos treinta años —continúa diciendo— no dejan duda alguna acerca del hecho que los movimientos revolucionarios se desarrollan más rápidamente en los países con bajo nivel industrial, como aparece claro, comparando China, Méjico, India, con Inglaterra, América y Alemania. Y esto, a pesar de la existencia de un movimiento sindical más antiguo, aguerrido y organizado en el segundo grupo de países. ¿Cuál es pues la razón del extraordinario enraizamiento del espíritu conservador en las socialdemocracias de los países occidentales*? Reich recuerda solamente algunos hechos significativos. En el capitalismo másl evolucionado el movimiento obrero realizó algunas conquistas como el horario de trabajo reducido, el derecho de voto, el seguro social, etc. Por una parte, esto trajo un reforzamiento de la clase obrera. Pero, al mismo tiempo, tuvo un efecto opuesto: el aumento del nivel de vida comportó una adaptación de la estructura ideológica de los obreros a la de la clase media. La fuerza de las socialdemocracias europeas durante los años de las crisis económicas (una fuerza que no puede ser explicada en términos políticos), fue precisamente la expresión de la contaminación conservadora de los obreros. Esta contaminación tenía dos fuentes principales: la unión con el Jefe, con una fe inquebrantable en su infalibilidad; y la adaptación sexo-moralística con la ideología conservadora de la clase media. Cuando el obrero socialdemócrata se encontró arrollado por la crisis económica que lo degradó a nivel de un *coolie,* el desarrollo de sus sentimientos revolucionarios fue inhibido por la estructura ideológica conservadora que sus jefes habían cultivado en él durante decenios. Así pues, o bien permaneció en el partido socialdemócrata, a pesar de los sentimientos de rebelión y de crítica que sentía en su ser, o bien indeciso entre impulsos revolucionarios y conservadores, y decep-

20. *Op. cit.,* p. 53.

cionado por los dirigentes socialdemócratas, tomó el camino de menor resistencia y se dirigió al nacionalsocialismo, esperando hallar en él una mejor guía.[21]

En esta exposición, queda en evidencia una fuerte pasividad de Reich frente a los esquemas de la propaganda stalinista. Acusar a la socialdemocracia de ser la matriz del fascismo era un modo muy difundido en aquel período, a la que evidentemente no supo resistir. Pero los hechos de la época y los sucesivos no autorizan a una condenación tan radical de la socialdemocracia ni a una tan radical absolución de los movimientos comunistas.

En el plano estrictamente político, se podría en primer lugar recordar que el *slogan* loco (o suicida) del partido comunista alemán fue, durante aquellos años de subida del fascismo, «el enemigo a combatir es la socialdemocríicia» (un *slogan* hoy adoptado con idéntica irresponsabilidad por las izquierdas «chinas») y que no se dudó en alegrarse del desmoronamiento de la socialdemocracia en favor del nacionalsocialismo. Además, las elecciones alemanas de 1932 y la reciente experiencia francesa han ya demostrado que la atracción de los partidos nacionalistas se ejerce sobre las masas comunistas, en los momentos de crisis, de un modo igualmente fuerte que sobre las masas socialdemócratas.

Y esto, por otra parte, es perfectamente lógico en el plano de la psicología de masa, ya que los partidos nacionalistas tienen siempre algún «hombre del destino» para proponer a los electores y, aunque le sepa mal al Reich del período marxista, el «mito del Jefe», el culto al Jefe, era y es bastante más difundido entre las masas comunistas que entre las socialdemócratas

Por último, creo que hay una contradicción interna fundamental entre la tesis (que para colmo de ironía actualmente los «maoístas» han tomado del «renegado» Kautsky), según la cual los movimientos revolucionarios florecen más fácilmente en los pueblos subdesarrollados, debido a las condiciones de miseria y de explotación brutal imperantes, y la tesis, con tanta razón sostenida por Reich contra el paneconomismo marxista, según la cual la miseria y el caos social desencadenados por las crisis graves del capitalismo (como la alemana de 1929-1932), en vez de favorecer a las izquierdas, como había profetizado Marx, favorecían al fascismo y a las derechas. Una de dos: o la miseria y la desesperación son factores revolucionarios, y entonces no se comprende el hecho que deban producir el fascismo en Europa; o bien son factores de resignación y capitulación, y entonces no se comprende el hecho de que deban producir revoluciones populares en los países subdesarrollados. Parece que Reich quiera aquí sostener dos «leyes» opuestas según las que la miseria y la desesperación producirían «siempre» revolución popular o, viceversa, reacción fascista. Es cierto que alude a un factor «discriminatorio» para

21. *Op. cit.,* pp. 60-63.

las dos soluciones: la presencia de las grandes organizaciones y masas socialdemócratas determinarían la solución fascista. Pero es algo totalmente insostenible en el plano histórico. Basta pensar en el fascismo italiano, que floreció en un país en el que, al contrario, los partidos de izquierda estaban casi totalmente controlados por dirigentes maximalistas y «revolucionarios»; o, viceversa, al resultado psicopolíticamente fascista de tantas «revoluciones» en países subdesarrollados: stalinismo en Rusia, nasserismo en Egipto, boumedienismo en Argelia, maoísmo en China, sukarnismo en Indonesia, etc.

La única «ley» que creo pueda ser sacada de la experiencia histórica, a propósito de revoluciones, es que todas las revoluciones violentas tienen la tendencia a degenerar en sentido totalitario y sanguinario, al prevalecer, dentro del movimiento revolucionario, elementos autoritarios y sádicos, es decir, fascistas, que explotan los elementos de gregarismo y de masoquismo de las masas. Esto, como ya he mencionado en otro lugar,[22] coloca en primer plano el problema de la formación de los mandos en todos los partidos progresistas.

Impresiona, de todas formas, al leer estas páginas, por una parte su evidente anticipación de las tesis marcusianas y «maoís-tas» del tercer mundo y por otra el silencio, que, una vez más, los marcusianos y los especialistas del tercer mundo de todo tipo han impuesto sobre el nombre de Reich.

Análisis del racismo

Uno de los capítulos más interesantes de *Psicología de masa del fascismo,* es el que Reich dedica a analizar la teoría racista del nazismo, demostrando que surgió, al igual que los racismos precedentes, de las angustias y de las fobias neuróticas desencadenadas por la represión de la sexualidad natural. Reich parte de una extraña pero sintomática «manía» de Hitler: el miedo obsesivo de la sífilis.

«Paralelamente a la contaminación política, ética y moral de nuestro pueblo, ha tenido lugar en los últimos años, un envenenamiento no menos terrible del cuerpo de la nación. Sobre todo en las ciudades, la sífilis ha empezado a difundirse cada vez más... La contaminación de la sangre y la decadencia de la raza son el pecado original de este mundo contemporáneo y marcan el fin de los pueblos que se le rinden.»[23] Así escribía Hitler en *Mein Kampf* añadiendo que la primera y más catastrófica forma de

22. L. DE MARCHI, *Repressione sessuale e oppressione sacíate,* edición citada, pp. 303-310.

23. A. HITLER, *Mein Kampf* (se cita de la ed. it. *La mía pattaglia,* Edizioni del Littorio, Roma, 1939, p. 112).

contaminación de la sangre y de decadencia de la raza era precisamente la unión sexual entre arios y judíos. De aquí, de esta exigencia de «defensa social», nació toda la persecución antijudía destinada a desembocar en las terribles matanzas de los *lager nazis.* Ya en 1933, Reich escribía:

«La ideología de la "raza" y de su pureza es la ideología de la desexualización, de la "pureza sexual"... A través de la cita de los escritos de Rosenberg, demostraremos que *el núcleo de la teoría racista del -fascismo es un terror mortal de la sexualidad natural y de la junción orgástica»*[24] (cursiva añadida).

Reich recuerda, cómo «Rosenberg intenta demostrar que la ascensión y la decadencia de las naciones es debida a la mezcla de razas y al "envenenamiento de la sangre"». Para demostrarlo el técnico nazista, refiriéndose a la antigua Grecia, sostiene que originalmente los griegos representaban la pureza de la raza nórdica. Zeus, Apolo y Atena eran «los símbolos de la grande, auténtica piedad», «los protectores de todo lo noble y alegre», «los maestros de la armonía psíquica y de los valores artísticos». Hornero —según Rosenberg— no estaba en modo alguno interesado por lo estático. Atena «la virgen prudente, protectora del pueblo helénico» representaba «el símbolo de la iluminación intelectual creadora, salida de la mente de Zeus». Estas divinidades griegas «altamente castas» representan, dice Rosenberg, «la vida recta y pura del hombre nórdico». Estas divinidades son contrapuestas por Rosenberg a los dioses de los pueblos del oriente medio: «Mientras los dioses griegos eran héroes de la luz y del cielo, los dioses no arios de Asia Menor mostraban todas las características de la materialidad.» Dioniso, el dios del éxtasis y del placer voluptuoso, significó la «irrupción de la raza etrusca y el comienzo de la decadencia de la Hélade».

«Para demostrar su tesis del "alma de la raza" -continúa Reich-[25] Rosenberg llama *griegos* a los dioses que representan un cierto aspecto de la vida cultural; y llama en cambio *extranjeros* a los dioses que representan un aspecto diverso de la misma cultura griega. La razón por la que la historia griega habría sido mal entendida, según Rosenberg, estriba en que los historiadores dejaron contaminar su propia "conciencia racial" y dieron una interpretación equivocada del helenismo.

»Con una devoción ciega, el gran romanticismo alemán, aun sintiendo que las imágenes luminosas de los dioses celestes son cubiertas por velos cada vez más tenebrosos, se sumerge cada vez más profundamente en lo instintual, en lo amorfo, lo demoníaco, lo sexual, lo estático, en la adoración de *la madre* (cursiva mía W. R.).»

Las filosofías idealistas —continúa Reich— no saben examinar

24. MPF, pp. 70-71.

25. *Op. cit.,* p. 72.

las condiciones que llevan a la aparición de lo «estático» y de lo «instintual» en ciertos procesos culturales y se limitan a una valoración abstracta del fenómeno. Esto es característico de una filosofía cultural que se siente tan «superior» a lo «terreno», es decir natural, que perece por su mismo delirio de grandeza.

«También nosotros llegamos a una valoración de estos fenómenos, pero partimos de la dinámica de los procesos sociales que Rosenberg considera "la decadencia" de una civilización. De este modo podemos distinguir entre las fuerzas del progreso y las de la reacción, podemos comprender la "decadencia" como una manifestación natural del proceso histórico, individuar los gérmenes de las nuevas civilizaciones en formación y contribuir a su desarrollo. Cuando Rosenberg, frente a la decadencia de la sociedad autoritaria del siglo xx, hace referencia a la suerte de los antiguos dioses griegos, toma partido por las tendencias conservadoras, por más altisonantes que sean sus invocaciones a una "renovación de Alemania". Por nuestra parte, podremos avanzar hacia la comprensión de la revolución social y de su núcleo sexo-económico si comprendemos el punto de vista de la reacción política.

»E1 filósofo reaccionario tiene solamente dos alternativas: resignarse, volviéndose escéptico, o hacer girar hacia atrás la rueda de la Historia con medios "revolucionarios". Si reconoce sin embargo que decadencia de una vieja sociedad no significa en modo alguno decadencia de la civilización en sí misma, sino solamente de una determinada civilización, la 'autoritaria, se llega automáticamente a una valoración diversa de los elementos cultural-mente positivos y negativos...

»Se trata sólo de individuar la actitud revolucionaria a tomar hacia los fenómenos que los reaccionarios consideran como sintomáticos de la decadencia...»[26]

Estos pocos párrafos me parecen suficientes para ver en Reich el precursor de algunos conceptos historiográficos que el historiador Arnold Toynbee iba a hacer famosos. Cuando dice que la «decadencia» de una civilización (y en concreto la de las civilizaciones clásicas, griega y romana), lejos de constituir un fenómeno involutivo, marcó la aparición en la Historia de un proletariado «interno» o «externo» (la plebe y los bárbaros);" vuelve a tomar en definitiva esta visión histórica de Reich que denuncia con la palabra «decadencia» la expresión de la simpatía del historiador reaccionario hacia las élites aristocráticas que han ido sucediéndose en la cumbre de las varias civilizaciones y estructuras políticas. No es menos interesante el análisis del significado psicológico de las arbitrarias clasificaciones étnico-culturales propuestas por los historiadores nazis:

26. *Ibidem.*
27. A. TOYNBEE, *A Study of History,* New York, 1958.

«La ideología fascista (contrariamente a como hace la ideología eclesiástica) —escribe Reich— separa el ansia orgástica de las degeneraciones caracteriales creadas por el patriarcado autoritario y asigna una y otra cosa a razas diversas: "nórdico" pasa a ser equivalente de luminoso, celeste, elevado, puro, asexual; "asiático" sinónimo de instintual, demoníaco, estático, sexual, or-gástico. En la teoría fascista, la angustia del orgasmo característica del hombre autoritario, toma forma absoluta y contrapone su propia "pureza" a la "animalidad" del individuo orgásticamen-te potente.»

Es preciso no quitar importancia, según Reich, al hecho que esta concepción de la sexualidad acaba asumiendo de un modo mediato una justificación *racional.* Con la obligación de la castidad, las mujeres, acorraladas por sus propios impulsos sexuales, llegan a ser realmente groseras. La sensualidad orgástica natural de los hombres es substituida por la brutalidad sexual que, a su vez, da a las mujeres la impresión que el acto sexual las degrade. El conflicto creado entre el impulso natural y una «moralidad superior» disminuye la capacidad de satisfacción. Sentimientos de culpa entorpecen el curso natural del proceso orgástico. Esto determina un éxtasis sexual y las energías acumuladas buscan una salida a través de numerosos caminos patológicos. Las neurosis, las perversiones y las formas más antisociales de sexualidad pasan a ser fenómenos sociales permanentes. Esta sexualidad deformada, estorbada, brutalizada y degradada refuerza a su vez la ideología a la que debe su existencia.

El misticismo religioso pasará a ser la representación organizada de estas valoraciones e ideologías: ¿cuál es su diferencia con el fascismo? El misticismo religioso —responde Reich— niega totalmente el principio sexo-económico y da a la sexualidad la etiqueta de pecado del que el hombre puede ser rescatado solamente en el más allá. El fascismo, en cambio, imputa la sexualidad morbosa a una «raza inferior» y de esta forma la degrada. La degradación de la «raza inferior» encaja pues de modo orgánico en los esquemas imperialistas del patriarcado tardío.

«De la misma forma que en la mitología cristiana Dios no aparece nunca sin su opuesto, el Demonio, el "Dios de los Infiernos", y la victoria del Dios celeste sobre el infernal pasa a ser el símbolo de la perfección humana, en la mitología griega se refleja el conflicto entre sexualidad genital y las exigencias del ascetismo. Esta lucha aparece al moralista abstracto y al filósofo mistificador como la lucha entre dos "esencias" o "ideas", una de las cuales es considerada, *a priori,* como "baja" y la otra como "elevada". Sin embargo, si reducimos esta lucha entre "esencias" a su origen concreto, si comprendemos su efectiva función en el proceso social, y la función de la sexualidad en el proceso histórico, llegaremos a la conclusión siguiente. Toda tribu que haya pasado de una organización matriarcal a una organiza-

ción patriarcal debió modificar la estructura sexual de sus com ponentes. Fue necesario, ya que el paso del poder y de la riqueza de los clanes democráticos a la familia autoritaria del jefe tuvo lugar mediante la represión de la sexualidad de los componentes de la sociedad. *De esta forma, la represión sexual pasó a ser parte integrante de la división de la sociedad en clases»* (cursiva en el texto original).[28]

Aquí Reich vuelve a tomar las tesis antropológicas de *Der Einbruch der Sexualmoral,* acerca del tributo dotal subrayando que los hombres, y especialmente el Jefe, enriquecidos por el tributo matrimonial del clan de la mujer dado a la familia del marido, adquirieron un interés económico bien preciso para la perpetuación de los vínculos conyugales. De esta forma, el simple matrimonio del comunismo primitivo, que podía ser disuelto en cualquier momento, se transformó en el matrimonio monogámico permanente del patriarcado. Con el tiempo, sin embargo, los explotadores fueron víctimas de su propio «juego», ya que pidió una progresiva restricción y degradación de los impulsos genitales naturales, y no solamente en la clase «inferior» siempre más explotada. También las demás clases, que no habían conocido conflictos de este tipo entre sexualidad y moralidad, fueron víctimas del mismo conflicto de un modo cada vez más acentuado.

«Durante las varias fases del proceso histórico —continúa Reich— alguno de los aspectos del conflicto acabará predominando. En las primeras fases, prevalecerán las exigencias sexuales; en las sucesivas la inhibición moralista. En las épocas de transformación de la entera organización social, el conflicto entre sexualidad y moralidad se agudiza. Este fenómeno hará pensar a muchos en un "derrumbamiento de la moralidad" y a otros, en una"revolución sexual". De todas formas, la idea de "decadencia de la civilización" es simplemente la percepción de la irrupción de la sexualidad. El único motivo por el que el fenómeno es percibido como una "decadencia" o un "declinar", es el hecho que amenace el modo de vivir moralista coactivo. Lo que objetivamente sucede es simplemente el derrumbamiento de la dictatura sexual que las fuerzas moralistas coactivas perpetúan en el individuo, en beneficio del matrimonio y de la familia autoritaria. Se observa en los antiguos griegos la organización sexual siguiente: dominio masculino, ninfas para los hombres de las clases dominantes, prostitutas para los de las clases medias o inferiores, y, simultáneamente a ello, una multitud de pobres desgraciadas esposas esclavizadas, cuya única función es la reproducción. El dominio masculino de la era platónica tenía un inequívoco carácter homosexual. Y el mismo principio gobierna ahora a la ideología fascista del "grupo viril dominante" (Blüher, Roehm, etc.).

»Las contradicciones de la economía sexual quedaron en evi-

28. MPF, pp. 73-76.

dencia en una época en la que el Estado decayó política y económicamente. El fascista Roseriberg creía que durante la época dionisíaca el elemento apolíneo se contaminó. "El falo —escribe Rosenberg— terminó siendo el símbolo de la *Weltanschauung* griega." jfara el tascista, el retorno a ia sexualidad natural es un síntoma de decadencia, de lascivia y de suciedad. "La ley dionisíaca de la libre satisfacción sexual —escribe Rosenberg— trajo la mezcla ilimitada de razas entre los helenos y los asiáticos ae toda tribu y variedad..." Aquí aparece ciarísimo el significado del tabú de la hibridación racial: se trata de una protección contra lo dionisíaco, que tiene sus raíces en el beneficio que la sociedad patriarcal saca del matrimonio... La democratización del régimen patricio de los romanos —hasta el siglo v todo el poder estuvo concentrado en trescientas familias de la nobleza que producían trescientos senadores— es atribuido por Rosenberg al iiecno que, a partir del siglo quinto, fueron permitidos los matrimonios mixtos entre patricios y pieoeyos, produciéndose una "decadencia racial". Y aquí, el carácter reaccionario de la teoría racista se revela en su forma pura, ya que ahora se declara abiertamente que la relación sexual entre individuos de clase diversa, en las civilizaciones griega y romana, equivale a una mezcla racial: *los componentes de la clase oprimida son equiparados a los componentes de una raza diversa y extranjera...*

«Rosenberg escribe que el dios terrestre Poseidón fue obligado por Atena, la diosa de la asexualidad, a gobernar los infiernos bajo su templo, con el aspecto de una serpierte parecida al "dragón pelásgico" que se arrastaba bajo el templo de Apolo en Delfos. "Pero —continúa Rosenberg— el nórdico Teseo no logró matar en todas partes las bestias de Asia Menor: apenas la sangre aria disminuirá su vigilancia, los monstruos extranjeros volverán a surgir: el bastardismo del Oriente Medio y la violencia de Oriente invadirán el mundo."»

Es claro —comenta Reich— lo que Rosenberg entiende por «violencia» de Oriente: la naturaleza sexual que distingue la clase obrera de la clase dominante.... La serpiente Poseidón y el dragón pelásgico son un símbolo del falo, o sea de la genitalidad que ha sido efectivamente obligada a esconderse bajo tierra, en la estructura social y caracterial, pero no destruida. El estrato superior dominante, que tiene interés inmediato en la negación de la sexualidad natural (piénsese en el antiguo Japón), se siente amenazado por las formas más naturales de sexualidad de la clase oprimida. Este sentimiento de amenaza es tanto más agudo, en cuanto que la clase dominante no sólo no ha vencido su propia sexualidad sino que la ve reaparecer en su seno bajo formas torcidas y pervertidas... Esta es la razón por la que todo régimen autoritario, en épocas de crisis, tiende a acentuar su propaganda de «moralidad» y de «reforzamiento del matrimonio y de la familia». La familia autoritaria, de hecho, es el punto de unión en-

tre la posición social misérrima de la clase media-inferior con la ideología reaccionaria. Si la familia autoritaria está minada por las crisis económicas, por la proletarización de la clase media o por la guerra, pasa a ser también seriamente amenazado el en-raizamiento del sistema autoritario en la estructura caracterial de la población.[29]

El principal interés de estos fragmentos creo que consiste en el análisis de las profundas y ocultas raíces psicológicas de toda la teoría racista. El «análisis histórico» de la «decadencia» griega y romana por parte del teórico del nazismo, Rosenberg, es una clara demostración de la naturaleza profundamente sexofóbi-ca de una ideología y de un régimen que pretendieron presentarse como paladines de vitalidad y de un «nuevo paganismo».

Como ya he dicho en otra parte, me parece mucho menos persuasiva la insistencia con que Reich intenta, de nuevo aquí, identificar en una institución (la familiar) y en una clase (la pequeña burguesía) la matriz del nazismo y de todo totalitarismo. En realidad, la misma experiencia nazi habría debido poner en guardia frente a tales generalizaciones: es sabido que el nazismo intentó repetidamente experimentos de educación colectiva, es decir, ex-trafamiliar, para forjar mejor al «hombre nuevo» de su «nuevo orden». Y es igualmente sabido que en los regímenes nazi-fascistas se perfiló el conflicto entre organizaciones juveniles o instituciones familiares, que en la Unión Soviética y en todos los regímenes comunistas ha tenido luego manifestaciones tan llamativas. Lo que determina las deformaciones caracteriales (y por lo tanto lo que consiente la perpetuación de las deformaciones sociales) de la sociedad opresiva son los *elementos autoritarios y sexofóbicos,* también individuados precisamente por Reich, y no *las estructuras y las instituciones sociales,* dentro de las que se realizan dichos elementos. Indicar un sistema económico, una institución social como la «causa primera» de la opresión socia' significa desviar la atención hacia los elementos formales de la opresión y correr el riesgo de ser instrumentalizado por las fuerzas antiguas del autoritarismo disfrazadas bajo formas nuevas y « revolucionarias ».

Llega a ser grotesca, por último, la insistencia de Reich en contraponer la perversidad de las clases medias a una «naturaleza sexual de la clase obrera» que existe sólo en la fantasía delirante de los ideólogos burgueses del marxismo.

El simbolismo nazi

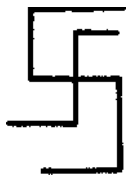
Un breve y fascinante capítulo de *Psicología de masa del -fascismo* está dedicado al análisis del «simbolismo de la Esvástica».

29. Op. cit., pp. 77-82.

Continuando su estudio innovador acerca de los factores emocionales del éxito nazi, Reich observa en primer lugar la gran parte que han tenido algunas canciones fáciles y marciales en dicho éxito, como por ejemplo la que decía: «Somos el ejército de la esvástica — Levantamos al aire las banderas rojas — Lucharemos por los obreros alemanes — Allanando el camino de la libertad»: en ella aparece clara la imitación de los slogans y de los colores socialcomunistas.

Se pregunta luego Reich cómo es que la esvástica haya tenido un tal éxito entre las masas alemanas. Antes de responder, cita la definición de la bandera nazi que dio el mismo Hitler: «En el rojo vernos la idea social del progreso, en el blanco la pureza de la idea nacional, en la esvástica el símbolo de la lucha por la victoria del hombre ario y, al mismo tiempo, del trabajo creativo que como tal será siempre antisemita.» Pero con razón Reich no se para en esta definición vagamente intelectualista. «El rojo y el blanco —empieza diciendo— impresionan la estructura caracterial del individuo medio»: el rojo excita su sensualidad y su amor a la vida, el blanco exalta su ascetismo, su patológica necesidad de «purificarse», precisamente de la sexualidad pervertida que le atrae y que sin embargo siente como «impura».[30]

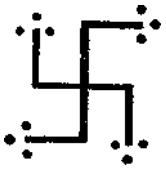
Lo que en cambio queda obscuro —continúa Reich— es la función emocional de la esvástica. ¿Por qué este símbolo se presta tan perfectamente a la exaltación de los sentimientos místicos? Hitler sostenía que la esvástica era el símbolo antisemita: pero este significado fue tomado por la esvástica solamente en un período histórico muy tardío. En primer lugar, la esvástica ha sido descubierta incluso entre pueblos semitas: por ejemplo, en la Al-hambra de Granada. Herta Heinrich *(Hakenkreuz, Vierklee una Granatapfel,* en *Zeitschrift für Sexualwissenschaft,* 1920) observó una esvástica en las ruinas de la sinagoga de Edd-Dikke, en el lago de Genezareth. Tenía la forma siguiente:



La esvástica ha sido frecuentemente hallada asociada a una figura romboidal que simbolizaba el principio femenino; y la esvástica el principio masculino. Perey Gardner ha notado que entre los griegos, la esvástica, llamada Hemera, representaba el sol,

30. *Op. cit.,* pp. 84-85.

que a su vez era el símbolo viril. Lowenthal *(Zur Hakenkruez-symbolik,* en *Zeitschrift für Sexualwissenschaft,* 1930) describe una esvástica observada en un cubrealtar de la iglesia de Sta. María de Wiese, en Soest, que tomaba la forma de una vulva asociada a una doble cruz. En dicha representación, la esvástica era símbolo del cielo tempestuoso, y la figura romboidal lo era de la fecundidad de la tierra. Smigorski observó una esvástica en las Indias Orientales, con la forma de una saeta de cuatro brazos, que tenían tres puntos alrededor de la extremidad de cada brazo, dispuestos de esta forma:



El arqueólogo Lichtenberg, por último, observó esvásticas con una cabeza en lugar de los tres puntos.

«La esvástica, pues, era originalmente un símbolo sexual. Pasando el tiempo, tomó diversos significados: y entre ellos el de una rueda de molino, símbolo del trabajo. La identificación emocional original entre sexualidad y trabajo explica además un hallazgo observado por Bilmans y Pengerots en la mitra de santo Tomás Becket. Es una esvástica rodeada por la siguiente inscripción: "¡Salve, Madre del hombre! Imprégnate del abrazo de Dios y fructifica para nutrir a la humanidad." Aquí, la fertilidad está representada bajo forma de un abrazo sexual entre la Tierra-Madre y el Dios-Padre. Según Zelenin, *esvástica* en un antiguo dialecto indio, significa "gallo" y "volptuoso": una vez más, estamos frente a significados claramente sexuales.»

Reich, por último, subraya que la esvástica nazi fue sólo la modificación de una versión antigua del signo, que representaba la unión sexual entre el hombre y la mujer.

«Este significado de la esvástica para la vida emocional inconsciente —concluye Reich— no fue evidentemente, la única razón del éxito de la propaganda nazi: pero fue sin duda alguna un coeficiente potente. Si este símbolo es presentado como el símbolo del honor y la fidelidad, será aún más fácilmente aceptado, ya que pasa a asumir las tendencias-moralistas sexo-negativas.»[31]

En un capítulo sucesivo, Reich afronta el análisis del misticismo, definiendo como «internacional antisexual» el conjunto de organizaciones, religiosas y políticas, que promueven el misticismo. Es un capítulo que empieza con unas frases que me parecen

31. *Op. cit.,* pp. 86-87.

de una importancia capital ya sea para la comprensión de la función histórica, tenida por Reich en la clarificación de los problemas de una auténtica revolución, ya sea por el correcto planteamiento de la lucha política revolucionaria.

«Si queremos formular con exactitud las tareas de la higiene mental sexo-económica, hemos de poner la máxima atención en los métodos de ataque y de defensa utilizados por la reacción en el frente de la política cultural. No podemos liquidar los lemas misticoides de la reacción definiéndolos simplemente como "maniobras para descentrar la atención". Como hemos dicho, si la reacción recoge tantos éxitos con una determinada propaganda ideológica, dichos éxitos no pueden ser debidos exclusivamente a la ofuscación de las conciencias populares: detrás de ellas debe haber algún problema de psicología de masa. En particular debe haber en la masa un proceso aún no descubierto que la obliga a pensar y a actuar en contra de sus intereses. Estamos frente a un problema de una importancia decisiva: ya que sin este comportamiento de la masa, la reacción sería impotente.»[32]

A partir de este preámbulo básico, de esta advertencia solemne y desgraciadamente no escuchada, que da a los problemas psicológicos la importancia política primaria que tienen, Reich pasa a una de sus geniales intuiciones:

«La creciente presión económica sobre las masas obreras va acompañada siempre de una acentuada presión de la moralidad represiva. Esto puede tener solamente una función: impedir la rebelión de las masas contra la presión económica y productiva acentuando sus sentimientos de culpa y su dependencia moral frente al orden constituido.»[33]

Autoritarismo estatal y represión sexual

Siempre que se había notado esta correlación entre represión sexual y presión económica, en las publicaciones anteriores y posteriores a Reich, se había generalmente explicado con la necesidad de evitar «distracciones» a las masas, obligándolas a una mayor productividad. Me parece en cambio muy interesante, y digna de una ulterior profundización, la hipótesis que la represión sexual que va acompañada tan sistemáticamente, en los regímenes totalitarios, con el empuje de productividad, con la reducción del consumo y la aceleración de la industria pesada y del potencial bélico, es menos un «subproducto automático» del esfuerzo de trabajo y un medio para acumular las energías necesarias al esfuerzo (en el plano de la productividad está demostrado —y el neocapitalismo parece haberlo comprendido—, que más allá de un

32. *Op. cit.,* p. 97.
33. *Ibidem.*

cierto límite la frustración sexual es negativa) que, y *sobre todo, un medio para acentuar en las masas el sentimiento de culpa y de dependencia frente a la autoridad constituida y para facilitar la aceptación de los durísimos sacrificios impuestos por ella.* Reich cita a este propósito uno de los primeros decretos nazis en el campo educativo que entre otras cosas decía:

«La juventud estará dispuesta a aceptar su difícil futuro sólo si es gobernada con la idea del Estado. Lo que significa educar a los jóvenes en la responsabilidad y el sacrificio para la colectividad. La blandura y una excesiva consideración por los impulsos individuales o hedonistas, deben ser excluidos en la educación de una juventud que en su vida deberá afrontar duras dificultades. Los jóvenes estarán bien preparados a servir al Estado si... estarán acostumbrados a aceptar la disciplina y a someterse a sus exigencias.»

Reich cita este fragmento como un ejemplo típico de la «reacción fascista», pero basta leerlo para darse cuenta que en *nada* es diverso de otro cualquier párrafo de propaganda o de pedagogía de un régimen comunista o clerical: a lo más, la dedicación al Estado y a la Nación sería cambiada en los textos de carácter comunista por «dedicación al Estado y al Socialismo», y los textos de carácter confesional por dedicación «a la Iglesia y a la verdadera fe».

Continuando su obra de iniciador contra la relegación «táctica» de los problemas «morales» (y sexuales en primer lugar) por parte de los partidos de izquierda, y sobre la eficacísima (aunque a veces meramente instintiva) insistencia de la reacción sobre tales problemas, Reich escribe:

«Mientras en la lucha para asegurarse el apoyo de los jóvenes, los comunistas sobrayan el punto de vista de clase en perjuicio de los problemas ideológicos, las organizaciones católicas hacen exactamente lo contrario: insisten en la amenaza moral del bolchevismo... Los representantes de la Iglesia, es más, asumen siempre una actitud anticapitalista en las organizaciones juveniles, de modo que los jóvenes no pueden descubrir ninguna diferencia manifiesta entre la actitud social de los comunistas y la de los sacerdotes. Una línea clara de distinción puede ser trazada solamente en el campo sexual.» ^

Son palabras que sorprenden por su actualidad. Aún hoy, a distancia de 35 años, la situación no ha cambiado; de hecho, los exponentes comunistas y católicos «avanzados» pueden programar sus «diálogos», centrados y condicionados todos ellos por un silencio fundamental: el silencio acerca de las cuestiones de represión sexual y de autoritarismo educativo, en las que vige un tácito acuerdo entre los dirigentes clericales y comunistas. Reflexionando acerca de estos problemas, en la edición ameri-

34. Op. *cit.,* pp. 204-205

cana de *Psicología de masa del -fascismo,* Reich supo sacar las justas conclusiones de su amarga experiencia: «Muy pronto quedó claro —escribió— que las organizaciones comunistas no sólo abandonaban este decisivo problema (el de la represión sexual), sino que estaban fundamentalmente de acuerdo con la Iglesia en la condenación y en la inhibición de la sexualidad juvenil. Las medidas de persecución adoptadas por las organizaciones comunistas contra el movimiento de la Sexpol, no fueron menos drásticas que las de muchos representantes de la Iglesia. De hecho, el pastor filocomunista Salkind, un psicoanalista reaccionario, llegó a ser una autoridad soviética en el campo de la represión sexual.»[35]

Por su actualidad, sin embargo, las páginas quizás más interesantes de *Psicología de masa del fascismo* son las que Reich dedica al análisis de «algunos problemas concretos de sexopo-lítica». Para los que actualmente se proponen la destrucción de algunos obstáculos concretos para una acción política revolucionaria en el campo sexual son páginas que merecen un conocimiento de primera mano.

«La práctica sexo-económica —empieza diciendo Reich, afrontando las objeciones más frecuentes presentadas ya entonces contra sus esfuerzos— muestra que ciertos economistas [la alusión a los «marxistas ortodoxos» es evidente *(Nota del autor)1,* se oponen a la sexoeconomía sosteniendo que «exagera la importancia del problema sexual»... En primer lugar, es preciso decir que estos detractores de la sexoeconomía no tienen motivo alguno de celos. El trabajo cultural sexo-económico no significa ningún tipo de invasión en su terreno competente, ni ninguna restricción de su campo de actividad. De hecho, la única finalidad de la sexoeconomía es la comprensión de una parte olvidada, pero extraordinariamente importante del proceso social. La lucha sexo-económica forma parte de la lucha global de los oprimidos y de los explotados contra los opresores y los explotadores. Intentar la formulación *a priori,* de un juicio acerca del lugar que debe ocupar en la lucha de la clase obrera, significaría caer en discusiones escolásticas. Hasta el presente, en la discusión acerca de la importancia y de la función de la sexoeconomía en vez de llegar a una conclusión basada en la experiencia, normalmente se ha postulado una antinomia entre política económica y política sexual. Discusiones de este tipo son una inútil pérdida de tiempo. Cuando todos los obreros revolucionarios realizan su parte de trabajo... todas las discusiones acerca de la importancia relativa de los varios sectores se muestran superfluas, ya que dicha importancia pasa a ser evidente. De todas formas, es esencial tener presente el hecho fundamental que *las -formas económicas determinan también las formas de vida sexual* y que

35. *Op. cit.,* p. 105

las condiciones de vida sexual no pueden ser modificadas si no se modifican las condiciones de vida económica y social»[36] (cursiva del autor).

Desde un nunto de vista histórico, vale la pena subravar que este pasaje ha sido mantenido en la edición americana de *Psicología de masa del fascismo,* a pesar de su clara connotación paneconomista. Lo cual hace pensar que, a nesar de la profunda reelaboración del pensamiento político reichiano después de su instalación, en Estados Unidos, resurgían tenazmente en Reich algunos temas del pensamiento marxista, y en particular el que afirma eme respecto a la organización económica las demás realidades son siempre superestructuras subordinadas.

Antíconcepción y reformismo

«Frecuentemente —continúa Reich— la sexoeconomía es acusada de ser "individualista" v por lo tanto inutilizable en lo social. Es verdad: el método con el oue se obtienen los datos de la sexoeconomía es "individualista". ¿Pero, la represión de la sexualidad no se aplica quizás a todos los miembros de la sociedad? ¿El sufrimiento sexual, no es general? ¿Y la lucha contra la tuberculosis es quizás "individualista" sólo porque el estudio de la tuberculosis se lleva a cabo en el paciente individual? Hasta el presente, el movimiento revolucionario ha cometido el grave error de considerar a la sexualidad como una «cuestión privada». Pero no es una cuestión privada para la reacción política que actúa siempre simultáneamente en dos frentes: el de la economía política v el de la "regeneración moral". El movimiento revolucionario, en cambio, ha actuado solamente en una dirección. Es preciso encuadrar el problema sexual en escala social, elevar "los problemas privados" a un nivel de higiene mental de masa, comprender el nroblema sexual baio la óntira de la lucha global en vez de limitarse a la política demográfica...»[37]

Palabras que aún hov son de gran actualidad v que todo militante de los partidos de iznuierda debería meditar. Reich nasa luego a hacer una rápida referencia a la cuestión del control de nacimientos. Es un párrafo que merece ser citado en su totalidad va sea porque sobre el tema demográfico las tomas de posición de Reich fueron siempre tan raras v reticentes, que ius-tifican llegar a la conclusión eme nunca captó en toda su gravedad el problema de la superpoblación, ya sea porque las tesis de este fragmento son una acusación, de un gran valor histórico por su nrerocidad. a la actitud oportunista tornada por los dirigentes del movimiento mundial para el control de nacimientos frente a la cuestión sexual:

36. *Or>. cit.,* p. 157.
37. *Op. cit.,* p. 158.

«La política demográfica, a la que cada vez más frecuentemente se limita el movimiento burgués para la reforma sexual —escribe Reich— es, estrictamente hablando, un problema extraño a la política sexual. No se ocupa de la regulación del impulso sexual sino tan sólo del aumento de natalidad. Es cierto que la reproducción implica necesariamente el acto sexual, pero aparte de esto, la política demográfica nada tiene que ver con la sexualidad en el sentido social y biológico de la palabra. La población en general no tiene el mínimo interés por el problema demográfico propiamente dicho. Se interesa por el problema del aborto no por razones demográficas, sino por exigencias *personales.* En la medida en que la prohibición penal del aborto acarrea angustia, sufrimiento y muerte es un problema de política social general. Pasa a ser un problema sexo-político sólo cuando se llega a la comprensión de que la gente *debe poder tener relaciones sexuales, quiera o no quiera hijos.* Esto no ha sido tenido en cuenta hasta el presente, a pesar de ser desde el punto de vista emocional, el aspecto más importante de la cuestión. Si actualmente alguien debiera decir a las masas: "Os lamentáis de las enfermedades y de las muertes provocadas por las leyes contra el aborto. El remedio es simple: basta que no tengáis relaciones sexuales", todos se burlarían de él. El hecho es que la gente no se interesa directamente por la política demográfica. Ninguna reforma sexual, ningún movimiento sexo-político tiene sentido, si no reivindica clara y abiertamente la necesidad de una vida sexual satisfactoria. Para el hombre medio de todas las capas sociales, sus exigencias sexuales son mucho más importantes que las estadísticas sobre las consecuencias de las leyes contra el aborto. La primeras tocan sus intereses más personales, las segundas presuponen una conciencia social, que desgraciadamente no está siempre presente en el ser humano de hoy. En el terreno de la satisfacción del hambre, para fines propagandísticos, se hace referencia a las necesidades individuales, y no a conceptos sociales o políticos abstractos. El problema sexual, por lo tanto, lejos de ser individual, es un problema de masa, un problema fundamental de la vida social y de la higiene mental de masa.» [38]

Me parece bastante claro, en estas líneas, el eco de las discusiones que, el año anterior a la publicación de esta obra, habían llevado a la disolución de la «Liga mundial para la reforma sexual» y en las que el grupo reformista, dependiente de Norman Haire, había chocado con el grupo marxista-revolucionario dependiente de Reich y Leunbach.[39] Uno de los elementos de aquel

38. *Ibidem.*
39. Las posiciones de los dos grupos —el reichiano y el reformista— están claramente enunciadas en las cartas entre Leunbach y Haire y publicadas en ZPPS, vol. 2, núm. 6, 1935, pp. 81 y ss.

choque fue precisamente e! tono siempre más claramente familiarista que habían tomado los partidarios de la información y de la propaganda anticonceptiva y que ha desembocado actualmente en la casi total inserción de aquella propaganda en los esquemas de los bienpensantes sexofóbicos: baste decir que la mayor parte de las organizaciones nacionales que trabajaban en aquel campo, se han autobautizado «Family Planning Associa-tions», y muchas de ellas no dan informaciones anticoncepcionales a las personas no «casadas legítimamente».

«Una objeción más seria a los esfuerzos del movimiento sexo-político —continúa Reich —es la que podría ser formulada por un psicoanalista ortodoxo. Podría decir que es utópico pretender utilizar *políticamente* el sufrimiento sexual de la gente, del mismo modo que es utilizado su sufrimiento económico, ya que para el tratamiento psicoterapéutico del individuo son necesarios meses y años de trabajo para dar conciencia al paciente de sus exigencias sexuales, ya que las inhibiciones morales están enraizadas tan profundamente como los impulsos sexuales y acaban predominando. ¿Cómo vencer la represión moral de las masas si no se dispone de una técnica terapéutica de masa que corresponda a la técnica de análisis individual? Es preciso tomar en serio esta objeción. Pero si las objeciones de este tipo me hubieran impedirlo iniciar la actividad sexo-económica práctica entre las masas populares, que me proporcionó tan preciosas experiencias, yo mismo me habría visto obligado a estar de acuerdo con los que han dejado la sexoeconomía como un problema «individualista» y que esperan un segundo Mesías para resolver el problema. Un psiquiatra me dijo una vez que mi trabajo se había reducido a un trabajo de mera información superficial, que jamás llegaría a afrontar las fuerzas represivas profundas. Al principio, no sabía qué responder a estas objeciones. Sin embargo, las respuestas vinieron de la experiencia práctica.»[40]

Higiene de masa y terapia individual

Reich hace notar, en primer lugar, que la finalidad de la higiene de masa es muy diversa de la finalidad de la terapia individual. En esto es preciso eliminar las represiones e instaurar la salud biológica. No corresponde a la finalidad de la sexoeconomía social. Su tarea consiste en llevar a la conciencia el conflicto y el sufrimiento del individuo reprimido. La gente es consciente de las exigencias de la «moralidad», pero no tiene conciencia del hecho que tiene una sexualidad que debe ser satisfecha; o, si lo sabe, dicha conciencia está inhibida en tal medida que no llega a tener ningún efecto concreto. Alguien —continúa Reich— podría

40. MPF, p. 160.

objetar que dar conciencia a la gente de sus exigencias sexuales exige un trabajo particular sobre sus represiones. Pero una vez más el problema de masa es diverso de los del tratamiento individual:
«La experiencia práctica ha manifestado que si se habla a una paciente de sus necesidades sexuales en el consultorio, ella pone en movimiento el entero aparato de sus resistencias moralísti-cas contra el analista, que no logrará persuadirla de nada. Pero si, al contrario, la misma mujer está expuesta a la atmósfera de una reunión de masa, y en concreto de una reunión en las que las necesidades sexuales de todos sean discutidas abierta y claramente, en sus aspectos sociales y médicos, su reacción será muy diversa. Deja de sentirse sola: constata que también los demás escuchan y discuten acerca de aquellas cosas "prohibidas". Su inhibición moralística individual es neutralizada por una atmósfera colectiva de afirmación de la sexualidad, que implica una nueva moralidad sexo-económica. Esto paralizará, aunque no la elimine, su negación de la sexualidad, ya que en definitiva también ella anhela su propia felicidad sexual. La situación de la reunión de masa presenta bajo un aspecto diverso la necesidad sexual: es fuertemente concienciada y *pasa a ser socialmente aceptable.* Si es bien planteada, la reivindicación de las necesidades sexuales es bastante más persuasiva que la exigencia de abstinencia... No se trata pues de prestar una ayuda inmediata. Se trata tan sólo de llevar a la conciencia la realidad de la represión, de incendiar el conflicto entre sexualidad y misticismo, de activarlo con la fuerza de una ideología colectiva y de dirigirlo hacia la acción social. Se podría decir que esta operación es diabólica, ya que empuja a la gente hacia tremendas dificultades sin poderla luego ayudar... Pero a estas objeciones debemos res-nonder que la reacción política es infinitamente más diabólica. Por otra parte, las mismas objeciones son válidas en relación con el hambre. El *coolie* chino, por ejemplo, que lleva su yugo inconscientemente o resignado, sufre menos que el que se da cuenta de su atroz situación y se rebela conscientemente contra la esclavitud. Pero, ¿quién se atrevería nunca a pedir que, por razones humanitarias, se escondiera al *coolie* la verdad acerca de su situación? Sólo el místico, su inspirador fascista o un profesor de sociología. *Este tipo de "humanidad" implica la perpetuación de lo inhumano.* Nuestra "falta de humanidad", es la lucha por las cosas de las que "los grandes emancipadores" de las masas hablan tan abundantemente, pero tan sólo para ponerse en actitud servil apenas toma el poder la reacción fascista. Lo admitimos: un trabajo coherente sexo-económico trae a la superficie muchos sufrimientos que de otra forma quedarían silenciados, acentúa los conflictos existentes y a veces los crea nuevos, hace que la gente sea incapaz de tolerar por más tiempo su propia situación. Pero al mismo tiempo garantiza un camino

de liberación: la posibilidad de luchar contra las causas sociales del sufrimiento. Es cierto: el trabajo sexo-económico toca los aspectos más difíciles, delicados y personales de la vida humana. *¿Pero la intoxicación mística de las masas no hace quizás lo mismo?* Lo que cuenta es la finalidad con que se hace algo. Quienes han visto la luz que brilla en los ojos de la gente que interviene •sn las reuniones sexo-económicas, quienes han escuchado las miles de preguntas íntimas que surgen en aquellas reuniones, saben que estos problemas son verdadera dinamita social que puede inducir a este mundo de autodestrucción a pararse y a reflexionar. Y sin embargo, es también cierto que si este trabajo debiera ser hecho por "revolucionarios" rivalizando con la Iglesia Católica en la exaltación del misticismo moralizador, por gente que considera la solución de los problemas. sexuales "indigna de la sublime cualidad de la ideología revolucionaria", que liquidan como "una invención burguesa" cosas como la masturbación infantil o la neurosis, que en definitiva, a pesar de su "leninismo" y de su "marxismo" son esencialmente raccionarios, entonces en efecto podría fácilmente parecer que mis conceptos están equivocados, ya que en dichas circunstancias las masas reaccionarían inmediatamente con una reafirmación de la negación sexual.» [41]

En estas páginas, que considero de entre las mejores escritas por Reich, no solamente se desenmascara el carácter de excusa del abandono de toda acción sexo-política concreta, ya sea por parte del psicoanálisis ortodoxo, ya sea por parte de los agitadores comunistas u otros revolucionarios o reformadores sociales estereotipados, sino que, lo que más importa, se demuestra, partiendo de la experiencia práctica, la posibilidad y la eficacia de una acción socio-política basada en la temática sexual. La observación de Reich que la atmósfera colectiva de asentimiento y de simpatía hacia la sexualidad consiente a una cantidad de personas la toma de conciencia de sus propios sufrimientos sexuales y la formación de una voluntad de lucha contra las causas sociales de dichos sufrimientos, es exactísima y ha sido, por otra parte, la observación que me ha empujado, entre los sarcasmos de los psicoanalistas ortodoxos, de los intelectuales «de izquierda» y de los burócratas de partido, a dirigir decenas de debates de política sexual con una concurrencia que ha sorprendido frecuentemente a los mismos organizadores. De esta observación de un hecho basado en leyes psicológicas muy concretas, podrá y deberá partir cualquier intento sistemático de plantear la lucha para una revolución social con bases nuevas, con formas capaces de suscitar el interés y la pasión de amplias capas populares, es decir, con formas *sexualistas y libertarias.* El potencial de atracción no superado de estas formas es analizado profundamente por Reich en otro magnífico fragmento, que sigue poco después.

41. *Op. cit.,* pp. 160-162.

«El hecho más importante, desde el punto de vista de la sexo economía práctica, es la impotencia de la reacción política frente al trabajo sexo-económico. Es un hecho bien conocido que en las bibliotecas públicas, las publicaciones sexológicas por malas que sean son leídas con más avidez que la literatura de cualquier otro tipo. Esto puede darnos una idea de la importancia del problema y de lo que podrá lograr la sexoeconomía si sabe guiai racionalmente este enorme interés popular. Los fascistas (por más místicos y autoritarios que sean) pueden engañar a las masas incluso durante largos períodos, sosteniendo que reivindica-el derecho al trabajo y los demás derechos del obrero. Pero en el campo de la sexoeconomía las cosas se presentan muy diversamente. La reacción política, *jamás podrá* contraponer a un programa revolucionario sexo-económico un programa sexual reaccionario, a no ser que invoque la represión y la negación completa de la vida sexual. Un programa de este tipo repugnaría inmediatamente a las masas, excepto a unos grupos políticamente insignificantes de viejas y de individuos biológicamente resecados. *Lo que cuenta es la juventud.* Y la juventud ha dejado de ser accesible, como masa, a una ideología sexo-negativa. Aquí esta nuestra tuerza. En 1932, las organizaciones sexo-económicas alemanas han logrado obtener el apoyo de organizaciones que durante años habían sido refractarias a la propaganda de las organizaciones comunistas. Es evidente pues que la higiene sexo-económica de masa debe llegar a ser parte integrante de los movimientos sociales progresistas. Pero es preciso tener presente la existencia de miles de obreros, empleados y estudiantes "fascistas" que están plenamente de acuerdo con la necesidad de una afirmación revolucionaria de la sexualidad, lo que les lleva al conflicto con sus dirigentes. ¿Qué podrían hacer aquellos dirigentes si llegara a desencadenarse este potencial conflicto? Tendrían sólo la solución de recurrir al terrorismo. Pero actuando así perderían su influencia. En definitiva, el aflojamiento de los cepos que la tradición reaccionaria imponía a la sexualidad es irreversible y éste es nuestro máximo elemento de fuerza... Si el trabajo sexo-económico es realizado correcta y coherentemente, la reacción política no podrá oponerle ninguna respuesta ni ideología. Su ideología ascética es sostenible sólo mientras el impulso de las masas para una afirmación de la sexualidad, permanece secreto y contradictorio y mientras no es contrapuesto a una ideología reaccionaria.»[42]

A las consideraciones expuestas aquí por Reich es posible añadir otra: en el caso de la moral y de la vida sexual, la reacción política (y no solamente la fascista, sino también la clerical y desgraciadamente también la de izquierda) no podrá nunca competir con las fuerzas auténticamente revolucionarias imitando

42. MPF, pp. 164-165.

sus programas. Así mientras no sólo los fascistas, sino también los católicos «progresistas», los comunistas autoritarios, los nas-seristas y todo el conjunto de los pseudorrevolucionanos misti-coides han adoptado fácilmente los lemas de las fuerzas revolucionarias en lo referente a la propiedad, al derecho al trabajo, a la asistencia, al seguro social, a la tutela sindical, a la educación, etc., etc., ninguna fuerza autoritaria ha jamás adoptado ni podrá jamás adoptar (y mucho menos aplicar) los principios de la libertad en la educación, en el desarrollo y en la vida sexual. Con la intuición infalible de los neuróticos, los autoritarios de todo tipo sienten que una tal libertad destruiría para siempre las bases de su poder.

Al mismo tiempo, sin embargo, me parece que Reich da poca importancia a las posibilidades que al autoritarismo de derecha y de «izquierda» le quedan para la fanatización de las masas hacia ideales abiertamente sexo-negativos. Desgraciadamente, tanto los ejemplos fascistas como los clericales o como los comunistas, demuestran que es posible aún fanatizar a las masas juveniles y populares, pervertidas por la represión, en la lucha contra todo movimiento o grupo que sea aún vagamente sospechoso de liberalismo sexual.

Ya hacia el final, Reich llama la atención de las fuerzas progresistas acerca del desastroso fracaso de sus intentos de sacar de la apatía a millones de electores «apolíticos» y sobre las razones psicológicas de dicho fracaso.

Hitler —escribe Reich— ha logrado su victoria final en marzo de 1933, de una manera «legal», movilizando no menos de 5 millones de personas que hasta entonces no se habían presentado a las urnas, de las llamadas «apolíticas». Los partidos de izquierda habían también hecho un esfuerzo para asegurarse el apoyo de las masas indiferentes, pero inútilmente, ya que nunca se habían pedido seriamente lo que significaba ser «indiferente» y «apolítico». Reich nota hasta qué punto es inexacto ver en esta apoliticidad una condición psíquica pasiva. Al contrario, es una actitud muy activa, una defensa contra la toma de conciencia de la responsabilidad social. Un análisis de esta actitud ilumina el comportamiento de las masas apolíticas. El intelectual medio que «no quiere saber nada de política» está motivado por intereses económicos inmediatos y por temores acerca de la propia existencia, que depende del favor de la opinión pública: debido a estos temores, sacrifica en una medida grotesca sus conocimientos y sus convicciones.[43]

43. *Op. cit.,* pp. 172-173.

Entre las personas que de alguna forma participan en el proceso de producción y son sin embargo socialmente irresponsables —continúa Reich— se pueden distinguir dos grandes grupos. En uno, el concepto de política está asociado inconscientemente al concepto de violencia y amenaza física, es decir, en definitiva a una intensa reacción de miedo que les impide una orientación realista. En el otro grupo, mucho más amplio, la irresponsabilidad social es debida a conflictos y preocupaciones personales, entre los que los conflictos sexuales tienen un lugar predominante. Cuando una joven empleada con una determinada posición económica que la hace consciente de sus responsabilidades sociales es a pesar de todo irresponsable, es debido en el 99 por cien de los casos a sus «cuestiones sentimentales», es decir, a sus conflictos sexuales. Lo mismo sucede a la mujer de la clase media que debe movilizar todas sus energías psíquicas para controlar su situación sexual, para evitar por lo menos el hundimiento total. Hasta ahora, el movimiento revolucionario ha entendido mal esta realidad. Ha intentado captar las personas «apolíticas» haciéndoles tomar conciencia de la opresión en sus derechos económicos. Pero la experiencia —nota Reich— ha demostrado que la mayoría de estas personas «apolíticas» no prestan atención a estos razonamientos de carácter económico-político, mientras que se entusiasman fácilmente por las palabras de tono místico de un orador nacionalsocialista que ni habla casi de problemas económicos. ¿Cómo explicar este fenómeno? Se explica con el hecho que los conflictos sexuales en el sentido más amplio de la palabra —sean conscientes o inconscientes—, inhiben el pensamiento racional y el desarrollo del sentido de responsabilidad social y transforman al individuo en presa fácil.[44]

Reich nota, con razón, que si una persona de este tipo encuentra un fascista que explota la credulidad y el misticismo (es decir, sus cargas sexuales y libídicas rechazadas), se le entrega totalmente. Esto no sucede porque el programa fascista le convenza más que el programa revolucionario, sino porque este rendirse al Jefe y a su ideología le asegura un momentáneo alejamiento de su crítica, íntima tensión; porque así puede dar una nueva forma a su conflicto íntimo y aparentemente resolverlo. Es así que algunos pueden llegar a considerar revolucionarios a los fascistas y ver en Hitler un Lenin alemán. Es fácil ver cómo la fraseología y las manifestaciones emocionalmente excitantes del fascismo (y de cualquier otro misticismo político o religioso) garantizan una especie de satisfacción a la mujer de la clase media que nunca ha pensado en las propias responsabilidades

44. *Ibidem*

sociales, o a una dependienta que no ha logrado llegar a ningún tipo de conciencia social debido a sus conflictos íntimos.

«Es preciso haber conocido directamente la vida de estos miles y miles de personas socialmente oprimidas —advierte Reich—, para comprender la parte que su vida privada, o sea, esencialmente su vida sexual, ejerce de una forma subterránea en la dinámica social. Hitler ha intuido el modo de utilizar el sentimiento de impotencia y desesperación que surge del sufrimiento sexual.» Y continúa con algunas observaciones fundamentales:

«El individuo socialmente irresponsable es el individuo absorbido por sus propios conflictos sexuales. Esforzarse en darle una conciencia social ignorando su sexualidad, como se ha hecho hasta el presente, no sólo es una empresa desesperada, sino que es el mejor modo para entregarlo a la reacción política, que sabe muy bien cómo explotar su sufrimiento sexual. La sola salida a esta situación es la comprensión social de la vida sexual. Por simple que pueda parecer una tal conclusión, hubo un tiempo en que yo mismo dudé en sacarla. Puedo, pues, comprender muy bien que políticos de profesión puedan considerar esta concepción como el hallazgo de un hombre de ciencia teórico políticamente ingenuo. Pero quienes han participado en las reuniones sexo-económicas saben que atraían sobre todo a personas que no habían nunca tomado parte en reuniones políticas. Y las organizaciones sexo-económicas alemanas estaban compuestas sobre todo por personas apolíticas. La tosquedad mental de los politiqueantes de profesión frente a estos problemas, está demostrada por el hecho de que ni se han dado cuenta que desde hace miles de años la internacional de la represión tiene por lo menos una vez a la semana en cada ciudad o pueblo una reunión sexo-política de sentido reaccionario: ya que éste es el significado psicológico fundamental de las reuniones religiosas cristianas, mahometanas, hebreas, etc. Frente a la actual experiencia sexo-económica y a los descubrimientos de la psicología sobre las relaciones entre misticismo y represión sexual, el abandono e incluso la negación de estos hechos, equivalen a conceder un apoyo imperdonable a la reacción política, al medievalismo intelectual, a la esclavitud económica.»[45]

La actitud indiscriminadamente negativa tomada por Reich frente a las personas que rehusan ocuparse de política, reproduce sin duda pasivamente el juicio sumario (y no desinteresado) desde siempre pronunciado contra los apolíticos por los activistas y por los dirigentes de los partidos políticos. En realidad, renunciar a la política puede significar, y frecuentemente es así, un sano desagrado por el clima de intriga que caracteriza a todos los partidos políticos y por la mentalidad arrivista y autoritaria que caracteriza a la mayor parte de sus dirigentes. Esto

45. *Op. cit,,* p. 174.

está demostrado, ya sea por el hecho que históricamente, la actividad política ha sido rehusada por miles de personas no irresponsables, sino al contrario socialmente muy responsables, pertenecientes a los movimientos anárquicos, ya sea por el hecho de que actualmente, millones de jóvenes muestran un rechazo de los partidos que no están dictados por el miedo, ni por una frustración sexual mayor que la de los demás ciudadanos, sino por un preciso y consciente desprecio. A parte de esta reserva preliminar, que Reich acabará aceptando (véanse a este propósito las páginas de *El asesinato de Cristo,* en las que advierte a los políticos del tipo que sean, que no tiene ninguna intención de invadir su campo), este análisis de las razones profundas de la indiferencia política y de su fácil acceso a las sugestiones del misticismo religioso y totalitario, me parece extremadamente actual. Una vez más, puede sacarse de él una preciosa enseñanza para el que quiera actualmente intentar una recuperación de las masas cada vez mayores de ciudadanos y sobre todo de jóvenes que, según admitan unánimemente los partidos, se van alejando de cualquier tipo de actividad política. Esta recuperación, que sería mejor llamar «esta nueva revolucionaria adhesión de amplios estratos populades y juveniles a la actividad política», podrá realizarse solamente mediante un nuevo planteo de la cuestión social en términos de felicidad o infelicidad, de libertad o esclavitud amorosa.

X

Primeros problemas con el Partido Comunista

Mientras el movimiento psicoanalítico expulsaba a Reich bajo la acusación de «fanatismo comunista» o de «obediencia ciega a las órdenes de Moscú», el movimiento comunista internacional expulsaba a Reich bajo la acusación de minar el empuje y la unidad revolucionaria con la difusión de ideas «contrarrevolucionarias y burguesas». El episodio culminante y simbólico de esta increíble situación tuvo lugar precisamente con ocasión de la publicación de *Psicología de masa del fascismo,* que mientras, como hemos visto, desencadenaba contra Reich el furor de la Sociedad Alemana de Psicoanálisis y luego el de la Sociedad Internacional, fue al mismo tiempo el pretexto de su expulsión del movimiento comunista. La doble expulsión fue paradójica sólo en apariencia. Pero antes de analizarla detalladamente, será conveniente, como hemos hecho en el conflicto con los dirigentes psi-coanalíticos, hacer una breve referencia a los orígenes de la tensión entre Reich y los dirigentes comunistas.

Dicha tensión, en cierto modo, había ya nacido al día siguiente de su adhesión al comunismo. Se inscribió en el Partido Comunista Austríaco en julio de 1927 y ya en las conversaciones con Zadniker,[1] que habían acompañado a su adhesión, había podido darse cuenta de la preocupante difusión de las estructuras caracteriales y de las actitudes sexofóbicas que frecuentemente se escondían detrás de las tiradas revolucionarias de muchos militantes y dirigentes del Partido. Al año siguiente, cuando había constituido en Viena los primeros Consultorios de higiene sexual, se había dado cuenta de la frialdad con que el Partido seguía sus esfuerzos: la iniciativa era llevada a cabo pagando él los gastos con el trabajo voluntario de algunos colegas. En el mismo año 1928, por último, durante una conferencia sobre «Relaciones entre psicoanálisis y sociología marxista» que anticipaba algunas tesis de *Materialismo dialéctico y psicoanálisis,* había tenido en Viena el primer enfrentamiento teórico abierto con un enviado de Moscú: éste, había reaccionado muy violentamente contra los intentos reichianos de «contaminar» el marxismo con la psicología, y había pura y simplemente negado la utilidad del psicoanálisis fuera de la psicoterapia estrictamente individual (y aún con muchas reservas, como por ejemplo la clamorosa negación de la

1. PT, p. 75.

existencia misma del ¡complejo de Edipo!).[2] Eran tesis que el aparato cultural comunista repetiría en el escrito de Shapiro, publicado como apéndice en la segunda edición de *Materialismo dialéctico y psicoanálisis.**

Pero eran tensiones que durante un cierto tiempo, ninguna de las dos partes quiso acentuar: el Partido porque probablemente pensó, como han hecho siempre y tienden a hacer los dirigentes comunistas, poder instrumenta'izar a Reich para sus propios fines (y la popularidad de Reich en Alemania, sobre todo después de la creación de la *Organización Sex-Pol* y de la publicación de *La lucha sexual de la juventud* era realmente grande, especialmente entre los jóvenes); y Reich, porque como ya hemos visto en sus relaciones con Freud y con el movimiento psicoanalítico, tenía una fuerte tendencia a la entrega ideológica y organizativa que le empujaba a encuadrar sus propios esfuerzos en el ámbito de los movimientos oficiales surgidos de las enseñanzas de los «grandes» que él aceptaba como maestros.

Reich, pues, mantuvo calladas sus disensiones con los dirigentes comunistas, como había callado y continuaba callando las que había con los dirigentes psicoanalistas. Y sin embargo, aun teniendo en cuenta esta su repugnancia por los discusiones «de fracción», está fuera de duda que durante algunos años vivió con la ingenua ilusión de que el régimen soviético era verdaderamente revolucionario y de que había plenamente satisfecho las aspiraciones más profundas de la humanidad en lo referente a bienestar y felicidad. Esta ilusión se nos muestra tanto más incomprensible en él, que ya en 1922 había centrado su atención de psiquiatra y psicoanalista en la estructura caracterial y sus deformaciones y, en los años sucesivos, en la relación directa que existe entre carácter genital (con sus típicos atributos de vitalidad, *joie de vivre,* sensualidad natural) y la actitud verdaderamente revolucionaria y libertaria; ahora bien, casi ninguno de los dirigentes comunistas, entonces como ahora, presentaba una estructura caracterial o tan sólo una ideología libertaria y sexual-mente no inhibida.

Pero la obediencia acrítica de Reich al Partido se nos muestra particularmente grave durante los años que van del 1928 al 1933; eran los años en que la dictadura de Stalin, por lo menos a nivel ideológico, se había delineado claramente. Trotsky, Kamenev, Zi-noviev, Tomski y Bukharin, en 1929, habían sido liquidados en lo político: y lo habían sido de una manera tal vil y denigrante, por un burócrata mediocre y megalómano, que abrió los ojos de muchas personas, a pesar de no disponer de los finos instrumentos de análisis de la personalidad de los que Reich era ya poseedor.

2. *Op. cit.,* p. 71.
3. *La crise sexuelle,* Éditions Sociales Internationales, París, 1935, pp. 185 y ss.

Para dar una idea del clima de «culto a la personalidad» en el que se desarrollaba toda la vida del movimiento comunista internacional, bastará citar el resumen de una reunión del Comité Ejecutivo del Comintern, en 1928, tal como nos ha sido conservado por un joven activista:

«Después de un gan retraso, finalmente Stalin hizo su aparición, rodeado y escoltado por unos veinte hombres que no conocíamos y cuyo comportamiento, modo de vestir y modales eran más que elocuentes: La GPU había hecho bien las cosas, como siempre, y Stalin estaba bien protegido.

»Como era su costumbre, Stalin habló con un tono frío y cáustico... Dado el enorme prestigio del Partido bolchevique y la publicidad bien orquestada que empezaba a colocarlo sobre un pedestal sobrehumano, Stalin era escuchado como un oráculo: a nadie se le habría ocurrido interrumpirle mientras estaba hablando.» [4]

La singular falta de crítica de Reich frente al autoritarismo comunista —una falta de crítica que, como hemos visto, fue denunciada por Freud con un cortante sarcasmo— puede explicarse, en mi opinión, por un factor caracterial y por otro de orden contingente. En el plano caracterial, probablemente es preciso tener en cuenta la tendencia del joven Reich a aceptar demasiado pasivamente la figura y el magistrado de los «jefes»: una tendencia que, en clave psicoanalítica, puede solamente ser explicada por una tendencia al poder no resuelta, que por otra parte es confirmada por otras varias fuentes.[5] En el plano puramente histórico-ambiental, es probable que como otros muchos intelectuales de la izquierda alemana, haya sido inducido a aceptar cualquier defecto del comunismo por rencor y odio hacia la social-democracia. Las causas de este rencor, las hemos visto: la pasividad socialdemocrática frente a las provocaciones nacionalistas, el desánimo y la traición de la justa reacción popular frente a dichas provocaciones, la mendicidad de alguna satisfacción moral frente al partido y al gobierno clerical, el despilfarro de la fuerza electoral política y sindical socialdemócrata con una «línea» de capitulación crónica. La indignación justificada contra los dirigentes socialdemócratas encontró sin duda grandes satisfacciones en la política comunista de aquellos años aunque, después de poco tiempo, estas pequeñas satisfacciones serían pagadas a un precio muy alto.

Eran los años en que el Partido Comunista Alemán, guiado por el maximalista Thálmann, del que incluso Reich comprendía su total alejamiento de los intereses y aspiraciones populares reales, consideraba a la socialdemocracia como «el enemigo nú-

4. *The Comintern: Historie Highlights,* Hoover Institute Publications, New York, 1966, pp. 217-232.
5. Véase Use OLLENDORF REICH, *Wilhelm Reich,* New York, 1969<

mero uno de la clase obrera» y rechazaba como «manifestaciones de cretinismo», las llamadas de Otto Bauer a que las fuerzas de izquierda defendieran juntas las instituciones democráticas de la República de Weimar.[5his]

En la primavera de 1931, mientras el nazismo empezaba ya a liquidar aquellas instituciones, el Comité Central del Partido Comunista aprobaba una enésima moción en la que denunciaba a la socialdemocracia como el «enemigo a combatir» y no estaba de acuerdo en que, como sostenían los socialistas, «el principal enemigo de la clase obrera fuera el fascismo de Hitler»: estas afirmaciones eran solamente «una cortina de humo» de los odiados «social traidores».

En agosto de 1931 los comunistas alemanes llegaron a aliarse con los nazis contra todos los demás partidos para pedir, y obtener, la disolución del gobierno regional prusiano que tenía una mayoría socialdemócrata. El suicida furor antisocialista de los comunistas alemanes continuó en 1932 (durante el otoño Thal-mann afirmaba... que «Hitler estaba en descenso» y que «era preciso seguir golpeando a la socialdemocracia»). La locura de los comunistas no cesó ni con la conquista hitleriana del poder; y en mayo de 1933 el Cqmintern, aceptando su propuesta, proclamaba que «la instauración de una dictadura abierta... libera a las masas de los halagos de la socialdemocracia y acelera la marcha de Alemania hacia la revolución proletaria».[6] En aquella época, como veremos, Reich había empezado a comprender la exactitud de aquella línea política, pero era ya demasiado tarde.

De todas formas, la armonía por lo menos formal entre Reich y el Partido Comunista Alemán fue rota, como era previsible, por los dirigentes comunistas que, empujados por el éxito nazi y por el totalitarismo puritano de tipo staliniano, decidieron desembarazarse de un hombre y de una corriente de ideas irreconciliables con la «nueva tendencia» familiarista, patriotera y nacionalista adoptada con la ingenua y cínica intención de hacer competencia a los nazis en su mismo terreno y de cautivar las simpatías del nuevo déspota del Kremlin.

El *5* de diciembre de 1932, el periódico de la Liga Juvenil Comunista alemana publicaba un anuncio que prohibía la distribución y venta de las obras de Reich: «¡ATENCIÓN! ¡SUSPENDED LA DISTRIBUCIÓN!

»Las obras de Reich *(La lucha sexual de la juventud, La irrupción de la moral sexual, Cuando tu hijo te pregunta, El triángulo •familiar, etc.),* que están siendo distribuidas a través de nuestros activistas, deben ser retirados de la circulación. *Su distribución está prohibida.* En dichas obras, los varios temas son tratados de una forma incompatible con una educación de los niños y de

5 bis. *The Comintern: Historie Highlights,* ed. citada, p. 112.
6. *Op. cit.,* p. 115.

los adolescentes verdaderamente revolucionaria. Expondremos detalladamente esta nuestra postura sobre estas cuestiones en el próximo número.»

Este golpe de mano de los dirigentes juveniles suscitó vibrantes protestas por parte de las organizaciones sexo-políticas relacionadas con el Partido. El 10 de diciembre de 1932, por ejemplo, la organización sexo-política de Charlottenburg escribía a la dirección del Partido: «Con las formas más mezquinas de intriga, los dirigentes de la sección cultural han saboteado la distribución de obras indispensables a nuestro movimiento», y terminaba pidiendo la destitución de los responsables de la sección cultural. El jefe de la organización juvenil de Berlín-Brandeburgo, Grube, reunió a los funcionarios del Partido para explicar la orden de confiscación de las obras de Reich, sosteniendo que «corrompían el carácter y el espíritu combativo de la juventud» y exponían al partido a los peligrosos ataques por parte de las fuerzas conservadoras.[7]

Esta apreciación sobre Reich se refería a un clamoroso escándalo que se verificó en octubre del mismo año 1932, cuando, en Dresde, una asamblea plenaria de todas las organizaciones juveniles de izquierda de la ciudad había aprobado una resolución según la que se pedía que la sociedad garantizara «a todos los jóvenes una habitación propia» para que pudieran vivir finalmente su vida libremente, incluso en el campo amoroso. Este «escándalo» había conmovido a todos los dirigentes del Partido, que había definido el slogan «una habitación para cada joven» ofensivo a la moralidad proletaria, y susceptible de comprometer toda posible alianza con los cristiano-sociales (¡como se ve, el «diálogo» con los católicos no lo ha inventado ni Nenni ni Ingrao!). Se pidió la expulsión inmediata del promotor de la resolución, pero esta proposición tuvo que hacer precipitadamente marcha atrás cuando se descubrió que el «diabólico provocador» era Reich en persona: Reich era en aquel momento demasiado popular para poder ser liquidado tan fácilmente.[8]

Vale la pena de todas formas reproducir la parte política de la famosa moción, ya que puede dar una idea de la posición ideológica y política de Reich a finales de 1932.

«Los representantes de las organizaciones juveniles han decidido integrar su trabajo sexo-político en el cuadro general de la lucha para el derrumbamiento del capitalismo, con la intención de movilizar al máximo número posible de jóvenes. Están clara y unánimemente persuadidos que el pasado olvido de la cuestión sexual juvenil ha tenido un efecto nocivo en la actividad revolucionaria de las organizaciones juveniles. La disgregación de los grupos, la inconstancia de las adhesiones, la pasividad política

7. PT, pp. 135-136.
8. *Op. cit.,* p. 136.

de las masas juveniles, etc. están en estrecha relación con la vida sexual de los jóvenes. Esta confusión de ideas sobre la cuestión sexual juvenil, es el resultado del orden sexual capitalista, y responde a los intereses de la organización eclesiástica y de las clases dominantes en cuanto promueve la esclavitud intelectual de toda la juventud. La actividad sexo-política, como parte esencial del trabajo revolucionario en general, debe en primer lugar concentrarse en los puntos siguientes:

»1. Clarificación de la cuestión en el interior del Partido y de sus organizaciones. *Unión* y no *separación* entre problemas personales y políticos: en definitiva, *una incesante politización de la vida sexual.*

»2. Ruptura de la tregua unilateral que en este campo aún rige entre proletariado y burguesía (sólo la burguesía de hecho, lucha para los propios intereses en todos los problemas relacionados con la sexualidad). Dicho de otro modo, declaración de guerra a la burguesía también en este campo, en el cuadro de la estrategia general del proletariado (por ejemplo: acción de agitación y de lucha contra las llamadas leyes para «las buenas costumbres», etc.).

»3. Movilización de los jóvenes de todas las opiniones políticas en torno a una reivindicación clara y solemne del derecho de la juventud a su vida sexual, y una demostración paralela de la imposibilidad de realizar las premisas de una vida sexual sana en un régimen capitalista. Penetración en las organizaciones cristiano-sociales, nacionalsocialistas y socialdemócratas mediante una constante denuncia de la lucha de intereses y de actitudes entre los inscritos y los dirigentes.

»4. Todo ello exige como premisa la clarificación ideológica de los motivos de las dificultades inherentes a las organizaciones juveniles (desproporción numérica entre muchachos y muchachas, imposibilidad de atraer a los jóvenes "indiferentes" sacándoles de las salas de baile, mientras no sean afrontados los problemas sexuales en las organizaciones revolucionarias, etc.).

»La asamblea, concluía la moción, es consciente de las enormes dificultades que en este campo deben ser superadas, pero está igualmente convencida de que la cuestión sexual de los jóvenes es una de las más importantes para una movilización de la juventud hacia el derrumbamiento del capitalismo: este capitalismo que no produce solamente hambre y miseria, sino que con sus leyes, sus persecuciones policíacas y sus métodos educativos pisotea el derecho de los jóvenes a la vida sexual. A la política sexual reaccionaria de la burguesía del tipo político que sea, con cuyo apoyo la juventud activa está sometida al capitalismo (piénsese en el millón y medio de jóvenes que forman parte del movimiento cristiano-social), debe ser contrapuesta una política sexual revolucionaria claramente afirmativa de la sexualidad, para reforzar la lucha del proletariado contra la burguesía.

»La caída de la burguesía capitalista y la conquista del poder por parte del movimiento obrero resolverán la difícil cuestión de la vida sexual de la juventud en el marco global de la revolución socialista.

»¡Viva la revolución proletaria!»[9]

Aparte estas últimas y otras frases, que dan testimonio del enraizamiento de Reich tanto en la visión paneconómica marxis-ta como al fideísmo más irracional en el Partido comunista aún a fines del año 1932, es decir, en el momento en que la dictadura stalinista se había ya claramente delineado, si no en su crueldad sanguinaria sí por lo menos en su espíritu reaccionario, puritano y opresor, la moción de Dresde me parece un documento extraordinariamente claro y actual, que podría ser adoptado por un movimiento de izquierda de nuestros días (si no estuviera condenado a desencadenar en sus dirigentes el mismo terremoto que desencadenó hace treinta y cinco años en los dirigentes comunistas alemanes).

Hacia la expulsión

La máquina del aparato estaba ya en movimiento, decidida a aplastar a Reich y a sus partidarios mientras el monstruo nazi estaba a punto de aplastarla a ella. Tomó como punto de apoyo la «disciplina de partido» de los jefes de las mismas organizaciones sexo-políticas. El 29 de enero de 1933, un mes antes de la subida al poder de Hitler, fue convocada una reunión nacional de la federación alemana de las asociaciones sexo-políticas. El viento soplaba en otra dirección y Reich pudo constatar una vez más la mala fe del consentimiento unánime del que había gozado al principio, cuando el aparato del Partido lo había apoyado con la intención de instrumentalizarlo. El profesor Friedlander, que había apoyado entusiásticamente las posiciones de Reich y de su libro *La lucha sexual de. la juventud,* presentó una relación kilométrica para demoler ambas cosas.

El jefe de la organización cultural del Partido, a su vez, atacó a Reich con frases como éstas: «¿Por qué el hambre y la sexualidad deberían ser las matrices de la Historia? De la misma manera se podría decir que la necesidad de respirar es una "matriz de la Historia". Con estas sandeces lograremos sólo distraer a las masas de la lucha contra la estructura económica.» (Y Reich comentará amargamente que «aquella buena persona» creía hacerse el gracioso; pero tres años más tarde, con sus descubrimientos sobre la función represiva de la inspiración, iba a demostrar la inconsciente validez de aquella frase.)[10]

9. ZPPS, vol. 2, núm. 1, 1935, pp. 69-71.
10. PT, p. 139.

«
Ut
Y
P
e
H
P
e

11. Q
12: P
T

vidad con 39 votos *a* favor y 32 en contra. El 18 y el 19 de febrero de 1933 (a dos semanas de distancia de la subida de Hitler al poder) la campaña para la «liquidación política» de Reich fue reemprendida.

Esta vez el Partido intervino directamente, a través de su máximo dirigente cultural:

«Las obras de Reich —dijo— son consciente o inconscientemente (de momento me voy a atener a esta última hipótesis) contrarrevolucionarias... El Comité Central del Partido ha plenamente apoyado este juicio. De todas formas publicaremos un detallado análisis de las falsificaciones reichianas del marxismo (pero —comenta Reich— este análisis tantas veces prometido de mis errores, como el de los dirigentes freudianos, no fue nunca publicado)... Los escritos de Reich tienden a desacreditar el marxismo. Quien cree en nuestras organizaciones de consulta sexual y piensa que pueden llevar a cabo una política sexual se equivoca totalmente: ¡haremos política y no política sexual!»[13] ¡Una médico comunista declaró que no existían disturbios de orgasmo en el proletariado! [M]

Otros dirigentes sexo-políticos que en la primera reunión habían apoyado a Reich cedieron bajo la presión del aparato y del «juicio razonable» del Partido. Y sin embargo, sin que Reich hiciera lo más mínimo para incitar a nadie a defenderle, la nueva moción de censura contra Reich fue aprobada con sólo 15 votos favorables, 7 en contra y 3 abstenciones, a pesar de la amenaza de una escisión por parte del aparato donde no hubiera habido unanimidad.

El comentario de Reich a estos acontecimientos —veinte años más tarde— es conmovedor por su honestidad, pero, al mismo tiempo, creo que revela una incomprensión persistente de los mecanismos psicosociológicos subyacentes a la ruptura entre él y el movimiento comunista:

«Es imposible para los seres humanos de hoy, incluidos los jóvenes, conservar una posición directiva y no transformarse en sexualmente rígidos. Las organizaciones actuales exigen "dignidad" a sus jefes: esta rígida "dignidad" es irreconciliable con una vida sexual sana. Las cuestiones vitales esenciales no pueden por lo tanto ser resueltas por estos jefes... La burocracia y la vitalidad están en lucha mortal. Volveremos a hallar siempre este problema crucial... Nace de la necesidad de autoridad por parte de las masas que... tienen necesidad de jefes autoritarios, es decir, burócratas, es decir, castos. Pero estos jefes, *obligados a la castidad* (cursiva del autor), se vengan de las masas imponiéndoles a su vez la castidad, la "moralidad", la "buena conducta". Y rehusan cualquier solución positiva de la cuestión sexual.

13. *Ibidem.*
14. ZPPS, vol. 2, núm. 1, p. 66

»Un dirigente honesto dice a la gente: "Soy solamente un hombre, un ser vivo, y como todos los demás tengo necesidad de amar y de unirme a las mujeres. Quien no comprende esto no comprende tampoco el núcleo de la revolución en la vida de todos nosotros. ¿Cómo puedo luchar por la vida si me estoy momificando y expreso mis ansias de amor en los tabucos?" ¡Así habla un dirigente verdaderamente revolucionario!» [15]

Sin duda alguna. Pero queda por ver que nunca ningún dirigente del movimiento revolucionario que sea ha pronunciado simplemente estas palabras en público. Mi observación directa de la vida interna de los partidos y de otras organizaciones me ha persuadido de que el problema no es el de la «castidad» a la que los dirigentes serían «obligados» por los miembros de la organización. En primer lugar, hay dirigentes que llevan una vida que está muy lejos de la castidad y, si para que un individuo fuera partidario de una solución positiva de la cuestión sexual bastara la actividad sexual personal, muchos movimientos políticos (empezando por el fascista) habrían sido sexualmente progresistas. En realidad, como por otra parte ha notado el mismo Reich, no es la *cantidad* de las uniones sexuales lo que cuenta, sino *la capacidad de abandono y de orgasmo,* y por lo tanto la entera estructura emocional, la entera personalidad del dirigente.

En segundo lugar, no creo que los dirigentes sean normalmente castos (o por lo menos rígidos, dignos, «respetables», ajenos a tomar posturas honestas en campo sexual) por estar *obligados* a ello por las masas. Creo más bien que han llegado a ser y continúan siendo dirigentes precisamente porque, como *sexófobos reprimidos* independientemente de su actividad o ideología sexual, tenían *una ambición patológica, una mayor soportación del trabajo burocrático, una plena disposición al servilismo* hacia los dirigentes más antiguos, *un fundamental cinismo* que les permitía recurrir a bajezas, mezquindades e incluso a crímenes inhabituales e inimaginables para una personalidad sexo-libertaria o, como decía Reich, «genital». El verdadero problema, pues, no es el de la presión sexofóbica que las masas ejercían sobre los jefes, sino, y especialmente en los movimientos revolucionarios, el de la *ventaja objetiva* con que se encuentran, en la lucha por el poder, las personalidades más neuróticas, en definitiva el de la *selección al revés* que en dicha lucha se produce a no ser que se estudien los remedios adecuados. (En cuanto a este concepto de «selección al revés» y acerca de los medios para llegar a una solución del problema véanse sobre todo la Introducción y las conclusiones de la obra citada *Represión sexual y opresión social.)*

15. PT, p. 138.

La tragedia alemana, de todas formas, se estaba precipitando. El 24 de febrero Reich se dirigió a Copenhague para dar algunas conferencias sobre el racismo. En la nave fue entrevistado por el periódico gubernativo (y por lo tanto socialdemócrata) «Politi-ken» que le ofreció organizar una conferencia. Pero cuando supo que Reich afrontaba directamente el problema de las relaciones entre represión sexual y racismo hitleriano, la dirección del periódico anuló la conferencia: evidentemente no quería crear tensiones con el partido alemán ahora tan cercano al poder total.

El 28 de febrero por la tarde Reich volvió a Berlín, estalló el incendio del Reichstag y a la mañana siguiente, la policía, ya abiertamente al servicio de los nazis, arrestó a 150 intelectuales y funcionarios de los partidos de izquierda. Reich escapa a aquella redada sólo por no haber nunca ocupado un cargo de relieve como dirigente del Partido y sólo en las organizaciones relacionadas con él.

Los días sucesivos al arresto en masa fueron angustiosos. Todo el mundo se preguntaba qué sucedería el 5 de marzo, es decir, el día que Hitler —nombrado canciller por Hindenburg— había establecido para las elecciones generales. El terrorismo nazi estaba en marcha. Dos amigos de Reich, dirigentes en la organización paramilitar del partido comunista, fueron arrestados e inmediatamente fusilados en los edificios de la organización paramilitar nazi, en la Pape Strasse.[16] Por orden de Hitler se debía dar la pena de muerte a todos los que (excepto, claro está, los mismos nazis) fueran encontrados en posesión de armas o impresos antigubernamentales o hubieran colaborado en la distribución de las armas o de los impresos. Una vez más, algunos jóvenes de la Liga Juvenil Comunista, cuatro días antes de las elecciones, pidieron prestado a Reich el coche precisamente para transportar armas y material de propaganda a una sección comunista de las afueras de Berlín. Estos jóvenes, junto con quienes les ayudaran, ponían en riesgo su vida. Reich les prestó su coche como siempre. Se acordó que, si eran cogidos, habrían declarado que habían robado el coche. Pero habían apenas salido, cuando Reich se dio cuenta que no se habían puesto de acuerdo acerca *del lugar* en que se diría que el robo había tenido lugar. Si aquellos muchachos hubieran sido arrestados Reich hubiera corrido su misma suerte. La cita era para la una de la noche: si no habían vuelto a aquella hora, Reich debía denunciar el robo. En aquella situación, no le quedaba otra solución que la huida de Alemania, pero no tenía en aquel momento ni el dinero ni el pasaporte, y no podía volver a su casa a buscarlos ya que había sabido que su casa estaba vigilada por los nazis. Finalmente a la una y media, cuando Reich

16. *Op. cit.,* p. 144

estaba ya por volver al hotel en el que se hospedaba bajo un falso nombre, el coche apareció al fondo de la calle: en el camino de regreso había estallado un neumático.[17]

La tierra quemaba ya bajo los pies de Reich. Al día siguiente en el periódico nazi «Volkischer Beobachter» apareció un artículo con una denuncia furibunda contra el libro de Reich *La lucha sexual de la juventud.* Era preciso huir inmediatamente. ¿Pero dónde? Se decidió que, junto con su esposa Annie (las niñas habían ya sido enviadas a casa de los abuelos en Viena) Reich habría intentado pasar la frontera bávara. Vestidos de esquiadores, Wilhelm y Annie subieron al tren hacia Munich, por la noche. Poco antes de la frontera bajaron en un pueblecito de montaña: querían antes asegurarse de que 110 hubieran ya llegado a la frontera las listas de las «proscritos». Tranquilizados por la gente del país, atravesaron la frontera y la policía de Baviera (donde aún resistía un gobierno democrático moderado) no hizo objeciones a sus pasaportes austríacos. El experimento había salido bien. Entonces, tal como estaba previsto, Annie volvió a Berlín para ver si era prudente o no que Reich hiciera una última incursión a Berlín para recoger las cosas y los papeles más esenciales. Desde Berlín, como era lógico, tuvo que advertirle que por ningún motivo volviera. Pero Reich desobedeció: no podía dejar su casa sin un vestido para cambiarse, sin los manuscritos y las notas más importantes, sin los libros más necesarios. En Berlín, sus amigos cuando le vieron aparecer lo trataron de loco.

Decidió ir a un hotel presentándose con su verdadero nombre y dejando normalmente su pasaporte austríaco: un austríaco con un pasaporte en regla que no pedía que se escondiera nada, en aquellos días debía ser forzosamente una persona inocua. Luego, Reich mandó a su casa a un amigo para que viera cómo estaba la situación. Supo así que los nazis habían hecho irrupción en su casa robando, de acuerdo con sus sublimes ideales de honradez y de pureza, un reloj, algunas joyas y varios libros eróticos. Una tarde, a escondidas, Reich volvió a su casa y se llevó algunos vestidos y algunos papeles. La biblioteca, el coche y los muebles debieron ser abandonados. Afortunadamente la mayor parte de su archivo ya había sido trasladado a varios puntos de Alemania, en casa de amigos. Después de una permanencia de varios días, durante los que pudo darse cuenta que sus visitas eran muy poco apreciadas por sus amigos y conocidos, deseosos de no comprometerse con un conocido exponente comunista y para colmo judío, Reich decidió volver a Viena.[18]

Hemos ya hablado de su breve estancia en Viena, del obstruccionismo y de la hostilidad que encontró en los ambientes psicoanalíticos, como también de su breve permanencia en Dinamarca

17. *Ibidem.*
18. *Op. cit.,* p. 146.

y del choque con las autoridades danesas. Es conveniente ahora dar algunas informaciones sobre las circunstancias del conflicto con los dirigentes comunistas que tuvo en Copenhague su punto culminante: la expulsión de Reich del partido. Como hemos apuntado más arriba, para la ruptura con los dirigentes comunistas, como luego con los psicoanalistas, fue decisiva la obra *Psicología de masa del fascismo.*

La expulsión

En Copenhague, Reich conoció a varios exponentes del Partido Comunista Danés. Pero pronto tuvo el primer choque con la burocracia comunista local. Indignado por el total desinterés de ésta para con los emigrados alemanes que carecían del «carnet de reconocimiento» que la dirección del Partido Alemán habría debido entregar a los «exiliados autorizados», Reich se dirigió a la sede central del Partido Comunista Danés y pidió hablar con el representante del Partido Comunista Alemán. Éste intentó tratarlo altivamente pero Reich lo envistió con una tal violencia que el burócrata cambió inmediatamente de actitud y a partir de aquel momento, el obstruccionismo burocrático hacia los exiliados «no autorizados» fue por lo menos, menos evidente.[19] Pero los burócratas no olvidan: aquél se fijó inmediatamente en él. Apenas supo que Reich estaba por publicar un libro titulado *Psicología de masa del fascismo* quiso verlo para comprobar su ortodoxia. Y dado que la obra —refiriéndose a la llegada del nazismo— empezaba con la frase :«La clase obrera alemana ha sufrido una grave derrota», la juzgó hereje: como hemos visto, en aquella época la «línea» del Partido bajo la guía suicida de Thálmann y del Comintern, defendía que la dictadura nazi no duraría más que unos pocos meses y que ejercía una «función útil», liquidando de una vez para siempre las «instituciones decrépitas» de la democracia burguesa y la fuerza política de la odiada socialdemocracia. Reich, que a través de sus choques con los dirigentes comunistas alemanes, desde finales de 1932 a la primavera de 1933, había tenido ocasión de comprender el espíritu obtuso y sectario de ciertas «líneas», no podía aceptar una diagnosis tan alocada de la tragedia alemana y lo declaraba con toda claridad desde la primera línea de su nueva obra, dedicada enteramente a un estudio del nacionalsocialismo y de los factores no económicos sino psicológicos de su inmensa fuerza.

Los burócratas de los dos partidos comunistas, el alemán y el danés, no dejaron escapar la ocasión de librarse de un elemento peligroso como Reich. El preámbulo «derrotista», el «psicologismo burgués», «el espíritu contrarrevolucionario» de *Psicología de*

19. *Op. cit.,* p. 152

masa del fascismo eran acusaciones más que suficientes para unos dirigentes que, después de haber llevado al desastre el movimiento obrero alemán, estaban buscando ahora quien expiara sus errores. Así pues, el 21 de febrero de 1933, el órgano del Partido Comunista Danés «Arbeiterblatt» publicaba a grandes titulares el comunicado siguiente:

PARTIDO COMUNISTA DANÉS
Secretaría del C. C.

Expulsión

> Conforme a los acuerdos tomados en dicho sentido por el Comité Central del Partido Comunista, se comunica que el Dr. Wilhelm Reich ha sido expulsado del Partido Comunista Danés. El motivo de esta expulsión está en la actitud hostil al partido tomada por él, con la publicación de un libro contrarrevolucionario y en la fundación de una editorial sin la debida autorización del Partido.[20]

Pero la expulsión no podía bastar a los dirigentes comunistas. Con la hipersensibilidad morbosa de los sexófobos y de los autoritarios, comprendían que el análisis de *Psicología de masa del fascismo,* aunque dedicada al estudio de la personalidad fascista, desenmascaraba en realidad los dinamismos psicológicos de toda estructura caracterial gregario-autoritaria y por consiguiente también la de las personalidades dominantes entre los dirigentes del movimiento comunista.

El 1 de diciembre de 1933, en el «Arbeiterblat» aparecía una abyecta crítica de *Massenpsychologie des Faschismus,* en la que al lado de la repetición literal de varios juicios expresados por los funcionarios del Partido Comunista Alemán, durante el «proceso» llevado a cabo contra él en Berlín a la vigilia de la llegada al poder de Hitler (una prueba suplementaria, si fuera necesaria, del carácter «impuesto» de aquel «proceso»), aparecían frases como éstas:

«Con la cobardía que parece ser la característica dominante de su autor, la obra intenta ocultar el blanco real de sus ataques, que es precisamente la política de los partidos revolucionarios. Sólo en algunos puntos el autor habla claramente de "los partidos comunistas". Normalmente prefiere dirigir sus ataques contra una figura que él mismo ha creado, la del "marxismo vulgar"... Naturalmente, Reich y sus seguidores niegan por todos los medios que hayan querido derrocar la base tradicional de la propaganda marxista: pero la obra comporta objetivamente una labor de zapa tan grande contra la teoría y la estrategia de la propa-

20. *Op. cit.,* p. 154.

ganda comunista que es imposible no definirla como contrarrevolucionaria...»

Comentando posteriormente estos juicios, Reich escribirá: «No lograba entender cómo había podido durante tanto tiempo formar parte de un partido semejante.» Y sin embargo, como sucederá poco después con la Sociedad Internacional de Psicoanálisis, Reich no se decidía a romper definitivamente con el partido. La explicación de su comportamiento nos es dada en parte por él mismo, retrospectivamente: «Aunque tuviera una visión mucho más madura, permanecía tenazmente unido a la organización a la que había pertenecido durante tantos años y por la que había luchado. El partido era para mí como una segunda casa, como sucede a todos los que renuncian a la seguridad de la vida burguesa para lanzarse a la lucha por un futuro mejor. Para muchos el partido llega a ser sólo una casa. Olvidan las finalidades originales. De esta forma todo se transforma en aparato.»[21]

Negó luego repetidamente y por escrito que hubiera querido en modo alguno poner en duda la validez de los análisis, de las teorías, de los métodos marxistas de lucha, mientras (como habían intuido los burócratas del movimiento comunista) la crítica rei-chiana de la personalidad fascista y de su triunfo político era precisamente una demolición de algunos temas fundamentales, no sólo de los «marxistas vulgares» —como él decía— sino de los marxistas sin más.

La clara mala fe de las acusaciones de «complicidad con la reacción» que los burócratas comunistas dirigían a Reich, no podía ser desenmascarada de un modo más clamoroso de lo que lo fue durante aquellos mismos días, cuando el gobierno danés, dirigido por la socialdemocracia, decretó la expulsión de Reich del país, después de una campaña de calumnias y mentiras; y en los meses y los años inmediatamente sucesivos, cuando campañas análogas fueron desencadenadas contra Reich en Suecia, en Noruega y en los Estados Unidos. En cuanto al fascismo alemán, mientras halló en más de una ocasión, tanto antes como después de la conquista del poder, momentos de entendimiento y de colaboración con los jerarcas comunistas, su actitud para con Reich y la Sex-Pol fue expresado rápida y definitivamente con la destrucción de los Centros de consulta sexual realizada por comandos nazis, con la orden de arresto contra Reich y con las órdenes de confiscación dadas por la Gestapo contra todas las publicaciones de la Sex-Pol. He aquí el texto:

13 de abril. Orden de servicio núm. 213
De acuerdo con el Decreto Popular de 4 de febrero de 1933, se recuerda que las publicaciones ¿Qué es la conciencia de clase? y Materialismo dialéctico y psicoanálisis de Wilhelm Reich, junto

21. *Op. cit.,* p. 155.

con las sucesivas publicaciones de la editorial de Política Sexual deberán ser secuestradas por la policía, por ser una amenaza al orden público y a la seguridad del Estado. GESTAPO.

XI

Peregrinaciones

A finales de 1933, Reich tuvo que dejar Dinamarca. Nos hemos ya referido a su paso por Londres y a sus contactos con los analistas ingleses. Vale la pena recordar aquí que Reich tuvo en aquella ocasión la posibilidad de conocer personalmente a Bro-nislaw Malinowski, el hombre al que tanto debía para la demos* tración de la falacia de las teorías freudianas ortodoxas. Inmediatamente la relación con Malinowski fue cordial y sincera y a los pocos días se sintieron amigos. Malinowski había apreciado mucho *Der Einbruch der Sexualmoral y* lo había recomendado a sus estudiantes definiéndolo «la única obra que había comprendido y utilizado correctamente *sus* libros acerca de la vida sexual de los trobriandeses». En Londres, le dio incluso una prueba de aprecio y de confianza invitándole a hablar después de él en una clase de antropología.[1]

Desde Londres, Reich hizo una etapa en París, donde tuvo ocasión de conocer a varios exponentes trotskistas en exilio. Le hicieron una visita en el hotel para felicitarle por la crítica revolucionaria llevada a cabo con *Massenpsychologie des Faschistnus.* Pero cuando Reich les pidió qué pensaban hacer para reorientar la acción del movimiento trotskista a la luz de las observaciones psicológicas de aquella obra, al principio quedaron desconcertados y luego respondieron evasivamente.[2] Y de hecho, la línea política y táctica de propaganda del trotskismo no cambió un ápice ni entonces ni en lo sucesivo. Reich tuvo ocasión de observar en aquella ocasión una realidad contra la que ha chocado toda persona que haya intentado reorganizar según criterios psicológicos el caos de reformismos y maximalismos, de moralismos y nacionalismos tácticos en que se debaten todos los movimientos de izquierda del mundo: es decir, que mientras humanamente, en privado, muchos exponentes de la izquierda están plenamente de acuerdo con las tesis sexualistas y libertarias, apenas se trata de traducirlas en temas de agitación o en programas de acción propagandística y política, no tienen la valentía de mover ni un dedo. En realidad para ellos, como para todos los individuos inmaduros y conformistas, la sexualidad continúa siendo, a pesar de sus grandilocuentes actitudes revolucionarias, algo vergonzoso,

1. PT, p. 162.
2. *Op. cit.,* p. 154

un problema de alcoba. Los trotskistas, como buenos políticos, como sus predecesores leninistas y stalinistas, se habían dirigido a Reich con la intención de instrumentalizarlo, de atraerlo a sus filas. Afortunadamente, aquella vez Reich no cayó en la trampa. La participación en sus reuniones, dedicadas a las acostumbradas interminables discusiones sobre «la política de clase» (obrera, naturalmente), no fue sin embargo inútil ya que dio a Reich la inspiración para un escrito *(¿Qué es la conciencia de clase?)* que marca un paso ulterior en el abandono por parte de Reich de los mitos marxistas, aunque a un nivel consciente no se separe del esfuerzo reichiano de aquellos años en mostrarse, al contrario, como «un marxista auténtico».[3]

«¿Qué es la conciencia de clase?»

El trabajo publicado en el primer volumen de la Revista de la Sex-Pol firmado por Ernst Parell (un pseudónimo usado frecuentemente por Reich durante los años pasados en Escandinavia), muestra desde las primeras frases el esfuerzo realizado por Reich para romper con el lenguaje tradicional de la izquierda, que notaba ya entonces gastado e ineficaz.

Los enemigos de la psicología de masa —observaba Reich— usan y abusan de aquel lenguaje esotérico y de sus conceptos y problemas abstractos precisamente para bloquear el desarrollo de dicha psicología. En los debates y en las conferencias de política sexual, apenas se dan cuenta que el planteo sexo-político puede amenazar sus rudos sistemas de pensamiento, de acción y de poder, los burócratas de la política protestan proclamando que la psicología de masa no es política e intentan desencaminar el debate con la pregunta «¿Qué es la política?», llegando sistemáticamente a la conclusión que la política es «la expresión de las fuerzas económicas» y que sus misterios pueden ser solamente penetrados y resueltos por los «expertos».

El efecto negativo de estas frases vacías —continúa Reich— puede ser fácilmente observado en los oyentes de las discusiones los cuales, después de haber seguido con interés y seriedad, incluso durante horas, las explicaciones científicas y concretas de los procesos sociales, frente a estas objeciones abstractas e intimidatorias quedan desconcertados y perplejos, si no abandonan frente a la palabra «política» venerada con tanto fetichismo. De hecho, el profano ha acabado viendo la política como una misteriosa confabulación de politiqueantes grandes y pequeños, frecuentemente no comprende nada de ella y por lo tanto está dispuesto a desinteresarse de ella apenas la exposición política toma su acostumbrado tono iniciático y abastracto.

3. ZPPS, vol. 1, 1934, núm. *34,* pp. 226 y ss.

Es por ello que, «la política será verdaderamente revolucionaria en contenido y en lenguaje sólo si es la expresión de la masa de seres humanos primitivos, incultos y cercanos a la vida; de otra forma será revolucionaria sólo de palabra, permaneciendc de hecho inútil y reaccionaria».[4] Incluso en los momentos en que lleve a cabo batallas juntas, continuará siendo incomprensible para las grandes masas y actuará por lo tanto en sentido contrarrevolucionario, ya que contribuirá a alejar a la humanidad de la discusión y de la decisión de su propio destino.

«El mundo —advertía Reich con trágica lucidez— está a un paso de nuevas guerras de exterminio.» En esta situación dramática, el representante de la URSS (como harán posteriormente los representantes de los demás gobiernos llamados socialistas) participa en las reuniones diplomáticas como el representante de un cualquier gobierno burgués. «¿Por qué Litvinov —se preguntaba Reich— no vuelve la espalda a la política de las alianzas intergubernamentales y no se dirige a las grandes masas populares del mundo entero, que no quieran en modo alguno la guerra?... Para la URSS existe sólo un camino de salvación y de redención: la alianza entre su ejército y los obreros de las industrias, de los transportes y de la guerra en los países capitalistas, junto con la alianza entre los soldados de todos los países contra sus respectivos Estados Mayores. Si actualmente la URSS lleva a cabo alianzas con los Estados Mayores y con los gobiernos capitalistas, es debido a que ha traicionado el movimiento revolucionario.»

Éste es, a grandes rasgos, el tono del escrito, en el que no es difícil captar la honestidad de sus intenciones pero también su confusión conceptual. La «línea» que Reich trazaba era efectivamente revolucionaria, pero era increíblemente ingenuo esperar que la URSS, un país que al día siguiente mismo de la revolución de octubre había tomado el camino de la burocratización, pudiera adoptar aquella «línea» en 1934, cuando la dictadura de Stalin había mostrado su cara, a quien quisiera abrir los ojos, desde por lo menos seis años. Reich pedía una alianza entre los soldados de todos los países contra sus respectivos Estados Mayores: pero no explicaba si esta «guerra a los Estados Mayores» debía dirigirse también contra el Estado Mayor soviético. En caso negativo, significa que Reich en 1934 .creía aún en el «espíritu pacifista y democrático» de la casta militar soviética. En caso afirmativo, no se comprende cómo podía pedir al ministro de Asuntos Exteriores del gobierno soviético que colaborara con una política dirigida contra el ministro de la Defensa y demás grados superiores militares de la URSS. En definitiva, Reich no quería darse cuenta de que «la traición» a la causa revolucionaria había empezado bastante antes que con el pobre Litvinov (el cual entre paréntesis

4. *Loe. cit.,* p. 228.

cayó en desgracia poco después, por su excesivo celo pacifista): tenía su origen en el mismo Lenin. Pero si Reich no quiso durante mucho tiempo ver los gravísimos condicionamientos autoritarios y reaccionarios de Freud, los de Lenin no quiso verlos nunca: otra prueba del «complejo paterno» que le acompañó durante toda su vida. Así, en este escrito, llega a decir que «Lenin se dirigió siempre a las grandes masas» para la elaboración y la puesta en práctica de su política interior y exterior: una afirmación insostenible en lo teórico y en lo práctico, para un hombre que había fundado su entera concepción del Partido y de la gestión del poder en una profunda *desconfianza* en las masas y que más de una vez (piénsese por ejemplo en su cínica política de alianza con Kemal Ataturk, perseguidor de la izquierda democrática y revolucionaria turca) había buscado la colaboración con algún gobierno burgués, exactamente como Litvinov y Stalin.

Excepto estas manifestaciones irracionales de devoción leninista, *¿Qué es la conciencia de clase?* continúa siendo un libro de gran interés histórico ya que en sus conclusiones se expresa por primera vez la conciencia reichiana de que sólo la psicología de masa, y más concretamente una lucha psicológicamente bien dirigida hacia la liberación del desarrollo y de la vida sexual, puede garantizar a la revolución un apoyo popular auténtico y una evolución libertaria estable. Esta certeza encuentra su claro enunciado sobre todo en el último «punto» de un «Esquema de la política revolucionaria» que reproducimos aquí en sus puntos más importantes:

«Si es cierta la afirmación revolucionaria de que los problemas sociales, económicos y culturales pueden realmente hallar una solución democrática y socialista, a tal solución se podrá solamente llegar mediante las siguientes preguntas esenciales:

»1. ¿Qué maniobras realizan los diversos dirigentes burgueses para someter a las masas y hacerlas combatir entre ellas?

»2. ¿Por qué estas masas siguen a grupos y a partidos que no podrán jamás mantener sus promesas?

»3. ¿Qué necesidades tienen las masas humanas en sus diversas manifestaciones?

»4. ¿Cuáles de entre estas necesidades son socialmente aceptables y cuáles tienen una mayor importancia vital?

»5. ¿Por qué la situación de la economía mundial es tal que las necesidades humanas pueden solamente ser satisfechas sólo con el paso del dominio capitalista a la economía planificada?

»6. ¿Saben realmente las masas cuáles son las instituciones sociales que impiden la satisfacción de sus necesidades?

»7. ¿Cómo pueden ser destruidas y reemplazadas las instituciones negativas? ¿Cómo pueden ser apoyadas las fuerzas progresistas?

»8. ¿Qué premisas administrativas, sociales y psicológicas son necesarias para satisfacer las necesidades de las grandes masas?

»De cada una de estas preguntas surge la imprescindible necesidad de la revolución social.»

Hasta aquí, como vemos, Reich no logra expresar, si no es con el punto 8, aludiendo a las premisas «económicas, sociales y *psicológicas»,* nada que diferencie sustancialmente su posición de la tradicional a todo movimiento radical. Pero precisamente de la elaboración de la tesis del punto 8 surge una afirmación destinada en los años sucesivos a dar importantes frutos ideológicos:

«El trabajo de la psicología de masa, en definitiva, no debe permanecer a la sombra de la política económica. Al contrario, *es la política económica la que debe ser puesta al servicio de la psicología de masa,* ya que sólo la psicología de masa puede comprender de un modo adecuado las necesidades de las masas políticas e indicar los caminos mejores para lograr su satisfacción. No son las necesidades humanas las que deben estar al servicio de la política económica sino la política económica la que debe servir a la satisfacción de las necesidades humanas»[5] (cursiva añadida).

Esta «inversión metodológica» de la lucha política, esta declaración solemne de que la política revolucionaria debe basarse en la psicología de masa, y en particular en la revolución del régimen sexual tradicional, es un cambio de dirección decisivo en el pensamiento político de Reich. Es enunciada tan sólo dentro de un contexto aún en gran parte marxista, que considera el derrumbamiento del capitalismo como *conditio sine qua non* de toda transformación social, pero es enunciada y con claridad. Estas valientes palabras, escritas en 1933, son actualmente a 35 años de distancia, más válidas que nunca.

¿Qué es la conciencia de clase? es también importante porque precisa la posición de Reich acerca de un problema que en aquel período (como, por otra parte, actualmente) angustiaba a muchos comunistas desilusionados o expulsados del movimiento: ¿era necesario o no, intentar la creación de «un nuevo partido comunista»? De momento Reich responde que no ha podido aún decidir entre intentar la constitución de un nuevo partido, apoyar a un movimiento disidente (por ejemplo trotskista) o, por último, concentrar todos los esfuerzos en una renovación del Comintern. Esta es una afirmación particularmente grave, ya que muestra hasta qué punto Reich estaba aún cerrando los ojos a la degeneración stalinista de la Tercera Internacional, además de no haber comprendido nunca la refractariedad del comunismo leninista, a las motivaciones libertarias y sexualistas individuadas por él de un modo agudo y precoz.

De todas formas, por escasa que fuera la información e ingenuo el juicio en el plano específico político, en el plano teórico las conclusiones finales demuestran la conciencia de la prioridad

5. *Loe. cit.,* p. 232.

de los factores psicológicos en la formación de la conciencia de clase. Con esta expresión los partidos de izquierda habían entendido durante, decenios (como continúan haciéndolo en lo esencial actualmente) un conocimiento extendido y profundizado lo más posible de los medios y de los mecanismos, mediante los que se realiza la explotación económica. Reich deja de aceptar esta definición escolástica y abstracta. La verdadera conciencia de clase —concluye diciendo— no radica en el conocimiento de las leyes históricas y económicas que rigen la sociedad, sino en:

1. El conocimiento de las propias necesidades vitales en todos los campos.
2. El conocimiento de los modos y de los medios para satisfacerlas.
3. El conocimiento de los obstáculos que el orden social capitalista pone a su satisfacción.
4. La conciencia de las inhibiciones y de la angustia que impiden la puesta en evidencia, ya sea de las propias necesidades vitales ya sea de los obstáculos interpuestos a su satisfacción.
5. La conciencia de que las propias fuerzas son invencibles frente al poder de los opresores.[6]

Al mismo tiempo, sin embargo, emerge el tenaz enraizamiento de los prejuicios marxistas en la conclusión final: «La liberación revolucionaria del yugo del capital, es el hecho esencial de la que surge la conciencia de clase de la masa...» Una vez más Reich insiste en la concepción marxista clásica de la necesidad *prioritaria* de la transformación económica como premisa de una transformación psicológica. La psicología de masa, pues, en esta fase del pensamiento de Reich debe guiar a la acción revolucionaria, pero ésta debe dirigirse en primer término a una transformación económica, aunque con métodos y luchas que exploten la conciencia de los dinamismos psíquicos individuales y de masa.

Después de una breve estancia en el Tirol, durante la que, además de escribir *¿Qué es la conciencia de clase?* se encontró con sus hijas y con su esposa Annie, de la que tiempo atrás se había separado, Reich hizo un rápido viaje a Suiza donde, en Basilea y en Zurich respectivamente, vio a Max Hodann y a Brup-bacher, viendo con ellos la posibilidad de lanzar una revista de psicología política. Pero tanto Hodann como Brupbacher habían dejado de tener confianza en cualquier acción de tipo político. Brupbacher se lo dijo claramente. Hodann aceptó de un modo vago una colaboración, pero luego no dio ninguna contribución directa. En realidad, muchos intelectuales europeos eran víctimas de un sentido de resignación fatalista, en cuyo contexto la indómita voluntad reichiana de lucha aparece aún más admirable.[7]

En Viena, Reich encontró el ambiente de costumbre: «Los co

6. *Loe. cit.,* p. 255.
7. PT, p. 164.

munistas "preparaban la revolución", los socialdemócratas pasaban de una capitulación a otra "en beneficio de la democracia", la reacción política avanzaba calladamente y las masas no se preocupaban en absoluto de las "leyes históricas" ni de los "conflictos intrínsecos de las fuerzas productivas bajo un régimen capitalista": estaban solamente deprimidas, hambrientas, llenas de problemas personales y, de vez en cuando, dispuestas a manifestaciones políticas.»[8] Y este panorama, apenas seis semanas antes de que el gobierno austríaco pasara definitivamente a manos de la reacción clérico-fascista.

La breve estancia en Suecia

Había llegado el tiempo de irse a Suecia, tal como se había acordado con los amigos y alumnos daneses. El camino más rápido pasaba evidentemente por Alemania, pero el riesgo de atravesarla, para un conocido exponente de la «subversión» sexual y comunista, era enorme. Cuando Reich manifestó la idea de pasar por Alemania y por Berlín sus amigos vieneses lo tomaron por loco. Pero de las precedentes experiencias de 1933, Reich había aprendido una verdad que todos los que han llevado una vida clandestina han aprendido personalmente, es decir: que en una sociedad de masa incluso los regímenes totalitarios logran difícilmente prender al individuo mezclado en la multitud, con tal que éste sepa evitar el ponerse en evidencia y sepa evitar las pequeñas trampas burocráticas. Reich, por lo tanto, se limitó a asegurarse de que en las fronteras la policía alemana no dispusiera aún de «listas de proscripción» para controlar a los pasajeros, y se fue.

La actitud de la policía en la frontera era de sospecha y de amenaza para todo el mundo, pero nada más. Reich se paró tres horas en Berlín, donde le fue al encuentro su compañera Elsa Lindenberg. Mientras esperaban el tren para Dinamarca un hombre lo miró con insistencia. Reich tuvo la impresión de haberlo visto anteriormente y no corrió el riesgo de saludarle: muchos comunistas se habían hecho fascistas. Y no eran casos aislados. Grupos enteros de las organizaciones paramilitares comunistas habían pasado en bloque a la organización paramilitar nazi.[9] Este hecho ideológicamente tan paradójico no podía dejar de convencer aún más sólidamente a Reich de la profunda verdad de sus concepciones psicológico-caracteriales de la política. ¿Cómo explicar estos cambios realizados con tanta desenvoltura de una idea a la idea opuesta, de una lucha a la lucha opuesta, si no es con una identidad fundamental de los requisitos emocionales y carac-

8. PT, p. 165.
9. PT, p. 166.

teriales que podían ser satisfechos en concreto por movimientos ideológicamente antitéticos?

Tal como estaba programado, Reich llegó a Malmó, en Suecia, a principios de 1934. Un alumno danés le habla reservado una habitación en una pensión del centro de la pequeña ciudad sueca. El ambiente de la pensión era insoportable, como el de todas las pensiones en general: «Frío, rígido, dominado por mujeres de media edad que —escribe Reich — escudriñaban con ojos voraces a mí y a mi compañera; algunos señores ancianos, con monóculo y bastón, conversaban con las ancianas, laboriosas señoras.» 10 A las pocas semanas la policía empezó a interesarse por la «pareja irregular»: ¡un hombre y una mujer que no estaban casados y sin embargo vivían en una habitación matrimonial, que hablaban alemán, que vivían retirados y que sin embargo recibían continuas visitas de personas que venían de Dinamarca! Y él se encerraba durante largo tiempo en su habitación con alguno de ellos (¡para las sesiones analíticas!). Era suficiente para poner en estado de sospecha a cualquier policía y más en una pequeña ciudad donde no sucedía nunca nada «anormal».

Los alumnos de Reich empezaron a ser enviados al comisaria-do de policía para «informaciones». Después tocó el turno a Reich. Después de una hora de interrogatorio no logró ni saber de qué se le acusaba. Algunos días más tarde, dos policías intentaron un registro en su habitación sin autorización. Buscaban documentos comprometedores. Reich se dio el gusto de indicar a uno de ellos el texto que aún estaba en la máquina de escribir. Los dos leyeron el título con la sospecha característica: Urgegensatz des vegeta-tiven Lebens (La antítesis originaria de la vida vegetativa), luego se miraron con estupor angustioso: ¿qué diablos era aquello?[11]

En mayo terminaba el permiso de residencia provisional. Cuando Reich pidió su renovación le respondieron negativamente. Reich fue a protestar en la Oficina para Extranjeros, pero como de costumbre, el director le aseguró que no tenía la más mínima idea de los motivos por los que no le había sido renovado el visado. No hubo nada que hacer, a pesar de que todos los burócratas le manifestaron que lo sentían mucho. Reich y Elsa Lin-denberg fueron enviados al jefe de policía quien les leyó solemnemente la orden de abandonar el país el 24 de mayo.

Algunos amigos de Reich escribieron a Freud, a Malinowski, a los analistas suecos, al diputado alemán exiliado Strom pidiendo su solidaridad y su apoyo frente a la policía sueca. Malinowski escribió una carta protestando con indignación. Freud reaccionó con su habitual, cortante frialdad: «No puedo unirme a vuestra protesta por el caso del doctor Wilhelm Reich.» [12] Dos conocidos pelo. PT, p. 167.

11. PT, p. 170.
12. *Op. cit.,* p. 172.

riodistas daneses llegados a Malmó, haciendo una entrevista al jefe de policía, le preguntaron si sabía que había decretado la expulsión del país de un futuro premio Nobel. Los dos periodistas, con la ingenuidad característica de su cinismo profesional, creían que aquel edificante reconocimiento pudiera efectivamente ir a parar a Wilhelm Reich. No hubo pues truco alguno, pero el efecto de la pregunta fue prodigioso: el jefe de la policía concedió una prórroga hasta que no llegara la decisión de una petición de residencia provisional de la Oficina de Extranjeros. Esta vez, fue Reich quien no aceptó. Estaba harto de los «normales caminos burocráticos» y también de Suecia.

Ayudado por Leunbach y otros amigos daneses el 4 de junio volvió clandestinamente a Dinamarca y se estableció con un nombre falso (Peter Stein) en Sletten.13

La estancia en Malmó, sin embargo, no había sido totalmente inútil. En la pequeña ciudad sueca había fundado la revista del movimiento sexo-político («Zeitschrift für politische Psychologie und Sexual Oekonomie»: «Revista de psicología política y de economía sexual») que durante cuatro años sería el portavoz de Reich y de sus compañeros de ideas y de trabajo. También en Malmó, como se puso en evidencia en el incidente con los dos entrometidos policías, Reich había empezado a cambiar el baricentro de sus investigaciones y teorizaciones pasando de la psicología y la sociología a la biología: un cambio, como veremos, que será decisivo para el futuro desarrollo de su pensamiento.

Nuevos problemas en Noruega

El 4 de junio de 1934, como decíamos, Reich debió volver clandestinamente a Dinamarca de donde había sido expulsado el año anterior después de haber vivido durante algunos meses ile-galmente en Suecia: éste es el trato que las famosas cunas escandinavas de la libertad reservaron a un gran combatiente antifascista y a un conocido científico (cuyos méritos como ciudadano y como científico habían sido ya entonces, como lo serán siempre posteriormente, totalmente negados sólo porque su lucha social y su lucha científica habían invocado coherentemente una revolución sexual y denunciado las traiciones de los demás en lo científico y lo político).

Durante unos pocos meses, exactamente entre junio y octubre de 1934, Reich vivió en Stetten, pequeña ciudad fronteriza danesa, con el nombre falso de Peter Stein. «Todos los funcionarios de la policía sueca y danesa —comentó posteriormente Reich— conocían perfectamente mi verdadera identidad»: pero nadie intervino. ¿Por qué? Reich, con su incurable y conmovedor optimismo,

13. *Ibidem.*

pensaba: «Parecía que aquellos funcionarios me estuvieran deseando buena suerte en lo íntimo de su corazón.» Pero me parece que la verdadera razón de su no intervención era menos edificante: el fin primordial de la campaña de difamación, o sea, la demolición de la fama de Reich, había sido logrado. Reich había sido obligado a esconderse como un criminal, a «callar y estar tranquilos». Ahora, «la autoridad constituida» podía incluso mostrarse magnánima.

En Sletten, continuaban las visitas de sus alumnos, entre los cuales estaba el profesor Harold Schielderup, director del Instituto de Psicología de la Universidad de Oslo. Éste obtuvo que Reich fuera invitado oficialmente a Noruega para enseñar análisis caracterial en la Universidad de la capital noruega. Reich aceptó de buena gana: no sólo porque se había llegado a un punto aue parecían pocos los países dispuestos a aceptarle, sino también porque el comportamiento leal y correcto de los psicoanalistas noruegos, durante los primeros días dolorosos y lamentables del Congreso psicoanalítico internacional de Lucerna, le permitían esperar que en Noruega encontraría un ambiente finalmente amistoso. Y así pareció ser, como veremos, durante tres años.

Es cierto que ya desde el principio aparecieron ataques esporádicos contra él en la prensa fascista y comunista noruega, pero no tuvieron ninguna consecuencia preocupante dado el escasísimo apoyo de que gozaban en Noruega los movimientos fascistas y comunistas. El prestigio de Reich, además, había ido creciendo constantemente a consecuencia de sus clases de análisis caracterial y a su valiente trabajo de inluminación social. Pero precisamente esta creciente popularidad de Reich entre los estudiantes y en los ambientes culturales, precisamente el interés suscitado por la psicología de masa, por la sexo-economía, por las tesis sobre la intrínseca relación entre revolución política y revolución social fueron, creo yo, la causa de la explosión de odio antirreichia-no que se verificó en Noruega en 1937-1938. Comentando aquel capítulo borrascoso de la borrascosa vida de Reich, un colaborador suyo ha dicho que el motivo de la imprevista campaña de prensa noruega, hay que buscarlo en el hecho que precisamente en 1937 aparecieran en la revista reichiana las primeras relaciones de las investigaciones biológicas de Reich: [14] o sea, que la ciencia oficial se habría sentido «provocada» por los artículos de Reich y habría desencadenado una campaña de prensa en su contra.

Esto, como veremos, puede ser verdad hasta cierto punto; pero de un modo más profundo, el auténtico motivo del «linchamiento» fue en Noruega como en Austria, en Alemania, en Dinamarca y en Suecia, la carga de odio que el «mensaje» de revolución sexo-política intrínseco de la enseñanza de Reich había acumulado. Por otra parte creo que esto queda demostrado por el he-

14. IJSEOR, vol. 1, núm. 3, noviembre 1942, pp. 269-270.

cho que la misma descarga destructiva cayó sobre Reich en Austria, en Alemania, en Dinamarca y en Suecia, donde Reich no había publicado nunca tesis *biológicas* herejes ni transgredido el ámbito de su reconocida competencia científica, el ámbito médico y psiquiátrico, habiendo intentado solamente deducir coherentes conclusiones sociales de sus observaciones profesionales. Y me parece que lo demuestra también el hecho que la misma descarga debía más tarde caer sobre Reich y, aquella vez, destruirlo en los Estados Unidos donde había publicado durante quince años escritos heterodoxos sin que nadie le molestara. Es cierto, sin duda alguna, que la ciencia oficial en Suecia como en Dinamarca, en los Estados Unidos como en Noruega, fue siempre acérrima enemiga de Reich, pero, mirando con más detención se ve que las actitudes de aquellos «científicos» eran esencialmente reacciones destructivas de la sociedad sexofóbica y de sus típicas estructuras caracteriales contra el «estímulo irritante», constituido por la sola presencia de una *Weltanschauung,* como la reichiana, con un baricentro sexual y libertario. Y basta examinar las justificaciones de los linchamientos sucesivos para convercerse de ello. Se trata de justificaciones contradictorias entre sí: fascistas y psicoanalistas le acusan de ser «comunista y agente de Moscú», los comunistas de ser un «contrarrevolucionario agente de la burguesía», una parte de la ciencia oficial le acusó de «tosco materialismo», otra de «misticismo vitalista», la burocracia política de los Estados dernocrútico-burgueses le persiguió como «elemento sospechoso, peligroso para el orden público».

Pero si se observa el problema más de cerca, se cae en la cuenta que el único elemento susceptible de desencadenar la hostilidad de *todos* estos grupos (fascistas, comunistas, demócratas burgueses, autoridades constituidas y ciencia oficial) era la afirmación reichiana de la libertad sexual: una afirmación captada, y no sin razón, por todos los grupos políticos y «científicos» que se alternaron en el linchamiento, como una amenaza al orden constituido de las propias estructuras caracteriales y de las estructuras sociales, tradicionales o pseudorrevolucionarias, que ellas sustentaban o producían.

En el caos de sus divergencias y de sus profundos antagonismos, todos los grupos (clericales o fascistas, pseudocomunistas o democrático-burgueses, psiquiatras y psicoanalistas «ortodoxos» o científicos «oficiales») encontraban su único punto de convergencia en la reivindicación de la «necesidad» (ética o social) de la represión de los impulsos sexuales naturales, considerada como condición indispensable de la construcción y conservación de cualquier convivencia civilizada: y en cierto modo tenía razón, ya que la represión del desarrollo y de la vida sexual era y es el fundamento irrenunciable de cualquier tipo de sociedad autoritaria (el único tipo de sociedad que sus personalidades aberrantes podían concebir o producir).

De todas formas, como hemos dicho, a principios de 1937 apareció en la «Revista de psicología política y sexo-económica» el primer artículo sobre los experimentos biológicos de Reich. Veremos más adelante el contenido de los experimentos y de las teorías que Reich sacó de ellos. Ahora nos interesa seguir el curso de los acontecimientos que en los dos años sucesivos llevaron a una tal campaña contra él, que le obligó a tomar la penosa decisión de abandonar el país en el que durante un tiempo había esperado encotrar su nueva patria y buscar de nuevo la solución en el exilio: esta vez en tierra americana.

En mayo de 1937 algunos periódicos de Oslo, habiendo tenido noticia de algunos experimentos de Reich, montaron alrededor de ellos una serie de artículos «sensacionales»: un artículo científico publicado en una revista científica pasaba a ser transformado en una ruidosa publicidad. Inmediatamente, tres profesores de la Universidad de Oslo, Langfeldt, Mohr y Hansen, expusieron en los periódicos de gran tiraje su opinión de «expertos sobre los experimentos de Reich», de los que nada habían sabido ni controlado personalmente. Unánimemente, proclamaban que los experimentos y las hipótesis de Reich eran totalmente «absurdas», simplemente increíbles e imposibles.

Los ambientes psicoanalíticos ortodoxos no tardaron en aprovechar el clima desfavorable creado por aquel primer ataque, para añadir un nuevo golpe al que ya habían dado tres años antes en Lucerna con la expulsión de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis. Desde entonces, la validez de las tesis psico-políti-cas de Reich había seguido hallando nuevas y luminosas confirmaciones en los trágicos acontecimientos del fascismo, del comunismo y de la democracia burguesa y la denuncia reichiana aparecía cada vez más exacta. Todo ello no podía dejar de acentuar el odio de los dirigentes psicoanalíticos que eran precisamente responsables de aquella pasividad.

El 27 de octubre de 1927 el conocido psicoanalista noruego Ingijald Nissen concedió una entrevista a un importante periódico de Oslo, la cual, aunque no mencionara nunca su nombre de acuerdo con la costumbre de hipocresía y ataque indirecto característico de las organizaciones psicoanalíticas (como lo es de tantos otros centros de poder profesional y corporativo), no era más que una ultrajante alusión a la persona de Reich: «En nuestro país —decía Nissen— el psicoanálisis ha pasado a ser una especie de jardín lleno de malas hierbas, en el que enraizan las más variadas razas de charlatanes y arrivistas, hasta llegar casi a sofocar lo válido y sano.» Por si subsistieran aún dudas acerca del verdadero blanco de sus insultos, Nissen, aludiendo claramente a la vegetoterapia car acteroanalí tica con la que Reich había trascendido los principios y las técnicas del psicoanálisis, denunciaba las «improvisaciones» de «algunos sectarios que incluso han dejado de llamarse psicoanalistas» y practican «una

especie de tratamiento casi médico de tipo relajante» que «sirve solamente para provocar peligrosas formas de excitación sexual». Nissen terminaba pidiendo que los «exponentes autorizados» de la medicina clásica y del psicoanálisis se reunieran para determinar a quién se debía permitir y a quién negar el ejercicio del psicoanálisis.[15]

Este ataque de Nissen es tanto más increíble (pero también tanto más característico, para los que conocen los dinamismos de lo que posteriormente Reich llamará con expresión feliz la «peste emocional»), en cuanto que Nissen era el mismo psicoanalista que pocos años antes, cuando Reich actuaba aún en el ámbito del psicoanálisis oficial, había hecho recensiones de sus libros con entusiasmo enfático y había saludado a Reich como «uno de los máximos psicoanalistas vivientes». Ahora que Reich había abandonado el *hortus clausus* del psicoanálisis, el mismo Nissen proclamaba que a Reich le «faltaba aquel vasto y profundo conocimiento de la materia (el psicoanálisis), sin el que ningún psicoanalista puede trabajar y progresar».

La prensa fascista se desencadena

La campaña de difamación reemprendió con nuevos bríos después de la publicación de la obra biológica *Die Bione*[16] (1938) en la que Reich exponía de un modo sistemático sus propios experimentos. Como sucederá siempre a partir de ahora en las análogas campañas contra Reich, esta campaña fue llevada a cabo por un hombre, el conocido psiquíatra Johan Scharffenberg que ni había intentado nunca repetir los experimentos descritos por Reich para verificar su error o su exactitud. Scharffenberg se limitó a dar una serie de juicios ultrajantes sobre Reich (al que definió como un «charlatán» y «un psicópata») y a insinuar, o a dejar entender, que las afirmaciones de semejante desequilibrado no podían tener ninguna validez científica. De esta forma aquel «científico ilustre y de gran consideración» creía poder responder a la pregunta que como un estribillo encabezaba todos sus artículos calumniadores: «¿Los experimentos del doctor Reich son válidos cien tí f icamen te ?»

La reacción de la opinión pública fue de todas formas algo diversa de lo que sus enemigos esperaban. Varios lectores escribieron a los periódicos haciendo notar que, dando por descontado el derecho del profesor Scharffenberg a no estar de acuerdo con Reich, aquellos ataques furiosos desencadenados contra Reich no podían considerarse correctos ya que estaban basados en cuestio-

15. *Loe. cit.,* p. 271.
16. *Die Bione,* Sexpol Verlag, Oslo, 1938.

nes personales y explotaban el prestigio profesional de un conocido psiquíatra delante de un público no especializado.[17]

Muy pronto, otros dos representantes de la ciencia oficial noruega, el cancerólogo Kreyberg y el biólogo Thjotta, probablemente estimulados por las calumnias que Scharffenberg había de un modo irresponsable difundido a propósito de Reich (que Reich no tenía la licencia en Medicina, que «también en Dinamarca había sido notada su falta de preparación profesional» y su «falta de responsabilidad científica» hasta tal punto que las autoridades debieron negarle la renovación del visado, etc. etc.) entraron en liza, sosteniendo en la prensa que habían «controlado» los experimentos de Reich sobre los biones; que los «así llamados biones» no eran más que comunes y bien conocidos microbios, y que Reich tenía menos conocimientos biológicos que un estudiante universitario.

En realidad, Reich mismo había mandado a los dos científicos algunas preparaciones pidiéndoles si podían identificar los organismos que en ellas se observaban, ya que le parecían algo diversos de las formas microbianas conocidas: nunca había sostenido que aquellas preparaciones contuvieran biones. Los «experimentos de control» de los que hablaban los dos «expertos», no habían pues nunca sido realizados. Ni podían serlo ya que los dos científicos no disponían en sus laboratorios de microscopios suficientemente potentes (de 2000 a 4000 aumentos) para ver los fenómenos descritos por Reich.[18]

Siguiendo a la ciencia oficial se lanzaron naturalmente los periódicos fascistas y parafascistas, a los que las insinuaciones de Scharffenberg y de los demás habían dado muchas ideas para lanzarse contra el «pornógrafo judío Wilhelm Reich». El periódico fascista noruego de mayor importancia, el «Morgenbladet», empezó una serie de artículos con el intento de difamarlo y de ridiculizarlo, sosteniendo que todos debían alegrarse ahora que «el profesor Kreyberg había quitado a Reich hasta el último hilo de respetabilidad y el profesor Thjotta había demostrado el carácter de tosco diletantismo de los experimentos de Reich». De nada sirvieron las reiteradas precisiones de Reich diciendo que nunca había pretendido «crear la vida» en sus experimentos, sino tan sólo reproducir en el laboratorio lo que cada día sucede en la naturaleza; sus enemigos seguían llamándole burlonamente «el que se considera creador de la vida» y el gran periódico parafascista «Tridens Tegn», llegó a publicar un artículo de fondo titulado *El Dios Reich.u*

La finalidad de todo aquel griterío apareció claro pocos días más tarde, cuando el mismo periódico publicó un artículo en el

17. IJSEOR, vol. 1, núm. 3, noviembre 1942, p. 272.
18. *Ibidem, y* también PT, p. 210.
19. IJSEOR, *loe. cit.,* p. 273.

que, después de anunciar que el permiso de residencia de Reich había caducado, revelaba que en los círculos bien informados se consideraba improbable que le fuera renovado el permiso. Las informaciones del periódico parafascista eran... de primera mano. Las difundían las mismas autoridades de policía, hostiles a Reich. (A este propósito dice Theodore Wolfe, director del «International Journal of Sex Economy and Orgone Research», la revista fundada por Reich durante el primer período de su estancia en los Estados Unidos, que en 1938, cuando fue a Oslo para frecuentar las clases de vegetoterapia caráctero-analítica de Reich, se presentó a la Oficina de Extranjeros del comisariado central de policía para obtener el permiso de residencia. Todo parecía ir perfectamente pero cuando dijo que la finalidad de su estancia en Noruega era «estudiar con el doctor Reich» los funcionarios le respondieron categóricamente que en dicho caso la concesión del visado era «imposible» y añadieron que, por otra parte, «el doctor Reich no tenía derecho alguno a enseñar». Y a pesar de que hizo de nuevo la petición a través de un abogado, Wolfe llegó a obtener solamente una segunda negativa.)[19 bis]

Llegado aquí Scharffenberg, el iniciador de la campaña, intentó dar a Reich el golpe de gracia con otra serie de artículos difamatorios titulada: «¿El doctor Reich es realmente un científico?» Pero esta vez la opinión pública reaccionó menos pasivamente. Un grupo de conocidos escritores, científicos y artistas preparó y publicó en los mayores periódicos de Oslo una carta abierta en la que protestaban contra la indigna campaña difamatoria desencadenada contra Reich, y recomendaba al claustro académico de la Universidad de Oslo que no se dejara influenciar: durante aquellos días, de hecho se había pedido al claustro académico de la Facultad de Medicina que precisara si en su opinión la presencia de Reich en Noruega era inútil o no a la ciencia noruega, dado que en caso afirmativo el permiso de residencia habría debido ser renovado automáticamente.

Pero esta advertencia de la élite intelectual noruega no causó gran impresión (¡en todas partes cuecen habas...!) a los envidiosos colegas de Reich quienes, en gran mayoría, respon üeron que «la presencia de Reich no podía ser considerada útil a la ciencia noruega». Las autoridades noruegas se encontraron con un difícil dilema. Por una parte la «medicina oficial» se alineaba contra Reich; por otra parte la opinión pública se levantaba en defensa del derecho de un científico a llevar a cabo sus investigaciones y a publicar las propias interpretaciones de los resultados obtenidos. Fue entonces cuando algún burócrata o político tuvo una de aquellas ideas características de los hombres de su calaña: conceder el visado a Reich pero, al mismo tiempo, promover la publicación de un decreto real prohibiendo el ejercicio del psicoaná-

19 bis. Theodor WOLFE en nota en IJSEOR, *loe. cit.*

lisis a los que no fueran autorizados por el Gobierno. Sería fácil hacer la vida imposible a Reich simplemente negándole dicha autorización. Pero el ingenioso truco pecaba, como sucede frecuentemente con las ideas de los burócratas y de los políticos, de ignorancia crasa: Reich, como había declarado más de una vez y tal como frecuentemente le había sido imputado, estaba ya fuera y por encima del psicoanálisis y, con razón, había bautizado su nueva técnica (imposible incluso de ser considerada como psicoterapia) «vegetoterapia caráctero-analítica». Negarle la autorización de ejercer como psicoanalista no podía servir absolutamente de nada ya que Reich no la habría pedido (como de hecho ocurrió).[20] A pesar de ello, la curiosidad acerca de la obra y la persona de Reich había pasado a ser tan morbosa y la desconfianza de los ambientes científicos tan acentuada, que continuar el trabajo, tanto en el campo psicoterapéutico como en el campo biológico parecía cada vez más difícil. Así pues, aunque con amargura y poco entusiasmo, Reich se inclinó por aceptar la insistente invitación del doctor Theodore Wolfe, un joven y valiente exponente de la Sociedad Americana de Medicina Psicosomática, y dirigirse a los Estados Unidos. Wolfe logró que la misma Sociedad de Psicosomática invitara a Reich a dar una serie de clases en los Estados Unidos sobre vegeto terapia caráctero-analítica: una ciencia que, como hemos visto, junto con radicales elementos de diferenciación, tenía no pocas analogías con la concepción psicoso-mática de la enfermedad.

20. IJSEOR, *loe. cu.,* p. 274.

Tercera parte:

EL PERÍODO ORGONÓMICO (1935-1957)

XII

Introducción

Es preciso ahora ilustrar, aunque sumariamente, los experimentos biológicos de Reich, no sólo porque fueron la raíz de las más clamorosas acusaciones de locura que se le hicieron,[1] sino sobre todo porque constituyen el núcleo de la entera concepción científica de su tercero y último período.

Estos experimentos no fueron, como algunos pretendieron más tarde, el producto de una tendencia diletante de pasar de una disciplina a otra, ni mucho menos el producto de un «delirio de grandeza» hasta el punto de sustituirse a «Dios padre omnipotente creador del cielo y de la tierra», sino que, vistos retrospectivamente, aparecen como una visión global de la realidad bajo el aspecto energético.

Desde el Congreso Internacional de Psicoanálisis que tuvo lugar en Berlín en 1922, Wilhelm Reich, en una conversación amistosa con algunos colegas, había formulado una hipótesis que le había sido sugerida por el mismo Freud, cuando comparó la fijación y la retracción del interés psíquico a la formación y a la retracción de los pseudópodos, de la ameba. Habiendo leído poco tiempo antes las obras de Semon y de Bergson, que le habían fascinado, Reich dijo que la comparación de Freud merecía ser aceptada a la letra: la excitación sexual podía ser considerada como un avance de la libido (es decir, de la energía sexual) y la erección y el desentumecimiento del pene podían ser consideradas como funcionalmente idénticas a la formación y a la retracción del pseudópodo de la ameba. Dicha hipótesis provocó la hilaridad de sus colegas y durante varios años, totalmente absorto por la investigación y por el ejercicio psicoanalítico, el mismo Reich dejó de pensar en ello.[1 bis] Pero a partir de 1926, cuando el mismo ejercicio del psicoanálisis le colocó frente a la relación evidente entre obstrucción *(éxtasis)* sexual y neurosis, o sea, frente al origen *energético* del conflicto neurótico, la hipótesis genial de 1922 le obsesionó de nuevo.

1. La más reciente y vistosa está expuesta en la obra del marxista ortodoxo Michel CATTIER, *La vie et l'oeuvre du Dr. W. Reich* (La Cité, Lausanne, 1969). Sin embargo no causa demasiada sorpresa ya que, de un modo sintomático, sitúa el inicio de la locura de Reich en 1935 (año de su expulsión del Partido Comunista): declarar loco a todo intelectual anticonformista es actualmente práctica habitual en los ambientes comunistas oficiales.

1 bis. FO, p. 204.

Durante aquellos años en los que el baricentro de sus intereses se centraba en el plano político y social, siguió investigando el problema del masoquismo, ya de la existencia o de la no existencia de un impulso innato autodestructivo; de un instinto de Muerte, como el que había hipotetizado Freud, dependía la posibilidad o la imposibilidad de rescatar a la humanidad de las condiciones de sufrimiento material y moral en que se encontraba y sigue encontrándose. Si el deseo de ser castigado, de sufrir, de morir era innato en el hombre, ¿qué sentido podía tener una lucha para su liberación y su felicidad? Ninguno.

Pero la misma experiencia profesional convenció a Reich de que la teoría freudiana carecía de fundamento. En 1928 se hizo cargo del tratamiento de un hombre que sufría un forma extraordinariamente vistosa de perversión masoquista. En cada sesión analítica se caía en la marea de lamentaciones de paciente, en sus súplicas implorantes de ser maltratado y golpeado. Después de varios meses de tratamiento convencional, Reich empezó a perder la paciencia.

«Un día —nos cuenta—[2] cuando el paciente renovó su imploración de ser golpeado, le pregunté qué diría si realmente le golpeara. Su rostro se iluminó de espera impaciente. Tomé una regla y le aticé dos fuertes golpes en las nalgas. Puso el grito en el cielo, su rostro no dio muestra alguna de placer y a partir de aquel momento no volvió a pedir que le golpeara. Sin embargo sus lamentaciones y sus quejas continuaban. Mis colegas se habrían horrorizado si hubieran sabido lo que había hecho: pero yo no lo lamenté. Aquella experiencia me había enseñado que —en contra de la opinión genenJ — el dolor no es en modo absoluto la finalidad instintual del masoquista. Cuando el masoquista es golpeado, corno todos los seres humanos, no goza, *sufre...»*

Pero quedaba pendiente el problema fundamental: si el masoquista no busca el dolor, si no percibe el dolor como placer, *¿cuál* es la razón por la que pide con tanta insistencia que se le golpee, que se le pegue, que se le torture?

Para la solución de este problema Reich trabajó silenciosamente y con tenacidad durante varios años con varios pacientes, pero fue sobre todo un análisis realizado con éxito de un paciente con una estructura caracterial masoquista lo que le dio la llave de la difícil cuestión; quedó al mismo tiempo persuadido de que era necesario atacar directa y abiertamente la teoría freudiana del instinto de Muerte si se quería salvar el núcleo científico y revolucionario del psicoanálisis.

De esta forma, al final de aquel histórico análisis, que había durado casi cuatro años (desde 1928 a 1932), envió a la «Revista Internacional de Psicoanálisis» un ensayo titulado *El carácter masoquista* que, basándose en una serie de observaciones clínicas

2. Op. cit., p. 196.

concretas, contestaba la validez de la hipótesis freudiana del «masoquismo primario», es decir, del instinto de Muerte, y proponía una interpretación de la necesidad masoquista de ser golpeado, perfectamente compatible con la teoría inicial freudiana del «principio de placer».[3]

Ya hemos visto la inusitada dureza de la reacción de Freud a aquel ensayo aparentemente técnico: podremos ahora comprender mejor sus motivos.

El masoquismo y el instinto de Muerte

El ensayo empezaba con un breve y claro preámbulo teórico que resumía las interpretaciones del masoquismo dadas por la psicología y la sexología.

«Antes de Freud —recordaba Reich— la sexología consideraba en substancia que el masoquismo constituía una tendencia particular de los instintos a gozar de la experiencia de dolores físicos o morales.»

A su vez Freud había al principio intentado interpretar el sadismo y el masoquismo como una reacción agresiva del instinto sexual contra la frustración impuesta por la sociedad. En particular, Freud había lanzado la hipótesis de que en un primer estadio, a consecuencia de la frustración sexual, surgía una reacción destructiva hacia el mundo externo que sucesivamente, inhibida a su vez por el miedo al castigo, era desviada hacia el mismo sujeto: la reacción contra la frustración que al principio era sádica se transforma en masoquismo. Esta interpretación se encuadraba en la concepción general freudiana de la neurosis como resultado del conflicto entre instinto y mundo externo, entre inconsciente, gobernado por el principio de placer, y el Yo, gobernado por el principio de realidad.

Trabajando sobre este planteo inicial Reich había incluso llegado a elaborar una clasificación de las varias formas de sadismo según el estadio de desarrollo sexual en que se producía la frustración. Basándose en gran parte en la subdivisión freudiana del desarrollo sexual, había indicado el sadismo oral como el resultado de la frustración del, deseo infantil de chupar (con el siguiente proceso: «deseo de chupar - frustración - perversión agresiva del impulso original - necesidad de morder - sadismo oral»), el sadismo anal como el resultado de la frustración del placer anal (con el siguiente proceso: «placer anal - frustración de dicho placer - perversión agresiva del impulso original - necesidad de pisotear, aplastar, golpear - sadismo anal») y el sadismo fálico como

3. *Der Masochistische Charakter,* en «Internationale Zeitschrift für Psyschoanalyse», XVIII, 1932. Las citas que damos están tomadas de la traducción del ensayo publicado en IJSEOR, 1944, vol. 3, núm. 1, pp. 38 y siguientes.

resultado de la frustración del placer genital (con el siguiente proceso: «placer genital - frustración del placer - necesidad de perforar - sadismo fálico»).

Freud —continuaba amargamente Reich en su ensayo— abandonó más tarde esta concepción del masoquismo como formación secundaria, sustituyéndola con el concepto opuesto según el cual el sadismo sería masoquismo dirigido hacia el exterior. Es decir, que hizo la suposición de la existencia de una *tendencia biológica primaría* hacia la autodestrucción, de un masoquismo primaria o endógeno. Este concepto se transformó más tarde en el del «instinto de Muerte», el gran antagonista del «Eros». El masoquismo primario fue concebido a su vez como expresión de un instinto biológico de Muerte que tendría su fundamento en los procesos de desasimilación presentes en todas las células del organismo.

Aquí empezaba Reich una crítica de los argumentos aducidos en favor del instinto de Muerte que merece ser citada por su lineal y arrolladura fuerza persuasiva.

«Los partidarios de la teoría del instinto de Muerte —escribía— han intentado repetidas veces demostrar sus tesis basándose en los procesos fisiológicos de desasimilación. Pero ninguno de estos intentos ha sido mínimamente convincente. Una obra reciente (Therese Benedek: *Todestriebe und Angst,* "Int. Zeitschr. f. Psa.", 17, 1931), merece atención porque afronta el problema clínicamente y expone argumentos de carácter fisiológico que a primera vista parecen persuasivos. Benedek basa sus tesis en las observaciones de Ehrenberg. Este biólogo ha descubierto que incluso en los protozoos se puede constatar un proceso antitético. Algunos procesos protoplasmáticos llevan no sólo a la asimilación de los alimentos, sino también a la precipitación de substancias precedentemente disueltas. Esta primera formación de una estructura aparece pues, como irreversible: las substancias disueltas se solidifican. Lo que es capaz de asimilar es un ser vivo; la asimilación produce una transformación en la célula, le da una estructura más compleja; pero cuando a partir de un cierto punto esta transformación pasa a ser preponderante, deja de ser vida para pasar a ser muerte. Fenómeno lógico cuando se piensa en el endurecimiento de las arterias con la edad.»[4]

Una vez expuestos los argumentos de los partidarios del instinto de Muerte, Reich inicia su demolición radical, que permanece como un documento central de su histórica batalla:

«Precisamente las observaciones de Ehrenberg contradicen la concepción de una *tendencia* a morir, de *instinto* de Muerte. Lo que se ha transformado en sólido e inmóvil, en realidad, obstaculiza la vida y su función principal, la alternativa de tensión y relajamiento, en la satisfacción de los impulsos sexuales y de ali-

4. IJSEOR, *loe. cit.,* p. 40.

mentación. Ahora bien, esta perturbación del proceso vital es exactamente lo opuesto de lo que caracteriza al instinto. La rigidez hace que el ritmo tensión-relajamiento sea cada vez más imposible. Si en este proceso de transformación en rígido se quiere ver un instinto, es preciso modificar nuestra entera concepción del instinto.

«Además, si se considera la angustia como la expresión de un "instinto liberado" es preciso también explicar cómo se liberan unas "estructuras sólidas". La misma Benedek reconoce que la estructura, es decir, la parte sólida, puede ser enemiga de la vida solamente cuando pasa a ser preponderante y obstaculiza los procesos vitales.

»Por último, si los procesos creadores de estructuras son sinónimo del instinto de Muerte, como afirma Benedek, y la angustia corresponde a la íntima percepción de esta creciente solidificación, o sea, de la muerte, los niños y los adolescentes no deberían experimentar ningún tipo de angustia y los ancianos deberían experimentar solamente angustia. Es cierto exactamente lo contrario: la angustia es particularmente pronunciada en los períodos en que la sexualidad llega a su acmé de inhibición...» [5]

La modificación del concepto de masoquismo —continuaba Reich — había implicado una modificación de la fórmula etioló-gica de la neurosis. De la tesis primitiva según la cual la neurosis deriva de un conflicto psíquico entre el Eros y el mundo externo, Freud había pasado a sostener que nacía de un conflicto entre el Eros (la libido, la sexualidad) y el instinto de Muerte (la tendencia autodestructiva, el masoquismo primario).

Freud había sido empujado a esta «arriesgada» hipótesis «por el hecho extraño pero indiscutible» que algunos pacientes parecían no desear liberarse de sus sufrimientos y seguían buscando situaciones dolorosas: un hecho que era contradictorio con el principio de placer. De la hipótesis del masoquismo primario, expuesto por Freud en *Más allá del principio del placer,* Alexan-der, Reik, Nunberg y otros, habían tomado pie para cambiar totalmente la visión de la concepción neurótica: en vez de ser un conflicto entre la libido y el mundo externo represivo, es decir, entre la libido y el *miedo* del castigo, la neurosis fue considerada como el producto del conflicto entre la libido y el *deseo* de castigo.

«Este concepto —observaba Reich con cortante ironía—* reducía cada vez más la importancia del ambiente como elemento que castiga y frustra en la génesis de las neurosis. A la pregunta "¿De dónde viene el sufrimiento?" se podía ahora responder: "De la necesidad biológica de sufrir, del instinto de Muerte y de la

5. *Loe. cit.,* p. 41.
6. *Loe. cit.,* p. 42.

necesidad de castigo." Esto permitía de un modo muy oportuno arrinconar la respuesta exacta que se presentaba así: "Del mundo externo, de la sociedad que frustra." La nueva "respuesta" cerraba el paso a la sociología, un paso que al contrario de la formulación originaria de Freud había abierto de par en par. La teoría de un instinto de Muerte, de un deseo biológico de auto-destrucción, lleva fatalmente a una filosofía social con las características de las que Freud expresa en *El malestar de la civilización:* una filosofía que proclama que el sufrimiento humano es inevitable ya que las tendencias autodestructivas no pueden ser dominadas. Al contrario, el planteo freudiano primitivo del conflicto psíquico lleva inevitablemente a una crítica del orden social constituido.»

La acusación de la involución revisionista, oportunista y reaccionaria del pensamiento freudiano y del entero psicoanálisis ortodoxo no podía ser más clara y, si tenemos en cuenta esta decidida denuncia, la reacción excepcionalmente violenta del «gran viejo» aparece más comprensible, aunque no más justificada. Como se recordará, actuando en desacuerdo con la admirable tradición de corrección, discreción y libertad que le había hecho dar hospitalidad en la revista por él dirigida a escritos a veces muy disconformes con sus posiciones teóricas y técnicas, anunció su intención de anteponer al escrito de Reich una sarcástica «advertencia» en la que subrayaba que lo científico de las tesis reichianas estaba en gran parte contaminado por el asentamiento acrítico de su autor a las posiciones ideológicas y políticas del Partido comunista.

Algunos psicoanalistas de Berlín (donde la influencia del marxismo sobre el psicoanálisis era más acentuada y la posición de Reich en aquel momento muy fuerte) se opusieron sin embargo a esta fuerte discriminación impuesta por Freud y sugirieron una alternativa: que el artículo de Reich fuera publicado junto con la réplica de un partidario del instinto de Muerte. Y así se hizo. Para la réplica Freud eligió a Siegfried Bernfeld que preparó un artículo titulado *El debate comunista sobre el psicoanálisis y la «refutación del instinto de Muerte» formulada por Reich.*[1] Como ya su título polémico y politizado daba a entender, este ensayo de casi 30 páginas preparado y publicado por los que a sí mismos se llamaban «paladines de la objetividad científica» no hablaba en modo alguno del problema del masoquismo ni respondía a las observaciones técnicas y teóricas de Reich limitándose a citar y a comentar irónicamente los escritos y los fragmentos de mayor fervor comunista de Reich. A falta de argumentos válidos con que rebatir las formulaciones de Reich, Bern-

7. *Die Kommunistische Dískussion um die Psychoanalyse una Reich's «.Wixdertegung» der Todestriebhypothese,* en «Intern. Zeitschrift tur Psychoanalyse», XVIII, 1932.

feld intentaba desacreditarlas presentándolas como el resultado de preconcebidas preocupaciones políticas. Y dado que el autor y el contenido del artículo habían recibido la aprobación personal de Freud, frente a la Historia, esta actuación no ha representado un papel brillante del padre del psicoanálisis: un padre que, en perspectiva histórica, se nos muestra cada vez más, de acuerdo con sus teorías, declaradamente castrador, pero en desacuerdo con sus teorías, incluso ocultamente autocastrador.

«El traslado de la fuente del sufrimiento humano desde el mundo externo al mundo interno —continuaba Reich con lógica inexorable— contradecía el principio básico de la psicología analítica, el llamado "principio del placer-dolor". Ésta es una ley fundamental del aparato psíquico, según la cual el hombre tiende a buscar el placer y a evitar el dolor. Este principio, según los originales principios psicoanalíticos, determina el desarrollo y las reacciones de la psique. El "principio de realidad" no estaba en contradicción con el del placer: significa tan sólo que la realidad impone aplazar determinados placeres o renunciar a ellos. Estos dos "goznes del funcionamiento psíquico", como los había definido Freud, podían continuar siendo válidos sólo si permanecía la formulación original del masoquismo, es decir, mientras el masoquismo fuera considerado como sadismo inhibido y dirigido contra el sujeto. Esta explicación del masoquismo era plenamente conciliable con los principios de placer y de realidad, aunque quedara sin solución el problema de cómo el sufrimiento pudiera ser fuente de placer. Esto parecía estar en contradicción con la función del placer. Se entendía fácilmente que el placer reprimido e insatisfecho pudiera transformarse en dolor, pero no lo contrario: cómo el dolor pudiera transformarse en placer.»[8]

Reich recordaba que, para resolver este problema, la mayoría de los psicoanalistas habían aceptado la hipótesis de una «coacción a repetir» biológica, innata, por la que todo instinto, y por lo tanto también el de muerte, llevaba en sí una tendencia a repetir sus manifestaciones. Se hizo la hipótesis de una coacción biológica a repetir las situaciones desagradables: pero, como con razón observa Reich, el «principio de coacción a repetir» era tan sólo una frase, mientras que «el principio del placer-dolor» se fundaba sólidamente en la ley fisiológica de la tensión-distensión. Ahora bien, mientras la coacción a repetir era concebida como una ley por la que todo instinto tiende a la recreación de un estado de distensión y a la repetición de experiencias agradables, nada había que objetar dado que todo ello estaba perfectamente de acuerdo con el principio de placer. Y Reich recordaba que desde 1923 (en un ensayo titulado: *Hacia una concepción energética del instinto,* citado en otra parte)[9] él mismo había,

8. IJSEOR, *loe. cit.,* p. 43.
9. ZWS, 1923.

aunque sin demasiada elegancia, definido el instinto como «una tendencia a repetir experiencias agradables».

«Sin embargo —continuaba Reich— fue precisamente el principio de la coacción a repetir sin relación alguna con el principio de placer, el que pasó a dominar la teoría analítica. Dicho concepto fue utilizado con la intención de explicar fenómenos que aparentemente no parecían explicables con el principio de placer. Pero nunca fue posible dar pruebas clínicas de la naturaleza *primaria* de la coacción a repetir. Fue hipotetizada para explicar muchas cosas pero jamás pudo ser demostrada ni explicada ella misma y empujó a muchos analistas a suponer incluso una especie de sobrehumana *ananke.»* [10]

Después de haber recordado la fuerte polémica que desde 1927 había tenido con Alexander, el futuro fundador de la escuela psicosomática, que había construido una entera teoría de la personalidad sobre la hipótesis del instinto de Muerte, del deseo de castigo y de la coacción a repetir, Reich vuelve al punto clave de la cuestión y admite que su defensa del primitivo planteo freudiano dejaba sin explicación un hecho que se podía observar en los masoquistas: la búsqueda del sufrimiento y la percepción de dicho sufrimiento como placer.

Y continuaba:

«La hipótesis, sostenida por Sadger, del masoquismo erógeno y precisamente de una disposición específica del erotismo de las nalgas y de la piel en general a percibir como agradables las sensaciones dolorosas, tampoco era satisfactoria. ¿Por qué el dolor añadido al erotismo de las nalgas debía ser percibido como placer? Y, ¿por qué el masoquista debía percibir como agradables aquellos golpes que otros, golpeados en las mismas zonas erógenas, percibían como dolor o como molestia? Y sin embargo... todos los masoquistas explican que la fantasía o el hecho de ser golpeados les es agradable y que sólo con esta fantasía logran experimentar el placer o la excitación sexual. Años de estudio sobre pacientes masoquistas no daban ningún indicio. Fue sólo cuando empecé a dudar de la exactitud y de la veracidad de las declaraciones de los pacientes que empecé a ver más claro.» [11]

El carácter masoquista

Es evidente que llegado aquí, con estas palabras, Reich hacía alusión a la significativa experiencia de los golpes dados al paciente masoquista, aunque en esta relación no se atreviera aún a explicarla. Expuso, sin embargo, el resultado de aquella decisiva experiencia:

10. IJSEOR, p. 43.
11. *Loe. cit.,* p. 44.

«Un análisis exacto de la función del placer reveló un hecho que a primera vista me pareció desconcertante, pero que, de golpe, explicó la economía sexual y, a la vez, la base específica del masoquismo. El hecho desconcertante fue que la fórmula "el masoquista percibe el dolor como placer" resultó equivocada. Surgía, en cambio, que el mecanismo *específico* del masoquista en la experiencia del placer consiste en el hecho que, aunque tendiendo al placer como todas las personas, esta su tendencia es frustrada por un proceso perturbador que le hace percibir como desagradables, apenas superan un cierto grado de intensidad, las sensaciones que la persona normal percibe como agradables. El masoquista, lejos de tender al dolor, sufre de una no soportación específica de las tensiones psíquicas y de una superproducción de sufrimiento que es muy superior al de las demás neurosis.»

Después de haber advertido que su estudio sobre el masoquismo, al contrario de como se había hecho tradicionalmente en la literatura sexoiógica y psicoanalítica, no habría analizado una forma determinada de perversión masoquista, sino que se habría concentrado en el análisis de la *estructura caracterial masoquista,* Reicíi iniciaba la exposición detallada de dicna estructura y el análisis de su dinámica instintual basándose en el «caso» que le había permitido coger el hilo de tan complicado ovillo.

«Los rasgos principales del carácter masoquista —escribía— ... pueden ser encontrados, uno a uno, en todos los caracteres neuróticos. Pasan a constituir el carácter masoquista sólo cuando están todos presentes y cuando representan la clave de interpretación de la entera personalidad y de sus reacciones típicas. He aquí, pues, los típicos rasgos caracteriales del masoquista: subjetivamente, una sensación crónica de *sufrimiento,* que se manifiesta objetivamente como *tendencia a lamentarse;* una tendencia crónica a perjudicarse y a despreciarse ("masoquismo moral") y una coacción a *toturar a los demás* que hace sufrir tanto al paciente como al objeto de sus provocaciones. Todos los caracteres masoquistas presentan además un *comportamiento desmañado y •falto de tacto* en su modo de actuar y en sus relaciones con los demás, con frecuencia tan acentuado que da la impresión de una verdadera estupidez. Puede haber otros rasgos, pero éstos son los más característicos y específicos... No hay que olvidar que este síndrome neurótico-caracterial puede ser evidente en algunos casos, mientras que en otros puede estar cubierto por una máscara superficial.» [12]

Reich inicia aquí la exposición de su caso que, por necesidad de espacio, debemos omitir, limitándonos a resumir las conclusiones. Habiendo analizado durante cuatro años a su paciente, Reich había gradualmente descubierto que, hijo de un padre severo, duro y sádico que le imponía una limpieza rigurosa, a la

12. *Loe. cit.,* p. 45.

edad de tres años, habiéndose ensuciado los pantalones jugando por el suelo, había sido llevado por su padre a la habitación y le había golpeado extendido sobre la cama. Angustiado se había puesto inmediatamente con el vientre hacia abajo para defender los genitales de una temida agresión, y había esperado los golpes con tremenda angustia. Cuando los golpes llegaron, bajo forma de violenta azotaina, había experimentado un sentimiento de alivio, casi de liberación, descubriendo que el dolor era menos terrible de lo previsto y que el tan temido castigo estaba ya terminando. Los golpes, pues, habían sido asociados a un sentimiento de alivio, de liberación de la angustia, que estaba en la raíz del deseo masoquista de castigo de la edad adulta. Éste, sin embargo, *no era un deseo primario,* sino un deseo secundario surgido a raíz de un precedente *terror* al castigo.[13]

Otra adquisición fundamental del análisis, como de otros análisis precedentes, era que la entera personalidad del masoquista gira alrededor de una desesperada necesidad de ser amado, consecuencia a su vez de una grave frustración de dicha necesidad sufrida durante la infancia. Todos los masoquistas han experimentado durante su infancia un terrible miedo a ser dejados solos, que les ha dejado este deseo insaciable de ser amados, mimados, de sentir el calor humano: de aquí la gran dificultad o la imposibilidad, para los masoquistas, de renunciar al objeto de amor, de aquí su horror al frío, su frecuente tendencia a no abandonar la cama tibia, e incluso su deseo de ser golpeados. En realidad los golpes no son deseados por sí mismos sino por el calor cutáneo que provocan. Para el masoquista, más que para los demás, es esencial lograr la dilatación de los capilares periféricos, tendencialmente espasmódicos por la angustia profunda en que el masoquista ha vivido y vive. Incluso la necesidad de ser abrazados, mimados, protegidos tiene su raíz en esta necesidad, a nivel fisiológico ya, de realizar una vasodilatación periférica a fin de combatir la angustia y su correspondiente vasoconstricción.

De este fundamental terror a ser abandonados, de esta obsesiva necesidad de amor nacen dos rasgos caracteriales típicos de los masoquistas: su tendencia a lamentarse y su crueldad, cargada de sentimiento de culpa, hacia el objeto de amor. Ambos rasgos son de hecho dos instrumentos inadecuados con los que el masoquista intenta procurarse y mantener el amor deseado. Con sus lamentaciones dice a su prójimo y sobre todo a la persona amada: «Mira hasta qué punto soy desgraciado, por favor, ámame.» Con la provocación cruel intenta provocar la reacción agresiva del otro para poder decir: «Ves, no me amas suficientemente; ¿ves cómo rne tratas mal? Debes amarme ya que de otra forma te atormentaré de nuevo.» «Las lamentaciones, las

13. *Loe. cit.,* p. 46.

provocaciones y los sufrimientos del masoquista tienen su explicación a partir de una base, real o imaginaria, de una petición de amor excesiva e insaciable.» [14]

Pero —y aquí el estudio de Reich llegaba a su núcleo más profundo y revolucionario— ¿cuál es el significado de esta insaciable petición de amor?

«La respuesta —escribía—[15] nos viene dada por un análisis de la disposición masoquista a la angustia. El comportamiento masoquista y la petición de amor aumentan siempre proporcio-nalmente al aumento de la tensión interior, de la angustia y del peligro de perder el objeto amado.»

Debido a esta su tensión crónica, el masoquista se ve empujado en cierto modo aún más que los otros a buscar la distensión, el abandono, el bienestar, la vasodilatación que acompaña a la intimidad y al placer sexual. Sin embargo, apenas el estímulo erótico empieza a provocar una excitación superior a un determinado nivel de intensidad, en el masoquista se dispara un mecanismo de inhibición, causa de angustia y que impide el ulterior proceso de la excitación y que hace percibir como desagradable los estímulos ulteriores. Este mecanismo explota «una extraña actitud espasmódica no sólo del aparato psíquico, sino también del aparato genital, que inmediatamente inhibe toda sensación intensa de placer y la transforma en molestia y sufrimiento».

En el caso descrito por Reich, mientras las sensaciones agradables de la masturbación, eran ligeras, las normales fantasías eróticas masculinas concomitantes al acto de onanismo persistían, pero apenas pasaban a ser más intensas y el «sentido de liquefacción» (o sea el placer preorgástico) empezaba a producirse, el paciente se espantaba: en vez de abandonarse, provocaba un espasmo pélvico que transformaba el placer en sufrimiento.[16] Describía con claridad su percepción en forma desagradable y angustiosa el sentido de liquefacción que precede y acompaña al orgasmo. ¿Pero qué temía el paciente? Reich descubrió no sin sorpresa que temía la «disgregación» del pene: «La piel del pene habría podido disolverse a consecuencia de aquella sensación voluptuosa, o el órgano habría podido explotar mientras se hinchaba y aumentaba su tensión, como sucede normalmente antes del orgasmo. Percibía el pene como una bolsa llena de líquido a punto de explotar.» [17]

La inhibición del placer genital, debida a la angustia, no hacía otra cosa que producir una nueva tensión y una nueva angustia, acentuando el desequilibrio entre la tensión interna y su descarga. En este conjunto aparecían como comprensibles el

14. *Loe. cit.,* p. 48
15. *Loe. cit.,* p. 49.
16. *Loe cit.,* p. 57.
17. *Ibidem.*

deseo y la fantasía de ser golpeado. Una vez más, la explicación surgió directamente del análisis:

«Siendo niño y adolescente acostumbraba a estar en la cama con la madre y se masturbaba a escondidas y masoquísticamen-te; es decir, se comprimía el pene bajo el vientre con las manos y retenía la eyaculación; luego, empezaba a imaginar que la madre le golpeaba y sólo entonces se podía abandonar a la eyaculación. Todo este procedimiento, como aún recordaba con precisión, tenía el significado siguiente. "El pene está tan hinchado que puede explotar. Al quinto o sexto golpe no podrá dejar de hacerlo y al mismo tiempo explotará la vejiga urinaria." Con otras palabras —terminaba diciendo Reich—, los golpes tenían la función de obtener la distensión y la descarga que de otra forma no podía obtener. Si el pene y la vejiga explotaban debido a los golpes de su madre y se producía la eyaculación, la culpa no era suya, sino de quien lo torturaba. El deseo de castigos y de azotes tiene, pues, en el masoquista la siguiente finalidad: *consentir la tan necesaria descarga y, con un expediente, atribuir la responsabilidad del hecho a la persona que castiga.* Se trata, por otra parte, del mismo proceso que ya hemos observado en la sobreestructura caracterial. En ésta, el paciente dice: "Ámame, *y* así no tendré miedo"; o bien: "Si tú me obligas al coito, la culpa de todo será tuya, no mía." Y la imaginación de ser azotado significa: "Azótame, así podré gozar de mi descarga sin ser responsable de ella."»[18]

No es esencial aquí reproducir el resto del ensayo sobre el masoquismo. Lo importante es haber expuesto la difícil y tenaz labor con que Reich llegó a resolver el problema central del masoquismo de tal forma que no sólo no contradecía, sino que confirmaba la concepción original de Freud basada sobre el principio de placer.

Importancia del ensayo sobre el masoquismo

Creo que es difícil sobrevalorar la importancia de este breve escrito de 1922. No sólo porque, demoliendo la hipótesis del «masoquismo primario» o del «impulso biológico al sufrimiento», destruía en su base la entera teoría del instinto de Muerte y con slla la justificación principal de la «indiferencia social» de Freud, volviendo a poner al psicoanálisis frente a sus responsabilidades sociales (este significado fue, como hemos dicho, claramente captado por Freud que reaccionó con inaudita dureza), sino también porque en el plano teórico, al confirmar la relación entre acumulación y, como decía Reich, *éxtasis* de la libido y de la neurosis, confirmaba la concepción reichiana de la descarga orgástica

18. *Loe. cit.,* p. 59.

como gozne de la vitalidad del organismo y como condición previa a la curación psíquica, y abría el camino a una concepción energética de todos los procesos vitales fundamentales, tanto normales como patológicos. El ensayo de 1922 sobre el carácter masoquista señala pues, un momento crucial en la evolución del pensamiento de Reich: es precisamente el momento en que, *mediante la demolición de la teoría del «masoquismo primario-», el compromiso social de Reich encuentra un fundamento ya no sólo a nivel de la moral y de las ciencias sociales, sino también en el plano puramente clínico, y, simultáneamente, en el de la pulsación energética de todo el organismo, legitimando la progresiva separación de Reich del psicologismo que entorpecía al pensamiento freudiano en el campo de las ciencias naturales.* Este escrito *marca el momento en que la dilatación del pensamiento reichiano más allá de la psicología, por una parte, hacia la antropología, la sociedad y la política y, por la otra, hacia la biología, la biofísica y la física aparece como el desarrollo lógico de una fundamental concepción energética que, como hemos visto, había sido siempre su hilo conductor y ahora había encontrado la clara confirmación y concretización incluso en el campo estrictamente clínico y terapéutico.* Lejos de aparecer como extrañas divagaciones de una mente inquieta o delirante, como con frecuencia fueron juzgadas, las investigaciones cada vez más extensas y profundas de Reich en el campo de las ciencias sociales y en el de las ciencias naturales, aparecen, a partir de ahora, como el resultado coherente de un planteo teórico fundamentado experimentalmente, que transforma dichas investigaciones y sus respectivas teorías en un *continuum,* sin precedentes en la historia del pensamiento humano, por su amplitud y su intrínseca unidad.

Del ensayo sobre el masoquismo, surge, en el plano clínico, el paso de Reich de la técnica puramente psicoterapéutica del análisis caracterial, a la vegetoterapia caracteroanalítica, es decir, a una técnica terapéutica que, de acuerdo con los conceptos energéticos reichianos, atacaba simultáneamente a nivel *emocional y muscular,* o sea, que con el análisis *caracterial* y con las técnicas biorrelajantes, el conjunto de los bloqueos emocionales y musculares *(coraza),* que el organismo neurotizado por una educación represiva opone para defenderse de la angustia (sentimiento de oulpa y miedo del castigo) asociada al placer y que a pesar de todo, al obstaculizar la descarga orgástica y de un modo general la pulsación vital del organismo, acaban produciendo una acumulación de nueva angustia y de nuevos estratos de coraza destinados a controlarla.

Parten también del ensayo sobre el masoquismo, por lo menos conceptualmente, las investigaciones biológicas realizadas en Noruega y las investigaciones biofísicas y físicas realizadas en América y que vamos a exponer a continuación.

XIII

Orgasmo y bioelectricidad

La clarificación del problema del masoquismo había dado una confirmación clínica a la hipótesis, formulada con claridad ya en 1927 con *Die Funktion des Orgasmus,* que todas las enfermedades psíquicas derivaban de una acumulación de energía sexual relacionada con la perturbación de la función orgástica. Dicha función, descrita por Reich con el ciclo de «tensión-carga-descar-ga-distensión», había sido hipotizada como la fórmula básica de todos los procesos vitales. Pero, ¿cuál era la naturaleza de esta carga y descarga energética?

Ya en los últimos años 20 Reich había sido vivamente impresionado por la obra del famoso internista Franz Kraus, *Patología humana general y especial* aparecida en Berlín en 1926, que daba una concepción totalmente nueva de los mecanismos reguladores de algunas substancias (sales y coloides) en las que se basa el funcionamiento de todo organismo vivo. El punto de partida de Kraus era que dichas substancias, en solución, se presentan bajo forma de pequeñísimas partículas cuya superficie está dotada de una carga eléctrica que interfiere continuamente con las demás partículas. Kraus había subrayado que, además de la combustión metabólica (toma de oxígeno y cesión de anhídrido carbónico), todo proceso vital está caracterizado por la producción de cargas eléctricas superficiales en estas substancias y por su mutua interferencia, de tal forma que el transporte y la distribución de estas substancias, para la manutención del mismo proceso vital, tiene una importancia incluso mayor que el metabolismo y son indispensables para la vida mucho antes que el organismo, en su evolución biológica, llegue a la producción de la sangre. Terminaba su investigación definiendo el organismo como «un mecanismo análogo al *relay,* basado en una continua alternancia de carga (acumulación de energía) y descarga eléctrica (bajo forma de trabajo)». Con la descarga de la electricidad superficial —terminaba Kraus— la energía eléctrica se transforma en la energía mecánica necesaria a los procesos de crecimiento y de actividad orgánica.[1]

Precisamente en este concepto de convertibilidad de la energía eléctrica en energía mecánica Reich encontró un estímulo a per-

1. Franzs KRAUS, *Allgemeine una spezielte Pathologie der Person,* Berlín, 1926.

manecer fiel a la fórmula del orgasmo (tensión-carga-descarga-distensión) sobre la que, desde 1927, en Die Funktion des Orgas-mus, había basado su hipótesis etiológica de las neurosis como fenómenos de acumulación (éxtasis) de la energía sexual. En 1933, poco después de la publicación de su ensayo sobre el masoquismo, leyó una relación experimental del biólogo Max Hartmann sobre la sexualidad de los gametos. El escrito ponía en evidencia que la función masculina y femenina en la unión de los gametos de algunas algas no es fija: un gameto masculino más débil, por ejemplo, puede comportarse como un gameto femenino con un gameto más fuerte que él.

Las observaciones de Hartmann demostraban la inconsistencia de las afirmaciones de la moral y de la ciencia tradicional según la cual la sexualidad estaría «al servicio de la procreación». Demostraban al contrario que la procreación es una función de la sexualidad. Por otra parte, Freud había intuido esta verdad cuando había separado el concepto de sexualidad del de genitalidad, pero había luego vuelto a la fórmula tradicional con la concepción de la «sexualidad adulta» como al servicio de la procreación, como demostraría la «primacía de los genitales». Hartmann no había intentado establecer sistemáticamente cuál era el factor específico que determinaba la unión de gametos del mismo sexo. Se limitaba a presumir la existencia de «ciertas substancias aún desconocidas». Reich, en cambio, intuyó que podía tratarse de las interacciones eléctricas que Kraus había tan brillantemente puesto en evidencia en sus estudios de bioelectri-cidad. Y pensó que incluso el coito y el orgasmo humano podían ser fenómenos esencialmente bioeléctricos.[2]

Con su habitual valentía intelectual, no dudó en intentar inmediatamente una verificación experimental de esta hipótesis programando y llevando a cabo una serie de experimentos sobre las reacciones bioeléctricas de la piel y de las mucosas de los seres humanos durante el coito y el orgasmo. Actualmente un grupo de biólogos y científicos americanos[3] ha emprendido un estudio sistemático del orgasmo humano sobre unos mil hombres y mujeres de todas las edades y condiciones sociales, registrando las más diversas reacciones con los medios más diversos (desde el análisis químico de las secreciones genitales al filmado en color de la unión, al uso de falos artificiales de plástico dotados en su terminación de pequeñas cámaras fotográficas y de pequeños focos para fotografiar en color las reacciones de la mucosa vaginal durante el coito y el orgasmo). Y para esta investigación los científicos americanos (quizás también por el hecho de haber diligentemente ignorado la obra de Reich) han obtenido el apoyo financiero y técnico de una fundación y de dos universidades. Pero lo que significaba una semejante investigación en los años 30, Reich lo aprendió a su costa: no sólo porque, naturalmente, no encontró ninguna fundación dispuesta a financiarla y debió pagar personalmente el gasto de los aparatos, sino sobre todo porque los experimentos le pusieron muy pronto en conflicto con muchos ambientes académicos e incluso con el profesor Schielderup, a pesar de haberle invitado a Noruega.

2. FO, p. 221.
3. William H. MASIERS y Virginia E. JOHNSON, *Human Sexual Response,* Little, Brown & Co., Boston, 1966.

Los experimentos bioeléctricos

Hemos ya visto como en 1933 Reich había puesto en claro su teoría patológica de la antítesis placer-angustia y expansión-con-tracción, sacada de los experimentos clínicos de análisis caracterial. Se trataba ahora de intentar una demostración experimental, relacionada con las hipótesis bioeléctricas que derivaban de los trabajos de Kraus, Zondek y Hartmann.

Tal como le había prometido Schielderup, pudo colaborar con un asistente del Instituto de Fisiología de la Universidad de Oslo, que mostró interés y simpatía por sus hipótesis. El objetivo esencial de la investigación en programa era, para Reich, determinar si los órganos sexuales en estado de excitación presentaban un aumento de su carga bioeléctrica. En base a los datos teóricos dados por Reich, el fisiólogo de Oslo proyectó un aparato de control.

No era sin embargo un experimento que se pudiera realizar fácilmente. Nadie sabía ni aproximadamente cuál era la escala de los fenómenos que se pretendía medir, dado que las obras de fisiología decían muy poco sobre la carga eléctrica de la piel y nada sobre la carga eléctrica de las zonas erógenas del cuerpo: ¿se iba a tratar de potenciales de un milésimo de voltio, de medio voltio o de un voltio? Un ilustre fisiólogo inglés, a quien Reich había pedido que le indicara una técnica para medir la carga eléctrica de la piel, encontró «muy singular» la petición. Después de algunos meses de discusiones, se decidió construir un aparato que consistía en una cadena de válvulas electrónicas. Las cargas eléctricas del cuerpo habrían perturbado la «corriente anódica» de los tubos y dichas perturbaciones habrían sido amplificadas por un aparato adecuado y luego transmitidas a un oscilógrafo electromagnético (la parte más cara de todo el aparato, que Reich debió pagar personalmente) y por último escrito sobre una cinta rotativa de papel.[4]

En febrero de 1935 el aparato estaba preparado y empezaron los experimentos en los que participaron varios amigos y alumnos de Reich (y el mismo Reich), que duraron unos dos años.

4. FO, p. 289.

Los resultados fueron publicados en una monografía editada por la Sexpol Verlag en 1937.[5]

Bastará aquí resumir las conclusiones de aquella monografía. La piel en su conjunto forma una «membrana porosa» que en vuelve al organismo y está dotada de un potencial eléctrico nor mal o basal. Dicho potencial es simétrico en la parte derecha e izquierda del cuerpo, y más o menos igual en todo el cuerpo, y presenta pequeñas variaciones de un individuo a otro (de 10 a 20 milivoltios). En un electrograma, dicho potencial aparece como una línea regular y horizontal. Superpuestos a ella se pueden ob servar, a intervalos regulares, los vértices de los impulsos car díacos: dichos vértices corresponden a una modificación del po tencial normal de la piel a consecuencia de las pulsaciones car díacas.

Pero Reich observó la existencia de algunas zonas del cuerpo que presentan un comportamiento eléctrico totalmente diverso del resto de la superficie corporal. Eran precisamente, como había supuesto, las zonas erógenas: labios, ano, pezones, pene, escroto, mucosa de los órganos genitales, lóbulos de las orejas, lengua, palmas de las manos, y, bastante extrañamente, también la frente. La carga de estas zonas puede ser igual a la del resto del cuerpo, en ciertos momentos, pero pueden también presentar un potencial mucho mayor o mucho menor. En los individuos con vitalidad vegetativa, el potencial de la zona erógena es raramente constante y puede presentar variaciones de 50 milivoltios o más. Es debido evidentemente a la mayor excitabilidad de las zonas erógenas. Ello viene demostrado por el hecho de que cuando dichas zonas son excitadas, el potencial en milivoltios aumenta considerablemente. Subjetivamente, la excitación de las zonas erógenas es experimentada como un hormigueo, o como una ola de calor agradable, o por la sensación de «liquefacción».

Como hemos dicho, pues, mientras la piel en las zonas no erógenas registra su potencial bioeléctrico con una línea horizontal casi regular, la secuencia de los diversos potenciales de una zona erógena se registra con una línea ondulada, con ondas más o menos cortas y fuertes.

Los experimentos demuestran sistemáticamente que *el potencial eléctrico de las zonas erógenas no aumenta, si no se produce en ellas una sensación agradable.* Así, por ejemplo, puede haber erección del pezón y del pene sin que se produzca el respectivo aumento de potencial bioléctrico. Un aumento de dicho potencial, en cambio, va siempre acompañado de un aumento del placer local y, viceversa, una disminución del potencial va acompañada de una disminución de placer. Con el tiempo, los sujetos sometidos a los experimentos llegaron incluso a indicar, a partir de la

5. *Experimentelle Ergebnisse iíber die Elektrische Funktion von Sexualitíit una Angst,* Sexpol Verlag, 1937. Véase también FO, p. 290.

intensidad de las propias sensaciones agradables, la intensidad de las variaciones de potencial que se producían en los aparatos de registración instalados en la habitación contigua.

«Estos resultados experimentales —concluirá luego Reich—[6] confirman la fórmula de tensión y de carga. Demuestran que la congestión de un órgano no es suficiente por sí misma para producir sensaciones vegetativas de placer. Para que la sensación de placer sea perceptible, además de la congestión mecánica del órgano es indispensable un aumento de la carga bioeléctrica. La intensidad psíquica de la sensación agradable es proporcional a la cantidad fisiológica del potencial bioeléctrico.

«Posteriores experimentos con substancias no vivas demostraron que este aumento lento y ondulado de potencial es una característica específica de la substancia viva. La substancia no viva o bien no presenta ningún tipo de reacción o bien produce saltos violentos, angulosos y bruscos de potencial.»

Reich descubrió también que el aumento de potencial de las zonas erógenas aumenta proporcionalmente a la «suavidad» del estímulo: cuanto más suave y dulce es el estímulo, tanto más rápido es el aumento de potencial. También es decisiva la actitud de mayor o menor inclinación psicológica del sujeto para el incremento de potencial.

De la misma forma que, de un modo regular, las sensaciones de placer van acompañadas del aumento, con la misma regularidad las sensaciones de angustia y de dolor van acompañadas de una disminución de potencial. Las personas con bloqueo emocional o vegetativamente rígidas —como por ejemplo los catatóni-cos— no muestran ninguna reacción bioeléctrica frente a los estímulos, o tan sólo una reacción mínima. En ellas, el potencial bioeléctrico de las zonas sexuales no se diferencia en mucho de las del resto del cuerpo.[7]

Otro elemento negativo para el aumento del potencial son *la frustración, la angustia y el hábito.* -Si durante la excitación el sujeto es espantado, la vuelta al mismo nivel de potencial es mucho más lenta, como si la excitación vegetativa fuera más «cauta». De un modo análogo si se utiliza como líquido electrolítico para la lengua una solución concentrada de azúcar, su potencial aumenta rápidamente. Pero si el aumento es interrumpido por la aplicación de una solución salina (o sea por un sabor desagradable) el potencial decae y la sucesiva aplicación de azúcar produce con dificultad nuevos aumentos. El aumento resulta también progresivamente menor si se aplica de un modo repetido y sucesivo la solución de azúcar.[8]

La importancia psicosociológica de estas observaciones sobre

6. FO, p. 292.
7. *Op. cit.,* p. 293.
8. *Op. cit.,* 294.

Los *efectos de la frustración, de la angustia y del hábito es evidente y constituye una confirmación de las tesis fundamentales de Reich sobre la pérdida de vitalidad del organismo en general y de su función sexual en particular, debida a las condiciones frustrantes, de angustia y de monotonía en que se desarrolla la vida amorosa de nuestra sociedad a causa de las costumbres represivas y obligatoriamente monogámicas que la gobiernan.*

No menos importante fueron las observaciones de Reich realizadas con la finalidad de verificar sus hipótesis de trabajo sobre la relación entre excitabilidad sexual y movilidad energética del organismo. Reich observó que si se invitaba a un sujeto a inspirar profundamente o *a* poner en tensión los músculos abdominales como en la defecación, el electrodo aplicado sobre la piel del abdomen, por encima del ombligo, indicaba una caída más o menos brusca del potencial de superficie, que volvía a subir con el relajamiento de los músculos y la expiración. En cambio, las variaciones eran casi nulas en los sujetos con bloqueo emocional o caracterizados por una fuerte rigidez muscular. Ya en sus observaciones clínicas de analista y vegetoterapeuta Reich había constatado que la inspiración lograba reducir las emociones: y había relacionado a esta exigencia represiva el culto de los militares por la posición de «pecho en fuera»; un culto —querría añadir— que encuentra su correspondencia en la desaprobación de las posiciones de expansión y abandono adbominal que tienen en común todos los bienpensantes: sacerdotes, «verdaderos señores», «mujeres de clase», diplomáticos, etc.[9]

Ahora podía relacionar estos fenómenos *sociológicos* con los fenómenos fisiológicos y encontrar en éstos una prueba de sus hipótesis *energéticas.* Ya en sus experiencias mecánicas sobre el potencial bioeléctrico de la piel, Reich había observado que dicho potencial disminuía bruscamente si la piel era sometida a una *presión externa.* Ahora, estudiando las variaciones del potencial en relación con la inspiración, debió concluir que disminuía también si la presión era ejercida desde el interior, o sea, mediante la presión que el diafragma ejerce sobre los órganos abdominales cuando, como sucede con la inspiración, desciende.

Pero este hecho constituía por sí mismo, por una parte, una confirmación de su hipótesis acerca de la existencia de un *campo energético continuo entre el centro y la periferia del organismo* y, por otra parte, un aliciente a su concepción del organismo como una vejiga membranosa, recorrida por corrientes energéticas. Pareció que confirmaba también la teoría de Kraus, de la que Reich había partido para sus experimentos, según la cual la vida del organismo estaba gobernada por el conjunto de cargas y descargas eléctricas en relación con las diferencias de potencial

9. *Op. cit.,* pp. 295-296.

de las mucosas y de las substancias en suspensión en los fluidos del cuerpo.

Sobre todo confirmó a Reich en la hipótesis vegetoterapéutica que el placer y la angustia eran las dos emociones fundamentales de la substancia viva, en torno a las que gravita el entero funcionamiento del organismo. De los experimentos había surgido que el placer era la única emoción capaz de aumentar la carga bioeléctrica de la piel (atestiguando de esta forma la presencia de un flujo energético del centro hacia la periferia) mientras que la angustia, el malestar, el dolor, la presión mecánica, la depresión psíquica y la muerte determinaban una caída de dicha carga.

El proceso biológico y fisiológico de expansión, como precisamente se manifiesta en la erección de un órgano o en la emisión de un pseudópodo, aparecía pues, tal como Reich había genialmente intuido en 1922, como la manifestación externa de un *movimiento de energía desde el centro hacia la periferia* del organismo y, viceversa, la caída de potencial bioeléctrico periférico que acompaña a la angustia daba testimonio de un proceso inverso de *retracción de la energía desde la periferia hacia el centro.* La fórmula que ya había sido anunciada en *Characteranalyse* en 1933 (placer - expansión - apertura hacia el mundo y viceversa dolor - contracción - huida del mundo) encontraba de esta forma un contenido energético preciso y una confirmación experimental.[10]

Los experimentos bioeléctricos sobre el orgasmo, pues, confirmaron una serie de intuiciones clínicas y biológicas de los años precedentes.

Dado que sólo la sensación agradable iba acompañada de un aumento de la carga de superficie, y dado que dicho aumento llegaba a su punto culminante en la excitación precedente al orgasmo, la sexualidad apareció en base experimental, tal como Reich había siempre sostenido, *el mismo núcleo de la vitalidad, la esencia misma de la vida.* A su vez la angustia, fundamental antítesis funcional de la sexualidad, apareció *análoga a la muerte,* aunque, sin embargo, *no idéntica a ella.* En la muerte, de hecho, se extingue la fuente central de energía del organismo, mientras que en la angustia la energía es solamente retirada de la periferia y acumulada en el centro, de donde el sentimiento de opresión, de constricción, de mordedura que acompaña a la angustia (una palabra que en su misma etimología —la palabra latina *angustia*— expresa precisamente este sentimiento de «falta de espacio», de constricción).

Estos hechos daban al concepto reichiano de sexoeconomía un nuevo significado en términos científicos y experimentales. La sexoeconomía aparecía ahora como la regulación (más o menos equilibrada según los casos) de la energía sexual, es decir

10. *Op. cit.,* p. 297.

vital, del organismo. Con este planteo se clarificaba el problema entero de la enfermedad.

Las neurosis aparecían ahora bajo una luz radicalmente diversa de la tradicional para el psicoanálisis. Dejaban de ser el resultado de los conflictos psíquicos no resueltos o de los traumas infantiles. Dichos conflictos y traumas asumían un valor patológico *solamente en cuanto determinaban disturbios fundamentales en la economía energética del organismo y se enraizaban somáticamente.* De aquí la imposibilidad de mantener la distinción psi-coanalítica tradicional entre perturbaciones psíquicas y somáticas: éstas aparecían ahora como perturbaciones *biológicas* (energéticas) que se manifestaban no solamente a nivel psíquico sino también a nivel físico. La psique y el soma eran una unidad funcional que actuaba en base a leyes biológicas: las enfermedades funcionales (y muy frecuentemente también las llamadas orgánicas) provenían de las distorsiones impuestas a dichas leyes (es decir, a la autorregulación energética, sexo-económica del organismo), por la educación, por la moralidad, por los hábitos represivos de una sociedad opresora.[11]

La «fórmula de la vida»

Bajo otro ángulo, sin embargo, los experimentos sobre el orgasmo no confirmaron totalmente las hipótesis de Reich.

Si por una parte, como hemos visto, revelaron que la excitación llevaba a un aumento de la carga bioeléctrica de la piel y de las mucosas, que caía bruscamente después del orgasmo, por otra parte también pusieron en evidencia algunos hechos que desaconsejaban una reducción demasiado rápida de los fenómenos orgásticos a fenómenos puramente bioeléctricos.

«Sin duda —escribiría luego Reich—[12] sería muy cómodo expresar la función del orgasmo con la terminología tradicional de la física. El organismo, entonces, sería tan sólo "una máquina eléctrica particularmente complicada"... Se ha intentado también aplicar la terminología del magnetismo mecánico al organismo vivo. Así decimos que una persona amada ejerce una "atracción magnética" o que la excitación nos "electriza"... En algunos de mis escritos iniciales, yo mismo había hablado de *bioelectricidad,* según la terminología corriente. Indudablemente, en nuestro organismo hay energía eléctrica, bajo forma de partículas coloidales y de iones dotados de carga eléctrica. La química de los coloides y la fisiología muscular actúan sobre una base bioeléctrica. Se puede hacer contraer los músculos con una corriente eléctrica. Y al peinarnos, liberamos "chispas eléctricas" de los cabellos.

11. *Op. cit.,* pp. 298-299.
12. CB, p. 4.

»A pesar de esto, existen numerosos fenómenos que desmienten radicalmente una interpretación electromagnética.

»En primer lugar, precisamente los efectos de "magnetismo" corporal. Muchos médicos y curanderos utilizan estas fuerzas "magnéticas" de una forma concreta. Para nosotros, es inconcebible que estas fuerzas que emanan de la materia orgánica coloidal y no metálica puedan ser magnéticas. Podemos por otra parte aportar pruebas concretas que demuestran que la energía orgánica de que estamos hablando no se identifica con el magnetismo de los metales.

»Si se aplica una corriente farádica a nuestro cuerpo, la percibimos como algo extraño a él, como "no orgánica". La energía eléctrica, aunque sea en mínima cantidad, produce solamente *disturbios* de las funciones normales: si se aplica, por ejemplo, a los músculos se logran solamente unas contracciones no naturales, sin coordinación, "insensatas". Es absolutamente imposible, aplicando una corriente eléctrica, producir un movimiento orgánico que tenga la más remota semejanza con los movimientos vitales cotidianos de los sistemas o de los grupos musculares... Y viceversa, los disturbios de la funcionalidad biológica provocados por la corriente eléctrica muestran claramente su naturaleza eléctrica: los movimientos resultantes son rápidos, bruscos, angulados, exactamente como los fenómenos oscilográficos que se obtienen al frotar un electrodo sobre el metal.»

Reich observó además que si la corriente eléctrica es aplicada a una preparación de músculo liso, la reacción es lenta y ondulada: muy diversa de la del músculo estriado. «Hay pues algo desconocido que se interpone entre el estímulo eléctrico y la reacción muscular.»

Es más: nuestros mismo órganos sensoriales nos dicen que nuestras emociones (que son sin duda alguna manifestaciones de la energía de nuestro organismo) son radicalmente diversas de las reacciones provocadas por un *shock* eléctrico. Nuestros órganos sensoriales no logran por otra parte captar las ondas electromagnéticas, a pesar de que la atmósfera esté llena de ellas. Nada sentimos en proximidad de una emisora de radio, ni de un cable de alta tensión. ¡Si nuestra energía vital fuera electricidad, sería incomprensible el hecho que reaccionemos a la luz visible, y no a las demás, ni a los electrones de un aparato radiológico![13]

Por último, y éste fue un fenómeno que no dejó de impresionar a Reich precisamente en relación con sus experimentos sobre el orgasmo, las variaciones de potencial eléctrico registrables en nuestro cuerpo o determinables en él son tan microscópicas (me-dibles solamente en milivoltios) en relación con las cargas y descargas energéticas y motrices del organismo, que es imposible establecer ninguna relación directa entre los dos tipos de fenómenos.

13. *Op, cit.,* p. 5.

Muchos indicios llevaban a hacer pensar que los fenómenos bioeléctricos registrados en la función del orgasmo, como en cualquier otra función vital, eran sólo fenómenos concomitantes a procesos energéticos de otra naturaleza. Reich recordó a este punto las obras de los filósofos y de los biólogos vitalistas que le habían entusiasmado en su juventud: Driesch y su *entelequia,* Bergson y su *élan vital,* Pflüger y su hipótesis de una relación entre el fuego y la energía vital. Sobre todo, le volvieron a la mente las palabras de Kammerer:

«Si quisiera indicar un credo científico todavía indemostrable, diría: "La existencia de una energía vital específica me parece extremadamente probable." Con este término entiendo una energía no térmica, ni eléctrica, ni magnética, nj cinética (y sin embargo ni oscilatoria ni radioactiva), ni una combinación *de* todos estos tipos de energía o de algunos de ellos, sino una energía específicamente característica de los procesos a los que damos el nombre de "vida". Lo cual no significa que dicha energía esté circunscrita a los cuerpos naturales que llamamos "seres vivos": está presente, sin duda, en los procesos de formación de cristales. Quizás, por este motivo, sería adecuada la denominación de "energía formativa"... Pero dicha energía nada tiene de "metafi-sico", a pesar de ser diversa de las restantes energías físicas conocidas. No es una misteriosa "entelequia" (Aristóteles, Driesch) sino una simple energía natural. De la misma forma que la energía eléctrica está relacionada con los fenómenos eléctricos y la energía química con los fenómenos químicos, esta energía está en relación con los fenómenos de la vida y el desarrollo y variaciones de las formas. Sigue sin duda alguna la ley de la conservación de la energía. Es convertible en otras formas de energía, de la misma forma que, por ejemplo, el calor es convertible en energía cinética y viceversa.»

Pero, ¿qué es esta energía específica y cómo individualizarla? Si la fórmula del orgasmo «tensión-carga-descarga-distensión» reseguía en lo fundamental los procesos de crecimiento y de división celular, así como el funcionamiento de numerosos órganos (corazón, vejiga, riñon, etc.), era legítima la hipótesis que también debiera buscarse en el ámbito de dicha fórmula la solución al problema de la *biogénesis,* del mismo origen de la vida.

Reich era empujado a llegar a esta conclusión por la observación del proceso de subdivisión del óvulo fecundado. Recordó que varios estudios experimentales de ilustres biólogos habían demostrado que dicha subdivisión se basa en el proceso de tensión y carga.

«Cuando el óvulo es fecundado y toma la energía del espermatozoo, el primer fenómeno que surge es su *tensión:* absorbe fluidos y su membrana se pone tensa. Lo que significa que la presión interna y la tensión superficial aumentan simultáneamente. Cuanto mayor es la presión interna del óvulo, tanto mayor es la difi-

cultad de la membrana para resistir. Estos procesos continúan siendo totalmente determinados por la antítesis entre presión interna y tensión superficial. Una vejiga puramente inerte, llegada a este punto, si sufriera una nueva tensión, explotaría. En el óvulo, en cambio, empieza a producirse un fenómeno que es característico de la substancia viva: la tensión produce una contracción... En la célula óvulo la tensión mecánica provocada por el aumento interno va acompañada de una *descarga eléctrica.* En un determinado momento, la membrana empieza a contraerse: esto sucede en el punto de mayor circunferencia de la esfera, es decir, en el punto de máxima tensión: el ecuador o un cualquier meridiano de la esfera. Como se puede observar al microscopio, la contracción no es un proceso gradual y continuo, sino que es dificultoso y discontinuo. La tensión de la membrana se opone a la presión interna que es de esta forma cada vez más intensa. Se puede observar como la presión interna y la tensión superficial provocan un mutuo aumento. El resultado es una vibración, ondulación y contracción visibles. La contracción de la circunferencia mayor de la esfera se acentúa y consecuentemente aumenta la tensión interna... Existe un solo medio para disminuir la presión interna (a parte la explosión): la división de la esfera en dos esferas menores que con el mismo contenido tendrán una mayor superficie de membrana disminuyendo la tensión.

»La subdivisión del óvulo fecundado corresponde pues a un proceso de *relajamiento,* de *distensión...*

«También pues la división celular sigue el ciclo en cuatro tiempos de la fórmula del orgasmo: tensión-carga-descarga-disten-sión. Este proceso es el proceso biológico más importante y significativo. La fórmula del orgasmo merece pues ser definida como la "fórmula de la vida".» [M]

En 1935, Reich se dio cuenta de que en el orgasmo —esta función esencial del organismo tan ignorada y evitada por causas neuróticas por los científicos de todos los tiempos y de todos los países— podía radicar el secreto de la vida.

En 1934-1935 Reich había gastado ya casi 3.000 coronas noruegas, sacándolas de sus ganancias en biopsiquiatría, para procurarse los aparatos eléctricos (y en particular el oscilógrafo) necesario para sus experimentos sobre los fenómenos bioeléctricos del orgasmo. Pero para intentar el estudio de los procesos de formación de la vida a nivel celular y precelular le hacía falta evidentemente un potente microscopio, que no podía comprarse. Afortunadamente una alumna suya, la doctora Lotte Liebeck, que había colaborado con Reich en los experimentos bioeléctricos, le regaló un magnífico microscopio Leitz de 1.500 aumentos junto con un aparato para la microfotografía.[15]

14. FO, pp. 222-223.
15. PT, p. 203.

El mismo día en que le llegó el microscopio, Reich empezó a pensar en el mejor modo para controlar su hipótesis. Después de haber inútilmente observado al microscopio todos los materiales posibles, tuvo de golpe una idea luminosa: el organismo se alimenta siempre con substancias *orgánicas,* es decir, con substancias que han sido vivas. Si pues el organismo vivo saca nuevas energías vitales de substancias que han sido vivas, en estas substancias se debería encontrar algún hilo de este obscuro ovillo de la biogénesis.

Los alimentos contienen, según la ciencia médica, «substancias químicas» que el organismo extrae e integra en los propios fluidos. Se trata de un proceso en el que la ciencia tiene mucho que aprender aún. Reich pensó que debía ser simple observar al microscopio las diversas substancias alimenticias.

Pero afortunadamente —como escribirá más tarde—[16] no tenía un equipo de bioquímicos a sus órdenes que estudiaran para él las substancias alimenticias, catalogándolas metódicamente como grasas, azúcares y proteínas. Si hubiera procedido de esta forma «rigurosamente científica» no habría podido descubrir la naturaleza *biónica* de todas las substancias que precedentemente habían podido *hincharse* (por calentamiento, fermentación o absorción de líquidos). Empujado por el problema de la relación entre las substancias alimenticias y el organismo, se lanzó al trabajo «como un loco»: echó carne, patatas, verduras de todo tipo, leche, huevos en una olla llena de agua. Hizo cocer la mezcla durante media hora, sacó una muestra y se precipitó al microscopio. Lo que vio era «de locos» como el procedimiento seguido para el experimento: pensaba poder distinguir las varias substancias al microscopio; en cambio el preparado aparecía compuesto sólo por vesículas, de tamaño diverso, pero fundamentalmente con las mismas características. También los almidones y las grasas presentaban ahora el mismo aspecto aunque más grandes. El amasijo cocinado por él aparecía pues como una masa substancial-mente homogénea. Las vesículas presentaban una luminosidad azul o verde azulada. Con 1.500 aumentos Reich logró distinguir movimientos en las vesículas, aunque no con suficiente claridad. Pidió a la casa Leitz el objetivo con mayor aumento disponible y obtuvo uno de 150 aumentos que unido a un ocular de 16 ó 25 aumentos le permitió llegar casi a los 5.000 aumentos. Evidentemente, se daba cuenta (contrariamente a lo que entonces dijeron y continúan diciendo sus detractores) que más allá de 2.000 aumentos era imposible observar con claridad las estructuras, pero lo que quería observar no eran las estructuras, sino los movimientos internos de las vesículas. Y no cabía duda alguna acerca de dichos movimientos internos cuando se observaban las vesículas con tales aumentos. *A partir de las vesículas, a veces en po-*

16. *Op. cit.,* p. 204.

eos *minutos, se desarrollaban protozoos y otros microorganismos.*

Luego, Reich quiso ver si los mismos fenómenos de disgregación vesicular y de movilidad interna de las vesículas se producían independientemente de la cocción de los alimentos. Dejó, pues, varias substancias sumergidas en un baño de cloruro de calcio durante mucho tiempo a temperatura ambiente. El desarrollo de las vesículas, de sus movimientos y de los microorganismos tenía lugar mucho más lentamente al cabo de días o de semanas según las substancias sumergidas en la solución, pero se producían siempre fuera cual fuera la substancia sumergida.[17] Poco a poco, «apareció evidente que la movilidad interna de las vesículas debía atribuirse a una energía que se desarrollaba en la materia durante la inmersión o la cocción»: Reich dio el nombre de «biones» a aquellas formas elementales para subrayar que de ellas derivaban las formas ulteriores de vida biológica (protozoos, bacterias, microbios y así subiendo progresivamente hasta el hombre) y definió los biones como «vesículas de energía», por el simple hecho que su movilidad interna era por sí misma un trabajo y un trabajo sin energía es inconcebible. Dado que, tanto en Italia como en el extranjero, han sido ya publicados los informes técnicos debidamente detallados de los experimentos sobre los biones,[18] podemos aquí evitar su repetición y limitarnos a recordar algunas circunstancias biográficas de aquellos históricos experimentos.

Naturalmente, Reich chocó inmediatamente con las críticas de los partidarios de la «propagación atmosférica». La observación microscópica y la microfotografía le habían revelado claramente la formación de los protozcos a partir de los biones que se desarrollan en el musgo y en la hierba sumergidos en agua. Sin embargo, para proceder con mayor seguridad, se dirigió al Instituto Botánico de Oslo pidiendo cómo podía obtener amebas. El botánico del Instituto le respondió que era la cosa más simple de este mundo: bastaba preparar una infusión de hierbas, para obtener amebas. Reich le pidió de dónde provenían los protozoos que se encontraban en la infusión. «Es obvio que del aire», le respondió atónito el botánico. «Y al aire, ¿cómo han llegado?», insistió Reich. «No se sabe», respondió el botánico, callando el hecho que nadie había logrado nunca hasta entonces (ni ha sido nunca logrado) preparar cultivos de protozoos que provengan del aire.

Reich de un modo escrupuloso realizó una serie de minuciosos experimentos que le convencieron del hecho de que no existen gérmenes protozoicos en la atmósfera. Durante años, intentó centenares de veces extraer protozoos del aire, pero fue en vano. Estos fantomáticos «gérmenes atmosféricos» —comentará luego

17. *Op. cit.,* p. 205.
18. TO, pp. 238 y ss.

Reich—[19] existen sólo en la mente de los biólogos mecanicistas. Y esta incapacidad de los biólogos mecanicistas de estudiar los fenómenos naturales, prescindiendo de la teoría de la «propagación atmosférica», ha sido y es un factor decisivo de la carencia de resultados de todas las investigaciones llevadas a cabo hasta el presente por la ciencia oficial, sobre el origen y el tratamiento del cáncer.

Los biones

Antes de describir con cierto detalle las visicitudes de los experimentos con los biones, será conveniente referirnos a los problemas con los exponentes de la «ciencia oficial» noruega, que dieron origen a la campaña de difamación organizada por la prensa fascista. Cuando se persuadió de que los biones y los microorganismos que derivaban de ellos no podían en modo alguno ser atribuidos a la «propagación atmosférica» dado que se desarrollaban en pocos minutos a partir de material estéril, mientras que el desarrollo de microorganismos a partir de «propagación atmosférica» exigían por lo menos 24 horas, Reich se preguntó si las formas vivas que había obtenido eran idénticas o diversas de las formas conocidas. Ignorando que después de un cierto tiempo los biones degeneran en bacilos (en general estafilococos) envió al profesor Tjótta, director del Instituto de Bacteriología de la Universidad de Oslo, un preparado de biones rogándole que le dijera si se trataba de formas vivas conocidas. Tjótta, con la reacción provocatoria característica de tantas personalidades acorazadas, en vez de responder a Reich hizo inmediatamente una comunicación a la prensa diciendo que había «controlado» los experimentos de Reich y que había constatado que las preparaciones de Reich no contenían «más que bacilos comunes» y que estaba persuadido de que Reich tenía menores conocimientos biológicos que un «estudiante de primer año de biología».[20]

Es análoga la historia del choque con Kryberg, el conocido cancerólogo noruego. Un día en que Kreyberg había ido a visitar a Reich, éste le pidió si sabía reconocer las formas alargadas que se movían en el campo del microscopio a 4.000 aumentos. Kreyberg miró a través del ocular y no logró decir de qué se trataba. Cuando Reich le dijo que se trataba de células cancerógenas Kreyberg quedó muy sorprendido, y Reich atribuirá a este mal papel profesional el sucesivo comportamiento de Kreyberg, que se unió, como hemos visto, a la campaña de difamación de la prensa fascista noruega.

En otra ocasión, Kreyberg dijo a Reich que quería ver sus

19. CB, p. 206.
20. PT, p. 209.

biones de carbón. Reich calentó un preparado de polvo de carbón hasta la incandescencia, lo sumergió en una solución de cloruro de calcio y pocos minutos más tarde extrajo una pequeña muestra y la colocó en el microscopio a 3.000 aumentos. Los biones fueron inmediatamente visibles: formaciones muy móviles, vibrantes y aureolados con una luminiscencia azul. Kreyberg miró en el microscopio y quedó vivamente sorprendido. Dijo que quería ver el «caldo de cultivo» del que había sido extraída la muestra: evidentemente pensaba que se trataba de una solución no estéril. Reich se extrañó ya que el mismo Kreyberg había visto la solución límpida en la que había sido sumergida la muestra. Sin embargo le complació y colocó en el microscopio una gota de la solución con el mismo aumento. Naturalmente en el campo del microscopio no aparecía señal alguna de vida. Kreyberg, cada vez más asombrado, le pidió que le diera un cultivo de biones para estudiarlos en su casa. Reich dudó ya que sabía que Kreyberg no tenía el conocimiento suficiente de los biones para realizar las comprobaciones, pero al fin cedió y le dio una muestra del preparado inoculado en agar. Poco después Kreyberg comunicaba a la prensa que los cultivos de biones que le había dado Reich contenían «solamente estafilococos».

La reacción de Kreyberg —comentará Reich—[21] era comprensible en ambos casos: como biólogo mecanicista acostumbrado a observar en el microscopio sólo preparados «estériles», es decir, preparados en que las formas vivas han sido matadas, desecadas y coloreadas, Kreyberg no podía ni reconocer una célula cancerosa viva ni distinguir un bion de un estafilococo por la simple razón de que el bion, cuando es esterilizado y coloreado en los habituales preparados de laboratorio, toma un aspecto muy semejante al de los estafilococos.

Todos los que posteriormente acusaron a Reich de haberse encerrado en una actitud de desconfianza frente a la ciencia oficial, deberían tener presente estas dolorosas desilusiones sufridas por la inicial ingenua actitud reichiana de confianza. A finales de 1936, Reich logró, con el experimento llamado número 6 o «6c», producir biones de tal forma que era posible observar sus modos de formación y que el paso por el autoclave, en vez de extinguir o reducir la formación y los movimientos vesiculares, los acentuaba. Hizo una comunicación sobre ello a la Academia de Ciencias de París en enero de 1937.[22]

Esperaba poder enviar junto a la muestra de biones para ser examinada, un microfilm que ilustrara su formación, pero, por los motivos que veremos más tarde, resultó imposible. Sin embargo quizás no fue desafortunado del todo, ya que provocó un retraso del control llevado a cabo por la Academia que redundó

21. *Op. cit.,* p. 211.
22. CB, p. 19.

en beneficio de Reich. Después de haber esperado en vano durante muchos meses la llegada del microfilm, el profesor Louis La-pique, profesor honorario de fisiología en la Sorbona, examinó las muestras, esterilizadas y conservadas en recipientes herméticamente cerrados y, con gran sorpresa, descubrió en ellas numerosos organismos vibrátiles y dotados de movimientos vivos. Escribió una carta a Reich que vale la pena reproducir enteramente:

Universidad de París
Facultad de Ciencias Naturales
Laboratorio de Fisiología General

Sorbona, 25 de enero de 1938

«Distinguido Doctor Reich,

»Encargado por la Academia de Ciencias de estudiar su comunicación del 8 de enero del pasado año, he estado esperando en primer lugar el film anunciado. Luego, no habiéndolo recibido, he examinado al microscopio las muestras que había unido a su primera carta. En efecto, he constatado los movimientos de apariencia viva de los que Vd. hablaba. *Hay sin duda algo raro, dado el largo período de tiempo pasado entre la preparación de las muestras y mis observaciones.*

»Estoy dispuesto a proponer a la Academia una breve publicación de sus constataciones, seguida de una breve nota personal mía confirmando el hecho y dando una interpretación físico-química. Dejando de lado su teoría eléctrica que nada tiene que ver con el experimento, ¿estaría dispuesto a aceptar que su comunicación fuera simplemente inserida bajo la forma de extracto que le adjunto y que constituye su parte más importante? Creo que de esta forma quedaría satisfecho su deseo de publicar sus investigaciones en nuestros Anales.

«Acepte, distinguido Doctor, la expresión de mi mayor consideración.

Prof. Louis Lapique
Profesor Honorario de la Sorbona
Miembro de la Academia Francesa de Ciencias»

La reacción del profesor Lapique era característica de la actitud de las llamadas «autoridades científicas»: acababa de poder constatar la exactitud de las observaciones de Reich y pretendía ya publicarlas mutilándolas de las interpretaciones teóricas que había dado su autor y acompañándolas ya de una interpretación del ilustre e infalible profesor Lapique. Una y otra vez, en definitiva, las diversas «autoridades científicas» negaron la validez de las observaciones de Reich o, cuando la admitieron, intentaron «enterrar» las interpretaciones reichianas.

Como era lógico Reich no aceptó la publicación de la comunicación mutilida, ya que además habría hecho desaparecer completamente el carácter *biológico* del experimento, carácter que entretanto Reich había podido demostrar logrando *cultivos de biones,* tal como el biólogo Roger Du Teil de la Universidad de Niza reconoció.[23]

Aún un ejemplo de las reacciones de la ciencia oficial a las proposiciones de colaboración de Reich. Cuando logró obtener los biones con el experimento número 6, Reich se dirigió a través de algunos amigos, al profesor Albert Fischer, del Instituto de Biología de la Universidad de Copenhague, rogándole le permitiera utilizar el aparato de microfotografía del Instituto para filmar los procesos de formación de los biones, que había prometido a la academia Francesa de Ciencias. Al principio Fischer se mostró amistoso y Reich se trasladó por algunos días a Copenhague para la repetición del experimento número 6. Apenas Reich empezó a preparar la pasta para el experimento, a base de agua, cloruro de calcio, clara de huevo, lectina fresca, caldo de cultivo y gelatina, Fischer le preguntó irónicamente si se disponía a preparar un pastel. Fischer tenía un microscopio de 1.500 aumentos, y Reich le advirtió que para la observación de los movimientos internos de los biones son necesarios por lo menos 2.000 aumentos. Fischer se puso furioso y dijo que con un tal aumento es imposible distinguir con claridad las estructuras. Y Reich debió responder por enésima vez que no eran las estructuras lo que pretendía observar, sino *los movimientos de las y en las* estructuras. Uno de los asistentes de Fischer propuso entonces intentar con una mancha de Giemsa (que sirve para distinguir las formas vivas). Reich aceptó, se hizo la coloración inmediatamente y se evidenciaron formas que reaccionaban positivamente: la impresión fue profunda ya que habían transcurrido pocos minutos de la ebullición de la pasta y la presencia de formas vivas aparecía muy extraña. Pero una vez más la teoría de los «gérmenes atmosféricos» fue sacada a relucir para dar una explicación a todo.

Reich volvió a Oslo y encargó a Leunbach, su compañero de lucha en la Liga Internacional para la Reforma Sexual, que mantuviera el contacto con Fischer. Poco después, sin embargo, Leunbach escribió a Reich que Fischer había reaccionado de un modo extraño, en una ocasión en que lo encontró, afirmando no sólo que Reich «carecía de autocrítica» y se abandonaba a «fantasías» y a las habituales «viejas fábulas» sobre biogénesis, sino incluso llegando a negar que se hubiera efectuado la mancha de Giemsa y que con ella hubiera sido posible observar formaciones vivas pocos minutos después de la ebullición de la pasta.

Posteriormente, Reich intentará explicarse esta actitud de la ciencia oficial y de sus adoradores con las bellas palabras del famoso biólogo alemán Uxküll en su obra *Umwelt una Innen-welt der Tiere (El organismo animal y su ambiente):*

23. *Op. cit.,* p. 20.

«La palabra "ciencia" ha pasado a ser un fetiche ridículo. Es oportuno recordar que la ciencia no es más que la suma de las opiniones (a menudo divergentes) de los científicos vivientes... Poco a poco las opiniones de los científicos precedentes se olvidan, se modifican o son sumariamente descartadas. De modo que, sin exageración alguna, a la pregunta "¿Qué es la verdad científica?" se puede responder: "Es el error de hoy"... Esperemos tan sólo poder pasar de errores graves a errores menos graves. Pero, por lo que se refiere a la biología, es muy dudoso que se esté dando este proceso.»

Teniendo como telón de fondo este prudente «memento» de Üxküll, Reich ha indicado algunos hechos específicos que dificultan el progreso de la biología:

«Uno de los problemas esenciales de la biología —escribe—[M] radica en que la función de las estructuras (músculos, nervios, glándulas, etc.) son comprensibles desde un punto de vista mecánico, mientras que las funciones del protoplasma parecen milagrosas. Quizás la diferencia fundamental entre el protoplasma y una máquina está en el hecho que, como dice Üxküll, "una máquina fluida es inconcebible". El protoplasma funciona basándose en unas características que las máquinas no poseen: funciona sin necesidad de una estructura; se perpetúa mediante el equilibrio entre asimilación y desasimilación (es decir, mediante una función y no una estructura material) y apenas la función del protoplasma cesa, la misma substancia material se disgrega. O sea que la misma estructura material depende de la función del protoplasma vivo: "El animal es un accidente", como decía Jennings. Ahora bien, estos hechos son incomprensibles para una biología con una orientación química y mecanicista.»

Los hechos expuestos hasta el presente habían convencido a Reich de que la energía del orgasmo era la misma que actuaba en todas las funciones vitales empezando por la reproducción celular y, aún antes, en la misma formación de la materia viva. Sus experimentos sobre biones desarrollados a partir de substancias orgánicas habían sólo confirmado que aquella energía estaba presente en substancias que en un tiempo anterior habían sido vivas: pero, aquellas substancias, a su vez, ¿de dónde habían sacado dicha energía?

Algunos decisivos experimentos pusieron en evidencia que no se trataba de una energía *exclusiva* de la materia viva. Como se recordará, para refutar la teoría de la «propagación atmosférica», Reich puso en autoclave durante media hora a temperatura de 120° las preparaciones destinadas a los experimentos de biogénesis y constató que en dichas preparaciones la formación de biones, y luego de protozoos, se verificaba aún con mayor rapidez. La rapidez se aceleró aún cuando calentó hasta la incandescencia cristales de carbón o de humus: en todas estas preparaciones, como en las que había sometido al autoclave, estaba garantizada la esterilización absoluta, y sin embargo los biones y luego los microorganismos se desarrollaban con mayor rapidez. Por último, la disgregación vesicular se llegó a producir incluso en substancias inorgánicas, como el hierro y los silicatos.

Estos hechos convencieron a Reich de que la energía que se desprendía de los biones estaba presente no sólo fuera de la materia viva, sino incluso fuera de la materia orgánica (o sea, substancias que anteriormente habían sido materia viva).

Pero ¿cuál era el origen de esta energía y cuáles eran sus características?

El extraño poder de los SAPA

Un vanal error de laboratorio le colocó frente a unos hechos desconcertantes que le indujeron a responder a las anteriores preguntas con dos respuestas que influenciaron en un modo decisivo todas sus futuras investigaciones: *la energía «biogenética» provenía de la atmósfera y podía tomar un carácter de radiación.*

Pero vayamos con orden. En enero de 1939 un asistente de Reich presentó el experimento de bionogénesis por incandescencia a un visitante del laboratorio pero, por error, en vez de calentar humus, calentó *arena oceánica.* Pasados dos días, en el cultivo de cloruro de potasio apareció una formación que, inoculada a yema de huevo y agar, determinó una nueva formación amarillenta. Este nuevo tipo de cultivo de biones resultó «puro», es decir, compuesto por *un solo tipo de vesículas.* A 400 aumentos, las agrupaciones de estos biones tenían un aspecto parecido a las *sarcinas* que a veces se pueden observar en el agua común. Pero a 2000-4000 aumentos se veía que se trataba de agregados de 6 a 10 vesículas, que fueron llamadas SAPA (del inglés *sana,* arena, y *packet,* paquete, agregado). Estos biones presentaron características extraordinariamente interesantes. En primer lugar, su efecto sobre los protozoos, sobre los bacilos en general y sobre las células cancerosas causó estupefacción: mataban o paralizaban todos estos microorganismos a una distancia de unos 10 microns. Reich logró filmar repetidas veces cómo la célula cancerosa, llegada a aquella distancia de los biones SAPA, se paraba, empezaba a girar sobre sí misma y por último quedaba inmóvil.

De estas observaciones, Reich tomó el material para una monografía, *Experiencias con los biones sobre el problema del cáncer;*[25] que constituye su primera aportación a las investigaciones sobre el origen y el tratamiento del cáncer destinadas a terminar trágicamente, casi veinte años más tarde, en un tribunal y en una prisión de los Estados Unidos.

24. CB, p. 41.

25. *Bion Experiments on the Cáncer Problem.* Sexpol Verlag, Oslo, 1939.

Pero los biones SAPA le reservaron otras grandes sorpresas. Se dio cuenta de que el ojo con que miraba al microscopio se inflamaba cada vez mientras que nada le ocurría cuando observaba otro material. Extendió entonces un poco de cultura de biones SAPA sobre una lámina de cuarzo y la aproximó a la piel durante unos 10 minutos. En el lugar en que había sido apoyada la lámina de cuarzo, surgió una mancha anémica con un margen hiperémico.

Convencido ya de estar tratando con una radiación (dado que entre la piel y el cultivo había permanecido siempre interpuesta la lámina de cuarzo) se dirigió al profesor Maxnes, experto en radioterapia de la Clínica Oncológica de Oslo. Pero los cultivos de SAPA no produjeron ninguna reacción en el electroscopio de radium. Y sin embargo la reacción epidérmica hacía pensar en energías potentes: se producía después de pocos minutos de exposición (no de contacto) a los biones SAPA, mientras que con los rayos X o el radium se produce sólo después de algunos días.[26]

Entretanto se acumularon otros hechos significativos. Después de un par de semanas, el lugar en que había sido colocada la lámina de cuarzo con el cultivo de SAPA estaba muy inflamado y producía dolor. Además, el aire de la habitación en que se conservaban aquellos cultivos tendía a hacerse «oprimente» y todos los que permanecían en ella se lamentaban de fuertes dolores de cabeza, si las ventanas estaban cerradas aunque fuera por poco tiempo. Reich intentó impresionar algunas placas fotográficas con los cultivos, pero, con gran sorpresa, todas las placas que había comprado (no sólo las que habían estado en contacto directo con los cultivos) estaban veladas. Parecía que, en la habitación de los cultivos, la radiación estuviera presente en todas partes. Era una conclusión desconcertante, que convenció a Reich de la imposibilidad de aislar, controlar y observar las misteriosas radiaciones mediante placas fotográficas y le indujo *a.* intentar otras observaciones.

Intentó entonces otro camino, procediendo a simples y directas observaciones visuales en el subterráneo donde conservaba los cultivos. Cuando los ojos se hubieron adaptado a la oscuridad, la habitación dejó de parecerle negra tomando un color gris azulado. Vio formaciones de neblina y algunos puntos y líneas de luz azulada, a veces violeta. Vistas a través de una lupa, estas impresiones luminosas aparecían *más grandes,* mientras que, al contrario, vistas a través de cristales oscuros aparecían menos claras: dos pruebas de que se trataba de imágenes objetivas, externas al ojo del observador. Después de casi dos horas de permanencia en el subterráneo oscuro, Reich pudo ver que de la palma de su mano, de las mangas de su camisa y, mirándose al espejo, de sus cabellos provenía una luminiscencia azulada[27] (observaciones análogas —querría añadir— han sido hechas recientemente por un grupo de espeleólogos después de permanecer por largo tiempo, sin luz, en una caverna francesa).

26. CB, p.72.

Las radiaciones tenían el efecto de oscurecer la piel y de irritar los ojos: más de uno que trabajaba en los experimentos tuvo conjuntivitis más o menos intensas. Una vez, uno de ellos dijo saliendo del subterráneo oscuro después de una permanencia de un par de horas: «¡Tengo la impresión de haber estado mirando por largo tiempo el sol!» Estas palabras provocaron una idea luminosa en Reich: ¡quizás se trataba precisamente de energía solar que la arena había absorbido durante millones de años y que la disgregación biónica había liberado! Por audaz que pudiera parecer esta hipótesis, podía explicar las conjuntivitis y la irritación y oscurecimiento de la piel.

Pero Reich buscaba algo más sólido que las simples hipótesis o impresiones subjetivas: buscaba una prueba experimental de la existencia de dichas radiaciones. Y un día, mientras estaba trabajando en un experimento que exigía un voltaje elevado, se puso un par de guantes de goma y acercó las manos al electroscopio: con gran sorpresa la hoja del electroscopio reaccionó vivamente apartándose hacia un lado y adhiriéndose tenazmente a la pared del electroscopio. El hecho de que los aislantes puedan cargarse eléctricamente le era conocido, pero ¿cómo era explicable aquella *enaz adhesión del aluminio no magnético al vidrio, que es un aislante y *no había sido frotado en ningún modo?* Resultó que los guantes habían permanecido durante un tiempo cerca de un cultivo de biones SAPA. Para controlar el fenómeno, Reich puso repetidas veces los guantes alternativamente y por separado al aire libre y dentro de una caja metálica que contenía biones SAPA. El guante sacado de la caja determinaba cada vez la fuerte reacción del electroscopio. Reich logró producir la misma reacción exponiendo a los cultivos SAPA otros materiales orgánicos: papel, celulosa, algodón, etc. Dichas substancias, al contrario, se «descargaban» y dejaban de producir cualquier tipo de reacción si eran expuestas a la humedad, a la ventilación a la sombra, o a una manipulación prolongada.[28]

De la «bioelectricidad» al argón

Reich empezaba a estar satisfecho de sus resultados, cuando descubrió que la fuerte reacción del electroscopio se producía también frente a un par de guantes de goma nuevos que *nunca habían sido expuestos a los cultivos SAPA.* Una vez más, Reich

27. *Op. cít.,* p. 74.
28. *Op. cit.,* p. 76.

pensó en la energía solar. ¡Y la fuerte reacción al electroscopio se produjo! Intentó de nuevo innumerables veces el experimento y el resultado se repitió cada vez. La hipótesis que la energía de los biones SAPA fuera energía solar parecía ahora confirmada, en primer lugar por la reacción de los organismos a los biones (tan análogas a las producidas por la exposición a los rayos solares), y en segundo lugar por la idéntica reacción electroscópica con los guantes de goma expuestos a los cultivos SAPA y a los rayos solares. Pero, llegado a este punto, Reich no podía olvidar sus experimentos iniciales con los biones ni la hipótesis de que habían partido: es decir, que la energía presente en el orgasmo era la misma que actuaba en la reproducción celular, en toda forma de vida y en el mismo proceso de generación de la vida a través de la disgregación biónica de la materia. Coherentemente con esta hipótesis de trabajo, colocó los guantes de goma «descargados» sobre la piel del abdomen de un paciente con gran vitalidad vegetativa: después de 5 a 15 minutos al máximo los guantes se habían cargado hasta el punto de determinar una fuerte reacción electroscópica. También esta vez, el experimento repetido varias veces dio siempre el mismo resultado. Sin embargo, tal como Reich se esperaba, en los sujetos vegetativamente inactivos y con escasa expiración (recuérdese la función energéticamente estimulante que la expiración tiene en la visión reichiana del proceso respiratorio) la reacción era más débil. Reich dio cuenta sumariamente de estos experimentos en su última monografía noruega *Tres experimentos con el electroscopio estadístico.*[29]

Se habían hecho comprensibles —escribirá Reich dos años más tarde—[30] muchos fenómenos que hasta entonces habían permanecido oscuros. Estaba tratando evidentemente con una energía desconocida dotada de una actividad biológica específica. Dicha energía se producía en la materia calentada hasta la incandescencia y dilatada en soluciones adecuadas. Probablemente se producía mediante la disgregación vesicular de la materia. Dicha energía provenía además en forma de radiaciones del sol y por ello estaba presente «en todas partes»... La energía descubierta estaba presente también en los organismos vivos, que evidentemente la toman de la atmósfera y directamente del sol.

«Era la misma energía con la que mis biones destruían las bacterias y las células cancerosas: la única diferencia estaba en el hecho de que, en este caso, la energía estaba *contenida* en las minúsculas vesículas azuladas.»

La energía fue bautizada *argón.* Este término indica la historia de su descubrimiento, y en concreto al hecho que se había llegado

29. *Drei Versuche am Statistichen Elektroscop,* Klin, und Experim. Berichte, núm. 7, Sexpol Verlag, Oslo, 1939, Reeditado en OEB, III, 3.
30. IJSEOR, vol. I, núm. 2, julio 1942, p. 121, y también GB, p. 77.

a su descubrimiento a través de la fórmula del orgasmo, y a su efecto biológico (el de cargar las substancias orgánicas).

Este fragmento tiene una importancia histórica. Podemos con él terminar de forma válida la exposición de las investigaciones noruegas de Wilhelm Reich y puede servir de introducción a las realizadas en América. Como vemos, aunque normalmente se identifica el período americano con el período «orgonómico» de Reich, en realidad las premisas experimentales y teóricas de la orgono-mía fueron establecidas ya durante el último año de su estancia en Noruega. De todas formas es probable que la investigación orgonómica no habría podido jamás tomar en Europa el desarrollo que tomó en los Estados Unidos. Como observa Reich en más de un lugar, la campaña de difamación de la prensa noruega. Junto con la avalancha de calumnias provocada en su contra por los ambientes psicoanalíticos y marxistas, comunistas y nazis, democristianos y socialdemócratas, científicos y policiescos, estaba impidiendo cualquier actividad científica seria en el Viejo Continente. Estúpidamente odiado, calumniado y ridiculizado por los fariseos de las iglesias políticas y académicas más dispares, el hijo más genial y generoso de la vieja Europa había dejado de tener ningún lazo que le uniera a una tierra oscurecida por la sombra siniestra de la guerra y tomó, como muchos grandes investigadores en aquel período, el camino de América.

XIV

Introducción

Las observaciones y experimentos llevados a cabo en Noruega habían llevado a Reich a la conclusión de que en la naturaleza existía una energía subyacente a todos los fenómenos vitales, que él había bautizado con el nombre de *orgón.* Esta conclusión, sin embargo, maduró sólo en los últimos años de su estancia en Noruega (aún en 1937, con la obra *Der Bione,* se movía dentro del campo del lenguaje tradicional de la ciencia biológica y dentro del surco trazado por las teorías bioeléctricas de Kraus). La denominación pues de «período orgonómico» es más legítimamente empleada para los años pasados en América (desde 1940 hasta su muerte en 1957) ya que, a pesar de que los experimentos noruegos colocaran los fundamentos, *la orgonomía,* es decir, el estudio de las más diversas manifestaciones de la energía orgónica (a nivel no sólo biológico, sino también biofísico, físico y astrofísico) se desarrolló precisamente durante aquellos años, absorbiendo cada vez más el pensamiento de Reich.

De este período orgonómico haremos una exposición menos detallada ya que, después de la publicación de la antología postuma de escritos reichianos *Selected Writings,*[1] es conocido en sus grandes líneas y del modo mejor: es decir, a través de los escritos originales de Reich; y también porque, de otra forma, la mole de esta obra acabaría siendo excesiva.

Nos será pues imposible continuar siguiendo el desarrollo del pensamiento de Reich de un modo detallado y paralelamente a las visicitudes biográficas, como hemos estado haciendo hasta ahora. En favor de una síntesis, expondremos en esta parte separadamente los datos biográficos esenciales y las *conclusiones* a las que llegó la investigación orgonómica en los varios campos sucesivamente atacados por la curiosidad y creatividad intelectual de Reich.

Pero dado que el período orgonómico es también el discutido, el período en que se han apoyado y se apoyan las críticas mordaces, las denigraciones, las burlas de los detractores de Reich, quiero declarar desde ahora que en mi opinión el pensamiento reichiano de este período —lejos de tomar las características de locura delirante que sus detractores con demasiada facilidad le

1. W. R., *Selected Writings,* Parrar, Straus & Giroux, New York, 1960.

atribuyen— llega a su más alta síntesis y a sus iluminaciones más geniales.

Al mismo tiempo, estas palabras no deben ser interpretadas como una adhesión fideísta a todas las afirmaciones y teorías reichianas. Al contrario, estoy convencido de que gran parte de las hipótesis y de los experimentos orgonómicos exigen una verificación detallada. Es fideísta, en cambio, la crítica *a priori* por parte de tantos científicos que no se han tomado nunca la molestia, no ya de controlar los experimentos, sino ni tan sólo de leer las obras de Reich.

Desde Noruega a los Estados Unidos

La situación en Noruega se había hecho insostenible. El círculo de analistas noruegos que inicialmente le había apoyado era ahora hostil o desconfiado, ya sea porque el conflicto entre Reich y Fenichel se había manifestado con extrema violencia y varios analistas se habían puesto de parte de Fenichel; ya sea porque el abandono declarado de la técnica de la psicoterapia en favor de la técnica de la vegetoterapia caráctero-analítica y las investigaciones fisiológicas y biológicas habían creado un abismo infranqueable entre psiquiatría oficial y ciencia académica en general, por una parte, y Reich por la otra; ya sea porque las experiencias bioeléctricas sobre el orgasmo habían desencadenado contra Reich la agresividad mortal de lo que Reich llamaba la «peste emocional». El hombre que le había invitado a Noruega, el profesor Schielderup, y que en su cualidad de director del Instituto de Psicología de la Universidad de Oslo le había abierto las puertas de una constructiva colaboración con los ambientes universitarios de la capital noruega, había pasado a ser un enemigo y el voto negativo de la Facultad de Medicina de Oslo acerca de la importancia científica del trabajo de Reich había claramente indicado que había dejado de existir la posibilidad de colaboración con los ambientes académicos. Por último, la amenaza nazi era cada vez más fuerte en toda Europa y la guerra estaba en puertas. Reich tenía, por su análisis sobre el fenómeno nazi y stalinista, una conciencia perfectamente lúcida de estos peligros; varios de sus amigos la confundieron con alarmismo debido a la necesidad de autoengañarse.

Es por ello que, en mayo de 1939, los aparatos del laboratorio en que había sido observada por primera vez la energía orgónica en los biones, en la atmósfera y en las reacciones electroscópicas, fueron desmontados y mandados a Nueva York.[2] Dos meses más tarde, pocos días antes de que estallara la guerra, Reich desembarcaba en Nueva York con un visado como profesor: era el momento en que el avance de la barbarie nazi empujaba hacia los Estados Unidos a muchos de entre los mejores ingenios de la vieja Europa y las autoridades americanas habían justamente intuido las ventajas científicas y culturales —además de los grandes méritos humanos— que podían derivar de una política de inmigración más tolerante.

Al principio el FBI no mostró ningún interés por él: pero en diciembre de 1941, de improviso, Reich fue arrestado por agentes del FBI y detenido en Ellis Island por más de tres semanas para «investigaciones» no mejor detalladas. Luego, el 5 de enero de 1942, de un modo igualmente misterioso a como había sido arrestado, fue puesto en libertad y le dijeron que, por lo que se refería a las autoridades americanas, su «caso» podía considerarse archivado. Pero en mayo de 1942 un vecino de casa le fue a contar que el día antes había recibido la visita de un par de policías para pedirle si había notado «algo extraño» en la vida de Reich. Los dos le contaron que en la casa en que había vivido hasta algunas semanas antes (situada en el mismo barrio de Nueva York) el doctor Reich había dado pie a muchas habladurías y sospechas. Las «acusaciones» de los vecinos eran de este tipo: pagaba el alquiler demasiado puntualmente para un inmigrado: ¿de dónde sacaba el dinero? Frecuentemente la luz de su despacho estaba encendida hasta las tres de la mañana: ¿qué hacía? Alguna vez se podían oír extraños sonidos y gritos que provenían de sus habitaciones de trabajo. En el jardín de su casa criaba conejos de indias. ¿Qué diablos hacía: era un abortista, un fascista o un comunista? Y ¿por qué hacía crecer tan alto y tupido el seto de su jardín? Afortunadamente el vecino, que conocía el trabajo de Reich, explicó que el doctor Reich practicaba una técnica especial de tratamiento que comportaba a veces emociones y reacciones particularmente fuertes en los pacientes y que realizaba investigaciones sobre el cáncer». Y los dos policías se alejaron aparentemente tranquilizados. Reich, para evitar complicaciones, escribió al jefe de policía de Nueva York, Valentino, pidiéndole si se había iniciado una investigación sobre sus actividades y solicitando él mismo todas las comprobaciones y registros que fueran necesarios. Pocos días más tarde, un funcionario de policía visitó a Reich para informarle de que un control llevado a cabo en todos los comisariados de Nueva York había excluido que se estuviera realizando ningún tipo de acción de la policía sobre su persona: hecho que, en mi opinión, podría justificar la hipótesis de que los dos «policías» fueran agentes del FBI cuyos movimientos la policía ordinaria efectivamente no podía conocer.

Habiendo pedido explicaciones, tanto el FBI como el procurador de Distrito negaron haber dispuesto encuesta alguna.[3]

He anticipado la narración de estos episodios ya que me parecen

2. Theodore WOLFE, *Emotional Plague vs. Orgone Biophysics,* Orgone Institute Press, New York, 1948, p. 6.

3. IJSEOR, vol. 1, núm. 3, noviembre 1942, p. 280.

demostrar un hecho que, con demasiada facilidad, no es tenido suficientemente en cuenta en la vida de Reich. Y es que en su vida, no tuvo prácticamente nunca un momento de paz y tranquilidad: la sombra de la persecución se proyectó de un modo siniestro sobre ella casi de un modo constante durante 30 años; desde que, en 1927, Reich empezó a luchar contra el orden constituido dentro de los partidos obreros, hasta su muerte. Fue fichado y arrestado por la policía austríaca, participó en manifestaciones sin armas contra las tropas armadas en Austria y, en Alemania, fue odiado por la Sociedad de Psicoanálisis y por los partidos comunistas por su actividad «subversiva» o, viceversa, «contrarrevolucionaria», fue amenazado por los dirigentes freu-dianos y marxistas, fue perseguido por los nazis y la Gestapo y, se montaron en su contra acciones de intimidación y de difamación primero en Dinamarca, luego en Suecia y por último en Noruega, por obra de la burocracia policial y sanitaria; los stali-nistas alemanes le amenazaron explícitamente de muerte; todo ello hizo que su vida fuera una constante y angustiosa defensa contra la agresión y el linchamiento. Incluso los periódicos que normalmente son presentados como «tranquilos» (el trienio pasado en Noruega desde 1934 a 1937 y los primeros 15 años del período pasado en América) estuvieron en realidad salpicados de episodios inquietantes que no podían dejar de despertar en Reich cargas de angustia, de amargura, de rencor, de furor contra el anónimo, impalpable, cobarde círculo de hostilidad que continuamente se creaba y se estrechaba en torno a él. En este conjunto hay que valorar algunas reacciones sin duda irracionales que cada vez con más frecuencia tuvo frente a sus perseguidores reales o presuntos y, al mismo tiempo, hay que apreciar la excepcional fuerza de ánimo que demostró hasta los últimos días de su grande y excepcional existencia.

Apenas llegado a Estados Unidos, Reich pudo ganarse la vida enseñando en la *New School for Social Research,* en la que Theo-dore Wolfe le había procurado una cátedra para la enseñanza del análisis caracterial.[4]

Pero, tal como había hecho en Noruega, esta actividad de enseñanza era esencialmente un medio para ganarse la vida. La mayor parte del trabajo y de la incansable genialidad de Reich estaba dedicada a profundizar las sorprendentes observaciones y experimentos iniciados en Noruega con la nueva y desconocida energía.

4. *Ibidem.*

El orgonoscopio

Como se recordará, los experimentos realizados en Noruega se habían parado en cierto modo frente a la constatación que, mientras la extraña luminiscente radicación parecía provenir de la substancia orgánica y surgir con una particular intensidad de los biones SAPA, continuaba siendo visible en una caja metálica aun cuando hubieran sido sacados de la caja los cultivos de biones SAPA y todo tipo de substancia orgánica y la caja hubiera sido desmontada, lavada y aireada durante mucho tiempo. El fenómeno se repetía aunque las paredes de la caja no hubieran sido expuestas a la luz solar y la radiación podía ser observada, aun con variaciones de intensidad, en los días meteorológicamente más diversos: nublados y secos, soleados y lluviosos. Una vez más, Reich, se veía forzado a admitir que la misteriosa radiación «parecía hallarse presente en todas partes»: Una conclusión que no daba muchas esperanzas para alcanzar su *origen.*

En América, Reich reemprendió inmediatamente sus experimentos, tanto con los biones SAPA y con su acción sobre las células cancerosas, como con las manifestaciones ópticas de la energía orgónica. Pero a pesar de que las observaciones de Oslo podían ser repetidas el problema del origen de la misteriosa radiación continuaba sin solución. Fue en un momento de pausa y de reposo que encontró el rastro tan buscado. Tal como Reich explicó más tarde,[5] durante el verano de 1940 fue a pasar unas vacaciones en el Maine y, mientras observaba el cielo, se dio cuenta de que la luz de las estrellas en la zona occidental del cielo, donde resplandecía la luna, temblaba mucho menos que la de las estrellas en la zona oriental. Si, como sostienen muchos astrónomos, el temblor de la luz estelar debiera atribuirse a fenómenos de difusión de la luz, éste debería haber' sido igualmente fuerte, o al contrario más fuerte en los parajes cercanos a la luna. Reich empezó a mirar cada una de las estrellas a través de un tubo de madera y, por casualidad, dirigió el tubo hacia un punto oscuro entre las estrellas. (Aquel tubo era el primer tosco ejemplar de un instrumento de observación del orgón, posteriormente perfeccionado y bautizado por Reich *Orgonoscopio.)* Con gran sorpresa, vio precisamente en aquel punto oscuro temblores luminosos excepcionalmente acentuados y luego incluso débiles relampagueos luminosos. El fenómeno se repetía con aquella particular intensidad siempre y solamente en las zonas más oscuras del cielo y el *tipo* de luz y de relampagueo era idéntico al observado en las cajas metálicas con o sin los biones SAPA. Reich llegó a la conclusión de que lejos de ser atribuido a la «luz difusa», el temblor y el centelleo luminoso del cielo, tan semejante al observado en la caja metálica y en el sótano del laboratorio.

5. IJSEOR, vol. 1, núm. 2, pp. 123 y ss

era explicable por el hecho de que la energía orgónica estaba presente en la atmósfera: es por ello que había sido posible observarla en circunstancias tan diversas y había dado la impresión de «estar presente en todas partes».

Durante los meses sucesivos, Reich reemprendió sus esfuerzos en búsqueda de una prueba objetiva, experimental de la existencia del orgón.

Basándose por una parte en la reiterada constatación de la no adherencia en los metales sino sólo en la materia orgánica, de las neblinas gris azuladas observadas en sus laboratorios noruegos y americanos y por otra parte en el experimento con el electroscopio,[6] del que había deducido que el metal rechazaba la energía orgónica después de haberla atraído en un primer momento, Reich pensó que se podía intentar explotar este comportamiento diverso de los metales y de la materia orgánica en relación con el orgón, para preparar una demostración *experimental* de dicho orgón. Para ello construyó una caja metálica cuadrada de unos 30 cms de lado. Sobre la cara superior del cubo colocó un cilindro, también metálico, de unos 15 cms de longitud y 5 cms de diámetro, en el que introdujo un termómetro de precisión, equidistante de las paredes del cilindro y de la pared superior de la caja metálica. Para aislar el interior del cilindro de la influencia de la temperatura de la habitación en que se realizaba el experimento, Reich rodeó el cilindro con algodón y otro material orgánico de baja conductividad térmica. Instaló otro termómetro de precisión para fines de control en la habitación del experimento.

La hipótesis de trabajo era la siguiente: si el metal rechazaba la energía orgónica, en el interior de la caja metálica habría rebotado de una pared a otra. Este estímulo *cinético* de la energía habría podido determinar un aumento térmico al interior de la caja. Y dado que el calor tiende a subir, el eventual aumento de temperatura habría sido posible registrarlo con mayor evidencia sobre la lámina metálica superior de la caja. La constatación de una diferencia de temperatura entre el espacio cerrado del cilindro y la temperatura de la habitación en que estaba colocada la caja habría podido ser considerada como una prueba de la existencia de una energía cinética en acto, dado que, por la segunda ley de la termodinámica, toda diferencia térmica tiende a anularse en ausencia de fuentes de energía que la mantengan. Si, por el contrario, la hipótesis que en el interior de la caja metálica estaba actuando una energía cinética hasta entonces desconocida era exacta, la presencia constante de una diferencia positiva entre la temperatura del termómetro situado encima de la caja metálica (T_0) y el termómetro situado en la habitación del experimento (T), habría sido no sólo comprensible sino necesaria.

6. CB, pp. 85-96.

Pues bien, con repetidos experimentos (siempre confirmados |por cuantos posteriormente los han efectuado), Reich constató íque la diferencia positiva existía efectivamente aunque con va-i naciones considerables (desde un mínimo de 0,2° a un máximo de 1,8°) y tenía un valor medio de cerca de 0,5°.[7]

Recordando luego la propia observación de que las substancias orgánicas parecían atraer la misteriosa neblina azulada en el laboratorio subterráneo, Reich pensó que se podrían obtener efectos más evidentes envolviendo la caja metálica con material orgánico. Utilizó algodón en rama y para fijarlo utilizó un recubrimiento de contrachapado de madera. Ahora, la caja constaba de dos estratos: una interno metálico y otro externo de algodón y madera. Reich pensó que si el material orgánico absorbía la energía orgónica, y el metal la atraía en un primer tiempo para luego rechazarla, la envoltura de materia orgánica habría absorbido la energía de la atmósfera, mientras que la pared metálica la habría «absorbido» de la materia orgánica rechazándola posteriormente. Pero mientras la energía rechazada hacia la envoltura de materia orgánica «era frenada» por ésta y absorbida de nuevo, quedando disponible para nuevas «absorciones» por parte de la lámina metálica, la energía rechazada hacia el interior de la caja por la lámina metálica quedaba en cierto modo prisionera en la caja, dado que se encontraba rodeada por todas partes de paredes metálicas. Se produciría de esta forma una acumulación de energía en el interior de la caja. «De qué forma la energía "atraviese" el metal nos es desconocido —escribirá pocos años más tarde Reich—.[8] Todo lo que sabemos es que efectivamente entra en él, dado que los fenómenos subjetivos y objetivos son mucho más intensos al interior que al exterior del aparato.»

Con emoción, Reich constató que en la caja metálica recubierta por la envoltura de materia orgánica la diferencia T_0 — T era *más constante y más fuerte.*[9]

Los contactos con Einstein

En este momento, Reich llegó a la conclusión de que existía una *prueba física instrumental* de la existencia de la energía observada durante el último año de investigaciones y decidió que era preciso intentar que alguna eminente autoridad del mundo de la física prestara su colaboración, ya sea para evitar errores metodológicos o de interpretación, ya sea para proteger a las propias observaciones contra la acusación de diletantismo con la que demasiadas veces habían sido sumariamente rechazadas. Pero

7. *Op. cit.,* p. 98.
8. *Op. cit.,* p. 101.
9. *Ibidem.*

su amarga experiencia con la «ciencia oficial» en Escandinavia le retuvo muy comprensiblemente de dirigirse a las «autoridades» académicas, como escribirá posteriormente, mientras el científico verdaderamente grande está siempre dispuesto a la búsqueda y es muy consciente de la provisionalidad de las «certezas» científicas, el «experto», el «técnico», la autoridad académica, con demasiada frecuencia, utilizan las nociones adquiridas para sofocar o destruir todo nuevo fermento de investigación. Un proceso análogo, por otra parte, sucede no solamente en el campo científico, sino incluso en el campo filosófico, religioso o político: alrededor de la personalidad creativa del innovador se crea un «clero» de «especialistas» que modifican la obra del maestro. Reich decidió, pues, dirigirse directamente a Albert Einstein, refugiado también en los Estados Unidos para evitar la persecución nazi.

El 30 de diciembre de 1940, escribió a Einstein, que trabajaba en el Instituto de Estudios Superiores de la Universidad de Prin-ceton. En la carta, después de haberse referido a su pasado psi-coanalítico y a su actividad didáctica en la *New School for Social Research* de Nueva York, le decía lo siguiente:

«Hace algunos años, descubrí una energía biológica que actúa de un modo particular, comportándose bajo muchos aspectos de un modo diverso de lo que se conoce acerca de la energía electromagnética.

»E1 asunto es demasiado complicado e increíble para que pueda exponerlo comprensiblemente en una carta. Sin embargo, lo que puedo decirle en pocas palabras es que la existencia de dicha energía, que he llamado "orgón", ha sido demostrada de un modo seguro no sólo en los organismos vivos, sino también en la atmósfera y en el suelo, mediante aparatos que la han puesto en evidencia, la han concentrado y han registrado las variaciones térmicas que provoca. Estoy incluso aplicándola con cierto éxito en la investigación en el campo del tratamiento del cáncer.

»Todo ello —continuaba Reich— está sin embargo superando y en mucho, tanto el hecho en sí como su financiación, mis fuerzas y requiere una colaboración en gran escala, incluso porque no me parece deber excluir que dicha energía pueda ser utilizada útilmente en la lucha contra la peste fascista. Además de una breve nota publicada hace un año y medio sobre la carga de algunos aislantes mediante la irradiación proveniente del cuerpo humano y del sol, nada se ha publicado hasta el presente al respecto...

»Todo el asunto es demasiado importante para exponerlo al peligro de una total destrucción por parte del irracionalismo, tan frecuentemente dominante en el mundo científico.

«Sería conveniente y útil bajo todos los aspectos que le pudiera poner al corriente personalmente sobre estas investigaciones, antes de pedirle que venga a mi laboratorio y observe personalmente los fenómenos. Mi reticencia a seguir el procedi-

miento normal enviando una exposición a la Academia Americana de Física le podrá parecer extraña, pero es el resultado de experiencias extremadamente negativas.» [10]

Un encuentro dramático

Tal como Reich esperaba, Einstein respondió a los pocos días, el 6 de enero de 1941, diciendo que le gustaría hablar con Reich acerca de sus investigaciones y proponiendo un encuentro en su casa, que se fijó para el día 13 de enero de 1941 a las 15'30.

Fue un encuentro realmente histórico. Durante cinco horas Reich expuso a Einstein sus experimentos con el orgón, intentando subrayar que los fenómenos observados no tenían una explicación satisfactoria ni en la física clásica ni en la cuántica.

A medida que Reich hablaba, Einstein se interesaba y se emocionaba cada vez más. «En un primer momento —explicará más tarde Reich a su amigo Neill—[n] no hice referencia a la diferencia de temperaturas, ya que sabía que habría parecido algo increíble a su mentalidad de físico.

«Quería antes mostrarle las radiaciones orgónicas en el orgonoscopio que había traído conmigo. Y fíjate bien, Neill: Cerré las ventanas de la habitación de modo que quedara a oscuras, y le di el orgonoscopio mostrándole cómo debía ser usado. Esperamos unos veinte minutos para acostumbrar los ojos a la oscuridad. Luego Einstein miró al exterior por la ventana hacia el cielo nocturno, con el orgonoscopio y exclamó maravillado: "Sí, es cierto, lo veo: ¡también yo *lo* veo!" Miró repetidas veces por el orgonoscopio, y luego dijo: "Pero estas lucecillas en continuación: ¿no podrían estar en mis ojos?"

»Quedé un poco sorprendido de su marcha atrás ya que el orgonoscopio muestra los rayos dentro de un círculo gris bien delimitado y circundado por el contorno negro de las paredes del instrumento, y porque su primera exclamación había sido espontánea y convencida. En mis artículos sobre el descubrimiento del orgón, por otra parte, había analizado largamente eh problema de la objetividad de los rayos... La prueba de dicha objetividad, como había explicado, reside en el hecho que los rayos y demás manifestaciones luminosas pueden ser aumentadas si se observan con una lente: lo que no sucedería si fueran imágenes subjetivas.»

Luego, Einstein pidió a Reich información acerca de los demás fenómenos que había observado. Reich le respondió que había dudado acerca de si debía hablarle de otro fenómeno que había ob-

10. *The Einstein Afiair,* Orgone Institute Press, Documentary Volume A - XI - E. Documento E - la.

11. *Loe. cit.,* documento 21.

servado ya que le habría parecido increíble: y explicó el hecho de la diferencia de temperaturas entre el interior y la pared superior de,l acumulador, por una parte, y la atmósfera externa al acumulador por la otra. Como Reich preveía, Einstein exclamó textualmente: «Esto es imposible. ¡Si fuera cierto sería una gran bomba!» Einstein estaba bastante emocionado al igual que Reich. Después de un último breve diálogo acerca del fenómeno, se acordó que Reich le enviaría un pequeño acumulador: Einstein prometió que «si las observaciones eran confirmadas apoyaría el descubrimiento».

Antes de despedirse, Reich preguntó a Einstein si ahora empezaba a comprender la razón por la que más de uno afirmaba que él, Reich, estaba loco, y Einstein le respondió que, después de tantas y tan heterodoxas hipótesis científicas, una acusación semejante era «perfectamente comprensible».

Antes de continuar con la narración, me parece necesario notar que esta larguísima conversación con el mayor físico de nuestro siglo, durante la que fueron tocados los mayores problemas teóricos de la física moderna y en cuyo final Einstein puso obstáculos al saber que Reich no era doctor en física manifestando su intención de profundizar personalmente en las observaciones y en los experimentos de Reich, sería suficiente por sí sola para demostrar no sólo la impresionante versatilidad intelectual de Reich, su capacidad excepcional de penetrar (en campos de investigación en los que no tenía ninguna preparación académica, sino también la profunda y persuasiva lógica científica de su pensamiento incluso cuando exponía aquellas teorías y observaciones que sus detractores y difamadores pretendían ya rechazar sin ni fijarse en ellas como extravagantes («extravagantes fantasías» las definirá, con tono dogmático, Marcuse)[12] de un delirio paranoico.

El coloquio con Einstein había dado a Reich comprensibles esperanzas. Construyó rápidamente un pequeño acumulador y a primeros de febrero, invitado por Einstein, fue personalmente a llevárselo.

Colocaron el acumulador en el sótano de la casa de Einstein, sobre una mesa, y el termómetro de control fue suspendido en el aire, a la misma altura, a un metro de distancia aproximadamente de la mesa. Poco tiempo después, Reich y Einstein pudieron comprobar que el termómetro colocado encima del acumulador marcaba una temperatura superior de 1° aproximadamente a la del termómetro suspendido en el aire. Einstein mostró de nuevo su emoción y Reich su comprensible alegría. Einstein le dijo que deseaba observar personalmente la continuidad de la diferencia de temperaturas durante dos o tres semanas. Luego, le escribiría.[13]

12. H. MARCUSE, *Eros and Civilisation,* Routledge & Kegan Paul, Londres, 1955, p. 239.
13. *The Einstein Affair, loe. cit.*

Apenas diez días más tarde Reich recibió una carta que terminó con muchas de las esperanzas iniciales.

Después de decirle que se había limitado a controlar los fenómenos térmicos ya que por lo que se refería a los luminosos «no había logrado excluir la posibilidad de que se tratara de Impresiones subjetivas» (por lo que parece, también el gran Einstein era a veces impermeable a los argumentos, dado que la carta repite con los mismos términos la objeción expuesta durante el primer encuentro y dicha objeción había sido «desmontada» con la observación que dichos fenómenos, si hubieran sido subjetivos, no habrían podido ser aumentados, como en realidad eran, mediante la interposición de una lente) el gran físico continuaba:

«Al principio, realicé una serie suficiente de lecturas sin hacer ninguna modificación a sus instrumentos. Y efectivamente, el termómetro colocado encima de la caja marcaba siempre una temperatura superior de 0'3-0'4° a la del termómetro suspendido en el aire de la habitación.»

Las observaciones de Einstein, pues, confirmaron las afirmaciones de Reich, las observaciones que, si eran confirmadas, habrían sido, utilizando las mismas palabras de Einstein, «una gran bomba en el mundo de la física».

«Pero entonces —escribirá más tarde Reich— surgió un fenómeno que he experimentado muchas veces en otros físicos y científicos: en un primer tiempo niegan el hecho. Cuando lo demuestro y no logran rebatirlo, intentan rechazarlo con alguna extravagante interpretación. Esto, en esta circunstancia, no sucedió con Einstein pero sí con su ayudante.» [M]

«Uno de mis ayudantes —continuaba de hecho la carta de Einstein— ha sin embargo llamado mi atención sobre el hecho que en las habitaciones en las que trabajamos la temperatura del pavimento es siempre inferior a la del techo.» (Como se recordará se trataba de un sótano y, por lo tanto, la calefacción de la casa tendía a mantener siempre más caliente el techo durante el invierno.)

«Si —escribiría Einstein— en una habitación de este tipo colocamos un plano horizontal estable, la cara inferior del plano comunicará por convección sobre todo con el pavimento y la cara superior con el techo. Y de hecho, he constatado que en la cara inferior del plano de la mesa (en la que estaba colocado el acumulador) la temperatura era inferior de una media de 0'6° respecto a la de la cara superior. Este elemento ha sido finalmente individuado como decisivo en base a los controles sucesivos.

»He empezado sacando la caja metálica de la envoltura y de la "jaula" de madera, la he colocado directamente sobre la mesa y he instalado el termómetro sobre la pared superior de la caja

14. *Ibidem.*

metálica envolviéndolo en un periódico doblado e introduciendo el periódico por el agujero en que antes estaba colocado el cilindro de barro cocido.

«Resultado (confirmado por repetidos controles): la diferencia de temperatura desaparecía o, de todas formas, no superaba en más o en menos 0'1°. Esto autoriza a una afirmación categórica: si se quita la estructura de la caja metálica (y viene a estar en contacto directo con la mesa) la diferencia de temperatura desaparece. Pero hice aún otros controles.

»Para eliminar la influencia que el mayor contacto con el plano de la mesa, enfriado por abajo, tenía sobre la caja metálica, coloqué entre el pavimento de la caja y el plano superior de la mesa algunos estratos del papel de embalaje que Vd. trajo. E inmediatamente apareció de nuevo la diferencia de temperatura: la temperatura marcada por el termómetro colocado encima de la caja fue de nuevo de 0'3° a 0'4" superior a la del termómetro en suspensión libre.

»Con estos experimentos, considero el problema totalmente resuelto: la diferencia de temperatura nada tiene que ver con la caja metálica ni con su envoltorio, sino que es debida simplemente a la acción del plano horizontal de la mesa.» '[15]

Para Reich fue un duro golpe, que, como veremos, dejó un rastro quizás permanente en las interpretaciones de sus sucesivas actuaciones científicas. Pero, una vez más, no se desanimó.

Con fecha 20 de febrero de 1941 envió a Einstein una larga carta-memorial en la que literalmente «destruía» la interpreta ción del ayudante de Einstein, aceptada por el mismo Einstein.[16] No disponemos de espacio para reproducir aquí en detalle la magnífica refutación, pero algunos de los argumentos más aplas tantes y accesibles merecen ser citados.

Reich hacía notar en primer lugar que si la diferencia de temperatura era debida a la «convección» que provenía del techo, habría debido ser anulada cambiando de lugar el termómetro de control que pendía *al lado* de la mesa, colocándolo *encima* del plano de la mesa, en el que se encontraba el acumulador. Pero no sucedía así: la diferencia de temperatura persistía, aunque ligeramente reducida (precisamente por el efecto de convección observado por el ayudante de Einstein).

Otro mentís a la «interpretación convectiva»: si sobre el acumulador y sobre el termómetro de control se suspende otro plano de madera a un metro aproximadamente del .plano de la mesa, interrumpiendo de esta forma la posible «convección térmica del techo hacia la mesa», la diferencia de temperaturas persiste.

Tercer control: si, para reducir la diferencia de temperaturas entre la superficie inferior y la superficie superior de la mesa,

15. *The Einstein Affair,* documento 9a.
16. *Ibidem.*

se sustituye el plano de madera de la mesa (mal conductor térmico que permitiría la acumulación del mayor «calor de covección» en la caja) por un plano de metal (buen conductor del calor que anula rápidamente la diferencia de calor entre la propia superficie superior y la superficie inferior, y por lo tanto la presunta causa del fenómeno examinado) la famosa diferencia de temperaturas entre el termómetro de la caja y el de control persiste.

Cuarto control: dicha diferencia persiste incluso si la caja es suspendida en el aire, al igual que el termómetro de control, sin plano alguno debajo al que puedan ser atribuidos fenómenos de «convección».

Hizo además otro control, esencial. Reveló que había tenido un acumulador durante meses *al aire libre* y que había constatado diferencias de temperaturas incluso mayores a los 0'5° observados por Einstein aunque no hubiera ningún «techo» encima del acumulador, ni ningún tipo de envoltura caliente o fría, ni fuera tocado por los rayos solares, siendo la temperatura circunstante controlada metódicamente con varios termómetros de control.

Luego Reich exponía de nuevo todas sus observaciones precedentes a nivel biológico y daba algunos datos impresionantes acerca de los resultados obtenidos con más de 200 cavias cancerosos tenidos cotidianamente durante media hora en el acumulador: los que habían sido tratados tenían una sobrevivencia media tres veces superior.

Resumía además su teoría de la vida como fenómeno energético de pulsación rítmica (expansión-contracción) y en cuatro tiempos (tensión-carga-descarga-distensión).

«Me doy cuenta —prosigue amargamente Reich—[17] que todo ello es extraordinariamente esquemático y parece "alocado". Evidentemente, es algo demasiado vasto para que pueda ser dominado por mí solo. Además, parece tan nuevo que durante años he tenido yo mismo la sensación de estar avanzando por un camino extraordinariamente peligroso teniendo muy pocas esperanzas de franquear la barrera de la tradicional resistencia frente a todo lo nuevo...

»En ocasión de mi primera visita, le hablé de algunas de mis ideas sobre los resultados experimentales y clínicos... Aplastado por la magnitud de aquellas hipótesis, esperaba obtener de Vd. en el campo de la física, como en otros, la ayuda que mi trabajo sobradamente merece... Si no lograra interesar al mundo de la física en este descubrimiento biofísico, no vería muchas posibilidades para realizar, en un tiempo razonable, la exploración del sector -*físico* de este gigantesco campo de investigación... Además, todo juicio negativo de su parte induciría probablemente a la gente, tan ciegamente devota de la autoridad como es normal-

17. *Loe. cit.,* documento 10a.

mente, incluso en el mundo científico, a girarse contra mi trabajo. Debería luchar solo, expuesto a las habladurías maliciosas que remplazan a los argumentos objetivos, sin fondos excepto mi modesto sueldo de profesor, del que durante años he ido gastando de 300 a 500 dólares mensuales para el laboratorio. Mi único recurso sería mi reconocida competencia en el campo de la biopsicología y mi único refugio serían los muchos resultados que, con el pasar de los años, se han ido acumulando...

»En estas circunstancias, los conceptos equivocados, metafí-sicos y mecanicistas de la función vital que dominan en la biología actual continuarían floreciendo...

»Las dificultades que sigo encontrando derivan del hecho que los resultados tomados uno a uno, aisladamente, son difícilmente comprensibles; por ejemplo:

»Cuando, en base a la fórmula biológica de "tensión y carga" (1930-1935) descubrí que el placer y la angustia corresponden a las direcciones opuestas de las corrientes bioeléctricas en el organismo (centrífugas: expansión y placer; centrípetas: contracción y angustia) un médico reaccionó con el "argumento" que los potenciales eléctricos de la piel no son el resultado de las emociones psicosomáticas del entero organismo, sino sólo "potenciales que derivan del contacto entre el electrodo y la membrana de la piel". No supo sin embargo decir por qué era preciso medir los potenciales del organismo *vivo,* si dichos potenciales podían ser observados igualmente con un electrodo y una membrana cualquiera.

«Cuando en 1936, basándome en la función experimentalmen-te controlada de tensión y carga, descubrí los biones, se me hizo la objeción que eran el resultado de las "esporas atmosféricas". Dicha objeción me llevó a los experimentos de esterilización con autoclave y calentamiento de algunas substancias hasta la incandescencia: y dichos experimentos no sólo refutaron el "argumento" de mis contrincantes, sino que demostraron que los biones podían ser producidos *infinitamente mejor* de aquella manera.

«Cuando sostuve que los biones debían ser observados a más de 2.000 aumentos, se me opuso el "argumento" que con más de 1.000 aumentos "las estructuras dejaban de ser claramente visibles". Respondí que en caso de los biones no se trata de analizar las estructuras sino de poner en evidencia sus sutiles movimientos de expansión y contracción que son visibles claramente sólo a 2.000-4.000 aumentos. He también respondido a otro "argumento": el que dichos movimientos eran sólo fenómenos físicos (el llamado "movimiento browniano"). Cualquiera que observe biones de polvo de carbón a más de 2.000 aumentos se da forzosamente cuenta de que los movimientos de los biones proceden del *interior* de dichos biones, y de que no son solamente el resulta-' do de acciones externas relacionadas con la llamada "colisión de moléculas".

»A principios de 1937 el profesor Lapique, conocido fisiólogo de la Academia Francesa, se negó a publicar los hechos acerca del carácter biológico de los movimientos de los biones y de la posibilidad de cultivo de dichos biones. Se limitó a reconocer la existencia de formaciones de bacterias en las preparaciones estériles. A pesar de que la Academia pidió la autorización para publicar una parte de mi comunicación, no la concedí ya que sí querían omitir algunos resultados esenciales, entre ellos la naturaleza biofísica y no química, como se quería sostener, de los biones... De un modo análogo, las microfotografías realizadas por mí y que demostraban de un modo inequívoco la organización protozoaria del musgo sometido a desintegración vesicular... no han sido nunca mencionadas...

»Y de un modo análogo, a principios de 1937, descubrí el desarrollo de las células cancerosas del tejido animal sometidas a desintegración vesicular, y me di cuenta de la analogía entre el desarrollo de las células cancerosas y el de los protozoos procedentes del musgo desintegrado, me puse en contacto con el director de la Clínica estatal noruega para el estudio y el tratamiento de los tumores. Pero todo ello terminó con una campaña de prensa calumniosa que duró muchos meses y casi destruyó mi existencia...

«Cuando logré hacer derivar de un cultivo de tejido canceroso putrefacto microorganismos de unos 0'25 *microns* que, inoculados en ratas sanas, produjeron en ellas formaciones cancerosas, un biólogo que se había interesado en mi trabajo objetó que había observado bacilos de la putrefacción en mi preparado... No se daba cuenta de que, con su "objeción", confirmaba en realidad mi experimento: los microorganismos inoculados en los cavias eran en efecto el resultado de una degeneración putrefacta de las proteínas. De esta forma análoga han ido las cosas durante años y años.

»Y ahora llega su ayudante, que no puede tener ninguna idea del conjunto de mi trabajo, y sostiene que la diferencia de temperatura es el resultado de la "convención del calor del techo hacia la superficie superior del plano de la mesa".»

Después de haberse referido al origen irracional de todas estas resistencias de su trabajo, y en particular al profundo temor que el hombre de nuestra sociedad siente cuando está a punto de descubrir en su propia vida y en la vida natural una función de la materia no viva, Reich concluía de la siguiente forma:

«Sean cuales sean sus decisiones, después de estas explicaciones, deseo darle vivamente las gracias por el trabajo que ha realizado. Aparte mis colaboradores franceses y escandinavos usted ha sido el único científico que he encontrado en estos últimos doce años que haya comprendido la base física de mi teoría biológica: es decir, *el desarrollo de vesículas de materia orgánica mediante*

la energía liberada de la materia. Este hecho, por sí solo, toma para mí y para mi causa científica un gran significado...

»Si, al contrario, decidiera usted conceder su colaboración tal como en un principio estaba dispuesto a hacer, tendría garantizada la gratitud no sólo de algunos médicos y científicos de valor, sino, y sobre todo, la de innumerables cancerosos a los que la energía orgónica, si fuera estudiada minuciosamente, podría beneficiar...» [17bis]

Desilusiones

A esta llamada apasionada, que demuestra una vez más con qué desesperada e inútil tenacidad Reich buscó ayuda y apoyo en su larga y solitaria aventura intelectual y hasta qué punto son injustas las acusaciones de haberse querido aislar en una investigación diletantística y pretenciosa, Albert Einstein no respondió. El 1 de mayo de 1941 Reich le comunicó otros notables resultados obtenidos en el tratamiento del cáncer con la energía orgónica y solicitó una respuesta a su memorial de febrero: en vano. Solicitó de nuevo una respuesta el día 17 de mayo y el 23 de septiembre: pero de nuevo sin resultado. Entonces, el 5 de noviembre Use Ollendorff, la segunda esposa de Reich, que trabajaba con él como asistente, escribió a la secretaria de Einstein, H. Dukas, pidiéndole secamente que mandara los aparatos orgónicos que habían quedado en casa de Einstein. Einstein envió inmediatamente el acumulador, pero no el orgonoscopio. Cuando Use Ollendorf pidió de nuevo su restitución, la señorita Dukas respondió que Einstein no lo había restituido porque pensaba que Reich se lo había regalado. Reich insistió para que le fuera devuelto, pero fueron necesarios dos meses y nuevas solicitudes para que finalmente el orgonoscopio fuera restituido.

Pasaron un par de años de silencio glacial hasta el momento en que llegó a oídos de Wolfe, el colaborador de Reich, un «rumor» difundido en los salones intelectuales según el que Einstein había controlado experimentalmente las afirmaciones de Reich, demostrando su inconsistencia. Dado que, al contrario, Reich había refutado la presunta «demostración» de Einstein (o mejor, de su ayudante) sin haber recibido respuesta alguna, este «rumor» acerca de cuyo origen no podían caber dudas, tomaba el carácter de una provocación. Wolfe escribió pues a Einstein advirtiéndole que, dada la situación, se vería obligado a publicar la entera correspondencia para que se restableciera la verdad de los hechos.[18] A esta carta, Einstein, que desde hacía tiempo parecía haber perdido el don de la expresión, respondió

17 bis. *Loe. cit.,* pp. 17-18.
18. *Loe. cit.,* documento E-23.

rápidamente, al día siguiente, declarando que debía hacer notar a Wolfe que no tenía derecho a publicar sin la debida autorización nada de lo que él, Einstein, había escrito a Reich. «No pienso autorizar ninguna publicación de este tipo —terminaba Einstein— y debo decirle que haré todos los pasos necesarios para evitar la explotación indebida de mi nombre a este propósito. No puedo consentir que mi nombre sea utilizado con fines publicitarios, especialmente tratándose de una cuestión en la que no tengo confianza.»[19]

A este punto, Reich, como siempre en casos parecidos, reencontró su garra. El 20 de febrero de 1944 mandó a Einstein una carta que queda como testimonio de su dignidad y de su indestructible valor moral:

«Apreciado profesor Einstein —dice la carta—: el doctor Wolfe me ha enviado copia de su carta. Como guía responsable de un grupo de científicos honestos y de una actividad científica de gran importancia, debo protestar contra el insulto contenido en ella.

»En un principio Vd. declaró, con toda espontaneidad, que estaba dispuesto a apoyar mi trabajo si el fenómeno de la diferencia de temperaturas, definido por Vd. como "una bomba en el mundo de la física", fuera confirmado. Resultó confirmado delante de sus mismos ojos. Luego su ayudante propuso una interpretación equivocada del fenómeno, interpretación que he refutado experimentalmente. Pero Vd. no respondió ni a la larga relación en la que le comunicaba esta refutación experimental. Luego le he demostrado una gran confianza comunicándole resultados e hipótesis de gran importancia.

«Algunos enemigos de mi trabajo han empezado a explotar su autoridad en el mundo de la física para atacarme, deformando los hechos y poniendo calumnias en circulación. Después de haber aplazado por tres años la publicación de los hechos que le presenté en 1941, nos vimos obligados a hacer conocer al público la verdad. Pedí al doctor Wolfe que le informara anticipadamente de la necesidad en que nos hallábamos. A ello, Vd. ha respondido de un modo insultante acusándonos de mercantilismo y de un intento de utilizar su nombre para fines publicitarios. Los hechos esenciales de la biofísica orgónica son demasiado serios y demasiado sólidos para que tengan necesidad de propaganda con trucos de este tipo. Han logrado afirmarse sin necesidad de su aval, y seguirán haciéndolo.

»No tiene Vd. derecho alguno a insultar a personas trabajadoras y honradas que afrontan los más duros sacrificios econó-miso y profesionales para su trabajo de investigación científica. Como le he dicho, y como está confirmado por documentos, la investigación orgónica no trae consigo ningún beneficio: al contrario, cuesta grandes cantidades de dinero.

19. *Loe. cit.,* documento E-24.

»Su actitud es incomprensible. Si quiere Vd. impedir que su nombre sea utilizado, debería actuar contra los que nos calumnian, no contra nosotros.» 2°

A esta carta, Einstein, habiéndose dado cuenta del absurdo de su precedente actitud, respondió con una carta breve y extraña en la que, después de haber declarado que no había puesto nunca en circulación rumores contra el trabajo de Reich y que no había respondido a sus cartas precedentes porque «habiendo llegado a las conclusiones ya expuestas» del mejor modo que le había sido posible, no podía dedicar más tiempo a la cuestión, terminaba así:

«Le ruego que trate con discreción mis declaraciones orales y escritas, como yo he hecho siempre con las suyas.» [21]

Reich hizo como Einstein le pedía y terminó de esta forma su extraña correspondencia, en la que, por cierto, el gran físico no tuvo un papel demasiado brillante ni en el plano moral, ni en el plano científico.

De la terapéutica a la investigación pura

Ni la nueva, dolorosa desilusión y humillación que le infligió Einstein paró o disminuyó el prodigioso esfuerzo de reorganización y desarrollo emprendido por Reich en sus investigaciones.

Al cabo de apenas un año de su llegada a América, dando una nueva prueba de la titánica capacidad de organización y del atractivo excepcional de su personalidad, había de nuevo reagrupado a su alrededor un número suficiente de alumnos para poder reemprender la actividad científica y editorial del Instituto de Investigación Sexoeconómica que había fundado en Oslo en 1936. En un primer período, casi como símbolo de su resistencia a considerar como definitivamente rotas sus relaciones con Europa y de su dedicación exclusiva a las nuevas investigaciones orgónicas, la organización americana fue llamada «Sección Americana del Instituto Internacional de Sexoeconomía e Investigación Orgó-nica». Luego, el nombre fue abreviado pasándose a llamar Orgone Institute y los instrumentos científicos fueron trasladados a Forest Hills, Nueva York. Durante algún tiempo, en cambio, la publicación editada por el instituto siguió llamándose «International Journal of Sex Economy and Orgone Research», y solamente a partir de 1947 cambió de nombre para llamarse «Annals of the Orgone Institute» que por último, a partir de 1949, se llamó «Orgone Institute Bulletin»; cesó de publicarse sólo con el encarcelamiento y la muerte de Reich.

Al principio, los esfuerzos de investigación fueron concentra-

20. *Loe. cit.,* documento E-28a.

21. *Loe. cit.,* documento E-29ª

dos sobre el problema del cáncer y de sus relaciones con la energía orgónica: a tal fin, se instituyó un Laboratorio de Investigaciones sobre el Cáncer y sobre el Orgón.[22] Se reemprendieron los experimentos sobre ratas cancerosas que habían sido iniciados en Oslo. La observación, ya realizada en Noruega, que la energía orgónica era absorbida por las substancias orgánicas y rechazada por las metálicas, llevó a Reich —como hemos visto— a la construcción de los primeros y más simples acumuladores orgónicos. El 8 de marzo de 1941 se iniciaron los primeros experimentos de tratamiento del cáncer con el acumulador. De todos estos experimentos se informó durante años a la Food and Drug Administration y a otras autoridades sanitarias americanas, sin que mostraran ninguna reacción negativa ni, mucho menos, persecutoria. Y éste es un hecho que quiero subrayar ya que en mi opinión demuestra que, también en América, la causa determinante de la persecución fue la reacción destructiva que en algunas personalidades enfermas (desgraciadamente demasiado frecuentes en las esferas directivas de todos los países) suscitaba *la actitud positiva de Reich frente a la sexualidad,* y no, como según los casos, se pretendió, su posición política, o sus teorías científicas, o sus técnicas terapéuticas en el campo del cáncer o de cualquier otra enfermedad.

En 1946, Reich se trasladó al Mainc, adquiriendo cerca de Rangeley una pequeña propiedad de bosque que bautizó «Orgonon» y en la que fijó su residencia, instaló sus laboratorios de investigación (destinados a tomar un desarrollo sin precedentes en los años sucesivos) y dio sus clases y seminarios de orgonomía. Dado que ahora la mayor parte de su trabajo era dedicado a la investigación física y biofísica fundamental, buscó el modo de dejar a los demás la mayor parte del trabajo médico, tanto terapéutico como didáctico. A tal fin, nombró al doctor Elswordh Baker *train-ing therapist,* o sea terapeuta responsable de la preparación de nuevos médicos orgonomistas.

Baker estuvo al frente de esta cátedra hasta la muerte de Reich y aún actualmente continúa su actividad didáctica. A partir de 1953, y hasta la extinción del peródico, Baker fue además el director de la revista de medicina orgonómica de la Fundación Reich «Orgonomic Medecine». Recientemente ha publicado un libro en el que expone las conclusiones médicas y sociológicas a las que ha llegado a través de casi veinte años de ejercicio de la medicina orgonómica.[23]

En diciembre de 1949 fue instituida en Orgonon la Wilhelm Reich Foundation, con la tarea estatutaria de «promover el conocimiento y la aplicación de la energía orgónica cósmica» y de federar y coordinar las actividades, y los laboratorios del Orgo-

22. IJSEOR, vol. 1, núm. 1, p. 6.
23. Elsworth BAKER, *Man in the trap,* Macmillan, New York, 1967.

ne Institute, encargados de la investigación orgónica fundamental, la Clínica Orgonoterapéutica encargada de aplicar los conocimientos orgonómicos en el plano médico y el Centro de investigaciones orgonómicas sobre la infancia.[24]

En 1951 la Fundación, dedicada integralmente a finalidades científicas, como por otra parte exige la legislación americana, había llegado a una considerable consistencia financiera, de modo que el balance regularmente vistado por los titulares del despacho notarial Willet, Fish y Dresser de Porland (Maine) presentaba un total de 36.285 dólares de entradas, 36.285 dólares de salidas y un capital fijo de 97.269 dólares.[25] Puesto que posteriormente tanto la Food and Drug Administration como otros detractores de Reich sostuvieron que había explotado su actividad de científico para fines de lucro, será conveniente subrayar desde ahora que es cierto lo contrario: tal como siempre había hecho durante su vida, Reich también en América en todo caso utilizó para la investigación científica los beneficios de su actividad como médico, como demuestran los balances de la Fundación, de los que resulta que miles y miles de dólares que provenían de su trabajo profesional y del de sus alumnos eran ingresados sistemáticamente a la Fundación para el desarrollo de la investigación fundamental. Al mismo tiempo, dado que por un mal entendido espíritu de solidaridad, algunos de sus defensores han sostenido que nunca se habían vendido sus acumuladores de energía orgónica, es preciso recordar que los balances de la Fundación indican entre las entradas 3.900 dólares, en el capítulo «Venta de acumuladores de energía orgónica».[26]

Este prodigioso desarrollo de la Fundación y del trabajo de Reich, que en 1942 publicó *The Function of the Orgasm* (quizá su obra más sintética y fascinante), en 1945 *The Cáncer Biopathy,* en 1947 y en 1948 nuevas ediciones de *Sexualitüi im Kulturkampf (The Sexual Revolution), Massenpsychologie des Faschismus (The Mass Psychology of Fascism)* y *Characteranalyse (Character Ana-lysis),* junto con 4 volúmenes de *Annals* e innumerables números del *Bulletin,* no debe sin embargo hacer pensar en un período de paz idílica.

Signos precursores del linchamiento

Ya en 1947 empezaron los primeros síntomas del «linchamiento moral» intentado más de una vez en los países escandinavos y destinado a llegar, en los Estados Unidos, a su trágico epílogo.

24. *The Wühelm Reich Foundation, First Bi-annual Report* (1950-1951), en OEB, vol. IV, núm. 3, julio 1952, p. 137.
25. *Loe. cit.,* pp. 152-153.
26. *Loe. cit.,* p. 150

Como escribirá en 1948 su más directo colaborador de aquellos tiempos, Theodore Wolfe,[27] todos habían dirigido sus esfuerzos a evitar la publicidad dado que conocían ya bien los mecanismos con que actúa la «peste emocional». Los periodistas que se habían presentado a Reich y al Instituto con la intención de escribir algún artículo «sensacional» habían sido siempre pacientemente disuadidos. Pero la personalidad apestada sabe cómo debe atacar: el engaño y la deslealtad están en todas partes con sus armas mortales. Así pues, un día de marzo de 1947, Use Ollen-dorff, que trabajaba como secretaria en el Instituto, recibió una llamada telefónica de una cierta señora Brady que aseguraba que debía hablar personalmente con Reich «para saludarle de parte de muchos amigos de la costa californiana».[28]

La señora Brady, pues, no se presentó como periodista sino como una amiga y compañera de ideas: exactamente la misma técnica engañosa con que unos diez años antes el enviado de un semanario fascista se me presentó para robarme una entrevista sobre la que basar una serie difamatoria de artículos con el título «Llega a Italia el amor libre».

En abril de 1947, el primer producto del odio sexofóbico de Midred Edie Brady aparecía en la revista «Harper's Magazine» con el título «El nuevo culto del sexo y de la anarquía». Aparentemente era sólo un reportaje sobre las comunidades *beats* (entonces aún llamados *bohémiens* por la autora) de la costa californiana, pero aparecían ya en él una serie de frases provocantes y de juicios malintencionados sobre Wilhelm Reich. Poco después, y precisamente el 26 de mayo de 1947, en el «The New Republic», la revista «progresista» de Henry Wallace (el candidato de la izquierda americana en las elecciones de 1948 y que fue vicepresidente en la Administración Roosevelt), aparecía un segundo artículo de la señora Brady abiertamente dirigido a la difamación de Reich y a señalarle en la persecución de la burocracia sanitaria y judicial. Es probable que la desconfianza y luego el desprecio mostrado por Reich frente a los *liberáis,* es decir, la izquierda democrática, hasta la muerte, fuera debida en gran parte a la indignación que suscitó en él la actitud hostil que le mostró el grupo de Wallace y su revista que ya el 2 de diciembre de 1946 había publicado la recensión más estúpida y destructiva de la edición americana de *Psicología de masa del fascismo* entre todas las que habían aparecido en la prensa americana.

La amargura que la persona emocionalmente sana, y por lo tanto sinceramente progresista y colaboradora, experimenta frente a la hostilidad de ciertos exponentes «radicales» es tanto mayor en cuanto que su estructura caracterial y toda su crítica

27. Th. WOLFE, *Op. cit.,* pp. 3-4.
28. Op. *cit.,* p. 24

histórico-ideológica la llevan a simpatizar con el tipo de revolu-

ción social ajena a los dogmas paneconomistas y a los métodos totalitarios que es propuesta y promovida, por lo menos verbalmente, precisamente por los diversos grupos de la izquierda democrática. Pero una vez más, el potente instrumento de crítica y de análisis que la psicología sexocéntrica ofrece debe recordar que las etiquetas ideológicas tienen muy poca importancia en los juicios y en la acción política concreta y que, en particular la no aceptación de las revoluciones económicas drásticas y de sus consecuentes violencias, en muchos exponentes de la llamada izquierda democrática, no nace de una íntima y profunda condena de la violencia y de la fuerza (como lo demuestran el espíritu de mafia' y la mordaz hostilidad de sus capillitas y su inclinación al linchamiento moral) sino de una clara preocupación por los privilegios sociales de los que frecuentemente gozan y de un profundo sentimiento de culpa por su propia destructividad reprimida, mientras que los bloqueos profundos de su emotividad, y por lo tanto su secreta sexofobia, se revelan con facilidad al observador atento en el carácter intelectualista, artificial, snob de sus relaciones interpersonales, en su incapacidad de contacto humano, en su desprecio aristocrático y mal disimulado por los extraños o los excluidos del «círculo».

El artículo de la señora Brady estaba repleto de alusiones a las implicaciones sexuales de las teorías y del tratamiento de Reich: la autora, con hábiles y oblicuas frases, recordaba que Reich había sido expulsado de Dinamarca con la acusación de «haber corrompido la juventud danesa», que había caído en desgracia en el movimiento comunista por haber denunciado la involución sexofóbica del régimen soviético, que había llevado a cabo escandalosos experimentos en Noruega y que, habiéndose refugiado en América, en dos años había «reunido bastante dinero para poder reemprender sus actividades editoriales» y para crear en Orgonon una «ciudad» en la que «fabricaba acumuladores de esta misteriosa energía orgónica» que «deberían garantizar el orgasmo a los pacientes».

La investigación de la FDA

En definitiva, la señora Brady intentó por todos los medios, de acuerdo con su estructura caracterial enferma, explotar la peste sexofóbica de los burócratas y dar la impresión de que Reich era el jefe de algún oscuro tráfico especulativo relacionado con lo sexual. Su intento iba a ser fatal a Reich y a todo su trabajo. La maquinaria de la burocracia sanitaria y judicial tuvo un primer sobresalto y luego, silenciosamente, insidiosamente, engañosamente empezó el avance lento e inexorable que iba a terminar solamente con la muerte física de Reich y la destrucción

de sus obras. Pero, ¿por qué aquella máquina se movió precisamente entonces y no cuatro o cinco años antes, cuando Reich empezó a enviar a las autoridades sanitarias y a los centros americanos más importantes de investigación los resultados de sus investigaciones, de sus experimentos, de sus técnicas terapéuticas?

La razón, como en más de una ocasión he subrayado, hay que buscarla precisamente en el epicentro sexual de las teorías reichianas y de las insinuaciones de la señora Brady. Y la prueba de esta afirmación está en el tipo de investigación que la Food and Drug Administration (Administración de Alimentos y Drogas) empezó poco más tarde. En el verano de 1947, un inspector de la FDA de Porland (Maine) se presentó a Orgonon diciendo que «un amigo suyo» había leído el artículo de la señora Brady y le había aconsejado que estudiara «un poco mejor» la cuestión. Se le dieron las informaciones que pedía a propósito del acumulador.29 Se presentó luego otra vez pidiendo detalles sobre el conflicto entre Reich y Freud. Luego otros inspectores se presentaron en otras partes del país haciendo extrañas preguntas a los colaboradores: «¿Cuántas mujeres trabajan en el Orgone Institute?» «¿Qué les hacéis a las mujeres dentro del acumulador?» «¿Es cierto que el acumulador debería provocar el orgasmo?» «Vd., señora, ¿lo ha utilizado? Oh, perdone, ahora caigo: Vd. no tiene necesidad de él ya que está casada...»x Éstos fueron los canallas que empujaron a Reich a la cárcel y a la tumba escondiéndose detrás de los nobles motivos del interés público. Pero, como siempre, estos canallas se movieron y atacaron cuando su peste sexofóbica fue estimulada por las habladurías y la curiosidad de carácter sexual.

Las pesquisas, en pocos meses, fueron extendidas pasando de los laboratorios de Orgonon a Nueva York, Filadelfia, Chicago, Berkeley y otras varias ciudades, siempre en busca de pretextos legales para acusar a Reich y siempre con este básico motivo sexofóbico. A los pacientes de los médicos orgonomistas, por ejemplo se les pedía: «¿Qué os hace el médico?» O bien: «¿Pero no os hace más que esto?» «¿Es cierto que os masturba?»

La actitud de Reich, frente a estos primeros episodios de la tragedia, fue plenamente acertada en el plano científico y moral, pero gravemente equivocada en el plano legal. Rechazó enérgicamente la competencia de la FDA sobre sus técnicas terapéuticas, por cuanto estaban basadas en descubrimientos y teorías científicas de las que los «expertos» de la FDA, como cualquier otra «autoridad» de la ciencia oficial, no tenían la más mínima idea. En el plano científico y moral esta actitud era correctísima. El caso era análogo, en lo substancial, al de un Galileo o un Pas-

29. *Op. cit.,* p. 37.
30. *Op. cit.,* p. 37-38.

teur: se tenía la pretensión de confiar el juicio sobre descubrimientos científicos revolucionarios a los representantes de una «ciencia oficial» que se basaba en concepciones antitéticas a las de Reich y que llegaba a expresar, con aquellas concepciones, las estructuras caracteriales enfermas tan eficazmente denunciadas por el mismo Reich.

Pero en el plano legal, afirmaciones como las formuladas por Reich desde 1947 —«¿Deberíamos capitular frente a una cualquiera FDA, que se ocupa de aspirina y cosas parecidas? Reconocer la autoridad de la FDA significaría reducir a cero la importancia de nuestro trabajo»—[31] son extremadamente irrealistas. En el plano legal, la FDA tenía y tiene el poder de indagar y de enjuiciar lo que Reich le negaba: sólo con el reconocimiento realista de este hecho podía y debía surgir una acción eficaz contra las intrigas burocráticas y los abusos morales y científicos de la FDA. Reich, en cambio, osciló siempre, durante aquellos años cruciales, entre una no aceptación categórica, justa en el plano de los principios pero no en el plano legal, del derecho de la FDA a intervenir, y una ingenua, obstinada confianza en el sistema americano (político, judicial y económico) en el que, como tantos exilados europeos de aquellos años, había acabado colocando muchas de las ilusiones que en otro tiempo había tenido por las instituciones o los movimientos democráticos del viejo continente.

Es preciso decir, sin embargo, que la actitud de la FDA fue tan provocativa y antipática, desde el principio, que hizo extraordinariamente difícil una colaboración. De acuerdo con las inclinaciones características de sus mentes mezquinas, algunos funcionarios creyeron inmediatamente que se hallaban frente a una sórdida pandilla de charlatanes que habían imaginado una cantidad de teorías y técnicas pseudocientíficas para satisfacer sus propias perversiones sexuales y las de sus pacientes y para ganar sumas importantes mediante sus tratamientos de brujería.

Reich, a un cierto punto, había incluso aceptado someter sus aparatos a los «controles» de la FDA con la única, razonable condición que los controles fueran llevados a cabo con su participación o la de sus alumnos, es decir, con la participación de personas que conocieran a fondo la teoría y la técnica de aplicación de los acumuladores orgónicos. Dicha condición no fue aceptada, y por lo tanto Reich rechazó categóricamente dar su consentimiento a cualquier control por parte de médicos u otro personal científico de la FDA totalmente ignorante en orgonomía. Cuando más tarde se dio cuenta de la bajeza de los motivos y de las sospechas de los funcionarios de la FDA no quiso seguir colaborando bajo ninguna forma con los «inspectores» del organismo.

Aparentemente abandonaron sus pesquisas pero fue sólo para

31. *Op. cit.,* p. 41.

continuarlas silenciosamente, sin prisas. Durante cierto tiempo, como frecuentemente sucede en los asuntos burocráticos, pareció que el asunto había caído en el olvido. Pero, como también frecuentemente sucede en las actuaciones burocráticas, el olvido aparente era tan sólo una mezcla de pereza y de deseos de venganza más metódicos. Se quería reunir otros elementos para que el golpe fuera más destructivo.

Así pues, el 10 de febrero de 1954, la FDA presentaba a la Corte del distrito del Maine una notificación judicial contra Wilhelm Reich y algunos de sus colaboradores. Se trataba de un documento calumnioso hasta la náusea y que sin embargo, leído con la perspectiva de los años pasados, ejerce la función involuntaria de demostrar la bajeza moral y la cortedad intelectual de los acusadores de Reich. La entera acusación se basa en la tesis que los acumuladores orgónicos, las investigaciones orgónicas y las obras de Reich (desde las psicológicas, a las socio-políticas, biofísicas e incluso astrofísicas) no eran más que una maniobra especulativa con la finalidad de acreditar y hacer propaganda de la existencia de esta «inexistente» energía orgónica sobre la que el imputado y sus cómplices estaban desde hacía tiempo enriqueciéndose fraudulentamente.

La notificación negaba taxativamente la existencia de la energía orgónica y daba por «expedientes publicitarios» los informes de Reich y de sus colaboradores médicos sobre los efectos terapéuticos del acumulador. Pero, como ha escrito un especialista americano de orgonomía que, durante aquellos años, siguió de cerca y personalmente la penosa visicitud judicial,[32] la FDA no presentó nunca, ni en la notificación judicial ni más tarde, ninguna prueba de su superficial y alterosa negación de la existencia del orgón, aunque varios de sus funcionarios dieran a entender a varios autores de artículos calumniosos que «expertos» de la FDA habían llevado a cabo los controles. *Aún hoy, estos «controles» no han sido indicados ni de un modo suscinto.*

El planteo de la notificación judicial era tan estúpido y ultrajante que habría sido muy fácil desmontar sus líneas esenciales. Pero precisamente la estupidez y mezquindad extraordinarias del documento acabaron siendo una ventaja para sus redactores ya que Reich, y con él sus colaboradores, no quisieron creer que una tal retahila de calumnias y estupideces pudiera nunca ser tomada en serio. De esta convicción probablemente nació la decisión de Reich de no presentarse ante el tribunal para defenderse de las acusaciones de la FDA.[33]

Escribió al magistrado una respuesta a la «notificación judi-

32. Charles R. KELLEY, *The Life and Death of Wilhelm Reich,* en «The Creative Process», núm. 1, agosto 1963, pp. 11-12.

33. Paul y Jean RITTER, *The Work of Wilhelm Reich,* en «Orgonomic Functío-nalism», vol. 6, núm. 6, 1957.

cial» en la que defendía solemnemente su derecho y el de sus colaboradores a la libre investigación y continuaba diciendo: «En nombre de la verdad y de la justicia, declaro que no me presentaré al tribunal como imputado para responder a las acusaciones de un "acusador" que con su misma notificación ha demostrado su ignorancia en el campo de las ciencias naturales.» [34]

En el plano moral, Reich tomó, sin duda alguna, la actitud justa y algunas de sus palabras empleadas para expresar su indignada negación quedan como un perenne ^testimonio de los derechos inalienables de la ciencia frente a las coartaciones de los poderes constituidos.

«La investigación de las leyes naturales fundamentales —escribía Reich— escapa de la esfera judicial del sistema político americano, como de cualquier sistema de cualquier otro país o continente. Si los resultados, laboriosamente logrados y publicados, de experimentos que han durado más de treinta años no han podido convencer a la FDA, o no podrán convencer a cualquier otro organismo, del efectivo fundamento del descubrimiento de la Energía Vital, ningún debate en ninguna aula judicial de ningún lugar podrán jamás lograrlo... Mi descubrimiento de la Energía Vital es actualmente conocido en el mundo entero, en centenares de instituciones... No puede ser parada por nadie, a pesar de lo que pueda sucederme a mí.»

El decreto del juez Clifford

Pero en el plano legal, esta actitud fue un gravísimo error, que comprometió de un modo irreparable la posición de Reich. Había sido acusado por la FDA de haber montado una maniobra especulativa para la venta de aparatos terapéuticos ineficaces: y le habría sido fácil librarse de esta acusación, dada su evidente falsedad. Pero negándose a presentarse al tribunal, se vio obligado a responder de la acusación de haber violado una notificación judicial: y nunca logró liberarse de esta acusación, dada su indudable verdad.

Y más allá del problema moral hay también un problema de coherencia ideológica: ¿cómo era posible conciliar la intransigente defensa de la libertad de la ciencia con la confianza, expuesta por Reich en su respuesta de que el tribunal le habría absuelto? ¿Cómo podía, precisamente el hombre que tan lúcidamente había denunciado la fatal interacción entre estructura social y estructura caracterial, confiar «con confianza» la defensa de su libertad de científico a un juez cualquiera, es decir, *a una*

34. El texto de este documento está publicado como apéndice en TO, pp. 637 y ss.

personalidad que de la aplicación coercitiva de las leyes coercitivas de una sociedad coercitiva había hecho su profesión, su medio de sustento y, por qué no, un motivo de orgullo?

Alguien ha escrito que Reich pensaba que a lo más la acusación de la FDA habría terminado con una prohibición a la Fundación de vender los acumuladores o de alquilarlos. Pero también esta «justificación» me parece difícilmente conciliable con su clara conciencia de los inicios limitados, por ser simples pretextos, de las persecuciones más destructivas: en un escrito profético del año anterior Reich[35] había descrito con trágica agudeza el mecanismo antipático e impersonal con que Giordano Bruno había terminado en la hoguera debido a la conjunción fatal entre la antipatía mezquina y sin importancia de un conocido y el gran empuje destructor del orden constituido, decidido a aplastar en Bruno la chispa de una nueva visión de la vida y del mundo, inaceptable para los momificados poseedores del poder.

En definitiva, mírese por donde se mire, creo que persiste una contradicción entre la negativa de Reich a presentarse al tribunal y su agudo análisis de los procesos operativos de la opresión social.

Esta laguna, intelectualmente inexplicable, creo que tiene su raíz en la confianza ingenua y desesperada que Reich tenía en el sistema social americano después de las tremendas desilusiones causadas por la sociedad europea y sus más diversos movimientos ideológicos y culturales. Reich puso su confianza en el juez Clifford porque tenía necesidad de creer en alguien y en algo, porque no soportaba más la soledad trágica de sus mismos análisis. Y esto nos lleva a las conclusiones políticas de sus últimos años, que analizaremos dentro de poco.

El error de Reich se manifestó con toda su enormidad trágica el 19 de marzo de 1954, cuando John D. Clifford, Ilustre Juez del distrito del Maine, publicó un decreto en el que se disponía la destrucción de los acumuladores y la quema de la mayor parte de las obras de Reich, incluidas (tal como había pedido la FDA) *The Sexual Revolution, The Mass Psychology of Fascism, Character Analysis, Ether God and Devil, Cosmic Superimposi-tion, The Murder of Christ* y otros escritos. Era un abuso evidente: pero dado que no se había presentado ante el tribunal, Reich no pudo ni apelar contra el vergonzoso decreto.

Los meses y los años inmediatamente sucesivos a la publicación del decreto estuvieron cargados de tensión y de angustia para Reich y para sus colaboradores. Pero del mismo modo que la conciencia de que la burocracia sanitaria estaba preparando su trampa (no había parado desde 1948 a 1954 la actividad orga-

35. *Mocenigo: The Murder of Christ in Giordano Bruno,* en MC, pp. 104 y ss.; publicado en To., pp. 577 y ss.

nizativa y científica de Reich), igualmente el durísimo golpe del decreto y las ansias por las posibles consecuencias, tampoco pudieron domar su creatividad intelectual. Durante aquellos años Reich siguió con sus investigaciones de química orgónica para la creación de nuevos tipos de substancias (orene, orita) de mecánica orgónica, logrando, según parece, hacer mover un motor con energía orgónica,[36] de astrofísica orgónica, profundizando la noción de la gravedad y de la antigravedad desde un punto de vista orgonómico, y sobre todo de meteorología orgónica, logrando obtener resultados sorprendentes en una memorable expedición en el desierto de Arizona, hecho junto con su hija Eva (la mayor de las dos hijas de Annie) que se había reunido con él en los Estados Unidos y colaboraba junto con su marido William Moise, en los estudios y en los experimentos meteorológicos del padre.[37]

Entretanto, Reich hallaba tiempo para luchar contra la FDA: desgraciadamente llevaba esta lucha con unos criterios que en mi opinión eran equivocados no sólo en el plano formal sino, esta vez, incluso en el plano substancial.

Su entera defensa, de la que tomó personalmente la dirección, estaba basada en el esfuerzo de demostrar que la acusación de la FDA y luego la condena del tribunal de primera instancia habían sido el resultado de una conspiración diabólica y preorde-nada urdida contra él por el comunismo internacional. Este intento era en primer lugar absurdo en el plano jurídico: había sido acusado y condenado injustamente, porque se había afirmado y considerado que había ideado todas las teorías orgonómicas, y fabricado los acumuladores, para desarrollar una actividad pseudoterapéutica para timar y especular. Posteriormente, además, la FDA había sostenido que Reich había desobedecido la orden del tribunal y había continuado el tratamiento con los acumuladores: lo cual era cierto sólo de un modo muy parcial, dado que el tratamiento se había limitado a los casos en que había ya sido iniciado antes del decreto y dado que, como hemos visto, la mayor parte de actividad de Reich versaba fuera de la actividad médica. Reich, intentando demostrar que existía un complot comunista contra él, dejaba de responder a los verdaderos problemas. Además, la persona acusada juntamente con él, su amigo Michael Silvert, un médico orgonomista de Nueva York que durante los últimos años había tomado una parte importante en el trabajo de Reich dado que había financiado cada vez más las investigaciones orgonómicas precisamente mediante la venta y el alquiler de los acumuladores, hizo involuntariamente un paso en falso que hizo precipitar la situación.

36. KELLEY, *op. cit.,* p. 17.

37. *Ibidem.*

Reich y sus inmediatos colaboradores, después de la publicación del decreto, habían seguido con la convicción optimista que a partir de entonces, una vez cesado casi por completo el comercio de los acumuladores, la FDA no podía hacer ya nada contra la Fundación, ni para obtener una completa aplicación del decreto. «La FDA está paralizada —dijo en aquel período Reich a un colaborador—, y no puede hacer nada»; Y Silvert añadió: «Ni pueden obtener la puesta en práctica de la orden.»

Precisamente Silvert, fiándose de esta visión optimista de la situación y persuadido que si actuaba a escondidas de Reich no le habría implicado en eventuales responsabilidades, decidió en 1956 transportar un cierto número de acumuladores desmontados desde el Maine a Nueva York: lo cual significaba violar abiertamente una de las cláusulas del decreto, que prohibía precisamente el comercio o el simple transporte fuera del estado de los acumuladores. La FDA, que desde hacía tiempo estaba al acecho para individuar eventuales transgresiones de Reich y de sus colaboradores, no dejó pasar la ocasión para intervenir, coger a Silvert en flagrante delito y denunciar de nuevo a él y a Reich por desprecio de la corte, es decir, por violación premeditada de las disposiciones judiciales.[38]

Tampoco esta vez Reich se presentó a la audiencia, fijada en un tribunal de Portland para el día 30 de abril de 1956. Tampoco se presentó Silvert ni los demás terapeutas imputados (Mangriviti, Shepherd, Thurston, Broeg). Se presentaron en cambio, a pesar de la insistencia de Silvert para que no lo hicieran. Use Ollendorff, la ex esposa de Reich, quien durante el verano de 1954 se había unido a Aurora Karrer) y T. Ross, el portero de Orgonon.[39]

Así las cosas fue fácil para el ministerio fiscal Maguire obtener una orden de arresto contra Reich por «huir de la justicia»: de hecho Reich y Silvert fueron arrestados el 1 de mayo de 1956 y llevados esposados al tribunal de Portland.[40] Reich expuso al tribunal dos razones concretas por no haberse presentado en la fecha establecida del 30 de abril: en primer lugar, sostuvo que la acusación de haber violado el decreto y de haber despreciado el tribunal era ilegal y que carecía de fundamento y, en segundo lugar, que había considerado la orden de comparecencia que le había sido mandada como una enésima falsificación de los enemigos que completaban en su contra dado que no llevaba la firma del juez y tenía solamente la de un canciller. Que no

38. Myron SHARAF, *The trial of Wilhelm Reich,* en *Wilhelm Reich: A memorial book,* edited by Paul Ritter, The Ritter Press, Nottingham, 1958, p. 62.

39. *Op. cit.,* p. 61.

40. SHARAF, *op. cit.,* p. 63.

había tenido ninguna intención de «despreciar a la corte» ni de «escapar a la justicia» —dijo— era manifiesto por el hecho que había telegrafiado al juez pidiéndole una orden de comparecencia más «completa» y advirtiendo que, si la orden no era confirmada por el juez dentro de las 4 de la tarde del viernes precedente al 30 de abril, habría deducido que el documento que había recibido era falso. Éstas fueron las razones «racionales» aducidas ante el tribunal, pero por otras declaraciones hechas por él durante el proceso parece más probable que quisiera arrastrar a la «justicia» americana a mostrar su verdadera cara persecutoria y opresora al arrestarlo y encadenarlo: tenemos una confirmación de esto en el hecho que frente a los fotógrafos de Boston levantó en alto las manos esposadas para que toda América pudiera ver la suerte reservada a un grande y honesto científico como él. Y una vez más, su negación a presentarse fue válida moralmente (como la de Cristo que rechazó siempre el compromiso y la retractación, casi provocando a sus perseguidores a que mostraran totalmente su odiosa violencia), pero difícilmente conciliable con el respeto que en otras ocasiones había mostrado (incluso durante el mismo proceso) hacia los aparatos políticos, y sobre todo judiciales, de los Estados Unidos. Además, fue un gesto que agravó aún más su posición en el plano jurídico, plano en que en definitiva acabó por aceptar la batalla, en este proceso ya comprometido desde un principio.

El proceso se inició hacia las 10 del 3 de mayo de 1956. Voy a seguir la narración de un testimonio ocular, el colaborador de Reich, Myron Sharaf. Después de haberse sentado el jurado (que en su composición era un desolador microcosmos de la «América media» con una gran representación de amas de casa de media edad) el ministerio fiscal hizo el discurso de apertura, en el que declaró que pretendía demostrar que Reich y sus cómplices eran realmente culpables de desprecio a la corte.[41] Tomó luego la palabra Reich, que había decidido asumir su propia defensa: otra característica contradicción de su actitud, ya que por una parte aceptó combatir contra la acusación en el plano jurídico (afirmando no haber querido violar el decreto y no haber querido despreciar a la corte y sosteniendo que todas las acusaciones en su contra no eran válidas ya que expresaban un complot urdido en su contra) y por otra parte desaprovechó la experiencia técnica que un abogado hubiera podido poner a su disposición. Y de hecho, desde las primeras frases apareció claramente esta carencia en la posición de Reich: había apenas empezado intentando demostrar el carácter persecutorio y doloso de la primera acusación de la FDA y de los sucesivos pasos realizados por sus acusadores, y a referirse a la conspiración desencadenada en su contra, cuando el juez le interrumpió ya bruscamente

41. *Ibidem.*

intimándole que no se apartara del tema del proceso: es decir, si había o no cometido el relato de desprecio a la corte.[42]

Este juez —quede claro— no era peor que el juez Clifford. Clifford era quizá un poco más simpático y «bien educado»: pero también más débil, como demostró con el odioso, vejatorio y destructor decreto emitido por él a pesar de su «amabilidad», sólo porque Reich era contumaz en el decreto de primera instancia y los representantes de la FDA habían ejercido todo tipo de presiones para lograr un decreto de aquel tipo. El nuevo juez, Sweeney, era un hombre un poco más brusco pero también más «independiente» en sus juicios, como demostró con las frases hirientes que reservó no pocas veces al ministerio fiscal y a su pedantería. Pero los dos con sus virtudes y sus defectos reflejaban, cada uno a su manera, la mediocridad de aquella estructura autoritario-gregaria que Reich había tan perfectamente analizado y descrito: ¿cómo podía Reich pensar verdaderamente que iba a obtener «justicia» de dos tipos semejantes?

Ésta fue la contradicción central de la actitud de Reich, antes, durante y después de los procesos. *Sabía* de qué pasta estaba hecha la «estructura caracterial media», *sabía* hasta qué punto sus teorías parecían absurdas, extrañas, alocadas e inmorales a los «hombrecitos» (hasta tal punto que había lanzado contra esta personalidad mezquina una invectiva de 130 páginas titulada precisamente *¡Escúchame bien, hombrecito!),*[3] *conocía* el odio que las «personas normales» tienen a la vida, a los que la afirman, a los que auténticamente la investigan, y sin embargo, extrañamente, confió a dos «hombres medios» como Clifford y Sweeney su propia suerte: limitándose a dar al primero sus propias obras (decenas de volúmenes, miles de artículos científicos) como prueba de su inocencia de las culpas de que era acusado por la FDA y pretendiendo luego que el segundo aceptara la gran cantidad de material extraño al proceso que había reunido para demostrar la existencia de una «conspiración» en su contra. En ambos casos, demostró no tener en cuenta sus revolucionarios descubrimientos sobre la estructura caracterial. Puesto que si los hubiera tenido en cuenta habría comprendido inmediatamente que dos jueces «normales» *no podían* —si no por otra cosa, por las obligaciones que les imponían los rígidos procedimientos en que se había calcificado y sedimentado una secular tradición de peste emocional y de autoritarismo— ni captar ni aceptar el significado profundo de sus concepciones ni, por consiguiente, de su táctica de defensa. En esta situación, sólo dos alternativas eran posibles: o rechazar totalmente cualquier tipo de defensa, tomando la actitud altiva y de desprecio del científico que no quiere justificar sus descubrimientos y sus teorías y que

42. *Op. cit.,* p. 64.
43. Op. *cit.,* p. 64.

se niega a demostrar su desinterés económico, o bien luchar contra la mezquinidad legalista con las mismas armas. Evidentemente la primera actitud estaba destinada al fracaso en el plano del proceso, pero habría evitado mezclar a Reich en una lucha insensata. La segunda habría garantizado el éxito del proceso, sobre todo en primera instancia, y habría salvado el ingenio y la vida de Reich para la humanidad, evitando al mismo Reich un calvario de sufrimientos indescriptibles.

Use Ollendorff fue el primer testigo citado por la acusación. La ex compañera de Reich se esforzó en sostener que el no cumplimiento del decreto del juez Clifford por parte de Reich era debido no a que hubiera habido intención de violarlo por parte de Reich o de la Fundación, sino a que la FDA no había enviado ningún representante suyo a Orgonon para controlar la aplicación del decreto. Es probable que en efecto, mientras Use Ollendorff fue secretaria de la Fundación, esto hubiera sido cierto: pero Ollendorff dejó a Reich y Orgonon a principios de agosto de 1954, de modo que su testimonio puede ser válido sólo para el segundo trimestre de 1954. Myron Sharaf, en el escrito ya citado, afirma que hubo un cambio de política respecto al decreto hacia agosto de 1954. De todas formas, la acusación no tuvo dificultad alguna en desmontar la tesis de Use Ollendorff citando la declaración del portero de Orgonon, Tom Ross, según la que él y los demás colaboradores de Reich que estaban en Orgonon habían recibido de Reich una pistola con la orden de utilizarla si era necesario para alejar a los representantes de la FDA. ¿Cómo podía la FDA hacer aplicar el decreto —pidió la acusación, marcando muchos puntos a su favor— si incluso se llegaba a amenazar cori las armas a su personal? ¿Y no constituía este acto un desprecio a la corte?[44]

Luego la acusación citó a un paciente, un cierto Berman, del que obtuvo la declaración que había continuado pagando el alquiler del acumulador incluso después del decreto. Cuando Reich, en el contrainterrogatorio del testimonio, le pidió si había notado algún beneficio del acumulador y éste respondió afirmativamente, como era previsible, la acusación se opuso a la transcripción de la pregunta y de la respuesta «por no ser pertinentes» y, como era previsible, la oposición fue aceptada: Reich seguía moviéndose pues a lo largo de una línea extraña a la materia del proceso.

Luego, la acusación obtuvo que el fabricante de los acumuladores —un cierto Collins— declarara que Silvert o Tom Ross habían sacado otros acumuladores de la fábrica mucho tiempo después del decreto. Reich no encontró otra pregunta mejor para hacer a Collins que cómo controlaba la eficiencia operativa de los acumuladores (para que Collins declarara, como hizo, que

44. SHARAF, *op. cit.,* p. 64.

bastaba acercar la palma de la mano a la pared del acumulador para «sentir» su acción): una vez más la acusación se opuso y el juez Sweeney advirtió [s]de nuevo a Reich que no se estaba discutiendo sobre la eficacia de los aparatos sino de su culpabilidad en relación con un delito concreto: desprecio a la corte.[45] Y de esta forma siguió el proceso. Me parece inútil exponer en detalle el desarrollo de un proceso absurdo, que se prolongó hasta cuatro sesiones (desde el 3 hasta el 7 de mayo inclusive) dedicadas en gran parte a inútiles discrepancias de una u otra parte. De este aspecto del proceso, el único particular de importancia creo que es la situación del doctor Michael Silvert que habría podido ser fácilmente absuelto de la acusación de desprecio a la corte dado que una precedente aclaración del tribunal de primera instancia había establecido, en respuesta a una pregunta de un grupo de médicos orgonomistas, que la prohibición expuesta en el decreto a propósito de los acumuladores se refería solamente al doctor Reich y a Use Ollendorff (responsables en cuanto organizadores de la distribución de los acumuladores) pero no a los demás médicos, que continuaban siendo libres de aplicar en su profesión los aparatos considerados terapéuticamente eficaces. Y el juez Sweeney pareció que proponía al jurado esta posible interpretación, pero los «americanos medios» del jurado condenaron también a Silvert.

La tesis del «complot comunista»

Ha llegado el momento de discutir la tesis central de la línea defensiva adoptada por Reich y que sostuvo tanto en sus diálogos con los testigos, como en la arenga final: toda la acción de la FDA (desde la primera acusación hasta la última denuncia por desprecio a la corte) era solamente un complot urdido por los comunistas que se habían infiltrado en la FDA y que habían utilizado el organismo para atacar y eliminar físicamente su persona y para apoderarse (y transmitir a la Unión Soviética) los datos y los documentos referentes a los revolucionarios descubrimientos de la ciencia orgonómica: con dicho complot, el comunismo internacional había intentado sustraer a las «fuerzas de la libertad y de la democracia» (personificadas en los Estados Unidos) un inmenso patrimonio de descubrimientos científicos poniéndolos al servicio de las «fuerzas de la tiranía y de la subversión» (personificadas en la Unión Soviética).

Para sostener esta su tesis Reich trajo un cierto número de «pruebas» tan inconsistentes que llega a ser difícil comprender cómo podía esperar hacerlas tomar en consideración por un grupo de personas ajenas a su pasado de militante comunista (y,

45. SHARAF, *op. cit.,* p. 65.

por lo tanto, a su presente de «traidor» indudablemente odiado por Moscú y sus agentes). Baste decir que entre las «pruebas» aducidas hubo la afirmación —no demostrada— que 200 empleados de la FDA habían sido expulsados por «subversivos» durante el período de las purgas macarthistas; había también la afirmación que la acusación había leído —aunque ahora lo negara— el volumen de «documentos» preparado por él para demostrar el complot comunista urdido contra la fundación; o la prueba basada en que Leopold Infeld, el ayudante de Einstein, había , rechazado su experimento de la diferencia T_0 — T con la interpretación de la convección térmica sólo porque en realidad era un agente comunista «como estaba demostrado» por el hecho que en 1945 había preferido volver a Polonia en vez de quedarse en los Estados Unidos. Reich no podía saber que Infeld veinte años más tarde habría firmado en Varsovia, con serio riesgo personal, la «carta de los 34» tomando valientemente posición contra el autoritarismo del régimen comunista en su país. Pero podía ya desde entonces saber, porque él mismo había sido un ejemplo de ello, que frente al fascismo muchos intelectuales judíos en Europa y otras partes habían tenido simpatía y esperanzas en el movimiento comunista y en la Unión Soviética. Y debía saber que aprovechar de una elección hecha por Infeld en 1945 (cuando muchos intelectuales judíos seguían mirando a la Unión Soviética como la fuerza que había destruido al nazismo y sus violencias antisemitas, y en tantos exiliados era viva la nostalgia de la patria) para acusar a Infeld, en el clima de histerismo anticomunista creado por McCarthy, de ser un «espía de Moscú» significaba, ceder a un estilo patológico de calumnias que él mismo, Reich, había tan perfectamente denunciado, y exponerse a la fácil contraacusación de ser un «cazador de brujas» o, peor aún, un delator con tendencia a especular sobre la psicosis y el terrorismo difuso del célebre Comité para las actividades antiamericanas. En realidad, nada estaba más lejos del ánimo de Reich que estas acciones mezquinas. Pero entonces, en mi opinión, es difícil no deber concluir que, bajo las tremendas pruebas de un linchamiento que había durado casi treinta años, Reich había dejado de tener, en sus relaciones interpersonales, la continuidad del sentido de la realidad y la autocrítica que le habrían sido tan necesarios en aquellos momentos decisivos. Quede claro que esto no significa que sus descubrimientos científicos de aquellos años merezcan menor consideración que los de los años precedentes: es un fenómeno conocido a la psicología que una mente puede reaccionar de un modo desequilibrado en las relaciones interpersonales, conservando toda su lucidez frente a las cosas de la realidad natural. Y la experiencia histórica, tan rica en genios rigurosos y penetrantes en su actividad de trabajo como extravagantes y desequilibrados en sus relaciones sociales nos confirma esta dolorosa verdad: que la mente del hombre puede

conservar intacta su lucidez en las relaciones con las cosas y obscurecerse en las relaciones con los demás hombres, precisamente porque de los demás hombres —del mundo social, no del natural— les han venido los golpes más crueles y es contra dicho mundo que se han creado las constelaciones de reacción.

Como siempre, aún actualmente se intenta liquidar la obra de Reich o por lo menos sus investigaciones orgonómicas, con la fácil tesis que Reich «había enloquecido». Es un modo demasiado fácil de liberarse de una presencia intelectual que constituye una acusación permanente contra enteras generaciones de científicos y de políticos emocionalmente muertos y enfermos, y por lo tanto místicos-mecanicistas en su visión de la realidad y fanáticos y oportunistas en su comportamiento social. Sin duda, durante los últimos años Reich perdió la capacidad de juzgar y de tratar equilibradamente a las personas en determinados contextos que le sensibilizaban de un modo particular. Pero no hay que olvidar los últimos números del «Boletín de la Energía Orgónica» que dan testimonio, con sus ensayos fascinantes sobre investigaciones or-gónicas químicas y metereológicas, de coordinación y de síntesis de los datos experimentales. Es sobre las obras, sobre los menudos y penosos episodios del trágico epílogo de una trágica existencia, que hay que pronunciar el juicio, con el respeto, la simpatía y el escrúpulo debido a un grande e incansable ingenio.

Pero volvamos al proceso. La tesis del complot, sostenida por Reich en una exposición final que Silvert leyó en el aula de Portland, fue en mi opinión sólo la última expresión de una total distorsión crítica que había arrastrado a Reich a concentrar su odio sobre los comunistas como expresión suprema de la «peste emocional» que había descrito con tanta perfección. Es preciso decir que esta distorsión se había producido entre los años que van de 1947 a 1953, cuando el totalitarismo stalinista embestía furiosamente en Europa y en el mundo. Pero es preciso decir también que dicha distorsión no dio muestras de disminución cuando, con la muerte de Stalin, se manifestaron claramente en Rusia los signos del deshielo. La acusación de Reich contra «los agentes comunistas» de la FDA fue pronunciada en mayo de 1957 (o sea, 3 años después de la muerte de Stalin y cuatro meses después de la relación de Kruschof): y actualmente da la impresión de una tirada macarthista penosamente tardía.

Uno se pregunta qué había desencadenado en él un odio tan furioso contra el movimiento comunista. En realidad, visto en perspectiva, aquel odio se nos muestra como la última, exasperada versión de un rasgo caracterial antiguo e intrínseco a la personalidad de Reich desde su juventud. Este rasgo era precisamente una cierta tendencia al autoritarismo gregario que Reich había tan agudamente descrito y analizado, una tendencia que le empujaba a «militar» en un movimiento organizado viendo «infieles» y enemigos a exterminar por todas partes. Así había su-

cedido con Freud, para quien había trabajado con entrega total por lo menos hasta 1927, o sea, hasta que no palpó el helado conservadurismo social del maestro. Así sucedió con la social-democracia, hasta que asistió a su capitulación suicida frente al empuje de la reacción. Así sucedió, sobre todo, precisamente con el movimiento comunista, en el que había luchado con entusiasmo obstinándose hasta 1934 en ver en él «el gran movimiento libertador» a pesar de las características evidentemente totalitarias que presentaba ya en tiempos de Lenin. Y de la misma forma que, durante su lucha comunista, había debido ver en toda persona opuesta al comunismo un enemigo de la humanidad, en América, entusiasmado por el «gran país» que le daba finalmente la posibilidad de trabajar en gran escala y en libertad, empezó a ver en toda persona opuesta a la «democracia americana» un enemigo de la humanidad que era preciso aplastar con todos los medios posibles. Todo ello nos lleva a la conclusión que él mismo confió una vez al amigo Neill (el gran educador libertario inglés): "* nunca se había liberado del complejo paterno; y yo añadiría que por consiguiente tampoco se había liberado de una actitud ambivalente frente a la autoridad (odio y admiración al mismo tiempo, deseo de destruirla pero también de poseerla).

Myron Sharaf cuenta que el extravagante informe de Reich no hizo mucha impresión ni en el grupo de «americanos medios» tan inclinados a la credulidad en aquel período aún saturado del azufre de la caza macarthista a las brujas comunistas.[47] Luego el mismo Reich pronunció unas palabras: recordó que durante su vida había empleado —sacándola de sus haberes— la portentosa cantidad de 350.000 dólares (unos 20 millones de pesetas) en la investigación orgonómica: lo que hacía ridicula la pretensión de la acusación de querer averiguar quién había pagado una determinada factura de 21 dólares y 50 cents, durante una expedición científica en el Arizona, y ponía en evidencia lo vergonzoso del constante esfuerzo de la acusación en situar en un contexto de afán de lucro y de especulación su propia actividad y la de la Fundación. Hizo referencia luego a las dificultades halladas en la discusión de la causa: había tenido la impresión que se le cerrara la puerta en las narices fuera donde fuera que quisiera ir. Por último se dirigió al jurado hablándoles de sus actividades de investigador, de experimentador y les dijo que había llevado la causa hasta aquel punto, a pesar de haber podido cortarla mucho antes desmontando las ridiculas tesis de la acusación, porque había querido ver su desarrollo y experimentar la impresión que hacía estar en la cárcel. Ahora, había realizado esta

46. A. S. NEIL, *The Man Reich,* en *Wilhelm Reich: A Memorial Book, op. cit.,* p. 28.
47. SHARAF, op. *cit.,* p. 72.

experiencia y podía garantizar a los miembros del jurado y a la acusación que en la cárcel se estaba terriblemente mal, que la prisión era una pena bárbara e inhumana y que la sociedad debía en alguna manera lavarse de aquella mancha. Sería conveniente —añadió— que todos los abogados, los jueces, el ministerio fiscal y el representante de la FDA pasaran también ellos unos días en la cárcel, para experimentar lo que en ella se siente. Él, Reich, lo había hecho, ya que éste era su modo de entender las cosas: experimentarlas directamente. ¡Cuánto mejor habría sido —terminó Reich— si, en vez de cansarse buscando las culpas y los timos del «imputado Reich» la acusación y todos sus acusadores hubieran intentado entender directamente lo que tenían entre manos, leyendo la literatura orgonómica e intentando estar sentados durante un poco de tiempo en el acumulador! "*

El juez, en su indicación final dirigida al jurado, fue muy conciso. Cuatro días de debates no le habían movidp ni un milímetro, ni podían moverlo, de su posición inicial. Recordó que el jurado debía limitarse a juzgar si Reich había violado o no el decreto del juez Clifford y si había cometido por lo tanto el delito de desprecio al tribunal. Y acabó diciendo que, en su opinión, el caso sometido a su juicio era «muy simple»: intentando decir con ello, evidentemente, que la violación del decreto (y con ello el «desprecio al tribunal») había sido realizada (como sin duda alguna lo había sido). En este contexto, la defensa de Reich apareció claramente con su doble absurdo: extraordinariamente increíble en cuanto a su contenido (de «demostración» del «complot comunista»), era ajena al tema del proceso (cumplimiento o incumplimiento del decreto de primera instancia).[49]

Y de hecho, después de apenas 10 minutos de permanencia en la cámara del consejo, el jurado volvió y emitió un veredicto de culpabilidad. Pocas horas antes, a un médico orgonomista que le dijo que debía ausentarse del aula por razones de trabajo, Reich había respuesta con desprecio indicando al jurado: «¡Es por esto que os dejo a vosotros y me voy con *ellosl».* Ellos, «el pueblo», le condenaron pocas horas más tarde sin dignarse fijar su atención por más de diez minutos a los documentos de defensa que trabajosamente había elaborado. Y así debía suceder, por las razones que él mismo, Reich, había individuado y que sin embargo olvidaba con demasiada frecuencia cuando se trataba de juzgar directamente a su prójimo: por algo, durante los últimos tiempos, había frecuentemente depositado su confianza en pobres «esclavos» mitómanos que incluso durante el proceso, tan claramente destinado a terminar mal osaban decir frases eufóricas como esta: «¡Todo va bien: Reich sonríe!»[50]

48. SHARAF, *op. cit.,* p. 73.
49. *Ibidem.*
50. SHARAF, *op. cit.,* p. 75.

Después de haber aplicado algunas multas por la no presentación a la primera sesión, el juez Sweeney aplazó la sentencia al 25 de mayo de 1956. Antes de ella, el juez pidió una pericia psiquiátrica para Reich. Quizás esperaba poder salvar a Reich de la cárcel con la cláusula de la semienfermedad mental. Pero los peritos psiquíatras —los representantes de la ciencia oficial a los que los difamadores de Reich se refieren siempre para sostener la locura de Reich— *declararon que el imputado era perfectamente sano de mente.* El 25 de mayo Sweeney condenó a Reich a dos años y a Silvert a un año de cárcel, multando con 10.000 dólares (unas 600.000 ptas.) a la Fundación. Mientras seguían las apelaciones hasta la Corte Suprema, durante diez meses, Reich y Silvert fueron puestos en libertad con la caución de 15.000 dólares.[51]

Encarcelamiento y muerte

Durante el período de los recursos, Reich volvió al trabajo de investigación en el campo químico y meteorológico, mostrando un injustificado optimismo sobre el resultado de la batalla legal. Resurgía su necesidad de creer en algún tipo de autoridad constituida: la «justicia» americana en este caso. Y muchos seguidores hacían eco y amplificaban su euforia con un deprimente acri-ticismo gregarista. En enero de 1957, cuando el Tribunal de Apelación había confirmado la condenación del tribunal de Portland, el director del Fondo de asistencia legal creado por los partidarios de Reich para ayudarle en la batalla judicial envió a los suscriptores una carta que contenía estas increíbles palabras:

«La situación se está desarrollando a nuestro favor a pesar de lo que en un primer tiempo podía parecer una derrota... La mentira, que hemos denunciado y a la que hemos obligado a abandonar sus disfraces, ha logrado tan sólo, con el pasar del tiempo, mostrar su verdadera y monstruosa cara. El Demonio odia la luz. Casi vencidos, los enemigos recurren cada vez más a la calumnia: signo evidente de su desesperación.»[52]

Y Reich mismo escribía durante aquellos días: «La batalla no habría podido ser llevada a cabo a nuestro favor, como lo ha sido, sin la generosidad de tantas personas cercanas y lejanas.»[53]

Reich preparó rápidamente su petición a la Corte Suprema, utilizando más o menos el mismo material de la primera instancia. Pero esta vez la Corte ni examinó el material, puesto que pura y simplemente se negó a examinar el caso: un caso «extraordinariamente simple» como había dicho el «buen» juez Sweeney el

51. kelley, op. cit., p. 18.
52. KELLEY, *op. cit.,* p. 20.
53. KELLEY, *ibidem.*

año anterior. Así pues, el 11 de marzo de 1957 Reich y Silvert se presentaron a la policía y fueron llevados a la cárcel. Reich pidió que no fuera encarcelado declarando a las autoridades de la cárcel (es fácil imaginar con cuánto éxito) la pura pero no simple verdad: que su encarcelamiento «habría dado un durísimo golpe a la investigación científica»; y añadiendo con voz tranquila una profecía terrible, que provocó una sonrisa de compasión en los carceleros: que su encarcelamiento habría sin duda alguna significado la muerte en prisión de un pionero de la ciencia por culpa de un grupo de psicópatas».[54]

Precisamente por su vitalidad y creatividad, Reich sufría terriblemente en la prisión. A pesar de ello, intentó adaptarse a la vida de la cárcel, interesándose por el funcionamiento de las instituciones penales y por las reacciones biopsicológicas de los detenidos. Logró incluso escribir en la cárcel su último libro comunicando a la familia los progresos de la obra. Entre las vejaciones de las que Reich fue víctima durante los últimos meses de su vida, es preciso recordar que la FDA intentó impedir que fuera liberado «bajo palabra» apenas se entrevio esta posibilidad y que el manuscrito del último libro fue hecho desaparecer de la prisión de forma que la familia no pudo nunca obtenerlo.

Por su parte Reich intentó abreviar su detención sometiéndose a la experimentación de algunas medicinas: como es sabido, éste es un sistema, muy odioso, con el que los detenidos en las penitenciarías americanas pueden obtener «descuentos» de las penas impuestas. Y quizás esto contribuyó a su trágico fin.

Existe a este propósito un terrible documento publicado por uno de aquellos exaltados profetas de nuevas religiones que pululan en América.

Se trata del número de octubre de 1958 de una pequeña publicación titulada: «Crusade of Divine Living» («La Cruzada de la vida divina»), órgano de la organización del mismo nombre: «Una organización cristiana —declara el subtítulo de la publicación— sin finalidades comerciales ni obediencias confesionales, dedicada a la asistencia de los enfermos y de los perseguidos.» En él se publicó un artículo del director nacional del movimiento, Adolphus Hohensee, en el que se narra con oscuras tintas su experiencia de detenido en la penitenciaría de Lewis-burg, en la que Reich murió, y en particular da una atroz descripción, y quizás una explicación, de la muerte de Reich.

Hohensee cuenta los malos tratos sufridos por obra de los carceleros de la penitenciaría, en la que había sido encerrado, según parece, por «delitos» relacionados con su actividad misionera, y continúa así:

«Cuando quedó claro que todas sus amenazas no tenían influencia sobre mí, el subdirector Cox me recordó que había sido

54. KELLEY, *op. cit.,* p. 22.

confiado en la misma ala de la cárcel, conocida con el nombre de *"brazo* de la muerte", en la que Remington había sido muerto poco tiempo antes. *En aquel brazo, el profesor Reich, un médico encarcelado por desprecio a la corte por petición de la Food and Drug Administration, murió efectivamente pocos días más tarde. Desde hacía semanas me estaba diciendo que l& estaban matando con ciertas medicinas. Y el día antes de morir me dijo que se disponían a darle la dosis fatal aquella misma noche. Y así fue: a la mañana siguiente había muerto.* A pesar de ello yo no me rendí y no retiré las reclamaciones que había presentado ni hice promesa alguna a propósito de mis actividades futuras referentes a programas y conferencias [cursiva añadida].

»Pero vayamos por orden: los hechos que voy a referir en este número y en los sucesivos son tan terribles que tendréis dificultad en creerlos. Pero cuento y voy a contar sólo lo que he visto con mis propios ojos y oído con mis propias orejas, mientras estaba en la enfermería de la penitenciaría, desde el 25 de noviembre de 1957 hasta el 13 de abril de 1958. Temblaréis cuan-de sepáis cómo los detenidos son enloquecidos y mueren a causa de abusos, negligencias y torturas.

»He aquí en primer lugar un ejemplo de las proezas de los policías de los monopolios farmacéuticos y sanitarios.

»La revista "Time" del 18 de noviembre de 1957 informaba que el profesor Reich había "muerto" en la penitenciaría de Lewisburg, en Pennsylvania.

»"Ha muerto a los sesenta años —escribía la revista— Wil-helm Reich, que fue famoso psicoanalista, colaborador y discípulo de Freud, fundador de la Wilhelm Reich Foundation, más conocido en estos últimos tiempos por algunas teorías heterodoxas en el campo sexológico y energético. Reich ha muerto de un ataque cardíaco en la penitenciaría de Lewisburg, donde estaba purgando una pena de dos años de detención que le habían sido impuestos por el tribunal de Portland por haber distribuido una invención suya, el llamado "acumulador de energía orgónica" violando la ley para la tutela alimentaria y farmacológica...

»En realidad —continúa Hohensee— *apenas los policías de la FDA lograron encerrar a otro gran científico en aquel -foso de serpientes, en pocos meses el profesor Reich fue liquidado.*

»E1 profesor Reich había llegado al infierno de Lewisburg varios meses antes que mis enemigos lograran mi encarcelamiento. *Muchas veces aquel gran médico se me acercó con las lágrimas en los ojos para decirme que aquellos malditos sádicos, dueños absolutos de la vida de 1200 seres humanos, le estaban haciendo enloquecer y le estaban empujando hacia el abismo de la muerte "con sus medicinas experimentales".*

y>Cuando fue trasladado al brazo de la muerte (el mismo en que Remington había sido muerto pocos meses antes) Reich sintió que no iba a resistir durante mucho tiempo. Me confió esta

su convicción más de una vez durante la semana del 28 de octubre, cuando los guardias me echaron a mí también a morir en el mismo brazo, a pesar de que sufría atroces dolores a causa de una fractura vertebral y un aplastamiento del disco correspondiente: para no hablar de las continuas hemorragias.

«Poco *antes de morir, el Prof. Reich pasó a mi lado, por el corredor, mientras me estaba arrastrando lo mejor que podía apoyándome en la pared para llegar a mi celda del brazo de la muerte... Me dijo que no podía soportar por más tiempo las medicinas con las que le estaban saturando el organismo. Y de hecho murió al cabo de un par de días. Cuando lo encontraron, no sólo estaba ya muerto sino que estaba ya frío, pero tenía una pierna encogida y contraída, como si hubiera sufrido una tremenda agonía antes que la muerte le liberara de sus sufrimientos.»*[55] Hasta aquí la narración de Hohensee que pone bajo una luz aún más siniestra e infamante el trato que la «democracia» y la «justicia» americanas reservaron al hombre más grande de nuestro tiempo. La terrible angustia que dicha relación provocó a los familiares de Reich emerge de una carta de su hija Eva, publicada junto con la relación, en la que ruega vivamente a Hohensee que se ponga en contacto con ella y con la última compañera de Reich, Aurora Karrer, para comunicarle todas las informaciones que pudiera darle sobre las últimas semanas de vida del padre. «En cierto modo — escribía Eva Reich— casi tengo miedo de saber lo que podrá decirme... ya que la mentira triunfa y la verdad es derrotada y la muerte del doctor Reich ha sido acogida en todas partes con un gran SILENCIO.» [56]

Las autoridades de la cárcel comunicaron en el momento de su muerte, y posteriormente lo confirmaron, que Reich había muerto de infarto («oclusión coronaria»). Pero quedaría por ver lo que provocó aquel infarto. La relación de Hohensee hace pensar en una intoxicación debida a medicinas que Reich se hacía inyectar. Hohensee llega a afirmar que dicha intoxicación habría sido premeditada: pero el mismo hecho que Reich, a pesar de estar convencido de la existencia de un complot criminal en su contra por parte de «agentes comunistas» de la FDA, se sometiera a aquellos tratamientos farmacológicos, tendería a excluirlo. Continúa siendo, de todas formas, un documento atroz de la brutal destructividad de la estructura social contemporánea el hecho que un gran científico, inspirado durante toda su existencia por la noble intención de la investigación fundamental y por el progreso humano, haya sido obligado a intentar comprar con riesgo de su propia vida la disminución de una pena de cárcel impuesta por una justicia dispuesta a creer las más viles y as-

55. Publicado en «Orgonomic Functionalism», Ritter Press, Nottingham, julio 1959, p. 120.

56. *Loe. cit.,* p. 152.

querosas difamaciones de un pequeño grupo de delatores de Ja burocracia sanitaria.

En cuanto a las causas de la muerte, es preciso recordar por último que Reich manifestó más de una vez, antes o después de su encarcelamiento, la convicción de que sufría de la «enfermedad oranúrica», la enfermedad que él y sus colaboradores habrían contraído durante un experimento de interacción entre energía nuclear y energía orgónica iniciado por él en 1952 y luego suspendido por las graves reacciones patológicas que se registraron entre los observadores y los animales de experimento. Por lo que he podido saber, efectivamente ninguno de los colaboradores de Reich que participaron en la fase más dramática del experimento Oranur vive actualmente.

Aparte las causas de la muerte, que serán quizá definitivamente imposibles de determinar, es preciso insistir en la trágica, pro fe tica lucidez con que Reich predijo su muerte. No sólo, como se recordará, en el momento del encarcelamiento declaró que la prisión habría significado su muerte, sino que, antes de entrar en la cárcel, se preocupó de escoger un ataúd y reservó un trozo de tierra en la finca de «Orgonon» como lugar de su sepultura, hizo construir la tumba, escogió el busto realizado por la escul-tora Jo Jenkins como su estatua funeraria y dio disposiciones presisas para su funeral.

Consistió el funeral en una ceremonia no religiosa, en la que tres médicos orgonomistas leyeron fragmentos de varios poetas indicados por el mismo Reich. «Se oía un fondo musical —refiere un periódico local del Maine en su crónica— con fragmentos de música clásica, entre ellos el Ave María de Schubert cantada por Marian Anderson: un disco sobre el que el mismo Reich había escrito: "Para ser tocado en mi funeral." Mientras el ataúd era introducido en la tumba, la música aumentó en un crescendo inmenso... Al funeral han asistido unas cincuenta personas, entre ellas seis o siete invitados de Rangeley. Médicos y amigos han venido del Canadá y de California para asistir al funeral...»[57]

Siempre de acuerdo con las instrucciones de Reich, las luces del despacho y de toda la pequeña porción de «Orgonon», salvada del desastre financiero del proceso, de las multas y de los demás gastos del juicio, permanecieron encendidas sin interrupción. «Los visitantes de Rangeley quedaron frecuentemente sorprendidos —escribía el "Harvard Medici Alumni Bulletin" en julio de 1959— al ver aquel torrente de luz que brillaba en la colina cercana de Dodge Pond.»[58]

Inmediatamente después de las exequias fue leído el testamento, que contenía entre otras la disposición de dedicar todos los recursos financieros que quedaban a la creación de un Fondo

57. *The Rangeley Highlander,* Rangeley, Maine, 6 diciembre 1957.

58. «Orgonomic Functionalism», noviembre 1959, p. 226.

Wilhelm Reich para investigaciones sobre la infancia y la de sellar durante cincuenta años su archivo y su biblioteca personal: todos estos años Reich consideraba necesarios para que los sentimientos y los resentimientos relacionados con su persona se disiparan y su obra pudiera ser valorada con objetividad y serenidad. Así se hizo: todos aquellos documentos se encuentran depositados en una cripta impermeable a la humedad y sólo serán accesibles el 3 de noviembre de 2007.

El contenido del testamento ha sido ya dado a conocer en Italia en sus partes no privadas[59] y es inútil ahora insistir en él: querría sin embargo subrayar que incluso de aquel documento emerge el profundo amor a la humanidad que animó a Reich hasta los últimos años de su vida y la lucidez con que, como de costumbre, quiso incluso en el momento de su muerte que todos los recursos que quedaron de su trabajo y el trabajo de sus continuadores fueran dedicados a la última esperanza humana de rescate y de salvación: la defensa de la infancia.

Lamentable, en cambio, me parece la decisión de sellar su precioso archivo durante cincuenta años. En este caso, como en tantos otros (cuando escribió por ejemplo que su obra podría ser entendida sólo después de 500 ó 1000 años), Reich dio muestras de entender la desesperada urgencia de la comprensión de su obra. Poco autoriza a creer que la humanidad vaya hacia días mejores: mucho autoriza a creer lo contrario. Fue probablemente un residuo de aquel ingenuo evolucionismo ochocentesco del que Reich no estuvo exento, lo que le sugirió esta gravísima y quizás ruinosa «cláusula del cincuentenario». Pero una mirada realista a la marcha de los acontecimientos humanos, y sobre todo a los cada vez más insolubles y crecientes conflictos políticos de masas humanas cada vez más vastas, lleva a concluir que dentro de cincuenta años el mundo no será *más* sino *menos* idóneo para comprender, y para aplicar, los descubrimientos y el pensamiento de Reich. Es *hoy, aquí, en cualquier parte* que haya alguien que comprenda aunque parcialmente, aunque sólo torpemente, las concepciones reichianas, que es preciso divulgar, profundizar, verificar, desarrollar las investigaciones, las intuiciones y los descubrimientos de aquel pensamiento porque es *hoy, aquí y en todas partes* que es urgentemente necesaria la aportación decisiva que pueden dar a la salvación de la humanidad. Dentro de cincuenta años puede que no haya nadie ni en Rangeley ni en otra parte que esté interesado, o autorizado por los poderes constituidos, a reemprender un trabajo que ya hoy muy pocos demuestran apreciar. La idea que un mundo arruinado deba dirigirse a la obra de Reich como a una balsa de salvación es sólo un buen deseo: si la Historia enseña algo su enseñanza es que no enseña nada.

59. TO, pp. 10-12.

XV

Las conquistas críticas y científicas del período americano

La muerte de Reich ha llevado una tremenda parálisis en el proceso de desarrollo y afirmación de sus concepciones y descubrimientos. Era en parte, pero sólo en parte, inevitable, por el evidente motivo que con Reich murió el creador, el coordinador y el animador principal de la investigación orgonómica. Pero, bajo otros aspectos, esta trágica parálisis ha sido debida, aunque involuntariamente, al mismo Reich y a sus discípulos.

Fue debida a Reich ya sea porque, como hemos visto, dispuso que una parte importante de sus documentos fuera sellada por un período de cincuenta años, ya sea porque la desconfianza y el dogmatismo de los que sin duda alguna sufría le indujeron a prescindir de varios colaboradores de valor, o le ahuyentaron, a veces contra sus mismas intenciones, las simpatías de otros. Especialmente durante los últimos años el grupo de sus colaboradores acabó estando predominantemente compuesto por personalidades con tendencias a la adoración fideísta y pasiva más que a la investigación creativa y autónoma. Como ha escrito con razón Myron Sharaf: «Incluso entre los pocos que quedaron los motivos fueron frecuentemente poco puros. Algunos, al contrario de Reich, se sentían ajenos al sistema sólo porque eran débiles: no lograban triunfar como normales ciudadanos y la obra de Reich podía ser utilizada como sistema de defensa: "Yo soy *mejor* porque *conozco y acepto* al gran Reich y la gran orgono-mía." A éstos y a los demás —que intentaban nutrirse de la sabiduría de un gran *líder* que querían aún un buen padre, que no tenían la fuerza de colaborar, que giraban a su alrededor para mendigar un poco de vida — Reich podía responder como Nietzsche: "Decís que creéis en Zatratrustra. ¡Pero qué importa Zaratrustra! ¡Qué importan todos los creyentes!"»[1]

Reich mismo no dejó a veces de darse cuenta dolorosamente de la debilidad moral e intelectual de algunos de sus colaboradores. En varios de sus escritos del período americano hay a este propósito pasajes claramente alusivos.

Escribió por ejemplo en *Listen, Little Man!:*

«¿Sabes, hombrecito, lo que experimentó un águila que se encontró empollando huevos de gallina? Al principio el águila creía estar empollando aguiluchos destinados a ser águilas grandes y

1. SHARAF, *op. cit.,* p. 132.

poderosas, pero de los huevos salían sólo y siempre pollitos. Desesperada el águila seguía pensando que un día u otro los pollitos se transformarían en águilas: en cambio se transformaron tan sólo en cacareantes gallinas. Cuando el águila se dio cuenta de ello, con dificultad reprimió el impulso de comerse a todos los pollitos y gallinas. No lo hizo por una débil esperanza: la esperanza de que entre los pollitos que piaban pudiera surgir un día un aguilucho capaz de transformarse en una grande águila y de mirar desde el excelso nido, como ella, el horizonte más J^-'-no, en búsqueda de nuevos mundos, de nuevos modos de pensar y de vivir. Sólo aquel hilo de esperanza la retuvo de devorar a todos los pollitos y gallinas. Éstos, por su parte... mine" aprendieron a mirar a lo lejos. Se limitaban a engullir, engullir, engullir siempre todo lo que el águila les traía a casa. No se movían del calor de sus alas poderosas mientras fuera HOVÍP v se desencadenaba la tempestad y el águila desafiaba descubierta e indefensa los elementos. Si la situación se hacía difícil, los pollitos y las gallinas llegaban incluso a tirar piedras a escondidas al águila, para golpearla y herirla. Cuando el águila se dio cuenta de esta perfidia sintió de nuevo el deseo de destrozarlos. Pero reflexionó y empezó a tener compasión de aquellos pobres ahijados. Un día u otro —se repitió obstinadamente— surgirá, deberá surgir entre estos pollos cacareantes, glotones y miopes un aguilucho capaz de llegar a ser como yo.

»E1 águila solitaria no ha perdido aún hoy esta esperanza y es por ello que sigue empollando pollitos.»[2]

Otros fragmentos, no menos insistentemente alusivos, se pueden hallar en *The Murder of Christ:*

«Cristo espera que comprendan, pero *no* comprenden. Se limitan a recibir sus brillantes palabras... Cristo les dice que se dispersarán cuando sonará la hora terrible. Pero no comprenden. Todos piensan que serán los demás los que se dispersarán. Pero Cristo sabe que se dispersarán porque está escrito en sus caras, en cada uno de sus movimientos y en cada una de sus palabras... Los discípulos no tienen corazón. Quieren sólo inspiración y calor del maestro... Cuando Cristo vuelve con sus hijos, después de la gran agonía de Getsemaní, les encuentra a todos dormidos: ni un solo admirador o chupador de vida está despierto. Nada les importa de él, no tienen corazón: tienen sólo almas vacías que deben ser llenadas con la transfusión continua de la sangre de la vida... Si no matarán tu pensamiento, ¡oh hombre que guardas los secretos de la vida!, lo desnaturalizarán en un pantano talmúdico. No te enfades con ellos: no pueden dejar de hacerlo. No sienten realmente lo que dicen. Hablan sólo para complacerte y poder así chupar mejor de ti la vida.»[3]

2. LLM, pp. 66-68.
3. MC, pp. 123-126.

Se podrían citar otros fragmentos iguales, pero creo que éstos pueden ser suficientes para dar una idea de la amarga conciencia de los límites de muchos de sus discípulos. Desgraciadamente no era igualmente lúcida en Reich la conciencia de que su mismo carácter determinaba frecuentemente entre sus seguidores una «selección al revés», premiando a los «pollitos» más gregarios en perjuicio de las personalidades más creativas e independientes. Me parece ya negativamente sintomático que Reich se haya comparado a un águila: en este símbolo se han identificado todos los autoritarios de la Historia (desde César, a Napoleón, a Mussolini y a Hitler). Pero si queremos continuar con la comparación de Reich, entre los animales de presa (como en todas las especies animales) el padre sabe aceptar y animar la agresividad del hijo, como escuela esencial de su formación: basta ver con qué paciencia una gata se hace agredir, arañar y morder por sus hijos, sin guardarles el mínimo rencor. Un águila que tirara del nido a todo pequeño «culpable» de algún picotazo, acabaría encontrándose con pocos aguiluchos y con muchos pollitos debajo de las alas. Y es lo que sucedió a Reich.

Con una complicación: que muchos pollitos, convencidos de ser águilas porque el águila no les había sacado del nido, se enorgullecieron con este ambiguo privilegio y empezaron a mirar a los demás pájaros con el odio y la desconfianza característica de los que se sienten intimamente inseguros y situados en una posición que no son capaces de mantener con sus fuerzas y capacidades intrínsecas. A la muerte de Reich, esto ha sido esencial; nadie podía seguir volando ya que los pollitos tenían miedo que la debilidad de sus alas y de su vista quedara en evidencia delante de todos.

El resultado ha sido que en los diez o más años que han pasado desde la muerte de Reich la mayor parte de sus colaboradores no sólo no han realizado ningún trabajo serio en el desarrollo de las investigaciones orgonómicas, sino que han impedido sistemáticamente (frecuentemente recurriendo a discriminaciones sectarias y a calumnias odiosas) todos los esfuerzos dirigidos a promover la continuación de las investigaciones o tan sólo un más amplio conocimiento de la obra de Reich, cosas tan desesperadamente urgentes y necesarias. Incluso dentro del grupo de los colaboradores más directos de Reich han aparecido los signos de profundas divergencias y desacuerdos: los familiares de Reich (la esposa, Aurora Karrer Reich, la hija Eva y su esposo W. Moise y el hijo de Use Ollendorff y de Reich, Peter) se encerraron en una actitud de aislamiento; mientras que el doctor Baker, sin duda el más competente entre los médicos or-gonomistas, fue objeto de graves y arbitrarias discriminaciones por parte del ejecutor testamentario del Wilhelm Reich Infast Trust Fund.

Pero ha llegado el momento de analizar los resultados del pen-

samiento de Reich en los varios campos a que sucesivamente dedicó su perenne sed de conocimiento y de síntesis. Este análisis, como ya hemos insinuado, podrá ser resumido ya que en el campo de las ciencias humanas la presentación relativamente amplia de la exposición ya hecha permitirá una mayor concisión en las conclusiones y en el campo de las ciencias naturales, con *Selec-ted Writings (Teoría dell'orgasmo e altri scritti,* Lerici, Milán, 1960), el lector dispone de una sinopsis suficientemente exhaustiva y enteramente compuesta de escritos originales.

A propósito de esta subdivisión fundamental entre ciencias humanas y ciencias naturales será preciso, sin embargo, tener presente que a través del Principio Funcional Común (PFC) de la energía vital, y en particular a través de los procesos de *superposición y pulsación* energética, el mundo humano y el natural dejan de aparecer como mundos independientes y se presentan, aunque cada uno con sus características, como un *continuum* esencialmente unitario. En el ámbito de las ciencias humanas, el mismo Principio Funcional Común de carácter energético relaciona estrechamente todos los problemas individuales y sociales con el problema básico de la armonía de los procesos energéticos individuales y supedita la solución de dichos problemas a la preservación o al restablecimiento de aquella armonía. Visto así, dado que la pérdida del equilibrio energético individual (y por lo tanto la deformación de la estructura caracterial y social), se produce siempre durante la infancia, a causa de los métodos innaturales y represivos de educación, la *pedagogía* se presenta, en la última fase del pensamiento reichiano, como la ciencia humana suprema. Es por ello que quiso que la Fundación de su nombre se transformara en una fundación dedicada específicamente al estudio de la infancia y de los problemas educativos.

Política: más allá del marxismo

Como en muchos otros campos el pensamiento político de Reich tuvo, durante el período orgonómico, una importante evolución.

En primer lugar, como ya ha quedado claro con la ruptura con el movimiento comunista, que había en su tiempo llevado a la constitución del Movimiento Sex-Pol, la importancia de los factores psicológicos (estructura caracterial e ideológica) fue siempre muy apreciada y subrayada, mientras que la de los factores económicos (capitalismo privado, subdivisión en clases como resultado de la estructura de la propiedad, concepción del Estado como «agente de la burguesía», etc., etc.) tan predominantes en la teoría y en la práctica de los partidos marxistas fue siempre considerada en sus justas proporciones y relegada a una función subalterna.

Hay una huella nítida de esta evolución intelectual en el prefacio de la edición americana de *Sexualität im Kulturkampf (The Sexual Revolution).*

«Hasta el presente —escribía Reich en el prólogo de la edición de 1936, publicada por la Sex-Pol Verlag— la ideología social nos ha sido presentada como la simple edición de los conceptos producidos por los procesos económicos "en la cabeza de la gente". Hoy, después de la victoria de la reacción política en Alemania, y después de cuanto nos ha enseñado el comportamiento irracional de las masas, la ideología no puede seguir siendo considerada como un simple reflejo. Apenas una ideología ha enraizado en la estructura caracterial de las masas y ha sido deformada, pasa a ser *una fuerza política concreta.* No existe un solo proceso socio-económico históricamente importante que no esté enraizado en la estructura psíquica de las masas y que no se exprese a través de su comportamiento. No existe en modo alguno el llamado "desarrollo autónomo de los medios de producción"; existe solamente un desarrollo de la inhibición de la estructura, de la sensibilidad y del pensamiento del hombre que se basa en los procesos económicos.»

Y más adelante: «La economía sin una estructura humana emocionalmente activa es inconcebible, como lo son un pensamiento, una sensibilidad y un comportamiento humanos sin una base económica. El descuido unilateral de uno u otro factor lleva al *psicologismo idealista* ("Sólo las fuerzas psíquicas del hombre hacen la Historia") y al *economicismo pseudomarxista* ("Sólo el desarrollo técnico hace la Historia").»[4]

Como vemos, aquí Reich, aunque afirmaba ya con excepcional claridad la extrema importancia de los factores psicológicos, no los anteponía a los económicos. Además, la primera parte de *Sexualität im Kulturkampf* (que reproducía subtancialmente el texto *Geschlechtsreife, Enthalsamkeit, Ehemoral)* y otros escritos de la época seguían utilizando las ecuaciones marxistas (con base económica) entre proletario y revolucionario, entre clase obrera y fuerza revolucionaria, entre socialismo y abolición de la propiedad privada.

En el prólogo a la primera edición americana de la obra (escrito en noviembre de 1944), el pensamiento de Reich muestra haber sufrido una radical y positiva evolución tomando conciencia (y en ello tuvo su parte la experiencia histórica soviética) del hecho que la propia original matriz psicológica era mucho más revolucionaria y profunda que las concepciones paneconó-micas del marxismo a las que había estado durante demasiado tiempo subordinada:

«El material de este libro —escribe Reich en 1944— fue originalmente reunido entre 1918 y 1935, en el ambiente del movi-

4. SR, edición italiana, pp. 14-15.

miento revolucionario europeo. Este movimiento estaba prisionero en el concepto erróneo de la identificación entre ideología autoritaria y «burguesía» y entre ideología liberadora y «proletariado». Este error fundamental determina la ruina del movimiento revolucionario europeo. Los acontecimientos de los últimos doce años han dado sin embargo una sangrienta lección que permite corregirlo.

«Dichos acontecimientos han demostrado que las *ideologías autoritarias y las ideologías liberadoras nada tienen que ver con las divisiones de clase.* La ideología de un estrato social no es en modo alguno un reflejo inmediato de su situación económica. Las excitaciones emotivas y místicas de las masas populares —en lo que se refiere a los procesos sociales— tienen una importancia igual, *para no decir superior,* a sus intereses económicos (cursiva añadida).

»La coerción autoritaria penetra en todos los estratos de la sociedad, en todos los países, y lo mismo puede decirse de los pensamientos y de los actos dirigidos hacia la libertad. Mientras es posible trazar divisiones de clase en materia de nivel social y económico, la estructura caracterial no conoce dichas divisiones. No se trata de "lucha de clase" entre el proletariado y la burguesía, como querría hacernos creer una sociología abstracta y mecanicista. No: personas dotadas de una estructura caracterial capaz de libertad luchan contra personas con estructura caracterial autoritaria... De esta forma, muchas veces, miembros de las clases dominantes dotados de una estructura caracterial libertaria luchan, con el riesgo de su misma existencia, por los derechos de *todos* los trabajadores contra dictadores que, entre paréntesis, provienen frecuentemente del proletariado...» [5]

De estos breves fragmentos se manifiesta claramente cómo Reich, del economismo moderado por la psicología que entre 1927 y 1932 le llevó a militar activamente en el partido comunista, y de la concepción de la revolución «psicoeconómica simultánea» profesada durante los años de la Sex-Pol, pasó durante el período americano a una afirmación explícita de la prioridad y de la primacía de los factores caracteriales y, por consiguiente, de la revolución psicológica.

En este proceso, con admirable coherencia, jamás abandonó sin embargo la parte más peligrosa de su teoría, la parte que, como hemos visto, desencadenó todas las persecuciones en su contra: el factor sexual como elemento central. No fue solamente un acto de valentía y de coherencia: fue un acto dictado por su lucidez e inteligencia científica, que le habían llevado a constatar la parte central de los hechos sexuales en la dinámica emocional del individuo y, por lo tanto, de los grupos.

«La pregunta esencial —continúa Reich— no es actualmente:

5. *Op. cit.,* pp. 8-9.

"¿Eres rico o pobre, burgués o proletario, ejerces una profesión liberal o eres obrero?" Sino: "¿Luchas o no por la defensa y el desarrollo de la máxima libertad humana?"

»Si las preguntas sociales básicas son formuladas de esta manera aparece evidente que las funciones vitales de todo individuo, comprendido el más pobre, son el punto de apoyo de todo esfuerzo social consciente. Y a este propósito, la importancia que, desde ya hace más de quince años, me vi obligado atribuir a la represión sexual toma dimensiones gigantescas. La sexoeconomía individual y social ha demostrado de hecho que *la represión de la vida sexual en la infancia y en la adolescencia es el mecanismo fundamental con que se producen y reproducen las estructuras caracteriales subyacentes a la esclavitud política, ideológica y económica de las masas*.

»Ya no basta presentar una tarjeta de partido blanca, roja, amarilla o negra para demostrar hasta qué punto son "buenas" las propias intenciones. Se trata de reconocer, promover y defender plenamente las manifestaciones libres y sanas de la vida en los recién nacidos, en los niños, en los adolescentes, en las mujeres y en los hombres —de tal forma que quede excluido para siempre cualquier tipo de fraude social en la materia— o al contrario de reprimirlas y pervertirlas, aunque sea con los más nobles subterfugios: en el así llamado interés de éste o de aquel Estado, sea "proletario" o "capitalista", de esta o de aquella religión, sea hebrea, cristiana o islámica. Esto es cierto en todas partes y continuará siendo cierto mientras haya vida sobre la tierra y deberá ser reconocido como cierto si se quiere poner fin al engaño organizado de las masas de obreros, si se quiere demostrar que se toma en serio los propios ideales democráticos que uno proclama.»[6]

Reich había tomado conciencia con un indudable retraso, respecto a los demás democráticos europeos, de las consecuencias de la revolución soviética de 1917, pero es preciso subrayar que, con su característica valentía y agudeza intelectual, supo sacar las consecuencias de aquella amarga constancia e intuir la confirmación que precisamente aquel fracaso había dado a sus intuiciones políticas más originales y personales.

Caractereología política

Otro aspecto fascinante de la última fase del pensamiento político reichiano es el intento de esbozar una «caractereología política» basada en su visión de la evolución psicoenergética de la personalidad humana a consecuencia de la educación represiva.

Después de haber recordado su concepción según la que al

6. *Ibidem*.

núcleo *biológico* original de la personalidad humana (colaborador, creativo, poético, pacífico, alegre, integrado en la naturaleza, rico en amor y ajeno a cualquier forma de sadismo), la educación represiva y autoritaria sobrepone un estracto secundario, de impulsos perversos, destructivos y antisociales (el «inconsciente» de Freud) que es a su vez cubierto por un estrato de «virtudes» convencionales: buena educación, espíritu caritativo, meticulosidad, etc., Reich continúa así:

«Debido a esta desgraciada estratificación estructural, todos los impulsos naturales sociales o sexuales que provienen del núcleo biológico, deben, para llegar a su expresión, pasar a través del estrato secundario pervertido en el que son deformados. Esta deformación altera el carácter social del impulso natural original, pervirtiéndolo e impidiendo de esta forma toda manifestación natural de la vida.

«Podemos entonces aplicar esta comprensión de la estructura humana al mundo político y social. No es difícil darse cuenta de que los diversos grupos políticos e ideológicos de la sociedad humana corresponden a los diversos estratos de la estructura caracterial. Evidentemente no pensamos con la filosofía idealista que dicha estructura sea eterna e inalterable. Pero afirmamos que, apenas las condiciones y las transformaciones sociales hayan plasmado los impulsos biológicos originales en una estructura caracterial, ésta, bajo forma de ideología, reproduce la estructura social.»[7]

Reich precisa luego de la siguiente forma las relaciones entre dinámica instintual y actitudes sociales con su intento de esbozar una «caracteriología política». Después de la decadencia de la organización social primitiva y de su democracia de trabajo —dice, haciendo referencia implícitamente a las tesis de Ma-linowski, Morgan, Bachofen y las suyas propias sobre el matriarcado original— el núcleo biológico del hombre ha quedado sin representación social. Y todo lo que en el hombre hay de natural, de realmente capaz de integrarlo en el cosmos, ha hallado su expresión genuina solamente en el arte, especialmente en la música y en la pintura. Hasta hoy, sin embargo, el arte no ha tenido ninguna influencia importante en la sociedad humana. Los otros dos estratos de la estructura humana, en cambio, han hallado y están hallando una concreta expresión ideológica y social.

«En los ideales éticos y sociales de tolerancia y autocontrol característicos del progresismo democrático —escribe Reich— reconocemos la expresión del estrato superficial de la estructura caracterial. La ética del progresismo democrático sirve para reprimir en el hombre la "bestia", es decir, el segundo estrato, el "inconsciente freudiano", en definitiva nuestros impulsos secun-

7. MPF, 1946, Introducción a la tercera edición, p. VII.

darios. La natural colaboratividad social del estrato más íntimo y profundo del hombre es ajeno al "democrático-progresista". Este último deplora la perversión de la estructura caracterial humana y la combate con normas y principios morales, pero las catástrofes sociales de nuestro tiempo muestran lo inadecuado de este planteo.»[8]

Reich pasa luego a describir los reflejos ideológicos y sociales del segundo estrato, del estrato intermedio entre el profundo, biológico, y el superficial, «democrático-burgués» ahora descrito.

A diferencia del progresismo democrático, que representa el estrato caracterial superficial, y del auténtico espíritu revolucionario que representa el estrato más profundo, el estrato intermedio de los impulsos secundarios y perversos es representado por el fascismo. Planteado de esta forma el problema es evidente que la «palabra» fascismo pierde sus connotaciones políticas y geográficas tradicionales.

«En el período de la redacción primitiva de *Psicología de masa del fascismo* —nota Reich— el fascismo era considerado como un "partido político" que, como todo "grupo social", representaba una forma organizada de idea política"...

»En desacuerdo con este concepto, *mi experiencia médica con individuos de todos los estratos sociales, de todas las razas, de todas las nacionalidades y de todas las religiones me ha demostrado que el "fascismo" es sólo la expresión políticamente organizada de la estructura caracterial media, una estructura que no tiene nada que ver con la raza, nación o partido sino que es general e internacional.* En este sentido caracteriológico, el "fascismo" es la actitud emocional fundamenal del hombre en toda sociedad autoritaria, con su civilización robotizada y su concepción místico-mecanicista de la vida. Es el carácter místico-meca-nicista del hombre contemporáneo que crea el fascismo, y no viceversa.[9]

»La importancia crucial de este fragmento debe ser tenida en cuenta. Representa el definitivo abandono de la mitología le-ninista-stalinista según la que los regímenes fascistas y los regímenes comunistas serían la expresión de dos direcciones y sistemas políticos opuestos (el primero reaccionario y el segundo revolucionario) en cuanto que surgirían de estructuras económicas e ideológicas radicalmente opuestas. *La experiencia histórica ha repetidamente desmentido esta tesis marxista, mostrando innumerables alianzas entre regímenes comunistas y regímenes •fascistas, innumerables degeneraciones de regímenes comunistas (internacionalistas en su matriz histórica) hacia posiciones nacionalistas, chauvinistas e incluso racistas, sin que ello comporte privatización alguna de la economía, o, viceversa, una transfor-*

8. *Op. cit.,* p. VIII.
9. *Op. cit.,* p. IX.

mación en sentido colectivista de la economía de regímenes fascistas (piénsese en los regímenes árabes) sin que ello comporte en lo más mínimo el abandono de su mitología nacionalista ni una democratización del poder. Sólo la psicología de masa del fascismo (negro, rojo, o de cualquier otro color) puede explicar estos fenómenos y Reich tomó conciencia de ello, en este prefacio de la edición americana de su libro, con una lucidez sin precedentes.

«Aún hoy —continúa— debido a este tosco modo de pensar, el fascismo es visto como una característica nacional específica de los alemanes o los japoneses. La persistencia tenaz de este error es debida al miedo a reconocer la verdad: *el -fascismo es un fenómeno internacional* que penetra en todas las organizaciones sociales de todos los países.

»De este error derivan lógicamente los demás. En perjuicio de los esfuerzos genuinos de liberación humana, el fascismo es aún actualmente considerado como la dictadura de un pequeño grupo reaccionario. Mi experiencia de análisis caracterial me ha demostrado, al contrario, que no hay actualmente una sola persona cuya estructura .esté inmune de elementos de sensibilidad y de pensamiento fascista. El fascismo como movimiento político difiere de los demás partidos reaccionarios en cuanto es apoyado y sostenido por vastas masas populares... Es preciso saber distinguir entre militarismo ordinario y fascismo. La Alemania guillermiana era militarista pero no fascista.»[10]

Algunas tesis inaceptables

Estos pasajes contienen, sin embargo, algunas afirmaciones muy graves que, si fueran ciertas, anularían para siempre toda esperanza de liberación humana. Es cierto que el fascismo es —precisamente como expresión de una estructura caracterial— un fenómeno internacional, independiente de la raza, de la nacionalidad, del sistema económico, de la religión o del ateísmo con que va acompañado según las circunstancias. Pero decir que «penetra en todos los sistemas sociales de todos los países» o, peor aún, que «es sólo la expresión políticamente organizada de la estructura caracterial media», significa ver en el fascismo la salida lógica y fatal de la civilización contemporánea, y quitar muy rápidamente a la humanidad las esperanzas de rescate y de liberación que Reich, como veremos, se obstinó en considerar como certezas incluso más allá de todo razonable optimismo. ¿Por qué, y de qué manera podría la humanidad liberarse del fascismo si fuera la expresión misma de la *estructura caracterial media?*

10. *Op. cit.,* p. X.

Éste es un punto sobre el que Reich no fue nunca unívoco ni claro. Mucho más equilibrada y científicamente válida me parece la tesis, expresada por él mismo en otros escritos, según la cual la estructura caracterial media contiene en sí misma una fundamental *ambivalencia,* es decir, una mezcla de impulsos libertarios y autoritarios, sexualmente sanos (primarios) o sado-masoquistas (es decir, secundarios).[11] Un impulso o un tipo de impulsos (en general los autoritarios y perversos, dadas las circunstancias sociales dominantes) prevalecen en la dinámica ins-tintual y en el comportamiento de los individuos y de los grupos, pero dicho predominio puede ser cambiado en circunstancias favorables y con una acción que sepa movilizar las cargas libertarias y sexo-positivas latentes.

Pero, como hemos dicho, especialmente durante sus últimos años Reich osciló entre un optimismo total —que le llevó no sólo a dar por cierta la «victoria final» de la libertad sobre el autoritarismo, del amor sobre el odio, de la vitalidad sobre !a peste emocional y sobre la destructividad, sino incluso a considerar el sistema político, económico, judicial americano como un instrumento concreto de esta historia— y un pesimismo igualmente total, que le llegó a empujar a ver en las masas no ias víctimas sino los verdugos de sus jefes, en los progresistas los peores enemigos de la humanidad y de su obra, y en *cualquier forma* de actividad política y de organización el peligro número uno de la emancipación humana.

Más de una vez en *People in Trouble,* por ejemplo, expresa su desprecio por el mundo político y la certeza de que un día la humanidad se levantará contra los políticos que la oprimen y la martirizan.[12] Y en el prólogo de la cuarta edición de *La revolución sexual,* escribe:

«Lo que en Austria, desde 1920 a 1930, parecía tan extravagante y peligroso es actualmente, en la América de 1949, objeto de interesantes discusiones públicas. El cambio se verificó alrededor de 1946, poco después de terminada la Segunda Guerra Mundial. Se caracterizó por el hecho que los periódicos publicaban en número siempre creciente artículos que trataban de la autosatisfacción genital infantil. El amplio movimiento de higiene mental está actuando en la opinión pública de América. Actualmente, en los Estados Unidos, se ha reconocido que el futuro de la humanidad depende de la solución que se dé al problema de la estructura caracterial humana. Especialmente durante los últimos dos años el principio de la autorregulación ha hecho progresos en la educación del niño y empieza a llamar la atención de las masas... El avance del movimiento de higiene mental y la afirmación de la natural sexualidad biológica de los niños y de

11. Tesis expuesta en otra parte de esta obra.
12. PT, *passim.*

los jóvenes ha dejado de ser dudosa. Este movimiento ya no puede ser frenado... No digo que se haya obtenido la victoria. Habrá aún gravísimos choques en los decenios a venir. Pero declaro que la afirmación fundamental de la vida amorosa natural progresa y no puede ser parada a pesar de los numerosos y peligrosos enemigos de la vida... Garantizo al lector que me doy perfecta cuenta de las tendencias reaccionarias que existen incluso en los Estados Unidos. Pero aquí como en todas partes es posible luchar para la felicidad y los derechos de la vida... En América existen muchas y conocidas organizaciones de padres y de maestros que defienden el principio de la autorregulación, y con él el principio de la sexoeconomía, para el niño. En las universidades las cuestiones sexuales forman parte de las clases sobre principios de la vida. En muchas partes hay aún dudas y silencios, incluso hostilidad: pero la higiene sexual es ya una realidad para millones de personas.» [13]

En el marco de este eufórico e ingenuo entusiasmo hacia la «democracia americana», Reich llegó incluso, en el plano social, a considerar los «labor-managemeiit commitees» (una especie de comisión interna con facultades limitadísimas) instituidos en los Estados Unidos durante la guerra, como «una importante puesta en marcha» de la revolución socio-económica que la humanidad esperaba y espera.

Quien lea estos fragmentos y los relacione con la actitud de obstinada confianza que Reich conservó hasta el momento del encarcelamiento en la «justicia americana» no puede dejar de concluir que el optimismo de Reich llegaba a tocar aquí el fideísmo, revelando aquella «necesidad de creer» en alguna concreta organización social preexistente (el movimiento psicoanalítico, el movimiento socialista, el movimiento comunista, la «democracia» americana) a la que me he referido anteriormente.

Paradójicamente, pero no de un modo absurdo desde un punto de vista psicológico, este optimismo irracional coexistió sobre todo durante los últimos años con un pesimismo total, que le llevó a negar todo fermento renovador y salvador en la humanidad actual, a considerar como «justa y útil» la involución reaccionaria de la Iglesia y la desconfianza de los conservadores hacia los progresistas, a combatir a los democráticos de izquierda (definidos por él en masa como «charlatanes de libertad») como la más nefasta raza de la sociedad contemporánea.[14]

Durante estos mismos años, Reich podía hablar de esta forma de las masas populares:

«En definitiva, quieren ver la imagen del cambio, pero quieren también conservar lo que odian. Entierran su gran esperanza aún antes de que nazca, tal como quitan la vida a los recién

13. *Op. cit.,* Introducción, pp. XII, XVI, XVII, XIX. Texto: pp. 49, 69, *passim.*
14. SR, ed. italiana, p. 6

nacidos aún antes de que vengan a la luz, para obtener niños tranquilos, ordenados, fáciles de manejar. Quieren la redención pero sin el esfuerzo del cambio y sin la molestia de conocerse a sí mismos. Toda palabra pasa a ser un *lema* vacío, todo movimiento de un cuerpo vivo una suma de movimientos mecánicos. Dicen sólo cadáveres de palabras y piensan sólo cadáveres de pensamientos... Y dado que el amor de su Jefe penetra en ellos pero ellos no saben producir amor, al final acaban odiando a quien les ama, al redentor. Perder la fuente de la propia fuerza y de la satisfacción significa morir... Así, por ejemplo, aun cuando existe la idea profundamente respetada del derecho del hombre común a moverse libremente, a escoger su lugar de trabajo, a escoger la profesión, este mismo hombre común negará estos derechos a los demás apenas llegue a ser dictador, y si no llega a serlo, negará tales derechos a su Jefe. Éste, sea un estadista, un magnate o un conductor de hombres, no deberá por ningún motivo abandonar a su grey ni pedirle que se las arregle sin él. Debe estar cerca, siempre cerca de la grey, sacarla de las dificultades, ser el servidor de la grey, su capitán: y el capitán no debe jamás, por ningún motivo, abandonar la nave que se hunde. Los demás, y en primer lugar el heroico hombre de la calle, tienen en cambio siempre el derecho de abandonarlo todo.» [15]

Y más adelante: «El pueblo no debe ser criticado. ¿Habéis nunca oído a nadie que lo haga? No. Oh, sí, se le puede atacar en los films y en el teatro: se puede decir genéricamente "la gente" es mala, tal como se puede atacar genéricamente el pecado. Pero intentad ser un poco más concretos, decir a todos cómo son en realidad, diciéndolo con precisión, y ¡veréis qué os sucede! El pueblo no debe ser criticado en esta era de culto del "pueblo". El pueblo no ama la crítica y los hombres políticos son suficientemente fuertes para castigar a los críticos.

»Y en cambio, nada es más importante, nada es más crucial para la vida de todos que el decir a todos hasta qué punto de degradación han bajado. La responsabilidad de todo lo que sucede recae en ellos, sobre el pueblo, y solamente sobre él.» [16]

Incluso las atrocidades de los peores tiranos son consideradas como obra de sus pueblos: «Cuando dejaron de ser capaces de sentir a Dios, es decir, la Vida *(N. del A.)* dentro de sí, las masas empezaron a reunirse alrededor de los hombres que irradiaban la vida, aunque no poseyeran la fuerza íntegra de Cristo. Se congregaron alrededor de los Cristos abortivos, alrededor de los políticos de todas las épocas, para extraer su fuerza. Los Cristos abortivos fueron empujados a la cumbre y empezaron a complacerse en ver la gente congregada a su alrededor. Amá-

15. MC, p. 66.
16. *Op. cit.,* p. 77.

ron la admiración que se les tributaba y sintieron el calor y la alegría de las palabras de alabanza y de exaltación y de los cantos y los bailes en su honor, y de las invocaciones de la multitud. Stalin, Hitler y Mussolini fueron creados y llevados al poder por los mismos pueblos por razones perfectamente racionales: los pueblos debían sustituir con una fuerza externa la fuerza, la confianza y la seguridad interior que habían perdido... Los jefes, a su vez, perdieron el sentido de la Vida en una medida suficiente para ceder a estas pretensiones de los pueblos.» [17]

Pero la fuente del mal está en las masas, no en los jefes: «Es siempre la *estructura caracterial media de las masas populares* lo que determina la naturaleza y la actividad de los jefes: ésta ha sido una de las conclusiones más ciertas de la orgonomía social... Reyes, caudillos y dictadores y sacerdotes y charlatanes de la libertad son *producto* de las masas.» [18]

Éstas están dispuestas en transformarse en verdugos de sus jefes: «Que el redentor dé la espalda a la grey, que el pastor abandone aunque sea por un sólo día a su rebaño, y las ovejas se le echarán encima como lobos feroces, devorándolo.»

En esta visión catastrófica de la humanidad, la personalidad anticonformista y libertaria que lucha para una renovación de la sociedad, pidiendo la solidaridad de todos los descontentos, se nos muestra claramente inadecuada. Y efectivamente la experiencia histórica ha demostrado muchas veces la gran peligrosidad del equívoco escondido detrás de esta amalgama de heterogéneas decepciones. Pero resulta imposible seguir a Reich en su indiscriminada condena de todos los partidarios de la libertad (o de la «libertad en la trampa», como cáusticamente definió la lucha por la libertad llevada a cabo al interior del sistema represivo tradicional, sin ningún conocimiento de los mecanismos profundos de la esclavitud humana): predicadores y apóstoles sin duda alguna ingenuos, pero a cuya predicación debemos todos, Reich incluido, por lo menos la ampliación del margen de libertad de expresión y, por lo tanto, la posibilidad del descubrimiento y de la divulgación de los mecanismos profundos, abriendo por lo menos la *posibilidad* de una libertad verdadera, fuera de la «trampa».

Y de igual modo resulta imposible aceptar, si no es como un gesto de reacción, su revalorización del conservador.

«No existe ningún peligro peor, para el futuro de la humanidad, que la compasión y la piedad. La piedad no logrará jamás colmar en el hombre el abismo entre el sueño y la acción. Perpetuará solamente dicho abismo. En este sentido, *los socialistas son los verdaderos enemigos del hombre*. El conservador no pretende mejorar la condición humana. Dice claramente y sin rodeos

17. *Op. cit.,* p. 81.
18. *Op. cit.,* p. 34.

que es partidario del *status quo*. El socialista se presenta como el "líder progresista" que guía hacia la "libertad". En realidad es, al contrario, el constructor de la esclavidad, no por mala voluntad, sino tan sólo porque ha sido seducido a asumir la guía del pueblo... *Los sentimientos socialistas están destinados a transformarse en stálinismo*. Y de hecho han desembocado en stali-nismo en todas partes, en la medida en que la idea socialista ha sido tomada en serio. Donde en cambio el socialismo no era más que una idea humanitaria, como en los países escandinavos, no ha empujado a los jefes al stálinismo. Pero el socialismo ha llevado al caos en Inglaterra y al desastre en Rusia, en una proporción exacta a la seriedad con que fue tomado el ideal socialista.» [19]

Y más adelante:

«Los demócratas os dirán que la peste emocional tiene también libertad de palabra... El nuevo líder deberá explicar al demócrata que agredir por la espalda al prójimo durante la noche, o mandarle un ramo de flores en el día de su cumpleaños para que le explote en las manos no tiene nada que ver con la libertad de palabra... El nuevo líder hará grandes esfuerzos para convencer al demócrata que los embusteros, los asesinos, los calumniadores y los habladores son criminales que amenazan la misma libertad y la felicidad de los hombres, mujeres y niños... En este campo, el ánimo débil del demócrata llega a ser realmente peligroso. Débiles visceralmente, sin perspectiva alguna donde mirar, apoyándose tan sólo en una grande y en otro tiempo válida doctrina humanitaria, son quienes entregaron la sociedad alemana al nazismo y quienes pueden incluso lograr entregar la sociedad americana a los espías endurecidos del imperio ruso... Aprended a estar lejos de la persona que se muestra siempre calma y tranquila y nunca levanta la voz airada o indignada contra el mal. Entre ellos hay muchísimas serpientes, dispuestas a traicionar la vida de nuestros niños por treinta monedas. Se preocupan solamente de su sensación de falsa lealtad. Mientras están protegiendo a un asesino de Cristo, olvidan que miles de personas podrían ser salvadas del mal... Tienen las visceras llenas de odio verde, de libido sádica. Son los más peligrosos de cuantos explotan con sus malas acciones los sueños más dulces e inocentes de las gentes.» [20]

O, por último:

«Quien conozca el sufrimiento de los adolescentes evitará los charlatanes de la libertad. El charlatán está haciendo propaganda actualmente de la "libertad sexual" de los adolescentes como en otro tiempo hacía propaganda de "pan y libertad" a pesar de no tener la más mínima idea de cómo proporcionarlos. Así, está

19. *Op. cit.,* p. 209.
20. *Op. cit.,* p. 66.

invocando "libertad sexual para la juventud", de un modo extraordinariamente peligroso.

»...El charlatán de libertad constituirá en el futuro, como ha hecho con tanta frecuencia en el pasado, movimientos juveniles, para traicionar luego el mismo núcleo de la vida de los adolescentes, llegando a ser incluso más reaccionario que el viejo, buen conservador, ya que ha prometido mucho más de lo que podía mantener. Evitad al charlatán de libertad en lo que se refiere a la vida y al amor: no dice lo que piensa. No sabe nada de la vida y de los obstáculos que la bloquean... El conservador que, por instintiva percepción de las grandes dificultades inherentes a la consecución de la verdad, defiende el *statu quo* de la vida social, es muchísimo más honrado. Por lo menos tiene la posibilidad de seguir siendo una persona honrada. El charlatán de libertad *debe,* si quiere sobrevivir, vender su alma al diablo.» [21]

Son palabras maravillosas, si son entendidas en su significado paradójico, simplemente indicativo y de advertencia. Pero *se* prestan también a graves y peligrosas interpretaciones literales, y a graves y tendenciosas malas interpretaciones.

La polémica contra los demócratas de izquierda, contra los *liberales, para* utilizar la palabra americana, es muy, demasiado fácil: acusar a los demócratas, por ejemplo, de haber entregado Alemania al nazismo cuando Reich conocía bien la contribución mucho mayor en la ruina de la república de Weimar y de la socialdemocracia que la gobernaba precisamente del partido comunista en el que había militado con encarnizamiento, muestra una tendencia a agigantar las responsabilidades de los demás y a pasar deslizándose sobre las propias.

Ver en los demócratas, y en su defensa de los derechos contra los autoritarios, a los «enemigos más peligrosos» significa caer en actitudes que encontraron su expresión más execrable en el maccarthismo. Significa, sobre todo, olvidar la gravedad del problema que se presenta a todo reformador libertario: la dificultad de distinguir entre actitud ideológica y estructura caracterial y por lo tanto, por ejemplo, entre el libertario que acepta por sugestión externa la ideología autoritaria y el «demócrata» que utiliza la ideología democrática para desfogar sus impulsos fascistas (como sucedía precisamente durante el maccarthismo en América).

¿Cómo procederá el «nuevo líder» para individuar a los «embusteros», a los «calumniadores», a los «habladores» que debe indicar al demócrata como los enemigos a liquidar? Reich no lo dice. En estas condiciones es de esperar que el «demócrata» sepa resistir a los esfuerzos del «nuevo líder» en convencerlo a

21. *Op. cit.,* p. 217.

participar en la caza de brujas: una caza que, como atestigua Neill, Reich estuvo a punto de apoyar.[22]

Pero es sobre todo inaceptable la tendencia a considerar a los Mussolini, los Hitler, los Stalin y todos los dictadores más sanguinarios y reaccionarios como «la expresión del pueblo» o como individuos arrastrados por el pueblo a su monstruosidad. Una vez más, su modo de expresarse puede ser aceptado sólo como paradoja, como una denuncia del hecho que la popularidad de aquellos monstruos, como de cualquier otra «prostituta de la política», se alimenta de *ciertos elementos,* de *ciertas estructuras caracteriales* muy frecuentes. Pero si se acepta literalmente la tesis de Reich lleva a la negación de toda perspectiva de renovación ya sea espontánea o por obra de un «nuevo líder».

Desgraciadamente, siguiendo esta crítica indiscriminada e injusta de Reich, aunque humanamente comprensible, contra los demócratas de izquierda, se ha manifestado en algunos ambientes reichianos la tendencia a desarrollar en sentido reaccionario estos puntos paradójicos del pensamiento reichiano.

En la obra (tan lúcida y creativa en el plano médico) de Elsworth Baker, *Man in the Trap,* ya citada,[23] se encuentran increíbles juicios psicopolíticos como los siguientes:

«El progresista tiene un carácter menos estable que el conservador y por lo tanto más propenso a degenerar hacia la exageración y hacia actitudes sociales destructivas... El progresista moderno (colectivista) no es en realidad un progresista sino un colectivista... Su humanismo es en gran parte una racionalización. Su preocupación por los demás no es en modo alguno sincera, ya que en realidad es muy agresivo y venenoso y su simpatía hacia el desheredado es una formación reactiva... El progresista es esencialmente un ser gregario, un miembro de un rebaño, y depende del rebaño en cuanto a su seguridad y a la expresión de sus necesidades... En su secreta rebelión contra el padre, se identifica con el rechazado. Una de sus formas extremas es su indulgencia hacia el criminal, que él considera una moderna e iluminada comprensión del mismo crimen... Al mismo tiempo, los progresistas miran con desprecio tanto a los militares como a los policías ya que: *a)* intentan defender la sociedad y no rebelarse contra ella, y *b)* han escogido carreras no intelectuales sino agresivas... Que los militares y los policías le garanticen su libertad y su bienestar personal *(sic)*... no suscita en él ningún sentimiento de gratitud ni de admiración... Otro aspecto malo de la actitud progresista es su apoyo de la educación libertaria *(sic)*... Reserva un interés mínimo o nulo a la disciplina... Desde la última guerra mundial ha habido una nefasta tendencia a in-

22. NEILL, *op. cit.,* p. 27: «A una carta mía condenando las purgas maccarthistas, respondió con enfado.»

23. BAKER, *Man in the Trap,* pp. 168-170.

ducir al niño a sentirse ciudadano del mundo, a despreciar el patriotismo, la dedicación a la Patria y el respeto por los héroes de América... Los progresistas modernos hacen mucho ruido acerca de la culpa de Hiroshima y Nagasaki... Callan el hecho que entonces la bomba fue considerada necesaria... El progresista moderno es hostil al capitalismo: la razón aducida es que el capitalismo es cruel *con él,* ya que es un sistema en el que cada uno debe luchar con sus solas fuerzas...»[24]

Y, viceversa, la simpatía hacia el conservadurismo no es en modo alguno disimulada:

«En su versión mejor, el conservador es probablemente la personalidad más cercana a la salud, por lo menos en el comportamiento social, entre todos los tipos de nuestra sociedad enferma... Habiendo mantenido el contacto con su núcleo profundo, el conservador tiene conciencia de sí mismo como ser independiente y distinto... Desea la máxima libertad política conciliable con el orden social, y se opone por lo tanto a la programación económica y social centralizada... El conservador acepta que todos los hombres sean iguales... Se opone por lo tanto a la actitud niveladora del progresista, que desanima a los capaces y a los laboriosos animando la ineficacia con sus programas de seguridad social... Hay en él un sentimiento profundo de la vida y de la salud... Se identifica con el padre y con la persona que triunfa y no con el rechazado... Está orgulloso de su país y es sinceramente patriota.»[24bis]

Por último el «conservador extremista» es descrito apologéticamente :

«Sus ideas no se diferencian mucho de las del simple conservador, pero es un poco más militante *(sic)* en el modo de perseguirlas y defenderlas... Su país tiene para él la máxima importancia y en su patriotismo ardiente está dispuesto a defenderlo a todo coste... Es quien, como Patrick Henry, dice: "¡Dadme la libertad o la muerte!" Desprecia profundamente la actitud de capitulación de los progresistas.»[25]

Es inútil continuar: es realmente demasiado doloroso (y recuerda las páginas de Reich acerca de «las odiosas distorsiones de la verdad orgonómica») ver hasta qué punto han llegado a ser mal entendidos los profundos análisis reichianos sobre la matriz precisamente conservadora (religiosa, familiar y política) de la ferocidad nazi-fascista, las luchas de Reich durante treinta años contra el «sistema» e incluso la pulverización final de la persona y de la obra de Reich por parte de los aparatos «sanamente conservadores» de la policía, de la justicia y de la nación americana.

24. *Op. cit.,* p. 193.
24 bis. *Op. cit.,* p. 193.
25. *Op. cit.,* p. 194.

Afortunadamente, es preciso subrayar que Reich no limitó sus programas políticos, en el período americano, a las filípicas frecuentemente sugestivas pero a veces injustas contra los progresistas, los demócratas, los fascistas «rojos y negros».

Se esforzó también en elaborar una concepción política concreta para substituir a las viejas plataformas socialistas que, con razón, había ya abandonado. Esta concepción fue definida por él como «democracia del trabajo».

Esbozada en un primer tiempo en una publicación ciclostila-da editada en Noruega en 1937 con el título de *La organización natural del trabajo en la democracia del trabajo* [26] fue luego desarrollada en un segundo fascículo ciclostilado [27] editado en los Estados Unidos en 1941 y fue por último presentada en síntesis en el último capítulo de la edición americana de *Psicología de masa del fascismo.*

Esta concepción partía de la idea que en el trabajo, en el trabajo concreto, las diferencias ideológicas tienden a perder su virulencia y su agresividad y en cambio tienden a afirmarse la capacidad de realización y la competencia. En la política sucede exactamente lo contrario. La capacidad y la competencia en resolver los problemas reales de la vida real son humilladas y la habilidad polémica, la astucia, el doble juego, todas las dotes estériles e improductivas y dañinas, acaban siendo premiadas.

«Un médico —escribía Reich— antes de ser admitido a ejercer la profesión debe demostrar su conocimiento teórico y práctico de la medicina. Un hombre político que, diversamente del médico, pretende decidir el destino de no pocos centenares, sino de muchos millones de personas, no debe dar ninguna prueba de su competencia. Este hecho es la razón fundamental de la tragedia que, desde hace miles de años, transtorna a la humanidad y la arrastra a periódicas catástrofes.»[28]

Esta antítesis básica entre trabajo y política, de la que toda persona que trabaja es de un modo u otro consciente —continúa Reich— tiene enormes consecuencias en la vida social. Se expresa, en primer lugar, en el sistema de partidos políticos que tiene tanta y tan poderosa influencia en la ideología y en la estructura humana. Esta antítesis se manifiesta también en otros fenómenos.

Un médico no puede transformarse en sastre de un día a otro, ni un profesor puede ponerse de golpe a hacer de carpintero. Pero en América un republicano puede de un día a otro pasar a ser demócrata como en la Alemania prenazi un comunis-

26. *Die natürliche Organisation der Arbeit in der Arbeitsdemokratie,* Sexpol Verlag, Oslo, 1937.
27. *Weitere Probleme der Arbeitsdemokratie,* Sexpol Verlag, New York, 1941.
28. *Work Democracy,* en MPF, p. 312.

ta podía fácilmente transformarse en fascista, un liberal comunista o socialdemócrata o democristiano o nacionalista. Esta reversibilidad y posibilidad de intercambio de las ideologías y de las actitudes de los hombres políticos demuestran —continúa Reich— la enajenación total de la ideología y de la política *in se* de la vida real.

La «democracia del trabajo» no se presenta pues como una nueva ideología, ni como una nueva organización política, sino como un modo concreto de comportarse en la vida y en la sociedad. ¿En qué consiste este nuevo modo?

En primer lugar, en el abandono de la actitud típica de los políticos que, a falta de capacidades de creación y de realización, se limitan a luchar con alguna fuerza política diversa. La democracia del trabajo no se preocupa de movilizar sus fuerzas *contra* una u otra corriente política ni contra una u otra personalidad política, sino *por* objetivos concretos; como el agricultor no trabaja contra ninguna personalidad, sino por obtener los tractores que necesita.[29]

En segundo lugar, la democracia del trabajo se niega a hacerse arrastrar a discusiones estériles y a aceptar las críticas de los que no quieren o no pueden participar activamente al mejor éxito de la actividad discutida. El crítico, para ser escuchado en un ambiente inspirado en la democracia del trabajo, deberá conocer el campo de actividad que critica, tener interés en el éxito del trabajo y no en su fracaso, y realizar la crítica desde el punto de vista de la materia criticada (la psicología de lo profundo, por ejemplo, no puede ser criticada desde el punto de vista de la psicología mecanicista).[30]

En tercer lugar, la democracia del trabajo distingue claramente entre trabajo vitalmente necesario y trabajo estéril. Y por trabajo vitalmente necesario entiende el trabajo necesario al mantenimiento de la vida humana y de la convivencia social. «Durante muchos siglos —escribe Reich— la actitud ideológica de la clase dominante pero parásita fue de desprecio hacia el trabajo vitalmente necesario de la clase dominada. Las ideologías socialistas reaccionaron contra esta actitud con una inversión mecánica de valores: para ellos, «trabajo» fue sólo y precisamente lo que el feudalismo había tratado con desprecio, es decir, el trabajo manual... Sin duda, esta inversión era totalmente coherente con el concepto marxista de dos clases netamente divididas: la clase dominante y la clase dominada. Pero desde el punto de vista biosociológico, es imposible trazar líneas divisorias netas claras entre las clases, ni ideológicamente, ni psicológicamente, y mucho menos desde el punto de vista del trabajo... Existen funciones biológicas fundamentales que no tienen nada que ver con

29. *Op. cit.,* p. 318.
30. *Op. cit.,* p. 321.

las divisiones de clase... Esto se ha manifestado claramente por primera vez en relación con las represiones de la vida emocional natural de los niños y de los adolescentes. Dicha represión se produce en todas las clases y en todos los ambientes sociales de la sociedad autoritaria, y frecuentemente incluso es más pronunciada en las clases dominantes que en las demás.»[31]

Pero, ¿cómo llegar en concreto a reorganizar la sociedad según los criterios de la democracia del trabajo?

«Consideramos que ninguno de los partidos políticos antiguos o nuevos es capaz de realizar un nuevo orden social racional y concreto. Es pues necesario que, apenas las circunstancias lo permitan, los representantes más eminentes y políticamente independientes del mundo del trabajo se reúnan para discutir y resolver, en formas inspiradas a los principios de la democracia del trabajo, los problemas prácticos de la vida individual y social de los que son responsables. Apenas estas reuniones estrictamente prácticas y apolíticas hayan empezado a funcionar, los acontecimientos se plasmarán según la lógica y la coherencia intrínsecas al trabajo racional y concreto.»[32]

Como se ve, esto equivale a la liquidación de la política en cuanto tal. Y en todas las obras reichianas del período americano abundan los pasajes en los que Reich expresa su definitivo repudio de la política. «Ningún planteo político de los problemas humanos llegará nunca a nada... El hombre político se opone y debe oponerse a cualquier esfuerzo humano positivo, dado que su misma existencia depende de los problemas no resueltos.» «El político buscará en el futuro, como siempre ha hecho en el pasado con otras necesidades, cómo explotar el sufrimiento sexual de la gente.»[33]

«...Un hecho de gran importancia ha quedado claro: que la política en su conjunto carece de fundamento concreto, es anticientífica, irracional. En ella se expresan la estructura biopática y el pensamiento biopático de la sociedad enferma. La política es sustancialmente la satisfacción organizada de las emociones bio-páticas de los seguidores de los partidos...»[34]

Una vez más, sin embargo, frente a estas tesis que no dejan de ser agudas y sugestivas, es preciso estar en guardia y darse cuenta de que fueron la expresión de la desesperación en que había caído Reich a causa del fracaso de todos sus esfuerzos en el mundo político. De hecho, en más de una ocasión expresa este desprecio por la política en relación de la lucha llevada a cabo en su contra precisamente por los partidos de izquierda con los que durante años había intentado colaborar. Además, en la misma

31. *Op. cit.,* p. 331.
32. IJSEOR, núm. 2, 1943, pp. 93-96.
33. PT, pp. 69-70.
34. *Op. cit.,* p. 49.

obra en que pronuncia estas condenas sumarias de la «política», Reich propone una serie de leyes de «defensa de la infancia» que no se comprende cómo puedan ser introducidas y promulgadas sin alguna estructura legislativa, y por tanto política.

Examinada con serenidad, la doctrina social de la democracia del trabajo muestra demasiadas contradicciones y lagunas. Se basa en una llamada a lo «concreto» como parámetro de los programas de acción social y a la «competencia» como parámetro del derecho de los individuos a juzgar y a poner en práctica dichos programas. Los mismos instrumentos institucionales hipotizados —los «congresos» de los «representantes eminentes» de los varios sectores de trabajo— son expresión de estos conceptos. Pero queda por ver la razón por la que los mecanismos caracteriales cuya acción nefasta ha tan perfectamente estudiado y denunciado a nivel político no deberían actuar al nivel digamos «corporativo». Reich mismo durante toda su vida había sufrido la persecución de los «competentes» (psiquíatras, psicoanalistas, biólogos, can-cerólogos, expertos de la FDA, etc.) por lo menos en una medida igual que la de los políticos. Un fascista (y cualquier otro fanático autoritario) no se expresará sólo en sus conceptos y en sus programas políticos, sino que, y aun antes, y más insidiosamente, en la actividad cotidiana de su más clara competencia: si será profesor tendrá tendencia a deformar a sus alumnos a imagen y semejanza de su estructura de robot, y a fanatizarlos según sus ideales de sadomasoquismo social; si será arquitecto o urbanista construirá casas o estaciones de ferrocarriles (como saben bien los italianos y los rusos) destinadas a expresar su visión «monumental», «pétrea», «heroica», «socialista» de la casa y de la estación, contribuyendo así a la difusión y a la preservación de la peste totalitaria de una forma bastante más eficaz que con cien discursos políticos; si será médico mirará al hombre como una «máquina» y como la encarnación de un «gran ideal», olvidando, deformando y pervirtiendo en cualquier caso sus necesidades vitales más profundas: y todo ello lo hará con la aprobación más solemne y académicamente altisonante de su «competencia».

Es cierto que Reich afirma la necesidad de distinguir entre «trabajo vitalmente necesario» y trabajo estéril: pero ¿quién decidirá cuál es el trabajo «vitalmente necesario»? Si se presume que personas inspiradas en criterios vitalistas tengan la facultad de escoger a «los competentes» destinados a decidir el trabajo concreto que deben realizar en la sociedad, apartando a los totalitarios, es preciso suponer que tengan el poder político que Reich *a priori* les niega. Y si todo ello debiera realizarse al interior de un movimiento cultural y científico de inspiración reichiana, nada garantizaría que la ideología proclamada (como la experiencia socialista tan perfectamente muestra) correspondiera a la orientación profunda y real.

En definitiva, el examen de la entera concepción programática reichiana de estos años muestra por una parte la *percepción aguda de la incapacidad de los movimientos políticos tal como han actuado hasta el presente* para afrontar y resolver los problemas cada vez más dramáticos de la humanidad contemporánea, y por otra parte la *Jaita de una metodología* organizada con precisión para afrontar de un modo nuevo dichos problemas.

Bajo este aspecto, creo haber dado una aportación constructiva al desarrollo del pensamiento reichiano con mi último libro *Repressione sessuale e oppressione sacíale.** Este libro presenta un concepto nuevo en el ámbito de la sociología reichiana: el concepto de *selección al revés.*

Tiene en primer lugar *el mérito de dar su justa dimensión a las angustias expresadas por Reich acerca de la relación entre jefe y gregarios en toda sociedad contemporánea.* Como hemos visto, Reich llegó a expresar la convicción de que los dictadores y los politiqueantes en general eran la expresión más o menos fiel de las masas y sus tendencias (por lo menos a nivel de comportamiento), de forma que acusar a los jefes por las condiciones desastrosas en que se encuentra el mundo habría sido ingenuo e injusto. Si acaso —llegó a decir Reich— no son los jefes quienes deforman a las masas en sentido sádico y destructivo, sino al revés. Esta angustiada conclusión, comprensible frente a la fanática devoción de las masas por sus verdugos, es por lo menos discutida por el concepto de selección al revés. Si admitimos, con Reich, que en toda personalidad existen elementos pr[1]-marios y secundarios, libertarios y autoritarios, sexófilos y sexo fóbicos, es evidente que una sociedad estructurada según criterios autoritarios y sexofóbicos tendrá tendencia a «premiar», y por consiguiente a hacer que sean socialmente operantes, las tendencias autoritarias y sexofóbicas de los individuos y de los grupos. La parte autoritaria y sexofóbica de la personalidad será pues valorada en detrimento de la parte libertaria y vital: *pero esto no borrará en muchos la ambivalencia potencial de su estructura,* como se pone de manifiesto en la asombrosa transformación de tanta gente en condiciones favorables (tanto en lo referente a la relación interpersonal como y sobre todo en lo referente a revolución social).

En segundo lugar, la selección al revés actuará también al interior de las instituciones sociales autoritarias. Así, si consideramos con Reich que en cada uno de nosotros existe una dosis mayor o menor de autoritarismo y sexofobia, la sociedad autoritaria y sexofóbica elevará a sus miembros más autoritarios y sexófobos. En los jefes, pues, habrá una presencia mínima o nula

* Milán, Ediciones Sugar, 1965.

de elementos sexo-positivos y libertarios y en toda la escala social, en los peldaños más altos, estarán colocados los individuos menos ambivalentes y más unívocamente sexófobos y autoritarios, por la simple razón que dichos individuos no sólo se adaptan más fácilmente al clima de odio, de mezquindad, de abuso, de misticismo, de mecanicismo, de negación de la vida de la libertad y del amor que caracteriza a las instituciones directivas (políticas, económicas, culturales y científicas) de la sociedad, sino que son además los más aptos para su perpetuación.

En tercer lugar, al interior mismo de la personalidad deformada, la selección al revés actuará en sentido favorable a la elevación hacia las cumbres de los elementos socialrnente más peligrosos. Si consideramos con Reich que la perversión de la sexualidad natural provoca una perversión general en sentido *sádico y masoquista,* que se transforma luego en el plano social en una deformación general de la personalidad en sentido *autoritario y gregario,* es lógico presumir que la selección al revés empujará hacia la cumbre de la pirámide social a los elementos más sádicos y más autoritarios, es decir, aquellos que más ansian y se deleitan en el poder y el dominio, y empujará hacia la base a los más gregarios y masoquistas, es decir, a ios que más ansian y se deleitan en la sumisión, la obediencia ciega, la auto-anulación en el jefe, en el partido, en la Iglesia, en el listado.

El concepto de selección al revés *permite pues esperar que los dominadores sean realmente,* como Reich siempre sintió, a pesar de sus momentos de desesperación, *peores que los dominados* (o sea, más antisociales, llenos de odio y enemigos de la vida), y que sean ellos, en gran medida, los que promuevan la perpetuación de la deformación caracterial de las masas, el constante ahogo de todo intento de manifestación de la parte aún sana, primaria, vital de la personalidad de muchos, y los que acentúan en toda circunstancia la ulterior agravación del gregarismo, del masoquismo, de la alienación de sus subditos.

Pero el concepto de selección al revés es importante sobre todo porque *permite explicar el fracaso de los mismos partidos de izquierda,* de las mismas fuerzas que se habían propuesto la transformación de la sociedad según unos criterios de libertad. La selección al revés ha actuado en modo constante y macroscópico al interno de dichas fuerzas. Actuó ya en tiempos de la lucha entre marxistas y anárquicos, dando el dominio del movimiento obrero a los marxistas, que en conjunto representaban sin duda el grupo más autoritario y stalinista del movimiento obrero.

Ha actuado al interior de los partidos socialistas, tanto en los de tendencia reformista como en los de tendencia máxima-lista, dando en todas partes la victoria a los elementos *más autoritarios;* en los partidos *socialdemócratas,* a los elementos *más conformistas,* es decir, a los más temerosos de la *autoridad cons-*

tituida y más respetuosos del orden constituido, y en los partidos *maximalistas* dándola a los elementos *más megalómanos,* es decir, más decididos a derrocar a la autoridad constituida pero sólo para sustituirla por otra autoridad incluso más opresiva: la suya.

Del mismo concepto de selección al revés, por último, *se deduce una indicación concreta e importante de cara a la futura dirección de la acción revolucionaria.* Se trata de invertir los métodos de selección que hasta ahora han dominado en los partidos de izquierda y en la sociedad en su conjunto. Dicha inversión no puede ciertamente llegar ni totalmente ni en parte en base a la competencia, por las razones ya vistas, pero, de acuerdo con las enseñanzas más válidas de Reich, en base a la idoneidad de la estructura caracterial.

Precisamente hacia la individuación en la juventud, en los movimientos políticos, en los sindicatos y en la población en general, de los individuos y de los grupos más libertarios (y no, como normalmente y desastrosamente se ha hecho en la izquierda, hacia la selección de los dirigentes en base a la clase, al adoctrinamiento ideológico, a la temeridad en la conspiración y a la asiduidad burocrática) deberían dirigirse los esfuerzos de una acción seriamente reformadora y renovadora del movimiento revolucionario.

Realizado este primer esbozo de un «inventario de las fuerzas revolucionarias», será preciso promover el contacto y la coordinación de dichas fuerzas no, como ha sucedido hasta el presente, para la conquista y la gestión del poder económico en sus formas estatales estatalistas, sino sobre todo para una conquista y una gestión del poder psicológico (escuela, radio y televisión, cine, prensa de masa) que intenten liberar la estructura cara'c-terial de los adultos y sobre todo de los niños de los condicionamientos autoritarios y represivos por los que ha sido hasta el presente torcida y pervertida.[35]

Éste es, muy sumariamente, el esquema operativo que he propuesto para un movimiento reformador verdaderamente nuevo, que quiera constituirse, desarrollarse y actuar según los criterios de la psicología de masa. Lo he expuesto en sus líneas generales ya que creo que es la principal aportación que, hasta el presente, se haya dado en Italia y en el mundo al desarrollo del pensamiento reichiano en el campo socio-político.

Al lado de este programa de análisis y de reforma social a gran escala, se podrían y se deberían naturalmente desarrollar, por obra de cuantos hí:n dejado de creer o de interesarse en la acción social directa, nuevas comunidades productivas (agrícolas e industriales) que permitieran a sus socios intentar expresar directamente, en el microcosmos de sus existencias individuales y de grupo, los modos de vida, de amor, de educación, de

35. DE MARCHI, *Repressione sessuale e oppressione sacíale,* pp. 304-308.

producción más de acuerdo con los principios de la autorregulación emocional y social. Estas comunidades serían preciosos «laboratorios vivos» para la verificación de las varias formas de convivencia y de gestión y ejercerían un notable poder de sugestión y de atracción a su alrededor, en la sociedad. La idea de comunidades experimentales no es evidentemente nueva. Pero de la misma forma que una transformación de los criterios de formación, de desarrollo y de acción podrá garantizar al movimiento vitalista el éxito que los demás movimientos populares no han tenido, así estas comunidades, con el planteo radicalmente nuevo que darían a la elección de sus propios socios, con la libertad que garantizarían a su vida amorosa, con los sistemas revolucionarios de educación que adoptarían para sus niños, podrían ejercer una potente atracción sobre todo sobre los jóvenes de la muerte por aburrimiento, por acumulación de agresividad interna, o por agotamiento del espíritu revolucionario original que ha siempre atacado a las comunidades de este tipo. En estas comunidades, faltarían los dos principales factores de disgregación: la introducción en la comunidad de las *costumbres sexuales* y de los *métodos de educación* característicos de las sociedades autoritarias y sexofóbicas que las rodean.

Antes de cerrar este capítulo querría precisar una vez más mi juicio sobre el pensamiento político de Reich durante el período americano. También en el campo político, esta fase americana fue importante ya que en ella el pensamiento reichiano llega a algunas conclusiones fundamentales: en particular, Reich supo, con la valentía intelectual que siempre le caracterizó, reducir drásticamente a sus justas dimensiones el alcance de los conceptos marxistas en su visión sociopolítica, relegando en segundo plano (coherentemente con la experiencia histórica y la matriz original de su pensamiento) los factores económicos y de clase a los que había dado tan desmesurada importancia durante el período marxista de su vida, y reivindicando con razón la supremacía de las estructuras caracteriales de masa en los procesos sociales contemporáneos. También pues en el plano sociopolítico en el período americano el pensamiento de Reich logra una expresión más original, más personal y más profunda liberándose de las sugestiones freudianas y marxistas que le habían embarazado durante los dos primeros períodos de su desarrollo.

A pesar de algunos intentos, en mi opinión insatisfactorios, de aplicación llevados a cabo por el mismo Reich, esta nueva concepción reichiana de la prioridad de la dialéctica directa y constante entre estructura caracterial y estructura social más allá y fuera de las posibles variables económicas, políticas, culturales religiosas y científicas, ofrece una base útil para formular un análisis más persuasivo de la dinámica social y de los criterios finalmente válidos para una renovación de la sociedad humana.

XVI

Antropología

Ninguna nueva aportación fue dada por Reich a la investigación antropológica durante el período americano. Puede decirse que la antropología fue el sector de su pensamiento que permaneció más intacto en el paso del período marxista al orgonómico. Incluso en las obras más tardías (la cuarta edición de *La Revolución sexual* y la tercera de *Psicología de masa del fascismo, PeopLe in Trouble, The murder of Christ y* en otras partes), Reich da a entender en más de un lugar que considera siempre válida la teoría ochocentista de Bachofen, Morgan y Engels según la que la humanidad en sus orígenes habría estado organizada en forma matriarcal, comunista, libertaria, sexualmente tolerante. Posteriormente, debido a las causas (el tributo dotal y los consiguientes costumbres sexuales) que intentó poner en claro en *Der Einbruch der Sexualmoral (y que por otra parte en* Cosmic Superimposition *parecen esfumarse en el problema del trauma psíquico que se habría producido en el hombre al surgir la au-toconciencia),*[1] el sistema social habría degenerado en las formas patriarcales clásicas cuyos mecanismos económicos serán la base de la formación de la estructura caracterial sado-masoquista y autoritario-gregarista. Dicha estructura, sin embargo, una vez formada, se habría históricamente independizado del sistema económico que la había generado, pasando a ser el factor dominante de los procesos sociales contemporáneos en todo tipo de sociedad y de economía.

Psicología infantil, pedagogía, pediatría

Coherentemente con su intuición de la primacía de la estructura caracterial, Reich se dio cuenta, en los últimos años de su vida, que de los niños, y solamente de ellos, podía aún venir un rayo de luz y de salvación para la humanidad. Era preciso, pues, concentrar sobre los niños todos los esfuerzos de investigación y de reforma. Hemos ya visto el ingenuo programa de «leyes de defensa de la infancia» que propuso paralelamente a su nega-

1. Wilhelm REICH, *Cosmic Superimposition,* Orgone Institute Press, Rangeley, Maine, 1951, pp. 106-107.

ción categórica de toda forma de actividad y de organización política. La aportación principal del pensamiento de Reich, durante el período orgonómico, a la defensa de la infancia no son ciertamente estas iniciativas contradictorias.

Dicha aportación hay que buscarla, en mi opinión, sobre todo en la penetrante y constante denuncia del inmenso daño que la llamada ciencia oficial ha infligido y sigue infligiendo a la infancia con sus métodos de crianza, de educación, de tratamiento del recién nacido, del niño, del adolescente.

Esta denuncia ha sido siempre acompañada de una amorosa, constante observación de los niños, sobre todo de los más pequeños, para comprender mejor sus necesidades profundas y para deducir de esta su comprensión las enseñanzas y los principios inspiradores de métodos educativos y terapéuticos puestos realmente al servicio de la vida. Más de una vez, incluso, Reich consideró que los niños hasta los dos o tres años de edad eran los grandes *estudiosos de la naturaleza,* que con su sensibilidad, curiosidad, paciencia y seriedad aún no contaminadas por la llamada «educación» o «preparación científica» pueden enseñar mucho al científico auténtico.

En el marco de esta visión de la educación Reich tuvo para Alexander S. Neil, el gran pionero de la escuela 'libertaria de Summerhill, una amistad y un profundo aprecio al que Neill correspondió con su característica entrega y lealtad. Es más, Neill fue el único entre los colaboradores de la Fundación que conservó la amistad de Reich a pesar de haber siempre declarado que no estaría dispuesto a jurar sobre la existencia de la energía orgónica. Al mismo tiempo, sin embargo, estuvo siempre profundamente persuadido de la validez del enfoque energético de Reich del problema de la patología y de la terapéutica, también porque fue curado por el mismo Reich con resultados que los varios tratamientos psicoterapéuticos precedentemente intentados no habían ni de lejos podido obtener.

La enseñanza de Reich ha sido particularmente fecunda en el campo pediátrico. En esta especialidad sus discípulos americanos han dado y siguen dando una importante aportación a la aplicación y al desarrollo de su pensamiento. El «Journal of International Sex Economy and Orgone Research» y los «Armáis of the Orgone Institute» contienen un rico conjunto de aportaciones y monografías pediátricas.

Es preciso indicar en particular a este propósito la obra del doctor Baker *Man in the Trap,* que he criticado más arriba en sus partes socio-políticas. La IV parte de esta obra, que lleva el título de *La prevención del acorazamiento* y está enteramente dedicada a la infancia, además de presentar un precioso material para todo médico, padre o educador que quiera evitar los errores desastrosos de los métodos educativos y pediátricos tradicionales o llamados científicos, ofrece una exposición y una síntesis de los criterios orgonómicos de higiene materna e infantil como ni siquiera Reich había dado. En cada línea se nota la experiencia atenta y afectuosa de un científico que ha sabido felizmente integrar en el estudio del niño su propia vocación innata con un profundo conocimiento de la medicina orgonómica.[2] Ya antes de la muerte de Reich, la Fundación había intentado algunos experimentos de crianza orgonómica de los niños dentro de un programa que el mismo Reich había llamado *Children of the future* (Niños del futuro). Después de la muerte de Reich, y de acuerdo con sus disposiciones testamentarias, el doctor Baker y sus colaboradores han continuado estos experimentos, extendiéndolos a la elección, al tratamiento y a la educación de las madres dispuestas a participar a los proyectos experimentales de procreación y crianza de «Niños del futuro». Hasta el presente muy poco ha sido publicado sobre estos experimentos, pero es de desear que los educadores y los pedíatras libertarios de todos los países puedan disponer pronto de las observaciones de estos importantes estudios.

Medicina

El desarrollo que la investigación médica de Reich ha tenido durante el período orgonómico ha sido imponente y habría incluso podido ser mayor si, como hemos visto, la intervención brutal de la burocracia sanitaria americana no le hubiera cortado, obligando prácticamente a Reich, durante los últimos años a abandonar casi totalmente la actividad clínica y terapéutica.

Este desarrollo fue importante, en primer lugar, en el campo conceptual. El concepto básico del organismo como campo de energía vital y de la salud, como pulsación biológica basada en la antítesis fundamental entre contracción y expansión, abrió el camino a una visión unitaria del proceso morboso entendido, precisamente, como perturbación de la pulsación vital. Como convenía a una concepción tan básica y nueva de la enfermedad Reich ideó un neologismo para nombrarla: *biopatía.*

«Con la palabra "biopatía" —escribía en un ensayo de 1942—[3] indicamos todos los procesos morbosos que se desarrollan en el aparato autónomo. Existe una perturbación típica y fundamental del aparato autónomo que, una vez iniciada, puede expresarse en una cantidad de cuadros clínico-sintomáticos. Esta perturbación fundamental —es decir, precisamente la biopatía— puede dar un cáncer (biopatía cancerosa), pero también una angina de pecho, un asma, una hipertensión cardiovascular, una epilepsia, una esquizofrenia catatónica o paranoide, una neurosis de angustia,

2. Elsworth BAKER, *Man in the Trap,* Macmillan, New York, 1967, pp. 295 y ss.
3. IJSEOR, vol. 1, núm. 2, 1942, p. 131.

una esclerosis múltiple, una corea, un alcoholismo crónico, etc. No sabemos aún lo que determina que una biopatía se desarrolle *en* un determinado síndrome. Nos interesa sobre todo lo que todas estas enfermedades tienen en común: una perturbación de la función biológica de pulsación en todo el organismo.»

Reich no pretendió nunca reducir todas las enfermedades al concepto de biopatía. Las enfermedades contagiosas, las traumáticas, las intoxicaciones agudas, las infecciones bactéricas fueron siempre consideradas extrañas al concepto de biopatía, aunque evidentemente el organismo pueda ser más fácilmente vulnerable a ellas cuando se encuentra en condiciones biopáticas. Se puede hablar de biopatía —escribió Reich en varias ocasiones— sólo cuando el proceso morboso inicia con una perturbación de la pulsación biológica, sin que ello obste a que se desarrolle luego en cuadros sintomáticos extremadamente diversos: desde la biopatía esquizofrénica a la cardiovascular, a la cancerosa, etcétera.[4]

Incluso en el campo médico, a pesar de la evolución de las técnicas terapéuticas, Reich continuó inspirándose en el concepto básico de todas sus investigaciones: la posición central de la función sexual como función vital básica.

«El mecanismo central de la biopatía es una perturbación de la descarga de la excitación biosexual... El éxtasis sexual representa un disturbio fundamental de la pulsación biológica. La excitación sexual —como sabemos— es una función esencial del sistema plasmático vivo. Una perturbación crónica de la función sexual debe ser pues necesariamente sinónimo de biopatía.»[5]

El proceso biopático fundamental ha ya sido descrito anteriormente. Bastará aquí recordar que fue, muy esquemáticamente, identificado por Reich en una tensión crónica del simpático *(simpaticotonía),* como ganglio nervioso autónomo encargado de las reacciones de defensa, de autocontrol y de angustia del organismo. La educación autoritaria y sexorrepresiva, predominante en todo tipo de sociedad humana, determina ya en la infancia y estabiliza en los años sucesivos una sobreexcitación crónica del simpático, en cuanto el individuo, después de un cierto número de agresiones sufridas ejerciendo sus actividades naturales (de alimentación, de movimiento y sobre todo de actividades proto-sexuales), reacciona con la angustia y el autocontrol no sólo frente al castigo sino, ya antes, a las excitaciones agradables capaces de provocar el tan temido castigo. Se instaura así lo que Reich llamó «angustia del placer», o *simpaticotonía,* o sea, la fundamental actitud biopática humana.[6]

Hemos ya visto anteriormente que la primera consecuencia

4. *Ibidem.*
5. *Loe. cit.,* p. 132.
6. FO, pp. 223-233, y IJSEOR, *loe. cit.,* p. 132.

de esta actitud defensiva y de contracción crónica del organismo infantil educado un ambiente autoritario y represivo es la formación de la llamada *coraza,* es decir, de un conjunto de bloqueos emocionales y musculares que obstaculizan su pulsación energética.

Los daños relacionados con la simpaticotonía no se limitan naturalmente a la formación de la *coraza.* Es el origen de una serie de enfermedades: desde las enfermedades mentales, a las gastrointestinales, a las cardiovasculares, a las endocrinas, etc. El dinamismo de algunas de estas enfermedades ha sido claramente descrito por Reich y por sus discípulos (que a partir de 1955 fundaron la revista «Orgonomic Medicine» dirigida por el doctor Baker). El estado crónico de angustia provocado por la educación represiva y autoritaria provoca una simpaticotonía que a su vez puede ser causa de una inhibición de las funciones digestivas (desde la anorexia nerviosa, al espasmo cardíaco, a la colitis espástica), o de disturbios de la circulación (neurosis cardíaca, hipertensión arterial, arteritis, flebitis, etc.) debido a la acción estimulante sobre el ritmo y constrictiva sobre los vasos periféricos ejercida por el simpático, o bien a un desequilibrio glandular y metabólico (hipertiroidismo, estasis de *stress,* diabetes, etc.).

Es preciso sin embargo reconocer, a propósito de este aspecto de la teoría patogenética reichiana, que su concepción de la reacción del organismo frente a la angustia del placer parece a veces esquemática. Con su insistencia sobre la etiología simpa-ticotónica de *todas* las enfermedades, no ofrece una explicación satisfactoria de las numerosas enfermedades de evidente o escondida naturaleza vagotónica. Para explicar la clara vagotonía característica de muchísimos estados morbosos (hipercinesia del estómago y del intestino, hipotensión, agotamiento, bulimia, etc.) creo que pueden ser muy útiles —con algunas correcciones— dos hipótesis presentadas por la medicina psicosomática. La primera afirma que la vagotonía y la simpaticotonía son estados interactivos. Aun admitiendo con Reich el carácter *prioritario* de la simpaticotonía como reacción de angustia, la vagotonía de muchos enfermos podría ser explicada como una reacción exagerada y crónica del vago a la constante «amenaza de dominio» proveniente del simpático. La segunda afirma que en toda situación de amenaza externa o interna el organismo puede reaccionar no sólo y no siempre con la simpaticotonía sino también con una «retirada crónica» bajo formas de bienestar «de consolación» (y de aquí la vagotonía, que con su movilización del aparato digestivo significa simbólicamente una retirada hacia el placer de la alimentación y hacia la protección materna que lo acompaña).[7]

7. Para un amplio desarrollo de estas hipótesis véase «Repressione sessuale e malattia», en mi trabajo ya citado *Repressione sessuale e oppressione sacíale.*

Esta segunda hipótesis me parece estupendamente adaptable a la teoría central reichiana de la represión de la excitación biosexual como fuente general de las biopatías y creo que puede simultáneamente explicar las biopatías de naturaleza vagotónica. Es sabido que la represión de la educación tradicional no actúa sobre *todas* las formas de placer infantil, sino esencialmente sobre las de orden *sexual:* el placer del gusto, por ejemplo, es frecuentemente no sólo plenamente consentido sino exageradamente estimulado por madres que, precisamente en cuanto ellas están también sexualmente reprimidas, son tan feroces en la represión de la sexualidad infantil como están obsesivamente preocupadas por la alimentación de los hijos. Frente al temor del castigo relativo a ciertas formas de placer protosexual (estímulo genital, satisfacción excretoria, etc.) *el organismo del niño puede retirarse de un modo crónico y obsesivo hacia -formas «lícitas»* de placer «lícito», sobre todo del aparato digestivo pero también de estímulo agradable extragenital (caricias, permanencia en el calor de la cuna, etc.) *tomando una actitud vagotónica de reacción -frente a la simpaticotonía originaria derivada de la angustia del placer nrotosexual prohibido.*

Hasta el presente se ha hablado fundamentalmente de enfermedades funcionales. Tanto la psicosomática como la medicina orgonómica no limita sin embargo exclusivamente a esta esfera patológica las repercusiones de los disturbios neurovegetativos. En primer lugar, también la medicina clásica admite ya que todo órgano sometido a inhibiciones o a estímulos intensos o prolongados, por parte de los centros autónomos que lo dirigen, acaba sufriendo lesiones en sus propias estructuras: de esta forma la enfermedad funcional puede transformarse en orgánica. La escuela orgonómica y la psicosomática han demostrado con abundantes pruebas la validez de esta tesis con sus estudios sobre la úlcera péptica (debida frecuentemente a una corrosión de las paredes gástricas a consecuencia de una excesiva y alterada secreción, provocada a su vez por un continuo estímulo neurove-getativo), sobre la colitis ulcerosa (provocada por una hiperse-creción del intestino delgado que ocasiona una autodigestión de la mucosa del colon y abre el camino a la invasión bactérica) o sobre la artritis reumática (como resultado de la actitud crónicamente espástica de los músculos del esqueleto).[8]

El problema del cáncer

Reich, en particular, elaboró una teoría patogenética partiendo de lo neurovegetativo también para el cáncer, en su obra

8. Para una exposición general de las teorías clínicas de la medicina psicosomática véase Franz ALEXANDER, *Medicina Psicosomática,* Astrolabio, Roma, 1950.

La biopatía cancerosa.[9] Dado que contra los intentos de Reich para curar el cáncer se han dirigido las invectivas y las ironías de innumerables calumniadores es preciso referirnos aunque brevemente a la sólida base teórica de dichos intentos.

Reich coloca una vez más el origen de la biopatía cancerosa en la alteración provocada en el individuo por nuestra, como por toda, sociedad autoritaria y sexofóbica de la pulsación y del equilibrio neurovegetativo. Dicha represión, como hemos dicho, crea y mantiene un estado de angustia del placer y por lo tanto una simpaticotonía dirigida a prevenir las excitaciones sexuales o asociadas a la sexualidad. (Por mi parte, querría observar una vez más que el hipertono del simpático debe probablemente relacionarse no sólo con la angustia del placer sino también con la reacción agresiva, normalmente rechazada pero no menos operante, desencadenada en el organismo por la represión y frusta-ción del impulso sexual, como por otra parte de cualquier impulso vital: la ira y la agresividad, cuya presencia la escuela psicosomática subraya con razón en tantos pacientes simpaticotó-nicos, pueden ser explicadas como reacciones a la frustación de la sexualidad natural y como concomitantes a su transformación en sadismo: en definitiva, copo fenómenos *reactivos y secundarios,* de acuerdo con el planteo de Reich, y no como expresión del concepto de destructividad primaria y biológica que la psi-cosomática tomó del psicoanálisis freudiano, descargando así sobre el enfermo y sobre sus «conflictos biológicos» la responsabilidad no sólo de las enfermedades mentales, sino también de las somáticas, y absolviendo asimismo y a la sociedad de toda responsabilidad de reforma social.)[10]

Pero volvamos a la teoría reichiana sobre el cáncer. Una vez establecida, la simpaticotonía provoca como es sabido una serie de espasmos en los músculos y en los vasos y una posición crónica de inspiración (característica de la angustia): el resultado de estos espasmos y de la reducción de la respiración es fatalmente una *reducción en la oxigenación de los tejidos,* que debido a los espasmos de los vasos y de los músculos son regados menos abundantemente por la sangre: y la sangre a su vez, debido a la respiración reducida, es más pobre en oxígeno. Esta subo-xigenación de la sangre —observa Reich— implica por sí sola una predisposición a la degeneración cancerógena de los tejidos, como demuestra el hecho, observado por Warburg desde 1925, que *todas* las células de cualquier tipo de cáncer se caracterizan por una marcada carencia de oxígeno.[11]

Pero en determinadas partes del cuerpo —continúa Reich— la carencia de oxígeno celular se acentúa ulteriormente por los

9. Wilhelm REICH, *The Cáncer Biopathy,* Orgone Institute Press, New York, 1948.
10. DE MARCHI, *op. cit.*. pp. 225 y ss.
11. FO, p. 286, y también IJSEOR, vol. 1, núm. 2, p. 136; y CB, p. 350.

espasmos locales relacionados con la *coraza muscular.* Y frecuentemente dichos espasmos pueden ser claramente relacionados con la represión de la sexualidad y a la correspondiente «angustia del placer». De esta forma, observa Reich, no es ciertamente un azar que en la mujer, obligada por la «educación» tradicional a reprimir más duramente y a temer con más angustia sus propias excitaciones sexuales, el cáncer surja con particular frecuencia en las zonas erógenas o directamente relacionadas con la función sexual: vagina, útero, ovarios, senos. En dichas zonas, de hecho, los espasmos de la musculatura lisa y la tensión simpaticotónica llegan a niveles extremos.[12]

Por mi parte, querría observar que la influencia terrible de la educación y de las costumbres tradicionales se puede notar claramente también en la localización del cáncer en los varones. Los dos lugares más frecuentes del cáncer masculino —el recto y la laringe— están directamente relacionados con los modelos «viriles» de comportamiento impuestos a los niños y a los varones adultos. La sistemática represión del miedo y del lloro como sentimientos poco «viriles» o «afeminados», a la que son inducidos los niños y los jóvenes, implanta una actitud espásti-ca crónica de la garganta y del recto y puede sin duda alguna contribuir a acentuar peligrosamente la carencia de oxígeno de dichas zonas, convirtiéndolas en terrenos ideales para la biopa-tía cancerosa.[13]

Querría además indicar algunos datos interesantes en apoyo de la tesis reichiana. El anuario americano «Psychological Abs-tracts» reproducía en el primer trimestre de 1966, por ejemplo, una interesante encuesta llevada a cabo por un equipo de psicólogos y sociólogos sobre una muestra casual de mujeres cancerosas en los Estados Unidos comparado con una muestra de mujeres sanas. De dicha encuesta resultaba que las pacientes cancerosas habían tenido una educación y una vida sexual claramente más represiva y presentaban en media una personalidad mucho más inhibida que las mujeres sanas. Por otra parte, desde hace tiempo las publicaciones psiquiátricas han indicado la existencia de frecuentes coincidencias entre la enfermedad mental y la cancerosa.

Igualmente interesante me ha parecido una encuesta realizada por otro equipo de cancerólogos americanos sobre la frecuencia del cáncer en las religiosas. Los resultados de la investigación —que ha analizado las causas de muerte de 116.000 religiosas católicas americanas— han sido comunicados por el profesor J. T. Nix en un reciente congreso de la Sociedad americana para la lucha contra el cáncer (marzo 1964) y me parecen impresionantes: no sólo las religiosas habían resultado ser más vulnera-

12. FO, p. 287.
13. DE MARCHI, op. *cit., ibidem.*

bles a la mayor parte de los cánceres, sino que dicha mayor morbilidad llega a sus puntos más altos precisamente en las formas cancerosas de los órganos femeninos: vagina, útero, seno.

La encuesta americana, por otra parte, confirma sólo lo que quien consulte un anuario estadístico puede constatar directamente. Los anuarios del ISTAT, por ejemplo, revelan que las mujeres *solteras,* por lo tanto sexualmente más frustradas, de los 25 a los 35 años (el grupo de edad en que la frustración sexual llega obviamente a sus niveles más altos) presentan un nivel de enfermedades cancerosas de los órganos femeninos claramente superior al de las mujeres casadas del mismo grupo de edades.

Como se ve la burla de la que Reich fue y es objeto por haber incluido el cáncer entre las biopatías relacionadas con la represión sexual es sólo una prueba más de la patológica hostilidad que sus concepciones suscitaban y de la increíble ceguera que demuestra la ciencia oficial, incluso en el campo oncológico, apenas se trata de constatar las evidentes conexiones entre la represión sexual y los procesos morbosos, reveladas por la estadística médica.

El tratamiento orgonómico derivó lógicamente del planteo teórico y de las observaciones clínicas y de laboratorio. Si a la raíz de la enfermedad concerosa estaba la carencia de oxígeno y la putrefacción de los tejidos, producidos por la reducción de la pulsación biológica y por taponamientos bioenergéticos relacionados con la coraza caracterial y muscular, el tratamiento debía tender a la supresión de los bloqueos emocionales y musculares de la coraza parándolos e invirtiendo el proceso contractivo (simpaticotónico) de todo el organismo, a reactivar la pulsación biológica y a elevar el nivel energético del organismo. Dentro de este programa terapéutico se encuadraba perfectamente el tan criticado uso de la cabina orgónica, que servía para completar con aportaciones externas las deficientes cargas energéticas del paciente. Los resultados observados en diversos pacientes, y comunicados durante años por Reich, como hemos visto, a las autoridades sanitarias sin que dieran ninguna señal de intervención (como hicieron en cambio apenas supieron el planteo sexocéntrico de la patología reichiana), confirmaron además la acción excitante que la cabina ejercía en el parasimpático.

«El *habitus* canceroso —escribía Reich en 1942—[14] está caracterizado por una sirnpaticotonía general. Debido a ello encontramos en la mayor parte de los cancerosos taquicardia, palidez y sequedad de la piel, frecuentemente acompañadas de una coloración cianótica o lívida, reducida movilidad de los órganos, estreñimiento e inhibición de las glándudas sudoríparas. La radiación orgónica tiene un efecto vagotónico, contrario a la retrac-

14. IJSEOR, *loe. cit.*

ción simpaticotónica general del organismo. En el acumulador orgónico el latido cardíaco desciende de 120 a 90 y de 150 a 110 pulsaciones en unos veinte minutos y sin medicación alguna. De un modo análogo, la piel enrojece y se provoca el sudor. Los vasos sanguíneos periféricos se dilatan y la presión sanguínea disminuye. En términos de pulsación biológica esto significa que el sistema plástico del organismo abandona su crónica actitud de contracción y empieza a expansionarse orgonóticamente.»

Estas observaciones sobre los efectos del acumulador orgónico, y sobre sus beneficiosos resultados terapéuticos, han sido repetidas y reproducidas en numerosas ocasiones por varios médicos orgonomistas que han publicado varias monografías sobre el tema en la revista de la fundación «Orgone Enercy Bulletin» y en «Orgonomic Medecine».[15]

Los calumniadores de Reich no se han tomado nunca la molestia de verificar personalmente los efectos del acumulador. Según ellos, era y es suficiente que se pretendiera utilizar una «simple caja» como refuerzo en el tratamiento del cáncer: que luego con aquella misma «simple caja» se pretendiera contribuir también al tratamiento de otras muchas enfermedades era por sí sólo una confirmación de la «locura» de Reich. En realidad, sin embargo, estas objeciones muestran tan sólo la inmadurez crítica (o, lo que es lo mismo, la morbosa hostilidad) de los adversarios de Reich. Como hemos visto, la concepción patológica de Reich es muy coherente y se basa en la tesis según la que la mayor parte de las enfermedades son solamente resultados diversos de una misma situación morbosa básica: la reducción del nivel energético del organismo, la alteración de su equilibrio neu-rovegetativo, el ahogo de su pulsación biológica. Por otra parte, la teoría de Reich no es más que una de tantas teorías patológicas monocausales de la historia de la medicina, incluso la más moderna. El hecho que en contra de ella se haya desencadenado una semejante conjura de silencios alternados con calumnias demuestra tan sólo que importunaba e importuna a determinadas resistencias morbosas de la estructura caracterial dominante en los dirigentes de la ciencia médica oficial.

La investigación orgonómica garantizó a Reich una ayuda importante para sus estudios sobre el cáncer incluso bajo el aspecto biológico. Como ya hemos visto, desde 1939 Reich había logrado provocar el cáncer en animales de laboratorio mediante la inoculación de extractos de tejidos sometidos a un proceso de putrefacción. Los extractos aparecían al microscopio ricos en ciertos microorganismos, que por su forma Reich bautizó corpúsculos T.[16]

15. En Italia, resultados muy interesantes con el acumulador orgónico han sido comunicados por el profesor Bruno Bizzi en el Congreso para el estudio de los estados precancerosos celebrado en Roma en 1968.

16. *Bion Experitncnts on the Cáncer Problems,* Sexpol Verlag, Oslo, 1939.

Avanzando en sus investigaciones Reich constató que la sangre de los cancerosos contenía siempre corpúsculos T. Incluso en los estados precancerosos era posible observar dichos corpúsculos para la prognosis y diagnosis del cáncer; Reich, por lo tanto, perfeccionó un grupo de análisis de sangre que permitían averiguar la facilidad con que en las muestras de sangre se desarrollaban dichos corpúsculos. Los análisis se dividían en análisis de cultivo, en los que la muestra de sangre era examinada en caldo o en una mezcla a partes iguales de caldo y cloruro potásico, y en análisis de resistencia biológica, en los que algunas gotas de sangre en una mezcla de caldo y cloruro potásico eran sometidas a autoclave durante media hora y a una presión de 7 kilogramos por centímetro cuadrado. La sangre sana soportaba mucho mejor el autoclave que la sangre desvitalizada de los cancerosos. Los glóbulos rojos biológicamente vigorosos se desintegraban formando grandes vesículas biónicas de color azul intenso, mientras que los desvitalizados de la sangre cancerosa se desintegraban formando corpúsculos T.

Otra confirmación de la eficacia del acumulador orgónico se puso de manifiesto por el hecho de que la reacción biónica de los glóbulos rojos de los pacientes que habían sido tratados con él, aumentó, mientras que la producción de corpúsculos T disminuyó.[17]

Biología

Como hemos visto, desde 1935, continuando con su propia hipótesis de la subsistencia de una básica analogía entre pulsación orgástica y pulsación celular, Reich había llegado al descubrimiento de los biones, es decir, de las minúsculas vesículas de energía que preceden la formación de los microorganismos más elementales: los protozoos. En 1945, con el llamado experimento XX, llegó a producir dichos microorganismos en ampollas de agua sacada de cultivos biónicos, filtrada, sometida al autoclave y congelada.[18]

El experimento XX dio lugar a un verdadero y propio proceso de *biogénesis.* Los protozoos generados del agua biónica sometida al autoclave y congelada tomaban formas ovales.

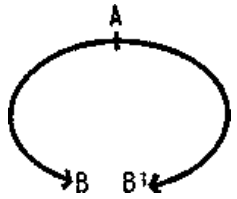
Esta cuestión de la *-forma* del organismo vivo atrajo inmediatamente la atención de la mente de Reich. La mayor parte de los biones y luego de los microorganismos observados por Reich en sus experimentos de biogénesis tenían formas semejantes a las de los peces o a la de los girinos, en definitiva, formas ovales más o menos alargadas. Reich, con su típica y extraordinaria

17. IJSEOR, *loe. cit.,* pp. 141 y ss. Publicado también en TO, pp. 291 y ss.

18. IJSEOR, 1945, núm. 4, pp. 133-141.

capacidad de síntesis, se dio cuenta de que se hallaba frente a la forma básica de toda forma viviente: la forma biológica esencial, a la que, como expresión —como veremos— de la energía orgónica, bautizó con el nombre de *orgónomo.* Esta forma —ob-

Si por último esta línea se dobla por el centro y se acercan los dos extremos se obtiene una figura oval parecida precisamente al orgónomo o forma biológica esencial.



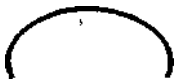
Orgónomo cerrado. Forma esencial.

servó Reich— se presentaba constantemente en las *semillas vegetales* (trigo, maíz, cebada, etc.), en los *bulbos vegetales* (tubérculos de las patatas, almendras, manzanas, peras, etc.), en las *células reproductoras* de animales (cabezas de los espermatozoos, óvulos), en los *embriones animales,* en todos los órganos del cuerpo animal (corazón, vejiga, ríñones, testículos, ovarios, útero, estómago, etc.), en los *organismos monocelulares* (paramecios, colpidios, etc.), en la forma global de los *cuerpos animales* (medusas, reptiles, cuerpos de todo tipo de peces, pájaros, manífe-ros, etc.).

¿Cómo se podía explicar este singular fenómeno?

Una vez más, con su excepcional capacidad de síntesis, Reich recordó que los movimientos de la energía orgónica luminosa que había observado tenían una forma en espiral y rotativa que se podían esquematizar de la siguiente forma

Aislando una onda de la cadena de ondas rotativas se obtiene la siguiente línea:



Llegado a este punto Reich se dio cuenta de que la forma esencial de todo organismo, desde los protozoos a los metazoos coincidía extrañamente con la de una onda rotativa de energía or-gónica obligada a replegarse sobre sí misma.

Llegó entonces a la conclusión que toda forma viva podía ser

explicada como una corriente energética rotativa, a cuyo entorno, debido a una rotación «enclavada» en un mismo punto, se había formado una membrana.

Dado que en el experimento XX las formas protozoicas observadas por él se habían desarrollado en el agua orgónica después de haber sido congelada, concluyó que «las membranas de la materia viva son energía orgónica congelada». Pasaba a ser entonces comprensible el hecho que los organismos vivos tuvieran forma orgonómica: de hecho desde sus orígenes «expresaban» el esquema de movimiento de la onda rotativa, fijado por condensación y congelación durante la primera fase del proceso de biogénesis.[19]

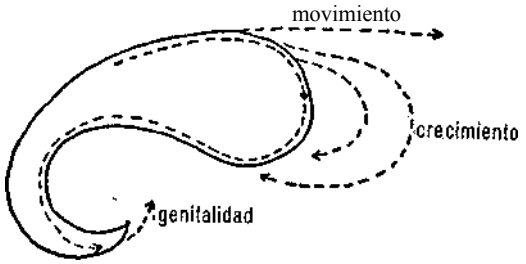
Una vez formada la membrana alrededor de la onda rotativa «congelada» la energía orgónica quedaba «prisionera» de dicha membrana y, cuando las condiciones ambientales permitían su reactivación, empezaba a moverse alrededor de la membrana según el modo y la dirección originales. El resultado era una *distensión* de la membrana como si la energía intentara evadirse de la envoltura membranosa en que estaba encerrada.

«Naturalmente —observa Reich, que tuvo siempre mucho cuidado en evitar interpretaciones místicas o metafísicas de sus teorías— no se trata en modo alguno de un "deseo" de la energía orgónica, sino de una objetiva contradicción entre el movimiento expansivo de la energía orgónica libre y de la membrana que la encierra. La reflexión lógica nos convence que de esta contradicción entre el flujo de energía y la membrana que la limita no

19. CS, pp. 27-36. Publicado también en TO, pp. 411-438.

puede resultar otra cosa que la forma de habichuela, es decir, precisamente el orgónomo.»[20]

De este empuje «hacia la evasión» de la energía orgónica Reich intuyó que debían derivar los procesos de locomoción y de crecimiento, en cuanto que la parte «apical» del orgónomo, y luego del protozoo y más tarde del metazoo está sometida a una constante presión y dilatación como en la figura que aquí reproducimos:



Reich encontró esta corriente energética en los procesos de subdivisión celular y en la misma cópula de los metazoos. El proceso de subdivisión celular podía ser explicado (y observado al microscopio en el caso del colpidio) partiendo de la división de la corriente primitiva en dos corrientes convergentes que dan lugar al interior de la célula inicial a dos corrientes rotativas internas, y que, cada una por su cuenta, asumen cada vez más claramente la forma orgonómica lateral, o sea, la forma de habichuela. Éstas a su vez se subdividen en dos corrientes dando lugar en su conjunto a cuatro orgónomos completos, al interior de la célula primitiva, que a este punto se subdivide produciendo cuatro colpidios completos.[21]

En confirmación de su interpretación energética, Reich pudo constatar que el movimiento del nuevo colpidio se desarrolla siempre en la dirección de la corriente orgonómica primitiva interna de la «célula madre».

El coito de los animales superiores apareció a Reich como el lógico resultado del empuje energético originario.

Ya el crecimiento del metazoo había aparecido como la expresión clarísima del empuje orgonótico: en particular la *gás-trula* evoluciona en el *embrión* de todo organismo superior según un proceso de alargamiento y de dilatación de la extremidad

20. es, p. 41.
21. *Op. cit.,* p. 42

apical que recuerda muy de cerca la forma del orgónomo incluso a nivel protozoico.[22]

Reich dedujo que se trataba de manifestaciones de la función expansiva de la energía orgónica de la forma bulbosa que presenta la evolución del embrión. La medida en que el movimiento ondeante original logra manifestarse depende del espesor de las membranas corporales estructuradas y de la presencia o ausencia de esqueleto. Pero incluso cuando el fenómeno *exterior* de las ondas de excitación ha sido borrado por un esqueleto desarrollado y una musculatura, siempre subsisten la pulsación excitante y rítmica, la corriente circulatoria de la sangre y las corrientes vegetativas que se pueden notar en los individuos sanos. En el reflejo orgástico vuelve la forma originaria del movimiento del orgónomo energético, abrazando todo el organismo y empujando los dos extremos, apical y genital, hacia un movimiento rítmico de acercamiento que expresa precisamente el empuje ejercido por la onda orgonótica en los dos extremos (apical y genital) cuando es obligada a plegar su curso a lo largo respetivamente de la cara ventral y dorsal del organismo.

Como vemos, con esta fundamental intuición energética, Reich ampliaba el significado del reflejo orgástico mucho más allá de su simple concomitante reproductiva, emmarcándolo en la forma expresiva básica de todo organismo vivo. Y ello era corroborado por la observación naturalista.

«El reflejo del orgasmo —escribía en 1945— es independiente de la descarga seminal, hasta tal punto ello es cierto que lo hallamos en la típica posición de la extremidad caudal del embrión; en los movimientos convulsivos, enérgicos, "hacia adelante" del abdomen de muchos insectos, y en la posición normal de la cola y de los miembros posteriores de muchas especies animales.»[23]

La inserción de los procesos genitales en un más amplio contexto energético le fue confirmado a Reich, además, por el hecho que los órganos genitales están situados en todos los animales siempre en la cara ventral y cerca de la extremidad caudal y «expresan» un empuje energético que coincide con la dirección del empuje motor, tanto en la orientación de su erección en los momentos de excitación, como en la orientación de sus movimientos durante la cópula.

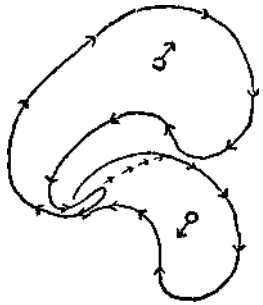
La misma forma del organismo, por último, confirmaba la interpretación orgonómica dada por Reich a todos los fenómenos vitales: mientras en la parte dorsal en la que el orgónomo material (membranoso) y el energético están en armonía, no hallamos ningún miembro u órgano, apenas la onda orgonótica empieza a chocar con la curvatura de la extremidad apical se

22. Op. *cit.,* p. 48.
23. *Op. cit.,* p. 46.

producen una serie de excrecencias orgánicas de diverso tipo (cráneo, cuernos, frente, nariz, boca, mentón) que se prolongan a lo largo de toda la cara ventral (pezones, extremidades y por último los testículos) y expresan el último empuje «hacia la evasión» de la onda energética antes de reemprender su flujo a lo largo del dorso en su circuito destinado a perdurar durante la vida entera del organismo.[24]

Pero precisamente este «significado» energético de las partes genitales y de su expresión morfológica dio a Reich un indicio luminoso sobre el significado del mismo proceso de unión y de yuxtaposición sexual de los organismos superiores. El acto copulativo, con su posición, con sus movimientos y por último con su convulsión orgástica demostró ser un proceso de fusión de las corrientes energéticas de los dos organismos, el masculino y el femenino. Con esta fusión la corriente de cada organismo puede finalmente evadirse del envoltorio en que está normalmente encerrada y expansionarse dentro del sistema más amplio de la «pareja de amor». Esto explicaba finalmente el sentido de fusión total, no sólo de injerto genital, que el abrazo amoroso da a los organismos sanos, el sentido de «desindividualización», de «pérdida del conocimiento», de «ir más allá de uno mismo», de «comunión cósmica» que el arte, la filosofía y las religiones humanas siempre han captado más o menos vagamente en la experiencia sexual intentando describirlas directa o simbólicamente.

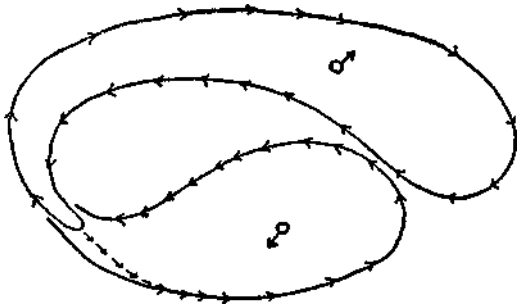
Reich describió [25] esquemáticamente este proceso de «comunión energética» con el siguiente esquema, que presenta sin duda alguna una mayor universalidad en el plano biológico, dado que describe la posición del coito más frecuente en el mundo natural (el llamado «coito a retro»).



Pero esta concepción no es en modo alguno impugnada por la posición «cara a cara» que se encuentra en el coito humano

24. *Op. cit.,* pp. 49-50.
25. *Op. cit.,* p. 51.

y en el de algunos monos superiores, como se ve en el esquema que propongo a continuación:



El deseo orgástico, que tiene una importancia tan gigantesca en la vida de los animales —concluía Reich en su fascinante ensayo de 1945 — se nos muestra ahora como una expresión de este empuje más allá de sí mismos, de este deseo de salir del estrecho límite del propio organismo. *Tendemos* (expresión que que puede tomar al pie de la letra) a salir fuera de nosotros mismos. Quizás aquí está la solución del problema del frecuente uso de la idea de la muerte para la expresión del orgasmo. También en la muerte la energía biológica va más allá de los límites del envoltorio material que la tiene prisionera. La idea religiosa de la «muerte liberadora» adquiere así su base objetiva. La función que el orgasmo ejerce en un organismo que funciona de un modo natural en la yuxtaposición sexual, reaparece en el organismo acorazado como principio del Nirvana o de ideal de salvación. El organismo religioso acorazado la expresa directamente: aspira a «liberar el alma de la carne»; el «alma» representa la excitación orgonótica; la «carne» el tejido que la tiene prisionera...

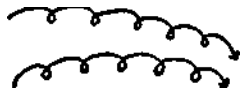
«Resumiendo podemos hacer notar que una de las principales características de las leyes funcionales de la naturaleza viviente es la *simplicidad.* Funciones muy alejadas entre sí, como el crecimiento y el movimiento y la excitación sexual pueden ser reducidas al común denominador de la relación existente entre la energía orgónica libre y la envoltura membranosa que la retiene. Las variaciones de este principio funcional común (PFC) están determinadas por el punto del organismo en que tiene lugar la contradicción: el crecimiento y el movimiento son el resultado de las ondas orgónicas que presionan en las membranas periféricas en el extremo apical; la excitación genital es el resultado de la

energía orgónica que presiona hacia adelante en la extremidad caudal.» [26]

Biofísica. Física. Astrofísica

Estas reflexiones sobre el significado de la yuxtaposición sexual provocaron otra intuición fundamental de Reich. En definitiva la unión sexual había aparecido como el resultado de la atracción mutua ejercida por dos ondas energéticas (contenidas en los organismos que se unían) y de la necesidad que consecuentemente sentían los dos organismos de ponerse uno encima del otro, fundiendo de esta forma sus propias ondas energéticas.

Con su rara capacidad de ver los fenómenos más diversos y aparentemente sin relación entre sí buscando sus elementos comunes más secretos, Reich recordó que en la cámara de observación orgónica él y sus colaboradores habían visto más de una vez cómo las ondas rotativas luminosas del orgón se atraían y se fundían de acuerdo con un esquema de yuxtaposición que podía ser representando más o menos de la siguiente forma:



Esta analogía le pareció inmediatamente como no debida en modo alguno al azar y le pareció que abría una preciosa rendija de luz sobrd el origen de la materia: en el proceso de yuxtaposición de las dos unidades de energía orgónica carente de masa, con movimiento en espiral y excitada en sumo grado, se perdía evidentemente energía cinética, disminuía grandemente la velocidad del movimiento rotativo, su dirección se incurvaba y se producía un paso del movimiento de avance rotativo a un movimiento circular sobre un mismo punto.

Le pareció lícita a Reich la hipótesis que la masa inerte de la materia emergía en este momento del proceso del movimiento de yustaposición, fusión y disminución de velocidad de dos unidades de energía orgónica, tanto más en cuanto que no sólo estaba plenamente de acuerdo con las leyes de la física clásica (convertibilidad de la materia en energía y viceversa) sino incluso con la teoría cuántica.

No tiene importancia —pensó Reich— el que se llame a este primer fragmento de masa inerte «átomo», «electrón» o de otra

26. *Ibidem.*

forma: el punto esencial está en el surgir de la masa inerte a partir del «congelamiento» de la energía cinética.[27]

Reich no lo dice en este contexto ni, que yo sepa, en otros, pero me parece que el proceso descrito por él puede ser aplicado también a la formación de la materia viva. También ésta podría derivar de la atracción y fusión de dos ondas de energía orgónica y de su «encapsulamiento» en un movimiento circular: la diferencia entre los dos tipos de materia (la viva y la no viva) podría residir esencialmente en el hecho que, debido a las diferentes condiciones en que tiene lugar el proceso de atracción y de fusión, en el caso de la materia inorgánica el proceso de pérdida de velocidad y de congelación energética continúa hasta el agotamiento de la carga energética y la transformación total de la energía en materia, mientras que en el caso de la materia viva la conversión de la energía cinética en materia se realizaría hasta el momento de la formación de la membrana y se pararía, de modo que al interno de la membrana la energía seguiría moviéndose y crearía un sistema de mayor potencial energético capaz de desarrollarse atrayendo hacia sí y absorbiendo del ambiente circunstante otras unidades energéticas (como veremos, de hecho, una de las conclusiones sacadas por Reich de sus experimentos con la energía orgónica es precisamente que las diferencias de potencial orgónico tienden a aumentar, no a nivelarse: en el campo orgónico, en definitiva, las diferencias de potencial no llevan a un paso de energía del sistema con más alto potencial al sistema con más bajo potencial, sino al contrario).

Llegado aquí, Reich se dio cuenta de que su hipótesis abría vertiginosos horizontes a la investigación científica. Existía una analogía fundamental entre su concepción de la génesis de la materia y la rotación de los cuerpos celestes. De hecho, si la materia ha nacido y nace en el cosmos mediante la transformación del movimiento en espiral de las corrientes de energía orgónica que se atraen mutuamente y se funden en un *movimiento rotativo,* es plenamente comprensible que iodos los cuerpos celestes, como resultado de esta transformación primitiva del movimiento energético, tengan un movimiento de rotación en el espacio. Dado su origen aparecen como discos o esferas de materia sólida que avanzan girando dentro de un océano de energía orgónica ondulante y formando espiras con un movimiento más rápido, «como balones avanzando sobre una onda con un movimiento más veloz».[28]

Reich podía resumir de esta forma sus especulaciones:

1. Las primeras partículas materiales constituidas por la yuxtaposición de dos o más unidades de energía orgónica fueron los núcleos materiales originarios a partir de los que se formó

27. *Op. cit.,* pp. 17-25.
28. *Op. cit.,* p. 22.

la entera masa material. «No nos interesa —escribía Reich—[29] de momento establecer si estos elementos materiales "iniciales" del futuro cuerpo celeste eran de naturaleza gaseosa o sólida, o si quizás atravesaron un proceso de desarrollo del estado gaseoso al sólido. Lo que nos interesa es haber establecido hipotéticamente un punto de partida para el desarrollo de los cuerpos celestes a partir de la energía primordial.»

2. Una ulterior exigencia lógica lleva a presumir una «génesis» de la función de atracción gravitatoria. El aumento de la partícula material inicial del futuro cuerpo celeste se llevaría a cabo por medio del «potencial orgonómico», que, como hemos visto, consentiría a los sistemas orgonóticos más fuertes la atracción de los más débiles (unidad de energía orgónica y otros pequeños fragmentos de energía primordial) a medida que se encontraran en el espacio circunstante del primer núcleo en el momento de su desarrollo. La mente de Reich estaba precisamente investigando sobre estas relaciones entre atracción orgonótica y atracción de la gravedad cuando fue encerrado en la cárcel federal: y esto explica que, en el momento del arresto, haya rogado a sus perseguidores que le dejaran libre y haya declarado que su encarcelamiento —en cuanto destinado a costarle la vida, como explícitamente afirmó— habría privado a la humanidad de la posibilidad de superar las leyes de la gravitación llegando al descubrimiento y a la utilización de la antigravedad.

3. En consecuencia de los puntos 1 y 2 era además presumible que el núcleo material en aumento estuviera siempre rodeado de un campo de energía orgónica que estaba sometido a la atracción de la gravedad del mismo núcleo. Esto permitiría explicar la existencia frecuente, alrededor de los cuerpos celestes, de envoltorios «gaseosos», como la «corona» solar y la atmósfera, que presentan los colores azul (el color típico del orgón) y están gobernados por funciones típicamente orgonóticas (como por ejemplo el movimiento ondulatorio en sentido contrario al de rotación, la mayor velocidad del envoltorio respecto al globo, la iluminación y la inclusión dentro del campo de gravitación del mismo núcleo material).

4. La corriente de energía orgónica carente de masa que rodea al globo material debe, a causa de la atracción orgónica ejercida sobre ella por el núcleo, separarse de la corriente general del océano orgónico cósmico, para seguir la rotación del globo material sobre su eje, dando lugar a corrientes de energía orgónica internas dentro de la corriente principal del océano orgónico y diversas de ella.

5. La atmósfera gaseosa que rodea a los cuerpos celestes podría haberse formado mediante la yuxtaposición de unidades de energía orgónica carentes de masa al interior del envoltorio en

29. *Op. cit.,* pp. 25-26.

rotación de energía orgónica que envuelve al globo material.

6. Dado que la concentración y la condensación de las corrientes energéticas deberían aumentar alrededor del núcleo del cuerpo en rotación, los elementos pesados quedarían situados en proximidad del núcleo y los más ligeros hacia la periferia, con los gases más ligeros (helio, hidrógeno, argón, neón, etc.) situados en la extrema periferia.

7. A este propósito Reich subrayaba el hecho significativo que los elementos químicos que constituyen la atmósfera gaseosa de los planetas son los mismos que constituyen los sistemas orgonóticos vivos (hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, azufre y carbono) con sus diversas agrupaciones moleculares.

Si esto por una parte autoriza a hipotetizar la subsistencia de una fundamental identidad funcional básica (energética) en la formación de la materia orgánica y de la materia inorgánica, sin embargo —advierte Reich— no debe hacer olvidar que, una vez transformada en masa, la energía orgónica responde a las leyes de la mecánica y de la química clásicas. Incluso éstas, pues, estaban sometidas a la evolución.

«Las ventajas de nuestra hipótesis de trabajo esbozada anteriormente —concluía Reich—[30] son obvias:

»1. Nos libera de la tosca hipótesis según la que los cuerpos materiales giran en un "espacio vacío" con una acción a distancia, sólo aproximable matemáticamente, dentro de un "campo"; el "campo" al contrario es real, de naturaleza medible, observable y por lo tanto física. El espacio no está vacío, sino al contrario está lleno en modo continuo...

»2. Nos libera de la incómoda idea según la que una atracción gravitatoria —que nunca ha podido ser demostrada— es ejercida por el sol sobre todos los planetas a través de inmensos espacios. El sol y los planetas se mueven dentro del mismo plano y giran^en la misma dirección a causa del movimiento y de la dirección de la energía orgónica cósmica de la galaxia. Es decir, que el sol no "atrae" en lo más mínimo: es tan sólo el hermano mayor de todo el grupo.»

Antes de continuar querría subrayar que estas formulaciones biofísicas, físicas y astrofísicas fundamentales de la orgonomía fueron presentadas por Reich en forma *hipotética* y que Reich había subrayado más de una vez la necesidad de verificarlas y de controlarlas. Estas verificaciones y estos controles son pues una tarea esencial para quien quiera discutir con seriedad las teorías reichianas. Que no pretendan hacerlo los detractores de Reich es comprensible; pero que frecuentemente sus partidarios pretendan hacer pasar las teorías orgonómicas como un «texto sagrado» que se acepta o se rechaza en bloque revela en ellos una actitud fideísta e irracional que les reúne paradójicamente

30. *Op. cit.,* p. 23.

con los enemigos y los calumniadores de Reich y constituye la exacta antítesis de la actitud intelectual de constante búsqueda de donde nacieron los grandes descubrimientos y las grandes hipótesis reichianas.

Dicho esto se puede añadir que la más fascinante y grandiosa de dichas hipótesis se nos muestra como una confirmación de las precedentes, o mejor dicho como una confirmación del Principio Funcional Común de yuxtaposición energética que Reich había indicado como a la base de los fenómenos naturales más diversos: desde la formación de la materia inorgánica, al comportamiento de las partículas luminosas observadas en la cámara orgónica, a la unión sexual, a la formación (como veremos) de los vértices ciclónicos.

Lo que impresionó a la imaginación científica de Reich, cuando su mirada empezó a escrutar los espacios celestes, fue la fisonomía que presentaban numerosas galaxias: una fisonomía claramente en forma de espiral que revelaba de un modo igualmente claro, por lo menos en numerosos casos, la confluencia en el núcleo de la galaxia de dos o más «brazos» que lógicamente aparecieron a Reich (y a quienquiera las observe a la luz de los conceptos orgonómicos) como dos o más corrientes energéticas sobreponiéndose cósmicamente, arrastrando en "su remolino un polvo infinito de mundos. Y Reich tituló precisamente *Sobre-posición Cósmica* una interesante obra dedicada al estudio del fundamental «principio funcional común» en la esfera astrofísica.

Es fácil, en un mundo científico y social que durante cuarenta años ha enterrado vivo y muerto al ingenio más grande de nuestro tiempo, burlarse de sus teorías y de sus hipótesis. Pero toda mente abierta, viva, creativa no puede dejar de quedar fascinada por una concepción científica cuya impresionante unidad ahora el lector puede valorar por lo menos en sus grandes líneas; por una concepción que permite relacionar y abrazar sintéticamente la inmensa multitud de fenómenos naturales y sociales en los que la mente humana se ha perdido durante milenios: el nacimiento de la materia, el desarrollo de las formas biológicas inferiores y superiores, los procesos astrofísicos, la tragedia social, la multitud de enfermedades «funcionales», la degeneración de la inocencia infantil en perversidad adulta, la degeneración de los ideales revolucionarios de libertad en realidad postrevolucio-naria de tiranía, y, sobre todo, el misterioso parentesco captado por todo ánimo sensible entre la vida humana y la vida animal, entre la naturaleza viviente y la llamada inerte, entre las estrellas y nuestros deseos (que en la misma palabra «deseos» —*de sideribus*— revelan su relación con el cosmos), entre los movimientos de una abeja y los del abdomen de un ser humano excitado, entre las líneas esenciales de las más diversas formas vivas (protozoos, hojas, semillas, reptiles, pájaros, mamíferos, etc.).

Por último, querría recordar algunos datos «misteriosos» que parecen confirmar las teorías cosmológicas reichianas. En primer lugar el hecho que en el «espacio superior» en que la física clásica había asegurado que se habría encontrado el vacío, los astronautas americanos y soviéticos (sin que ciertamente mediara entre ellos ningún secreto acuerdo «reichiano») hayan constatado concordemente la presencia de «extrañas» manifestaciones luminosas que acompañan (de acuerdo con la teoría reichiana de la desviación de las corrientes orgónicas en la proximidad de masas materiales) a sus astronaves durante su entera permanencia en órbita. Ningún físico ha sabido explicar el fenómeno que Reich había prácticamente preanunciado.

Como han publicado todos los periódicos (olvidando por otra parte inmediatamente después la «cosa inexplicable»), «una Luna luminosa, inimaginable, "misteriosa" apareció a los ojos de los astronautas del Apolo 8... Estupor y sensación se manifestaron incluso entre los técnicos y científicos de la NASA... Poco antes Borman, observando la luna sin la pantalla deformante de la atmósfera terrestre, había hecho otro comentario impresionante: "Está rodeada de un círculo blanco, *casi luminiscente.* ¡Parece que a su alrededor haya algo!"». Estos hechos, inexplicables según la astronomía clásica, que postula el vacío absoluto alrededor de nuestro planeta y de nuestro satélite, son perfectamente explicables con la tesis reichiana según la que todos los cuerpos celestes están rodeados por un envoltorio de *energía orgónica luminiscente.*

En términos orgonómicos (es decir, como efecto de la carencia energética relacionada con la salida de la atmósfera) se puede también explicar el surgir del «malestar» y de los «resfriados» que siempre acompañan a los astronautas apenas salen de la atmósfera.

Es más: todos los informes sobre los satélites interplanetarios están de acuerdo en negar la existencia del vacío absoluto en los espacios interplanetarios.

Y hay un hecho singular: durante el último eclipse solar se ha observado que muchos huevos de las gallinas de las zonas tocadas por el eclipse reproducían en su cascara la figura del eclipse aun cuando los animales hubieran permanecido durante todo el tiempo en un cobertizo. Inexplicable como reacción óp-tico-ovárica, este fenómeno pasa a ser comprensible en términos orgonómicos, es decir, si se acepta la hipótesis de una relación directa entre la energía solar y la energía del organismo, sobre todo precisamente en los procesos vitales esenciales.

Pero la confirmación más articulada e impresionante de las teorías físicas reichianas ha tenido lugar hasta el presente, que yo sepa, en el campo de la meteorología.

Partiendo de su hipótesis fundamental del potencial orgonó-mico, Reich se había preguntado si las mismas nubes no eran

sistemas de alto potencial orgonómico. Como se recordará había constatado que la energía orgónica estaba presente en la atmósfera en medida particularmente elevada durante los días *secos* mientras que sus niveles disminuían sensiblemente durante los días *húmedos.* De esto había deducido que el agua, y por lo tanto también el vapor acuoso, tenían la propiedad de «fijar» el orgón. Esto le permitía explicar el hecho que nuestro organismo se sienta débil y deprimido durante los días húmedos: el fenómeno dependía del hecho que no podía «tomar» de la atmósfera las cargas orgónicas que necesita y se hallaba por lo tanto en una condición de crónico y creciente déficit energético.[31]

Muchos calumniadores de Reich estarán dispuestos a reír de estas interpretaciones reichianas de un fenómeno tan «evidentemente subjetivo y apto a la sugestión» como el de la depresión de algunos organismos en ciertos días nublados o con niebla.

Reirían menos si supieran que la «Revista del Orden de los cirujanos alemanes» ha aconsejado recientemente a sus lectores que evitaran lo más posible efectuar intervenciones en los órganos vitales durante los días con presión atmosférica baja y con cielo cubierto. Por otra parte ya desde decenios la medicina clásica reconoce la existencia de «metereopatías», es decir, de enfermedades provocadas por malas condiciones atmosféricas, sin que por otra parte haya sabido jamás explicar el fenómeno. Pero, tanto en el caso de las meteropatías, como en el caso de las operaciones quirúrgicas, el objeto de las alteraciones patológicas es siempre el hombre, de modo que los que niegan la relación entre el hombre y el ambiente meterológico podrían en todo caso sostener que se trata de alteraciones debidas a condiciones psíquicas subjetivas. Puede pues ser útil a este propósito recordar que ya hace unos cuarenta años el famoso biólogo Alexis Carrel notaba el hecho sorprendente (para los conocimientos de entonces, pero no para una concepción orgonómica de la vida) que durante los días lluviosos y con niebla era preciso cambiar varias veces el caldo de cultivo de los tejidos que estaba estudiando si se quería evitar que se pudrieran y degeneraran.[32]

Para volver a las teorías y a los experimentos meteorológicos de Reich: si el vapor acuoso (y el agua en general) tiene la posibilidad de absorber, de fijar el orgón, las nubes podían ser consideradas como sistemas con un mayor potencial orgonómico errando en la atmósfera circunstante. Según el principio por el que el potencial orgonómico tiende a pasar de los sistemas con menor potencial a los sistemas con un potencial más alto, Reich se preguntó si no sería posible obtener la disolución de las nubes reduciendo su potencial orgonómico y, viceversa, obtener la formación de nubes aumentando el potencial orgonómico en una

31. IJSEOR, vol. 1, núm. 2, 1942, p. 138.
32. A. CARREL, *La incógnita del hombre.*

determinada zona del cielo. Recordando que dentro del acumulador orgónico le había sido posible construir «cañones» de energía orgónica constituidos por tubos de metal dentro de los que la energía orgónica empezaba a fluir y podía de esta forma ser concentrada en las partes enfermas, Reich construyó «baterías» de tubos metálicos dirigibles hacia el cielo por una extremidad, mientras que la otra era «descargada» en agua con otros tubos 'metálicos. La hipótesis consistía en que los tubos habrían atraído la energía orgónica de la zona de la atmósfera donde estaban apuntados, descargándola en agua. Ello habría ocasionado un proceso de disolución de la nube *(nubifligación)* si la batería estaba apuntada hacia la misma nube, o viceversa la formación de una nube *(nubificación)* si las baterías estaban apuntadas hacia una zona contigua o hacia un perímetro cerca de la zona en la que se quería crear la nube.

La hipótesis fue confirmada por la experiencia, como Reich mismo explicó en 1952 en la revista de la Fundación.[33] Los experimentos fueron repetidos varias veces por Reich y por sus más directos colaboradores en este nuevo fascinante campo de sus investigaciones: su hija Eva y su yerno doctor Moise.

Después de la acusación de la condenación hubo una confirmación experimental importante de las teorías y de las técnicas reichianas de nubificación. Una expedición con esta finalidad, dirigida por Reich, salió hacia el desierto del Arizona en 1955 logrando obtener abundantes precipitaciones en una estación totalmente árida:[34] de aquel hecho, Reich esperó poder beneficiarse en su batalla legal. Parecía estar persuadido que un «signo» clamoroso de la eficacia real de sus teorías y de sus técnicas habría inducido a las autoridades científicas, políticas y judiciales americanas a desistir de su persecución y a pedir su colaboración. Hasta qué punto se equivocaba quedó de manifiesto en los sucesivos y trágicos resultados de su juicio.

Tanto los experimentos llevados a cabo en Orgonon como los realizados en el Arizona habían sido sin embargo siempre reali-lizados por Reich o por sus colaboradores directos, sobre cuya objetividad los críticos de Reich habían manifestado y manifestaban reservas tan amplias cuanto poco o en nada documentadas. Por otra parte ni Reich ni sus colaboradores de la Fundación tenían una preparación específica en el campo meteorológico.

Cobran una gran importancia pues las verificaciones y las confirmaciones aportadas a la técnica reichiana de nubificación y nubifugación por Charles R. Kelley, un meteorólogo de la aviación militar americana que había precisamente trabajado en el campo de las previsiones meteorológicas durante los años de la

33. OEB, vol. 4, núm. 4, 1952.
34. *Cosmic Orgone Engineering,* en OEB, vol. VII, núm. 1-2, marzo 1955. Véase en particular «Expedition OROP Desert», pp. 5-19.

Segunda Guerra Mundial. He aquí cómo Kelley describe sus experiencias en modo alguno fideístas sobre las técnicas reichianas:[35]

«En 1952, Wilhelm Reich anunció que había realizado un aparato que según decía permitía destruir y crear nubes y abría la posibilidad a un control en gran escala de las condiciones meteorológicas. Dada mi experiencia como meteorólogo, aquel artículo me sorprendió mucho y lo acepté con escepticismo. No podía creer que las técnicas y los aparatos simplicísimos descritos por Reich pudieran tener algún efecto sobre el tiempo y sobre la formación de las nubes. Abandoné pues el artículo como el resultado de alguna observación inexacta.

»A1 verano siguiente, sin embargo, durante unas vacaciones hice una breve visita a los laboratorios de Reich en el Maine, y me mostró personalmente su aparato de nubifugación y nubifi-cación. Después de haber dirigido el apáralo, que consistía en largos tubos metálicos, hacia un grupo de nubes que se hallaba en el horizonte, dijo que estaba "succionando" energía de las nubes...

«Observé el cielo en el punto donde estaba dirigido el aparato: pareció que se producía una ligera vibración en las nubes, pero no podría afirmarlo con seguridad. Durante un momento no sucedió absolutamente nada. Después, con gran estupor mío, los contornos de las nubes empezaron a ablandarse y las nubes a disolverse precisamente en el punto donde estaba dirigido el aparato. Reich cerró inmediatamente el aparato, pero yo no pude quitar los ojos de la nube, que en el período de unos diez o quince minutos desapareció completamente.»

De acuerdo con el espíritu que debería mover a todo investigador verdadero, Kelley no se contentó con aquella «demostración» y se construyó una batería de nubificación y de nubifugación con la que empezó a experimentar personalmente sobre los «cúmulos». Le fue fácil constatar que también en sus manos el aparato funcionaba a la perfección.

«Intenté muchos experimentos, durante un período de más de tres años. Los cúmulos del tiempo llamado variable podían ser normalmente completamente destruidos en diez o veinte minutos. Los *altocúmulos* —agrupaciones de un mayor desarrollo vertical— requerían un tiempo mayor, pero respondían indefectiblemente al tratamiento, desapareciendo frecuentemente del cielo en veinte o treinta minutos, mientras que las nubes de control seguían aumentando.»[36] Los testimonios de Kelley no se reducen naturalmente a estas pocas palabras. En la relación citada y en otras expone con diligencia y meticulosidad científica sus pacientes y largas observaciones y experimentos, presentando incluso

35. Charles R. KELLEY, *A New Method of Weather Control,* The Inter-science Research Institute, Standford, 1951, pp. 3 y ss.

36. *Op. cit.,* p. 4.

una abundante e impresionante documentación fotográfica de los efectos de sus operaciones de nubificación y nubifugación.[37]

Radiación orgánica y radiación atómica

El experimento XX y los demás experimentos de biogénesis habían convencido a Reich de que, si la materia viva nacía de una condensación de energía orgónica y si muchos indicios inducían a pesar que incluso la materia no viva surgía de una confluencia de dos corrientes energéticas en un «remolino» orgó-nico en el que la energía cinética perdida se transformaba en materia, toda la materia viva y no viva podía ser considerada como el resultado de una transformación más o menos definitiva de la energía orgónica libre. Ésta podía pues ser definida como *la energía que precede a la materia y la genera.* Al mismo tiempo, la energía atómica, proveniente de la disgregación del átomo —que a su vez es el elemento fundamental del universo según la física clásica— podía ser considerada como la energía que *nace de la destrucción de la materia,* la energía residual *de la materia.*

«De innumerables observaciones en un período de unos quince años —escribe Reich— se había deducido que la energía orgánica y la energía nuclear son antagonistas. La energía nuclear, según la opinión corriente, daña a las funciones vitales bajo forma de "radiopatías", con consecuencias que en los casos más graves son mortales... Por nuestra parte, se había supuesto que la energía orgónica, en una concentración y potencia adecuadas, habría servido de antídoto a las radiaciones de la energía nuclear.» [38]

Reich y sus colaboradores de la Fundación decidieron sondear experimentalmente las virtudes médicas y de inmunización que el empleo de la energía orgónica podía tener frente a las radiaciones atómicas. (Esta idea, como la de la expedición meteorológica al desierto del Arizona, nació no sólo del espíritu de simple investigación científica sino también de la ingenua esperanza de dar a las autoridades americanas una «prueba definitiva» del interés sanitario y militar de la energía orgónica, para inducirlas a desistir de su persecución y a buscar la colaboración de los orgonomistas.)

De esta forma se preparó el llamado experimento *Oranur,* que tomó su nombre de las iniciales de la frase Orgone fladiation ¿gainst Nuclear ¿?adiation (Radiación orgónica contra radiación atómica). No disponemos aquí de espacio para describir detalladamente dicho experimento, cuyos resultados fueron muy di-

37. *Op. cit.,* pp. 10-16.

38. *The Oranur Experiment, First Report* (1947-1951), Orgons Institute Press, Rangeley, Maine, 1951. Publicado también en TO, p. 417.

versos de los esperados por Reich pero que, al mismo tiempo, dieron indicaciones dramáticas sobre la potencialidad energética inmensa presente en un choque de la radiación orgónica con la atómica. De todas formas, los detalles del experimento han sido ya publicados en Italia en la traducción ya citada de *Selected Writings.*[39] Aquí bastará recordar que la simple introducción de un miligramo de radio en un acumulador orgónico de 20 aumentos provocó fenómenos imponentes:

«El viernes 12 de enero (1951) —escribe Reich—[40] el miligramo experimental de radio número 1 fue introducido en el acumulador orgónico de 20 aumentos y fue dejado allí solamente durante media hora...

»Tres de los participantes al experimento permanecieron fuera del edificio del laboratorio a una distancia de unos 100 metros. Uno de los asistentes transportó rápidamente la cantidad experimental de radio a la sala de acumulación orgónica y la introdujo en el acumulador de 20 aumentos... Pocos minutos después vimos claramente a través de los grandes ventanales del laboratorio que la atmósfera, en la sala de los experimentos, se había llenado de niebla: esta "niebla" se movía visiblemente y resplandecía con un color que variaba del azul al violeta. Mientras caminábamos a una distancia de 30 a 70 metros del edificio del laboratorio, los tres observadores, entre los que me encontraba yo, tuvimos la misma experiencia, aunque ninguno, en un primer momento, osó comunicarlo a los demás. Yo sentí una fuerte náusea, una sensación de desmayo, de pérdida del equilibrio y de pérdida del conocimiento y debí hacer un esfuerzo para mantenerme en pie. Vi que el profesor Simeón Tropp, que se encontraba conmigo, se volvía palidísimo. No me había dicho nada ni yo le había dicho lo que sentía. Le pedí entonces cómo se encontraba... Admitió inmediatamente que se encontraba muy mal y casi a punto de desmayarse, con una sensación de gran debilidad, dolor de cabeza, náusea, calambre en el estómago...

«Fuimos inmediatamente en coche al edificio de observación situado a unos 500 metros de distancia en la colina, bebimos algo fuerte y empezamos, cada uno por su cuenta, a escribir nuestras experiencias físicas y emotivas. Estas notas fueron firmadas y archivadas. Todas nuestras descripciones tenían en común los síntomas siguientes: gran debilidad, náusea, sentimiento de presión en el tabique nasal y en los órbitas oculares, conjuntivitis, oleadas alternadas de calor y de temblor, sensaciones de pérdida del equilibrio, parestesia, dolores en las piernas, debilidad en los brazos y sobre todo en la región del cubito, cefalea y tensión en la faringe... *Estamos sufriendo todos de la "enfermedad or-anúrica",»*

39. TO, pp. 413 y siguientes.
40. *Op. cit.,* p. 343.

Es más, los colaboradores de Reich pensaron que Reich murió de dicha enfermedad en la penitenciaría de Lewisburg. Como he apuntado, parece que, de los participantes más directos en la fase más dramática del experimento Oranur, no queda actualmente nadie en vida.

De todas formas, estas muertes podrían ser casuales y las reacciones descritas por Reich y por sus colaboradores podrían haber sido debidas a la autosugestión. Lo que es imposible de atribuir a la autosugestión es la muerte de decenas de ratones que estaban en Orgonon durante el experimento Oranur. Al inicio del experimento había 286 ratones: *57 de ellos murieron durante el experimento Oranur.* Otros 12 gravemente enfermos fueron muertos para obtener material fresco para las autopsias. Todos los demás enfermaron con un mismo cuadro sintomático (parálisis de diversos grados, pelo hirsuto, contracción corporal, cianosis de la cola, de la nariz, de los labios y de los lóbulos auriculares, fuertísima sed que tenía su explicación en los tejidos áridos y en la deshidratación sanguínea observada en las biopsias). Impresionó en modo particular la muerte de 14 de los cuarenta ratones perfectamente sanos pedidos a propósito al criadero antes del experimento Oranur.

«¿Por qué habían muerto decenas de ratones, iodos *con los mismos síntomas y todos durante aquel siniestro domingo?»,* se preguntaba Reich después de la suspensión de la dramática experiencia.[41] Se debía excluir que se tratara de contagio, dado que los ratones habían sido conservados en grupos separados, a veces en edificios diversos y separados por distancias notables.

Un indicio para la solución del enigma pareció provenir del hecho que de los cuarenta ratones tratados por el doctor Simeón Tropp con super-radiaciones orgónicas durante los dos o tres meses precedentes al experimento Oranur *no murió ninguno* ni durante el experimento ni durante los dieciocho meses sucesivos. Reich podía concluir fundadamente que «el bajo nivel bioenergé-tico favorece la muerte por enfermedad oranúrica».

Aparte de estas consideraciones de carácter clínico, permanece el hecho impresionante de la muerte masiva de ratones verificada precisamente durante el día en que se había intentado de la manera más audaz el contacto directo entre radiación nuclear' y radiación orgónica. Fue un dato objetivo que confirmó las sensaciones subjetivas de los participantes.

Incluso más probantes, como pruebas objetivas de las reacciones desencadenadas por el experimento Oranur, fueron los valores registrados por los contadores Geiger durante el experimento. De valores más o menos normales de 40 a 60 unidades por minuto, se pasó a 1.000, 6.000 y 10.000 y hasta 20.000 unidades por minuto registradas en la pared externa, de acero y cemento, de la

41. Op. *cit.,* p. 459.

caja que contenía el material radioactivo experimental (sólo dos miligramos de radio puro, dentro de recipientes de plomo de un espesor de 13 milímetros). Estos altísimos valores se registraron repetidas veces en la zona de Orgonon y llegaron siempre a sus puntos más elevados cuando el material radioactivo fue encerrado en los acumuladores.[42]

Reich quedó muy impresionado por los resultados del experimento Oranur y, como era característico de su personalidad, se planteó inmediatamente el problema de las consecuencias sociales de aquellos descubrimientos. Habiendo constatado la relación de antagonismo entre la energía orgónica y la energía atómica, esperó que los poderes públicos del mundo entero se dieran cuenta de las inmensas perspectivas beneficiosas que el orgón abría. «Un gobierno o un grupo de gobiernos interesados por la abolición de la guerra mundial, por la seguridad de la paz mundial y por la mejora de la salud y de la felicidad de los pueblos —escribía al margen de su relación sobre el Experimento Oranur—[43] podrían aportar inmensos beneficios: la energía cósmica podría finalmente ser puesta al servicio de finalidades benéficas, dado que... había sido comprobada la eficacia médica de las fuerzas cósmicas primordiales. Evidentemente que ningún hombre ni ninguna organización podrían por sí solos realizar este objetivo. El éxito puede llegar solamente mediante una alianza de todas las instituciones sociales: desde las guarderías infantiles a las instituciones de enseñanza superior, desde las organizaciones profesionales a los altos mandos militares de todos los países.»

He citado por entero este fragmento ya que creo que subraya hasta qué punto era utópica la actitud de Reich en cuanto a las posibilidades de colaboración con las autoridades constituidas, sobre todo con las autoridades americanas.

Incluso en ocasión del experimento Oranur intentó por todos los medios obtener el apoyo de dichas autoridades, incluidas las militares, mostrando haber olvidado sus penetrantes análisis de la fatal irreconciabilidad entre la estructura autoritaria (de la que los dirigentes actuales de todos los países, especialmente los militares, son la expresión típica) y el pensamiento social y científico reichiano. En esta su confianza ciega en la «democracia» americana, llegó a persuadirse de que el entonces presidente Ei-senhower había secretamente decidido protegerlo.

Una vez más, uno no puede dejar de extrañarse de la contradicción entre la matriz libertaria y vitalista del pensamiento de Reich y la obstinación con que esperó llegar a un entendimiento con los dirigentes americanos (como anteriormente con los dirigentes comunistas, socialistas y psicoanalistas).

42. *Op. cit.,* pp. 486-488.
43. *Op. cit.,* p. 507.

Durante los últimos años Reich dedicó mucho tiempo de reflexión a los problemas fundamentales del hombre, de su destino, del origen y de la naturaleza de su pensamiento: en definitiva a los problemas que tradicionalmente han sido objeto de la investigación filosófica, y más concretamente a la investigación gno-seológica y epistemológica. Con estas reflexiones nos ha dado
—precisamente durante los años en que sus difamadores pretenden describirlo como un loco delirante— algunas de sus páginas más penetrantes y límpidas. Por necesidades de espacio debo limitarme a recordar aquí sólo algunos puntos de cuatro escritos
—*Animismo, misticismo y mecanicismo; Las raíces naturales de la razón; El significado bioenergética de la vida* e *Inadmisibles deformaciones de la verdad orgonómica*— en los que intenta analizar precisamente desde un punto de vista bioenergético las desviaciones patológicas del pensamiento humano tanto antes de los descubrimientos orgonómicos, como después de ellos, junto con el significado de los descubrimientos en sí mismos. Pero querría poner en claro que se trata de ejemplos meramente indicativos: tan sólo con una lectura prolongada y directa de dichas páginas se logra captar todas las profundas resonancias —emocionales, intelectuales y científicas— del pensamiento reichiano.

En *Animismo, misticismo y mecanicismo* —magistral ensayo publicado en 1949—[44] Reich pone en evidencia con extraordinaria agudeza el estrecho parentesco, aunque escondido y quizás inconsciente, existente entre la mentalidad místico-espiritualista y la mecanicista-materialista. Ambas son el resultado de la perversión y de la disociación del sentido unitario de la vida debido a una educación represiva. Su relación profunda se manifiesta claramente por el hecho que frecuentemente en el pasado, y cada vez con más frecuencia actualmente, es posible observar personalidades en las que coexisten las dos tendencias o bien se alternan según la realidad o los problemas a afrontar y las conclusiones a sacar: personalidad que Reich define precisamente como místico-mecanicista. Extraordinariamente logrado el análisis que hace Reich del desarrollo histórico del misticismo y del mecanicismo desde la primera actitud *animista* de la inteligencia humana frente a la realidad natural.

La naturaleza era concebida —escribe Reich— por la mentalidad animista primitiva como «animada», pero dicha animación estaba modelada de acuerdo con las experiencias sensoriales objetivas del hombre. «Los espíritus tenían forma terrestre, mientras que la luna y las estrellas se comportaban como seres reales

44. Wilhelm REICH, *Ether, God and Devil,* Annals of the Orgone Instituto, Or-gone Institute Press, New York, 1949, pp. 62-69. Publicado también en TO, pp. 323-369.

y vivos... La mente animista no cambiaba el mundo ni en su interior ni en su exterior. Lo único que hacía, a diferencia de la concepción naturalista-científica del mundo, era atribuir funciones objetivas a los objetos a los que no pertenecían. Es decir, transfería su propia realidad a una realidad externa: en definitiva proyectaba.»[45]

De esta forma, continúa Reich, la mentalidad primitiva estaba muy cercana de la verdad cuando establecía una ecuación entre la fecundidad de la tierra y la fecundidad del cuerpo femenino o cuando consideraba la nube productora de lluvia como una creatura *capaz* de percepción (en la concepción orgonómica del mundo, estas observaciones dejan de tener el carácter apro-ximativo o paradójico que se encuentra en observaciones análogas de otros pensadores, sino que pasan a ser precisas observaciones científicas: la energía que está al origen de la formación de la nueva vida en el seno femenino y en la tierra es de hecho esencialmente la misma, y la nube en efecto es, al igual que un organismo vivo, un sistema energético más fuerte que el sistema que lo rodea).

«El primitivo pues animaba a la naturaleza de acuerdo con las propias sensaciones y funciones: la animaba, pero no la mixtificaba, como iban a hacer sus biznietos siglos y siglos más tarde.» [46]

Pero, ¿por qué el místico produce mixtificaciones fantásticas como el demonio con cola y con tridente y ángeles con alas? Porque —responde Reich— el místico tiene *sensaciones y percepciones ya deformadas e innaturales en sí mismas.* El demonio y el ángel corresponden a sensaciones estructurales humanas y substancialmente desviadas respecto a las de los animales o a las de los primitivos. Infierno, paraíso, fantasmas luminiscentes gris-azulados de forma vaga, monstruos amenazadores y minúsculos enanos son igualmente representaciones de sensaciones orgánicas innaturales y deformadas.»[47]

Y aquí Reich llega al núcleo de su luminosa exposición:

«El proceso de animación del mundo circunstante es análogo en los místicos y en los primitivos que piensan aiiimísticamente. Ambos animan a la naturaleza proyectando en ella las propias sensaciones corporales. La diferencia entre animismo y misticismo radica en que el primero proyecta sensaciones naturales y no deformadas, mientras que el segundo proyecta sensaciones innaturales y pervertidas.» El animismo puede aún ser considerado como una concepción natural realista, a pesar de que la idea que anima y el objeto animado no coincidan en su realidad. Tanto la idea como el objeto son de hecho realidades objetivas e

45. *Op. cit.,* p. 70.
46. *Ibidem.*
47. EGD, *ed. citada,* p. 71.

inalteradas. En cambio el misticismo no puede ser considerado como una concepción realista, ya que en él no sólo el mundo externo sino incluso *el mundo interior del individuo está deformado.* Sin duda que una nube o el sol no son realmente animados pero, en el animismo, la forma y la función de la nube y del sol permanecen substancialmente invariadas. Un demonio o un ángel, en cambio, ya no corresponden por su forma ni por su función a ninguna realidad y, como toda forma mística de animación, tienen su base solamente en la sensación orgánica deformada del ser humano acorazado.»[48]

Reich pasa luego a ilustrar algunas características psicológicas del científico mecanicista. En primer lugar ve en todos los científicos mecanicistas un común denominador psicológico: el *perfeccionismo.* Con esta palabra designa una actitud de intolerancia hacia las incertidumbres, las sensaciones cambiantes, los resultados variables. Precisamente por «pensar en base a principios de construcción mecánica, de los que es en substancia un instrumento», el mecanicista exige al propio pensamiento y a los propios procedimientos la «perfección» y la «exactitud» de la máquina. Aplicado a la naturaleza este criterio lleva a desviaciones y a fracasos ya que la naturaleza es inexacta y no actúa mecánicamente sino funcionalmente. Los procesos naturales están de hecho caracterizados por la regularidad de las funciones y por la irregularidad y diversificación de las estructuras. «En un bosque que se desarrolla naturalmente actúa sin duda alguna un principio unitario de crecimiento: y sin embargo no hay en él ni dos árboles, y en los millares de árboles no hay ni dos hojas que sean fotográficamente iguales.»

Los procesos naturales son inciertos a pesar de su regularidad: el perfectismo y la incertidumbre se excluyen mutuamente. A este propósito a los mecanicistas les gusta invocar la regularidad de los movimientos planetarios. Pero —escribe Reich— se trata de una regularidad tan sólo aparente: «Sin duda las órbitas del sol y de los planetas no cambian desde hace milenios. Pero los millones de años tienen solamente una función menor en los procesos naturales. El origen del sistema planetario es incierto al igual que lo es su futuro. Esto es un dato bien conocido. Por lo tanto incluso el sistema planetario, este mecanismo "perfecto" del astrofísico, es "imperfecto".»[50] Pues bien —continúa Reich—, es precisamente esta libertad intrínseca a la naturaleza la que suscita la angustia de los mecanicistas cuando se encuentran con ella. Lo que aterroriza al mecanicista, en los procesos naturales, es el *movimiento:* lo cual es plenamente comprensible dada la rigidez de su estructura caracterial y corporal.

48. *Ibidem.*
49. *Op. cit.,* p. 66.
50. *Op. cit.,* p. 67

Éste es el motivo por el que el mecanicista siente como tan impelente y obligatoria la necesidad de «fijar» el fenómeno natural antes de estudiarlo. Dentro de ciertos límites esto puede ser útil, pero el científico funcionalista evita en lo posible hacerlo y, cuando lo hace, no comete nunca el error de atribuir a la naturaleza las propiedades que asume en las condiciones artificiales creadas por el experimento. De esta forma, el cancerólogo olvida constantemente las auténticas propiedades de la célula cancerosa *viva* ya que son poco claramente visibles al microscopio, mientras que su atención se ve dominada por las caract> rísticas secundarias y artificiales que las mismas células tomar en los tratamientos a los que son sometidas para ser mejor observables. El mecanicista —sea biólogo, físico o médico— olvida o minimiza el hecho que sus propios procedimientos experimentales modifican el objeto natural de investigación y acusa luego de inexactitud a quien prefiere observar procesos reales y vivos en sus grandes líneas a observar objetos artificiales y muertos en detalle.[51]

Pero este terror del movimiento, del que nace en el mecanicista la obsesión de la exactitud, tiene otras consecuencias funestas. Lleva a una impelente necesidad de clasificación, de distinción, de especificación, que fatalmente aleja al mecanicista de todo lo que hay en la realidad *de común, de relacionado, de unitario.* Esto lleva fatalmente al mecanicista, *no* a buscar la unidad *en el origen,* que es donde se encuentra, sino a hipotetizarla como *término,* como *fin,* como *intento.* Para las investigaciones darwi-nianas sobre el origen del hombre el hecho que los embriones del mono, del cerdo, del perro y del hombre presentaran tantas analogías, pareció mucho más importante que sus múltiples y sutiles diferencias. Las investigaciones sobre los factores comunes de los varios fenómenos han sido siempre también investigaciones históricas y genéticas. La observación puramente clasifi-catoria —como la de la biología descriptiva— no puede al contrario llevar a ningún descubrimiento genético. A esta realidad por él arbitrariamente fragmentada el mecanicista es luego empujado a restituir unidad hipotetizando *una finalidad,* un *fin ordenador:* «De esta forma —concluye Reich— el misticismo se insinúa en las ciencias naturales», en las mismas ciencias naturales mecanicistas de las que había sido expulsado de un modo tan clamoroso durante el siglo pasado.[52]

No en vano el mecanicista aplica a la realidad natural la misma visión «separadora» que el político reaccionario aplica a la realidad social subrayando las diferencias étnicas (nacionalismo) en el campo internacional, las diferencias de riqueza o de clase en el campo de la propiedad, las diferencias «de sangre» en

51. Op. *cit.,* pp. 80-81.
52. *Op. cit.,* p. 84.

las relaciones interfamiliares, las diferencias de prestigio en el campo profesional, las diferencias de rango en el campo jerárquico. La actitud del funcionalista es opuesta. Subraya siempre el origen biológico común de todos los hombres, la comunión entre nombre, animal y naturaleza, los intereses y las exigencias de vida que tienen en común.

Esto explica que el científico mecanicista no pueda dejar de ser conservador o reaccionario, sean cuales sean las etiquetas ideológicas que adopte, mientras que el funcionalista es instintivamente progresista, libertario, internacionalista.[53]

Reich se acerca así a las formulaciones finales de su análisis del sutil parentesco entre el místico y el mecanicista:

«Debido a su propia coraza —escribe— el ser humano acorazado piensa sobre todo con categoría de materia y de partículas materiales. El místico siente el movimiento vital como algo sobrenatural y transcendente. El lenguaje expresa siempre directamente el estado de las sensaciones orgánicas y por lo tanto representa una clave excelente para entender cómo los seres humanos se sienten a sí mismos. La movilidad de las substancias vivas, las corrientes plasmáticas son efectivamente inaccesibles al animal humano acorazado. Están pues «más allá» de las sensaciones de su yo, o bien son «sobrenaturales» y «metafísicas», es decir, objeto de eterno deseo cósmico más allá de la vida terrena. Lo que el individuo acorazado místico concibe como espíritu o alma es la movilidad de la substancia viviente que de por sí es ya inaccesible. El hombre acorazado ve y siente la substancia viviente en movimiento *sólo como a través de un espejo.* Describe con exactitud su movilidad; pero es una exactitud no diversa de la del reflejo de un espejo. Gran parte de la brutalidad del místico puede ser simplemente atribuida al hecho que nota la vida en sí mismo pero no la vive realmente... Surge entonces en él el impulso a dominar la imagen del espejo, a transformarla por la fuerza en algo palpable y tangible. La vida en el espejo es una provocación continua que al final le empuja al furor. He aquí la vida móvil: vive, ríe, llora, odia, ama... pero siempre tan sólo en el espejo, prácticamente inalcanzable por el yo acorazado, como en el suplicio de Tántalo. De esta trágica situación surgen los impulsos destructores contra la vida.»[54]

Diversas pero simétricas son las limitaciones del mecanicista. No comprende —dice Reich— el principio espontáneo de organización de la materia. Dado que no conoce las propiedades de la energía vital específica, debe forzosamente introducir un principio metafísico si no quiere permanecer estancado en la simple descripción. Se ve pues empujado a crearse una visión de la realidad conforme a las construcciones mecánicas. Según él, existe

53. *Ibidem.*
54. *Op. cit.,* p. 92.

en el organismo una «jerarquía de órganos». Como producto «superior» en el proceso de desarrollo, el cerebro, junto con el aparato nervioso de la médula espinal, es, según él, el «director» del entero organismo. Los órganos son los buenos servidores del cerebro. Sin embargo con esta concepción queda sin explicar la coordinación de los movimientos. Es un misterio de dónde el cerebro recibe sus órdenes. Cuando no se llega a comprender se recurre al «finalismo». De esta forma, precisamente en la medida en que no comprende la vida, el mecanicista debe refugiarse en el misticismo. Es por este motivo porque todas las concepciones mecanicistas han sido también místicas o tienden a serlo. *El pensamiento mecanicista está claramente modelado según la estructura de la sociedad patriarcal, la misma que ha generado la concepción autoritaria de la divididad, cuando ve en el cerebro el dueño y en los órganos los obedientes servidores.* Es lógico que detrás del cerebro se presuma el valor de «Dios», o bien el de la «razón», o bien el de «finalidad».[55]

¿Pero qué unión hay entre misticismo y mecanicismo, además de esta su matriz emocional común (el bloque de la autoper-cepción)? Les une —concluye Reich— precisamente la visión del mundo sólo aparentemente contradictoria a la que llegan: «Misticismo y mecanicismo se integran mutuamente formando un cuadro de la vida claramente disociado, con un cuerpo formado por substancias químicas por una parte y un espíritu por la otra.»[56] Todo ello podría quedar en la esfera de la abstracción, pero aparte las consecuencias funestas que esta visión de la realidad ha tenido y sigue teniendo para el conocimiento científico, no hay que olvidar que el bloqueo emocional del que surge dicha visión genera también *profundos impulsos destructores.*

El hombre acorazado siente el propio organismo como si estuviera compuesto por partes separadas. Los impulsos deben penetrar su coraza. De aquí la sensación de un «tú deberías» o de un «tú debes». De aquí también deriva la sensación de pesadez, de inercia e incluso de parálisis de algún miembro o del cuerpo entero, basada en la idea de que cada órgano debe ser activado o movido voluntaria e imperativamente. Entonces pasa a ser lógico el que deba argüirse detrás de todo un «Yo», una «razón superior» que «guía y manda». De aquí a una concepción estatista de la sociedad humana el paso es muy breve.

La continua «provocación» de la vida externa vista y percibida «como un espejo», añadida al sufrimiento de la percepción más o menos obscura de la propia vida prisionera, provoca en el hombre acorazado, tanto místico como mecanicista, un furor destructivo. «Dado que toda corriente plasmática, en su búsqueda de contacto choca en el organismo acorazado contra un muro, sur-

55. *Ibidem.*
56. *Ibidem.*

ge el impulso irresistible a destruir el muro en cualquier circunstancia y a cualquier costo. En este proceso todos los impulsos se transforman en furor destructivo. El organismo se ve empujado a escapar por la fuerza de la coraza como si estuviera prisionero en una jaula de hierro:

«Creo sinceramente —concluía Reich— que en el acorazamiento rígido y crónico del animal humano hemos hallado la respuesta no sólo del pensamiento místico-mecanicista sino también del odio enormemente destructivo que lo caracteriza. Hemos individuado el reino del Demonio.»[57]

Como apuntábamos al inicio de este capítulo, Reich se planteó también en los últimos años el problema de *cómo* el pensamiento había surgido de la misma vida y de las consecuencias que este proceso había tenido en el organismo humano. Una vez más en su exposición partía de la energía vital, concebida como energía orgónica cósmica fluyendo y pulsando dentro de un sistema membranoso: «De esta función fundamental —escribe en *Cosmic Superimpositian*—[58] derivan las demás funciones "más altas" del sistema vital, comprendida la inteligencia y el raciocinio.»

Substancialmente, la función intelectual y la función de raciocinio no se oponen ni contraponen al flujo bioenergético. Las biografías de los grandes exploradores, filósofos y profetas ofrecen innumerables pruebas del hecho de que las intuiciones originales de aquellas personalidades surgieron de la percepción de su propia función vital como fenómeno cósmico, de momentos de profunda «adhesión» con la armonía natural. En definitiva —continúa Reich— con el autoconocimiento y con la aspiración al perfeccionamiento del saber, es la misma energía cósmica la que pasa a ser consciente de sí misma. En este gradual autoconocerse el llamado «destino del hombre» escapa de la esfera del misticismo y de la metafísica y pasa a ser una realidad de dimensiones cósmicas.[59]

Reich lanza la hipótesis de que las primeras ideas acerca de un supremo «Espíritu del mundo», es decir, la religiosidad, hayan surgido de la capacidad humana de observar la naturaleza y de reflexionar sobre ella *descubriendo la existencia de una lógica coherente y objetiva.* Es incluso probable, según Reich, que en el pasado más remoto el animal humano se haya maravillado de su propia capacidad de captar concatenaciones lógicas de hechos que, por así decirlo, le trascendían.

«Todo ello —admite Reich—[60] parece pura y simplemente misticismo. La mente práctica y tecnificada del hombre de ne-

57. *Op. cit.,* p. 96.
58. CS, p. 104.
59. *Ibidem.*
60. *Op. cit.,* p. 106.

gocios y del intelectual brillante acostumbra burlarse de declaraciones de este tipo. Y sin embargo no podrían en lo más mínimo explicar el hecho que el razonamiento matemático logre predecir acontecimientos naturales objetivos.» Detrás de estas previsiones hay la percepción del carácter intrínsecamente racional de las funciones naturales.

La perfecta crianza de la prole por parte de las madres del reino animal es un ejemplo de esta profunda racionalidad; como lo son también los procesos de crecimiento de las plantas, o la actividad de los órganos, o la auténtica producción artística. Referirse a estas últimas funciones como creaciones del inconsciente no tiene ningún significado. Identificar el inconsciente con lo irracional es absurdo. Surge inevitablemente la pregunta: ¿de dónde surge el inconsciente? Y si todas las funciones por debajo de la conciencia intelectual son «irracionales», ¿cómo ha sido posible que la vida haya funcionado pefectamente mucho tiempo *antes* del desarrollo de la razón? No cabe duda: ante todo, *las funciones objetivas son racionales.* La misma idea de Dios se nos muestra así como el resultado perfectamente lógico de la conciencia humana de la existencia de una lógica funcional objetiva en el universo, que el *hombre sentía actuar también dentro de sí mismo.*

En aquella «toma de conciencia» el hombre debió intuir que estaba desarrollando una doble función en el fluir de la realidad natural: en primer lugar, comprendiendo la propia capacidad de llegar a ser activamente consciente de la lógica de la naturaleza más allá de su propio yo; y en segundo lugar, quedando tan terrible y desesperadamente sometido, a pesar de esta su capacidad, a la poderosa lógica que le superaba, en el nacimiento y en la muerte, en el crecimiento y en el amor y sobre todo en su invencible impulso a la unión genital. Debió sentir desde el principio que este su impulso vital le hacía «perder el control» y le reducía a un fragmento de naturaleza fluyente y convulsiva. Es muy posible que de aquí haya nacido la conocida angustia del orgasmo.[61]

Como vemos, en estas reflexiones Reich parece querer superar los esquemas protohistóricos de tipo marxista dentro los que se había movido hasta entonces. Se trata de un intento probablemente relacionado con el sentimiento profundo de desconfianza que suscitaba en él la entera explicación economística de la evolución humana. Pero se trata también de un «salto» que, diversamente del hecho por Reich en el campo social (al pasar del economismo al psicologismo), no le llevó a conclusiones progresistas. Nos parece suficiente a este propósito citar este fragmento :

«Sabemos perfectamente que lo que reproduce la coraza en

61. *Op. cit.,* pp. 107-108.

las nuevas generaciones de niños son sobre todo las influencias socioeconómicas... Estos niños llegados a adultos obligarán a su vez a sus hijos a acorazarse... La actual imposición social y cultural de la coraza no implica sin embargo que desde el principio, en el remoto pasado del desarrollo humano, hayan sido siempre factores socio-económicos los que pusieron en movimiento el proceso de acorazamiento. Parece más bien probable lo contrario: *el proceso de acorazamiento, muy probablemente, -fue un dato primario y los procesos socio-económicos que actualmente, y durante toda la historia escrita de la humanidad, han reproducido el hombre acorazado, fueron los primeros resultados importantes de la aberración biológica del hombre.»* [62]

Es evidente que esta tardía formulación de Reich, por otra parte sólo hipotética, contradice en modo grave sus precedentes formulaciones y amenaza conducir a la esfera de los fenómenos primarios y biológicos las distorsiones y perversiones del impulso cuando precisamente durante tantos años y con tanto éxito se había esforzado en demostrar que eran secundarios y socialmente condicionados.

Según Reich, esto podría haber sido *el surgir de la conciencia.* ¿Cómo había surgido esta conciencia? Según la concepción orgonómica, la primera clara diferenciación de la vida con la no vida fue el encerrarse de una pequeña cantidad de energía orgónica cósmica al interior y mediante membranas. El segundo paso, que requiere «un número de años inimaginable al pensamiento humano» debió producirse, según Reich, cuando esta energía, fluyendo al interior de las membranas, empezó a desarrollar la capacidad de percibir su propio flujo, su propia expansión en el placer y su contracción en la angustia. «En este momento —escribe Reich—[63] hay ya tres corrientes orgonóticas integradas entre sí y que derivan una de otra: la corriente *cósmica,* la corriente encerrada *dentro de las membranas* y la primera percepción de dicha corriente, es decir, la *sensación orgonótica...* Pero no existía aún lo que acostumbramos a llamar *raciocinio.* Este tipo de función debe haberse desarrollado lentamente en el hombre, a partir del contacto preciso y seguro entre la naturaleza interna y la naturaleza externa y su organismo. Durante este desarrollo el hombre debe haber empezado a raciocinar a partir de sus propias sensaciones de corriente, sobre su propia capacidad de percibirse y de percibir. A juzgar por los estudios relacionados con las teorías del conocimiento, nada puede igualar la estupefacción del hombre frente a su propia capacidad de sentir, razonar, percibirse, reflexionar sobre sí mismo y sobre la naturaleza que le circunda.»

Y aquí Reich llega precisamente al «trauma primario»:

62. *Op. cit.,* 112.
63. *Op. cit.,* pp. 116-117.

«Pensando en su propio ser y en sus propias funciones, el hombre se puso involuntariamente contra sí mismo: no de una forma destructiva, sino de una forma eme podría fácilmente haber sido el punto de partida de su coraza. Hela aquí.

«Sabemos perfectamente, por la observación de los procesos esquizofrénicos, que una percepción demasiado intensa de la auto-percepción provoca inevitablemente una fractura de la unidad del organismo. Una parte del organismo se contrapone, por así decirlo, a la otra. En el proceso de despersonalización, el hombre deja de percibir como propias sus sensaciones, pasando a ser solamente objeto de atención. La sensación de las corrientes corpóreas es percibida, pues, como algo extraño, como algo, que de una manera u otra, proviene de más allá de uno mismo. ¿Podemos osar ver en esta repentina experiencia del yo el primer paso hacia el pensamiento místico y trascendente? Es imposible afirmarlo con seguridad pero la hipótesis merece ser considerada. Existen óptimos motivos para suponer que durante dichas experiencias el hombre haya quedado en cierto modo "terrorizado" y que, por primera vez en la historia de su especie, haya empezado a acorazarse contra aquel íntimo terror y espanto. Como, en la fábula famosa, el cienpiés no logró mover un solo pie y quedó paralizado cuando empezó a pensar en cual era el pie que debía mover en primer lugar, es muy posible que el repliegue de la razón sobre sí misma haya provocado en el hombre el primer bloqueo emocional.»[64]

La conclusión que surge de estos pensamientos es clara: separándose de su propio flujo orgonótico en el intento de comprenderlo y de comprenderse, el hombre empezó a acorazarse y por lo tanto a desviarse de la naturaleza. El resultado inevitable fue la primera ruptura, la alienación mística del hombre de su propio núcleo, el surgir de un orden mecánico de vida en lugar de la autorregulación bioenergética.

Bajo un cierto aspecto, es innegable que estas hipótesis rei-chianas se muestran peligrosas, no sólo por las armas que ofrecen a los partidarios tradicionales del «pecado original» intrínseco a la condición humana, sino también por el hecho de hipotecar la misma posibilidad de un conocimiento que no sea en sí mismo alienante y causa de neurosis. Al mismo tiempo, sin embargo, y dentro de un contexto más historicista, no aparecen tan necesariamente pesimistas. Reich no lo dice, pero es lícito preguntarse si —en la hipótesis según la que «el trauma primario» del hombre ha sido su toma de conciencia de la propia doble función de *percepción* y de *autopercepción,* o bien la experiencia de la *pérdida de conciencia intrínseca a la convulsión orgástica*— la nueva comprensión pacificadora de la Vida garantizada precisamente por la concepción vitalista reichiana no puede restituir al hombre la unidad que había sido rota por la toma de conciencia original, fragmentaria y confusa, de una identidad propia, diversa del mundo circunstante. Esta «distinción» cesa con Reich de ser diferenciación, separación.

Aparte de estas últimas y discutibles especulaciones sobre el trauma primario del hombre —que están relacionadas por otra parte con el problema del desdoblamiento de los estados de conciencia y en general con el problema de la angustia esquizoide que estuvo presente en Reich desde sus años juveniles (piénsese en las observaciones sobre *Peer Gynt* y sobre el «miedo de enloquecer» de las que hemos hablado al inicio de este libro)— me parece que con las reflexiones de los años pasados en América alrededor de la «racionalidad» intrínseca de los procesos naturales, del significado profundo del «deseo de saber» y de la identidad fundamental entre pensamiento humano y proceso natural, el pensamiento reichiano ha encontrado la confirmación y el coronamiento de su suprema unidad: una unidad que no surge ya solamente del Principio Funcional Común intrínseco a los procesos objetivos de la Energía Vital a todos los niveles (físico, biofísico, biosíquico y biosociológico) sino también de la percepción que de dichos procesos la conciencia humana (a su vez expresión de la misma energía) adquiere y conquista precisamente con el pensamiento reichiano.

64. *Ibidem.*

Bibliografía de Wilhelm Reich

a) *Libros*

Der triebhafte Character, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1925.

Die Funktion des Orgasmus, Internationales Psychoanalytischer Verlag, 1927. Fragmentos en inglés han sido publicados en el «International Journal of Psychoanalysis», 1930.

Dialektischer Materialismus und Psychoanalyse, primera edición (en alemán y ruso) «Unter dem banner des Marxismus», 1929. Segunda edición, Sexpol Verlag, 1934. Traducido al serbo.

Sexualrregung und Sexualbefriedigung, Muenster Verlag, Viena, 1929. Tres ediciones (10.000 ejemplares). Traducción al húngaro, 1930.

Geschlechtsreife, Enthaltsamkeit, Ehemoral, Muenster Verlag, Viena, 1930.

Die Sexualitaet im Kulturkampf, Sexpol Verlag, 1936.

La crisis sexuaüe, Editions Sociales Internationales, París, 1934.

Sexualiteit en nieuwe kultur, Uitgeverij voor Sociale Psychologie, Rotterdam, 1939.

The sexual revolution. Orgone Institute Press, 1945, 3 ediciones. Peter Nevill, Vision Press, Londres, 1945. Traducido por el doctor Theodo-re Wolfe.

Der Sexuelle Kampf der Jugend, Verlag fuer Sexualpolitik, Berlín, 1932.

Sexualni boj mladeze, Knihovna leve fronty, Praga, 1933. Traducido también al húngaro.

Der sexuelle Kampf der Jugend (1948). Freitheitlich-Sozialistiche Schriftenreihe, Zürich-Amsterdam, 52 pp. (edición fotocopiada del 1948). Publicado por razones puramente políticas sin ninguna preocupación de psiquiatría social. Reich reprochó a los editores por dicha publicación.

Der Einbruch der Sexualmoral, Verlag fuer Sexualpolitik, Berlín, 1932. Segunda edición, Sexpol Verlag, Oslo, 1934. Manuscrito en inglés.

Chara.kterana.lyse, primera edición, Sexpol Verlag, 1923. Traducido al español.

Character analysis, segunda edición ampliada, Orgone Institute Press, 1946. Tercera edición ampliada, Orgone Institute Press, 1949; cuarta edición, Nevill Vision, Londres, 1950; quinta edición Nevill Vision, Londres, 1958. Todas las ediciones fueron traducidas por el doctor Theodore P. Wolfe.

Análisis del carácter, Editorial Paidos, Buenos Aires, 1957.

Massenpsychologie des Faschismus, primera edición, Sexpol Verlag, 1933; Segunda edición, Sexpol Verlag, 1934.

Mass psychology of fascism, tercera edición, Orgone Institute Press, 1946. Extensos fragmentos en «Les Primaires», Francia.

PsuchisterKontakt und vegetative Stroemung, Sexpol Verlag, 1937 (DO I).

Experimentelle Ergebnisse über die elekírische Funktion von Sexualitaet una Angst, Sexpol Verlag, 1937. Manuscrito original en inglés.
Orgasmursreflex, Muskelhaltung una Koerperausdruck, Sexpol Verlas 1937 (DO I).
Die Bione, Sexpol Verlag, 1938.
Bion experiments on the cáncer problem, Sexpol Verlag, 1939.
Drei Versuche am Statischen Elekroskop, Sexpol Verlag, 1939, «OEB», III, 3 (en inglés).
The Discovery of the Orgone: Vol. I, *The function of the orgasm,* primera edición, Orgone Institute Press, New York, 1942; segunda edición, Orgone Institute Press, 1948. Traducido por Theodore Wolfe.
Det Levende, Seksualoekonomiske Meddeleser, N. 3, Copenhague, 1942.
La fonction de Vorgasme, L'Arche, París, 1952. Manuscrito original en alemán.
La junción del orgasmo, Editorial Paidos, Buenos Aires, 1955.
La funzione dell'orgasmo, Sugar Editore, Milán, 1969.
The discovery of the Orgone: Vol. II, *The cáncer biopathy,* Orgone Institute Press, New York, 1948. Traducido por el doctor Theodore Wolfe.
Listen, Little Man!, Orgone Institute Press, New York, 1948.
Ether, God and Devil, Orgone Institute Press, Rangeley (Maine), 1951. Los cuatro primeros capítulos han sido traducidos por Myron R Sharaf.
The Orgone energy accumulator, Orgone Institute Press, Rangeley (Maine), 1951.
Costnic superimposition, Orgone Institute Press, Rangeley (Maine), 1951.
The oranur experiment, First report (1947-1951), Orgone Institute Press Rangeley (Maine), 1951.
Arbeitsdemokratie, Sexpol Verlag, 1937. Politisch-Psycol. Schriftenreihe, N. 5.
The emotional plague of mankind: Vol. I, *The murder of Christ.* Vol. II, *People in trouble,* Orgone Institute Press, Rangeley (Maine), 1953.
Contact with Space, Oranur Second Report (1951-1956); Core Pilot Press New York, 1957.
Teoría dell'orgasmo e altri scritti, Lerici, Milán, 1961, prólogo de Luigi De Marchi.
Selected Writings (postumo), Parrar & Strauss, New York, 1960

b) *Artículos de orgonomía*

Ueber einen Fall von Durchbruch der Inzestschranke, ZSW, 1920, VII.
Triebbegriffe von Forel bis Jung, ZSW, 1921.
Der Koitus und die Geschlechter, ZSW, 1921.
Ueber Spezifitaet der Onanieformen, IZP, VIII, 1922.
Zur Triebenergetik, ZSW, 1923. Manuscrito original en inglés.
Kindliche Tagtraeume einer apaeteren Zwansgsneurose, IZP, 1923 (?).
Ueber Genitalitaet, IZP, IX, 1923.
Der Tic ais Onanieequivalent, ZSW, 1924.
Die therapeutische Bedeutung der Genitallibido, IZP, X, 1924.
Die Rolle der Genitalitaet in der Neurosentherapie, ZAP, I, 1925.
Eine hysterische Psychose in statu nascendi, IZP, XI, 1925.

Hysterical psychosis in statu nascendi, IZP (Londres), VIII, 1927. (pp. 159-173).
Weitere Bemerkungen ueber die therapeutische Bedeutung der Genitallibido, IZP, XI, 1925.
Ueber die Quellen der neurotischen Angst, IZP, XII, 1926.
The sources of neurotic anxiety, IZP (Londres), VII, 1926. Publicado en honor del cumpleaños de Freud. Ueber die chronische hypochondrische Neurasthenie mit genitaler Asthenie, IZP, XII, 126.
Eltern ais Erzieher, ZPP, Helft, 7, 8, 9, 1927.
Zur Technik der Deutung und der Widerstandsanalyse, IZP, XII, 1927 (CA).
Ueber Charakteranalyse, IZP, XIV, 1928 (CA).
On the Technique of Character Analysis, PR, 1948.
Onanie in Kindesalter, 'ZPP, Heft, 4, 5, 6, 1928.
About genital selfsatisfaction in children, OEB, II, 2, 1950.
Wohin führt die Nackterziehung, ZPP, Heft 2, 3, 1928 (SR).
Der genitale und der neurotische Charakter, IZP, XV, 1929 (CA).
The genital Character and the Neurotic Character, PR, 1948.
Ueber kindliche Phobie und Charakterbildung, IZP, VI 1930 (CA).
Infantile Phobia and Character Formation, PR, 1948.
Sexualnot und Sexualreform, Verhandlung der WLSR, IV Congreso, Viena, 1930.
Ueber den epileptischen Anfall, IZP, XVII, 1931; IZP, Londres, 1932 (?). Manuscrito original en español.
Die charakterologische Ueberwindung des Oedipuskomplexes, IZP, XVII, 1931 (CA).
Der masochistic Character, IZP, XVIII, 1932 (CA).
The Masochistic Character, IJO, III, 1944.
Der Orgasmus ais alektrophysiologische Entladung, ZPS, I, 1934 (29-43).
Der Urgegensatz des vegetativen Lebens, ZPS, I, 1934 (125-142; 207-205). Manuscrito original en inglés.
Zur Anwendung der Psychoanalyse in der Geschichtsforschung, ZPS, I, 1934 (4-6).
Ein Widerspruch der Freudschen Verdraengungslehere, ZPS, I, 1934, (115-125).
Roheim's «Psychoanalyse primitiver Kulturen», ZPS, I, 1934 (169-195).
Was ist Klassenbewusstsein?, ZPS, I, 1934 (16-29) (90-107; 226-255).
Ueberblick über dar Forschungsgeblet der Sexualoekonomie, ZPS, II, 1935 (5-13).
Zur massenpsychologischen Wirkung des Kriegsfilms, ZPS, II, 1935 (26-31).
Die Funktion des «objektiven Wertwelt», ZPS, II, 1935, (32-43).
Unterschiede zwischen liberalistischer sexulreform und revolutionaerer Sexualpolitik, ZPS, II, 1935 (99-103).
Wie wirkt Streicher's sadistiche Pornographie?, ZPS, II, 1935 (129-1333).
Die Bremsung der Sexualrevolution in der USSR, ZPS, II, 1935 (145-166) (SR).
Der Kulturpolitische Standpunkt der Sexpol, ZPS, III, 1936 (1-7) (SR).
Ein Briefwechel über Dialektischen Materialismus, ZPS, III, 1936 (8-22).
Die Sexpol ais Organisation der dialektisch-materialistischen Psychologie, ZPS, III, 1936 (22-24).
Fortpflanzung -eine Funktion der Sexualitaet, ZPS, III, 193- (24-31).

Ausecours de la famille, ZPS, III, 1936 (3843).
About the History and Activities of our Institute, USO, I, 1942.
Biophysical Functionalism and Mechanistic Natural Science, USO, I, 1942.
The Discovery of the Orgone, USO, I, 1942 (DO II).
Die Entdeckung des Orgons, IZO, 1-2 abril 1951; IZO, 1-3 febrero 1952.
The Carcinomaous Shrinking Biopathy, USO, I, 1942 (DO II).
Die Krebsschurumpfungs-Biopathie, IZO, 1-3 febrero 1952.
The Natural Organization of Protozoa from Orgone Energy Vesicles, USO, I, 1942, (DO III).
Experimental Orgone Theraphy of the Cáncer Biopathy, USO, II, 1943 (DO II).
Give Responsability to Vitally Necessary Work, USO, II, 1943 (MPF).
The Biological Miscalculation in the Human Struggle for Freedom, USO, II, 1943 (MPF).
Work Democracy versus Politics, USO, II, 1943 (MPF).
Thermical and Electroscopical Orgonometry, USO, III, 1944 (DO II).
Orgonotic Pulsation. Talks with an Electro-Physicist, USO, III, 1944.
The «Living Productive Power, Working Power» of Marx, IJSO, III, 1944. Incluido en *People in Trouble.*
Anorgonia in the Carcinomatous Shrinking Biopathy, USO, IV, 1945 (DO II).
Some Mechanisms of the Emotional Plague, USO, IV, 1945 (CA, 1949).
Orgone Biophysics, Mechanistic Science, and «Atomic Energy», USO, IV, 1945.
Experimental Demonstration of the Practical Orgone Energy, USO, IV, 1945 (DO II).
The Development of the Authoritarian State Apparatus from Rational Social Relationships, USO, IV, 1945 (MPF).
Work Democracy in Action, AOI, I, 1947.
Searchlight Phenomena in the Orgone Energy Envelope of the Earth, OEB, I, 1949.
A motor Forcé in Orgone Energy, OEB, I, 1949.
Eine motorische Kraft in der Orgon Energie, IZO, 1/1, abril 1950.
An X-Ray Protograph of the Excited Orgone Energy Field of the Palms, OEB, I, 2, 1949.
Further Physical Characteristics of Vacor Lumination, OEB, I, 3, 1949.
Public Responsability in the Early Diagnosis of Cáncer, OEB, I, 3, 1949.
A Dilemma in Social Self-Government, OEB, I, 3, 1949.
Cosmic Orgone Energy and «Ether», OEB, I, 4, 1949 (EGD).
Orgonomic Functionalism, Parte II, OEB, II, 1, 1950.
Orgonomic Functionalism (continuación), OEB, II, 2, 1950.
Organamic Functionalism (continuación), OEB, II, 3, 1950.
Orgonomical and Chemical Cáncer Research, OEB, II, 3, 1950.
Orgonomy 1935-1950 (I), OEB, II, 3, 1950.
Orgonometric Ecuations.
I. General Form, OEB, II, 4, 1950.
II. Complete Orgonometric Equations, OEB, III, 1, 1951.
Metereological Functions in Orgone Charged Vacuum Tubes, OEB, II, 4, 1950.
Children of the Future, First Report on the Orgonomic Infant Research Center, OEB, II, 4, 1950.
The Orgone Energy Observatory (1948), OEB, II, 4, 1950.
A «Control» of Reich's Cáncer Experiments, OEB, II, 4, 1950.

The Orgonomic Anti-Nuclear Radiation Project (ORANUR), OEB, n." 1,

diciembre 1950.
«Cáncer Cells» in Experiment XX, OEB, III, 1, 1951.
The Storm of November 25th and 26th, 1950, OEB, III, *2,* 1951.
The Leukemia Problem: Approach, OEB, III, 2, 1951.
Armoring in a Newborn Infant, OEB, III, 3, 1951.
Dowsing as an Object of Orgonomic Research, OEB, III, 3, 1951.
Wilhelm Reich on the Road to Biogénesis (1935-1939), OEB, III, 3, 1951.
Orgonomic Thinking in Medecine, OEB, IV, 1, 1952.
An Experiment in Social Administration, OEB, IV, 3, 1952.
Truth Versus Modju, OEB, IV, 3, 1952.
DOR Removal and Cloud-Busting, OEB, IV, 4, 1952.
Orgonomic Functionalism, Part II (continuación), OEB, IV, 4, 1952.

INDICE

Prólogo 5

Primera parte: *El período psicoanalítico (1919-1927)*

I

Introducción 21
Primer encuentro con Freud 25
Peer Gynt o sobre el anticonformismo 29
Primeros escritos psicológicos 32
En conflicto con Freud 38
La impotencia orgástica 42
Primeras referencias a las implicaciones sociales . . . 44
Sadismo y nacionalismo en la Alemania de Weimar . . 46
Ilusiones obrerísticas 47
Primeras críticas al matrimonio monogámico . . . 48
Desmitización de la sublimación 51

Segunda parte: *El período marxista (1927-1938)*

II

Introducción 57
Los sucesos de Schattendorf 58
La adhesión al Partido Comunista Austríaco 61
La Asociación Socialista de Consulta e Investigación Sexual 64
Militante comunista 69
La burla de Puttendorf 72

III

Materialismo dialéctico y psicoanálisis 77
El psicoanálisis no es una ciencia idealista . . . 80
La polémica contra el instinto de Muerte . . . 83
Carácter dialéctico del psicoanálisis 89
Reduccionismo marxista 94
La dialéctica psíquica 96
Denuncia de la involución psicoanalítica 104

IV

El traslado *a* Berlín 111
Adolescencia, castidad y moral matrimonial . . . 112
La lucha sexual de los jóvenes 118
Polémica antirreformista 121
El problema de la homosexualidad 125
Los otros aspectos de la «camaradería sexual» . . 129
Infatuaciones filosoviéticas 134
El sexo y los intelectuales 138

V

El pensamiento antropológico reichiano 143
De los Mares del Sur a la Europa de los años 30. . . 147
¿Cómo prevenir la neurosis de masa? 149
La sociedad de los trobriandeses 152
El matrimonio trobriandés 162
Los ritos crueles de pubertad 172
En un principio existía el matriarcado. 174
El tributo dotal 177
La hipótesis de la horda nómada 179
El problema del tabú del incesto 183

VI

Intuiciones reichianas e ilaciones marxistas 189
La contribución de Reich a la antropología 194

VII

Batallas berlinesas 197
La Liga para la Política Sexual Proletaria 199
Creciente tensión con Freud 200
El problema de las resistencias caracteriales. . . . 203
Desacuerdos técnicos e ideológicos 210

VIII

Antecedentes de la expulsión 215
Angustia e instinto de Muerte 218
La capitulación de Freud 224
Obstruccionismo y deslealtad 228
El traslado a Copenhague 231
Reich, Fenichel y la «oposición marxista» 233
La expulsión de Reich de la Sociedad de Psicoanálisis 238

IX

Psicología de masa del fascismo 243
Crítica del paneconomismo marxista 247
El concepto de estructura caracterial 251

Guerra y gregarismo 254
Fascismo y familia autoritaria 260
Represión sexual y clase inedia 263
Análisis del racismo 268
El simbolismo nazi 274
Autoritarismo estatal y represión sexual 277
Anticoncepción y reformismo 280
Higiene de masa y terapia individual 282
Represión y populismo 287

X

Primeros conflictos con el Partido Comunista . . 291
Hacia la expulsión 297
Hitler al poder 301
La expulsión 303

XI

Peregrinaciones 307
«¿Qué es la conciencia de clase?». 308
La breve estancia en Suecia 313
Nuevos problemas en Noruega 315
La prensa fascista se desencadena 319

Tercera parte: El período orgánico (1935-1957)

XII

Introducción 325
El masoquismo y el instinto de Muerte 327
El carácter masoquista 332
Importancia del ensayo sobre el masoquismo. . . . 336

XIII

Orgasmo y bioelectricidad 339
Los experimentos bioeléctricos 341
La «fórmula de la vida» 346
Los biones 352
El extraño poder de los SAPA 357
De la «bioelectricidad» al orgón 359

XIV

Introducción 363
Desde Noruega a los Estados Unidos. 364
El orgonoscopio 367
Los contactos con Einstein 369
Un encuentro dramático 371

Desilusiones 378
De la terapéutica a la investigación pura 380
Signos precursores del linchamiento 382
La investigación de la FDA 384
El decreto del juez Clifford 388
La nueva denuncia de la FDA y el proceso 391
La tesis del «complot comunista». 395
Encarcelamiento y muerte 400

XV

Las conquistas críticas y científicas del período americano 407
Política: más allá del marxismo 410
Caracteriología política 413
Algunas tesis inaceptables 416
La democracia del trabajo 425
La psicología de masa después de la muerte de Reich . 429

XVI

Antropología 433
Psicología infantil, pedagogía, pediatría 433
Medicina 435
El problema del cáncer 438
Biología 443
Biofísica. Física. Astrofísica 450
Radiación orgónica y radiación atómica 459
Filosofía 463

Bibliografía 475

INDICE 485